BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM.
BENITIÆ.
No 242
ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MARZO.

Varios Prelados de España han concedido 1260 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,
de la misma Compañía.

DICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS, HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

MARZO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.
Mayo de 1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/anocristiano0000pore_z1e3

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MARZO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

Doscientos y sesenta Mártires, en Roma, á los cuales por confesar á Jesucristo condenó Claudio primero á cavar arena fuera de la puerta Salaria, y después á ser asaeteados por los soldados en el anfiteatro.

El triunfo de los santos mártires Leon, Donato, Abundancio, Nicéforo y otros nueve, en Roma.

Los santos mártires Ermetis y Adriano, en Marsella.

Santa Eudocia *(ó Eudoxia)*, mártir, en Menfis, la cual en la persecucion de Trajano, bautizada y preparada para el martirio por el obispo Teodoto, por órden del gobernador Vincencio fue degollada, y recibió la corona del martirio. *(Véase su vida en las de este dia).*

Santa Antonina, mártir, en el mismo dia, la cual en la persecucion de Diocleciano, habiendo despreciado los dioses que adoraban los gentiles, después de varios tormentos, la metieron en una cuba, y la echaron en la laguna de la ciudad de Zia.

San Suitberto, obispo, en Keisert-Wert, el cual en tiempo del papa Sergio predicó el Evangelio á los frisones, á los holandeses y á otros pueblos de Alemania.

San Albino, obispo y confesor, en Angers, varon esclarecido en virtud y santidad.

San Siviardo, abad, en Mans de Francia.

La traslacion de san Herculano, obispo y mártir, en Perouse, el cual fue degollado por órden de Tótila, rey de los godos. Su cuerpo, como escribe san Gregorio, papa, se encontró al cabo de cuarenta dias de su degollacion enteramente unido á la cabeza, y sin ninguna señal de haberle pasado cuchillo.

La festividad de los Ángeles custodios que toda la Iglesia celebra el dia 2 de octubre, en algunas diócesis de España se anticipa al de hoy. *(Véase dicho dia 2 de octubre).*

5408

SAN ROSENDO, OBISPO Y CONFESOR.

Admirable Dios en sus Santos, segun David, lo fue de muchos modos en san Rosendo, admirable en su concepcion, admirable en su nacimiento, admirable en su vida, admirable en su muerte, y admirable después de su fallecimiento. Este héroe, uno de los mas brillantes astros de la familia Benedictina, y uno de los mas santos prelados de la Iglesia de España, nació en principios del siglo X, de una de las mas ilustres casas de Galicia y Portugal; si fue bien distinguido por su nobilísima ascendencia, fue mucho mas por las particulares gracias con que le dotó el cielo. Sus padres los condes D. Gutierrez Mendez de Arias, y doña Aldara, señora de grande mérito, aunque abundaban en conveniencias y riquezas, vivian con el desconsuelo de no tener sucesion, porque los hijos que tuvieron se les murieron á poco de recibir el Bautismo. En esta disposicion pasó D. Gutierrez á Coimbra con el rey D. Alfonso el Grande á continuar la guerra contra los sarracenos, quedándose la Condesa en Valdesalas, uno de los pueblos de su señorío, sito en los confines de Galicia y Portugal, ocupada de continuo en oraciones y ayunos, en hacer limosnas y obras de piedad, suplicando á Dios por estos medios se dignase concederle frutos de sus bendiciones. Tenia la devocion de visitar la iglesia dedicada al Salvador en la cumbre del monte Corba, dos millas distante de Valdesalas, donde concurria con frecuencia á pié descalzo, sin alguna comitiva, á reiterar sus ruegos ante la imágen del Redentor, cuya bondad y misericordia imploraba llena de lágrimas para el logro de sus deseos.

En uno de los dias que practicó este laudable ejercicio, se quedó dormida Aldara cerca del altar donde acostumbraba orar, y en sueños se le apareció un Angel, quien después de haberla alabado su devocion y frecuencia á visitar aquel templo, la anunció que habiendo sido oidas sus súplicas en el tribunal supremo, concebiria y daria á luz un hijo de grande mérito para con el Señor, y de grande estimacion entre los hombres. Consolada con tan extraordinario favor, luego que dispertó, dió al Altísimo las correspondientes gracias, y enviando á llamar á su esposo en el instante, certificándole el vaticinio, ambos llenos de placer repitieron los debidos agradecimientos al soberano Autor. Concibió Aldara dentro de pocos dias: continuó su embarazo con toda felicidad, y parió á Rosendo en el dia 26 de noviembre del año 907, vigilia de san Facundo y Primitivo: ce-

lebraron los Condes el nacimiento del niño con cuantiosas limosnas, y otras muchas obras de caridad. Continuaron esta devocion en el mismo dia todo el discurso de su vida, y siguió Rosendo igual práctica, mandándolo así después de su muerte por su testamento á los monjes de Celanova, para perpetua memoria.

Dispuesto el dia de su bautismo, fueron de sentir los parientes y amigos de los Condes, que se celebrase el Sacramento en la iglesia del Salvador, donde tuvo la Condesa el celestial anuncio: dispusieron una pila á este fin, por no haberla en aquel templo; pero habiéndose quebrado el carro que la conducia, al tiempo que se preparaba otro, sucedió el prodigio de manifestarse inopinadamente una fuente bautismal en la iglesia de San Miguel, que mandó construir Aldara cerca de Valdesalas, luego que tuvo la revelacion; y quedando todos convencidos á vista del portento, que era voluntad de Dios el que se bautizase el niño en aquel templo, se ejecutó así con magnificencia.

Quiso la piadosa madre formar á Rosendo en la virtud desde sus primeros años; pero su bello natural é inclinacion á lo bueno la dejaron muy poco que hacer para que viese cumplidos todos sus deseos. Desde su infancia se notó en el niño una total distraccion de los pueriles entretenimientos y vanidades del siglo; una meditacion asombrosa de dia y noche en la ley santa de Dios; y, no sin particular admiracion, una extraordinaria aversion á los carnales deleites; digno del grande elogio que hizo en otro tiempo san Gregorio el Magno del patriarca san Benito por la misma causa. Aplicado al estudio de las artes liberales, como se hallaba dotado de un excelente ingenio, hizo en ellas maravillosos progresos, y superiores en las sagradas letras. La madurez de su juicio, la dulzura y suavidad de su elocuencia, el poder y eficacia de sus palabras, dieron mucho realce á su ciencia; y á su virtud no poco mérito su misericordia con los pobres, su magnificencia con los amigos, su piedad para con Dios, y su caridad con todos: y ofreciéndose en el trato grave sin molestia, alegre, y jovial sin levedad, brillaba en su juventud con tantas virtudes, que ya en ella corria la fama de su eminente santidad por toda España.

Vacó por aquel tiempo el obispado de Dumio (bien fuese esta iglesia el monasterio así llamado en el arzobispado de Braga, fundado por san Martin Dumiense, erigido después en cátedra episcopal; ó bien la de este nombre en las Asturias, unida después á la silla de Mondoñedo, sobre que varian los escritores), y todo el clero y pue-

blo hicieron la eleccion de prelado en Rosendo por universal consentimiento: en vano resistió la promocion alegando entre otras causas la cortedad de su edad, que solo contaba diez y ocho años, y la falta de experiencia; pues insistiendo los electores en el empeño, le fue preciso sujetarse á la voluntad de Dios, indicada en el tiempo de su humilde resistencia.

Colocado Rosendo, como brillante luz, en el candelero de la Iglesia, no es fácil explicar el porte de este varon apostólico en el desempeño de las obligaciones de su ministerio episcopal: de continuo enseñaba y predicaba á su pueblo la palabra de Dios, corregia sus costumbres con apostólico celo, aumentaba en su diócesis los templos, y reedificaba los destruidos; manifestábase padre y tutor de los pobres, pupilos y viudas, é interesándose con particular empeño en separar á su rebaño de los vicios, le alentaba con vivas exhortaciones y ejemplos al servicio del Señor; pero aunque sus dictámenes no podian ser mas acertados, ni mas inculpable su conducta, con todo, siempre suspiraba por la soledad para dedicarse á Dios enteramente; y con este objeto, todo el tiempo sobrante al cumplimiento de su ministerio, pasaba en los monasterios que edificó, alternando en las funciones de la vida activa y contemplativa.

Cuando Rosendo dispensaba con tanta edificacion y fruto su cargo pastoral en Dumio, se portaba muy al contrario su deudo Sisnando ó Sisenando, obispo de Compostela, el cual, entregado á juegos, vanidades y excesos, abandonadas enteramente las obligaciones de su ministerio, incorregible á las repetidas amonestaciones que se le hicieron, á virtud de las quejas del clero, próceres y pueblo, ordenó encarcelarle el rey D. Sancho para contener sus desarreglados procedimientos, y mandó á Rosendo pasase á aquella iglesia á reparar con su virtud y celo las ruinas que causó su pariente: obedeció el Santo muy contra su voluntad semejante decreto, y pudo conseguir á expensas de fatigas continuas los deseados efectos.

Invadieron los normandos á Galicia por aquel tiempo, é hicieron en Portugal igual irrupcion los moros; pero estando el rey D. Sancho ausente, congregó Rosendo un poderoso ejército para reprimir sus insolencias, y no confiado en el poder de la tropa, sino en la proteccion de Dios, repitiendo con David: *Ellos en carros y caballos, y nosotros en el nombre del Señor;* expelió á los normandos de Galicia enteramente, y reprimió á los árabes dentro de sus términos. Conseguido este triunfo volvió á Compostela, donde fue recibido con las demostraciones de honor y júbilo debidas á un vencedor asistido del

cielo. Pero habiendo muerto el Rey, escalando la cárcel Sisnando, en la misma noche de la Natividad de Nuestro Redentor Jesucristo, estando Rosendo cantando los Maitines con sus canónigos, le acometió con espada en mano su infeliz deudo, amenazándole con la muerte si no dejaba el obispado, y se ausentaba de la ciudad en el momento. Reprendió el Santo la temeridad con gravísimas palabras; y profetizándole una muerte violenta, sucedió así con efecto dentro de muy poco tiempo. Con este motivo dejó á Compostela, y se retiró al monasterio de San Juan de Cabero, edificado por él mismo, donde, libre de las fatigas de su ministerio, se entregó totalmente á la contemplacion con firme resolucion de dejar todas las pompas y vanidades del mundo.

Estando cierto dia en oracion Rosendo, le manifestó el Señor que era de su agrado edificase un monasterio en el pueblo del Villar, el cual dedicase al Salvador, y profesase en él la vida monástica: paso á reconocer el sitio designado por Dios, en una de las heredades de sus padres, y alegrándose en extremo por verle tan proporcionado para el intento por su amenidad, fuentes y frutos, principió aquella fábrica por los años 935.

En el discurso de ocho años concluyó aquel célebre monasterio, uno de los mas magníficos de la religion Benedictina, al que llamó Celanova, tal vez porque fuese la mas nueva de sus fundaciones, donde procuró congregar muchos monjes de diferentes casas, brillantes en fervor y santidad, con el objeto de establecer en los principios la religiosidad que deseaba con las mejores plantas. Dióles por padre á Franquila, abad á la sazon del monasterio de San Esteban, varon eminente en virtud y consumada prudencia; y renunciando la pompa episcopal, vistió el hábito benedictino, y profesó la regla de este santo Patriarca.

No es fácil explicar el fervor con que Rosendo emprendió la carrera del nuevo estado: olvidado enteramente del mundo, sus pompas y vanidades, solo atendió al negocio importante de su salvacion. La negacion de sí mismo, la mortificacion de la propia voluntad, la observancia puntualísima de la regla, y su continuacion en la oracion y santas vigilias llenaron de admiracion á todos los monjes, no menos que su profunda obediencia al Abad, como si fuese el mas ínfimo del claustro: y deseando que todos llegasen á la cumbre de la perfeccion, les alentaba con su ejemplo. Murió el abad Franquila, á quien profetizó la muerte por un medio bien extraño, que fue el de ver entrar y salir con frecuencia una paloma por su boca, indicán-

dole por este síntoma su próximo fallecimiento, como se verificó puntualmente; y todos los monjes eligieron á Rosendo por padre, á pesar de su humilde resistencia, en cuyo empleo dedicó su vigilancia á hacer que floreciese la disciplina monástica: su asistencia á los divinos oficios, su celo por el culto divino, sus ayunos, vigilias, y rigurosas penitencias eran las lecciones con que instruia: la extremada caridad con que trataba á sus súbditos, el cuidado particular con que atendia al socorro de todas sus necesidades, su agrado y afabilidad, acompañada siempre de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hicieron dueño de los corazones de todos, granjeándose por su porte tan alta reputacion en el acierto de su gobierno, que algunos obispos renunciando la dignidad, no pocos abades sus honores, y una infinidad de nobles y plebeyos, concurrian á vivir bajo su magisterio; sometiéndose á su direccion por lo mismo muchos monasterios de religiosas deseosos de participar de su celestial doctrina; experimentando en breve tiempo los admirables efectos que produce el régimen de un prelado santo.

A todas las eminentes virtudes con que brillaba Rosendo daba un nuevo realce el don de milagros con que le favoreció el cielo para hacer mas recomendable su santidad, en tanto número, que de ellos se compuso un código que se conservó en el monasterio de Celanova. Basta referir algunos para que se forme idea de su virtud y mérito. En cierta ocasion que pasó el Santo á visitar á su consanguínea Senorina, abadesa del monasterio de San Juan de Viveiro en Portugal, señora de conocida santidad, sospechando dos operarios que á la sazon trastejaban en el convento de sus frecuentes conversaciones, invadidos de un espíritu maligno cayeron en tierra muertos de repente; y rogando con los asistentes Senorina á Rosendo que los sanase, ungiéndolos, después de haber hecho oracion, con aceite bendito en los ojos y en la boca, mandó en el nombre de la santísima Trinidad al demonio dejase libres á los que tiranizaba. Obedeció al instante á la voz del santo Prelado, y resucitaron sanos de aquel mortal accidente, reconocidos de sus culpas, é ilustrados en el alma.

Habiendo caido gravemente enferma la reina Aragonta, mujer de Ordoño II, que se hallaba retirada en el monasterio de Saliceta, señora de grande mérito, quiso que le asistiese el Santo en la hora de la muerte: marchando apresurado á este fin luego que recibió el aviso, oyó cuando caminaba por el territorio de Sande, voces angélicas que cantaban el himno *Gloria in excelsis Deo:* paróse algun tanto, y adoró postrado en tierra los celestiales ecos; y ordenando á los que

le acompañaban volver al monasterio, preguntándole la causa de su regreso, les respondió: que la Reina pasaba en aquella hora á disfrutar los premios eternos; y averiguado el caso sucedió así con efecto.

En otra ocasion que volvia á su monasterio Rosendo de cierto concilio que celebraron los obispos de la provincia, deseosos los monjes de complacerle, suspendieron la misa conventual en el tiempo debido, con el fin de que asistiese á ella el santo Abad: súpolo por revelacion, y sintiendo en el alma aquel retraso, porque jamás debian alterar los oficios divinos en las horas canónicas por humanos respetos, apenas se postró en tierra, pidiendo al Señor perdon por el defecto de sus hermanos, envió Dios coros angélicos para que cantasen la misa en el monasterio á su tiempo, de lo que pasmados los monjes conocieron su yerro, al paso que el grande mérito de su santo padre.

Continuando Rosendo con el mayor fervor y celo en el cumplimiento exacto de la regla y empleo, conociendo por la debilidad de su naturaleza, que se acercaba la hora de la muerte, se dispuso para aquel indispensable tránsito, con continuos ejercicios de penitencia, redoble de mortificaciones, y frecuentes obras de caridad; y asaltado de una calentura ardiente, hizo su testamento, por el cual dejó á sus monjes perpetuamente con el monasterio de Celanova todos los predios, réditos, y siervos á él pertenecientes. Desde el 17 de enero hasta el 1.° de marzo se mantuvo envuelto en un cilicio rociado de ceniza, sufriendo con indecible paciencia las penalidades de la enfermedad; bien que recreado con frecuentes visitas de los espíritus celestiales. Mas agravado recibió con su acostumbrado fervor los Sacramentos, con asistencia de muchos obispos y abades que concurrieron á visitarle luego que supieron el estado en que se hallaba: y preguntándole los monjes anegados en lágrimas que les manifestase á quién encargaba su cuidado, les respondió ya con voz debilitada: *Confiad, hijos mios, en el Señor. Poned en él vuestra confianza, que no os dejará huérfanos. En primer lugar yo os encomiendo á Jesucristo, que os redimió con su preciosa sangre, y os congregó en este lugar. Por ahora os dejo por padre á mi hijo espiritual Mamilano, y despues de él elegid al que os parezca: hará las veces de Jesucristo, y vivid persuadidos, que yo siempre he de auxiliar y proteger á este monasterio, y le he de defender de los que le injurien.* Y dichas estas palabras entregó su espíritu en manos del Criador en el dia 1.° de marzo del año 977, á los setenta de su edad. Para que constase así á algunos siervos de Dios en la misma hora que espiró, que fue en la de Com-

pletas, estando la abadesa Senorina en este oficio con sus religiosas en el monasterio de San Juan de Viveiro, oyó á los Ángeles cantar el *Te Deum*, y manifestando á sus hermanas que en aquel tiempo pasaba Rosendo á disfrutar los premios eternos, averiguada la hora, se justificó puntualmente.

Su cuerpo fue sepultado primeramente en el oratorio de San Pedro de Celanova, dedicado después á san Juan, donde se mantuvo cási doscientos años, hasta que habiendo pasado á España el cardenal Jacinto en el año 1171, con título de legado de la Santa Sede, enviado por Alejandro III, para tranquilizar ciertas discordias entre Alfonso VIII, rey de Castilla, y Fernando II de Leon, cuya comision concluyó felizmente en el de 1174, conducido al monasterio de Celanova, movido de la fama de los milagros de san Rosendo, conociendo ser mayores que lo que publicaban los ecos, hizo por los años de 1173, con solemne aparato y numerosa concurrencia de obispos, abades y pueblos, la traslacion del venerable cadáver, del lugar dicho á una capilla sita cerca de la entrada del claustro, donde se le tributa la veneracion correspondiente. Y elevado después de su regreso á Roma á la cátedra apostólica, con el nombre de Celestino III, constándole personalmente las heróicas virtudes y milagros del Santo, previa la justificacion competente, le escribió en el catálogo de los Santos en el año quinto de su pontificado. En la bula de su canonizacion, expedida en el año 1194, hace mencion Su Santidad de los libros escritos sobre los prodigios hechos por san Rosendo, afirmando que los leyó estando en España.

SANTA EUDOCIA Ó EUDOXIA, PENITENTE Y MÁRTIR.

Hácia el principio del segundo siglo, siendo emperador Trajano, vino á fijar su habitacion en Heliópolis cierta famosa cortesana, llamada Eudocia, originaria de Samaria, que sin duda se alejó de su país únicamente para vivir con mayor libertad en su desordenada vida.

Era tenida por la mayor hermosura de su tiempo. Daba nuevo lustre á su belleza la bizarría con que se adornaba: su entendimiento era vivo, claro y brillante: su genio alegre, festivo y despejado: su aire naturalmente desembarazado y garboso: sus ojos introducian dulcemente el veneno hasta el corazon: pocos habia que dejasen de caer en el artificioso halagüeño lazo de sus redes.

Ninguna dama cortesana metió jamás tanto ruido, y acaso nin-

guna otra hizo jamás tanto daño. Hacíanla corte los mayores señores, encantados de su hechicero atractivo. Nunca se dejaba ver en público sino con un ostentoso aparato de galas y de joyas, que deslumbraban á cuantos la veian: brillaban en su cuarto los muebles mas exquisitos, siendo fama constante, que habia amontonado inestimables riquezas.

Vivia Eudocia entregada á los mas escandalosos desórdenes, cuando el Señor, que se complace en renovar de tiempo en tiempo en su Iglesia los mas estupendos prodigios de su misericordia, vino á buscar á esta oveja perdida, y quiso descubrir á aquella segunda Samaritana las saludables aguas de la gracia.

Cierto santo monje, llamado Germano, que se volvia al desierto, y transitaba por Heliópolis, se fué á hospedar en casa de un cristiano conocido suyo, que vivia pared en medio de Eudocia. Después de haber dormido como dos ó tres horas, se levantó á media noche, y comenzó á cantar salmos, segun lo tenia de costumbre: después de esto se puso á leer en un libro espiritual que para este fin traia siempre consigo, y de propósito leia en voz alta, para que el sueño no le venciese, siendo la materia de la leccion las terribles penas que padecerán los condenados en el infierno, mientras los bienaventurados gozarán de las eternas delicias de la gloria.

El cuarto donde estaba aposentado el santo religioso iba á dar al mismo dormitorio de Eudocia, que se separaba de él por solo un débil tabique; de suerte que dispertando al ruido de su cántico, se aplicó por curiosidad á oir lo que estaba leyendo, y quedó espantada de lo que oia.

Apenas amaneció cuando le envió un recado, suplicándole que pasase á verla. Preguntóle luego por su religion, por su estado, por el motivo de su viaje, y después le rogó que tomase el trabajo de explicarla lo que le habia oido leer aquella noche. El buen monje, que estaba íntimamente penetrado de aquellas espantosas verdades, la hizo una vivísima pintura de ellas; de suerte, que no pudiendo Eudocia disimular mas su asombro, ni reprimir su llanto, dió un lastimoso grito, y exclamó diciendo: *Pues padre, segun eso yo seré condenada.*

Aprovechándose el siervo de Dios de aquellas felices disposiciones, la dijo: *Ahora me habeis de dar licencia, señora, para que tambien yo os pregunte quién sois vos, y qué religion profesais. Yo,* respondió Eudocia, *soy de Samaria, y profeso la secta de los samaritanos, ó por mejor decir, ninguna religion profeso; y aun por lo mismo me he entrega-*

do ciegamente á todo género de disoluciones; mirad ahora si será posible que yo evite esos suplicios eternos.

Y muy posible, señora, replicó el prudente Germano, *con tal que os querais convertir de veras, y hacer penitencia de vuestras culpas; porque Jesucristo nuestro Salvador á ningun pecador verdaderamente arrepentido y penitente excluye de su misericordia. Pues dime, te ruego,* repuso la afligida Eudocia, *¿qué debo hacer para conseguirla? Dejar de pecar,* respondió el siervo de Dios, *y llamar sin dilacion á algun sacerdote de los Cristianos, para que os instruya en la fe, y os administre el santo Bautismo, sin lo cual no hay salvacion.*

Llamó al punto Eudocia á uno de sus criados, y le mandó que al instante fuese á buscar al sacerdote de los Cristianos, y le trajese consigo, sin decirle quien le llamaba, advirtiéndole solamente que la necesidad era urgente, y apretaba mucho. Vino el sacerdote; pero quedó turbado y como mudo cuando se vió en la casa y en la presencia de Eudocia. Conocíólo ella, y deshaciéndose en lágrimas, se arrojó á sus piés, conjurándole por amor del Salvador de todos los hombres, que no la desamparase. *Bien sé,* dijo, *que soy la mayor pecadora que han conocido los siglos; pero tambien sé, porque así me lo han dicho, que la misericordia de tu Dios es infinitamente mayor que mis pecados. Yo quiero ser cristiana: yo quiero recibir de tu mano el santo Bautismo: dámelo, y dame juntamente con él la regla de vida que quisieres, que yo prometo guardarla.*

Admirado el sacerdote, y rindiendo mil alabanzas al Autor de aquella asombrosa conversion, cuya historia le refirió el monje Germano, aconsejó á Eudocia que, desnudándose de toda aquella profanidad, galas y joyas preciosas, se vistiese modestamente, y retirada en un cuarto por espacio de siete dias, los pasase en ayuno y oracion, sin ver á persona alguna. Ejecutólo á la letra; y pasado este tiempo la fué á ver el santo monje, á quien ella misma habia suplicado que se detuviese; pero la halló tan desfigurada, tan pálida y tan extenuada, que apenas la conoció. Luego que la Santa le descubrió á alguna distancia, levantando la voz le dijo: *Dad, padre mio, muchas gracias al Señor por las misericordias que ha hecho su piedad con esta indigna pecadora. Pasé los seis primeros dias de mi retiro en llorar mis enormes culpas, y en cumplir con la mayor exactitud todos los ejercicios devotos que vos me prescribisteis. Al dia séptimo, estando postrada en tierra, el semblante contra el polvo, me hallé de repente cercada de una grande hermosa luz, que casi me deslumbraba. No obstante reconocí en medio de ella un bizarro jóven vestido de blanco, que con sem-*

blante majestuoso y severo me cogió de la mano, y me arrebató por los aires hasta el cielo, donde ví una innumerable multitud de personas vestidas del mismo traje y color, que mostrando grande alegría de verme, se complacian recíprocamente, y me daban mil enhorabuenas de que algun dia habia de ser participante con ellas de la misma gloria. Ocupada, y aun embelesada toda en esta dulce vision, apareció de repente un espantoso monstruo, que con horribles aullidos se quejaba á Dios de que injustamente se le quitase una presa que por tantos títulos poseia como suya; pero le puso en precipitada vergonzosa fuga una voz que bajó del cielo, diciendo que se complacia Dios en tener misericordia de los pecadores arrepentidos. La misma voz me alentó con la esperanza de lograr una especial proteccion todo el resto de mi vida, ordenando á mi conductor, que entendí ser el arcángel san Miguel, me restituyese al lugar donde me halló. Ahora, padre mio, á tí te toca ordenarme lo que debo ejecutar para corresponder á tan grandes beneficios.

El bienaventurado Germano, volviendo á admirar de nuevo las misericordias del Señor, dió á Eudocia las saludables instrucciones que le parecieron necesarias: ordenóla que recibiese cuanto antes el santo Bautismo, y despidiéndose de ella, la dijo: *Espera, hija mia, que presto volveré á verte para decirte entonces lo que el Señor quiere que hagas.* Costó á Eudocia muchas lágrimas la partida del siervo de Dios; mas no por eso se entibió un punto su fervor.

Habia ya llegado á noticia del obispo Teodoro la mudanza de la famosa cortesana, y estaba esperando con impaciencia pruebas mas seguras de la sinceridad de su conversion, cuando le entraron recado de que Eudocia en traje de penitente le pedia audiencia. Luego que entró á la presencia del santo Prelado, se arrojó á sus piés, y deshaciéndose en lágrimas, le pidió que no la dilatase el Bautismo. Viéndola el Obispo tan santamente dispuesta, y hallándola suficientemente instruida, la concedió con singular consuelo y gusto lo que deseaba.

Viéndose ya cristiana Eudocia, llamó á todos sus esclavos, y dándoles libertad, les exhortó á seguir su ejemplo: después despidió á los demás criados, pagándoles sus salarios, y haciendo ademas de eso grandes liberalidades á todos: cedió sus inmensos bienes á los pobres, suplicando al obispo Teodoro tomase á su cargo el cuidado de distribuirlos.

Quedó asombrado el Obispo á vista de una resolucion tan generosa, tan cristiana y tan heróica; pero aun se quedó mas atónito cuando vió la espantosa cantidad de bienes raíces, de posesiones, de mue-

bles preciosos, de riquísimas joyas, que sacrificaba al Señor la nueva penitenta.

Desde aquel punto fue su vida modelo insigne de las mas heróicas virtudes. Entregóse sin reserva á las mas rigurosas penitencias: su ayuno era estrechísimo y continuo: conservó siempre el traje de los neófitos, y no volvió á parecer en público, sino en la iglesia, y llorando sus culpas al pié de los altares.

Volvió á Heliópolis el monje Germano, como lo habia ofrecido: halló á su hija Eudocia elevada á un grado de perfeccion muy superior al que tenia cuando se habia separado de ella. Propúsola que seria conveniente se fuese á encerrar en algun lugar solitario, para pasar en penitencia y en retiro el resto de sus dias. Abrazó al instante este partido, y desde entonces fue una perpetua serie de oracion y de rigores la vida de nuestra heroína.

Necesariamente habia de irritar á todo el infierno una conversion tan ruidosa, y una virtud tan extraordinaria. Los que habian amado torpemente á Eudocia pecadora, no podian tolerar á Eudocia arrepentida. Cierto jóven, mas disoluto y mas osado que los otros, determinó sacarla del desierto, ó con maña, ó con violencia. Vistióse de monje, buscó á Germano, y postrándose á sus piés, le suplicó quisiese admitirle por su discípulo y compañero en aquella soledad. Edificóse el buen Germano al oir la pretension del engañoso jóven; pero le representó que era muy mozo, y muy delicado para llevar el rigor de aquella vida. *Yo lo confieso*, replicó el falaz mancebo, *pero á vista de lo que acaba de hacer Eudocia, ayer cortesana, y hoy penitenta, seria vergüenza mia no poder hacer otro tanto. Permíteme no mas que yo la vea, y que pueda hablarla dos palabras; porque espero que las suyas me inspirarán tanto fervor y tanto aliento, que ninguna penitencia, ningun rigor se me representa imposible.* Creyóle Germano, y dió providencia para que viese á Eudocia. Esta, que se hallaba ya prevenida por el Señor del lance que la esperaba, apenas vió en su presencia al disfrazado jóven, cuando sin dejarle acabar el insolente discurso que habia comenzado, le habló en tono tan espantoso y tan vivo, que, como si cada voz fuera un trueno, y cada sílaba un rayo, cayó redondo á sus piés cadáver yerto. Pidieron á la Santa en nombre de Dios que se compadeciese de aquella alma infeliz: hizo oracion, y con nuevo milagro le restituyó la vida, mandándole que al instante se fuese á hacer penitencia.

No desistió el demonio de su intento, viendo desvanecido el primer artificio, y echó mano de otro. Sugirieron á Aureliano, gober-

nador de la provincia, que habiéndose convertido Eudocia á la religion cristiana, habia llevado consigo al desierto tesoros infinitos, y que se interesaba la honra del mismo Gobernador, y el bien público en recoger aquellas inmensas riquezas.

Despachó Aureliano á un oficial con trescientos soldados, y con órden de que se apoderasen de todo. Reveló Dios á la Santa lo que pasaba, asegurándola que él cuidaria de ella. Con efecto, una mano invisible los detuvo hasta que dejándose ver un espantoso dragon, los disipó á todos, menos á tres, que fueron á llevar la noticia. Irritado el hijo del Gobernador, partió con mas número de tropas; pero al apearse del caballo en la primera marcha, le dió una coz tan furiosa, que le tendió muerto en el suelo. Cuando el Gobernador vió entrar por las puertas de su casa el cadáver de su hijo, arrebatado de cólera, de sentimiento y furor, quiso ir en persona á despedazar á Eudocia por su misma mano; pero un caballero llamado Filóstrato le detuvo, y le aconsejó que dejándose de amenazas inútiles, implorase las oraciones de Eudocia. Siguió Aureliano el consejo; y la escribió una carta suplicándola restituyese la vida á su hijo. Respondiole al punto la Santa, y en lugar de sello señaló su carta con tres cruces. Impaciente el Gobernador salió al camino al propio que habia despachado, y haciendo traer el cadáver de su hijo, apenas puso sobre él la respuesta de la Santa, cuando en aquel mismo punto resucitó. A un milagro tan evidente se habia de seguir el efecto que le correspondia. Convirtióse luego á la fe Aureliano con toda su familia, y poco después murió santamente.

En fin, habiendo vuelto á encenderse la persecucion contra los Cristianos, en tiempo del emperador Trajano, encontró en ella santa Eudocia la corona del martirio por que suspiraba. Noticioso el sucesor de Aureliano, llamado Vicente, de las maravillas que obraba nuestra Santa, le pareció que era conveniente deshacerse de ella sin ruido, temiendo alguna sublevacion popular, y así la mandó degollar en secreto. Sucedió su martirio el dia 1.° de marzo del año 114 de Nuestro Señor Jesucristo, cuya gracia triunfó tan gloriosamente en nuestra dichosa Mártir.

SAN ESICHIO Ó HISCIO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Esichio ó Hiscio fue otro de aquellos célebres obispos que enviaron desde Roma á España los príncipes del colegio apostólico en los principios de la ley de gracia á predicar el Evangelio á los ha-

bitantes de esta Península, que como idólatras por entonces rendian antiguo homenaje á los demonios: haciendo asunto de religion, acomodándose á toda clase de supersticiones gentílicas, tributando el culto debido al Criador del cielo y de la tierra á unos vanos simulacros bajo el velo de quiméricas deidades.

No referimos las actas que son comunes á este varon apostólico y á sus ilustres compañeros, por evitar una molesta repeticion en la vida de cada uno. Véase la noticia de san Torcuato, obispo y mártir, el dia 15 de mayo, á la que remitimos al lector, para que pueda enterarse de su carácter, y venida á la nacion hasta que llegaron juntos á Guadix. Quedó en esta ciudad por obispo san Torcuato, y distribuyéndose los demás por diferentes pueblos de España á satisfacer el designio de su mision, pasó Esichio, Hiscio ó Esicio, segun otros le nombran, á Carteya, ciudad antigua de la Bética ó Andalucía, por la que entienden unos á Tarifa, otros á Algeciras, y otros á Cazorla, ilustre villa de la Andalucía alta, cabeza de su adelantamiento; cuya variedad de opiniones en órden á los nombres y sitios de los pueblos no deben extrañarse en España, habiendo sufrido tantas y tan repetidas irrupciones de bárbaros ambiciosos de su fértil terreno: bien que es muy cierto que en apoyo de ser Cazorla la que antiguamente se llamó Carteya, obra la tradicion constante de aquellos naturales que veneran á san Hiscio por su primer obispo é ínclito patrono, sin que se haya interrumpido en ella su culto en transcurso de tantos siglos.

Presentóse, pues, Hiscio en Carteya, y compadecido de la multitud de infieles que vivian en aquel numeroso pueblo sumergidos en los mas clásicos errores y en una espantosa corrupcion de costumbres, comenzó á predicar las infalibles verdades del santo Evangelio con aquel espíritu y con aquel celo que era propio de su ministerio. Hízoles ver la necedad de sus ridículas supersticiones, la brutalidad de sus horrendos sacrificios, y la oposicion que dice la multitud de deidades contra lo que dicta la misma razon, demostrándoles á un mismo tiempo la verdad y la santidad de nuestra Religion; y como se hallaba adornado de todas aquellas gracias especiales, que el Señor concedió en el establecimiento de la Iglesia á todos los varones apostólicos que se interesaron en la conversion de un mundo idólatra, añadiéndose á esto la confirmacion de la doctrina que predicaba con repetidos milagros, abrazaron no pocos infieles la fe de Jesucristo, detestando sus abominables errores.

Un suceso tan pronto como feliz encendió mas el celo del ilustre

operario del Padre de familias, quien no satisfecho con las conquistas que hizo en Carteya, predicó en Tarifa, en Algeciras, y en Alona, ciudad sita antiguamente entre Tarifa y el cabo de la Plata, segun nos dicen varios escritores nacionales, sin que en esto se encuentre alguna dificultad, por ser poblaciones poco distantes unas de otras en un mismo continente. Rindió la semilla evangélica que sembró el Santo en aquellos terrenos abundantísimos frutos al Labrador divino, y estableciendo su cátedra episcopal en Carteya, se dedicó al cultivo de aquella iglesia con la vigilancia pastoral que exigia la constitucion de unos siglos tan calamitosos, en que el furor de los gentiles perseguia de muerte á los profesores de la religion del Crucificado. Surtió á su rebaño con abundantes pastos espirituales, sin dejar de atender su ardiente caridad al socorro de las necesidades corporales; y no omitiendo los oficios de maestro, les dió todas las instrucciones que estimó necesarias para el destierro de la ignorancia y de la preocupacion en que habian vivido hasta entonces; enseñándoles al mismo tiempo el modo de celebrar los oficios y sacrificios divinos, para que tributasen á Dios por ellos el culto debido por sus criaturas, haciendo á expensas de incesantes fatigas que floreciese la Religion entre aquellos naturales, de manera que parecia no quedar mas que hacer.

Continuó Hiscio por espacio de algunos años en el ministerio pastoral, ganando los corazones de todos con su paciencia, con su dulzura, y con su apostólico desinterés; pero ofendidos los infieles de las conversiones que cada dia hacia para Jesucristo de los muchos paganos desengañados á la luz de su predicacion, determinaron quitarle la vida, como lo hicieron en la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el impío Neron. No nos consta con certeza el género de martirio que padeció el Santo; pues aunque algunos escriben que murió quemado en el Sacro Monte de Granada, atendiendo á que los naturales de Cazorla creen por una constante tradicion, que fue apedreado en un campo de aquel pueblo, donde se conservan hasta hoy unos crecidos montones de piedras, nos inclinamos á seguir este dictámen apoyado por D. Fernando Alonso Escudero de la Torre, en el libro que escribió de los Santuarios del Adelantamiento de Cazorla, y por D. Rodrigo Mendoza de Silva en la poblacion de España; lo que se confirma á mayor abundamiento por la gran festividad que por antiquísima costumbre hacen los vecinos de aquella ilustre villa todos los años en uno de los domingos de mayo, en el que va el clero y el pueblo en solemne procesion al sitio donde se tiene por tradicion

que fue apedreado: lo que ejecutan en el dia por voto en fuerza de un auto capitular de ambos cabildos hecho en 11 de mayo de 1585; cuya tradicion constante no debe despreciarse sin documentos justificativos que prueben lo contrario.

La Misa es del comun de Confesores y Pontífices, y la Oracion es la siguiente:

Propitiare, quaesumus, Domine, nobis famulis tuis per sancti confessoris tui atque pontificis Rudesindi merita gloriosa: ut ejus pia intercessione ab omnibus semper protegamur adversis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos favorezcas á tus siervos por los gloriosos méritos de tu confesor y pontífice Rosendo, para que por su intercesion seamos siempre protegidos en todas las adversidades. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

No se halló quien guardase como él la ley del Altísimo. El verdadero mérito del hombre depende de su perfecta sujecion á la ley de Dios. El que no es buen cristiano, no puede ser hombre de bien; pues hablando en rigor, solamente es hombre de bien el buen cristiano. El nacimiento, la complexion, el genio, la educacion, el comercio del mundo, el estudio, la reflexion, y hasta las mismas pasiones, pueden

hacer á un hombre oficioso, servicial y cultivado; pero la verdadera honradez solo puede ser fruto de la virtud cristiana. Sin ella puede un hombre ser obsequioso por inclinacion, grato por interés ó por orgullo, apacible, atento, bizarro por artificio; pero estas son apariencias, representaciones, y meras exterioridades. Cúidase poco en el mundo de ser hombre de bien en la realidad; todo el empeño es parecerlo. Puédense muy bien saber todas las ceremonias exteriores, y practicarlas, ni mas ni menos como un comediante representa el papel de rey en el teatro. La que se llama honradez, ú hombría de bien en el mundo, consiste en un modo de portarse arreglado, atento, cortesano, obsequioso y cultivado. El mundo no pide mas; pero todo esto puede ser una monada, ó un puro aparato, y acabóse. Con efecto, ese fingido hombre de bien, tan bizarro, tan atento, tan servicial, y tan magnífico, allá detrás de cortina frecuentemente no viene á ser mas que un trapacero, un vicioso, un hombre brutal. La verdadera hombría de bien cuesta mucho al corazon. Es preciso supurar sus hinchazones, endulzar sus amarguras, allanar sus desigualdades, reprimir sus ímpetus. Este vencimiento solo puede ser obra de la virtud. Las pasiones, tan contrarias á la verdadera hombría de bien, no reconocen otro dueño que las sujete. El estudio, el entendimiento, la política y el uso del mundo pueden contenerlas por algun tiempo; pero presto se librarán de la opresion, y recobrarán su libertad con usuras. De aquí nace, que comunmente el hombre de bien del mundo lo es solo por humor, por interés y por capricho: el serlo por reglas y por principios se reserva únicamente á la virtud. Esta es la que enseña á ser hombre de bien para otros y para sí. El hombre de bien nunca es desigual: su mérito es real, y su honradez verdadera. Debe conocer todos los respetos y todas las atenciones que pide la sociedad, y debe practicarlas. La fidelidad en desempeñar las obligaciones de su estado es uno de los mas bellos rasgos de su retrato. Él es buen padre, buen pariente, buen amo, y buen amigo. Como su honradez no depende del capricho, del interés, ni de las circunstancias de las personas, nunca se desmiente. Su rectitud nunca se envejece, y su cortesanía siempre es nueva. Superior á las alteraciones de la vida, y dueño de sus pasiones, no descompone el órden y economía de sus operaciones, porque solo tiene á la vista su obligacion, y la ley santa de Dios, única regla de toda su conducta. ¿Qué te parece ahora? ¿Bastará únicamente la buena crianza, el comercio del mundo, una capacidad despejada, y un buen juicio para hacer una obra de este carácter y de este valor? Sin vir-

tud ¿se podrá conseguir aquella rectitud inalterable, aquella apacibilidad siempre uniforme, aquella honradez constante sin ficcion, y sin artificio? Es hombre de bien un mundano: tiene pundonor, espíritu, capacidad, esplendor, unos modales gratos y caballerosos; su despejo cautiva, y su oficiosidad encanta. Pero si son estragadas sus costumbres; si es débil su fe; si se reconoce en él poco ó nada de religion; ¿merecerá grande estimacion su postiza y superficial honradez? ¿Se podrá hacer gran caudal de aquella máscara, de aquel fantasmon de hombría de bien? ¿Habrá quien deba fiarse de aquella artificiosa, de aquella afectada bondad? El que solo es hombre de bien por artificio, ó por genio, no lo será siempre, ni en todas partes, ni por largo tiempo.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que, cuando venga el señor, los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACION.

De las obligaciones del estado de cada uno.

Punto primero. —Considera que todos tienen en su estado cuanto han menester para salvarse y para ser santos. Es error grosero, y con todo eso es muy comun, pensar que se encontrarán menos estorbos, y se hallarán mas medios para salvarse en cualquiera otra condicion que en la que ha abrazado cada uno: delirio de imagina-

cion enferma, que se figura conducirá mucho para recobrar la salud el mudar de cama ; pero esta inquietud es efecto del mal, que está en la sangre. Si te hallas ya establecido en el mundo, ¿á qué fin suspiras por la mayor facilidad para ser santo que hay en el estado religioso? ¿Á qué fin, aun dentro de la misma religion, envidias en los religiosos de otra profesion ciertos medios que te parecen mas ventajosos para ser perfectos? Deseos inútiles, proyectos frívolos que solo sirven para engañarnos, y para que cada dia seamos mas imperfectos, siendo menos regulares y menos observantes.

Efecto es del extravagante genio de los hombres no apreciar sino lo que nace muy distante, y no hacer caso de lo que tenemos delante de los ojos y estiman los extranjeros. Esta extravagancia del gusto trasciende hasta el espíritu y corazon cristiano. ¿Á qué fin hacer dependiente de la condicion lo que únicamente depende de la fidelidad de la persona? No hay estado que no tenga sus obligaciones : cumple exactamente con las del tuyo, y nada tendrás que envidiar á los mas fervorosos. Cuanto mas ligeras ó mas menudas son estas obligaciones, mas se merece en cumplirlas. Nada se le niega á Dios cuando se le ama mucho. El amor atiende poco á la importancia, ó á la calidad del servicio : solo considera la voluntad y el gusto del dueño á quien se le hace. Este es todo el secreto de la mas sublime perfeccion, esta es la verdadera virtud.

Tu estado te impone ciertas obligaciones ; en cumplirlas consiste la devocion, el mérito y el fervor. La oscuridad de la obligacion no disminuye el resplandor de la virtud, antes le realza. Aquel Dios, que por decirlo así, es el único que valora el precio y el mérito con su aprobacion; este Dios, vuelvo á decir, no pide de aquel padre, ni de aquella madre de familias, que asistan continuamente á los oficios divinos, que estén perpetuamente en la iglesia, que no falten á ejercicio ó acto alguno de devocion que se practique en el pueblo : pídeles que cuiden muy particularmente de la educacion de sus hijos, y de edificarlos con buenos ejemplos : pídeles que velen sobre su familia, puesto que algun dia le han de dar estrecha cuenta de ella.

Pide Dios á aquel magistrado que procure hacerse mas y mas hábil cada dia por su estudio y aplicacion. Pide á aquel militar que sirva á Dios y á su rey con valor y con fidelidad. Pide á aquel eclesiástico que desempeñe las inmensas obligaciones de su estado, y sostenga en todo la eminente santidad de su sagrado carácter. Pide á aquel religioso que jamás se dispense en la observancia de sus re-

glas. Pide, en fin, á todos, que cumplan con los deberes de su estado. Esto es negociar cada cual con sus talentos: con esto se contenta Dios: no nos pide mas; pero pide todo esto.

¡Ó mi Dios, cuanto me acusa esta importante verdad! ¡Y qué remordimientos, qué tristes reflexiones no me obliga á hacer ésta acusacion!

Punto segundo. — Considera que no hay en la vida condicion, no hay estado que no tenga sus obligaciones particulares. ¿Estás consagrado á los altares? ¿Abrazaste el estado eclesiástico? ¡Qué pureza de costumbres mas esmerada necesitas tener! ¡Qué regularidad de porte mas ejemplar! ¡Qué reforma mas indispensable! Obligacion de buenas obras te incumbe: obligacion del oficio divino: obligacion de distribuir bien las rentas. Las diversiones puramente seculares se prohiben; las concurrencias profanas se proscriben. El estudio propio del estado, la ciencia necesaria para desempeñar dignamente el ministerio; estas son las obligaciones de un eclesiástico. ¿Y serán para olvidadas estas obligaciones?

¿Vives en el mundo? ¡Oh mi Dios! ¡de cuántas obligaciones mas estás sitiado, que debes considerar como otras tantas cargas que te impone la religion! ¡Qué rectitud, qué buena fe debes guardar en el comercio! ¡Qué hombría de bien en todo tu porte! ¡Cuánta multitud de deberes respecto de tus hijos y de tus criados! ¡Qué precision en darles buen ejemplo! ¡Cuántas reglas de compostura, que tambien son obligatorias! Es el mundo la region de las pasiones, y debiera ser el cadalso de su suplicio. ¿En qué otro lugar hay mayor precision de combatirlas y de vencerlas? El mundo, respecto de la salvacion, es un país enemigo, en que es necesario estar siempre con las armas en la mano. ¿Pedirá por ventura este estado almas ociosas ó espíritus cobardes?

En fin, ¿logras la dicha de haber abrazado el estado religioso? ¿Qué obligaciones mas estrechas, ni mas delicadas, que las que te imponen tus sagrados votos? Y ¿será razon que reputes todas tus reglas por unos meros consejos? En tus constituciones y en tu instituto se contienen muchas obligaciones que no puedes ignorarlas. Por estos documentos se ha de sentenciar definitivamente el proceso decisivo de tu suerte eterna. ¡Oh mi Dios, y qué digno de lástima es un religioso inobservante y tibio! ¡Quién podrá asegurarle á la hora de la muerte, cuando se le representen todas sus obligaciones!

No hay estado que no las tenga; y en el cumplimiento de ellas

consiste todo el mérito. Cualquiera otra devocion es error; y esto mismo hace evidencia de que la santidad está en la mano de todos. Nunca nos faltan los auxilios necesarios proporcionados á lo que hemos menester; lo que nos falta muchas veces es la fiel y debida correspondencia á estos auxilios.

Uno de ellos, Señor, es la gracia que me dispensais para hacer estas reflexiones; pero muy desgraciado seré si hago inútil esta gracia. No lo permitais, Señor, pues ya he tomado mi partido. De hoy en adelante toda mi aplicacion y todo mi estudio será, mediante vuestra divina gracia, comprender bien mis obligaciones, y dedicarme á cumplirlas.

Jaculatorias. — Pronto estoy, Señor, á cumplir con las obligaciones de mi estado, sin que nada sea capaz de hacerme titubear en esta resolucion. (*Psalm.* CXVIII).

No, Dios mio, jamás me olvidaré del cumplimiento de mis obligaciones, pues en esto cumplo vuestra ley, que es la que vivifica. (*Ibid*).

PROPÓSITOS.

1 Hé aquí un asunto muy copioso para el exámen y para la confusion de toda suerte de personas. La virtud mas elevada consiste en que cada uno cumpla fiel y constantemente con las obligaciones de su estado. Ninguno las ignora; todas están en la mano de cada uno; ninguna hay que no sea conveniente; pues ¿quién podrá disculpar su negligencia, si no es santo? Si estamos en el mundo, no hay que ir á los claustros con nuestros quiméricos proyectos, ni con nuestros vanos deseos, ni es menester ir con ellos á la Tebaida, si nos hallamos en la religion. En la vida mitigada del religioso instituto que hemos abrazado, no tenemos que envidiar á los que eligieron otro mas austero. El estado en que nos hallamos, la condicion en que vivimos tiene sus obligaciones: este religioso instituto tiene sus reglas. Dios no te pide mas que el exacto cumplimiento de esas obligaciones, la puntual observancia de esas reglas. El tesoro de la felicidad eterna está, digámoslo así, en tu heredad: él es tesoro escondido para muchos que no quieren hacerse santos, sino donde no están, pretendiendo que el terreno que pisan solo puede producir espinas. Cultívenle bien, y verán cómo fructifica á proporcion del cultivo. Convéncete hoy á esta verdad llena de consuelo, y no pienses en

hacerte santo, sino en el estado fijo en que te hallas, cumpliendo con las obligaciones de él.

2 Conviene que hagas desde luego un breve apuntamiento de estas obligaciones. Si estás en el mundo, mira cuáles son las obligaciones de tu estado: cuidados personales de la familia y de los domésticos, atencion á sus costumbres, vigilancia sobre su porte, respeto y modestia religiosa en el templo, frecuencia de Sacramentos, devociones de la mañana y de la noche, buenos ejemplos, etc. Recorre todos estos deberes, y forma la resolucion de cumplirlos. Si eres religioso, tienes reglas; y toda tu perfeccion consiste en observarlas. Examina cuáles son las que menos cuidas, y las que quebrantas mas frecuentemente. Acuérdate de que aunque no te obliguen debajo de pecado, algun dia sabrás que de su observancia depende, no solo la perfeccion, sino en cierta manera la salvacion de las personas religiosas. Es muy dificultoso quebrantar habitualmente la mayor parte de las reglas y guardar los votos. No te confies, ni te lisonjees con frívolas distinciones. En el tribunal de Jesucristo no se hace caso de ellas. Comienza desde hoy á cumplir con tus obligaciones, y á observar aquellas reglas que mas has quebrantado hasta aquí.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Jovino y Basileo, en Roma, en la via Latina, martirizados siendo emperadores Valeriano y Galieno.

Muchos santos Mártires, tambien en Roma, los cuales imperando Alejandro, y siendo prefecto Ulpiano, después de haber padecido muchos tormentos, por último fueron degollados.

Los santos mártires Pablo, Heraclio, Secundila y Genara, en el Puerto Romano.

Los santos mártires Lucio, obispo, Absalon y Lorgio, en Cesarea de Capadocia. *(Véase la noticia de san Lucio en las de este dia).*

La conmemoracion de ochenta santos Mártires, en Campaña, los cuales no queriendo comer de las carnes sacrificadas á los ídolos, ni adorar la cabeza de una cabra, fueron muy cruelmente muertos por los longobardos.

San Simplicio, papa y confesor, en Roma. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Ceaddas, en Inglaterra, obispo de los mercios y de los lindisfarnos, de cuyas esclarecidas virtudes hace mencion el venerable Beda.

SAN SIMPLICIO, PAPA.

Fue italiano san Simplicio, natural de Tibur, hoy Tívoli, en la campaña de Roma. Su padre, llamado Castino, era de una familia en la cual parecian hereditarias la bondad y el celo por la Religion. Fue criado Simplicio con el mayor desvelo, así en el santo temor de Dios, como en el estudio de las ciencias. La solidez de su ingenio, la dulzura de su natural, su inclinacion á la virtud y su amor á las letras, dice el autor veneciano de las vidas de los Papas, contribuyeron á su buena educacion, haciéndole el jóven mas cabal de su tiempo, y el ornamento de todo el clero romano.

Fue admitido en él con aplauso universal; y él, que ya se distinguia por la ejemplar regularidad de sus costumbres y por su piedad sobresaliente, no se distinguió menos por su gran sabiduría. No contento con ser la admiracion de todo el clero, fue muy presto uno de sus mas brillantes astros. Apenas se hablaba en Roma de otra cosa que del raro mérito de nuestro Santo, cuando sucedió la vacante de la Santa Sede por muerte de san Hilario. Hubo poco que deliberar en la eleccion; porque Simplicio fue elevado á esta suprema dignidad por unánime consentimiento, y consagrado el dia 3 de marzo de 467. Se divulgó luego por toda la cristiandad esta noticia, sabiéndose en ella que no era fácil haber elegido para suprema cabeza de la Iglesia quien mejor mereciese serlo.

Á la verdad, si en algun tiempo tuvo necesidad la santa Iglesia de un pastor celoso y vigilante, de un Papa santo y sabio, de una cabeza visible que fuese capaz de oponerse con vigor á los mayores esfuerzos de la herejía, fue en aquel tiempo de calamidad en que el error, sostenido de la potencia secular, parecia haber inundado á manera de impetuoso torrente todo el mundo cristiano, sin que apenas se dejase ya ver un príncipe católico.

Odoacro, que se habia hecho dueño de Italia, era arriano. Los vándalos, que reinaban en el África, como los godos en España y en las Galias, yacian profundamente sumergidos en los mismos errores. Los príncipes ingleses y franceses aun palpando sombras en las tinieblas del gentilismo. Zenon, emperador, y Basílico, tirano del Oriente, favorecian á cara descubierta á los eutiquianos, y la ambicion de los patriarcas aun causaba mayores estragos que el furor de la herejía. Tal era el lamentable estado de la Iglesia por todo el universo cuando Simplicio subió á la popa y tomó el timon para gobernar la nave.

Aplicó la primera atencion de su desvelo á desterrar el desórden, y hacer reflorecer en el clero la pureza de costumbres ; declaró sangrienta y eterna guerra al error, y se empeñó en reprimir con valeroso teson la ambicion inquieta de los que turbaban la Iglesia.

Intentando Acacio, patriarca de Constantinopla, elevar su silla sobre la de Alejandríá y Antioquía, usurpando á estas iglesias las preeminencias que las pertenecian, encontró en nuestro Santo una resistencia tan vigorosa y tan firme, que conoció bien no habia que pensar en tiempo de tal Pontífice en emprender cosa alguna que se opusiese á la venerable disposicion de los antiguos cánones.

En vano se esforzó el homicida y usurpador Timoteo Eluro, autor de la muerte del santo patriarca Protero, y poseedor tirano de su silla : en vano se esforzó á valerse del artificio, de la solicitacion y de la violencia para doblar el teson de nuestro Santo ; porque halló siempre en este gran Pontífice una muralla inconquistable en defensa de la casa del Señor.

Pedro, el Tintorero, otro hereje intruso en la sede antioquena, experimentó muy á su costa el vigoroso teson de nuestro Santo las dos veces que quiso usurpar aquella silla patriarcal.

Pedro Mungo, que quiere decir *el Tartamudo*, patrocinado del patriarca Acacio y de la faccion de otros obispos herejes, se consagró violentamente por obispo de Alejandría. Súpolo san Simplicio, y teniendo noticia de que el emperador Zenon protegia tambien á este cismático usurpador, escribió á aquel Príncipe una carta tan llena de respeto como de apostólica entereza; defendió hasta el último empeño la canónica eleccion de Juan de Tebenas, hombre muy católico y de buenas costumbres.

No es posible explicar el celo y la atencion con que este santo Pastor velaba sobre todo el rebaño que estaba á su cargo ; ni fueron solos los enemigos de la Iglesia en Oriente los que experimentaron las siempre victoriosas fuerzas de su valeroso celo. Pocas iglesias se contaron así en el África como en el Occidente, á donde no alcanzasen las solicitudes de su desvelo y de su vigilancia pastoral.

Como el imperio del arrianismo se habia dilatado por todas partes, á todas partes acudia tambien el cuidado del vigilantísimo Pastor, atento siempre á mantener á los fieles en la verdadera fe. Enseñábalos con sus instrucciones, socorríalos con sus limosnas, consolábalos con sus cartas; y lo que es mas admirable, en medio de esta universalidad de cuidados y de trabajos apostólicos, hallaba tiempo el santo Papa para descender á tales menudencias en órden

á la disciplina eclesiástica, y especialmente á la reforma de costumbres en el clero, que parecia no tener á su cargo mas iglesia que la de Roma.

Correspondia á la eminencia de su virtud el rigor penitente de su vida. Pocos religiosos se encontrarian en los claustros, y pocos solitarios se encontrarian en los desiertos que le excediesen en la severidad con que trataba su cuerpo, haciéndole experimentar todos los duros tratamientos de la mas austera penitencia.

Por este tiempo, habiendo llegado á su noticia que muchos obispos de Oriente favorecian descubiertamente el eutiquismo, convocó un concilio en Roma, en el cual fulminó excomunion contra Eutiques, contra Dióscoro de Alejandria, y contra Timoteo Eluro. Escribió fuertemente al emperador Zenon, obligándole á anular los edictos que Basílico habia promulgado contra la religion católica, y á que echase de Antioquía á Pedro Tintorero con otros siete ú ocho obispos eutiquianos que perturbaban la paz de la Iglesia.

Atento siempre san Simplicio á las necesidades de su rebaño, escribió una bella carta al emperador Basílico, exhortándole á que á ejemplo de los emperadores Marciano y Leon, que le habian criado, defendiese con todo su poder la autoridad del concilio de Calcedonia.

Fuera de estas epístolas escribió una á Zenon, obispo de Sevilla, por la cual, informado del infatigable y generoso celo de aquel virtuoso Prelado, le nombra y le crea su vicario general en toda España, para que vele en ella sobre la observancia de los sagrados cánones. Tambien escribió á Juan, obispo de Ravena, en el año 482, reprendiéndole severamente porque habia consagrado obispo á un tal Gregorio con violencia y contra toda su voluntad. *El que abusa de su poder*, dice Simplicio, *merece perderle; y así os apercibimos, que si en lo porvenir osáreis ordenar á alguno, ya sea de obispo, ya de presbítero, ya de diácono, resistiéndolo él y repugnándolo, vos seréis privado de vuestra jurisdiccion en la iglesia de Ravena, ó en la provincia de Emilia.*

Otra epístola tenemos de nuestro insigne Pontífice, escrita en el año 475, y dirigida á Florencio y á Severo, obispos, en la cual les dice lo siguiente: *Por vuestra relacion hemos entendido que Gaudencio, obispo de Aufinio, ha celebrado algunas órdenes ilícitas; por lo cual enteramente le privamos de jurisdiccion para ordenar en adelante, y hemos mandado á nuestro hermano el obispo Severo que ejercite esta funcion en dicha iglesia cuando hubiere necesidad; de suerte, que los*

que se hallaren ordenados por Gaudencio contra lo dispuesto por los sagrados cánones, sean privados del ejercicio de las órdenes. A Gaudencio solo se le dará la cuarta parte de las rentas de la iglesia, y de las ofrendas de los fieles, de que ha usado tan mal. De las otras tres partes, las dos se emplearán en la fábrica de la iglesia, en socorrer á los pobres y peregrinos, encargándose su administracion al presbítero Onagrio, con pena de deposicion si abusare de ella. La otra parte se repartirá entre los clérigos á proporcion del mérito de cada uno. Se encarga mucho á la diligencia de Severo que procure recobrar los vasos sagrados que han sido enajenados; y que compela á Gaudencio á que le entregue las tres partes de las rentas que hubiere percibido en los tres últimos años. Esta individualidad y estas menudencias en punto de disciplina, á que desciende Simplicio en sus epístolas, acreditan mas que todo la vasta comprension de su celo y de su vigilancia pastoral.

Tantos trabajos y apostólicas fatigas consumieron en fin la salud de nuestro Santo, que colmado de méritos y de gloria por tantos triunfos como habia conseguido de la herejía, murió en Roma el dia 10 de febrero del año 483, después de haber gobernado santamente la Iglesia por espacio de doce años. Dejó varias ordenaciones utilísimas; entre otras la distribucion de los bienes y rentas de la Iglesia en cuatro partes: la primera para el obispo, la segunda para los clérigos, la tercera para las fábricas, y la cuarta para los pobres. Instituyó el cargo de los sacerdotes semaneros para la administracion del Bautismo y Penitencia en las iglesias de san Pedro, san Pablo y san Lorenzo. Fue sepultado el dia 2 de marzo, en el cual celebra su fiesta el Martirologio, y se conservan sus preciosas reliquias en Tívoli con mucha veneracion, experimentando cada dia los pueblos milagrosos efectos del crédito que logra con Dios la intercesion de este santo Pontífice.

SAN LUCIO, OBISPO Y MÁRTIR.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Lucio, obispo de Cesarea en Capadocia, y de sus compañeros Absalon y Lorgio, ó Gregorio, con la expresion de santos mártires de la ciudad dicha, á quienes añaden otros á Herolo, Primitivo y Januario; aunque los escritores no nos refieren los géneros de tormentos que padecieron en su martirio. Tamayo Salazar en su Martirologio español escribe: que san Lucio fue obispo de Britonia, ciudad antigua de España, hoy llamada Mondoñedo, el cual habiendo pa-

sado á Cesarea de Capadocia con motivo de negocios urgentes en tiempo de la sangrienta persecucion que suscitó Neron contra la Iglesia, hallando en aquella ciudad á los Cristianos dispersos por temor de la terrible tempestad, los reunió con mucho amor, confortó y animó á padecer por Jesucristo. Y habiendo sabido los paganos estos oficios, delatáronle al gobernador gentil, por cuya órden recibió la muerte en la cárcel con Primitivo y otros ilustres confesores que se hallaban en ella después de haber sufrido muchos tormentos por su constancia en la fe. De cuya noticia cotejada con la referencia hecha en el Martirologio romano, hará el lector el aprecio que le parezca.

La Misa es de la dominica precedente, y la Oracion que corresponde á la Misa es la que se sigue:

Deus, qui nullum respuis, sed quantumvis peccantibus per poenitentiam pia miseratione placaris; respice propitius ad preces humilitatis nostrae, et illumina corda nostra; ut tua valeamus implere praecepta: Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que á ningun pecador desechas, antes bien por tu piadosa misericordia te aplacas con la penitencia de los mayores pecadores; dígnate oir favorablemente nuestras humildes súplicas, y de tal manera ilumina con tu gracia nuestros corazones, que podamos observar tus divinos preceptos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del libro de la Sabiduría.*

Fratres: Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideo accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Induet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum; sumet scutum inexpugnabile, aequitatem.

Hermanos: Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto recibirán el reino de la belleza, y la diadema de la hermosura de mano del Señor, porque su diestra les cubrirá y defenderá con su santo brazo. El (Señor) tomará la armadura de su celo, armará su criatura para vengarse de los enemigos; vestirá en lugar de cota la justicia: tomará por yelmo el juicio acertado, y por escudo inexpugnable la equidad.

REFLEXIONES.

El interés, el amor del deleite, de la gloria y de la vida, son las grandes máquinas que ponen en movimiento nuestras operaciones. Se quiere vivir, se aspira á vivir con conveniencia, y se ama todo lo que puede lisonjear el corazon y los sentidos. Los empleos mas

elevados nunca se consideran fuera de tiro respecto á nuestros ambiciosos deseos. Todo está á nivel de un espíritu orgulloso, y lleno de una ambicion desmedida. El hombre mas vil, el de mas cortos y mas limitados talentos se recrea dentro de su imaginacion con quiméricas ideas de no sé qué fantástica grandeza. Naturalmente se ama la vida, se aborrece la pobreza, y se huye la humillacion. ¡Cuándo aprenderán los hombres el secreto de vivir siempre, y siempre con prosperidad, con alegría y con gloria! Mucho tiempo há que se anda en busca de este secreto: las guerras, los pleitos, los estudios, el comercio; los trabajos de la vida, todos se dirigen á encontrarle: ¡tiempo perdido! El Sabio fue el que dió con este secreto, y los Santos son los que convencen que lo halló: *Justi in perpetuum vivent.* Los Santos vivirán eternamente, y Dios, único soberano bien, y única fuente de todos los bienes, les tiene reservada su recompensa. Ni pienses que esta recompensa se limita únicamente á aquella paz, á aquella tranquilidad, á aquella alegría interior que gozan aun en esta vida los verdaderos hijos de Dios: recibirán en la otra de mano del Señor un reino admirable, una brillante diadema rodeada del resplandor de la gloria. Grandes del mundo, esas coronas que adornan vuestras sienes, son á lo mas unas hojas de laurel que se marchitan y se secan, muchas veces antes que el sepulcro haya enterrado vuestra memoria y vuestro nombre. No así la suerte de los justos: no se marchita su corona; su dicha es eterna; jamás se fastidian; su saciedad renueva eternamente con nuevos gustos el delicioso apetito: nada altera su alegría, su tranquilidad ni su gozo. Tómalos el Altísimo debajo de su sombra, y cúbrelos con su divina diestra. ¿Qué puede temer, ni quién podrá dañar á quien logra tal abrigo? Defiéndelos el Señor con su poderoso brazo. Pues enfurézcase el infierno, conjúrese todo él contra los buenos; adversidades y persecuciones todas son armas falsas, ruido, susto y nada mas. Defiende Dios á sus siervos, no solo los libra su proteccion, sino que fomenta la inocencia, y produce la santidad: *Brachio sancto suo.* Extraña cosa es que no seamos mas sabios, después que la Iglesia nos enseña estas verdades tan llenas de consuelo, revelándonos unos misterios tan colmados de felicidad. Desengañémonos, que solo en el servicio de Dios se hace fortuna: pero ¿quién es el que se apresura para hacerla por este camino? Mundanos, ¡qué lástima me causan vuestros desvaríos! Pásase toda vuestra vida en servir á un amo imaginario, que al cabo se burla de vosotros. Porque al fin, ¿á quién se sirve en el mundo? ¿qué se adelanta en su servicio? ¿Y no son tambien muy

ST. ALBERT'S COLLEGE

dignos de compasion muchos que hacen profesion de virtuosos, muchos que viven en estado de perfeccion, si sirven á Dios con desidia y negligencia? ¡Qué dicha! ¡qué gloria la de servir á Dios!

El Evangelio es del capítulo VI *de san Lucas.*

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judaea, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quaerebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati, qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in coelo.

En cierta ocasion, descendiendo Jesús de un monte, se detuvo en la llanura de un campo, acompañado de la tropa de sus discípulos, y una multitud copiosa del pueblo (que le seguia) de toda la Judea, Jerusalen, países marítimos, Tiro y Sidon, los que habian venido para oirle, y ser curados de sus enfermedades, cuyo beneficio lograban tambien los molestados por los espíritus inmundos. Y toda la turba solicitaba tocarle: porque de él salia una virtud caritativa, que sanaba á todos. Entonces levantando el mismo Jesús los ojos sobre sus discípulos, decia: Bienaventurados los pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis hartos. Bienaventurados los que ahora llorais porque os reiréis después. Bienaventurados cuando os aborrezcan los hombres, y cuando separen, desprecien y abominen vuestro nombre como malo por el Hijo del Hombre. Alegraos y regocijaos en aquel dia; mirad, pues, que vuestro premio es grande en el cielo.

MEDITACION.

De la Comunion.

Punto primero. — Considera cuánta admiracion causaria que los que solicitaban con tan viva fe y con tan encendido fervor tocar la orla de la vestidura de Cristo, ó besar sus sagrados piés no fuesen curados de sus dolencias. Y ¿será menos digno de admiracion lo que estamos viendo cada dia en tantos enfermos del alma, que no solo tocan al Salvador, sino que le reciben todo entero en la Eucaristía, de que se alimentan, y con todo eso no sanan de sus espirituales achaques? Ni la virtud que entonces salia de Jesucristo se ha debilitado, ni su poder se ha disminuido, ni su bondad es menor. ¿De dónde nacerá que su preciosa sangre y su adorable cuerpo no pro-

duzcan el dia de hoy tantas maravillas? Los mismos accidentes, las mismas pasiones, los mismos defectos, las mismas flaquezas observamos á veces después de la comunion que antes. Desconfiaríamos totalmente de la salud de un enfermo, en quien se experimentasen inútiles los remedios mas eficaces. Pues ¿en qué se funda nuestra seguridad después de tantas comuniones sin fruto?

Toca Jesucristo con su divina mano un muerto que llevaban á enterrar, y el muerto resucita. la mujer que habia tocado la orla de su vestidura recobra la salud al momento. Hoy no es ya la fimbria de la vestidura del Salvador la que se toca en la comunion; tiénese en las manos su cuerpo y su sangre, recíbese, y se come; pero el alma se mantiene tan débil como si no le hubiera tocado. ¿Qué pasion se ha vencido después de tantas comuniones? ¿Qué vicio se ha enmendado? ¿Qué virtud se ha conseguido? Una sola comunion bastaba para hacerme Santo: puedo contar ciento y veinte, doscientas, mas de mil; y me hallo tan imperfecto, tan indevoto, y acaso mas vicioso que antes de tener la dicha de alimentarme con este celestial manjar. Reflexion que debe estremecer á toda alma en quien haya quedado algun rastro de religion, y mas cuando por desgracia nuestra nos sobran fundamentos para hacerla. Con efecto, ¡qué remedio podrá ya aprovechar á quien no aprovechan el cuerpo y la sangre del Salvador del mundo! ¡Qué medicina será eficaz si esta es inútil!

El fastidio que nos causa el Pan de los Ángeles, ¿será indicio de mucha santidad? El desaliento, la flaqueza, los achaques habituales que padecemos después de tantas comuniones, ¿no nos están anunciando una cercana muerte? ¡Y con todo eso estamos tranquilos, y ni aun pensamos en ello! ¡Ah fatal seguridad!

Punto segundo.—Considera hasta dónde llega la fineza de todo un Dios, que puramente por el amor que nos tiene, quiere esconderse entre las especies sacramentales de la sagrada Eucaristía. Verdaderamente que no solo es un Dios el que nos ama, sino que nos ama como Dios. Y ¡qué miremos con tanta indiferencia, con tanta frialdad á ese gran Dios en aquel mismo misterio en que echa el resto á los excesos de su amor! ¿No es este otro misterio aun mucho mas incomprensible? ¿Qué hombre, ni aun qué bárbaro, que estuviese bien instruido de lo que creemos en este misterio, pudiera creer que amásemos tan poco á Jesucristo?

Para nada ha menester á los hombres este divino Salvador; y con todo eso nada le parece el quedarse por ellos encerrado en una hos-

tia hasta el fin de todos los siglos: tanto los ama, tanto gusto tiene en mantenerse con ellos. Por el contrario, los hombres nada son, y nada pueden hacer sin él; y en medio de eso nada se les da de que se quede ó no se quede en su compañía: tan poco le estiman, tan poco le aman, tan poco aprecio hacen de tenerle consigo.

Si una fatal experiencia no nos hubiera familiarizado con este monstruo de iniquidad, daríamos por segura nuestra eterna reprobacion, á vista de la monstruosa indiferencia con que miramos á Jesucristo en la Eucaristía, singularmente después de tantas comuniones sin devocion y sin fruto. Pero porque no nos atemorizamos, ¿dejarémos de tener mucho motivo para atemorizarnos?

¿Qué debe pensar una persona, en cuyo corazon entra Jesucristo con tanta frecuencia? Conviértese Zaqueo en el mismo momento en que le recibe en su casa. Viene á la nuestra muchas veces á la semana. ¡Ó Dios, y qué materia tan abundante para tristes, pero provechosas reflexiones!

¿Qué deben pensar esos hombres privilegiados, respetables á los Ángeles mismos por su sagrado carácter; esos sacerdotes del Altísimo que ofrecen cada dia el divino sacrificio, y se alimentan con el Cordero sin mancilla? ¡Cuánta debe ser su pureza, su devocion, su fervor, su santidad! Calidades que pide indispensablemente la alta dignidad del sacerdocio. Ser sacerdote y ser imperfecto, ¡que deformidad tan monstruosa!

Mas, ¿y qué deberán pensar esos mismos, si con sobrescrito de respeto se retiran de la sagrada mesa? ¿Cómo se mantendrán en aquel viaje; qué fuerzas tendrán para el camino sin la provision de este celestial Pan? Quieren huir de la mesa de Jesucristo por no abandonar los vicios y las pasiones que los hacen indignos de sentarse á ella.

¡Ah Señor, y qué dolorosos remordimientos me causan estas reflexiones sobre toda mi vida pasada! Muchas veces os he recibido, pero ¿qué fruto he sacado de tantas comuniones, que con mucha razon puedo llamar indignas? Mi desvío de ellas no me hace mas inocente. Espero, con vuestra divina gracia, que la primera me ha de mudar enteramente, y voy á disponerme para hacerla.

Jaculatorias. — Perecerán, Señor, los que se desvian de tí. (*Psalm.* LXXII).

Pusísteme delante vuestra sagrada mesa para cobrar fuerzas contra los ataques de mis enemigos. (*Psalm.* XXII).

PROPÓSITOS.

1 No comulgar, porque el hombre se siente imperfecto, es huir del médico y de la medicina, por lo mismo que está enfermo. Comulgar, y quedarse siempre con las mismas imperfecciones, es morirse de hambre en medio de la abundancia; uno y otro es indicio verdaderamente fatal. Malo está el que mira con horror las mas saludables viandas: no está mejor aquel á quien comiéndolas no le aprovechan. Pretexto especioso y vano, es aquel afectado respeto de que algunos se precian, para ocultarse á sí mismos la propia indevocion: no es buen espíritu el que desvia las almas de la sagrada mesa. Aun no son tan impíos que se atrevan á llegarse á ella indignamente; conocen que es preciso disponerse para hacerlo, y esta disposicion los ata, y los detiene. Es preciso privarse de ciertos gustos, mortificar los sentidos, vivir con algun recogimiento, retirarse por lo menos el dia de antes de la comunion. A esto no se acomoda el amor propio, y recurre al artificio. Hácese presente aquel divino Sacramento rodeado de todo su esplendor: la majestad, la santidad de un Dios oculto en las apariencias de pan atemorizan: paréceles que va creciendo en su alma el respeto y el temor; y en lugar de inferir de aquí que deben reformarse para hacerse menos indignos de aquel celestial convite, concluyen que deben excusarse de él: y con esta engañosa consecuencia queda desahogado el amor propio.

Reprueba siempre este error, y nunca te dejes caer en este lazo. Ten perpetuamente en la memoria los saludables consejos de san Francisco de Sales, y síguelos.

«Si los mundanos, dice el Santo, te preguntaren por qué comulgas «tan á menudo, díles, que para aprender á amar á Dios; para purificarte de tus imperfecciones; para librarte de tus miserias; para «consolarte en tus aflicciones; para fortalecerte en tus flaquezas. Díles, que dos géneros de gentes han de usar de la frecuente comunion: los perfectos, porque estando bien dispuestos harian muy mal «en no acercarse á la fuente de la perfeccion y de la santidad; y los «imperfectos para hacerse perfectos. Los fuertes para no hacerse flacos, y los flacos para hacerse fuertes: los enfermos para sanar, y «los sanos para no caer enfermos; y que como tú eres imperfecta, «flaca y enferma, tienes necesidad de comunicar frecuentemente con «el que es tu perfeccion, tu fortaleza, y tu médico. Díles, que las «personas del mundo que no están muy ocupadas deben comulgar «á menudo, porque tienen comodidad; y las que están empleadas

«en grandes negocios, no deben hacerlo con menos frecuencia, por- «que tienen necesidad de mayores auxilios; y que el que trabaja mu- «cho en labores muy pesadas, necesita de alimentos mas sólidos, y de «comer mas veces que otro. Díles, que tú comulgas muchas veces «para aprender á comulgar bien, porque regularmente se hace mal «lo que se hace rara vez.»

2 Con todo eso, acuérdate que si se obliga á entrar en la sala del convite á los gotosos, á los ciegos y á los débiles, es con la precisa condicion de que todos hayan de entrar con la vestidura nupcial. A ninguno se le dispensa en las condiciones necesarias para comulgar bien. Prepárate siempre para la comunion desde la víspera: visita con este fin el santísimo Sacramento, y determina en particular el fruto que deseas sacar de la siguiente comunion; porque el que posee á Jesucristo se hace en cierta manera omnipotente.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

Los santos martires Marino, soldado, y Asterio, senador, en Cesarea de Palestina, martirizados en la persecucion de Valeriano, de los cuales el primero, acusado por sus camaradas de que era cristiano, y confesándolo francamente al juez que se lo preguntaba, fue por esta causa degollado, y alcanzó la palma del martirio; Asterio habiendo tendido su capa, y envuelto en ella el cuerpo del santo mártir Marino juntamente con la cabeza, lo cogió sobre sus hombros, *para llevarlo á enterrar*, por lo cual siendo martirizado recibió el mismo honor que quiso dar á su compañero.

El tránsito de los santos mártires Hemeterio y Celedonio, en España, los cuales siendo soldados de la armada *Romana*, acampada junto á Leon, ciudad *entonces* de Galicia, levantándose la tormenta de la persecucion por la confesion del nombre de Cristo, fueron presos y conducidos á Calahorra, en donde después de sufrir muchos tormentos, recibieron la corona del martirio. *(Véase su noticia en las de este dia).*

El martirio de los santos Feliz, Luciolo, Fortunato, Marcia y sus compañeros, en el mismo dia.

Los santos soldados Cleoncio, Eutropio y Basilisco, igualmente en el mismo dia, los cuales en la persecucion de Maximiano, siendo presidente Asclepiades, triunfaron felizmente, padeciendo el suplicio de la cruz.

San Ticiano, obispo y confesor, en Bresa.

Santa Cunegunda, emperatriz, mujer del emperador Enrique I, en Bamberga, la cual, habiendo guardado virginidad con consentimiento de su marido, colmada de los méritos de sus buenas obras, murió santamente, y después de su muerte resplandeció en milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN HEMETERIO Y CELEDONIO, MÁRTIRES.

Entre los prodigios de valor que manifestaron los mártires de Jesucristo en tiempo que los gentiles perseguian á la Iglesia con la mayor crueldad fue y ha sido memorable en todos siglos el de san Hemeterio y Celedonio, hijos, segun refieren varios escritores, de san Marcelo, centurion de la legion que tenian los romanos en la ciudad de Leon, una de las principales de España, donde los Santos siguieron la profesion militar desde su juventud. Educados en la religion cristiana por un padre que mereció la corona del martirio, persuadidos firmemente que fuera de ella no hay salvacion para los hombres, luego que supieron la cruel persecucion que suscitaron los emperadores de Roma contra los discípulos de Cristo, encendidos en vivísimos deseos de testificar con su sangre las verdades infalibles de nuestra santa fe, resolvieron de comun acuerdo hacerlo así, manifestando en su defensa el brio militar, de que se hallaban asistidos, ante los perseguidores. Para alentarse á una accion tan gloriosa, que serviria de ejemplo capaz de animar á no pocos fieles tímidos á vista de los estragos que en ellos hacian los gentiles, habló Hemeterio á su hermano en estos términos: *Ya sabes, Celedonio, hace muchos años que servimos á las potestades de la tierra en la guerra del mundo, sin otro objeto que el del honor y premios caducos, arriesgando nuestra vida en las funciones militares. Supuesto á que al presente se nos ofrece otra guerra mas noble, mas digna, y mas meritoria contra los enemigos de Jesucristo cuyos premios son eternos, vamos á lograrle en un combate laudable.*

No necesitas, respondió Celedonio, *gastar palabras para animarme á que te siga en una resolucion tan acertada: estoy muy bien persuadido de la gran diferencia que hay entre los premios indefectibles del cielo y los perecederos y temporales del mundo, que son los que pueden solamente lograr los hombres en esta vida. Hace mucho tiempo que suspiro por aquellos á costa de una expedicion que los merezca, pronto á derramar la sangre por amor de Jesucristo.* Alentados los dos hermanos con estas y otras semejantes expresiones, nacidas de unos corazones abrasados en la llama del amor divino, sin esperar á ser llamados manifestaron públicamente su fe á los gentiles. Pero, ó bien fuese su primera confesion en Leon de donde fueron conducidos presos á Calahorra, segun quieren unos; ó ya en esta ciudad, como escriben otros, todos convienen que en Calahorra tuvieron su glorioso combate con-

tra los enemigos de la religion cristiana, donde el gobernador romano ejecutaba con los fieles, que rehusaban sacrificios á los ídolos, sus acostumbradas crueldades: presentados al tribunal de aquel impío, le reprendieron cara á cara los dos hermanos con grande valor y espíritu la injusticia de sus procedimientos contra la inocencia de los Cristianos, declamaron sobre las necedades y delirios de las supersticiones adoptadas por el gentilismo, y manifestaron con admirables discursos las verdades inefables de la religion de Jesucristo.

No es fácil explicar la cólera que concibió el magistrado al oir semejante lenguaje, que graduó por uno de los mas criminales atentados contra los príncipes del mundo á su presencia; y queriendo vengarse, mandó poner en una dura prision á los santos Confesores, donde les tuvo padeciendo mucho tiempo con el perverso fin de prolongar su martirio, tan dilatado, que segun escriben varios, les creció excesivamente la barba y el cabello, haciéndoles después sufrir tormentos inauditos.

Prudencio, uno de los mas antiguos y mas célebres entre los poetas latinos, que compuso á fines del siglo IV un poema importante, bajo el título de las Coronas, en honor de algunos ilustres Mártires de España, consagra parte de él á los elogios de los dos hermanos Hemeterio y Celedonio, quejándose en los términos mas vivos de la malignidad con que los perseguidores hicieron perecer las actas ó proceso judicial, formado contra los Santos, con la impía intencion de abolir la memoria de un suceso tan memorable, robándose así el conocimiento específico de las generosas respuestas que dieron al juez, y géneros de penas que sufrieron. Lo que la fama pudo arrancar á esta intencion bárbara por el canal de una tradicion fiel se reduce á lo dicho, y á que los tormentos que padecieron fueron de los mas crueles y exquisitos: así lo afirma el P. san Isidoro, quien escribe, que por ser tan enormes y bárbaros, tuvieron vergüenza los gentiles de que llegasen á hacerse públicos, valiéndose de todos los medios que pudieran contribuir á ocultarles, para que no se supiese en el mundo hasta dónde llegó el valor de los dos esforzados militares de Jesucristo, que sufrieron todos cuantos artificios pudo discurrir la obstinada ceguedad de los paganos, con el perverso fin de rendir su constancia, porque de ello resultaria sin la menor duda la mayor confusion del gentilismo, y seria un convencimiento del ningun poder de los falsos dioses, á quienes tributaban cultos.

Últimamente, viendo los perseguidores frustradas todas sus tentativas para vencer á los santos hermanos, unos en la fe, unos en los

sentimientos, unos en la fortaleza, y unos en el valor y espíritu, mandó el gobernador degollarles, no encontrando otro arbitrio: ejecutóse la sentencia en el dia 3 de marzo del año 298 segun unos, ó 306 segun otros, cerca del rio llamado antiguamente Araneto, hoy Arnedo. En el momento que les derribó las cabezas el verdugo, sucedió el prodigio, de que fueron testigos oculares los mismos gentiles, de elevarse por el viento hasta las nubes el anillo del uno, y banda del otro, lo cual se tuvo por una cierta seguridad de la gloria con que Dios recompensaba la fidelidad y pureza de los Santos, de cuyas cualidades son símbolo la banda blanca, y anillo de oro. San Gregorio de Tours no ha olvidado esta circunstancia en el elogio que hizo de estos dos ilustres Mártires, reputándola por un gran milagro.

Los venerables cuerpos de los Santos parece fueron por entonces sepultados en la ribera del rio dicho, donde se mantuvieron ocultos todo el tiempo que duró el furor de la persecucion, y descubiertos luego que cesó la tempestad: después de sus traslaciones al monasterio de Leger en la diócesis de Pamplona, segun Yepes escribe, y de la que sostienen otros á Sellés en Cataluña [1], de cuya verdad prescindo, se conservan hoy en la iglesia catedral de Calahorra, donde se les tributa el culto y honores correspondientes á las de patronos de la ciudad y toda la diócesis, que por su intercesion ha conseguido del Señor muchos y muy grandes beneficios. En cuanto á las cabezas de los Santos, se cree halladas en uno de los puertos de la montaña, llamado antiguamente de San Hemeterio, y en el dia Santander, en cuya iglesia permanecen con el honor y veneracion debida.

SANTA CUNEGUNDA Ó CUNEGUNDIS, EMPERATRIZ, VIUDA Y VÍRGEN.

Fue santa Cunegundis hija de Sifrido ó Sigefrido, señor palatino del Rhin, primer conde de Luxemburgo, y de Heswigis, señora de

[1] Tambien la ciudad de Cardona en el principado de Cataluña, obispado de Solsona, se gloria de poseer los cuerpos de los santos Hemeterio y Celedonio, que se afirma fueron trasladados de Calahorra á la villa de Sellés en el mismo Principado, y de esta villa á la dicha ciudad de Cardona, en tiempo del rey D. Martin de Aragon, por su almirante el conde de Cardona; fundándose en la escritura auténtica de su traslacion, verificada á 19 de octubre de 1399, cuya copia textual puede verse en la *Historia general de los Santos de Cataluña*, escrita por el R. P. Fr. Vicente Domenec; y en el Rescripto con que D. Fernando Perez Calvillo, cardenal y obispo de Zaragoza, de comision del papa Benedicto XIII (Luna), en el año de 1400, dió facultad al abad de Besora para absolver á los cómplices en el pio hurto de dichas reliquias, que original se halla en el archivo de la abadía de San Vicente de Cardona.

una de las mayores casas de Alemania. Salió á la luz del mundo hácia el fin del décimo siglo, y correspondió su educacion á lo alto de su nacimiento, y á la piedad de sus padres. Cási desde la cuna comenzaron á brillar las bellas prendas de que el cielo la habia dotado, sirviendo su rara hermosura y la vivacidad de su ingenio de mayor resplandor á su singular modestia. Mamó con la leche una ternísima devocion á la santísima Vírgen, y con esta devocion se la pegó aquel ardiente amor, que conservó toda la vida, á la virtud hermosa de la castidad.

El aplauso universal, y la general estimacion que se granjearon las prendas de Cunegundis encendieron la inclinacion, y espolearon las diligencias de los mayores señores para pretenderla; pero logró ser preferido á todos san Enrique, duque de Baviera, quien muerto el emperador Oton III, fue electo y proclamado rey de romanos, coronado en Maguncia el dia 6 de junio del año 1002; siéndolo dos meses después santa Cunegundis en Paderborna, cuyas iglesias enriqueció liberalmente con preciosísimos dones.

Habian nacido la una para la otra aquellas dos grandes almas, y siendo el matrimonio tan igual, no podia dejar de ser el mas feliz. Raras veces se ha ofrecido á los ojos y á la veneracion del mundo virtud mas heróica en este estado. Prevenidos los dos castos esposos con aquellas gracias especiales que están destinadas para hacer los mayores Santos, convinieron recíprocamente el primer dia de la boda en guardar perpetua castidad, consagrando á Dios su pureza. Encantó al cielo (séame lícito hablar de esta manera) una virtud tan rara y tan heróica. Estimulada por su parte la liberalidad del Señor, derramó á manos llenas los mas singulares favores sobre aquellas almas privilegiadas. Son fáciles de comprender los maravillosos progresos que harian desde entonces en el camino de la perfeccion, y cuál seria su corte á vista de tales príncipes.

Resuelto el emperador Enrique á pasar á Roma para recibir la corona imperial de mano del papa Benedicto VIII, quiso que le acompañase en este viaje su esposa Cunegundis, para que ella tambien recibiese de la misma mano la corona de emperatriz. No hay voces para expresar los grandes ejemplos de virtud que iban esparciendo por todas partes estos dos insignes dechados de la perfeccion cristiana. Almas tan puras, y tan heróicamente superiores á las miserias de la condicion humana, claro está que solo habian de emplear el amor conyugal en excitarse recíprocamente á la piedad, y al ejercicio de buenas obras correspondientes á su estado. Cunegundis era la madre

de los pobres; y como nunca habia dado entrada en su cuarto á aquellas vanas diversiones, ni á aquella perpetua cadena de frívolos pasatiempos en que constituyen toda su ocupacion los palaciegos y los cortesanos, dedicaba enteramente el tiempo al ejercicio de las obras de misericordia.

Muchos años habian pasado Enrique y Cunegundis en aquella perfecta union que forma la caridad, que estrecha la conformidad de dictámenes y de inclinaciones, y que perfecciona la virtud. El espíritu de Dios que igualmente los animaba, hacia en uno y en otro iguales impresiones: era una misma la inclinacion á todo lo bueno; era una misma la aversion á todo lo malo; era uno mismo el celo, uno mismo el gusto que tomaban á todas las obras de devocion; cuando el enemigo comun de la salvacion del género humano, que no podia sufrir tan rara y tan heróica virtud en medio de una corte, movió todas sus máquinas para derribarla, ó á lo menos para oscurecerla.

Atrevióse el espíritu de la maledicencia y la calumnia á la fidelidad y á la pureza de la santa Emperatriz, y halló resquicio para introducir en el pecho del santo Emperador la aprehension ó la sospecha; porque permitió el cielo que se dejase preocupar para acrisolar mas la virtud de Cunegundis. La castísima Princesa, aconsejada únicamente con la virtud de la humildad, á que era inclinadísima, resolvió desde luego abrazar con alegría esta oscura humillacion con que la ennegrecia la calumnia. Ya su silencio y su resignacion habian hecho mas insolentes ó mas atrevidos los recelos, cuando la representaron la obligacion en que estaba de exonerar del escándalo á los pueblos, á quienes debia de justicia el ejemplo de una vida irreprensible. Llena de segura confianza en aquel que á un mismo tiempo era protector y testigo de su virginidad, ofreció justificarla; encomendando á la prueba del fuego, autorizada entonces por las leyes y costumbre del país, el testimonio de su inocencia.

Aquel gran Dios, que solo habia permitido fuese expuesta su fidelísima sierva á tan sensible como ruboroso exámen para purificar su virtud, y para hacer público el raro ejemplo de virginidad que tenia oculto la heróica virtud de los dos santos esposos, declaró la inocencia de la Emperatriz con un milagro. Anduvo Cunegundis con los piés descalzos por barras encendidas sin recibir lesion alguna. Conoció el mundo el mérito de su pureza; y el Emperador, condenando su nimia credulidad, no perdonó medio ni diligencia para reparar la injuria que habian hecho á su castísima esposa, ó la facilidad de su

genio, ó la excesiva delicadeza de su pundonor. Desde entonces se estrechó mas el casto nudo que dulcemente los unia. Convinieron ambos en edificar á nombre y expensas comunes la catedral de Bamberga con magnificencia verdaderamente imperial: la Emperatriz por *sí* sola fue fundadora del célebre monasterio de Benedictinos, que con el nombre de San Miguel, fue adorno y ejemplo de la misma ciudad, y á poco tiempo después fundó allí mismo otro segundo con la advocacion de San Esteban; siendo muy contadas las ciudades de Alemania donde no dejase religiosos monumentos de su singular piedad.

Acometióla una enfermedad peligrosa, y luego que salió de ella, en accion de gracias fundó otro tercero monasterio de monjas Benedictinas con el título de Santa Cruz, dotándolo con una magnificencia digna de tan gran princesa.

Sucedió la muerte del Emperador el año de 1024, y en ella sintió la santa Emperatriz el mas vivo y mas penetrante dolor, tanto que hubo menester toda su virtud para no rendirse á la fuerza del sentimiento. Libre ya de cuanto podia aprisionar su corazon en la tierra, solo anheló por el retiro para dedicar todo su espíritu al cielo.

El mismo dia en que se celebraba el cabo de año de la muerte de su bienaventurado esposo, convocó gran número de prelados para celebrar la dedicacion de la iglesia que habia edificado á sus imperiales expensas en su muy amado monasterio de Kaffungen. Asistió á la ceremonia adornada de ostentosas galas, y revestida de sus insignias imperiales. Concluido el Evangelio de la misa, se acercó al altar mayor, y ofreció un pedazo de *Lignum Crucis*, primorosamente engastado en un riquísimo relicario: despojóse después de la púrpura, y se vistió un humilde hábito de religiosa, de color morado, que ella misma habia cosido por sus manos, y habia hecho que se lo bendijesen los obispos. Cortóse los cabellos, que se guardaron en el monasterio como preciosa reliquia; echóla el velo sobre la cabeza el obispo de Paderborna, y entrególa un anillo en prendas de su desposorio con el Esposo celestial. Acabada la ceremonia de la profesion religiosa, aquella purísima heroína, á vista de toda la grandeza de la corte, y de inmenso gentío que se deshacia en lágrimas, entró con despejo en el monasterio, donde pasó encerrada los quince postreros años de su vida, entregándose únicamente al ejercicio de las mas sublimes y mas heróicas virtudes.

Vivió perpetuamente en estado de religiosa particular, rendida con humilde sumision á todas sus hermanas, mirándolas á todas como si fuesen superioras. No parecia posible humildad mas profunda ni mas

sincera; obediencia mas perfecta ni mas sencilla. Aunque las religiosas estaban igualmente confundidas que mortificadas, al ver á una princesa tan grande dedicada con tanto gusto á los oficios mas bajos de la religion, era preciso condescender con las ansiosas instancias de su humildísimo genio, y darla licencia para que no se emplease en otros.

Las horas que no la ocupaban otras obligaciones mas esenciales, ya se sabia que todas se habian de dar á la oracion ó á la asistencia de las enfermas. Su admirable dulzura, su serenidad inalterable, su devocion y su modestia avivaban el fervor en todas las religiosas. Era extrema su mortificacion, arrimándose á la raya de excesiva, y vivia al parecer de milagro. Al fin, la naturaleza se dió por entendida, y fue necesario ceder á la suma debilidad á que la redujeron sus rigurosas penitencias y sus continuas vigilias. Recibió los postreros Sacramentos de la Iglesia con aquella tierna devocion, y con aquellos consuelos interiores que tiene Jesucristo reservados como de justicia para sus dignas esposas. Luego que se reconoció, y se divulgó el peligro de perder aquel inestimable tesoro, no solo en todo el monasterio, sino en toda la ciudad de Casel, no se oian mas que suspiros, sollozos, lágrimas y rogativas al cielo por la salud de la Santa: pero era ya llegado el tiempo de que fuese á recibir el premio de sus heróicas virtudes, y á tomar posesion del elevado grado de gloria donde son colocadas las santas vírgenes. Pocos momentos antes de espirar reparó que andaban las monjas disponiendo un rico paño negro bordado de oro para adornar el féretro donde habia de exponerse su cadáver. Afligióse tanto que después de muerta quisiesen tratar como emperatriz á la que habia vivido, y estaba para morir como pobre religiosa, que inmutado repentinamente su apacibilísimo semblante, no se serenó hasta que la dieron palabra de que seria enterrada sin la menor distincion como todas las demás. Murió el dia 3 de marzo del año 1040, y conducido su santo cuerpo á Bamberga, la honró Dios con la gloria de los milagros después de muerta, cuyo don la habia concedido cuando vivia. Ciento y sesenta años después, conviene á saber, el de 1200, la puso en el catálogo de los Santos, con la solemnidad acostumbrada, el papa Inocencio III.

SAN EMETERIO, MÁRTIR, LLAMADO VULGARMENTE SAN MADÍ.

San Emeterio, ó como se dice, san Madí, nació, segun se cree, en el principado de Cataluña, en la parroquia llamada de su nombre no

léjos de Barcelona. Siendo de tierna edad aprendió el oficio de labrador. Poseia una casita junto al camino público, y labrando sus tierras pasaba su vida pobre aunque tranquila. Pero vino á turbarla el rey godo Eurico, quien talando y destruyendo cuanto se le presentaba, llegó á Tarragona que tomó á viva fuerza; y cuando ya no tuvo romanos que conquistar, dirigió sus furias contra los Católicos que no querian abrazar la secta de Arrio, que él profesaba. Y sabiendo que san Severo, entonces obispo de Barcelona, conservaba entre sus ovejas la fe de Jesucristo con sus predicaciones y santa vida, mandóle un preboste para que le obligase á seguir su doctrina ó quitarle la vida. Llegado, pues, este tirano á dicha ciudad, intentó atormentar al santo Prelado, á fin de intimidar así á su rebaño; mas avisado con tiempo san Severo, creyó deber seguir entonces el consejo de Jesucristo, que dice: *Si os persiguen en una ciudad, huid á otra;* se ausentó de Barcelona, y se fué á un lugar llamado antiguamente el castillo de Octaviano, y ahora San Cucufate, y en el camino halló á nuestro bienaventurado Emeterio, ó Madí, quien á la sazon estaba sembrando habas. El bendito Obispo le dió razon de su viaje, diciéndole como el mal rey Eurico pretendia obligar á los Católicos á seguir la herejía de Arrio, que el mismo Rey profesaba, y que por ello él huia al castillo de Octaviano, donde pensaba aguardar á los satélites de Eurico, que entendia habian de ir luego en su busca. Añadióle que si le preguntaban por él, que les dijese el lugar donde le hallarian. Obró Dios entonces un milagro con el bienaventurado san Emeterio: porque en un momento de tiempo crecieron y florecieron aquellas habas que sembraba. Llegaron, pues, los perseguidores, y pidieron por el santo Obispo. Respondió Emeterio que por allí habia pasado, cuando él sembraba aquellas habas que entonces estaban florecidas, y les declaró el lugar donde le hallarian. Los ministros creyendo se burlaba de ellos, y sospechando que tambien seria católico, se lo llevaron preso á donde estaba entonces san Severo; y echando en el santo Prelado las manos, los llevaron á entrambos al lugar inmediato. Allí azotaron fieramente á dichos Mártires con plomadas. Y perseverando ellos en la fe, á san Severo hincaron un grueso clavo por la frente, y degollaron á san Emeterio. Aconteció la muerte de este glorioso Santo en 6 de noviembre cerca de los años del Señor 480, reinando en Cataluña y toda España el ya nombrado rey godo Eurico. Los Cristianos vecinos del lugar del martirio tomaron los santos cuerpos y los sepultaron en una capilla que estaba allí inmediata, y después con el tiempo fue trasladado el cuerpo de

san Severo al monasterio de San Cucufate. Pero el de san Emeterio se ignora dónde está. Puédese creer que está sepultado en el mismo monasterio de San Cucufate, ó en la primera capilla donde fueron sepultados la primera vez. Cerca de San Cucufate hay una iglesia parroquial llamada San Madí, donde tienen á este bienaventurado por patron, y celébrase su fiesta en tal dia como hoy con gran solemnidad y gran concurso de gentes.

La Misa es en honor de los santos Hemeterio y Celedonio, y la Oracion la siguiente.

Deus, qui gloriosos martyres Hemeterium et Celedonium in tui nominis confessione roborasti: concede propitius; ut quorum corpora veneramur in terris, eorum aspectu perfruamur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que diste fortaleza á los gloriosos mártires Hemeterio y Celedonio para confesar tu santo nombre: concédenos, piadosísimo Señor, que, pues veneramos en la tierra sus sagrados cuerpos, lleguemos á gozar tambien de su compañía en los cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *del libro de la Sabiduría.*

Justorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et aestimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est: In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit eos dignos se. Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tamquam scintillae in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis: et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz: y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Las almas de los justos las tiene Dios en su mano. ¿Qué consuelo podrá igualar á la satisfaccion que engendra por sí sola esta sentencia? ¿Quiénes, sino los justos, podrán gloriarse de un apoyo tan

fuerte, tan sólido, tan duradero, tan incontrastable? *La mano de Dios*, que es decir; aquella virtud infinita que sacó de la nada los cielos y la tierra; aquel poder inmenso, á que no se encuentra oposicion ni resistencia; aquella fuerza y valor que postra todo poder de los asirios, y anubla en un momento todo el resplandor de sus victorias; aquel dominio omnipotente que manda á las olas del mar Bermejo que se rompan y formen dos murallas mientras se salva el pueblo electo; y que se junten, y sumerjan á Faraon con todo su ejército: *La mano de Dios*, que es la omnipotencia de Dios, inseparable de su justicia, de su bondad, de su misericordia y de todos sus atributos, es el sitio, el castillo y muro donde los justos se refugian, y en donde colocan su seguridad y confianza.

Por eso están *seguros de que pueda tocarlos el tormento de la muerte*. No solamente de la muerte eterna, que es la que temen los justos, sino de la muerte temporal, la cual miran con ojos distintos y con diferentes respetos que la miran los impíos. Para estos la muerte es el mayor de los males, y los tormentos que la acompañan lo mas horroroso entre todas las miserias; para los justos es una condicion necesaria para haber de gozar de su Dios. Para los impíos es el cúmulo de las amarguras, porque los remordimientos de su conciencia los despedazan: sus delitos los condenan: la necesidad de dejar para siempre aquellas desventuradas delicias, en que fijaron su corazon, los devora; y la consideracion de que van á ser juzgados en una mala causa, los llena de turbacion y de congoja. Pero los justos consideran la muerte como un sueño; la tranquilidad de su conciencia se la representa como un descanso: ya van al tribunal en donde se han de examinar sus obras; pero saben que estas son arregladas á las leyes de Dios, y al juez le miran con el carácter de su padre y de su amigo: saben finalmente que *si se deshace y desmorona la terrena habitacion de su cuerpo, Dios les tiene preparada una casa eterna en los cielos, que no está fabricada por mano de hombres, como dice san Pablo* (*II Cor.* v).

Por eso se equivocan tanto los ojos carnales cuando ven una muerte cercada al parecer de tormentos: cuando ven á los justos que son destrozados en el suplicio por los azotes, los ecúleos, los peines de hierro, las espadas y los cuchillos. Todos estos instrumentos de horror eran para los Mártires de mas agradable aspecto que los manjares y las rosas; porque aunque *en realidad padecian tormentos delante de los hombres, abrigaban en su pecho una esperanza inmortal* de las eternas recompensas, que se los hacia dulces y aun deliciosos.

Conocian que sus martirios eran unas pruebas que Dios hacia de su fe; y que de ellas resultaban purificados y refinados, y acrisolados como el oro, para recibirlos como holocausto agradable á sus divinos ojos, del cual solo él habia de participar á diferencia de los otros sacrificios.

Pero aun hay mas razones de consolacion para los esforzados soldados de Jesucristo, llamados de las divinas letras por excelencia *los justos*. Sabian que eran infalibles las divinas promesas, y sabian cuán magníficas eran estas á su favor. *Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y no tendrán eternamente otro superior, otro presidente, otro rey que aquel Dios omnipotente y eterno,* por quien vertieron su sangre. Si los tiranos hubieran tenido entendidas estas sentencias, ¿se hubieran atrevido á teñir sus manos en una sangre inocente? Pero ¡qué confusion la suya cuando vean ser sus jueces aquellos mismos á quienes condenaron á muerte ignominiosa con sus sentencias! ¡qué confusion la suya cuando miren irrevocable aquella sentencia, que los condena por una eternidad á los tormentos del abismo! Tal es la equidad con que trata á los hombres la justicia divina, y tal la recompensa con que premia y ensalza Dios á los que dan verdaderas muestras de amarle en esta vida.

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis praelia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum haec fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terraemotus magni erunt per loca, et pestilentiae, et fames, terroresque de coelo, et signa magna erunt. Sed ante haec omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et praesides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non praemeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta

morte afficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

Del martirio que cada uno puede hacer en sí mismo.

Punto primero. — Considera que la significacion de este nombre *mártir* es propia de todo cristiano, aunque vulgarmente se apropie á aquellos que tuvieron la gloria de dar su sangre por Cristo. Mártir no quiere decir otra cosa que *testigo*, y aquel que en las obras da testimonio de la fe que profesó en el Bautismo, ese podrá llamarse con propiedad mártir de la fe y del Evangelio. Este testimonio es tan esencial y necesario á la vida cristiana, que sin él falta lo que caracteriza nuestra Religion por santa y poseedora de aquella sublime revelacion que nos asegura contra todas las dudas. Sin el testimonio de la fe nuestras obras serán infructuosas para la vida eterna; así como la fe carecerá de su preciosa vida cuando no se sensibilice su movimiento con las obras.

Pero ¿será necesario para dar á nuestro Salvador un testimonio verdadero de la fe que tenemos inmoble en nuestras almas, padecer efectivamente aquellos horrorosos tormentos que quitaron la vida á los Mártires? ¡Infelices cristianos si solo en la época de los sangrientos emperadores y de la persecucion de la Iglesia les fuese dado manifestar á su Dios lo heróico de la caridad que le tenian! Tiranos tenemos dentro de nosotros mismos, cuyo vencimiento nos dará el título de mártires ó testigos de la fe de Jesucristo. La cruz de este Señor es una herencia universal de que todos participamos como verdaderos hijos suyos. El que no la toma sobre sus hombros y le sigue, no es digno de su amistad ni de sus recompensas. ¿Quién hay *que no sienta*, como decia el Apóstol, *una ley en sus miembros que contradiga á la ley del espíritu?* Esos deseos de lograr cuanto te sugiere la ambicion y la gloria de que te admiren en el mundo; ese odio disimulado y secreto que conservas á tu enemigo, aun después de una tibia y superficial reconciliacion que acredita delante de Dios la traicion que le estás haciendo; esa propension á los placeres sensibles, que tu condescendencia la ha puesto ya en el grado de irresistible; esa soberbia, en fin, que en todas tus acciones te aconseja antes á fa-

vor tuyo que de la ley, antes á preferir tus intereses que los intereses de Dios, ¿qué son sino unos tiranos que atormentan tu conciencia, que aprisionan tu corazon, que encarcelan tu alma para que apostate de Dios y de las obras de su fe dando incienso á los ídolos de sus sentidos?

Así es; *pues nuestra fe es la victoria con que se vence al mundo*. La verdadera fe sujeta y oprime los deseos para que no se dirijan sino á los objetos santos y permitidos. La verdadera fe hace que borre la penitencia con sus dolores y sacrificios aun las mas leves reliquias de odio ó de enemistad. La verdadera fe te enseña *que no tienes aquí habitacion permanente, sino que debes anhelar por la futura*, y que de consiguiente debes negarte á los placeres sensibles, hacer de tu interior y de tu espíritu una mística crucifixion para imitar á los Santos, y poner entredicho á todas tus pasiones y á todos tus apetitos para vivir una vida propiamente mortificada. Y todo ello forma en ti un testigo de Jesucristo, ó un mártir de su fe, con sola la diferencia que los Santos pasaron de un solo trago toda la amargura del cáliz; pero tú deberás apurar sus heces gota á gota mientras te dure la vida. ¿Ha sido en esta conformidad la que hasta ahora has vivido? ¿podrás decir con verdad que has dado un testimonio de la fe y de la Religion con tus inocentes obras? Esta sola consideracion exige todas tus reflexiones, y que tomes para lo sucesivo las mas oportunas medidas.

Punto segundo.—Considera que el martirio es un sacrificio, y que dificultosamente se podrá decidir si es mas doloroso el que se hace de la vida, ó el que se hace de las luces y del entendimiento. Cada vez que se sacrifica á la fe cuanto sugiere la razon natural, la experiencia y la filosofía, padece nuestro amor propio y nuestra soberbia un sangriento martirio, que la sumision á la palabra de Dios y la humildad deberán hacer meritorio. Pero cuando Dios habla ¿se atreverá á levantar la voz la vana y pueril sabiduría? Esta consideracion, siendo sólida, causa en las almas mucha paz y confianza; pero al mismo tiempo minora la repugnancia que encuentra la curiosidad en cautivar sus débiles luces en obsequio de la fe.

Otro martirio causa en el alma la sumision á la alteza de los divinos consejos en toda la serie de sucesos que parecen ordenados únicamente por unas causas bajas y naturales. Son pocos los que elevan su vista á las disposiciones de la divina Providencia. Contémplalo en ti mismo. ¿Ves acaso en tu enemigo otra cosa que el odio con que

busca con artes tu perdicion? ¿ves en tus amigos mas que la mala fe y la perfidia con que te venden y dan al traste con todas tus esperanzas? Tu suerte, tu situacion, tu pobreza, los contrastes de la fortuna, ¿son para tí otra cosa que efecto de la injusticia, de la falta de medios, de la casualidad ó de la iniquidad que todo lo vende? ¿Y Dios? ¿Es acaso este Señor en la gran máquina del mundo como una pieza ociosa que no tenga conexion con sus movimientos? ¿Y la Providencia divina? ¿No cuida de tus trabajos, de tu pobreza? ¿no ve tus infortunios? ¿no advierte la tempestad, el robo, el homicidio mucho antes que sucedan? Pues ¿cómo no cuentas con este Dios y con esta Providencia en tus sucesos? ¿cómo tus ojos no se elevan al cielo para esparcir en tus suspiros el mérito de la fe?

Consiste en que te falta sumision; en que estás muy fijado en lo terreno; en que tus pensamientos siguen las huellas de tu fe, y esta no se ha acostumbrado á domar las impresiones de los sentidos. No te haces padecer á tí mismo una continua violencia en tus aprensiones, y así careces del mérito que te correspondia por este género de mortificacion y de martirio. ¡Oh Dios mio, vuestra fe es una luz soberana que ilumina mi entendimiento; vuestra gracia es una ilustracion que esclarece mi entendimiento é inflama mi voluntad! Dadme, Señor, gracia, y aumentad en mi alma los efectos de una fe verdadera.

Jaculatorias.—Desde mi juventud, ó Dios mio, habeis sido mi doctor y mi maestro, y así yo no dejaré jamás de publicar tus portentosas maravillas. (*Psalm.* LXX).

Padecemos trabajos y persecuciones, y somos malditos, porque tenemos nuestra esperanza en Vos, Dios nuestro, que sois el Salvador de todos, principalmente de los fieles. (*Ad Timot.* I, 4).

PROPÓSITOS.

1 *Todo cristiano está desposado con un esposo de sangre:* que quiere decir; que todo cristiano debe imitar á Jesucristo con quien el alma se desposó en el Bautismo, recibiendo su fe por prenda de su amor, y obligándose á dar testimonio de ella segun su posibilidad. Si el modo con que los mártires han cumplido esta precisa obligacion ha sido nada menos que el sufrimiento de una muerte, y una muerte atrocísima, que en lo horroroso equivalia á muchas, ¿con qué cara podrán los demás cristianos excusarse de unas ligeras mortificaciones que pueden mas bien tener el lugar y concepto de satisfaccion á la Divinidad ofendida, que el de sacrificios hechos por su amor? ¡Qué

razon podrán alegar para eximirse de estos testimonios de nuestra fe tantos hombres sumergidos en los tráficos del mundo, y tantas mujeres rodeadas á todas horas y por todas partes de delicias!

2 *Sin fe es imposible agradar á Dios*, y sin las obras de la fe lograr el concepto de verdadero cristiano. Los Mártires desempeñaron este concepto vertiendo su sangre, y mirando sus miembros destrozados por Jesucristo. De este modo pensaron que se podia subir á los cielos, y de este modo cumplieron las obligaciones que impone la fe á los verdaderos cristianos. ¡Qué diferencia de tu modo de pensar al de estos esforzados soldados de Jesucristo! Y si no, atiende á toda la serie de tu vida; porque tu eleccion toda es un tejido de delicias. Apenas tienes mas desazon ni mas trabajo que el que te produce el empeño de disfrutar todas las diversiones. El nombre de mortificaciones y de penitencia son para tí nombres exóticos, forasteros, y solo tienen significacion para causarte horror y susto.

Pero ¿qué piensas? ¿que tu suerte será privilegiada respecto de la de los Santos? ¿Juzgas acaso que en el tribunal de Dios habrá las excepciones con que el mundo distingue ricos y pobres, infelices y poderosos? ¿te persuades á que trastornará Dios para tí sus leyes, sus decretos, su providencia, su Evangelio y su justicia? ¡Qué necedad tan execrable! Vuelve en tí; lo que no has hecho hasta ahora propon ejecutarlo de aquí adelante. Busca un sabio director de tu alma; aprende de él tus obligaciones y la manera de ejecutarlas; ponte en sus manos, y procura en lo sucesivo dar testimonio de Jesucristo en la santidad de tus obras.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

San Casimiro, hijo del rey Casimiro, en Vilna en Lituania: fue canonizado por el papa Leon X. *(Véase su vida en las de este dia).*

El tránsito de san Lucio, papa y mártir, en Roma en la via Apia, el cual primeramente en la persecucion de Valeriano fue desterrado por defender la fe católica; después por disposicion de la divina Providencia le permitieron volver á su Iglesia, y habiendo trabajado mucho contra la herejía de los Novacianos, fue degollado. De este Santo hace grandes elogios san Cipriano.

Los nuevecientos Mártires, que fueron sepultados en el cementerio junto á Santa Cecilia, en Roma, tambien en la via Apia.

San Cayo Palatino, en el mismo dia, que fue sumergido en el mar con otros veinte y siete.

San Adrian, mártir, con otros veinte y tres, en Nicomedia, todos los cuales consumaron el martirio, habiéndoles roto las piernas en tiempo del em-

perador Diocleciano. La principal festividad de san Adrian se celebra el dia 8 de setiembre, en cuyo dia fue trasladado su cuerpo á Roma. *(Refiriéndose las actas de este Santo en las de su esposa santa Natalia, remitimos al lector al dia 1.° de diciembre, donde constan las de este ilustre Mártir.*

El martirio de los santos Archelao, Cirilo y Fosio, en el mismo dia.

El martirio de los santos obispos Basilio, Eugenio, Agatodoro, Elpidio, Eterio, Capitan, Efrem, Nestor y Arcadio, en Chersoneso.

SAN CASIMIRO, HIJO DEL REY DE POLONIA, CONFESOR.

Fue san Casimiro hijo de Casimiro III, rey de Polonia y gran duque de Lituania, y de Isabel de Austria, hija del emperador Alberto, rey de Hungría y de Bohemia. Nació en Cracovia el dia 5 de octubre del año 1458, y desde la cuna le fueron formando en la virtud y en la devocion los cuidadosos desvelos de la Reina su madre, una de las mas piadosas princesas de aquel siglo. Apenas dejó que hacer á la educacion el bello natural de Casimiro; y con su ingenio vivo, penetrante y delicado hizo en poco tiempo maravillosos progresos en las letras.

Pero fueron mucho mas prontos y mas admirables los que hizo en la virtud. No es posible imaginar mayor inocencia, mayor compostura, mayor devocion, ni mayor virtud en un príncipe de tierna edad. Previnole el Señor desde la cuna con tan singulares bendiciones de su gracia, que por toda la vida ignoró hasta el nombre del vicio. Tan léjos estuvo de envanecerle su elevado nacimiento, y el verse heredero de una casa que era de las mas ilustres de la Europa, que ni aun le mereció siquiera la mas ligera atencion. Era hijo de rey, hermano de rey, y él mismo era tambien rey de Hungría; pero hizo tan poco caso de estos majestuosos títulos, que solo escogió el de ciudadano del cielo, sin apreciar, ni darse á sí mismo otro.

Fue tan enemigo de los entretenimientos mas ordinarios y aun mas inocentes de aquella edad, que no encontraba otro mas dulce, ni mas de su gusto que pasar largas horas en la iglesia, haciendo corte, como él decia, á Jesucristo; y cuando sus ayos le representaban, que era menester desahogar el ánimo con alguna diversion honesta, les respondia con gracia, que en el templo á los piés de Jesucristo hallaba él toda la diversion del paseo, del juego y de la caza.

Era tan particular y tan tierna la devocion que profesaba á la sagrada Pasion del Señor, que al oir hablar de los dolores y de los tormentos que se le representaron en el huerto, y que padeció en el Calvario, al considerar aquel exceso de amor que le hizo víctima de

nuestros pecados; solo con poner los ojos en un Crucifijo se le derretian en lágrimas, y no pocas veces caia en una especie de deliquio, que parecia verdadero desmayo.

No ha habido ni habrá predestinado alguno que no profese una ternísima devocion á la santísima Vírgen: la de san Casimiro á esta Reina de los escogidos era extraordinaria. No acertaba á llamarla con otro nombre que con el de su buena Madre: explicábase con excesiva ternura y con los términos mas enérgicos, para manifestar el respeto y el ardiente amor que la profesaba.

Por desahogar en parte su encendida devocion á la Emperatriz de los Ángeles, fuera de otros muchos devotos ejercicios que le eran familiares, compuso en honra suya, siendo aun muy jóven, una especie de prosa con consonantes llena de los mas tiernos afectos de su corazon; y era como se sigue:

Omni die dic Mariae mea laudes anima.
Ejus festa, ejus gesta cole splendidissima.
Contemplare, et mirare ejus celsitudinem.
Dic felicem genitricem, dic Beatam Virginem.
Ipsam cole, ut de mole criminum te liberet.
Hanc appella, ne procella vitiorum supèret...
Quamvis sciam quod Mariam nemo digne praedicet;
Tamen vanus, et insanus est, qui illam reticet.
Haec amanda, et laudanda cunctis specialiter.
Venerari, et precari docet illam jugiter...
O cunctarum faeminarum decus, atque gloria!
Quam probatam, et elatam scimus super omnia.
Clemens audi, tuae laudi quos instantes conspicis;
Munda reos, et fac eos bonis dignos coelis...
Virgo salve, per quam valvae coeli patent miseris,
Quam non flexit, nec allexit fraus serpentis veteris
Reparatrix, consolatrix desperantis animae,
A pressura, quae ventura malis est, nos redime.
Pro me pete, ut quiete sempiterna perfruar,
Ne tormentis comburentis stagni miser obruar;
Ut sim castus, et modestus, dulcis, blandus, sobrius,
Pius, rectus, circumspectus, simultatis nescius...
Fac me mitem, pelle litem, compesce lasciviam,
Contra crimen da munimen et mentis constantiam, *etc.*

«Alma mia, no dejes pasar dia alguno sin rendir tus respetos á «María: solemniza con devocion sus fiestas, celebra sus asombrosas «virtudes.

«Admira su grandeza y su elevacion sobre todas las criaturas: no «ceses de publicar la dicha que logró en ser Madre de Dios sin dejar «de ser vírgen.

«Hónrala como á tu Reina, para que te alcance el perdon de los «pecados: invócala como á tu Madre, y no permitirá que te arras- «tre el torrente de las pasiones.

«Aunque sé muy bien que María es superior á toda alabanza; «tambien sé que es impiedad, que es locura dejar de alabarla, por- «que no se pueda hacer dignamente.

«Esta señora debe ser singularmente alabada y exaltada por to- «dos los hombres, y no debiéramos cesar jamás de honrarla, ben- «decirla é invocarla.

«Vírgen santa, ornamento y gloria de tu sexo: tú, que eres re- «verenciada en toda la tierra, y estás colocada tan elevadamente en «el cielo.

«Dignate oir las oraciones de los que se glorian en cantar tus ala- «banzas: alcánzanos el perdon de nuestros pecados, y haznos dignos «de la felicidad eterna.

«Dios te salve, Vírgen y Madre; pues por tí se nos abrieron á «nosotros miserables las puertas del cielo, y á tí no te pudo morder, «ni engañar la antigua serpiente.

«Después de Dios ninguno tuvo mas parte que tú en nuestra re- «dencion: por eso ponemos en tí toda nuestra confianza, y espera- «mos por tu santa intercesion que no nos ha de tocar la infeliz suerte «de los réprobos.

«Líbrame de aquel estanque de fuego donde se padecen todos los «tormentos; y consígueme por tus oraciones un lugar en la estancia «feliz de los bienaventurados.

«Alcánzame una pureza inalterable, una modestia que edifique, «una dulzura universal, una devocion constante, una prudencia ver- «dadera, un corazon sin artificio, y un espíritu recto.

«Destierra de mi corazon todo afecto de aversion ó de tibieza; en- «ciende en él una caridad perfecta; apaga toda centella, toda incli- «nacion de concupiscencia; consígueme la perseverancia final, y ha- «lle yo en tí toda la asistencia que he menester contra los enemigos «de mi eterna salvacion.»

Descúbrense bien en la noble simplicidad y expresiones de este himno los tiernos afectos del santo Príncipe para con la Madre de Dios. No contento con rezarle todos los dias en forma de oracion, quiso enterrarse con él; y ciento y veinte años después de su preciosa muerte se le halló en la sepultura debajo de su cabeza.

Á la eminente piedad de Casimiro correspondia el celo por la Religion. En fuerza de él persuadió al Rey su hermano, que despojase

á los herejes de las iglesias de que se habian apoderado, donde celebraban sus sediciosas juntas, y que no se restituyesen á los cismáticos las que se les habian quitado.

Acompañaba á este celo ardiente por la Religion una caridad no menos ardiente para con los pobres, de quienes era amoroso padre. Si le representaban que era abatimiento de su elevacion y de su real persona el entregarse tan sin distincion á todo género de obras de caridad, respondia: que ninguna cosa honraba mas á los grandes, ninguna era mas digna de la suprema elevacion de los príncipes, que servir á Jesucristo en la persona de sus pobres: por lo que toca á mí, solia añadir, toda mi gloria la coloco en servir al pobre mas andrajoso y despreciado.

Fue electo rey de Bohemia su hermano mayor Uladislao, y toda la Polonia celebraba ya la dicha que esperaba de lograr algun dia por su rey á Casimiro, cuando llegó la noticia de haberle elegido rey de Hungría toda la nobleza y todos los Estados del reino, que cansados ya de las intolerables costumbres y gobierno del rey Matías Hugnades, le habian precipitado del trono. A pesar de la resistencia que hizo al cetro la modestia del jóven Casimiro, le fue forzoso rendirse. Partió con efecto á tomar posesion de la corona; pero la lentitud de su marcha, efecto de la repugnancia y aun del fastidio con que miraba las grandezas de la tierra, dieron tiempo á Matías para volver á ganar los corazones y la compasion de la principal nobleza húngara, y para levantar un ejército considerable con que hacer frente al nuevo Rey, que estaba muy ajeno de querer conquistar con la sangre de sus vasallos una corona, cuya aceptacion habia costado á su inclinacion y á su heróica virtud tanto sacrificio. Rindió mil gracias al cielo por aquel suceso tan conforme á su desengaño y á sus piadosos deseos, y lleno de gozo dió la vuelta á Polonia.

Los doce años que le restaron de vida los dedicó enteramente á santificarse mas y mas por la práctica de todas las virtudes, y singularmente por el ejercicio de una rigurosísima penitencia. Traia siempre á raíz de las carnes un áspero cilicio; su ayuno era perpetuo; dormia en la dura tierra al pié de la rica cama, que lo era solo de honor y de respeto; pasando muy de ordinario en oracion la mayor parte de la noche.

Aunque jóven, de gallarda disposicion y criado entre las delicias de la corte, conservó hasta la muerte su primera inocencia. Hizo voto de perpetua castidad luego que tuvo años y reflexion para conocer lo que vale esta heróica virtud. En vano le persuadieron y le ins-

taron á que se casase: no hubo razon, ni de estado, ni de familia, ni de la propia salud, que venciese su constancia; en conclusion, antes quiso perder la vida que la virginidad.

Ya estaba el santo Príncipe muy maduro para el cielo. No parecia justo que poseyese la tierra por mas tiempo un tesoro tan precioso de que no era digno el mundo. Al lento, pero maligno ardor de una calenturilla continua, se fue disponiendo con mucho tiempo para morir. Redobló su devocion y fervor; y habiendo recibido los postreros Sacramentos con extraordinaria piedad, llegado en fin el dia 4 de marzo de 1484, á los veinte y tres años y cinco meses de su edad, murió con la muerte de los justos en Vilna, capital del gran ducado de Lituania, cuyo duque era el santo mancebo.

Desde luego quiso el Señor acreditar la santidad de su fiel siervo con multitud prodigiosa de milagros. El papa Leon X terminó el proceso de su canonizacion con la mayor solemnidad, y desde entonces fue reconocido por patrono singular de Lituania y de Polonia.

El año de 1604, ciento y veinte después de su dichosa muerte, fue hallado el sagrado cuerpo entero y sin corrupcion; y en el instrumento auténtico de esta maravilla, que con autoridad del obispo de Vilna se otorgó á presencia de todo el cabildo, y de los principales de aquella ciudad, se dice: que los preciosos vestidos con que fue enterrado se hallaron tan enteros y tan nuevos como si se los hubieran puesto aquel mismo dia, aunque la humedad del sitio habia penetrado las piedras de la bóveda y los parajes inmediatos al sepulcro. Añádese en el mismo instrumento, que por espacio de tres dias se percibió una admirable fragancia en toda la iglesia, y que se halló tambien la devota prosa ó himno en honor de la santísima Virgen, que copiamos arriba, escrito todo de su mano, el que se conserva aun como preciosa reliquia. El autor antiguo de su vida dice, que se invoca la intercesion de san Casimiro principalmente para conseguir de Dios el don de la castidad; para librarse de la peste, y contra las incursiones de los infieles.

La Misa es en honra del Santo, y la Oracion de la Misa es la que se sigue:

Deus, qui inter regales delicias, et mundi illecebras sanctum Casimirum virtute constantiae roborasti; quaesumus, ut ejus intercessione fideles tui terrena despiciant, et ad coelestia

Ó Dios, que entre las delicias de la corte, y en medio de los mas halagüeños atractivos del mundo fortaleciste á san Casimiro con una inmoble constancia; suplicámoste que por su inter-

semper aspirent: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

cesion tus fieles siervos menosprecien siempre las cosas de la tierra, y aspiren perpetuamente á las del cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Asombro es que después de tantas experiencias de lo poco que se debe fiar en los bienes de esta vida, cada dia sea mayor el hambre que se tiene de ellos. Crece con la edad la codicia de las riquezas; y aun se puede añadir, que tambien crece con la misma abundancia, porque no suele ser vicio de los pobres la avaricia. Parece que á proporcion de los bienes crece la necesidad. Aquel estaba contento en una mediana fortuna, que en otra mas sobresaliente vive sin sosiego, sin gusto y sin seguridad. En la humildad del valle, ó al pié de la montaña se está á cubierto de las tempestades: las eminencias son siempre peligrosas, y á los que andan en alto se les suele turbar la vista y trastornar la cabeza. ¡Qué bien prueba todo esto la insuficiencia y aun la vanidad de las riquezas! ¡qué mayor locura que colocar en ellas el ídolo de adoraciones! ¡qué bajeza, qué poquedad de ánimo poner la confianza en sus tesoros! pero poquedad, bajeza y locura tan universal, que el Sabio reputa por especie de prodigio y por un hombre milagroso, al que no se deja arrastrar de la codicia, ni coloca su esperanza en el dinero: *Qui post aurum non abiit, nec speravit in pecuniae thesauris: quis est hic, et laudabimus eum? Fecit enim mirabilia.* Y no hay que decir que se conoce muy bien la futilidad de las riquezas, para que ningun hombre de entendimiento ponga en ellas su confianza. Si eso es así, ¿qué significan esas inmensas fatigas, esa hambre insaciable, esas eternas inquietudes, esos

congojosos temores, esa desesperacion, cuando no se adquiere lo que se desea, ó cuando se pierde lo que se posee? *Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit.* Dichoso aquel que está libre de toda mancha, y que no anda tras el dinero como un esclavo vil tras de su amo. ¿Cuándo se ha de tomar el gusto á esta filosofía cristiana? ¿cuándo se ha de persuadir el mundo á que el tesoro mayor es la pureza de las costumbres y la inocencia de la vida? La riqueza verdadera consiste en la verdadera virtud: las demás riquezas ó son ilusiones, ó á lo mas unas espinas cubiertas de flores, que agradan y pican: vense las flores y se sienten las puntas. Esta es la verdadera causa de aquellos enfadosos cuidados, de aquellas continuas inquietudes, de aquellas ansias que á todas partes acompañan á los ricos. Es dichoso, es verdaderamente rico el que es justo en los ojos de Dios. ¡Qué consuelo tan grande! ¡y qué consuelo tan sólido! En vano se acumulan tesoros sobre tesoros: no es mas que acumular cuidados sobre cuidados: nuevos disgustos sobre nuevas inquietudes. ¿Se sirve á Dios con fidelidad? ¿Es uno verdaderamente virtuoso? ¿Vive inocente y puro? Cada dia nuevo contento interior, cada dia nueva tranquilidad, cada dia nuevo gusto espiritual, cada dia nueva confianza. ¿Por qué no pensarémos, por qué no discurrirémos así, ó gran Dios de las misericordias? ¿Por qué se suspirará, por qué se correrá tras otra fortuna? ¿Hay otra que contente, que satisfaga mas nuestros deseos? ¿Puede haberla que sea mas sólida ni mas real? Ninguno de cuantos lean esto, dejará de convenir en estas verdades cristianas. Pero ¡qué desgracia será la del que solo se contentare con convenir en ellas!

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág. 22.*

MEDITACION.

Del cuidado que tiene Dios de los que le sirven con fidelidad.

PUNTO PRIMERO.—Considera los términos, las figuras, los símbolos de que se vale Dios para que comprendamos el cuidado que tiene de los que le sirven con fidelidad y con celo. No hay cosa mas tierna, no hay cosa mas expresiva.

Llega el amo, dice el Salvador, y encuentra velando á sus fieles criados por esperarle: ¿con qué bondad premia su vigilancia en la misma hora y en el mismo instante? No contento con alabarlos, los trata como si fueran hijos suyos: los colma de nuevos favores: se

pone, digámoslo así, haldas en cinta para servirlos con mas desembarazo; hácelos sentar, y él mismo les sirve á la mesa. ¡Qué figura puede haber mas expresiva de los desvelos, quiero explicarme de esta manera, con que el Señor se aplica voluntariamente á cuidar de sus fieles siervos!

Pero aun esto no es bastante. *Dime,* pregunta el mismo Señor por el Profeta, *¿podrá una tierna madre olvidarse de su hijo; podrá no compadecerse, no tener cuidado de aquel infante que estuvo nueve meses dentro de sus mismas entrañas?* ¡Oh ternísima comparacion! *Pues mira: posible es que una madre se olvide de su hijo; pero no es posible que yo me olvide jamás de los mios.* ¡Mi Dios! ¿puede haber cosa de mayor consuelo? Y después de esto ¡os serviremos con frialdad ó con indiferencia!

Mas no creais que este cuidado mio es un cuidado volante ó pasajero: *á todos os tengo grabados en la parte exterior y superior de mi misma mano.* ¡Oh gran Dios! ¡y qué expresiones tan vivas para que comprendamos la continuacion de vuestro desvelo y el exceso de vuestra ternura! *Muri tui coram oculis meis semper.* Esos fosos, esas murallas, esas fortificaciones que yo mismo he fabricado para vuestra defensa, continuamente las tengo presentes delante de mis ojos: tan atento estoy á que vuestros enemigos no abran alguna brecha. No temais ni á su multitud, ni á su malicia, ni á sus esfuerzos; porque yo haré que sirvan á vuestra seguridad y á mi mayor gloria aquellos mismos artificios, de que ellos se valieren para vuestra ruina. ¿Hallaráse en el mundo un amo tan benéfico? ¿Encontraráse amo semejante en el mundo? Y con todo eso este buen amo está tan mal servido, mientras el corazon se entrega, se sacrifica, se desangra, se pierde en el servicio de cualquiera otro. ¿Se sirve á Dios como se sirve al mundo? ¿Servímosle nosotros como nosotros queremos ser servidos? ¡Oh qué manantial de reflexiones y tambien de vergonzosas reconvenciones!

Punto segundo.—Considera que no solo se ha valido Dios de los Profetas para manifestarnos sus afectos de ternura, sus cuidados, sus desvelos en hacernos bien; sino que mas sensible, mas eficazmente se ha explicado por la boca de su Hijo. ¡Mira bien el ardor y el celo de Jesucristo por nuestra salvacion! ¡Mírale qué atento á remediar las necesidades de los que le siguen! ¡Mira con qué bondad y cuántos milagros hace para socorrerlas!

Misereor super turbam, dice á sus Apóstoles por san Marcos: mu-

cha lástima me da esta muchedumbre de gente, porque ha tres dias que me sigue, y no ha comido bocado. ¡Oh Señor, y cuánto anima mi confianza esa bondad, esa caridad que previene mis necesidades! Mas piensa Jesucristo en las necesidades temporales de los que le siguen, que piensan ellos mismos. *No, Señor,* exclama el Profeta, *ninguno de los que esperan en Vos será confundido. Guarde yo con fidelidad vuestros santos mandamientos*, dice en otra parte, *y no tengo que temer*. Tengamos nosotros la misma perseverancia, y lograrémos igual asistencia.

¿Qué importa que los Apóstoles representen al Señor, que no es posible hallar pan en aquel desierto para tanta muchedumbre? Nunca faltan recursos al Hijo de Dios para socorrer á los que le siguen: en sus mismas manos tiene el manantial inagotable de la mayor abundancia. Mas les sirve él, que es servido de ellos. El que no le deja, el que no le abandona, no puede dejar de ser feliz. ¡Oh qué dignos somos de compasion, cuando solo servimos á Dios á temporadas! ¡Qué pocos infelices habria si hubiera muchos que sirviesen á Dios de veras!

Si servimos al Señor con disgusto, y muchas veces por fuerza; ¿de qué nos quejamos cuando no somos oidos? ¿Hállanos acaso velando siempre que llama y nos busca? ¿No nos encuentra dormidos muchas veces? Y después de esto ¡extrañarémos que no nos siente á su mesa! ¡Sírvesele tan mal, y se pretende que nos colme de favores!

Sirvamos á Dios como le sirvió san Casimiro, y hasta en el trono se experimentarán las dulzuras de la devocion. Sirvámosle como le sirvió san Francisco Javier, y saltarémos de gozo, y en medio de los desiertos, entre los ardientes arenales del Japon experimentarémos los continuos efectos de su amorosa providencia.

Trae á la memoria las demostraciones de bondad, de proteccion y de paciencia que has recibido de Dios durante el curso de tu vida, y juzga si debes deliberar un solo momento en dedicarte á servirle.

No, Dios mio, nada tengo que deliberar en este punto. Solamente os suplico, que os digneis no desechar á un siervo perezoso, ingrato y cobarde en vuestro servicio; pero que está resuelto con vuestra divina gracia á mudarse enteramente y á ser en adelante un siervo fiel. Aumentad, Señor, vuestras misericordias; concededme vuestros auxilios, pues desde este mismo instante doy principio á amaros, y á serviros con fervor y con fidelidad.

JACULATORIAS. —Si por cierto: el Señor siempre está velando so-

bre sus siervos, sin que el sueño sea capaz de interrumpir su vigilancia. (*Psalm.* cxx).

Sirvamos á Dios, que él hará centinela para que nada nos dañe ni nos inquiete. Sirvamos á Dios, que él velará continuamente en nuestra conservacion. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Siendo tan admirable el cuidado que tiene Dios de nuestra conservacion y de nuestra vida, no son menos dignos de admiracion y de reconocimiento los medios espirituales que nos ofrece en la proteccion poderosa de los Santos. Por eso debemos hacer grande aprecio de aquellas devociones, de aquellas piadosas industrias, que de tiempo en tiempo inspira el Espíritu Santo en la Iglesia, para hacernos mas compendioso y mas fácil el camino del cielo. La que singularmente ha inspirado en nuestros tiempos es la Novena de san Francisco Javier, á la cual se da principio en este dia. Las grandes gracias que parece tiene como aligadas el Señor á esta generalísima devocion, los extraordinarios favores, los singulares, los abundantes beneficios que se reciben por intercesion de este gran Santo, durante el tiempo de su Novena, la han hecho celebérrima en todo el orbe cristiano. No quieras tú solo excluirte de estos favores celestiales, negándote á cumplir con una devocion tan piadosa y tan acreditada. Por el discurso que hallarás al principio del dia siguiente sabrás toda la historia de la Novena, y al fin de cada dia encontrarás la práctica de ella, breve á la verdad y fácil, pero muy oportuna para alcanzar de Dios por intercesion de san Francisco Javier las gracias espirituales y temporales que le pedimos, especialmente aquella que mas necesitamos.

Da hoy principio á la Novena con las disposiciones que son necesarias para alcanzar de Dios lo que se le pide por intercesion de los Santos; esto es, con un vivo y verdadero arrepentimiento de haber desmerecido sus misericordias por tus pecados, con una firme confianza en su infinita bondad, y en los méritos é intercesion de san Francisco Javier, y con una pureza de intencion que interese en tu favor la piedad divina; pero aunque sean purísimos nuestros deseos, dejémoslos todos en manos de Dios, abandonándolos plenamente en su bondad y en su sabiduría. No hay cosa que mas poderosamente empeñe al Señor en favor nuestro, no la hay mas eficaz para acelerar el pronto despacho de nuestras peticiones, que esta piadosa disposicion. Pero en todo caso pídase lo que se pidiere, no hay que des-

alentarnos, si no fuéremos oidos tan presto como deseamos. Gusta el Señor de ser rogado, y aun de ser importunado, para que entendamos que todo depende de él; y quiere que le pidamos con perseverancia para probar nuestra fe. No pocas veces negándonos Dios lo que pedimos, nos concede mucho mas de lo que necesitamos.

Asiste si pudieres puntualmente á los devotos ejercicios que se hacen en la iglesia todos los dias de la Novena. Por lo comun son mas eficaces las oraciones públicas que las privadas: participa entonces cada particular en cierta manera del mérito de los demás que concurren á orar juntos. Pero si no pudieres asistir á los ejercicios públicos, visita por lo menos una vez al dia la capilla ó el altar del Santo, y reza delante de él las oraciones particulares que tuvieres señaladas.

En reverencia de la especial devocion que tenia san Francisco Javier á la santísima Trinidad, á las cinco Llagas de Cristo, á la Madre de Dios, y á los nueve Coros de los Ángeles, ha inventado la piedad de los fieles muchas devociones durante estos nueve dias. Unos rezan tres veces el salmo *Laudate Dominum omnes gentes,* con la oracion del Santo; otros cinco Padre nuestros, y cinco Ave Marías en honra de las cinco Llagas; otros diez Padre nuestros, y diez Ave Marías con diez *Gloria Patri,* en accion de gracias por los favores que el Señor hizo á san Francisco Javier los diez años de su glorioso apostolado: muchos rezan las letanías de la santísima Vírgen; devociones todas, cuyo valor y cuya solidez ha acreditado el mucho fruto que se ha experimentado con ellas.

2 Pero entre todos estos piadosos ejercicios ninguno es mas fácil, ni mas sencillo, que el que vamos á señalar para cada dia. Redúcese á una breve oracion á Dios con alusion á una de las principales virtudes del Santo, en que se le pide la gracia ó el favor que se juzga mas necesario, para cuyo logro se hace particularmente la Novena.

Es la fe como el alma de todas las virtudes, porque *justus ex fide vivit,* el justo vive con la fe. La que tuvo el grande Apóstol de las Indias se puede conocer por las maravillas que obró, y por el gran número de naciones que alumbró con la luz del Evangelio.

Oracion para el primer dia de la Novena.

Salvador mio Jesucristo, que enseñaste la fe con tu palabra, que la encendiste y la conservas en mí con tu divina gracia; concédeme por tu misericordia, y por la intercesion del grande Apóstol de las Indias san Francisco Javier, una fe viva y fecunda en buenas obras:

que crea firmemente todo lo que debo creer, y que viva una vida arreglada á lo que creo: y dígnate tambien concederme con esta virtud la gracia particular que te pido en esta Novena, si fuere conveniente para tu mayor gloria, y para el mayor bien de mi alma. Amen.

Oracion que se ha de decir todos los dias de la Novena en honra de san Francisco Javier.

Glorioso san Francisco Javier, Apóstol del Japon y de las Indias, que tuvísteis un celo tan encendido por la salvacion de las almas, tened el mismo celo por la salvacion de la mia. No se apagó la llama de vuestra inmensa caridad con vuestra muerte; y vuestro poder para con Dios aun es mayor en el cielo, que cuando andábais por la tierra. Dignaos hacer que yo experimente los dulces efectos de uno y de otro. Bien sabeis el particular favor que os pido en esta Novena; suplícoos que me le alcanceis, si hubiere de ser para mayor gloria de Dios y bien de mi alma. La confianza que tengo en vuestra poderosa proteccion es acreedora á que atendais á mis deseos, y á que despacheis favorablemente mi humilde peticion. Alcanzadme esta gracia, de que á mi parecer estoy tan necesitado, y con ella todas las demás, que sabeis son convenientes para mi eterna salvacion; y especialmente la perseverancia final. Amen.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Focas, mártir, en Antioquía, el cual después de padecer muchas injurias por el nombre del Redentor, triunfó tan gloriosamente de la antigua serpiente, que en señal de esta victoria, cualquiera que es mordido de alguna serpiente, luego que con fe viva toca á la puerta de la basílica de este Mártir, perdiendo el veneno su actividad, queda milagrosamente sano.

San Adrian, mártir, en Cesarea de Palestina, el cual en tiempo de Diocleciano fue expuesto á un leon por órden del presidente Firmiliano, porque confesaba á Jesucristo, y después consiguió la corona del martirio habiéndolo degollado.

El martirio de san Eusebio Palatino y otros nueve Mártires, en el mismo dia. *(Véase su noticia en este dia).*

San Teofilo, obispo, en la misma ciudad de Cesarea, esclarecido en sabiduría y en santidad en tiempo del emperador Severo.

San Gerásimo, anacoreta, en la Palestina, tambien en la ribera del rio Jordan, el cual floreció en santidad en tiempo del emperador Zenon.

SAN NICOLÁS FACTOR.

Celebrándose en el arzobispado de Valencia y en algunas otras diócesis la fiesta de este Santo el dia 19 de enero, véase la historia de su vida en dicho dia.

DE LA NOVENA DE SAN FRANCISCO JAVIER.

Entre todos los Santos que la Iglesia venera en los altares, uno de los que el dia de hoy parece se ha levantado con la mayor devocion y confianza de los fieles, es san Francisco Javier. El ardor y la inmensidad de su abrasado celo, el extraordinario resplandor de sus heróicas virtudes, la multitud prodigiosa, y la auténtica notoriedad de sus portentosos milagros empeñan, por decirlo así, la confianza en su poderosa proteccion; y los singulares favores que cada dia se experimentan, concedidos del cielo por su intercesion, acreditan que está bien fundada esta universal confianza. Pocos reinos habrá en todo el universo, pocas provincias se hallarán donde no sea conocido, y sumamente venerado el nombre de Javier, donde no se profese una devocion llena de confianza al Apóstol de las Indias.

Hasta los mismos herejes, enemigos declarados de la religion católica, y de todos los que la profesan, se han visto precisados en fuerza de la verdad á dar testimonio muy auténtico, y nada sospechoso de la eminente santidad y del portentoso poder de nuestro nuevo Apóstol.

Baldeo en su Historia de las Indias, después de haber hablado de san Francisco Javier como de otro segundo Pablo, añade: *que fueron tan eminentes los dones que recibió para ser ministro y embajador de Jesucristo, que no es posible explicarlos:* y pocas líneas después, sin hacer reflexion á que nos daba un argumento muy concluyente contra su errada secta, dice, hablando con el mismo Santo: *Pluguiese al cielo, que habiendo sido tan célebre por tu ministerio nuestra religion, nos permitiese adoptarte por nuestro, ó que la tuya no te obligase á separarte de nosotros como extraño.*

Sabida es la veneracion que le profesaron los gentiles, hasta querer levantarle aras y erigirle templos. Llamábanle el amigo de Dios, el dueño de la naturaleza y de los elementos, el hombre de los milagros. Y á la verdad veinte y cinco muertos resucitados, unos estando para enterrarse, otros enterrados ya, y algunos después de muchos dias de sepultura; la repentina curacion de todo género de

enfermedades; ejércitos enteros y numerosos de bárbaros puestos en precipitada fuga solo con la señal de la cruz; su sagrado cuerpo enterrado por dos meses en cal viva, tan entero, tan fresco, tan flexible, tan palpable después de ochenta años como el mismo dia en que espiró: á vista de todo esto, ¿quién se admirará de que los fieles profesen tan tierna devocion á este gran Santo, y de que en sus necesidades imploren su proteccion con tanta confianza?

Á esta confianza y á esta devocion se deben las piadosas industrias que se han inventado para implorar y merecer su intercesion poderosa con el Señor. Tal es la devocion de los diez viernes, que consiste en confesarse y en comulgar cada viernes, si le pareciere al confesor: ejercitándose aquel dia en alguna obra de misericordia, como visitar los enfermos, dar alguna limosna, etc., todo en honra del Santo para empeñarle en emplear su crédito con Dios en favor nuestro, á fin de alcanzar la gracia que se desea. Después de comulgar se rezan diez Padre nuestros, y diez Ave Marías con diez *Gloria Patri;* y esta devocion se puede hacer en todos tiempos.

Pero entre todas las devociones que se suelen practicar en reverencia de san Francisco Javier, ninguna está mas autorizada, ninguna mas universalmente recibida, ninguna mas acompañada de grandes bendiciones, ni de mayores gracias del Señor, que la devocion de su Novena, á la que se da principio el dia 4 de marzo, y se acaba el dia 12. El sumo aprecio que se debe hacer de ella, se deja reconocer así de las indulgencias que la santidad del papa Alejandro VII concedió primeramente á los que la hiciesen en la iglesia de la Compañía de Jesús de Lisboa, como de la indulgencia plenaria que el papa Clemente XI concedió á algunas iglesias de la Compañía de todo el orbe cristiano para todos los que comulgasen en ellas el dia 12 de marzo último de la Novena, y dia en que el Santo fue canonizado. El principio de esta devocion fue como se sigue:

Hácia el fin del año de 1633, queriendo el virey de Nápoles celebrar con extraordinaria magnificencia la fiesta de la inmaculada Concepcion, pidió al P. Marcelo Mastrilli, que tomase á su cargo el adorno de la iglesia, donde habia de hacerse la funcion. Era el P. Marcelo hijo del marqués de San Marsan, una de las familias mas distinguidas de Nápoles, no menos ilustre por su nacimiento, que por sus elevadas prendas, y por su rara virtud: hallábase un dia el Padre dando órdenes para la disposicion del altar, cuando desprendiéndose un martillo de dos libras, y cayendo con la violencia correspondiente á mas de cien piés de elevacion, le dió tan terrible golpe en la cabe-

za, que le derribó en tierra medio muerto. Al golpe sobrevino una ardiente calentura acompañada de agudísimos dolores, un aturdimiento de cabeza, una contraccion de nervios, una hinchazon general de todo el cuerpo, con otros muchos síntomas todos mortales, de manera, que juzgándose le restaban pocas horas de vida, solo se trató de administrarle los últimos Sacramentos; y no pudiendo recibir el Viático por los frecuentes vómitos, y por habérsele apretado mucho los dientes, solamente se le administró la santa Uncion. Estaba el aposento lleno de gente, aguardando todos por instantes el postrero de su vida, cuando el enfermo, que durante su enfermedad no habia cesado de invocar á san Francisco Javier, vió de repente al Santo delante de sí en traje de peregrino con bordon y esclavina sobre la sotana de la Compañía, cercado de resplandores de gloria su semblante. Tenia el P. Marcelo al cuello una reliquia del *Lignum Crucis*, la cual le ordenó el Santo que se la aplicase á la herida, y que al mismo tiempo hiciese voto de pasar al Japon á recibir la corona del martirio que el cielo le tenia destinada. Dióle muchos consejos saludables en órden á su propia perfeccion; y le aseguró, que todos los que por espacio de nueve dias, contando desde 4 hasta 12 de marzo, implorasen su intercesion para con Dios, confesando y comulgando en uno de ellos, experimentarian infaliblemente los efectos de su poderosa proteccion; y conseguirian del Señor todo cuanto le pidiesen, como fuese conveniente para su eterna salvacion y para la mayor gloria del mismo Dios.

Aunque los circunstantes no veian al Santo, pero bien conocieron todos que pasaba alguna cosa extraordinaria con el enfermo. Notaron en el rostro una gran serenidad acompañada de un gesto dulce y risueño: viéronle abrir repentinamente los ojos, y observaron que los tenia respetuosamente fijos en algun objeto hácia el lado de la cama: percibian unas medias palabras, y miraban correr suavemente por los ojos dulcísimas lágrimas de devocion: reparaban algunos afectuosos movimientos, como que se dirigian á alguna persona que le estaba hablando; y en fin, vieron todos la accion de aplicarse el relicario hácia la herida. Este conjunto de cosas hizo entrar en expectacion á los circunstantes, los que conociendo que allí habia alguna vision extraordinaria, esperaban por momentos ser testigos de alguna grande maravilla. No tardaron mucho en verla. Incorporóse el enfermo en la cama por sí solo con vigoroso denuedo, y levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó lleno de ternura: *Padres mios, yo estoy sano: san Francisco Javier ha obrado este milagro conmigo:*

denme mis vestidos para levantarme al instante, y vamos todos á la iglesia á cantar el Te Deum laudamus *en accion de gracias.*

Á vista de suceso tan maravilloso, de milagro tan público, tan circunstanciado y tan visible, quedaron atónitos y como mudos todos los circunstantes; pero no duró mucho el silencio. Á la admiracion sucedió el gozo, al gozo los gritos de la devocion y del aplauso, que celebraban el milagro. Extendióse al punto la noticia por toda la ciudad: concurrió toda ella atropelladamente á nuestro colegio para ver y admirar aquel hombre resucitado. El virey, la nobleza, los religiosos, los eclesiásticos, los prelados, que el dia antes le habian visto en los brazos de la muerte, vienen á verle hoy asombrados en el altar, donde quiso celebrar el dia siguiente el santo sacrificio á vista de todo el pueblo. Por muchos dias no fue posible desahogarse la casa del tropel de gente que acudia á mirar aquel hombre portentoso, á quien san Javier habia librado de la muerte, para que en el Japon sacrificase su vida por la fe de Jesucristo.

Con efecto partió sin detenerse un punto á la mision, y á la corona que el cielo le tenia preparada. Al pasar por Roma y por Madrid él mismo refirió al papa Urbano VIII, al rey Felipe IV, á la Reina y á toda la corte el prodigioso milagro, de que él propio era materia, testimonio y prueba. Apenas entró en el Japon, cuando fue preso por cristiano, y condenado al tormento de la fosa, donde estuvo colgado cuatro dias, al cabo de los cuales le cortaron la cabeza en 17 de octubre de 1638, cuatro años después de su milagrosa curacion por el Apóstol de las Indias.

Inmediatamente que la logró en Nápoles, subió al púlpito el P. Mastrilli, y publicó á toda la ciudad la promesa que le habia hecho san Francisco Javier en favor de los que hiciesen su Novena, empeñando su palabra, que les alcanzaria del Señor todo lo que por intercesion suya le pidiesen, siendo conducente para la salvacion eterna de sus almas. Con la noticia de tan celestial promesa, y á vista del milagro que acababa de suceder, se hizo luego comun esta devocion; pero muy presto pasó de comun á célebre con la experiencia de los singulares favores que recibian los que la practicaban. De Nápoles se extendió por toda Italia; de aquí pasó á Cataluña, y se propagó en los reinos de Valencia y de Aragon. Fueron tantas las portentosas conversiones, las curaciones milagrosas, las gracias extraordinarias, y fueron tan universales las bendiciones de todo género que se experimentaron con esta devocion, que al fin se arraigó en España, en Portugal, en Francia, en los Países Bajos, en Polonia y en Alema-

nia. Son pocas las ciudades, y aun los lugares, donde no se celebre con inmenso fruto: es tan grande el concurso, tanto el fervor, y tan general la confianza, que esta misma universal piadosa conspiracion puede parecer milagrosa, por lo que tiene de irregular y extraordinaria.

Será muy raro el que no pueda aprovecharse de auxilio tan poderoso. Ya se sabe que el carácter de san Francisco Javier fue el ardiente celo por la salvacion de las almas: tanto, que aun después de muerto quiso, digámoslo así, como empeñarse en virtud de esta devocion en hacernos bien; quiso beneficiar el crédito que logra con Dios en utilidad comun; y quiso, en fin, no solo hacer eficaz su celo, sino en cierta manera hacerle tambien inmortal.

Dase principio á la Novena el dia 4 de marzo, como ya se ha dicho, y se acaba el dia 12, en el cual fue el Santo canonizado; como que quiso ser singularmente invocado en aquel preciso tiempo, en que poniéndole la Iglesia en el catálogo de los Santos, le expuso públicamente á las oraciones y á la veneracion de los fieles.

El fruto de toda devocion pende en gran parte, por no decir en todo, de la interior disposicion con que se hace. Y así es necesario que se dé principio á la Novena, poniéndose ante todas cosas en gracia de Dios; porque el Señor jamás oye á los pecadores *mientras están en ánimo de perseverar en el pecado. Iniquitatem si aspexi in corde meo, non exaudiet Dominus,* dice el Profeta. Si al privado de un príncipe se le quisiese empeñar en que alcanzase del soberano alguna gracia para un vasallo rebelde, ¿daria oidos á semejante súplica, mientras el vasallo persistiese en su rebeldía? ¿no esperaria á que este se redujese á su deber, ó á lo menos á que quisiese hacerlo, aplacando con el arrepentimiento y con la sumision la cólera del monarca? Pues sirva este símil de regla para nuestras devociones.

Los que piden deben hacerlo con fe y con confianza; porque estas dos virtudes son siempre parciales de las súplicas, y ellas dan vigor á los ruegos; una fe tibia y una confianza vacilante todo lo echan á perder: *Credite quia accipietis* (*Marc.* XI): Cuando pides, cree firmemente que serás bien despachado, y con efecto lo serás. *Petitis, et non accipitis,* dice el apóstol Santiago (*Jacob.* IV), *eo quod male petatis: ut in concupiscentiis vestris insumatis:* Pedís, y no alcanzais, porque pedís con desórden, pretendiendo interesar al cielo, no en favor de vuestras verdaderas necesidades, sino en obsequio de vuestras perniciosas inclinaciones. Sea el principal motivo, sea el primer móvil de nuestras oraciones la mayor gloria de Dios, y el mayor bien de

nuestras almas, y á buen seguro que serán bien despachadas. Tal vez seria tan perjudicial para nosotros lo que pedimos á los Santos, que el mayor beneficio que pueden hacernos es embarazar que seamos oidos.

Esta Novena puede ser igualmente meritoria para con Dios, y agradable á san Francisco Javier, cuando se hace en particular como cuando se hace en público; especialmente si el que la hace no puede salir de casa por legítimo impedimento de enfermedad, ocupacion ó estado. Pero á todos los que no tuvieren embarazo se les aconseja acudan á la iglesia, donde hay capilla ó altar dedicado al Santo; porque además de que la práctica comun debe servir á todos de regla, no es dudable que hay algunos lugares donde parece que los Santos quieren ser especialmente reverenciados. (*Véase su vida el dia 3 de diciembre*).

SAN EUSEBIO PALATINO, PEDRO, RUSTICO, HEREBO, MARIO PALATINO, Y OTROS MÁRTIRES.

En este dia se hace conmemoracion en el Martirologio romano y otros, de san Eusebio Palatino, Pedro, Rustico, Herebo, Mario Palatino y de otros ocho socios en el martirio, los cuales, segun escriben varios, padecieron en el África, sin especificarnos el sitio de su combate, ni géneros de tormentos que sufrieron por defensa de la fe de Jesucristo. Pero Gregorio Cardoso en el Hagiologio lusitano, Martin Carrillo en el Crónico de España, y Bernabé Moreno de Bargas en la historia de Mérida, sostienen que padecieron martirio en un pueblo llamado Medellin, poco distante de Mérida, donde se les celebra como patronos, con rito de primera clase, segun indica el citado Cardoso.

La Oracion que se dice en la Misa de san Francisco Javier es como se sigue:

Deus, qui Indiarum gentes beati Francisci praedicatione et miraculis Ecclesiae tuae aggregare voluisti; concede propitius, ut cujus gloriosa merita veneramur, virtutum quoque imitemur exempla: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que quisísteis agregar á tu Iglesia las naciones de las Indias por la predicacion y por los milagros de san Francisco Javier; concédenos que, pues veneramos la gloria de sus insignes merecimientos, imitemos tambien los ejemplos de sus heróicas virtudes. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis: Per manus apostolorum fiebant signa, et prodigia mul-

En aquellos dias se hacian muchos milagros y prodigios en el pueblo por

ta in plebe. Et erant unanimiter omnes in portico Salomonis. Caeterorum autem nemo audebat se conjungere illis: sed magnificabat eos populus. Magis autem augebatur credentium in Domino multitudo virorum, ac mulierum, ita ut in plateas ejicerent infirmos, et ponerent in lectulis, ac grabatis, ut, veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret quemquam illorum, et liberarentur ab infirmitatibus suis. Concurrebat autem et multitudo vicinarum civitatum Jerusalem afferentes aegros, et vexatos à spiritibus immundis, qui curabantur omnes.

las manos de los Apóstoles. Y todos estaban unánimemente en el pórtico de Salomon. Pero de los demás ninguno se atrevia á juntárseles, sino que el pueblo los celebraba. Crecia de cada vez mas la multitud de los que creian en el Señor, tanto hombres como mujeres, de tal manera, que llevaban los enfermos á las plazas, y los ponian en lechos y camillas, para que cuando viniese Pedro, á lo menos tocase su sombra á alguno de ellos, y se librase de sus enfermedades. Concurria tambien á Jerusalen mucha gente de las ciudades vecinas, llevando los enfermos y los poseidos de los espíritus inmundos, los cuales todos eran curados.

REFLEXIONES.

Fuera de la verdadera Religion no puede haber milagros verdaderos. Débense considerar estos como un lenguaje privativo de Dios, como señales de que solo Dios puede valerse para enseñarnos aquellas verdades en que pretende instruirnos; idioma que entienden todos los que sinceramente buscan la verdad.

¿Qué hombre de razon podrá poner en duda aquellos milagros que tuvieron por testigos á los mayores enemigos de los mismos que los obraban, cuyo fruto fue la conversion de todo el mundo? Bien se puede asegurar que sola la Iglesia de Jesucristo es la que jamás ha estado sin algun milagro, y que no hay que buscarlos fuera de ella. Es muy raro el Santo que no los haya hecho. ¿Y quién será tan temerario que se atreva á negar todos los milagros? ¿Ni qué hombre de juicio dudará de aquellos por cuyo medio convirtió san Francisco Javier á la mayor parte del Oriente? ¿Qué milagro se encontrará entre los Protestantes? Si se pudiera hallar alguno, ciertamente no seria otro que el de su portentosa incredulidad, la cual en alguna manera tiene cosas de prodigio. Por lo demás no hay secta en el mundo que no sea obra de alguna pasion humana. Su orígen, sus progresos, su conservacion todo huele á hombre, y no huele á otra cosa. Muy de otra manera se acredita la Religion con los milagros.

Son dignos de compasion aquellos críticos de baño, entendimientos en mantillas (*espíritus fuertes* se llaman por irrision) que para darse tintura de ingenios toman el partido de no creer milagro alguno, persuadidos á que el secreto para evitar la confusion de verse enga-

ñados, si creen algo con demasiada ligereza, es negarlo todo. Genios superficiales, que no advierten que si es facilidad creer lo que se oye sin pruebas suficientes, es especie de insensatez no creer lo que se propone suficientemente probado. El entendimiento que desconfia de la veracidad de cási todos los siglos pasados, y que se atrinchera tenazmente contra el testimonio de naciones enteras, en esto solo acredita bien su insuficiencia, y hace las pruebas á su imbecilidad. Mas há de diez y siete siglos que toda la Iglesia conspira en creer la verdad de los milagros que obraron los Apóstoles. San Agustin, aquel milagro de los ingenios, aquel obispo tan santo, refiere las milagrosas curaciones que se obraron en su iglesia catedral de Hipona á su misma vista y en presencia de innumerable pueblo : nombra las personas, especifica las circunstancias, predica sermones al asunto, trae á la memoria de sus oyentes aquellos prodigios de que ellos mismos fueron testigos, inmortaliza la historia de ellos en sus obras, hácelos leer públicamente en la iglesia los dias festivos, y cita á los circunstantes por testigos de los hechos que están escuchando.

San Paulino, aquel hombre admirable, tan alabado de los cuatro mas célebres doctores de la Iglesia, cuenta los prodigiosos sucesos que él mismo vió por sus propios ojos en la iglesia de San Felix de Nola.

San Gregorio, aquel gran pontífice, aquel gran santo, y uno de los mayores ingenios de su siglo, publica en Roma sus obras. Refiere en ellas milagros portentosos, con todas las circunstancias particulares que los acompañaron. Nombra las personas, individualiza el tiempo y los lugares donde sucedieron : pone por testigos de todo cuanto dice á ministros, á obispos, á los hombres de la primera distincion de las ciudades y de los reinos enteros.

San Bernardo, aquel prodigio de su tiempo, tuvo por testigos de sus milagros á mas de seis mil personas, y entre ellas muchos cismáticos, muchos herejes, que no pudieron dejar de publicar lo que vieron por sus ojos.

Santo Domingo, aquel ilustre fundador de una de las mas augustas y de las mas santas religiones de la Iglesia, resucita muertos en presencia de los mayores prelados, de cardenales, en medio de la misma Roma, y á vista de aquel inmenso pueblo. El incomparable san Francisco de Asis, él mismo es un prodigio animado.

Finalmente, san Francisco Javier, aquel hombre extraordinario, llena de inauditos portentos todas las Indias. Pronostica las cosas futuras con profecías muy circunstanciadas; habla á un mismo tiempo

veinte lenguas diferentes; resuelve con una sola respuesta diez ó doce distintas cuestiones; restituye la vista á los ciegos, el habla á los mudos, el oido á los sordos: resucita veinte y cinco muertos, y alguno de ellos después de tres dias difunto: todo esto á los ojos de mas de seiscientos testigos que siendo jurídicamente preguntados, deponen estos sucesos milagrosos, y lo confirman con juramento. ¡Publicanlo los Sumos Pontífices; y tiene atrevimiento un mozuelo libertino y disoluto para negar unos hechos tan públicos, tan notorios y tan auténticos! ¡Y tiene la osadía para ponerlos en duda el otro presumido de espíritu fuerte, cuya debilidad de celebro y de meollo se descubre por tantos lados! Ciertamente ninguna cosa prueba tanto la pobreza y la malignidad del entendimiento y del corazon humano como esta voluntaria incredulidad.

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Verba, quae ego loquor vobis, à me ipso non loquor. Pater autem in me manens, ipse facit opera. Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Alioquin propter opera ipsa credite. Amen, amen dico vobis, qui credit in me, opera quae ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: ¿No creeis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que os hablo, no las hablo de mí mismo. Sino que el Padre, que está en mí, es aquel que hace las obras. ¿No creeis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Á lo menos creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago las hará él tambien, y aun las hará mayores.

MEDITACION.

De la invocacion de los Santos.

Punto primero.—Considera que si los Santos fueron muy amados de Dios cuando vivian en la tierra, no lo son menos cuando residen en el cielo. Hallándose tan elevados en la gloria, ¡qué poder no tienen con aquel Señor de quien son tan favorecidos! Si fueron poderosos mientras estaban en su destierro para apaciguar la cólera de Dios y para desarmar su justicia; si pudieron, digámoslo así, abrir los tesoros de la misericordia en favor de los pecadores; si por su respeto ofreció el Señor perdonar á cinco ciudades delincuentes; ¡qué no podrán estos ilustres cortesanos de la Jerusalen celestial, estos íntimos amigos de Dios, estos favorecidos del Altísimo al pié de su soberano trono!

Todos los Santos pudieron mucho con Dios mientras vivieron. Pues ¿cuánto podrán después de muertos? ¿Qué maravillas no obró la sombra de san Pedro cuando vivia en la tierra? Pues ¿qué no hará ahora su intercesion para con Dios en el cielo?

No quiso Dios perdonar á Abimelec, hasta que Abraham se lo pidió. Ni los amigos de Job consiguieron el perdon mientras no intercedió por ellos aquel fidelísimo amigo suyo. ¿Cuántas veces esperó Cristo á que los Apóstoles se lo rogasen para hacer los milagros que le pedian? Un cadáver que fue enterrado por casualidad en la sepultura de Eliseo, resucita luego que toca el cuerpo del Profeta. Si tienen tanta virtud las reliquias de los Santos, si son tan poderosas sus cenizas, ¿qué no podrá la solicitud de sus ruegos, la eficacia de sus súplicas? Y si la Iglesia, siempre inspirada, y gobernada siempre por el Espíritu Santo, tuvo tanto respeto á la intercesion de los gloriosos confesores de la fe, que solo por ella perdonaba á los mas escandalosos pecadores la mayor parte de la penitencia que correspondia á sus pecados; ¿qué no hará aquel Señor de bondad y de misericordia luego que los Santos se interesan por nosotros, compadeciéndose de nuestras necesidades, y empeñándose de recio, quiero explicarme de esta manera, á favor de los que los invocan? ¡Oh qué dichosos somos en tener tantos abogados, tantos y tan poderosos protectores con nuestro gran Dios! ¡Qué confianza debemos tener en su intercesion! Júzgase feliz el que logra por su protector á un gran señor de la corte, alguno de los que andan cerca del soberano. Pues ¿conocemos nosotros nuestra dicha, comprendemos bien nuestra fortuna en lograr la proteccion de los Santos, y en poder recurrir á ellos con entera confianza? ¡Oh buen Dios! ¡y qué nueva prueba de vuestra infinita bondad es habernos dado tan gran número de intercesores para con Vos! ¡Cuánto deseais hacernos bien, pues nos sugerís tantos medios para obligaros á tener misericordia de nosotros!

Punto segundo. — Considera que si es tan grande el poder de los Santos para con Dios, no es menor la caridad que tienen con nosotros. Su celo en la gloria no por ser mas puro es menos ardiente. Fueron dulces, caritativos, compasivos, atentos á nuestras necesidades, sensibles á nuestros trabajos, prontos, oficiosos para servirnos cuando estaban en la tierra: ¿nos atreverémos, pues, á juzgarlos menos celosos, menos caritativos, menos dispuestos á favorecernos cuando se hallan en el cielo?

No ignoran nuestras necesidades; está patente á sus ojos el estado

de nuestra alma; saben mejor que nosotros lo que mas necesitamos. ¿Dudamos acaso que deseen muy de veras nuestra salvacion? Y aquellos héroes cristianos, que se despojaron de sus bienes por socorrer á los pobres; aquellos que atravesaron los mares por buscar una alma y por ganarla para Jesucristo, ¿mirarán con indiferencia á los que nacieron en el seno de la Iglesia, y confiados imploran su proteccion?

Habiendo sido tan caritativos con los extraños, ¿será posible que lo sean no mas que medianamente con sus hermanos? ¡Ah! que tienen muy en el alma la gloria de su Dios en aquella feliz estancia del amor mas purificado. ¡Ah! que están muy instruidos en los amorosos designios, en los benéficos intentos del mismo Salvador. Y saben bien cuánto le lisonjean en enternecerse á vista de nuestras necesidades, en desear nuestra salvacion, en ser sensibles á nuestros trabajos. Y si hay tanto gozo, tanta alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente y hace penitencia; ¿podemos dudar que los Santos se interesen por los pecadores arrepentidos, y que consigan de Dios los auxilios que necesitan cuando humildemente se los piden?

¿Qué gracias no debemos rendir á la misericordia de nuestro buen Dios por habernos proporcionado un medio tan fácil y tan eficaz? La intercesion de los Santos importa mucho, y cuesta poco. Gran consuelo es saber que los mayores amigos de nuestro Dios, que sus mas estrechos favorecidos están interesados por nosotros, que pueden favorecernos mucho, y quieren hacerlo. Pero ¡qué gran pérdida, qué falta tan lastimosa la de no tener mucha confianza en la intercesion de los Santos! ¡Y qué otra máquina mas perniciosa, qué otro artificio mas maligno podrá mover el enemigo de nuestra salvacion, que el hacernos perder, ó á lo menos conseguir que se disminuya en nosotros esta confianza!

Ella, Señor, se renueva hoy en mí, y á vista de tan poderosos protectores cobra mi pobre espíritu nuevo aliento. Sí, mi Dios, todo lo espero de vuestra misericordia á pesar de mi ingratitud y del número infinito de mis maldades: espero que me habeis de socorrer en mis necesidades espirituales y temporales, por intercesion de los Ángeles y de los Santos; pero sobre todo por la de la Reina de los Santos y de los Ángeles. Con semejante proteccion ¿quién no tendrá confianza? Y con semejante confianza, ¿qué no se podrá esperar de la poderosa proteccion de los Santos?

Jaculatorias. —No retires, Señor de mí tu misericordia, por tu amado Abrahan, por tu siervo Isaac, y por tu santo Israel. (*Dan.* III.

¡Oh, Señor, y qué consuelo es el mio en ser participante de la intercesion de todos los que te temen y te sirven! (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

Aunque no tenemos otro mediador para con Dios que Jesucristo, porque solo por él fuimos rescatados; pero dirigimos tambien nuestras oraciones á los Santos, porque ellos mismos son poderosos intercesores con Jesucristo. Pídese á Dios que nos socorra en nuestras necesidades, y se pide á los Santos que se lo pidan á Dios por nosotros, y con nosotros por medio de Jesucristo, fuente de todas las gracias. El centurion, cuya fe y cuya confianza alabó el mismo Salvador, se dirigió á Cristo por medio de aquellos judíos que eran mas del cariño de su Majestad. Santiago dice, que las oraciones que los justos hacen unos por otros son muy poderosas con Dios: san Pablo se encomienda en las oraciones de los fieles: el mismo Dios manda á Job que le pida por sus amigos: en la sagrada Escritura se lee que los Ángeles y los Santos presentan nuestras oraciones ante el trono de Dios; y que Onías y Jeremías aun después de muertos le piden por su pueblo. Pues ¡qué devocion debemos tener con los Santos! ¡cuánta necesidad tenemos de sus oraciones! ¡cuánto debemos confiar en su intercesion! Siendo tan pecadores como somos, rebeldes á la ley de Dios, dignos del rigor de su justicia, y acaso objetos de su cólera: ¡cuánto socorro hallarémos en la proteccion de la santísima Vírgen, y en la intercesion de los Ángeles y de los Santos! Aviva hoy tu devocion con estos favorecidos del Señor: ten sus imágenes en el oratorio, y haz que se vean en todos los cuartos de la casa. ¿No es especie de escándalo, que solo se registren retratos y pinturas profanas en las salas y en los gabinetes de los Cristianos? Enmienda en tu casa este desórden. Escoge cada año un Santo por tu protector particular: ten otro para cada mes, y hazle cada dia alguna oracion particular que puede ser la siguiente:

Oracion al Santo ó Santa del mes.

«Dios y Señor, que estais pronto á perdonar los mayores y mas «infames pecadores en atencion á un corto número de justos; dig- «naos concederme por la intercesion y por los méritos de vuestro fiel «siervo ó sierva, san N. ó santa N. mi protector ó mi protectora, to- «dos los auxilios, todas las gracias que he menester en este valle de «lágrimas, y singularmente aquella virtud en que mas se señaló este

«glorioso Santo ó esta gloriosa Santa, con todas las demás que ne-«cesito para mi eterna salvacion. Amen.

«Glorioso san N. ó gloriosa santa N. á quien he escogido por mi «protector ó por mi protectora particular durante este mes, y en «quien tendré singular confianza por toda mi vida, haced que expe-«rimente los dulces efectos de vuestra poderosa intercesion para con «mi Dios. En vuestras manos pongo mis intereses: vos conoceis mis «necesidades, y teneis muy en el alma la salvacion de la mia. Pues «alcanzadme de Nuestro Señor Jesucristo todas las gracias que he «menester para conseguirla. Amen.»

Siempre se alentó el fervor de los Santos con la esperanza cristiana, sin que alguno de ellos dejase de esperar con firmísima confianza todos los bienes que la bondad infinita de Dios nos tiene prometidos, y mereció para nosotros el amor de Jesucristo. No hubo alguno, que aun en medio de la tribulacion, de la desolacion y el desconsuelo no encontrase nuevo recurso, no experimentase nuevo vigor en la esperanza. Esta fue tambien una de las principales virtudes de san Francisco Javier. Tempestades, naufragios, naciones amotinadas, obstáculos invencibles, persecuciones, peligros, todo el infierno conspirado contra él, nada fue bastante para que titubease su confianza; nunca mayor que cuando eran mayores los estorbos. *Á nadie temo sino á Dios*, escribia el Santo á un amigo suyo, *y este solo temor apaga en mí el de todas las criaturas juntas*. Triunfa esta virtud con la perseverancia, y solo deja Dios de mostrarse liberal cuando nosotros comenzamos á ser poco confiados.

Oracion para el segundo dia de la Novena.

Glorioso san Francisco Javier, grande Apóstol de las Indias, cuya heróica esperanza se conservó inmoble á vista de los mayores estorbos, en medio de los mas grandes peligros, y aun entre el cási total abandono de todas las cosas, alcánzame, te suplico, esta virtud consoladora. Haz con tu intercesion que mi confianza en Dios sea cada dia mas perfecta, y que tambien la grande que tengo en tu proteccion me alcance continuamente nuevos favores del cielo, y en particular la gracia que te pido en esta Novena, si fuere para mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amen.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los santos mártires Victor y Victorino, en Nicomedia, los cuales atormentados por el discurso de tres años con diversos tormentos en compañía de Claudiano y de Basa su mujer, acabaron el curso de su vida encerrados en una prision. *(Véase su noticia en este dia).*

San Marciano, obispo y mártir, en Tortona, el cual recibió la corona del martirio defendiendo la fe de Jesucristo en tiempo de Trajano.

San Evagrio, en Constantinopla, el cual en tiempo de Valente fue elegido obispo por los Católicos, y habiéndole desterrado el Emperador, acabó su vida en el destierro.

San Conon, mártir, en Chipre, el cual en tiempo del emperador Decio le obligaron á correr delante de un carro traspasados los piés con clavos, y cayendo sobre las rodillas, puesto en oracion entregó su alma al Criador.

El triunfo de cuarenta y dos Mártires, en el mismo dia, los cuales fueron presos en Amorío, y enviados á Siria; y habiendo peleado gloriosamente allí por causa de la fe, victoriosos consiguieron la palma del martirio.

San Basilio, obispo, en Bolonia, el cual fue consagrado por el papa san Silvestre, y gobernó santamente aquella iglesia con su ejemplo y doctrina.

San Olegario, en Barcelona, en España, primeramente canónigo, y después obispo de aquella ciudad, y arzobispo de Tarragona. *(Véase su vida en las de este dia).*

LA BEATA COLETA, VÍRGEN.

Nació santa Coleta, reformadora del Órden de santa Clara, en Corbia, lugar de Picardía, el año de 1380. Fueron sus padres de condicion humilde, pero respetables por su conocida bondad. No tuvieron mas que esta hija, y no perdonaron medio alguno para educarla bien. Lográronse fácilmente sus desvelos, porque encontraron en ella un corazon nacido para la virtud, y una alma prevenida desde la cuna con las mas dulces impresiones de la Gracia.

Desde edad de cuatro años conoció á Dios, y desde que le conoció le amó tan tierna, tan fiel y tan constantemente, que en aquella devocion anticipada descubrian todos pronósticos infalibles de la eminente santidad á que con el tiempo habia de subir. Nunca supo cuáles eran los entretenimientos de los niños, nunca experimentó cuáles eran sus defectos. Su único entretenimiento era la oracion, y su diversion el retiro.

Ya desde aquella tierna edad cobró tan extraordinario amor á los desprecios y á la penitencia, que no podian hacerla mayor gusto que mortificarla, ni darla mayor consuelo que reprenderla. Profesó tan exacta, tan severa y aun tan escrupulosa pureza, que habiendo oido

celebrar en cierta ocasion su hermosura, no omitió industria ni mortificacion para desfigurarla; y lo consiguió perfectamente. Porque al empeño de una rigorosísima abstinencia, de un ayuno cási continuo, y de las extraordinarias penitencias con que atormentaba su virginal cuerpo, logró apagar tanto la vivacidad hermosa de su tez, y borrar tan del todo los delicados rasgos de sus bellas perfecciones, que se transformó enteramente; y por lo restante de su vida se conservó siempre pálida, flaca, extenuada y macilenta.

Al ruido que hizo una virtud tan extraordinaria en aquella tierna doncellita, prevenida con tanta anticipacion de la divina gracia, despertó luego la admiracion y la veneracion del público. Comenzó la voz del pueblo á no conocerla por otro nombre que por el de la bienaventurada Coleta. Las personas de mayor distincion por su nacimiento, por sus empleos ó por su virtud, concurrian á visitarla y á encomendarse en sus oraciones. Pero esta general estimacion, tan contraria á su inclinacion y á su profunda humildad, solo sirvió para inspirarla el deseo de esconderse en algun mayor retiro. Resuelta á ponerse á cubierto de las honras y de las estimaciones humanas, juzgó podria conseguirlo en un convento de religiosas de Santa Clara de los llamados *Mitigados*, porque pueden poseer rentas en virtud de la bula de Urbano IV, que mitigó el rigor de la primitiva regla.

Pero esta templanza del primitivo rigor se ajustaba poco á los fervorosos alientos de aquel espíritu, que desde sus primeros años era conducido por Dios á los elevados ápices de la mas sublime perfeccion. Así, pues, por consejo de un venerable sacerdote, confesor suyo, resolvió tomar el hábito de la Tercera Órden de Penitencia de san Francisco.

Como las que profesaban entonces este Instituto no vivian en comunidad, porque aun no habia conventos de la Órden Tercera, y cada cual vivia en su casa particular; nuestra santa doncella, vestida ya del hábito penitente, determinó apartarse del comercio y del bullicio del mundo para servir al Señor en mas retiro, y tambien con mayor libertad. Encerróse, pues, en una celdilla que tenia comunicacion á una iglesia, donde podia oir misa todos los dias, y recibir el sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Allí estuvo reclusa por espacio de cuatro años, ejercitándose continuamente en las mas heróicas virtudes, y cási únicamente alimentada con los frutos de la penitencia.

Ayunaba toda la Cuaresma á pan y agua, haciendo lo mismo en lo restante del año muchos dias de la semana. No pocas veces pasaba

muchos dias sin otro alimento que el de la sagrada Eucaristía. Su sueño era de pocas horas, y su cama unos manojos de sarmientos extendidos sobre la dura tierra. Traia continuamente á raíz de las carnes un áspero cilicio. Su oracion era continua; y absorta siempre en la contemplacion mas elevada, bebia en la misma fuente aquella sabiduría sobrenatural, aquel sublime espíritu, que fue la admiracion de su siglo, y la hacia tan celebrada en el mundo sin salir del rincon de su retiro. Pero no la queria el Señor tan escondida, y eran muy diferentes los intentos de la divina Providencia.

Á pesar del grande amor que profesaba á la soledad, se vió precisada á rendirse á las visibles señales que la dió el Señor, de ser voluntad suya que saliese de ella para dedicarse á la reforma de las religiosas de Santa Clara.

Meditaba un dia en los medios de que se valdria para agradar particularmente á su celestial Esposo, cuando arrebatada en éxtasis, se la dió á conocer el lastimoso estado de las personas religiosas, que relajándose en las reglas de su profesion, hacian poco caso de desempeñar con exactitud y con fervor las obligaciones de su instituto, descubriéndosela al mismo tiempo el rigor de las penas á que serian condenadas. Derramaba Coleta copiosos raudales de lágrimas, en fuerza del vivísimo dolor que la causó esta representacion, cuando la pareció ver á la santísima Vírgen y al patriarca san Francisco, que tomándola por la mano se la proponian, ó se la presentaban á Jesucristo como instrumento muy proporcionado para resucitar el espíritu del instituto entre las religiosas Franciscanas, que apenas observaban ya la primitiva regla.

Aunque nuestra santa doncella tenia un ardentísimo deseo de ver renovado el antiguo fervor entre sus hermanas, no podia resolverse á emprender por sí misma esta reforma. Veia con dolor que todos los monasterios de Santa Clara habian descaecido enteramente de su primitivo rigor, y que apenas conservaban las hijas el nombre de su esclarecida madre; pero el título de reformadora y de superiora asustaba su modestia y detenia su celo. No podia persuadirse en fuerza de su humildad, que quisiese Dios valerse de una criatura tan vil y tan imperfecta, á lo que ella decia, para reformar á las otras; y aunque en lo demás era rendidísima á su confesor, en este punto no fue posible vencerse; hasta que viéndose de repente muda y ciega en castigo de su resistencia, como se lo habian pronosticado, conociendo ya claramente la voluntad del Señor, se rindió en fin, y al instante recobró la vista y el habla.

Animada con tan visible prueba de la voluntad del cielo, asistida de los prudentes consejos de un gran siervo de Dios del Órden de san Francisco, llamado Fr. Enrique de la Beaume, y ayudada generosamente con los cuantiosos socorros que la dió la piadosa señora de Brisay, salió de su retiro, y encaminándose á Niza de la Provenza, fué á buscar á Benedicto XIII, á quien ella reconocia por legítimo Pontífice, como le reconocia entonces la mayor parte de la Francia. Fue recibida con mucha estimacion y con singular benevolencia. Suplicóle la diese licencia para tomar el hábito de santa Clara, y para observar la primitiva regla á la letra, sin lenitivo ni modificacion, como tambien para emprender bajo su suprema autoridad la reforma de todos los conventos de la Órden; entendiéndose esto con las que voluntariamente quisiesen abrazarla, sin precisar, ni compeler á persona alguna á su observancia.

Este último punto tuvo al principio terribles dificultades; pero habiendo muerto en brevísimo tiempo todos los que hacian mayor contradiccion, arrebatados de la peste que á la sazon causaba grandes estragos, la concedió Benedicto todo cuanto le pedia, y nombrándola por abadesa y superiora general de todos los conventos de la Órden de santa Clara, hizo en sus manos la profesion, y la dió el velo el mismo Benedicto.

Siempre están expuestas á grandes contradicciones las obras de Dios. Apenas habló de reforma nuestra Santa, cuando vió amotinada contra sí toda la tierra. Tratábanla de orgullosa, de hipócrita, de ilusa. Fue tan deshecha la tormenta que se levantó en Francia contra ella, tanta la oposicion que hicieron aun los que mas debieran defenderla, que se vió precisada á retirarse á Saboya, donde con la proteccion del señor de la Beaume, hermano de su confesor, en pocos meses logró el consuelo de ver alistadas debajo de su santa regla gran número de tiernas y fervorosas doncellas.

No tardó en comunicarse desde Saboya á Borgoña la estrechísima reforma, gloriándose el convento de Besanzon de ser el primero que abrazó el rigor de este sagrado instituto. Desde Borgoña volvió á Francia la nueva reformadora, y calmada ya la primera tempestad, hizo en el reino maravillosos progresos; extendióse después hasta los Países Bajos, y se dilató hasta mas allá de las márgenes del Rhin, hasta el otro lado de los Alpes, y hasta dejar á las espaldas las elevadas cumbres de los Pirineos.

No contenta con los muchos conventos antiguos que redujo á la primitiva regla, fundó por sí misma diez y ocho de nuevo con el ti-

tulo de las *Clarisas pobres*, por la pobreza evangélica que se observaba en ellos. Los sinsabores, las mortificaciones, los trabajos que costaria á nuestra Santa introducir la reforma, especialmente en los conventos antiguos, donde la relajacion presumia de costumbre, es fácil discurrirlo. Diéronla mucho que padecer los seglares, los religiosos, y hasta los mismos prelados; pero todo lo padeció con intrépido valor, con heróico sufrimiento; debiendo á este, á su apacible modo, y á su constante perseverancia el salir al cabo con todo.

De esta manera se fundó y se propagó por toda la Europa, aun en vida de Coleta, la famosa reforma, que fue como segundo nacimiento de la religion de santa Clara, segun el verdadero espíritu de su primitivo instituto. Consérvase el dia de hoy en todo su vigor, y se ven resucitados en estos últimos tiempos aquellos grandes dechados de perfeccion, aquellos insignes ejemplares de inocencia, de fervor y de humildad; aquellos milagros de penitencia, de abnegacion propia, y de total desasimiento de todas las cosas, que admiramos tanto en los siglos mas retirados; y hoy los vemos con asombro renovados en tantas nobilísimas, ilustrísimas y santísimas doncellas, que sin reparar en la ternura de la edad, en la delicadeza de la complexion, ni en el regalo con que fueron criadas, observan severísimamente la primitiva regla de santa Clara, y sepultadas en un oscuro retiro se hacen invisibles á las criaturas, aspirando únicamente á que las vean los ojos del Criador. En aquella dichosa soledad granjean cada dia nuevos méritos, adquiriendo nuevas virtudes; y mereciendo para los pueblos mil bendiciones del cielo, con lo que son la edificacion y las delicias de la Iglesia. Esto es lo que en parte se debe al infatigable celo, á los gloriosos sudores, y á la eminente virtud de nuestra santa Coleta.

Cuarenta años habia que estaba trabajando con asombrosa felicidad en fundar por todas partes nuevas fervorosas colonias de almas verdaderamente seráficas, cuando el Señor la dió á entender que se iba acercando el fin de su dichosa carrera. Previnose para el último lance haciendo los mayores esfuerzos para renovar, si era posible, su fervor: y habiendo recibido con extraordinaria devocion los Sacramentos, rindio dulcemente su espíritu en manos de su Criador en Gante, ciudad de Flandes, el dia 6 de marzo del año 1446, á los sesenta y seis de su edad; dejando á sus hijas tan edificadas de sus heróicas virtudes, como afligidas por su dolorosa ausencia. Ilustró Dios en vida la santidad de su sierva con el don de profecía, y en muerte la declaró con la gracia de los milagros. Beatificóla el papa Sixto IV

por un *Vivae vocis oraculo*, y Urbano VIII dió licencia para que se celebrase su fiesta en toda la religion de san Francisco. Cada dia obra el Señor nuevos milagros en el sepulcro de su sierva. Habiéndose abierto el año de 1536 por órden, y á presencia del obispo de Sarepta, sufragáneo del de Tornay, observó el Prelado, y lo hizo observar tambien á los circunstantes, que chorreando agua la bóveda por todas partes, á causa de su excesiva humedad, no caia ni una sola gota sobre las preciosas reliquias de Coleta; y el paño de damasco blanco en que estaban envueltas, se halló tan entero y cási tan fresco como el dia en que se puso.

SAN OLEGARIO, OBISPO DE BARCELONA, Y ARZOBISPO DE TARRAGONA, (LLAMADO VULGARMENTE EN CATALUÑA SAN OLAGUER).

Por muchas razones puede Barcelona, ciudad nobilísima de Cataluña, llamarse dichosa y afortunada, llenando cabalmente su primitivo nombre de *Favencia*, que significa la *Favorecida*, ó *Dichosa*. Fuélo, y lo es, por los hijos insignes en dignidades, letras, valor y armas: por lo cual merece llamarse con justo título la Favorecida del cielo y del suelo. Pero uno de los blasones de que hace mas gala, y con que se ennoblece mucho Barcelona, es mirarse patria de san Olegario, dignísimo prelado de ella y arzobispo de Tarragona, cuya prodigiosa vida, sacada ya de papeles auténticos que se conservan en los archivos reales de Barcelona, ya de otras historias antiguas y verdaderas de Cataluña, es en esta manera:

Gobernando la nave de la Iglesia Nicolao II, y teniendo el imperio romano Enrico IV, año de 1060, nació para la luz del mundo y honor de Cataluña, san Olaguer, en la ciudad de Barcelona. Nació en tiempo, que en el concilio Lateranense fue condenado Berengario, heresiarca, abjurando él después sus errores, como consta en las Decretales *de Consecr. d. II*, y cuando el serenísimo príncipe Gotfredo de Bullon, duque de Lotaringia, ganó á Jerusalen, á quien el Papa coronó por rey de Palestina. Soberana providencia fue sin duda el nacer nuestro Santo en este tiempo; pues daba á entender el cielo, que con la luz de su doctrina habia de ilustrar á los fieles, y habia de desterrar del mundo la oscura noche de los errores. Llamóse el padre de san Olaguer del mismo nombre que el hijo, y era del órden Ecuestre, ó Militar, y fue Lecietario, y muy valido del conde de Barcelona D. Ramon Berenguer, primero de este nombre. La madre del Santo se llamó Guilia, matrona santísima y

nobilísima, descendiente del antiguo linaje de los godos: la cual crió al hijo Olaguer á sus pechos, dándole con la leche la educacion de buenas y santas costumbres. Iba creciendo el santo niño, y crecian al mismo paso sus virtudes; pues se mostraba modesto, cortés, recogido, y en todas las virtudes morales consumado. Aun en la tierna edad le veian niño, y ya en la virtud y perfeccion era un asombro, pues siendo un ángel en la pureza, ayunaba mucho: era en la oracion asiduo, en las misas devoto, y en todo género de perfeccion versadísimo: mirábale la ciudad toda, y de mirarle recibia igual pasmo que gozo, viendo tanta santidad en un niño, y gozándose de haberle merecido por hijo. Tenia el dicho conde de Barcelona tres hijos: y habiendo de destinarles maestros, quiso que en la educacion y crianza les hiciese san Olaguer compañía. No están los hijos acabados de hacer cuando nacen, pues falta lo mejor, que es la educacion, y para esto vale mucho la compañía de un bueno. Estudió los rudimentos de la gramática, retórica y filosofía, en que salió señaladísimo y muy docto, siendo por ello muy estimado. No ocupó la niñez en las puerilidades en que se entretienen otros niños; del general se volvia á casa, ó á la iglesia. Corria ya el año 1070 y el décimo de la edad de nuestro Santo: y sus padres determinaron que el hijo que Dios les habia dado le sirviese perpetuamente en su templo: para cuyo efecto hicieron donacion á la iglesia catedral y cabildo de Barcelona de una heredad y viña que tenian en el condado de Vich, junto al castillo de la Manresana y Villalonga, en un lugar llamado San Armengol, como consta en el lib. IV de las Antigüedades de dicha catedral. Con esto fue admitido el santo mozo Olaguer en el gremio de los canónigos de aquella santa iglesia, sin embargo de la poca edad; porque á los hombres no los hace la edad grandes sino la ciencia y virtudes. Siendo canónigo, le promovieron á la dignidad de prepósito. En esta graduacion se hallaba san Olaguer, en la cual no retrocedió en sus estudios; pues veinte años se dió á los de la sagrada teología, leyendo las obras de los santos Padres, en que salió gran maestro, doctor, y predicador famosísimo. Por este tiempo fue ordenado de sacerdote por D. Beltran, obispo entonces de dicha ciudad. Habia este Obispo fundado junto á Barcelona un monasterio de canónigos reglares de san Agustin, y era el título de San Adrian (cuyas memorias se ven hoy reducidas á una pequeña parroquia en el llano de Barcelona, á orillas del rio Besós); poniéndolos bajo la dependencia de los de la santa iglesia de la misma ciudad. Advertia bien el santo canónigo Olaguer la vida áspera y religiosa de aque-

llos varones santos, y con sagrada envidia determinó imitarlos en la vida, para después imitarlos en la pureza.

Noticiosos el Obispo y canónigos de San Adrian de las ideas del santo canónigo Olaguer, aunque deseaban secundarlas, no se atrevian á hablar de ello, por no disgustar al Conde, que queria mucho al Santo, y al cabildo que le estimaba mucho. Entendiólo Olaguer, y resolvióse á renunciar la prebenda de canónigo y dignidad de prepósito, como lo hizo. Recibió el hábito, y dió muestras del tesoro que traia en su alma escondido. En el año de la probacion era en la penitencia un dechado de los Santos del yermo: era humilde en extremo, circunspecto, y de todos tan querido, que el año 1096, después de profeso fue elegido prior de comun consentimiento. No pudo su humildad familiarizarse con la prelacía, y renunciándola, se fué á ser súbdito al convento de San Rufo de la misma Órden, en la Provenza, pensando no ser allí conocido. Pero como sus virtudes le descubrian á pesar de su humildad, en aquel convento fue conocido y venerado. Faltó abad en aquella santa casa, y fue electo Olaguer por comun voz de toda ella, y obtuvo ese cargo hasta el año 1115, en el cual fue electo obispo de Barcelona. Instado Olaguer por doña Dolza, mujer de D. Ramon Berenguer III, que quiso llevarle consigo al pasar por el monasterio de San Rufo, dejó, con harto sentimiento suyo, á los canónigos, que habian de sentir vivamente su ausencia. Llegado á Barcelona, y recibido con sumo gusto de todos, halló vacante la silla episcopal por muerte de D. Ramon Guillen. Estaban los obispos provinciales dias habia en junta para la eleccion, y sin premisa alguna, ni recuerdo del abad Olaguer, el dia de la eleccion, todos á una voz pidieron al Conde se sirviese de venir bien en lo que ellos determinaban, que era elegir en obispo á Olaguer, abad de San Rufo, por mas eminente en virtud, letras y vida ejemplar. Alegróse el Conde y su mujer, y luego enviaron quien le diese noticia de su eleccion. La resistió el Santo alegando su indignidad, y defecto de méritos para que pusiesen en la dignidad una persona virtuosa y santa cual se requeria. No venció esta vez su humildad, y hubo de rendirse á la voluntad de Dios, manifiesta en tan acertada eleccion. No le valió su huida de noche á su abadía de San Rufo; pues sabido de la ciudad y clero, fueron en su seguimiento, y le encontraron cerca de Perpiñan. No bastando este empeño tan decidido para obligarle á aceptar la mitra, el conde D. Ramon tomó el partido de enviar embajadores al Papa pidiéndole obligase á Olaguer á encargarse de la iglesia de Barcelona, pues este era el voto del clero y del pue-

blo. A vista de la solicitud del piadoso Conde, el Papa destinó un legado suyo con órden expresa dirigida á Olaguer para que aceptase la silla de Barcelona. Llegado el legado, manifestó á Olaguer la voluntad de su Santidad, con la cual se conformó, viendo en ella la voluntad de Dios.

Puesta esta luz sobre el alto candelero de la dignidad, procuró darse á conocer, reedificando iglesias y monasterios, haciendo grandes limosnas, concordando pleitos de sus súbditos; y en especial resplandecia en la honestidad, circunspeccion y pureza. Predicaba de ordinario, y asistia puntual al coro á cantar las divinas alabanzas, como quien desde niño se habia criado en él.

Gozosa sobremanera estaba su patria y ciudad de Barcelona con el ilustre hijo y prelado que tenia, cuando electo el papa Gelasio II, por muerte de Pascual, hubo san Olaguer de ir á Roma á prestarle el juramento de obediencia, que entonces se acostumbraba: y antes de efectuarlo convocó al pueblo, y les hizo una exhortacion tan tierna y docta, que juntamente los dejó á todos hechos un mar de llantos, y llenos de soberanos y santísimos documentos. Partióse á Roma, sin omitir las penitencias, ni dar por el camino algun alivio al cilicio, ni al ayuno. Visitó los templos de aquella santa ciudad con suma devocion, y de allí fué á Gaeta á besar los piés al Papa, que ya tenia de las virtudes y letras de san Olaguer mucha noticia.

Llegó el caso que el conde de Barcelona D. Ramon Berenguer arrancó del poder de los moros la ciudad de Tarragona, y como quedase destruida, deseoso el Conde no solo de verla reparada, sino tambien á su sede reintegrada en los derechos de metropolitana, discurrió proponer para arzobispo á san Olaguer. El sumo Pontífice, que habia tenido ocasion de admirar á nuestro Santo de cerca, y que le estimaba mucho, mandóle por obediencia que aceptase aquella dignidad, despachándole bula á 21 de marzo, año primero de su pontificado, y 1118 de Cristo.

San Olaguer asistió á varios concilios: tales fueron el que celebró en Tolosa el papa Calixto II en junio de 1119, el que celebró en Reims el mismo Papa y en el mismo año, en el cual predicó arrebatando á los oyentes; y en el general *Lateranense* primero, concluído el cual le nombró el Papa su legado *à latere* para el reino de España. Venido el Santo á ella, fijó su residencia en Barcelona, cuya sede retuvo junto con la de Tarragona, por no tener esta bienes propios; y desde dicha ciudad fijaba Olaguer de continuo su atencion en las ruinas de Tarragona, meditando los medios para su restauracion.

En efecto trajo á ella colonos capaces de defenderse de los moros, que á todo trance querian impedir la reedificacion, y en menos de ocho años tuvo el gusto de ver levantada sobre sus ruinas la nueva ciudad, rodeada de fuertes muros.

Habiendo puesto en paz muchas materias, determinó visitar la Tierra Santa: y así fué á ella, predicando por todo el camino, y renovando el prodigio del dia de Pentecostes en Jerusalen, pues hablando una sola lengua (segun lo mas cierto) le entendian gentes de varias lenguas y naciones. No se puede ponderar el sentimiento que ocupó á Barcelona, su patria, y á toda la provincia, al partirse el Santo de ella: ni tampoco las lágrimas, devocion y ternura con que visitó los lugares de la Tierra Santa.

Habiendo ya cumplido con su devocion, se volvió á sus iglesias y tierra, y de camino visitó su regalada casa de San Rufo, con singular consuelo de aquel convento. Despidióse de él, y llegó á Barcelona una tarde puesto el sol, donde entró sin ruido ni fausto, por no faltar á la humildad que tanto amaba, y le habia hecho siempre tan agradable compañía. Al otro dia por la mañana acudió todo el cabildo y pueblo á ver su amabilísimo Prelado, y con ellos repartio muchas reliquias, reservando en su pectoral una partecilla del *Lignum Crucis* de nuestro Salvador. Estando ya con quietud en su silla, hizo cosas maravillosas: en particular con sus blandas amonestaciones hizo con algunos, que injustamente usurpaban bienes de la Iglesia, que los restituyesen; y convertidos los absolvia. Hizo venir á concordia al conde D. Ramon Berenguer con la Señoría de Génova, y al dicho Conde le indujo á que se hiciese religioso Templario, instituto que principiaba á florecer. Mas el Conde no pudo realizar su intento por la muerte.

Fue después llamado san Olaguer, por el papa Inocencio II, al concilio Claramontano, donde con valor, celo y espíritu declaró por excomulgado al antipapa Anacleto, y los demás Padres del concilio abonaron y siguieron su parecer y voto. Venido cuarta vez á su ciudad y obispado, reparó y bendijo muchas iglesias que los sarracenos de España tenian violadas; sin embargo no tuvo la satisfaccion de ver concluida su iglesia metropolitana, pues lo calamitoso de aquellos tiempos no le permitió reunir los fondos necesarios para dar la mano á una obra tan suntuosa cual es la catedral que en el dia se ve en Tarragona. Fué después á Zaragoza á poner paces entre D. Alonso rey de Castilla, y D. Ramiro rey de Aragon. En estos y otros santos ejercicios se ejercitaba san Olaguer, en que recibia de Dios gra-

cia singular; porque no hubo persona á quien hablara el Santo, que no se le aficionara luego. Él, mucho tiempo antes, estando cierto dia en el fervor de la contemptacion, todo absorto y fuera de los sentidos del cuerpo, pidió á Dios Nuestro Señor le hiciera gracia de revelarle el tiempo de su partida y última hora. Concedióle Dios su peticion: y se vió ser así; pues en un concilio (no se ha averiguado, si en Tarragona ó Barcelona) que tuvo á sus rectores y sinodales, les dijo que seria aquella la última vez que les predicaria; y así todos los seis dias que duró el sínodo les predicó con tanto fervor, tanta sabiduría y elocuencia, que todos le miraban como á un ángel que Dios les enviaba; y así, como á tal oian las cosas que les decia, y los documentos que les daba. Lloraban todos, y el Santo con ellos. A 12 de febrero hizo al cabildo donacion de una heredad que tenia en la parroquia de Mollet; porque quiso desasirse de todo antes de partir de este mundo. Dióle tambien una granja ó quinta que tenia en Corañota. Recibió con mucha devocion y lágrimas los santos Sacramentos: y hablando con Dios y con su Madre santísima (de quien fue devotísimo toda su vida), meditando la Pasion de Cristo, y diciendo en voz devota é inteligible: *En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu;* juntas las manos delante de Cristo crucificado, entregó á Dios su bendita alma á 6 de marzo, año de Cristo de 1136, y setenta y seis de su edad. Luego se oyó una voz lastimosa, pero agradable por todo el pueblo: *Muerto es el Santo: muerto es nuestro santo obispo y prelado.* Empezó luego á resplandecer con varios milagros con que en el mundo le honró, y honra cada dia el cielo. Resucitaron muchos muertos; cobraron salud infinitos; dió vista á ciegos: libró de naufragios; y hace Dios por él soberanas maravillas en sus devotos. Está sepultado en la iglesia de su patria y ciudad de Barcelona. Fue canonizado al uso antiguo de la Iglesia, que era la veneracion de los fieles, y el permiso de los sumos Pontífices: mas últimamente lo fue por decreto particular de nuestro santísimo padre Inocencio XI, despachado á los 25 de mayo de 1675, y así se puede decir dos veces canonizado: claro está que tan gran santidad como la suya no podia menos, para mostrar que vale por dos. Consérvase su cuerpo entero y sin corrupcion en la misma santa iglesia de Barcelona, donde es visitado de los naturales y extranjeros con singular devocion, correspondiendo el Santo á la confianza y piadosos ruegos de sus devotos, los cuales nunca parten de su presencia sino bien despachados, y consolados en sus trabajos y necesidades.

Y aunque todos siempre han hallado, y hallan pronto socorro in-

vocándole, como consta de los innumerables milagros, que podrá ver el curioso devoto suyo en los muchos procesos que en diversas ocasiones se han impreso para su canonizacion; con todo eso, el cielo para ostentar mas su gloria, ha dispuesto le tenga el mundo por abogado especial de las mujeres que tienen peligrosos partos: las cuales invocándole, hallan luego su alivio, socorro y total consuelo, y si las criaturas nacen con algun evidente achaque y riesgo de perder luego la vida, con solo invocar á Olaguer sus padres, han experimentado nueva vida y nuevo ser en sus hijos; de que dando á Dios las gracias, le han glorificado en su siervo Olaguer. Celebran de él, como de su prelado, las iglesias de Tarragona y Barcelona, el dicho dia 6 de marzo, en que pasó de esta vida á la eterna; á la cual nos lleve la divina bondad por su intercesion á gozar de su gloriosa y amable compañía.

SAN VÍCTOR Y VICTORIANO, MÁRTIRES.

En este dia se hace conmemoracion en el Martirologio romano, y en otros varios, de san Víctor y Victoriano, mártires, con la expresion de que murieron en la cárcel de Nicomedia con Claudio ó Claudiano, y su mujer Basa, después de haber sufrido muchos tormentos por el discurso de tres años; pero porque en el Martirologio manuscrito de san Cipriano se dice que padecieron en Apamia, ciudad de Bitinia, por espacio de tres años; parece que fueron primeramente presos y atormentados en esta ciudad, y después transferidos á la de Nicomedia, donde puestos en una dura prision, terminaron su feliz carrera á fuerza de las molestias é incomodidades que sufrieron en la cárcel, por haberse mantenido constantes en la fe de Jesucristo, á pesar de los esfuerzos que hicieron los gentiles para separarles de ella.

La Misa que se celebra en toda la Religion seráfica es en honra de santa Coleta, y la Oracion de la Misa es la que se sigue:

Domine Jesu Christe, qui beatam Coletam sponsam tuam innumeris dotibus decorasti: tribue, quaesumus; ut quo spiritu Seraphicam regulam pristinae puritati restituit, eodem intus reformari mereamur: Qui vivis et regnas...

Señor mio Jesucristo, que te dignaste adornar á tu sierva la bienaventurada Coleta con innumerables dones y gracias celestiales; suplicámoste nos concedas, que cada uno de nosotros se reforme interiormente con aquel mismo espíritu con que esta tu sierva reformó, y restituyó la Seráfica regla á su primitivo fervor. Así te lo pedimos á tí, que con Dios Padre, en unidad del mismo Espíritu Santo, vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiae meae, sed et supportate me. Aemulor enim vos Dei aemulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino al que alaba Dios. Ojalá sufrieseis algun poco de mi ignorancia: pero con todo eso sufridme: porque yo os celo por celo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

Es necedad, es locura hacer vanidad de unas prendas, que dejan de tenerse desde el mismo punto que comienzan á ostentarse. No hay cosa mas despreciable, y por lo comun tampoco la hay mas despreciada, que un hombre vano. La vanidad no solo no da mérito, sino que quita el que se tiene. Hágase en buen hora la mas bella accion del mundo: ya deja de ser loable desde que se hace por vanidad. El alabarse uno á sí mismo no solo es prueba nada equívoca de poca virtud, sino de poco entendimiento. Los menos favorecidos de la naturaleza y de la gracia, se forman siempre no sé qué idea de preferencia y de distincion, que es el objeto de su presuncion y de su complacencia. Y para consolarse atribuyen á la malignidad y á la envidia el poco caso que se hace de su soñado mérito, y de su imaginaria virtud.

Las almas grandes, los hombres de mérito extraordinario se estiman poco, y se alaban menos. Es la modestia inseparable de la virtud verdadera. Si los vanos supieran bien el bajo concepto que se forma de ellos, no habria medio mas eficaz para curarles de raíz el orgullo; pero como el error está igualmente apoderado del entendimiento que del corazon, es la curacion difícil.

Aunque san Pablo se hallaba ricamente abastecido de dones sobrenaturales; aunque habia sido arrebatado al tercer cielo; aunque allí se le habian revelado misterios inexplicables, de que no es lícito al hombre hablar; aunque habia sido escogido por el mismo Jesucristo para anunciar su nombre á los gentiles, á los reyes, á los hijos de Israel; aunque habian llenado ya de admiracion al mundo sus maravillas; con todo eso no habia hombre mas humilde que san Pablo.

¿Quién se estimaba menos que él? Yo, dice, soy el menor de los Apóstoles, y aun me reconozco indigno de este nombre. Así piensa, así habla de sí mismo este gran Santo. Pero los hombres verdaderamente apostólicos no saben otro lenguaje. Es verdad que el mismo Apóstol se vió obligado á volver por sí, á hacer su apología, á refutar las calumnias que los falsos apóstoles habian esparcido contra él, procurando con ellas desacreditarle en la estimacion de los Corintios, para estorbar el curso al progreso del Evangelio; pero ¿con qué modestia, con qué reserva, con qué circunspeccion, con qué humildad lo hace? Alaba las gracias y los dones sobrenaturales que habia recibido de Dios; pero no se alaba á sí mismo. Temeroso de que aun en este modesto recuerdo se introduzca insensiblemente algun orgullo, se humilla al instante con la relacion de sus miserias y de sus flaquezas. No olvidemos jamás este grande oráculo: *Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat.* No es recomendable el que se alaba á sí mismo, sino el que merece que le alabe Dios. Nuestra alma, nuestro cuerpo, nuestra misma razon, todo concurre á humillarnos. Dentro de sí mismo tiene el hombre un manantial inagotable de motivos para confundirse. Pues ¿cuándo hemos de empezar á ser humildes? ¿Puede haber mas lastimosa locura que el disimularse á sí mismo sus defectos, y estudiar en no conocerse? ¿Puede haber mayor extravagancia que la de hacer vanidad hasta de las mismas humillaciones? Dios mio, ¿de qué se engreirá el polvo y la ceniza? ¡Oh qué necia es nuestra vanidad! pues ella misma es el mayor motivo para confundirnos.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus: quae accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes: sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas

suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro: quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime verò veniunt et reliquae virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Que nada se debe omitir en punto de la salvacion.

Punto primero. — Considera que en materia de salvacion todo es de consecuencia. Santas inspiraciones, consejos saludables, reglas para vivir, frecuencia de Sacramentos, buenas obras, devociones, actos de religion, ejercicios espirituales, mortificaciones; todo es considerable, todo es de precio. Nada de esto se deja sin perder algo. Toda flojedad, todo descuido es peligroso.

Es fatal error no hacer caso mas que de las obligaciones esenciales; contentarse con los primeros necesarios pasos que se dieron hácia la virtud; vivir seguros á la sombra de una buena voluntad, y dormir tranquilamente, aunque nos estén gritando que es necesario velar. Terrible ejemplo tenemos en la parábola de las vírgenes necias. Al fin eran vírgenes. Pues ¿qué derecho no podian fundar en este noble título para ser bien recibidas de su celestial Esposo? Saliéronle al encuentro. En verdad que esta apresurada demostracion de su cariño no acreditaba desamor, ni indiferencia. Hicieron cási todo lo que ejecutaron las prudentes. Esperaron desveladas al Esposo hasta muy entrada la noche; tenian tambien sus lámparas como ellas; solo se descuidaron en hacer provision de un poco mas de aceite, por si acaso el Esposo venia algo mas tarde. No parecia este gran descuido, y mas cuando procuraron enmendarlo luego que lo repararon; pues apenas advirtieron que sus lámparas se iban apagando, cuando pidieron cortesanamente á sus compañeras que las prestasen un poco de aceite. Con todo eso, ¡qué consecuencias tan funes-

las se siguieron de un descuido al parecer tan leve! Salen de casa, vuelven tarde, hallan la puerta cerrada, llaman á ella, no se las abre; y al fin fueron reprobadas. ¡Ó mi Dios! ¡y qué lecciones tan importantes, pero al mismo tiempo tan terribles, se nos dan en este ejemplo! Desprécianse ciertas obligaciones del estado; no se tiene providencia para lo futuro; déjanse de hacer en tiempo ciertas provisiones; hácese poco caso de ciertas virtudes, malógranse ciertas inspiraciones, échase la cuenta de que habrá tiempo para todo. Cúmplese á la verdad decentemente con las obligaciones esenciales de cristiano; obsérvanse tolerablemente los votos sustanciales de la Religion; guárdanse las reglas que parecen mas importantes. Con todo eso se conoce bien que hay mucha necesidad de un poco de mas observancia, que es menester mas fervor, que hacen falta ciertas virtudes para que no se extinga del todo la caridad. Pero se vive con la esperanza de que á todo se proveerá; no se cree que venga tan presto el Esposo; hay buena salud, se está todavía en la flor de la edad. Mas, ¡oh desdichada negligencia! Un golpe imprevisto, un accidente repentino, una enfermedad grave y peligrosa advierten que el Esposo está cerca. Despiértase con sobresalto del sueño en que profundamente se dormia: hácense atropelladamente las diligencias para recibirle. Pero ¿será fácil hacerlas entonces bien? ¿Es aquel tiempo oportuno para prevenirse como se debe? Se llora, se gime, se suspira, se llama á la puerta: pero ¿no es verisímil que se oiga entonces aquel desconsolado *Nescio vos*, no os conozco? Pues despréciese ahora la correccion, la enmienda de ciertas faltas y de ciertos vicios. No se haga caso de adquirir ciertas virtudes.

Punto segundo.—Considera cuánta es nuestra imprudencia, ó por mejor decir, nuestra necedad y locura. Aplícanse cuidadosamente todos los medios, y se cree que á ninguno se debe perdonar, cuando se trata de un pleito, de una compra, de una pretension, de cualquiera otro negocio temporal; y en el negocio esencial de la salvacion nos dormimos, nos amodorramos, todo se desprecia.

No ignoro cuánta es la santidad de mi Religion, cuánta la multitud de mis obligaciones: sé muy bien lo mucho á que me obligan los preceptos; estoy enterado de la severidad de mi juez, y creo firmemente la eternidad. ¡Y en medio de este conocimiento, con toda esta fe, hago poco caso de las observancias menudas de la ley! Conténtome con hallarme en un estado de perfeccion, pero sin aspirar á ser perfecto: consuélome, tranquilízome, con que otros no son mas

fervorosos, ni mas observantes que yo; y dilato allá para lo último de la vida el adquirir las virtudes que me faltan.

¡Válgame Dios! ¿Qué se teme? ¿Se teme acaso como grande inconveniente el comenzar á amar á Dios, el empezar á darle gusto demasiadamente presto, si luego que se advierten los defectos, luego que se conoce la falta de fervor y de mortificacion, se aplican los medios eficaces para corregirnos? ¡Ah, Señor! ¡y qué cara nos saldrá nuestra negligencia y nuestra cobardía! Bien claro nos lo advertís: harto expresamente nos lo enseña la parábola de las vírgenes necias. ¡Oh, y cuándo hemos de empezar á ser prudentes! ¡Qué bien supieron aprovecharse los Santos de la leccion que el Salvador del mundo nos da en esta parábola! ¡Qué diligencia! ¡qué ansiosa prisa fue la suya para llegar á ser perfectos!

Desde los cuatro años de su edad comenzó la bienaventurada Coleta, aquella vírgen pura é inocente, comenzó, digo, á darse priesa por agradar á su Esposo, ejercitándose en una vida castísima, y en la práctica de las mas admirables virtudes. ¿Diráse que fue excesiva la anticipacion en prevenir el aceite para no hallarse desprevenida cuando viniese el Esposo? Si viniera hoy, si viniera mañana, ¿no tendria yo necesidad de ir á buscar con qué encender mi lámpara? ¿Hallaríame con bastante provision? ¿Estaria bien prevenido para recibirle?

No permitais, Señor, que sean inútiles á mi alma estas reflexiones, haciéndola menos excusable por mas culpada. Conozco mi necedad y mi poca virtud: esta falta es únicamente efecto de mi suma negligencia: resuelto estoy á vencerla desde este mismo punto, y á imitar en todo á las vírgenes prudentes.

Jaculatorias. —Una vez lo dije, y muchas lo vuelvo á repetir: No quiero, Señor, mas empleo, mas ocupacion, ni mas herencia que observar hasta los mas menudos ápices de tu santa ley. (*Psalm.* CXVIII).

Toda el ansia de mi alma es guardar en todo tiempo vuestros santos mandamientos. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Son pocas las personas que no tengan mucho que enmendar en punto de negligencia en el servicio de Dios; pero son muchas menos las que puedan gloriarse de tener bastante provision de virtud. Pues ¿á qué aguardan para proveer á tan urgente necesidad? Es tiempo poco oportuno de ir á buscar el aceite cuando el Esposo está

para venir; es mala sazon para entrar en fervor cuando las llaman á recibir el salario. Desde el principio de este año te están reprendiendo esa flojedad, esa tibieza: Dios te solicita interior y exteriormente por lo que has leido, y estás leyendo en este libro, para que mortifiques esa pasion, para que enmiendes esa falta, para que adquieras esa virtud, para que venzas ese genio, para que entables aquella devocion, para que salgas de ese estado de tibieza; en fin, para que te reformes. Tú mismo conoces la necesidad, y aun quizá todos los dias haces propósito de no dilatarlo. Con todo eso ya van tres meses y acaso tambien seis años, que proponiendo cada dia reformarte, todavía se está la conversion por hacer. Sea hoy el fin de esas eternas dilaciones. Examina desde este mismo momento, qué obligacion de tu estado, qué devocion, qué buena obra has dejado de hacer por negligencia, cuáles son las virtudes mas importantes ó mas necesarias que te faltan. Lee el plan de vida que has propuesto seguir. ¿Como te dispones para recibir los Sacramentos? ¿Háceslo cada vez con mas fervor? ¿Qué fruto sacas de su frecuencia? ¿No dejas muchas veces la oracion de la mañana y el exámen de la noche? ¿Visitas regularmente el santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces dejas de rezar el rosario, y faltas á la leccion espiritual! ¡Cuánto te descuidas en la educacion de tus hijos y de tu familia! Determina hoy mismo lo que en todos estos puntos debes hacer, y por cada falta imponte una penitencia que te duela, ó da una buena limosna.

2 El orígen de la flojedad nace de la tibieza en el amor de Dios. Arde la lámpara con luz lánguida y débil; si se apaga es porque la falta el aceite. Está cási extinguido en el corazon este fuego celestial: con qué no hay que admirar estemos tan tibios. Es la caridad la medida del fervor. Pide hoy á Dios esta importante virtud, sin la cual vanamente se lisonjeará el hombre de poseer las demás. Pídela sobre todo por intercesion de san Francisco Javier, cuyo corazon estaba abrasado de caridad tan encendida, que muchas veces se veia obligado á suplicar á Dios moderase sus ardores. Este divino amor era el móvil de cuanto obraba; este le hacia un varon infatigable. No hay flojedad, no hay tibieza donde hay amor de Dios.

Oracion para el tercer dia de la Novena.

Glorioso san Francisco Javier, á quien inflamó tanto el divino fuego de una caridad viva y perfecta, que muchas veces te viste precisado á rogar al Señor moderase sus celestiales ardores; consíguemelo con tu intercesion la gracia de que me abrase en esta misma llama

celestial; y que arda mi corazon con aquel divino fuego que el Salvador vino á encender en la tierra, deseando tanto que se pegue á los corazones; y juntamente con esta caridad alcánzame de Dios la gracia que particularmente te pido en esta Novena, si es para mayor gloria suya, y para salvacion de mi alma. Amen.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, de la Órden de Predicadores, en el monasterio de Fosa-Nova junto á Tarracina; ilustre en nacimiento, en santidad y en el particular conocimiento de la teología. *(Véase la noticia de su vida en las de este dia).*

El tránsito de las santas mártires Perpetua y Felicitas *(ó Felicidad)*, en Tuburbio, ciudad de Berbería; esta estando embarazada, segun dice san Agustin, y habiéndola el juez esperado que pariese para ejecutar contra ella la justicia, conforme á las leyes, en el parto tuvo dolor; pero habiéndola echado á las fieras, se alegraba. Con ellas fueron martirizados los santos Revocato, Saturnino y Secundolo; el último murió en la cárcel, los otros fueron echados á las fieras en tiempo del emperador Severo. *(Véase la historia de su vida el dia 11 del presente mes).*

El martirio de san Eubulo, compañero de san Adrian, en Cesarea de Palestina, el cual dos dias después de él fue despedazado por los leones, y su cuerpo hecho tajadas con un cuchillo: fue el último que padeció martirio en aquella ciudad.

San Teófilo, obispo, en Nicomedia, el cual por venerar las imágenes de los Santos, fue desterrado, y murió en el destierro.

San Pablo, obispo, en Pelusia en Egipto, que tambien murió desterrado por la misma causa.

San Gaudioso, obispo y confesor, en Bresa.

San Pablo, llamado el Simple, en la Tebaida.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, CONFESOR.

Santo Tomás, ornamento grande del estado religioso, una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo, y uno de los mayores Santos y de los mas esclarecidos doctores de la Iglesia, fue italiano, y debió su origen á una de las mas nobles familias de todo el reino de Nápoles. Landulfo, su padre, era de la ilustrísima casa de los condes de Aquino, entroncada con los reyes de Sicilia y de Aragon; y Teodora, su madre, fue hija del conde Chieti, descendiente de los príncipes normandos, conquistadores en otro tiempo de los reinos de Nápoles y de Sicilia. Nació Tomás al mundo en el mes de marzo de 1225, hallándose su madre en el castillo de Roca-Sicca, poco distante de la ciudad de Aquino. Pusiéronle el nombre de Tomás, co-

mo lo habia anunciado con anticipacion un venerable ermitaño, pronosticando al mismo tiempo los importantes servicios que aquel niño habia de hacer á la Iglesia.

No tardó en confirmarse el vaticinio de este varon venerable con un singular suceso. Notó un dia el ama que le criaba, que tenia un papelito en la mano, y queriendo quitársele, le apretó tanto entre sus manecitas el niño, á la sazon de un solo año, lloró y se afligió de tal modo, que se vió precisada á desistir del intento; pero la Condesa su madre, picándola la curiosidad de saber lo que contenia el papel, se le arrancó con violencia, y quedó extrañamente sorprendida cuando vió que estaban escritas en él estas palabras: *Ave María*. El llanto, los gritos y los sentimientos del niño fueron tantos, que para acallarle fue preciso restituirle el papelillo; mas apenas le volvió á ver en sus manos, cuando con entrambas le aplicó apresuradamente á la boquita, haciendo ademan ansioso de tragárselo. Halláronse presentes á este extraño suceso muchos testigos, y todos pronosticaron que algun dia seria el niño Tomás tan gran Santo como fidelísimo siervo de María.

Todas sus inclinaciones iban derechas á la piedad; y para cultivarlas mejor, á los cinco años le enviaron sus padres á que se criase entre la nobilísima juventud que estaba á cargo de los monjes en el Monte Casino. Apenas dejó que hacer á la educacion su natural bello y feliz. Anticipábase á las instrucciones su inclinacion genial á la virtud. Nada le divertia sino el estudio y la oracion; lo que advertido por el abad, le movió á aconsejar á su padre, que sin perder tiempo le trasladase á alguna universidad.

En ella aprendió con feliz suceso las letras humanas y la filosofía, pero aunque eran grandes sus progresos en las letras, fueron sin comparacion mayores sus avances en la ciencia de los Santos. Conservó el candor de la inocencia en medio de la corrupcion del siglo; pero temeroso del naufragio buscó puerto, y conociendo el peligro busco asilo. Hallóle seguro en el celebérrimo Órden de Predicadores, que aunque todavía en la cuna, ya no cabian en el mundo las maravillas que obraba; y renovando el antiguo lustre del estado religioso, edificaba entonces, como edifica hoy, á toda la Iglesia, ya con las virtudes heróicas de sus esclarecidos hijos, ya con su sabiduría profunda, ya con los portentosos efectos de su apostólico celo. Fue recibido Tomás en el convento de Nápoles á los diez y ocho años de su edad; y á los primeros dias de novicio no solo era edificacion, sino dechado á los perfectos.

Pasmó al mundo, poco acostumbrado entonces á semejantes ejemplos, el retiro de un jóven de aquella calidad y de aquellas esperanzas. Sus parientes quedaron atónitos: y noticioso el novicio de que su madre se encaminaba á Nápoles con resolucion de sacarle de la religion, rogó al prior que le transportase á Roma. Á ella le siguió la afligidísima señora, y no encontrándole allí, porque recelosos los superiores de este lance le habian enviado á Paris, para que en aquella universidad perfeccionase sus estudios, no por eso desmayó ni desistió del empeño.

Escribió sin perder tiempo á sus dos hijos mayores Landulfo y Reinaldo, que servian en las tropas del emperador Federico, y se hallaban á la sazon en Toscana, que no perdonasen á diligencia alguna para coger á su hermano Tomás, y que se le enviasen con buena escolta. Obedeciéronla, siguiéronle, alcanzáronle, prendiéronle, y le remitieron á la madre bien asegurado.

La Condesa, que se vió con Tomás en su poder y á su disposicion, empeñada mas que nunca en desviarle del estado religioso, se valió de cuantos artificios la sugirieron el amor y la industria, para arrancarle la vocacion, y para obligarle á dejar el hábito que vestia: ruegos, razones, lágrimas, lisonjas, amenazas, todo lo empleó aquella señora; pero todo sin provecho. Tan inmoble Tomás en su vocacion, como atento á las leyes de la modestia y del respeto, la respondió con filial veneracion, pero con generosa constancia, que siendo Dios su primero y su soberano dueño, era antes el rendimiento á su voz que la complacencia á las sugestiones de la carne y de la sangre; y que pues este Señor le llamaba á la religion, suplicaba á sus parientes que no se cansasen inútilmente en poner estorbos al destino á donde el cielo le llamaba. Viendo la madre desairados sus esfuerzos, y que nada adelantaba, encomendó la empresa á una hija suya, dama de singularísimo despejo, fiando á su discrecion, á sus razones, á su arte y á sus lágrimas el triunfo de la resistencia de Tomás; pero como este adquiria cada dia nuevas fuerzas, recurriendo á la oracion, se defendió del nuevo violento ataque con tan feliz suceso, que no solo no se entibió en el fervoroso empeño de mantenerse en el estado que tenia, sino que supo persuadir á su hermana á que imitase su ejemplo, abrazando el mismo estado; como lo ejecutó en el convento de Santa María de Capua, donde fue abadesa, terminando en él santamente su ejemplar vida.

No fue tan feliz en los efectos; pero fue mas meritoria en la fatiga, y mas gloriosa para el Santo la victoria que consiguió de sus

hermanos. Restituidos del ejército á su casa Landulfo y Reinaldo, se aconsejaron solo con el orgullo y con el espíritu de soldados, y quisieron llevar el negocio con fuerza declarada. Encerraron mas estrechamente á Tomás en la torre del castillo, arrancáronle el santo hábito con violencia militar, hiciéronle mil pedazos, y se empeñaron en cansar su perseverancia al rigor de inhumanos tratamientos. Halláronle inflexible; y escuchando únicamente las voces de la pasion, desatendiendo á los gritos de su religion y de su sangre, intentaron rendir dulcemente por la sensualidad y por el deleite al que no habian podido vencer por rigor ni por violencia. Discurrieron, y no discurrieron mal, que presto perderia la vocacion como perdiese la gracia; y con esta diabólica idea introdujeron en el cuarto de la torre á una dama cortesana de aquellas que hacen menor el riesgo por su celebrada belleza, que por su desenvoltura.

El ataque fue violento; y Tomás conoció toda la fuerza del peligro. Levantó el corazon á Dios, imploró el auxilio de María, y viendo cerradas las puertas á otro arbitrio, cogió intrépidamente un tizon que encontró en la chimenea, y con él puso en precipitada fuga á aquella infeliz mujer. Aun duraba el sobresalto en que le puso sola la aprehension del riesgo, y sin dejar el tizon de la mano formó con él una cruz en la pared; postróse ante aquel Señor, á cuyos poderosos auxilios reconocia todo el honor de la victoria, y en el mismo instante le dedicó con voto su perpetua castidad.

No tardó el Señor en recompensar la generosa fidelidad de su purísimo siervo; porque habiéndose quedado dormido, sintió que dos Ángeles le apretaban los riñones con un cíngulo en señal del don de pureza que se le comunicaba, y desde aquel punto, como lo atestiguó el Santo pocos dias antes de su dichosa muerte, jamás volvió á sentir los molestos estímulos de la carne.

Supieron los frailes de la Órden cuanto habia pasado, y no menos prendados de su heróica constancia, que compadecidos de lo que padecia, tuvieron modo para verle, para consolarle, y para llevarle un hábito. La misma madre, que se acordó entonces de lo mucho que se habia pronosticado acerca de aquel hijo, no quiso hacer mas resistencia á los intentos de Dios; y disimulando la noticia que ya tenia de las medidas que se tomaban para libertarle, permitió que le descolgasen por una ventana de la torre.

Restituido Tomás á su libertad después de una prision de cási dos años, pasó al convento de Nápoles, donde fue recibido de aquellos Padres con el gozo y con el aplauso que merecia su virtud y su per-

severancia. Allí hizo la profesion; pero temerosos los superiores de que segunda vez les robasen aquel tesoro, le enviaron prontamente á Roma, de donde el general de la Órden, Fr. Juan Aleman, le hizo partir para Paris, y desde allí le destinaron á Colonia, donde á la sazon se hallaba enseñando teología Alberto Magno, el mas acreditado doctor que en aquel tiempo tenia el sagrado Órden de Predicadores.

Bajo la disciplina de tan insigne maestro hizo Tomás asombrosos progresos en la mas sagrada de todas las facultades; pero tan bien disimulados entre el velo de la modestia y de un profundo silencio, que sus condiscípulos le llamaban *el buey mudo:* mas no le valió el cuidado con que procuraba confirmar la opinion menos ventajosa que se tenia de sus talentos, porque se traslucia su ingenio á pesar de su humildad; y aquel imaginado buey mudo dentro de poco tiempo fue el oráculo del mundo, y el ángel de las escuelas.

En vano se resistió á tomar el grado de doctor en la célebre universidad de Paris, porque se vió precisado á rendirse á la obediencia. Apenas recibió la borla cuando le mandaron explicar al Maestro de las Sentencias; lo que hizo con tanto aplauso, que en poco tiempo igualó su crédito al de su maestro Alberto Magno, y excedió al de todos los demás maestros. La gran vivacidad de su ingenio en desenmarañar lo mas intrincado de las ciencias; aquella facilidad en aclarar las dificultades mas oscuras; aquella felicidad en desatarlas; la penetracion, la erudicion y el método que se admira en todas sus obras, acreditan lo que el papa Juan XXII afirma en la bula de su canonizacion, *que su doctrina tuvo mas de infusa que de adquirida.* Siempre daba principio al estudio por la oracion, confesando él mismo, que en las dudas que se le ofrecian su principal oráculo era el Crucifijo. Enseñó en Bolonia, en Fondi, en Pisa, en Orbieto con la misma reputacion que en Paris; y en todas partes dejó tanta memoria de su heróica santidad, como de su milagrosa sabiduría.

Habiéndose desenfrenado contra las sagradas religiones ciertos ingenios malignos, y habiéndose declarado contra la Silla apostólica algunos herejes de aquel tiempo, hizo enmudecer á los unos, y confundió con sus escritos el orgullo de los otros, con tanta viveza y con tan victoriosa eficacia, que desde entonces le miraron y le temieron como su mayor azote, así los disolutos como los enemigos de la Iglesia.

Á la elevada y vasta extension de sabiduría que todos admiraban en Tomás, correspondió siempre la eminencia de su heróica virtud.

No era fácil encontrar hombre de mérito mas real, mas verdadero, ni mas universalmente reconocido; pero al mismo tiempo tampoco era posible hallar otro mas humilde. Cuando estaba enseñando en Bolonia, llegó al convento un fraile que no le conocia, y teniendo que comprar no sé qué cosas, le pidió que le fuese acompañando á la plaza. Hallábase á la sazon el Santo con un pié muy dolorido, y estaba cerca la hora de entrar en leccion; pero sin alegar una ni otra excusa, aunque tan legítima, al punto fué acompañando aquel buen religioso; el cual luego que cayó en su inadvertencia, conociendo al que le acompañaba, comenzó á disculpar su inconsideracion; mas el Santo se halló mas embarazado oyendo las excusas de aquel buen fraile, que en el ejercicio del acto de humildad que acababa de hacer, impelido de su singular modestia. Resistióse invenciblemente á las primeras dignidades eclesiásticas con que le brindaban, y no fueron bastantes á rendirle las eficacísimas instancias del Papa para que aceptase el arzobispado de Nápoles.

La exterior mortificacion del cuerpo, y la interior sujecion de las inclinaciones del alma, no podian ser mayores. Parecia hombre sin pasiones, segun las tenia rendidas á la razon. La dulce suavidad del genio, el tono de la voz, y la serenidad del semblante, siempre se conservaron inalterables; y á fuerza de macerar la carne cási habia perdido el uso de los sentidos.

Aunque el cielo por especial privilegio le habia comunicado el precioso don de la castidad, no perdonaba su recato á medio alguno de los que conducen para conservar esta delicada virtud. Jamás miró á la cara á mujer alguna, y toda la vida evitó escrupulosamente cuantas conversaciones pudo excusar con este peligroso sexo.

Pero la devocion mas sobresaliente, ó por decirlo de otra manera, la devocion preferida de Tomás fue la que profesó al santísimo Sacramento. Siempre que se llegaba al altar, y se separaba de él, le dejaba bañado en lágrimas amorosas. Brotaban por el semblante los interiores incendios de su amor. Por órden del papa Urbano IV compuso el oficio del Sacramento con aquella tierna efusion de corazon que respira cada palabra; y no contribuyó poco á que se mandase celebrar su fiesta con tanta solemnidad en la universal Iglesia, volviendo á encender en los corazones cristianos el cási apagado fuego del amor á nuestro sacramentado Dueño.

Desde la cuna fue como el carácter de Tomás la ternura y la confianza con la santísima Vírgen, mereciéndole el glorioso antonomástico dictado de *Favorecido de María*. Apareciósele muchas veces esta

soberana Reina, y pocos dias antes de morir aseguró que nada habia pedido al Hijo por intercesion de la Madre, que no hubiese conseguido.

Seria interminable la relacion individual de las virtudes y de las maravillas de este agigantado espíritu. Fue su vida una perpetua cadena de portentos; siendo muy visible, como lo notaron los mismos sumos Pontífices, uno que supone muchos; conviene á saber, que un solo hombre en menos de veinte años pudiese enseñar con inaudito aplauso en cási todas las universidades mas célebres de Europa; combatir y disipar con sus escritos los mayores enemigos de la Iglesia; convertir con sus sermones gran número de pecadores y de infieles; componer aquella prodigiosa multitud de sapientísimas obras, que se pueden llamar el tesoro de la Religion; explicar con tanta precision y con tanta solidez los misterios mas oscuros de la teología; enseñar con tanta limpieza y con tanta mocion las verdades de la moral; exponer con tanta claridad en sus sabios comentarios los libros de la sagrada Escritura; satisfacer tan plenamente á cuantas dudas le consultaban de todas partes como á universal oráculo; y en medio de todo esto dar muchas horas á la oracion todos los dias; no dispensarse cási nunca lás funciones ordinarias de comunidad; macerar su carne con rigorosísimas penitencias, sin embargo de tener una salud debilísima. Esta era la vida de Tomás.

Pero no hay que admirar, dice san Antonino hablando de nuestro Santo, que un hombre que jamás perdia á Dios de vista, y tenia frecuente conversacion con las celestiales inteligencias; que un hombre á quien tantas veces se le vió arrebatado en éxtasis maravillosos, durando algunos por espacio de tres dias enteros; un hombre á quien los apóstoles san Pedro y san Pablo dictaban con frecuencia la exposicion de sus Epístolas; no hay que admirar, digo, que un hombre semejante poseyese ciencia tan profunda, y obrase tantas maravillas en obsequio y en defensa de la Religion.

Esto fue lo que armó la indignacion de todos los herejes contra nuestro Santo. Como á este Doctor admirable se le debe aquel método regular que reina en las escuelas, á cuyo favor se desembarazan de toda confusion las opiniones, se quita la máscara al error, sale la verdad á la luz del mediodia, y se explican los dogmas de la fe con purísima limpieza, segun la verdadera inteligencia de la Iglesia y de los Padres; no ha conocido la herejía mayor enemigo que Tomás, porque ningun heresiarca ha podido defenderse contra la solidez, y, si es lícito hablar así, contra la cási infalibilidad de su doctrina.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Esta doctrina verdaderamente angélica, en cuyos elogios se han empleado tan dignamente las soberanas plumas de tantos oráculos del Vaticano, esta es la que el grande san Pio V reconoce por una de las reglas mas ciertas y claras de la fe, habiéndose valido muchos sagrados Concilios de las mismas palabras de Tomás para la disposicion de sus sacrosantos cánones. ¿Qué herejía, dice el mismo iluminado Papa, qué herejía no se vió vergonzosamente desarmada por la doctrina de este santo Doctor? ¿Qué error puede jamás suscitarse en la Iglesia, cuyo contraveneno no se encuentre en su portentosa Suma? Cada artículo de esta obra, dice el papa Juan XXII, es un milagro. El que sigue la doctrina de Tomás, dice Inocencio V, apenas podrá errar: el que se desvia de ella, á gran peligro se expone de precipitarse.

Pero el mayor elogio de este gran Doctor y de su asombrosa doctrina, es lo que le sucedió hallándose en Nápoles á tiempo que trabajaba la tercera parte de su milagrosa Suma. Hallábase en oracion en la capilla de san Nicolás delante de un Crucifijo, cuando arrebatado en dulce éxtasis oyó una voz clara y distinta que salia del mismo Crucifijo, y le decia estas palabras: *Tomás, bien has escrito de mí, ¿con qué quieres que te premie?* Á lo que el Santo respondió: *Señor, con ninguna otra cosa sino con Vos mismo:* favor que se dice le repitió el cielo otras dos veces, una en Orbieto cuando componia el oficio del santísimo Sacramento, y otra en Paris cuando explicaba lo que nos enseña la fe acerca de este misterio.

Hallábase en Nápoles nuestro Santo dando fin á sus últimas obras, cuando recibió órden del papa Gregorio X para que pasase al concilio general, que acababa de convocar en la ciudad de Leon: y no obstante estar mal convalecido de una especie de apoplejía, cuya violencia le habia privado del sentido por espacio de tres dias, al punto se puso en camino. Pero apenas llegó al monasterio de Fosa-Nova, del esclarecido Órden del Cister, cuando le asaltó de nuevo el maligno accidente. Experimentó algun alivio en fuerza de los remedios que se le aplicaron, y del caritativo desvelo con que acudieron los monjes á conservar aquella preciosa vida; y aprovechándose de este paréntesis, le suplicaron compusiese una exposicion del libro de los Cantares: condescendió el docilísimo Tomás; comenzó á trabajarla; pero no pudo concluirla, porque el porfiado accidente le volvió a asaltar con mayor y mas peligroso insulto.

Conociendo ya que se iba acercando el dichoso fin de su gloriosa carrera, se confesó y recibió el santo Viático, haciendo la profesion

de la fe á vista de la Hostia consagrada con lágrimas tan copiosas y tan tiernas, que las sacó tambien en mucha abundancia á los ojos de todos los asistentes; y habiendo recibido la Extremauncion con devocion extraordinaria, rindió tranquilamente su espíritu en manos de su Criador, y pasó á recibir en el cielo el premio que el Señor le tenia preparado. Fue su dichosa muerte miércoles 7 de marzo del año 1274, teniendo solos cincuenta años de edad, pero tan llenos de gloria, como colmados de merecimientos.

Así por los muchos milagros que obró en vida, como por los que se continuaron en su sepulcro después de su felicísima muerte; pero mucho mas por el mayor de todos los milagros, que fue su asombrosa vida, le canonizó el papa Juan XXII, el año de 1323, á los cuarenta y nueve después de muerto; y en el de 1567 mandó san Pio V, que en todo el mundo católico se rezase el oficio de santo Tomás, como de doctor de la Iglesia.

Fueron muchas las traslaciones que se hicieron del santo cuerpo, y en todas ellas se halló entero é incorrupto. Hubo grandes y ruidosos pleitos entre los Padres Dominicos, y los monjes de Fosa-Nova sobre la posesion de estas inestimables reliquias, hasta que el papa Urbano V los terminó en favor de los primeros; y en virtud de la sentencia pontificia fue trasladado el cuerpo de santo Tomás al convento de Tolosa el año de 1369. La corte de Paris está enriquecida con un hueso del brazo derecho, la de Nápoles con otro, y esta segunda ciudad venera y honra á Tomás como á uno de sus patronos.

La Misa del dia es en honor de este gran Santo, y la Oracion de la Misa es la siguiente:

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Thomae confessoris tui mira eruditione clarificas, et sancta operatione foecundas: da nobis quaesumus, et quae docuit intellectu conspicere, et quae egit, imitatione complere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que con la admirable sabiduría de tu bienaventurado siervo Tomás iluminas á tu Iglesia, y con sus santas virtudes la fecundas; humildemente te pedimos nos dés gracia, para que con el entendimiento aprendamos lo que enseñó, y con la imitacion ejecutemos lo que obró. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo VII *del libro de la Sabiduría.*

Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae: et praeposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in

Yo deseé la inteligencia, y me fue concedida, é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí: y la preferí á los reinos y á los tronos, y tuve en nada

comparatione illius: nec comparavi illi lapidem pretiosum: quoniam omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tamquam lutum aestimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam, quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius: et laetatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est. Quam sine fictione didici, et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo. Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei propter disciplinae dona commendati.

los tesoros en su comparacion: ni comparé con ella las piedras preciosas: porque todo el oro en competencia suya es como una arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guia, porque su luz es inextinguible. Juntamente con ella me vinieron todos los bienes é inmensa riqueza por sus manos: y me alegré de todas estas cosas, porque esta sabiduría era mi guia, y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficcion, y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres: del cual aquellos que hicieron uso, se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

REFLEXIONES.

Muchos quisieran ser sabios, muchos aspiran á serlo; porque con efecto la sabiduría honra, hace merced á quien la posee; pero pocos se dedican á aprender la verdadera sabiduría, porque eso cuesta mucho al amor propio. Quiere el hombre ignorarse á sí mismo, huye de sí propio, ocupado enteramente en conocer y en censurar á los otros. Como dentro de sí mismo no encuentra cosa que no le humille, vuelve la vista á otra parte. De aquí nace que hay pocos que se corrijan, porque hay pocos que se conozcan.

Amase la sabiduría, pero una sabiduría política, una sabiduría de temperamento mas que de virtud. La sabiduría del mundo es necia, es insensata: *Sapientia hujus mundi stultitia est:* defectuosa en los principios, y errada en el fin. Hablando en propiedad, solo es sabiduría de bien parecer: no tiene mas objeto que el interés y la vanidad. Sabiduría que mira Dios con horror, y aun le causa asco.

No hay otra sabiduría verdadera que la sabiduría cristiana, cuya esencia consiste en conocer á Dios como á nuestro último fin, y en aplicar los medios mas seguros para llegar á él: esta es nuestra verdadera y nuestra única felicidad. El hombre que no supo salvarse, nada supo. ¿Hay otra mayor fortuna á que aspirar? ¿Es, por ventura, sabio el que ignora su verdadera honra y sus verdaderos intereses?

Pues tales son esos mundanos, que se llaman sabios y se condenan.

Tiene razon Salomon en preferir á los reyes y á los tronos aquella sabiduría verdadera que sola puede hacer al hombre feliz: *Praepo-sui illam regnis, et sedibus.* ¡Cuántos infelices hay en medio de las riquezas y de los tesoros! ¡Qué pocos dichosos se encuentran empuñando el cetro, y vistiendo el manto real! La sabiduría cristiana es la única que sabe el arte de domesticar el genio mas montaraz, de rendir las pasiones mas rebeldes, de allanar las dificultades, de serenar el cielo, y de hacer que reine en el mar una perpetua calma. Pues ¿no debe preferirse á todo esta celestial sabiduría?

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno coelorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pasase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la perfecta observancia de la ley.

Punto primero.—Considera qué grande error es dispensarse en una parte de la ley con pretexto de que es materia ligera. ¿Puede

sufrir exenciones, ni excusas frívolas en nuestro rendimiento el sumo respeto que debemos al Monarca soberano, á la suprema autoridad y á la infinita sabiduría del que manda?

Declara Jesucristo que vino al mundo para cumplir la ley. Conviene, dice él mismo á san Juan, que todo lo observemos. Ni en el mas mínimo precepto, ni en la mas menuda ceremonia legal se dispensó durante su vida. Fiestas, ayunos, oraciones, todo le pareció indispensable, todo sagrado. ¡Y un cristiano, un pecador, se persuade que el haber nacido de familia distinguida, que un empleo honroso, que el vano título que tomó de un pedazo de tierra que posee, que el andar en coche, que el gastar el juicio y el dinero en un tren magnífico, en un equipaje soberbio y ostentoso, basta para dispensarle en las obligaciones penosas de la ley! Parécele que la observancia exacta de todos los preceptos, que la abstinencia, que el ayuno, que la mortificacion de los sentidos, que la penitencia habla solo con el pueblo menudo, con las personas religiosas, con las que hacen profesion de devotas. Todos estos preceptos alteran, amotinan la delicadeza de los hombres del mundo. Ya quieren guardar algunos, pero se figuran no sé qué privilegios para dispensarse en los otros. Esto es decir que quieren ser cristianos, pero á medias.

Quiere Dios, habla Dios, y es obedecido. Á la insinuacion de su voz sale de la nada todo el universo: solamente la voluntad del hombre tiene la insolencia, tiene la impiedad de oponerse á los preceptos, de resistir á la voluntad de Dios. ¡Qué extravagancia, qué delirio!

¡Oh, que la cosa es de poca consecuencia! tanto mas intolerable es tu falta de rendimiento: cuanto la ejecucion es mas fácil, tanto mas torpe es la inobediencia. No ignoras que Dios es el autor de la ley, puesto que por esta razon cumples con las obligaciones mas esenciales de ella: pues ¿qué idea formas de ese mismo Dios, cuando tienes atrevimiento para anteponerle las inclinaciones de tu amor propio? Poco caso se hace de un amo cuando no se le obedece en todo lo que manda. El rendimiento á su voluntad es la medida fiel de nuestra veneracion y de nuestro respeto. Si no merece Dios lo que le negamos, ningun derecho tiene á lo que le concedemos. Pero si merece, si tiene derecho á pedir lo que nos pide; ¡qué ingratitud, qué torpeza, qué injusticia, qué desprecio es el negárselo!

Dios mio, ¡qué lastimosa conducta es la que observamos con Vos! Guardamos no mas que una parte de vuestra santa ley; pero ¿quién nos dispensa en la otra? ¿No es la misma voz, no es el mismo oráculo el que nos intima esto y aquello? Confesemos, pues, que en esa

obediencia de genio, de humor, de capricho y de eleccion, el amor propio es el que manda, y al amor propio es á quien se obedece. ¡Qué desconcierto, qué desórden!

Punto segúndo.—Considera que cuando solo se observa una parte de la ley, la misma sumision condena la inobediencia. Tiene poca parte en esos intervalos de fidelidad, ó en esa fidelidad mordida, el amor de Dios. Es un temor puramente servil el que gobierna á los que obedecen á mas no poder; á los que se dispensan en la obediencia, luego que cesa el miedo de un castigo rigoroso, ó se desvanece el peligro de la última desgracia.

El desórden de los fariseos consistia en ser muy escrupulosos en la observancia de las menudencias, y muy relajados en el cumplimiento de las obligaciones esenciales. El nuestro suele ir por camino contrario: tan precisamente adictos á observar los preceptos, que juzgamos poder impunemente menospreciar los consejos. ¡Lastimosa ceguedad! que no nos permite conocer la necesaria conexion que hay entre los unos y los otros; sin advertir que el despreciar voluntaria y habitualmente los consejos es exponernos á quebrantar presto en mil ocasiones los preceptos. Las mayores caidas nacen por lo comun de muy pequeños principios. Obsérvese si no, y dígaseme si se han visto muchos tibios é imperfectos, que se hayan conservado largo tiempo en una medianía de imperfeccion y de tibieza. Al contrario, ¿qué Santo ha habido, cuya fidelidad á la ley no haya sido universalísima, y no se haya extendido con escrupulosa exactitud á las mas imperceptibles menudencias? El criado que sirve á un amo puramente por humor ó por capricho, no le servirá mucho tiempo.

Al parecer hay pocos manantiales mas copiosos, ni mas fecundos de un total desórden que esta poca fidelidad á las obligaciones mas menudas de nuestra santa ley. De aquí han nacido cási todos los escándalos, cási todos los desórdenes que se han visto en el mundo. ¿Qué otro principio ha tenido esa lastimosa relajacion, esa decadencia de tantas observantísimas religiones, esos furiosos atentados de la impiedad y de la herejía? Examínese bien su fatal orígen. El que se precipita, comienza por un paso; pero á pocos que dé, ¿quién le podrá detener?

Aquellos abusos que á pocos dias presumen de costumbre, comenzaron por una leve inobservancia de la ley que se toleró, mas por inadvertencia que por malicia; y aquella total relajacion de la disciplina, no tuvo ni tiene otro principio que la fatal tolerancia de los

abusos. Es muy sagaz el enemigo comun de nuestra salvacion, y sabe bien que á un corazon, á una alma que aun tiene señales de cristiana no la ha de inducir desde luego y abiertamente á una rebelion declarada contra su Dios. No está léjos una grave enfermedad cuando se siente inapetencia á las viandas mas comunes y mas ordinarias. Con razon exclama el Sabio: *Maldito el que sirve á Dios con negligencia.* Nunca se introdujo el desórden general de las costumbres por una repentina sublevacion de los Cristianos. En comenzando á dispensarse impunemente en algunos preceptos, presto se sacude el yugo de la ley.

¡Oh Dios mio! ¡y qué verdades tan terribles me enseña en este punto mi funesta experiencia! Haced que mi dolor corresponda á mis descuidos. La tibieza en guardar vuestra santa ley me ha precipitado en desórdenes horribles. Espero, mediante vuestra divina gracia, que mi fidelidad de aquí adelante en observarla escrupulosamente acabará con la materia de mi arrepentimiento, y me dará motivo para fundar mejor mi confianza en vuestra infinita misericordia.

JACULATORIAS.—Mi alma desea observar de aquí adelante con el mayor fervor hasta el mas mínimo de vuestros consejos. (*Psalm.* CXVIII).

No, Señor, no me contentaré con meditar incesantemente vuestra santa ley, sino que me esforzaré á guardarla en toda su extension. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos, dice el Salvador: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.* Ándase preguntando, ándase consultando qué medios se han de aplicar para ser santo. *Serva mandata.* No te dispenses jamás ni en un átomo de la ley de Dios; guarda sus mandamientos con escrupulosa puntualidad; observa religiosamente las mas mínimas obligaciones de tu estado; no escuches la voz de los sentidos, ni la inclinacion de las pasiones, ni la imperiosa autoridad del mal ejemplo. Cuando Dios habla, todo debe callar; cuando él manda, todo debe obedecer. Examina aquí quién te ha dispensado tantas veces en las mas sagradas obligaciones de la ley, en el respeto debido al santo templo, en lo que te prescriben tus reglas, y en el indispensable precepto de la penitencia. Vuelve á leer el método de vida que ofreciste observar, los propósitos que hiciste, y considera si has sido fiel en guardarlos. Nota los que has quebrantado, y no se pase este dia sin reformarte. Lee hoy así los

mandamientos de la ley de Dios, como los de la santa madre Iglesia; muchos los aprenden cuando niños, y después los dejan olvidar cuando ya adultos. Toma una media hora, ó por lo menos un cuarto de hora para rumiarlos, para considerarlos, y para preguntarte cómo has cumplido con ellos. ¡Válgame Dios! ¡cuánto tendrás de que confundirte solamente en el primer mandamiento! ¿Satisface á los preceptos de la Iglesia el que es poco devoto? No hay condicion, no hay estado alguno que no tenga sus obligaciones particulares. ¿Desempeñas cuidadosamente las del tuyo? Si te hallas en el estado religioso, tienes reglas que guardar; si en el eclesiástico, tienes cánones que cumplir; si en el mundo, ¡cuántas leyes, respetos y obligaciones tienes que observar! Pues advierte que sobre todos estos puntos se te ha de hacer causa, se ha de formar tu proceso. ¿Tendrás documentos para justificar tus exenciones, tus omisiones, tus frívolas dispensaciones? Atúrdenos, atolóndranos el amor propio con los gritos que da, clamando que hay necesidad; pero delante de Dios pocas exenciones han de pasar por legítimas. Mira que todo esto te interesa mucho, y así no te contentes solamente con leerlo: dia vendrá en que te llenes de desesperacion, si solo te contentas con haberlo leido.

2 Pon los ojos en san Francisco Javier, que abrazando con la inmensidad de su celo cási todo el Oriente, oprimido con el cuidado de toda aquella Iglesia recien nacida, consumido de trabajos, en continua accion dia y noche, nunca se dispensó en la mas menuda observancia, en la mas pequeña obligacion de su estado, tocando su exactitud la raya de la delicadeza. Pide á Dios por su intercesion te conceda la perseverancia fiel en el cumplimiento de todas tus obligaciones, el aumento de fervor, y una delicada exactitud en las cosas mas menudas. No solo consiste la verdadera devocion en esta fidelidad, sino que pende de ella nuestra salvacion.

Oracion para el cuarto dia de la Novena.

Glorioso san Francisco Javier, no menos admirable por la suma puntualidad en cumplir con los mas menudos ápices de la ley de Dios, que por aquel prodigioso número de maravillas que obraste; suplícote me alcances el mismo celo y la misma fidelidad en cumplir con las obligaciones todas de mi estado, y al mismo tiempo la gracia particular que te pido en esta Novena, si ha de ser para mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amen.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

San Juan de Dios, en Granada en España, fundador del Órden de los Hermanos Hospitalarios, llamado de su nombre, célebre por su gran misericordia para con los pobres y por el desprecio de sí mismo. *(Véase la historia de su vida en las de este dia).*

El tránsito de los santos mártires Filémon y Apolonio, diácono, en Antinoo, ciudad de Egipto, los cuales siendo presos y llevados ante el juez, como se resistiesen constantemente á sacrificar á los ídolos, les barrenaron los carcañales, y atravesándolos con cuerdas, los arrastraron por la ciudad con horrible fiereza, y al cabo los degollaron.

El martirio de los santos Ariano, presidente, Teótico y otros tres, en la misma ciudad, los cuales fueron ahogados en el mar por órden del juez; sus cuerpos los sacaron á la playa los delfines.

San Quintil, obispo y mártir, en Nicomedia.

San Poncio, diácono del obispo san Cipriano, en Cartago, el cual habiendo sido compañero suyo en el destierro hasta el dia de su muerte, dejó escrita una excelente historia de su vida y martirio, y glorificando siempre á Dios en sus aflicciones, mereció la corona de la vida eterna.

Los santos Cirilo, obispo, Rogato, Felix, y otro Rogato, Beata, Herenia, Felicidas, Urbano, Silviano y Mamilo, tambien en África.

El tránsito de san Julian, obispo y confesor, en Toledo en España, esclarecido en santidad y doctrina. *(Véase la noticia de su vida en las de este dia).*

San Felix, obispo, en Inglaterra, el cual convirtió á la fe católica los ingleses orientales.

SAN JUAN DE DIOS.

San Juan de Dios fue portugués, y nació en Montemayor la Nueva á 8 de marzo de 1495. Fueron sus padres unos pobres oficiales; pero temerosos de Dios y muy inclinados á la hospitalidad. Habiendo hospedado en cierta ocasion á un pobre sacerdote que iba camino de Madrid, el niño Juan, que á la sazon tenia solos nueve años, con impulso pueril tuvo gana de seguirle, y escapándose de su casa se arrimó al sacerdote, el cual hallándose embarazado con aquel chico, le dejó en el camino en la villa de Oropesa, lugar de Castilla la Nueva. Viéndose Juan desamparado, se acomodó con un pastor, que le recibió por zagal.

Portóse con tanta fidelidad y con tanta cordura, que se granjeó el cariño de todos sus compañeros; pero cansado de aquella vida simple y campestre, sentó plaza de soldado en una compañía de infantería, y marchó á Fuenterrabía, que tenia sitiada Carlos V con intento de volverla á recobrar de los franceses. Hasta entonces habia

conservado el candor de la inocencia; pero la licencia militar y el mal ejemplo de sus camaradas le precipitaron presto en los mayores desórdenes.

Salió un dia destacado en una partida que iba á forrajear, y montando en una yegua dura de boca y espantadiza, se inquietó esta tanto, que á vista de los enemigos le arrojó contra unos peñascos, maltratándole el cuerpo con tan violento golpe, que comenzó á echar sangre por boca y narices, quedando sin movimiento, sin sentido y sin habla por espacio de dos horas. Volvió en sí, y reconociendo el peligro, se puso como pudo de rodillas, invocó á la santísima Vírgen, á quien habia profesado una tierna devocion desde su infancia, pero se habia olvidado mucho de ella desde que estaba en la milicia. Acabada su oracion se sintió con fuerzas, y pudo arrastrando el cuerpo retirarse al campo. Allí fue socorrido, y aunque escapó de aquel riesgo, no por eso mejoró de costumbres.

No habiendo bastado á convertirle este primer aviso, tuvo otro que fue mas eficaz. Habíanle mandado guardar cierto bagaje que se habia quitado al enemigo, y él por descuido ó por demasiada confianza se le dejó hurtar. Irritado el capitan, y queriendo hacer un ejemplar castigo para escarmentar la negligencia de otros, hizo que le sustanciasen la causa, y le sentenció á horca. Íbase ya á ejecutar la sentencia, cuando movido de compasion un oficial general intercedió por él; concedióselе la vida, pero con la condicion de ser arrojado ignominiosamente del campo, y que jamás volviese al ejército.

Viendo que el oficio de soldado le habia probado tan mal, se restituyó á Oropesa: volvió á buscar á su amo antiguo, y volvió tambien á su antiguo oficio de pastor; pero igualmente se volvió á cansar presto de aquella vida ociosa y holgazana. Supo que el conde de Oropesa hacia levas por el duque de Alba para ir á Hungría contra el Turco; alistóse en ellas, pasó á Hungría; pero habiéndose retirado los turcos, fueron despedidas las tropas españolas. Desembarcó Juan en la Coruña, y allí tuvo noticia de que su madre habia muerto de la pesadumbre poco después que él la habia dejado, y que muerta esta, su padre, retirándose del mundo, habia acabado santamente su vida en un convento. Esta noticia le enterneció hasta hacerle derramar algunas lágrimas, y se puede contar esta por la primera época de su conversion. Avergonzado de su irresolucion, y encendido en fervorosos deseos de hacer penitencia, hizo una confesion general muy dolorosa, y para asegurar mejor su salvacion, determinó pasar al África en busca del martirio.

Embarcóse en Gibraltar, y en la misma embarcacion halló á un caballero portugués, que iba desterrado á Ceuta con su mujer y cuatro hijas. Viendo la miseria á que se hallaba reducida aquella pobre familia, y tocado de aquel inagotable fondo de compasion y de caridad con que habia nacido, y que fue siempre su distintivo y su carácter, no solo se ofreció á servirla de criado, sino que iba á trabajar de peon en las obras públicas para ayudarla á mantenerse con el triste jornal que ganaba.

Estuvo algun tiempo en Ceuta, hasta que desengañado por su confesor, de que eran ilusiones aquellos deseos del martirio, resolvió volverse á España. Embarcóse, y en la navegacion padeció una furiosa tempestad que atribuia á sus pecados. Arribando á Gibraltar, para mantenerse el tiempo que allí se detuvo, vendia estampas y libritos de devocion.

Yendo un dia á cierto lugarcito vecino, se le apareció el Hijo de Dios en forma de un hermoso niño, que caminaba á pié con los piesecitos descalzos. Compadecido Juan se quitó los zapatos y se los dió al niño; pero este no los quiso admitir, diciendo que eran grandes para sus piés. Entonces Juan se echó al niño sobre los hombros, comenzó á caminar; y como le pesase mucho la carga, bajó al niño, y se sentaron los dos junto á un arroyo. Escogió el niño Jesús aquella ocasion y lugar para darse á conocer, y mostrándole en la mano una granada abierta, de cuyo centro salia una cruz, le dijo: *Juan de Dios, Granada será tu cruz,* y al punto desapareció. Quedó Juan inundado en un dulcísimo consuelo; mas por entonces no comprendió el misterio.

Teniendo noticia del concurso y de la solemnidad con que se celebraba en Granada la fiesta de san Sebastian, determinó pasar á aquella ciudad, pareciéndole que con esta ocasion despacharia en ella sus estampas. Picóle la curiosidad de oir el sermon del famoso maestro y santo padre Juan de Ávila, llamado Apóstol de Andalucía; y el Señor, que le habia llevado á él, encendió en su corazon un arrepentimiento tan vivo, y una contricion tan perfecta de sus pecados, que sin poderse contener llenó la iglesia de sollozos y de gritos descompasados; y soltando las riendas al dolor, se daba recios golpes de pecho, se mesaba la barba, se arrancaba los cabellos, daba fuertemente con la cabeza contra las paredes; y saliendo por las calles y las plazas, iba gritando como hombre fuera de sí: *Señor, misericordia.*

Todos se persuadieron á que habia perdido el juicio; y teniéndole

por loco, le fué siguiendo el populacho. Dos muchachos le tomaron por su cuenta, y persiguiéndole á golpes, á tronchazos y á pedradas, le fueron llevando hasta su posada, á donde llegó todo ensangrentado; y no sosegó hasta que dió cuanto tenia repartiendo entre los muchachos toda su pobre tienda. Desprendido ya de todo, volvió segunda vez á correr por las plazas y las calles como si estuviera demente. Compadecidas algunas personas caritativas le cogieron y le llevaron al maestro Ávila, quien retirándole aparte, supo de él el motivo que tenia para prorumpir en aquellas locuras aparentes. Comprendió aquel gran maestro de espíritu todo el mérito de tan heróica simplicidad, admiró el valor de aquel humilde penitente; y no ofreciéndosele por entonces que aquello pudiese tener otras consecuencias, se contentó con exhortarle á una gran confianza en la misericordia de Dios, y con prometerle su asistencia y su proteccion para cuanto se le ofreciese.

Consolado Juan con las palabras del siervo de Dios, y persuadido siempre que por mas que se humillase, nunca seria tanto como merecian sus pecados, apenas salió de su presencia cuando volvió á sus voluntarias locuras. Pareció á los que cuidaban del hospital que era necesario recogerle; encerráronle en un cuarto, y le dieron cruelísimos azotes, saltando el Santo interiormente de alegría, viendo cumplidos sus deseos con aquella amarguísima penitencia. Hubiera durado mas, si noticioso el maestro Ávila del lastimoso estado en que se hallaba su penitente, no le hubiera mandado cesar en aquel género de mortificacion, ordenándole que cesase tambien en su aparente demencia.

Obedeció Juan, y su repentina mudanza hizo conocer á todos el verdadero motivo de aquella heróica humillacion. Quedaron todos atónitos; pero nada les edificó tanto como la heróica caridad con que se quedó en el mismo hospital para cuidar de los enfermos.

Como la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen era cada dia mayor, hizo una romería al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde al calor de las singulares gracias que recibió, crecieron mucho los incendios de su caridad; y por consejo de su santo director el maestro Ávila, prometió á Dios pasar toda la vida en servicio de los pobres.

Vuelto á Granada, alquiló una casa donde recogió todos los enfermos abandonados, y todos los pobres que encontraba por las calles. Viendo el caritativo cuidado que tenia de ellos, y el socorro espiritual y temporal que les procuraba, se animó tanto la caridad del pueblo

y de la nobleza, que en poco tiempo fue aquella primera casa la admiracion de toda la ciudad.

En ella tuvo principio la religion de la hospitalidad, que en estos últimos tiempos ha suscitado Dios para renovar en la persona de sus hijos la mas fervorosa y la mas edificante caridad de los primitivos siglos de la Iglesia. Confirmó esta religion tan útil al bien comun el santo pontífice Pio V el año de 1572, y en breve tiempo se propagó y extendió hasta los últimos ángulos del mundo cristiano, siendo edificacion y asombro de los fieles, por la asistencia espiritual y temporal con que consuela á tantos infelices desvalidos.

Mientras tanto aquel primer asilo de los pobres pasó á ser en pocos años, por el celo y por la caridad de nuestro Santo, el mas grande y el mas famoso hospital de toda Europa. No es posible explicar el afan, los cuidados, el desvelo que le costó criar, digámoslo así, aquella insigne obra, sin otros fondos que los inagotables de la divina Providencia. Servia dia y noche á los enfermos con inmensa fatiga; barria las cuadras, hacíales las camas; curábales las heridas, asistíales, consolábales, instruíales, nada omitia, nada perdonaba su vigilante celo, su ardentísima caridad. Vino á ver el nuevo hospital el señor Arzobispo de Granada, y quedó tan gustoso y satisfecho, que le tomó debajo de su proteccion, queriendo tambien contribuir á lo que en él se gastaba. Todo estaba maravillosamente dispuesto y prevenido: la limpieza de las salas, el órden en el modo de servir, la abundancia de los muebles y de las provisiones, la caridad, la modestia, la paciencia de los que movidos del ejemplo del hermano Juan concurrian debajo de su obediencia á asistir á los enfermos.

Pero no se limitaba precisamente á su hospital la atencion de su extraordinaria caridad. Extendíase á todos los pobres vergonzantes; y socorria nuestro Santo las necesidades de las doncellas pobres, cuya castidad peligraba, y procuraba sacar de mal estado las mujeres perdidas.

Después que recibió algunos compañeros que le ayudasen en la caridad y en los trabajos, él mismo salia con la talega á pedir limosna para sus pobres. Cierto aire de santidad que naturalmente respiraban sus palabras y modales, y hasta el mismo desaliño del vestido, le granjeaba la veneracion universal. La fórmula ordinaria con que pedia limosna era esta: *Tened, hermanos, caridad con vosotros mismos, y haced bien por amor de Dios.*

Pero aunque era generalmente venerado de todos, no por eso dejaban de producirle muchas ocasiones de padecer, y de humillarse su

caridad y su celo. Pidiendo en cierta ocasion limosna para su hospital á un hombre disoluto, en vez de limosna le dió una recia bofetada: el Santo con admirable paciencia y dulzura le presentó el otro carrillo; accion que no solo confundió, sino que fue bastante para convertir á aquel hombre arrebatado.

Aunque eran excesivos sus trabajos, no por eso era menor su rigorosa penitencia. Dormia en el suelo sobre una estera, sirviéndole de almohada una dura piedra: ayunaba todos los viernes á pan y agua, y los demás dias se mantenia con solas legumbres, de manera que su vida era un perpetuo ayuno. Andaba siempre con los piés descalzos y con la cabeza descubierta á todas las inclemencias: su vestido era siempre el mas vil y andrajoso que encontraba entre los pobres, trocando con ellos el que traia; y en medio de una vida tan mortificada, se acusaba continuamente de que era muy regalona.

Hallábase á la sazon presidente de la chancilleria de Granada el señor Obispo de Tuy, y conversando un dia con el hermano Juan, le preguntó cuál era su apellido. El Santo le respondió con sinceridad y con modestia: El niño Jesús, que se me apareció camino de Gibraltar, me llamó *Juan de Dios*. Pues *Juan de Dios te llamarás de aquí adelante*, le replicó aquel Prelado, *y porque la decencia cristiana hace mas amable la virtud, quiero que de hoy mas dejes esos andrajos, que quizá serian causa de que muchos se desviasen de tí. Yo te he mandado hacer el hábito que te conviene, y es mi voluntad que te lo pongas, y en adelante lo traigas*. Admitiólo el Santo con humildad; y haciendo el Obispo traer el hábito, le bendijo, y se le vistió por su mano, siendo este el modelo del hábito que hoy dia traen los religiosos de san Juan de Dios, llamados los Hermanos de la Caridad.

Aunque nuestro Juan parecia estar en una continua accion, se puede asegurar que no por eso era menos continua su oracion, porque jamás perdia á Dios de vista. Fue dotado del don de la contemplacion, y le favoreció el Señor con las mayores gracias, dispensándole tambien el don de profecía y el de los milagros, y honrándole muchas veces Cristo y su Madre con su corporal presencia. Hallándose un dia en oracion, vió á esta soberana Reina con una corona de espinas en la mano, que le dijo: *Juan, por las espinas, y por los trabajos has de merecer la corona que mi Hijo te tiene reservada en el cielo;* y al mismo tiempo sintió agudísimos dolores; pero sin detenerse un punto respondió, lleno de amor y ternura: *Señora, mis delicias serán los trabajos, y no quiero mas flores que las espinas de la cruz.*

Encontró un dia en la calle á un pobre, que al parecer estaba pa-

ra espirar: cargósele á las espaldas, llevóle al hospital, y metióle en la cama. Lavóle los piés, y al tiempo de besárselos, como acostumbraba, reparó que los tenia taladrados al modo de un Crucifijo: levantó los ojos para mirar al pobre, y conoció que era el mismo Cristo, el cual le dijo: *Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras á mí mismo: sus llagas son las mias, y lavas mis piés siempre que lavas los suyos.* Dicho esto, desapareció la vision, y Juan se halló cercado de una llama tan resplandeciente, que asustados los enfermos comenzaron á gritar: *Fuego, fuego, que se quema el hospital.*

No daba paso hácia la caridad que no fuese acompañado de grandes maravillas; pero al fin, como eran limitadas sus fuerzas, cedieron al rigor de sus penitencias y al trabajo de su perpetuo afan caritativo. Cayó malo; y viéndole D.ª Ana Osorio, mujer de García de Pisaro, rodeado de pobres, que afligidos inconsolablemente por la pérdida de su amoroso padre cercaban su humilde cama, penetrando su compasivo corazon con dolorosos alaridos, y no dejándole apenas respirar, pidió licencia al Arzobispo para llevársele á su casa. Mandólo el prelado, y fue preciso á Juan obedecer, no obstante la repugnancia que sentia en morir fuera de su amado hospital. El mismo Arzobispo le administró los Sacramentos, que recibió con tanta devocion, que se la pegaba á los presentes. Tomó de su cuenta aquel piadosísimo Prelado el mantener á sus hospitales, y pagar las deudas que habia contraido para sustentar á los pobres. Finalmente el dia 8 de marzo de 1550, conociendo Juan que se acercaba la hora de su dichoso tránsito, pidió que le dejasen solo: salieron del cuarto los que le asistian; levantóse de la cama, hincóse de rodillas, abrazóse con un Crucifijo, y diciendo estas amorosas palabras: *Jesús, Jesús, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, entregó su alma en las de su Criador. Al oir dichas palabras los que se habian retirado, entraron en el cuarto, y le encontraron muerto. Quedóse el santo cadáver de rodillas y sin arrimo, hasta que le sacaron de allí para amortajarle. Cumplia entonces puntualmente cincuenta y cinco años, siendo muy digno de notarse que hubiese muerto el mismo dia que nació. Concurrió á su entierro el señor Arzobispo vestido de pontifical, con todo el clero secular y regular; el cadáver le llevaban alternativamente los religiosos de san Francisco y los Mínimos, rodeábanle los veinte y cuatro jurados de la ciudad, y cerraba la pompa fúnebre el presidente con toda la chancillería; yendo después en el acompañamiento toda la nobleza con una increible atropellada confusion de inmenso pueblo.

Duraron sus solemnísimas exequias por espacio de nueve dias, en cada uno de los cuales se pronunció una oracion fúnebre en elogio de sus heróicas virtudes. Los continuos milagros que obró el Señor para acreditar la virtud de su fiel siervo, determinaron al papa Urbano VIII, habiendo precedido largas informaciones, á expedir la bula de su beatificacion el año de 1630; y en el de 1690 el papa Alejandro VIII hizo la ceremonia de su canonizacion con grande solemnidad en la iglesia de San Pedro.

Veinte años despues de la muerte de san Juan de Dios, habiéndose abierto su sepultura de órden del Arzobispo de Granada, se halló el santo cuerpo entero y sin corrupcion, no habiendo sido embalsamado. El año de 1660, Felipe IV, rey de España, á instancia de su hermana D.ª Ana de Austria, reina de Francia, obtuvo un hueso del brazo derecho de nuestro Santo para el hospital de la Caridad de Paris, el que envió á su serenísima hermana engastado en un preciosísimo relicario, y fue llevada la santa reliquia á la iglesia del hospital con devocion, pompa y solemnidad extraordinaria.

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Julian, celebérrimo en santidad y elocuencia, para hablar con las voces mismas de que se sirve el Martirologio romano en su elogio; modelo el mas perfecto de los prelados eclesiásticos, uno de los ornamentos mas brillantes del órden episcopal, y gloria inmortal de su patria, nació en la imperial ciudad de Toledo. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios; pero su bello natural é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el grande efecto que se siguió á su educacion. Habíale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los eminentes designios á que le destinaba la Providencia. Su ingenio vivo, sólido y fecundo; su superior capacidad para las ciencias; su corazon noble, dócil y generoso; sus modales gratos, cultos y apacibles; su sumo horror al pecado; su piedad, su dulzura y las sublimes ideas de virtud sobre que formaba las costumbres, que le hacian tanto mas recomendable que sus talentos, fueron indicios nada equívocos de su futura santidad. Adornado con todas estas sobresalientes cualidades, hizo Julian admirables progresos tanto en la virtud, como en las letras en la escuela de san Eugenio III, arzobispo de Toledo; é incorporado en el clero de aquella santa iglesia, con el objeto de servir al Señor en este estado, contribuyó no poco para sus adelantamientos la estrecha amistad que

contrajo con el diácono ó arcediano Guidila, que era reputado en su tiempo por una de las personas de conocida piedad y sobresaliente mérito. El amor á la virtud, la semejanza en las costumbres, la uniformidad en los dictámenes, hicieron indisoluble hasta la muerte el vínculo de su union: ellos no tenian sino una voluntad, un espíritu y un corazon que producia unos mismos deseos: y aunque resolvieron de un comun acuerdo retirarse del mundo á una santa soledad para vivir con tranquilidad, y pasar el resto de su vida en los ejercicios saludables de la penitencia, en el estudio de las santas Escrituras, y en la contemplacion de las verdades eternas; impedidas estas piadosas inclinaciones por una superior autoridad, se vieron precisados á ceder por obediencia, y permanecer en los respectivos oficios de su iglesia, trabajando en la instruccion y santificacion del pueblo, segun su primera vocacion. En efecto, ambos se esmeraron en desempeñar estas funciones con un celo infatigable, dándose enteramente al ministerio de influir en la salvacion de las almas, y en la instruccion y aprovechamiento de los prójimos de una manera tan exacta y prodigiosa, que hace y hará el eterno lustre y honor de su iglesia.

Murió Guidila en el año octavo del reinado de Wamba; y sintió Julian esta falta con dolor tan vivo y penetrante, que fue necesaria toda su virtud para resignarse. Después de haber satisfecho los obsequios debidos á su fiel é íntimo amigo, procurando que su funeral se hiciese con toda pompa y magnificencia, continuó en las funciones eclesiásticas, especialmente en las del sacerdocio, con tanta edificacion y utilidad del pueblo, que todos le aclamaban digno de mayores empleos. Vacó la cátedra de Toledo, ó por el retiro, ó por la muerte de Quirico: é inmediatamente se hizo eleccion de sucesor en nuestro Santo por un consentimiento universal, á pesar de su humilde resistencia.

Colocado Julian en el candelero mas eminente de la Iglesia de España, no tardó en acreditar con pruebas prácticas el alto concepto que así el clero como el pueblo de Toledo tenian formado de su persona. Todas las delicadas virtudes, que exige el Apóstol de los sugetos consagrados á Dios en el sublime ministerio episcopal, se dejaron ver juntas en el santo Prelado con una edificacion maravillosa. Serian necesarios muchos volúmenes para referir específicamente sus gloriosos hechos; pero para que se forme una mediocre idea á lo menos de su excelente conducta, usaré de las mismas expresiones de que se sirve su sucesor Felix, para bosquejar sus relevantes mere-

cimientos, y el regladísimo acierto de su pastoral gobierno. Julian, dice aquel su sabio cronista tan digno de ser ensalzado con las alabanzas de todos, cuanto adornado con las riquezas de todas las virtudes, compuso maravillosamente su Iglesia, y mereció el célebre nombre de su dignidad; fue un varon lleno de temor de Dios, igual en la prudencia, recatado en los consejos, perfecto en la discrecion, prontísimo en el alivio de los miserables, compasivo en el socorro de los oprimidos, afectuoso en la intercesion por los desvalidos, diestro en el manejo y conclusion de los negocios, justo en las disposiciones jurídicas, suave en las sentencias, singular en sostener los derechos de la justicia, célebre en las disputas, perpetuo en la oracion, admirable en la asistencia á los divinos oficios, valeroso en la defensa de las iglesias, vigilante en el gobierno de sus súbditos, severo en reprimir á los soberbios, suave en tratar á los humildes, generoso en conservar la autoridad, insigne en la humildad, y generalmente esclarecido en la perfeccion de todas las virtudes. En la misericordia tan liberal y compasivo, que no habia necesitado á quien no desease socorrer con ansia; tan ardiente en la caridad, que jamás le pidieron alguna cosa por el amor de Dios, que no la concediese; esmerándose siempre en el divino agrado, y anhelando, en honor de este, al de los hombres: fue tan igual en los merecimientos á los insignes prelados que le precedieron, cuanto émulo de sus heróicas virtudes. En suma, brillaron en él una sabiduría admirable, una prudencia consumada, un celo siempre activo, una caridad sin límites: todo para todos era el padre de los pobres, la fuerza de los débiles, el apoyo de las viudas, el tutor de los pupilos, comunicando su esplendor á las provincias vecinas, y portándose generalmente con tanta dulzura, amor y benevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, le veneraban como á santo, y le respetaban como á padre.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo convocar en Toledo cuatro concilios, que fueron el XII, XIII, XIV y XV: en los que presidió tanto por la eminencia de su doctrina, como por la autoridad de su Silla. En estas célebres asambleas eclesiásticas hizo constituciones, y reglamentos sabios y prudentes, acreditando en todos el fondo de su admirable sabiduría y santidad. Disuelto el sínodo XIII toledano á fines del año 683, ó á principios del de 684, recibió Julian las actas del sexto concilio general, celebrado en Constantinopla en tiempo del papa Agaton contra los Monotelitas, sectarios de la herejía de Apolinar, remitidas por Leon II, sumo pontífice, con el fin de que la Iglesia de España las aprobase y recibiese. Pero cono-

ciendo el Santo la dificultad de congregar un concilio nacional en el rigor del invierno, para dar pronta satisfaccion á la cátedra apostólica, le dirigió un escrito bajo el título de apologético de la fe (que es el mismo que celebraron y aprobaron los Padres del concilio toledano XIV), en el que además de testificar el Santo la admision y aprobacion de las referidas actas á su nombre, y el de toda la Iglesia de España, y anatematizar los errores de los Monotelitas, le manifestó lo que de Cristo sentia y creia esta misma Iglesia universalmente. Recibió Benedicto II, sucesor de Leon, este escrito al tiempo que llegó á Roma: y manifestando á los emisarios su reparo en órden á las expresiones que en él usaba, de que en Dios engendrase la voluntad á la voluntad, y de que asegurase tres sustancias en Cristo, cuyos dos capítulos son los que nos constan; recibida por Julian esta respuesta como una honesta censura de su obra, no pudiendo insistir haciendo crítica de los sentimientos del Papa, compuso otro segundo apologético en defensa de la doctrina del primero, donde manifestó claramente su sentido, confirmándole con tan abundantes testimonios de los santos Padres, que convenció plenamente no haber dicho otra cosa que lo que enseñaron san Agustin, san Cirilo y san Isidoro de Sevilla. Este escrito, sobre haber merecido por su solidez y elocuencia los mas altos elogios de la Silla apostólica, propuesto en el concilio toledano XV, no solo le aprobaron los Padres, sino que le insertaron íntegro entre sus actas, para que constase á la posteridad la pureza de la fe del santo Prelado, y su profunda inteligencia en los mas difíciles misterios.

Como Julian estaba lleno del Espíritu Santo, fertilizado con copiosas y cristalinas corrientes de sabiduría y elocuencia, dió á luz muchas y muy sabias obras utilísimas á la Iglesia, que le han merecido ser puesto en el órden de sus Padres. Estas son el libro de los Pronósticos del siglo futuro, dirigido á Idacio, obispo de Barcelona, dividido en tres, en los que trata del orígen de la muerte, estado de las almas después de ella, y última resurreccion. Obra que ha dado motivo para que algunos confundan á nuestro Santo con Julian Pomero ó Pomerio, presbítero de la Mauritania, que floreció doscientos años antes, quien compuso tambien un tratado de la vida futura con el mismo título de *Pronósticos;* notándose en el de nuestro Santo, que es una coleccion continua de pasajes de san Agustin, san Gregorio, y el citado Pomero. En la Biblioteca de los Padres se halla un escrito de san Julian bajo el título del Orígen de la muerte humana; del que hablando cierto crítico extranjero, se persuade que no pue-

de hablarse del autor, sin confesar que para escribirlo se elevó sobre la condicion de la carne, pues en él se encuentra espíritu, elevacion, sabiduría, piedad, solidez, órden, ingenio y mas que comunes conocimientos, no fácil de hallarse juntos entre los talentos humanos.

Tambien compuso otro excelente tratado, con una epístola al rey Ervigio, sobre el cumplimiento de la sexta edad del mundo, contra los judíos, dividido en tres libros: en el primero prueba con muchos testimonios del Testamento antiguo la venida de Cristo; en el segundo demuestra claramente que nació de santa María vírgen, con la doctrina de los Apóstoles; y en el tercero con maravilloso ingenio argumenta, que las cinco edades del mundo precedentes á la sexta en que nació el Mesías, no se distinguen por años, sino por los límites predefinidos en las generaciones. Asimismo escribió el libro de Contrarios ó contrapuestos, dividido en dos partes, sobre varias antilogias del Testamento antiguo y del nuevo. Escribió asimismo la Historia de los hechos del rey Wamba en la Galia Narbonense con motivo de la rebelion de Paulo el Pérfido: y una exposicion muy erudita sobre el profeta Nahum; cuyas obras se hallan en la edicion magnífica que ha dado á luz con la mas escrupulosa crítica el eminentísimo señor D. Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Igualmente arregló un libro de misas para todo el círculo del año, distribuido en cuatro partes; donde enmendó algunas viciadas por la incuria de los tiempos, y compuso otras de nuevo: y asimismo hizo otras oraciones para todas las festividades acostumbradas en su iglesia, segun el estilo de su singular ingenio.

Tambien compuso un libro de Sentencias de las Décadas de san Agustin recopiladas breve y sumariamente, con una coleccion de lo mas precioso de los libros de este santo Doctor contra Juliano hereje: un libelo de los juicios divinos recopilado de los sagrados códigos. Un libro de remedios contra la blasfemia: otro de diferentes versos, epitafios y anagramas numerosos: otro de muchas epístolas: con el opúsculo sobre la Defensa de la casa de Dios, y los que á ella se refugian: los cuales no existen, con notable sentimiento de la nacion, pues en ellos, y con especialidad en sus cartas, pudiéramos hallar muchas célebres instrucciones acerca de la disciplina de la Iglesia de España: debiéndose notar que se estiman por obras apócrifas del Santo la Crónica de los reyes godos, y ciertos versos que se le atribuyen.

Finalmente, después de haber gobernado santamente su diócesi cual pastor celosísimo tanto con la pureza de su doctrina, como con

la severidad de sus ejemplos por espacio de diez años, un mes y siete dias, murió en el Señor en el de 690, tercero del reinado de Egica, con universal sentimiento de sus súbditos. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, contiguo á los de sus predecesores; bien que se ignora en el dia el sitio determinado donde se oculta tan precioso tesoro, como el de otros muchos santos arzobispos de la imperial ciudad de Toledo.

SAN BEREMUNDO, ABAD DE HIRACHE.

San Beremundo, cuyo nombre parece que fue presagio de su eminente santidad, puesto que en realidad de verdad se conservó mundo, ó limpio de toda culpa en el discurso de su vida, nació en el reino de Navarra, bien fuese en Arellano, ó bien en Villa-tuerta, sobre lo que disputan los naturales de los dos pueblos, ambos con el objeto de ennoblecer el suyo con un héroe de tan distinguidos méritos. Criáronle sus padres con santo temor de Dios, y quedándose impresas en el tierno corazon de Beremundo todas las máximas evangélicas que conspiran á la perfeccion del hombre cristiano, se retiró en lo mas florido de sus años al monasterio de Santa María de Hirache, del Órden de san Benito, donde á la sazon era abad un tio suyo llamado Nuño, varon verdaderamente digno de aquel empleo.

Era aquel monasterio uno de los mas célebres de España por su antigüedad, por el fervor con que se guardaba la regla de san Benito, por la exactitud, por la magnificencia con que en él se celebraba el culto divino, y por la multitud de varones ilustres en ciencia y en santidad que produjo aquel religioso claustro. Todos estos respetos movieron á Beremundo á elegirlo entre otros muchos que florecieron en España; y como sus deseos no eran otros que añadir, si pudiese, algun esplendor á aquella casa, lo consiguió á expensas de su prodigiosa vida. Ningun novicio abrazó con mas fervor la carrera religiosa, ni ninguno le excedió.

En efecto su humildad, su obediencia, su puntual asistencia á los oficios divinos, sus vigilias, sus rigorosos ayunos y sus asombrosas penitencias eran miradas como prodigios de la divina gracia en un jóven que dentro de breve tiempo hizo conocidas ventajas á los mas ancianos monjes, á quienes servia de modelo; pero sobre todo se distinguia singularmente en la caridad para con los pobres, llegando esta al extremo de serle preciso al Abad poner límites á los piadosos excesos de su sobrino: mas el Señor acreditó con portentosas

maravillas lo acepto que le era la misericordia de Beremundo. Preguntóle el Abad en cierta ocasion que conducia pan para los necesitados, qué era lo que llevaba en el hábito, y respondiéndole el ilustre novicio que astillas para calentar á un pobre, con alusion á lo que produce el alimento, se convirtió el pan en astillas efectivamente por un prodigio extraordinario, del que fue testigo el superior, queriendo inspeccionarlo.

Murió el abad Nuño con el consuelo de dejar en el monasterio de Hirache á su sobrino Beremundo, bastante á recomendar la enseñanza que le dió por sus virtudes religiosas; y como eran tan conocidas estas, tuvieron poco que deliberar los monjes para elegirle sucesor del difunto. En vano alegó Beremundo para excusarse su corta edad, los pocos años de religioso, y la falta de experiencia para el desempeño del empleo, pues como constaba á todos su consumada prudencia y su grande sabiduría, insistiendo en la eleccion á pesar de su humilde resistencia, fuele preciso rendirse á la voluntad de Dios, bien conocida por aquellos medios. Encargóse del gobierno de aquella ilustre comunidad, y acreditó desde luego el acierto de su eleccion, portándose en la abadía con tal destreza, que sobre los adelantos espirituales que hizo en el monasterio, le aumentó en los bienes temporales considerablemente. El amor con que trataba á sus súbditos, la vigilancia con que atendia á socorrer á todas sus necesidades, la afabilidad y la cortesanía de su porte, acompañadas de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hicieron dueño del corazon de todos los monjes; y valiéndose el ilustre Abad de la fiel correspondencia á sus órdenes, hizo, mas con su ejemplo que con sus palabras, que en el monasterio brillase el primitivo fervor de la observancia religiosa, y que fuese el objeto de los mas altos elogios.

Quiso el Señor manifestar la santidad de su siervo con las maravillosas expulsiones que hizo de los espíritus inmundos de varios cuerpos humanos que tiranizaban; con la gracia especial de curaciones, de la que usó en favor de no pocos enfermos que padecian de varios accidentes; y con la abundancia de lluvias que por su poderosa intercesion fertilizaron la tierra en las mayores esterilidades; pero aunque todas estas prodigiosas maravillas, y otras muchas que obró, recomendaron su mérito, lo que dió á su eminente virtud el mayor realce fue el siguiente portento: Ocurrió una escasez general en todo el reino de Navarra, en la que se vieron aquellos naturales en eminente peligro de perecer enteramente de hambre: concurrieron al

monasterio de Hirache, que era el refugio de todos los necesitados, cerca de tres mil personas á implorar la caridad de Beremundo; pero como este habia ya dado de limosna todos los repuestos que tenia, y no habian venido los criados, que envió fuera de la provincia á comprar alimentos para los necesitados, penetrado su corazon del mas vivo dolor al ver aquella multitud de gentes que le pedian que les socorriese por amor de Dios, se postró ante el altar bañado en copiosas lágrimas, y rogó al Señor que tuviese compasion de tanto pobre por su infinita misericordia. Oyó Dios con agrado la humilde súplica de su siervo, nacida de un corazon cuyo carácter era la misma piedad; y por uno de aquellos maravillosos prodigios de su admirable Providencia hizo que bajase del cielo una paloma de extraordinaria blancura, que volando con un aire suave sobre las cabezas de aquel numeroso concurso, se sintieron todos inmediatamente satisfechos, como si hubiesen comido los alimentos mas sustanciosos.

Voló la fama de esta estupenda maravilla por toda aquella region, y deseosas las personas del mas alto carácter de ver y de tratar á un héroe tan portentoso, concurrieron á visitarlo, atraidos del buen olor de su eminente virtud. Quiso distinguirse entre todos D. Sancho Ramirez, rey de Navarra y Aragon; y para dar á Beremundo una prueba nada equívoca de la grande estimacion que le profesaba, hizo por su respeto al monasterio de Hirache cuantiosísimas donaciones de iglesias, de pueblos y de predios, tantos que apenas se hallaba por aquel tiempo en España otro mas opulento. No paró en esto la liberalidad del religiosísimo Príncipe; pues persuadiéndose, no sin grande fundamento, que la santidad del ilustre Abad se refundia en sus súbditos, como se dejaba ver por su religiosísima observancia, les concedió el privilegio de que se diese crédito en juicio á la simple declaracion de cualesquiera monje de Hirache, en todas sus controversias que se suscitasen acerca de los derechos del monasterio.

Todos los honores y todas las riquezas, que así el rey Sancho como otros muchos grandes del reino concedieron á aquella célebre casa, no fueron capaces de alterar la profunda humildad, ni la pobreza evangélica del insigne Prelado, tan pobre y tan humilde cuando súbdito, como cuando abad. Solo en las limosnas para con los pobres y en el culto divino quiso ser magnífico, esmerándose en que los oficios eclesiásticos se celebrasen con toda aquella grandeza, aquella exactitud, aquel órden y aquel método que exige la soberana majestad de Dios, á quien se da por ellos el culto. Así lo comprobaron el Antifonario y libro de oraciones de su monasterio, el que condu-

cido á Roma con el misal gótico, cuando la Iglesia de España solicitó la aprobacion apostólica de sus oficios eclesiásticos por algunas mal fundadas sospechas, merecieron aquellos los mas altos elogios del papa Alejandro II, y de todo el sacro colegio; y lo mismo el Manual para la administracion de los Sacramentos.

El móvil de todas las heróicas virtudes de Beremundo fue el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, tal, que puede afirmarse seguramente, que no le excedió alguno de los bienaventurados en el afecto para con el Redentor del mundo. Si fue este grande, no fue menor el que tuvo siempre á la santísima Vírgen, cuya devocion tierna y fervorosa se hacia sensible en todas sus acciones y en todos sus movimientos: de esta resultaba quedarse repetidas veces en dulces éxtasis ante una prodigiosa imágen de la Señora, que dió al monasterio de Hirache el rey Sancho I de Navarra con todo el valle de San Esteban, en agradecimiento de la victoria que consiguió por el patrocinio de la Reina de los Ángeles de una multitud de moros en el castillo de Monfardin: y aun se dice que le habló muchas veces la piadosa Madre, consolando á su fidelísimo siervo en los trabajos y en las aflicciones que padeció. De aquí provino el interesarse todo el empeño de Beremundo en la propagacion de las glorias de la Reina del cielo, en quien después de Dios tenia colocada toda su confianza, y con especialidad en los progresos del misterio de su inmaculada Concepcion: debiéndose á su infatigable celo el que se celebrase poco después de su muerte este inefable misterio en el monasterio de Hirache, y en todo el reino de Navarra en el dia 8 de diciembre, como hoy lo ejecuta la Iglesia, segun consta por una escritura antigua escrita con caractéres góticos, que se conserva en el archivo de aquella ilustre casa.

Tambien se cree, que en premio de la misma devocion que profesaba Beremundo á la santísima Vírgen, se debió á ella el descubrimiento de la prodigiosa imágen de la Señora, que llaman del Rey, como á unos mil pasos del monasterio de Hirache, lo que sucedió á virtud de un prodigio extraordinario, que fue el siguiente: Vieron unos pastores repetidas veces bajar del cielo un globo de estrellas sobre un cerro, dicho desde entonces en idioma vascuence Lizarra, lo mismo que monte estrellado, y concurriendo al sitio que indicaba el fenómeno, se halló una peregrina efigie de la Reina de los Ángeles con un Niño en los brazos en una lobrega gruta, sin que el largo tiempo de su ocultacion, ni la humedad del lugar hubiesen podido oscurecer ni afear la hermosura de aquella primorosa Imágen: lo

que movió al rey Sancho Ramirez á fundar cerca de aquel sitio la ciudad de Estella, llamada así de las estrellas dichas que aparecieron en él: confesando aquellos naturales, que semejante ereccion y considerables aumentos del pueblo se deben á la proteccion de san Beremundo; por cuyo respeto concedió después el rey Sancho de Navarra al monasterio de Hirache la parroquia de San Juan con todos los diezmos y todas las oblaciones pertenecientes á ella, en virtud de lo cual ejerce en la misma el abad de aquel los oficios de párroco.

Llegó finalmente el tiempo en que quiso Dios premiar los grandes merecimientos de Beremundo, después que gobernó el monasterio de Hirache por espacio de veinte años, sin dispensarse jamás en lo mas mínimo de la observancia regular, por mas ocupaciones que le ocurrieran. Conoció este por la debilidad de sus fuerzas, nacida del rigor de sus continuos trabajos y de sus asombrosas penitencias, que se acercaba el fin, y aunque toda su vida fue una continua preparacion para la muerte, con todo hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y habiendo recibido los últimos Sacramentos, espiró con una suma tranquilidad en el dia 8 de marzo del año 1192. Depositaron los monjes el venerable cuerpo del ilustre Abad bajo del altar mayor del mismo monasterio; pero dignándose el Señor hacer célebre el sepulcro de su fidelísimo siervo con los muchos milagros que obraba cada dia por su poderosa intercesion en favor de los que concurrian á visitarlo, comenzó á venerarse por Santo con aprobacion de los ordinarios. Mantúvose en el primer depósito cuatrocientos noventa y un años hasta el de 1583, en el que con motivo de la milagrosa curacion que consiguió Fr. Antonio Comontes, abad de aquella ilustre casa, de una gravísima enfermedad por la mediacion de san Beremundo, hizo la traslacion de su cadáver á un lado del altar mayor, excepto la cabeza y un brazo, que reservó en un relicario para consuelo de los fieles. Así permaneció hasta el año 1657, en el que el abad Fr. Pedro Uriz colocó todas las venerables reliquias en la capilla que se construyó en honor del Santo, donde permanecen en grande veneracion inclusas en una preciosa urna de plata.

La Misa es en honra de san Juan de Dios, y la Oracion de la Misa es la que se sigue:

Deus, qui beatum Joannem tuo amore succensum inter flammas innoxium incedere fecisti, et per eum Ecclesiam tuam nova prole foecundasti: praesta, ipsius suffragantibus meri-

Ó Dios, que habiendo abrasado con el fuego de tu amor á tu siervo bienaventurado Juan, hiciste que anduviese ileso entre las llamas de un incendio, y quisiste por su medio enrique-

tis, ut igne charitatis tuae vitia nostra curentur, et remedia nobis aeterna proveniant: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

cer á tu iglesia con una nueva familia: concédenos por sus merecimientos, que con el mismo fuego de tu amor se curen nuestros vicios, y que hallemos siempre en su poderosa intercesion remedio para todas nuestras dolencias. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág. 58.*

REFLEXIONES.

No hay duda que el apego á las riquezas es estorbo á la salvacion. Pues pregunto: ¿es muy ordinario vivir entre la opulencia, y vivir sin este apego? Insinúase el vicio hasta en lo mas escondido del desierto; enciéndense las pasiones aun entre la ceniza de la penitencia, y ¿he de creer yo que el vicio ha de respetar la region de los placeres, y que las pasiones se han de apagar entre tantos objetos que las fomentan y las excitan?

Un estado donde todo contribuye á lisonjear los sentidos y á fomentar las pasiones, conduce poco para fomentar la piedad. La humildad, basa de la perfeccion cristiana, se encuentra raras veces en medio de esa famosa opulencia. Una vida deliciosa, adulada, respetada, rarísima vez fue vida inocente. No solo son espinas las riquezas, segun la expresion del mismo Jesucristo, sino que frecuentísimamente son veneno, son ponzoña.

¿Y qué se ha de inferir de todas estas verdades, sino que los ricos, los que se ven en alta y opulenta fortuna, deben ser los mas religiosos observadores de la ley; deben reputar por frívolos, por nulos todos esos privilegios de la delicadeza que ha inventado el amor propio, y guardarse de todas esas inobservancias, que el mundo relajado y disoluto llama impropiamente dispensaciones; que teniendo mayor número de enemigos que combatir, deben velar y orar mas que los otros, macerando su carne con la mortificacion para quitar la fuerza á las tentaciones que nacen de su mismo estado?

¡Cosa extraña! los que disfrutan mayores conveniencias en el mùndo, son precisamente por lo comun los que no tienen fuerzas ni salud para guardar los mandamientos de la santa madre Iglesia. Pocos ricos hay, pocas damas delicadas á quienes (si se ha de creer lo que dicen) no haga daño la comida de pescado, y cuya salud no se incomode, no se altere con el ayuno. No es porque les falte en la mesa la delicadeza y el regalo, sino porque su salud es siempre flaca y

siempre delicada ; y aun se puede añadir, que en siendo salud rica, siempre es tambien preciosa.

Parece que los achaques crecen con las rentas. Aquel que en una mediana fortuna observará las mas severas leyes de la Iglesia sin sentir incomodidad, pasando después á ser un gran señor, juzgará no tener fuerzas para observar las mas suaves. Las dispensas apenas son mas que para la gente rica. Pero ¿las autorizará el Señor cuando sean examinadas en su tribunal?

Por el contrario, la abstinencia y el ayuno, tan ordinarios á los primeros cristianos, y tan necesarios á los primeros fieles, parece que solo hablan con los pobres. El nombre solo de Cuaresma, de penitencia, de mortificacion, altera á los grandes, á los poderosos del siglo. Pero ¿no me dirán que significan aquellos oráculos de Jesucristo tantas veces repetidos en el Evangelio: *El que cada dia no toma su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo: si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis?* Díganme, ¿en qué lugar de la Escritura están dispensados los nobles y los poderosos de esta regla universal?

El Evangelio es del capítulo XXII *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisaei, et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut teipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetae. Congregatis autem pharisaeis, interrogavit eos Jesus, dicens: Quid vobis videtur de Christo? Cujus filius est? Dicunt ei: David. Ait illis: Quomodo ergo David in spiritu vocat eum Dominum, dicens: Dixit Dominus Domino meo: Sede à dextris meis: donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum? Si ergo David vocat eum Dominum, quomodo filius ejus est? Et nemo poterat ei respondere verbum: neque ausus fuit quisquam ex illa die eum amplius interrogare.

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Díjole Jesús: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el máximo y primer mandamiento. Después el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas. Habiéndose, pues, congregado los fariseos, les preguntó Jesús, diciendo: Qué os parece de Cristo? ¿de quién es hijo? Respondiéronle: De David. Él les dijo: Pues, ¿cómo David en espíritu le llama Señor, diciendo: El Señor dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra hasta tanto que ponga á tus enemigos por escabel de tus piés? Pues, si David le llama Señor, cómo es hijo suyo? Y ninguno podia responderle palabra: ni se atrevió nadie desde aquel dia á hacerle mas preguntas.

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

Punto primero.—Considera, que en aquel postrero juicio en que se ha de examinar con el mayor rigor lo malo y lo bueno que hubiéremos hecho, en aquel juicio sin apelacion, donde se ha de decidir de nuestra eterna suerte, el instrumento mejor para ganar nuestro pleito han de ser las obras de misericordia. *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está aparejado desde la creacion del mundo*, dirá el soberano Juez; *porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y me hospedásteis: estaba desnudo, y me vestísteis: estaba enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y me fuisteis á consolar.* Responderán los justos: *Señor, ¿cuándo hicimos esas cosas? ¿cuándo tuvisteis hambre, y os dimos de comer? ¿cuándo tuvisteis sed, y os dimos de beber? ¿cuándo estuvisteis sin tener donde recogeros, y os hospedamos? ¿cuándo estuvisteis desnudo, y os vestimos? ¿cuándo estuvisteis enfermo, y os visitamos? ¿cuándo estuvisteis en la cárcel, y fuimos á consolaros?* Replicará el Salvador: *Cualquiera de estas cosas que hicisteis con el mas mínimo de mis hermanos, conmigo mismo la hicisteis.*

Comprónos Cristo el cielo á costa de su sangre; y con todo eso no nos pide mas para ponernos en posesion de esta herencia. El infinito amor que nos tuvo fue el que le movió á hacer tanto por nuestra salvacion, y por eso quiere que el amor á nuestros hermanos nos haga merecer la corona. ¿Puede pedirnos menos para hacernos eternamente dichosos? Y costando tan poco el salvarse, ¿podrá tener excusa el que se condena?

Punto segundo.—Considera, que no podia el Salvador pedirnos cosa que fuese mas puesta en razon, ni mas facil. No dice: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado, porque pasásteis la vida en elevadísima contemplacion, ó en un oscuro retiro; porque despedazásteis vuestro cuerpo con rigorosas penitencias, porque le extenuásteis con perpetuos ayunos, porque el ardor de vuestro celo os hizo correr y penetrar hasta los países mas remotos, hasta las mas bárbaras naciones. Ninguna cosa es mas loable, ninguna mas santa, ninguna mas meritoria del cielo, es verdad; pero este divino Salvador no impone por condicion precisa para conseguirle esa eminente virtud, esos penosos trabajos, ese extraordinario valor; porque

sabe bien que no todos podrian fácilmente hacer tan grandes méritos. Habiendo derramado su sangre para que todos se salvasen, quiso que ninguno pudiese alegar excusa racional para no hacer lo que es necesario para salvarse. Si no tienes espíritu ni salud para hacer rigorosas penitencias; si por ser tan imperfecto no mereces el don de una elevada contemplacion; ¿por dónde te podrás excusar de compadecerte de los trabajos del prójimo, y de dar una limosna á los pobres? Bien está que tu estado no te permita ir á llevar la luz del Evangelio al país de los infieles; pero ¿quién te quita visitar á los pobres del hospital, y consolar á los que están en la cárcel? Si no puedes socorrer á unos ni á otros con tus limosnas, ¿por dónde no podrás alentarlos con tus palabras? ¡Qué desesperacion será la tuya en aquel último momento decisivo de la eternidad, por haber despreciado unos medios tan fáciles para salvarte! ¡Qué confusion causará á los cristianos cobardes la inmensa caridad de san Juan de Dios, viendo que ellos no hicieron caso de las obras de misericordia!

No permitais, Señor, que estas reflexiones tan saludables aumenten en aquel dia crítico el motivo de mi arrepentimiento; y si hasta aquí he sido tan desgraciado que no he sabido aprovecharme de ellas, haced, divino Salvador mio, que esta meditacion repare mis faltas pasadas.

JACULATORIAS. — No consista en palabras, sino en obras el amor al prójimo; porque obras son amores, y no buenas razones. (*I Joan.* III).

¿Cómo puede estar enfermo un hermano mio, sin que yo lo esté tambien por compasion? (*II Cor.* XI).

PROPÓSITOS.

1 No es menester mas motivo para inclinar á todos los fieles al ejercicio de las obras de misericordia, que el mismo objeto de ellas. Cuando visitas á ese enfermo, á ese hombre infeliz en el hospital ó en la cárcel, no pretende la Religion que precisamente le mires á él como objeto de tu visita; quiere te hagas cargo de que visitas al mismo Jesucristo en la persona de ese encarcelado, de ese enfermo; que el mismo Jesucristo es á quien consuelas entre las cadenas y los grillos; el mismo Jesucristo á quien llevas esa taza de caldo; el mismo Jesucristo á quien das esa limosna: *Mihi fecistis.* El mismo Jesucristo es quien nos lo asegura así. ¡Es posible que se crea esta verdad, y que haya cristianos que no visiten todos los dias las cárceles y los hospitales!

2 Resuelve en este mismo dia, que no se pase semana alguna sin que hagas una visita por lo menos á los pobres del hospital; y cuando vayas á ella, persuádete, y díte á tí mismo: voy á visitar al mismo Jesucristo. En algunas partes se llama el hospital la *casa de Dios*; porque quiere Cristo se entienda que vive allí en la persona de los pobres. Hácese vanidad, y se reputa por honra muy especial esto de tener entrada en palacio; ninguno hay que no la pueda lograr á todas horas en el palacio de Jesucristo, viéndole y hablándole siempre que quiera en su hospital. Esta sola consideracion debiera animar la caridad de los fieles para con los pobres enfermos.

Oracion para el quinto dia de la Novena.

Grande apóstol de tantos pueblos, cuyo celo parecia mas vasto que todo el universo, y cuya caridad se extendió á tantas naciones: glorioso san Francisco Javier, que solamente respirábais la salvacion de las almas, compadeceos de las miserias de la mia. Alcanzadme aquella caridad cristiana, sin la cual no puedo ser discípulo de Cristo, y con ella la gracia que os pido en esta Novena, si ha de ser para mayor gloria de Dios, y bien de mi alma. Amen.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

Santa Francisca, viuda, en Roma, ilustre en nacimiento, en santidad y en el don de hacer milagros. *(Véase la noticia de su vida en las de este dia).*

El tránsito de los santos cuarenta soldados Mártires de Capadocia, en Sebaste de Armenia, los cuales siendo emperador Licinio, y presidente Agricolao, después de haberlos puesto en una cárcel espantosa cargados de cadenas, y haberles deshecho la cara con piedras, en el rigor del invierno los echaron desnudos en un estanque helado, en donde estuvieron toda una noche al descubierto; sus miembros con el hielo se descoyuntaban; finalmente consumaron el martirio habiéndoles roto las piernas. Los mas nobles entre ellos eran Cirion y Cándido. San Basilio y otros Padres en sus escritos celebraron las glorias de estos Mártires; su fiesta se celebra mañana.

La dichosa muerte de san Gregorio, obispo, en Nisa, hermano de san Basilio el Magno, ilustre en santidad y doctrina, el cual por defender la fe católica fue desterrado de su ciudad en tiempo del emperador Valente, arriano.

San Paciano, obispo, en Barcelona de España, célebre por su buena vida y elocuencia, el cual murió en su última vejez en tiempo del emperador Teodosio. *(Véase la historia de su vida en las de este dia).*

Los santos obispos Cirilo y Metodio, en la Moravia, los cuales convirtieron á la fe de Cristo muchas gentes de aquellas regiones juntamente con sus reyes.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

SANTA CATALINA, vírgen, del Órden de Santa Clara, en Bolonia, ilustre en santidad; su cuerpo se venera con gran devocion en aquella ciudad.

SANTA FRANCISCA, VIUDA.

Santa Francisca, que con razon puede proponerse por modelo de virtud á todas las mujeres cristianas de cualquier estado y condicion que sean, nació en Roma el año 1384. Así su padre Pablo de Bruxis, como su madre Jacobina Rofrendeschi, eran de casas ilustrísimas y antiquísimas. Apenas nació al mundo cuando se conoció bien que nacia destinada únicamente para el cielo. La paciencia, la dulzura de su natural, el amor á la pureza, en una edad en que apenas se habia despejado su razon, pronosticaban cuánto habia de sobresalir con el tiempo en todo género de virtudes.

Nunca tomó el gusto á los entretenimientos pueriles, y mucho menos á aquellas melindrosas delicadezas, que nacen al parecer con las doncellitas de su calidad. Desde niña repararon todos el amor que profesaba á la soledad, al retiro y á la oracion. Valíase de cien pueriles industrias para recatar de los ojos de sus padres, y de la noticia de su aya las mortificaciones que hacia; y á los once años tomó la resolucion de encerrarse en un monasterio, y de consagrarse á Dios enteramente; pero sus padres, que tenian otras ideas, sin consultar su inclinacion, la casaron, cuando apenas contaba doce años, con un caballero romano, jóven, rico, noble, y de prendas muy sobresalientes, llamado Lorenzo de Poncianis.

Empeñada ya, y ligada al matrimonio, solo pensó en santificarse en él. Persuadida á que la verdadera devocion consiste en cumplir cada cual perfectamente con las obligaciones de su estado, dedicó toda su aplicacion á no omitir alguna de las correspondientes á aquel en que se hallaba colocada por la divina Providencia. Su primer cuidado fue estudiar el genio y la inclinacion del marido, imponiendose una estrecha obligacion de estarle siempre rendidamente sujeta, evitando con el mayor desvelo cuanto pudiese ocasionarle algun disgusto, y turbar la paz y la buena armonía entre ambos.

Pocos matrimonios se han visto mas felices, porque se han visto pocos tan santos. La estimacion, el amor y el respeto eran recíprocos; la paz y la union inalterables: cuarenta años vivieron juntos, sin que en todo este tiempo hubiese habido la menor desazon, ni la mas mínima tibieza.

El principal objeto de su atencion era su familia. Habiéndola dado Dios un hijo y una hija, estuvo muy léjos de fiar á otros el cuidado

de su educacion, persuadida á que esta era la primera obligacion de una madre cristiana. Desempeñóla tan cabalmente, que su hijo murió con fama de santidad en la edad de nueve años; y la hija, que solo tenia cinco cuando murió, estando para espirar exclamó que estaba viendo á su hermano resplandeciente como un sol, que la convidaba á que fuese á gozar de la misma gloria.

Acordándose de lo que dice el Apóstol (*ad Timoth. c.* v, *v. 8*) que *el que no cuida de los suyos, especialmente de los que tiene dentro de casa, en cierta manera renuncia la fe, y es peor que un infiel;* es imponderable la atencion con que velaba sobre sus domésticos, el agrado y la bondad con que trataba á los que la servian. Mirábalos como á hijos, y á todos los servia ella como amorosa madre. Cuando caia enfermo algun criado suyo, nunca permitia que le llevasen al hospital. *Si vamos á los hospitales,* decia la Santa, *á servir á los pobres extraños, ¿por qué no hemos de servir dentro de casa á nuestros criados enfermos?*

Conservando siempre el mismo espíritu de oracion y de retiro, decia que su casa era su convento; y á la verdad así lo parecia segun el órden, la regularidad y la piedad que reinaba en ella. Trabajaba con sus criadas en horas señaladas; oian todas la leccion espiritual, que ella misma las daba leyéndolas un libro á propósito, y todas las noches habia un rato de oracion á que todas concurrian. Aunque la exhortacion mas eficaz era la de sus grandes ejemplos, con todo eso de cuando en cuando convocaba á toda la familia para hacerla sus pláticas espirituales, especialmente en las vísperas de los dias festivos; y aunque su grande caridad la inclinaba á proveer á todos abundantemente de todo lo necesario, la mayor actividad de su celo se explicaba principalmente en cuidar de la salvacion de sus almas.

Desde el primer dia de su boda se puso entredicho á la concurrencia de espectáculos, festines y diversiones mundanas, sin hacerla fuerza el verse moza, rica, y de nobleza tan calificada. Solia decir, que por ser rica y por ser noble no dejaba de ser cristiana; esto es, que no por eso se consideraba menos obligada á vivir segun las reglas del Evangelio; y en conclusion, que habiendo de seguir algunas máximas, ella no conocia otras mejores que las de Jesucristo.

Siempre vistió lana, consintiéndolo su marido; y aunque los cuartos de la casa estaban adornados con la decencia correspondiente á su estado, no se veia en ellos cosa alguna que pudiese ofender la modestia cristiana. Nada tenia de austera, de ceñuda, ni desabrida su devocion: antes bien su dulzura, sus apacibles modales, y aun su misma complacencia hacian mas amable la virtud; siendo su ejemplo

de tanta edificacion en Roma, especialmente con las de su sexo y calidad, que retiró de las vanidades del mundo á muchas matronas romanas, inspirándolas el mismo amor á la virtud que ella tenia. No pocas la acompañaron en una especie de congregacion instituida bajo la direccion de los Padres del oratorio del monte Olivete, donde la santa emulacion que excitó entre las congregantas dispertó la caridad y el ejercicio de las obras de misericordia que se hacian en toda la ciudad.

Aunque era tan grande el amor que profesaba á la oracion, en la cual regularmente recibia singularísimos consuelos, sabia interrumpirla sin impaciencia y sin enfado siempre que la obligacion la llamaba á otra parte, mostrando el Señor cuán grata le era esta disposicion de ánimo por un suceso milagroso. Rezaba un dia con su acostumbrada devocion el Oficio parvo de la santísima Vírgen, y en un solo verso la interrumpieron cuatro veces, dejándola todas cuatro sin dar la mas leve seña de impaciencia. Cuando volvió la cuarta vez á comenzar el mismo verso, le halló escrito con letras de oro: lo que no se hubiera sabido, si la persona que se hallaba allí casualmente, y fue testigo de la maravilla, no la hubiera publicado.

El tiempo que la sobraba de la oracion, de los ejercicios espirituales, y del cuidado doméstico de la familia, lo dedicaba enteramente á las obras de misericordia. Era obedientísima á su director, el cual pudo moderar sus penitencias, pero no el deseo de hacerlas, y de padecer. Decia que la vista de Cristo crucificado la estaba continuamente reprendiendo su grande delicadeza; siendo así que no era fácil tratarse á sí misma con mas rigor de lo que ella se trataba.

Caminaba santa Francisca á largas jornadas en el camino de la perfeccion, cuando el Señor, que hasta entonces la habia colmado de extraordinarios favores, derramando en su alma aquellas dulzuras abundantes que hacen gustar con anticipacion los destellos de la gloria, quiso darla parte en su cruz, para que viese el mundo que la virtud de nuestra Santa era un fruto que se daba en todas las estaciones, y que no dependiendo de la abundancia, ni de la prosperidad, era superior á todas las desgracias.

El año de 1413 entró en Roma Ladislao, rey de Nápoles, durante el cisma que afligia y destrozaba la Iglesia. Vió Francisca saqueada su casa, confiscados sus bienes, y desterrados de la ciudad á su marido y á su cuñado Paulucci. Padeció esta desgracia con admirable constancia; y porque no pudo contener las lágrimas cuando vió que la arrancaban á su marido y á su hijo, toda la vida lloró este, á su

parecer, excesivo sentimiento, y le trató como un gran delito del amor propio. Nunca respondia otra cosa á los que concurrian á consolarla, sino: *El Señor me quitó lo que me habia dado, pues sea su nombre bendito.* Su serenidad inalterable, su perfecta resignacion, y su tranquilidad fueron el mayor elogio de su virtud, admirando y cautivando á los mismos que habian tenido mas parte en sus desgracias.

Pasada aquella tempestad, se levantó el destierro al marido, se le restituyeron los bienes, y volvió á su antigua prosperidad la familia. Aprovechóse santa Francisca de la buena disposicion en que se hallaba su esposo, y le persuadió fácilmente á que en adelante viviesen como hermano y hermana, entregándose del todo á la oracion y al ejercicio de las obras de misericordia.

Viéndose ya con mayor libertad para dedicarse á sus devociones, alargó las riendas á su fervor y á su celo. Comia una sola vez al dia; prohibióse cási del todo no solo la carne, sino tambien el pescado; la ropa exterior y la interior eran de lana, sin volver á usar el lienzo; acostábase vestida, y no dormia mas que dos horas por la noche. Traia á raíz de las carnes un saco de cerdas ceñido con un cinto de hierro, que introduciéndose por ellas, la lastimaba mucho, causándola agudísimos dolores. La vista sola de estos instrumentos de penitencia, que aun se conservan con grande veneracion en su monasterio de las Oblatas, hace estremecer. Por mucho tiempo bebió por un cráneo, ó media calavera, para vencer su delicadeza y repugnancia. Tenia singularísima devocion á la pasion de Cristo, y pidió con instancias á este divino Salvador que la hiciese experimentar toda la amargura de su dolorosa pasion todas las veces que meditase en ella. Fuéla concedida esta gracia, y muchas veces la tuvieron por muerta por la vehemencia de los dolores que padecia.

Reducida á la familia precisa, y desembarazada en parte de su cuidado, vivia mas en los hospitales que en su casa. Ningun pobre vergonzante, ninguna doncella necesitada, y por lo mismo expuesta á mayor peligro, ningun infeliz se escondia á su vigilancia, á su solicitud, á su caridad y á su celo.

A vista de la virtud tan amable de nuestra Santa con sus discretas y piadosas conversaciones, pero mucho mas con sus ejemplos, perdieron el gusto del mundo muchas doncellas y viudas jóvenes, por la mayor parte personas de calidad. Inspiróla, pues, el Señor el pensamiento de fundar un monasterio de Oblatas, esto es, de vírgenes y matronas que, deseosas de renunciar las vanidades del mundo, se dedicasen enteramente á servir á Dios.

Como por parte del marido nunca hallaban embarazo estas piadosas ideas, antes bien encontraba siempre en él toda la docilidad que podia desear; emprendió aun en vida suya la fundacion del monasterio, que fue y es el dia de hoy uno de los mas ilustres y de los mas santos de la Iglesia, donde gran número de doncellas y señoras de la primera nobleza resucitan en sus personas el generoso desprecio de las vanidades y de las grandezas mundanas, y con el ejercicio de las mayores virtudes retratan fielmente á nuestros ojos las de su santa Fundadora, cuyo espíritu conservan con singular perfeccion.

Fundó santa Francisca este piadoso monasterio el año de 1425 bajo la regla de san Benito, añadiendo algunas constituciones particulares que ella misma escribió de su mano, y cinco ó seis años después las aprobó el papa Eugenio IV, poniéndose este nuevo Órden bajo la proteccion de la santísima Vírgen. Fue tanto el número de doncellas que abrazaron desde luego este devoto Instituto, que fue preciso edificar otro monasterio mas capaz. Dióselas el nombre de *Oblatas*, porque en lugar de *profesion*, como las demás religiosas, solo hacen *oblacion*.

Pocos años después perdió santa Francisca á su cuñada Vannoccia, mujer de Paulucci, compañera inseparable suya en la mayor parte de las obras de caridad, é imitadora fiel de sus virtudes. A la muerte de la cuñada se siguió la de Lorenzo Poncianis su marido, que sucedió el año de 1436. Viéndose con esto desembarazada nuestra Santa de todo lo que podia detenerla en el mundo, se fué á encerrar prontamente en su monasterio de las Oblatas, para acabar sus dias en el ejercicio de la penitencia, y en la observancia de la regla que ella misma las habia dado. Pidió de rodillas á sus propias hijas que la recibiesen, no como fundadora, sino como la mas inútil criada de la casa. Tomó el hábito de religiosa, é hizo su oblacion el mismo dia de san Benito del año 1437; y desde aquel punto no habia ministerio tan humilde, no habia oficio tan bajo, que no juzgase la venia muy ancho, teniéndose por muy honrada en que se le permitiesen ejercitar. Humillábase continuamente delante de las mas mínimas hermanas, y se reputaba por indigna de estar en su compañía.

Salia ella misma fuera de la ciudad á buscar la leña necesaria para la casa, trayéndola unas veces á cuestas, y otras sobre un jumento, que conducia por las calles mas públicas de Roma, no habiendo para Francisca mayor gusto, que cuando la hacian creer que todos

la despreciaban. Ya no hay que admirar que colmase el Señor de favores tan extraordinarios á una alma tan humilde.

Veíanla en la oracion ordinariamente arrebatada, y en estos maravillosos éxtasis la revelaba el Señor los misterios mas oscuros, ilustrándola con luces sobrenaturales. Concedióla el don de profecía, el de penetrar los corazones, y tambien el de los milagros.

Comunmente veia al Ángel de su guarda en figura de un niño hermosísimo vestido de blanco, y tan resplandeciente, que la iluminaba en medio de la noche, y solamente se la ocultaba cuando por algun pensamiento inútil, ó por alguna palabra ociosa la castigaba Dios, privándola de este insigne favor.

Viéndose obligada á admitir el oficio de superiora, no por eso alteró su humildad ni su recogimiento; y solo sirvió para manifestar mas su santidad por gran número de milagros. No hallándose en toda la casa mas que tres mendrugos de pan para ochenta religiosas, luego que echó la bendicion á la mesa, hubo bastante para todas. Trabajando un dia en cierta viña con las hermanas, y no encontrándose agua para apagar la sed que las afligia, se vieron las cepas cargadas de racimos frescos, aunque era por el mes de enero. Respetábanla las tempestades y las lluvias sin tocar á su persona cuando la cogian en campo descubierto. El príncipe de las tinieblas hizo los mayores esfuerzos para espantarla, para acobardarla, y aun para engañarla; pero en vano, porque los mas furiosos ataques de los espíritus malignos se convertian en mayor confusion de ellos mismos, quedando siempre victoriosa nuestra Francisca. En fin, su vida fue una eslabonada cadena de portentosas virtudes y de asombrosos prodigios, por donde fácilmente se comprenderá qué preciosa fue su dichosa muerte á los ojos del Señor.

Previnola de su cercanía una violenta fiebre, que la acometió y puso en consternacion no solo á sus hijas, sino á toda Roma; sola Francisca estaba llena de gozo viendo acercarse el feliz momento que la habia de unir con su Dios. Pronosticó que moriria el jueves, como sucedió en el dia 9 de marzo de 1440, á los cincuenta y seis años de su edad. Los milagros que obró en vida y en muerte determinaron al papa Paulo V á canonizarla, el año de 1608, haciendo la funcion con la solemnidad correspondiente á la gran veneracion que todo el mundo cristiano profesaba de muy largo tiempo á esta celebérrima Santa.

SAN PACIANO, OBISPO DE BARCELONA.

Fue san Paciano uno de los hombres mas sabios de su tiempo, y uno de los prelados que han dado mayor lustre á la cátedra Barcinonense, el cual mereció tener por panegirista al gran doctor de la Iglesia san Gerónimo. Debió florecer este Santo desde principios del siglo IV hasta el imperio de Teodosio, que comenzó por los años de 379, puesto que en los de 391, que era el décimocuarto de aquel Emperador, lo supone ya muerto el mismo san Gerónimo. No se sabe el lugar donde nació; aunque el haber sido obispo de Barcelona inclina á creer que era natural ó de esta ciudad, ó de alguno de los pueblos Laletanos, conforme al cánon XXIV del concilio de Iliberi, que prohibia ordenar á los bautizados en tierras lejanas; y esta era entonces la disciplina general de la Iglesia, aunque tuvo una ú otra excepcion.

Fue educado Paciano en los estudios de las buenas letras: lo que dejó escrito prueba haberle sido familiares desde muy jóven los escritores mas cultos de la antigüedad, latinos y griegos.

En su juventud abrazó el estado del matrimonio, del cual tuvo un hijo llamado Dextro, no el prefecto del pretorio del mismo nombre á quien san Gerónimo dedicó el Catálogo de los varones ilustres; sino aquel otro mozo esclarecido en piedad y letras, que escribió una historia general, de que hace mérito el mismo san Gerónimo.

Al decir de unos, Paciano abrazó el estado eclesiástico y recibió los órdenes sagrados libre ya del vínculo del matrimonio por haber muerto su mujer; distinguiéndose desde luego en el nuevo estado hasta el punto de ser elevado por universal consentimiento del clero y de todo el pueblo, á la dignidad episcopal. Al decir de otros, ascendió directamente del estado del matrimonio á aquella dignidad. Pudo ser lo uno y lo otro [1]; pero bien se deja entender cuál seria el

[1] Para que se entienda cómo san Paciano, aun siendo casado, pudo ser promovido á la silla episcopal de Barcelona, debe saberse que en aquellos tiempos eran muy pocos los solteros que al celibato juntasen las circunstancias que pide el Apóstol para el episcopado. Esta falta obligó muchas veces al clero y al pueblo á que para la eleccion de prelados pusiesen los ojos en aquellos padres de familia cuya sabiduría y vigilancia por el bien de sus domésticos, junto con la honestidad y santidad de vida, eran indicios casi seguros del tino con que habian de gobernar la Iglesia. Ejemplos hay de esta disciplina en san Hilario, obispo de Poitiers, en san Paulino, obispo de Nola, en Sinesio, obispo de Tolemaida, etc. Pero luego de elegidos estos obispos, quedaban separados de sus mujeres y obligados á continencia perpetua. Y las mujeres quedaban igualmente obligadas á guardar asimismo continencia perpetua, aun en el caso de fallecer los que habian sido sus maridos, *(Concil. Toled. 1. Can. XVIII*, y solian servir en la clase de diaconisas mientras se mantuvo este grado en la Iglesia.

mérito singular que en nuestro Santo reconocerian juntamente el clero y el pueblo, cuando en un tiempo tan calamitoso y tan triste para la Iglesia echó mano de él para que gobernase. De otra parte tenia el Santo bien previstas las formidables cargas del ministerio episcopal, y confiando en aquel Señor que las cargó sobre sus hombros, que le daria fuerzas para satisfacer sus deberes, se aplicó, luego que se consagró, á satisfacerlas con aquel celo y con aquella vigilancia que exige el Apóstol de los prelados perfectos colocados en el candelero de la Iglesia, sirviendo á los Cristianos de agradable consuelo, al paso que de grave terror á los herejes, contra los que guerreó gloriosamente: y como era tan sabio, escribió varios opúsculos llenos de aquella uncion que derrama el Espíritu Santo sobre los doctores de la Iglesia. Así lo acreditaron las tres cartas que escribió á Simproniano, hereje novaciano, contra los errores de esta secta, en las que brilló su erudicion, su santidad y su mansedumbre; no menos que en otra que dirigió al mismo sobre la dignidad, y sobre la inteligencia del nombre cristiano: manifestándole, que este solo conviene con verdad á los hijos obedientes á la santa romana Iglesia, que creen y confiesan la fe ortodoxa, y no á los herejes, sin embargo que se comprenden bajo esta determinacion. Tambien compuso un excelente Tratado sobre el sacramento del Bautismo, y otro libro que intituló: *Parenesim, ó Exhortacion á la Penitencia,* en el que hizo ver su ardiente celo por la salvacion de las almas, exhortando por él á sus ovejas con las expresiones mas vivas y mas eficaces á la práctica de una virtud tan importante para la remision de los pecados.

No menos se echó de ver el celo de san Paciano en la obra que se ha perdido, intitulada el *Cierro,* la cual escribió para desterrar del pueblo cristiano ciertas máscaras y fiestas gentílicas que en muchas provincias de Oriente y Occidente se celebraban el dia primero del año, disfrazándose mujeres y hombres en figura de ciervos y de terneras ó cabras, ú otros animales, para cometer á su sombra mil escándalos é impurezas. Desórdenes llorados de muchos Santos de los cinco primeros siglos, que á pesar de la penitencia impuesta por los cánones antiguos [1], duraba aun en tiempo de san Isidoro, y que sin duda alguna son las malas semillas de las máscaras y otras diversiones semejantes, con que aun en nuestros dias se preparan para celebrar la santa Cuaresma la mayor parte de los pueblos de la cristiandad.

[1] Los cánones penitenciales señalaban tres años de penitencia á los que hacian el ciervo ó la ternera ó becerro, si prometian enmendarse.

No impidieron al santo Prelado todas estas tareas literarias, que nos dan idea de su gran sabiduría, y de su ardoroso celo por la religion católica, el que surtiese á su grey con los saludables pastos de la doctrina evangélica, para que ella se conservase inviolable en el sagrado depósito de la fe con la misma pureza que la predicaron los Apóstoles; ni el que atendiese su ardiente caridad al socorro de todas las necesidades de sus ovejas, que experimentaron en él un padre piadosísimo, y un vigilantísimo pastor, que como tal continuó muchos años en las funciones de su ministerio hasta que llegó á una edad avanzadísima; haciéndose respetar no solo de los Cristianos sino de los herejes, que en vista de sus eminentes virtudes, no pudieron dejar de llamarle con el honroso nombre del venerable anciano. Finalmente, después que ilustró á su Iglesia con su celestial doctrina, que confirmó á los fieles con sus palabras y con sus ejemplos, y que redujo á no pocos extraviados al redil de Jesucristo, lleno de dias y de merecimientos, murió santamente á fines del siglo IV, no sabiéndose cosa cierta ni en órden al año de su muerte ni á la duracion de su pontificado. Sábese únicamente que no era ya san Paciano obispo de Barcelona por los años 393, en que su sucesor Lampio en esta misma ciudad ordenó de sacerdote á san Paulino, el que fue después obispo de Nola. (San Paulin. *ad Alip. Epist.*).

El alto concepto de santidad en que falleció el ilustre Prelado hizo que los fieles de Barcelona erigiesen en honor suyo una capilla y un altar donde le tributaron el culto debido; cuya festividad mandó en el año 1595 el ilustrísimo obispo de aquella ciudad D. Juan Dimas Loris, que se celebrase con rito de primera clase en el insinuado dia 9 de marzo; y queriendo el sínodo diocesano que se tuvo en Barcelona en el de 1600, siendo obispo de ella D. Alfonso Colona, elevar la veneracion del Santo hasta lo sumo, dispuso que se guardase su fiesta de precepto con prohibicion de toda obra servil.

Aunque las reliquias de san Paciano se perdieron poco tiempo después de su muerte en la irrupcion de los sarracenos, se conservaba la tradicion de que existian en una arca en la parroquial iglesia de San Justo y Pastor de la misma ciudad de Barcelona: y de esta arca se hizo reconocimiento público por el citado obispo D. Juan Dimas Loris en el año 1593, en la cual si bien se hallaron los huesos de un cuerpo humano, no se halló vestigio de su nombre.

Las obras limadísimas y muy piadosas de este santo Obispo se imprimieron por primera vez en Paris el año 1538. Veinte y seis años después Pablo Manucio las reimprimió en Roma en un tomo en folio,

añadiendo las obras de Salviano, Máximo, Sulpicio y otros. Tambien se han incluido en las Bibliotecas de los Padres antiguos en el tomo 2.° de la Coleccion que hizo el cardenal Aguirre de los concilios de España, y en el tomo 1.° en la reimpresion de esta obra que hizo en Roma Catalani á mitad del siglo pasado. Tambien las reimprimió el M. Florez entre los Apéndices del tomo 29 de la España sagrada. Últimamente D. Vicente Noguera, instado por el sabio obispo de Barcelona D. José Climent, tradujo al español las obras de san Paciano, la cual version, acompañada del texto latino, ilustrada con observaciones y notas, y un discurso preliminar acerca de la vida y escritos de nuestro Santo, se imprimió en Valencia el año 1780.

La Misa es en honra de santa Francisca, y la Oracion de la Misa es la que se sigue:

Deus, qui beatam Franciscam famulam tuam, inter caetera dona, familiari angeli consuetudine decorasti; concede, quaesumus, ut gratiae tuae intercessionis ejus auxilio, angelorum consortium consequi mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre otros admirables dones concediste á tu sierva santa Francisca la gracia de conversar familiarmente con su ángel; suplicámoste, que por su intercesion nos concedas, que algun dia merezcamos alabarte en compañía de los mismos espíritus celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Viduas honora, quae vere viduae sunt. Si qua autem vidua filios, aut nepotes habet, discat primum domum suam regere, et mutuam vicem reddere, parentibus: hoc enim acceptum est coram Deo. Quae autem vere vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus et orationibus nocte ac die. Nam quae in deliciis est, vivens mortua est. Et hoc praecipue, ut irreprehensibiles sint. Si quis autem suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum, quae fuerit unius viri uxor, in operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospicio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribula-

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa, y pagar lo que debe á sus padres, porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irreprensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hi-

tionem patientibus subministravit, si omne opus bonum subsecuta est.

jos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los piés á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

REFLEXIONES.

Es la viudez un estado de luto, de privacion y de retiro. Querer alegrarse, tomar gusto á las diversiones, exponerse demasiado al aire del mundo, es salir de su estado. Repartiendo san Gregorio, papa, á todos los fieles en diferentes clases, declara que las viudas pertenecen á la segunda. Realmente siempre han logrado en la Iglesia un lugar muy distinguido. (*In I Reg. lib.* IV, *cap. 4*). El mismo Dios quiso llamarse en la Escritura protector de las viudas, pero de aquellas que lo son verdaderamente, como dice san Pablo: *Quae vere viduae sunt;* esto es, de las que con su circunspeccion, con su piedad, con su modestia, con su retiro sustentan el honor de su viudez.

¡Qué indignidad, qué poca edificacion es ver á algunas viudas mozas volver á engolfarse en el mundo después de haber sido sacadas de él por un golpe de la divina Providencia, que principalmente se dirigia á su eterna salvacion, rompiendo con tiempo las dulces cadenas que las aprisionaban! ¡De cuántos escollos las habia apartado este dichoso golpe de tempestad! La mano de Dios fue la que de repente cubrió de sombras y de luto aquel exceso de vanidad, de profanidad y de galas. Aquellos ojos perpetuamente clavados en las criaturas jamás sabian levantarse hácia el cielo: aquel corazon pegado á la tierra habia perdido el gusto á los bienes celestiales. Embriagada el alma en los deleites, engañosamente inducida por los sentidos, y encantada con las falsas brillanteces del mundo, corria á su perdicion. Era menester quitar la máscara á tantos objetos disfrazados, hacerla palpar la vanidad de las alegrías del mundo, y que tocase con la mano la caduca instabilidad de los bienes aparentes. Para todo esto era indispensable romper aquel nudo, arrancarla aquella venda, estrujarla bien los ojos, y aplicarles algun colirio, que les hiciese exprimir lágrimas en abundancia, para que se la despejase la vista; finalmente, era menester rociar de amarga hiel todas las dulzuras mentirosas, que en el sabor eran almíbar, y en la sustancia veneno. Todo esto hizo Dios retirando del mundo á aquel esposo. La imágen de la muerte, el desvío de los objetos, la tristeza, los llantos, el retiro, aunque todo sea involuntario, todo contribuye para obligar á una alma, digámoslo así, á que á lo menos por algun

tiempo sea algo mas cristiana. Pero ¿por qué no perseverará en lo comenzado? ¿por qué no entrará en los designios de la divina Providencia? Deshizo el Señor los lazos que la aprisionaban: ¡qué lástima volver á fabricarse nuevas cadenas! Restituyóse dichosamente á su antigua libertad: ¡y no sosiega hasta volverse á ver en nueva servidumbre! Pocas segundas nupcias hay sin mucho arrepentimiento.

La viuda que se da á las diversiones, es muerta con apariencias de vida: Nam quae in deliciis est, vivens, mortua est. ¡Qué poco se gusta hoy en el mundo esta verdad! Pero ¿dejará de ser menos verdad, porque se guste poco en el mundo? Las diversiones mundanas son perniciosas á todo género de personas; pero infaliblemente tienen mas veneno para las de ciertos estados. No siempre es visible, ni se sigue prontamente la muerte del alma; pero no son menos dañosos ni menos mortales los venenos lentos que los ejecutivos.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum thesauro abscondito in agro: quem qui invenit homo, abscondit; et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum coelorum sagenae missae in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi: exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis haec omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno coelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas, y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar, que coge toda suerte de peces, y en estando llena, la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

De las adversidades.

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas comun ni menos conocida que las adversidades. En todas partes se hallan, y en todas se miran como puras desgracias. Con todo eso ninguna adversidad hay, que no pudiera ser muy útil si se conociera bien lo que vale.

Los Santos las estimaron siempre como favores. Ellas sirven de contraveneno á las pasiones: su amargura es un especial remedio contra el amor propio: no hay medicina mas eficaz para curar las ilusiones del corazon, y la ceguera del alma. La prosperidad embriaga, ó por lo menos deslumbra. Es muy dificultoso que el corazon no se ablande cuando todo se le rie, cuando todo le halaga y le lisonjea. Las adversidades hacen perder el gusto á las criaturas; contienen el admirable secreto de hacernos sensibles y deliciosos los bienes espirituales.

La prosperidad pega el corazon al mundo, fomenta el olvido de Dios, y nutre al alma en sus defectos. La adversidad tiene tres efectos contrarios: desprende el corazon de la tierra, únele á Dios mas fuertemente, cria y cultiva todas las virtudes.

Si somos buenos, las adversidades nos son útiles; si somos malos, nos son necesarias. ¡Qué inmenso caudal de méritos se halla en lo que se padece! Seguramente se puede decir que las adversidades son un tesoro escondido. Si es preciso satisfacer por las culpas, si son necesarias gracias preservativas, si es menester domar las pasiones, y desarmar de alguna manera al enemigo de nuestra salvacion, todo esto es propio de las adversidades. Nuestro divino Salvador espirando en una cruz hizo preciosos los trabajos. El árbol de la cruz en todo tiempo da frutos sazonados. ¡Ó mi Dios! ¡y qué poco conocemos lo que valen estos frutos!

Húyese de las cruces; mas no importa, ellas sabrán encontrarnos. En todas partes nacen, porque en todas están sembradas, y dentro de nosotros mismos llevamos las raíces. No hay que pensar en evitarlas, sino en aprovecharse de ellas. En llevándolas con paciencia se hacen mas ligeras, y en llevándolas con alegría se hacen dulces.

El primer fruto de las adversidades es la humildad. Nunca se conserva mejor la inocencia que entre las espinas. Son el sendero mas derecho, y tambien el mas breve para ir al cielo. Siendo esto así,

¡se miran con horror los trabajos! Mi Dios, ¡qué error tan comun! pero ¡qué error tan pernicioso! ¡Qué tesoro de gracias y merecimientos no hubiera adquirido yo, si me hubiera sabido aprovechar de los trabajos y adversidades! No por eso hubiera padecido mas. Ya se habia pasado su amargura, y solo me restaria la dulce esperanza del premio que me aguardaba. ¡Ó gran Dios! ¡y qué digno de compasion es un cristiano que no sabe hacerse dichoso por los trabajos!

Punto segundo. — Considera que es verdaderamente digno de admiracion, que un hombre que tiene fe no comprenda el precio y la indispensable necesidad de los trabajos. Penetra bien el sentido de estos oráculos: *El que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo.* (*Luc.* xiv). *Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome cada dia su cruz, y sígame; porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; y el que la perdiere por mí, la salvará.* Jesucristo es el que habla de esta suerte. Cuando llevamos las cruces con disgusto, cuando tratamos de desgracias á las adversidades, cuando bramamos á vista de la humillacion y de los trabajos, ¿creemos seriamente las palabras de Jesucristo?

No hay que esperar tener parte en los favores de nuestro Dios, y estar exentos de padecer. Desde que se estableció la ley de gracia, no hay privilegios para los escogidos del Señor en órden á los bienes y á las alegrías de este mundo, no hay para ellos exenciones, ni dispensas en órden á las cruces de esta vida. Habiendo padecido tanto el Hijo querido de su Padre, ¿seria razon que no padeciesen los que son especialmente amados del mismo Hijo? Habiendo sido varon de dolores Jesucristo, que se llama el predestinado por excelencia, ¿seria justo que los demás predestinados fuesen de carácter diferente? No hubo favorecido alguno del Señor que no hubiese bebido de su cáliz; antes bien esta es condicion precisa para aspirar á ser su favorecido: *Potestis bibere calicem?* Pues ¿cómo se han de tener por desgraciados los que logran este privilegio?

Muchos beben cada dia, pero sin pensar en ello, el cáliz del Salvador. Tantas desgracias que les suceden; tantas injusticias como les hacen; tantas persecuciones como padecen. ¡Cuántos disgustos hay que tragar, cuántas humillaciones, cuántas contradicciones, cuántas mortificaciones, cuántas zancadillas, cuántas pesadumbres, cuántas enfermedades que no se pueden evitar! Esta es la porcion del cáliz que Dios les ha preparado; mas por cuanto no se considera como

porcion del cáliz de Jesucristo, de aquí nace que solo encuentran en él hieles y amargura. Si se quiere gustar su dulzura, mírense con ojos cristianos las adversidades como medios para la salvacion, como prendas del amor del Señor, como tesoro de los escogidos, y como herencia propia suya. El que se halla humillado, súfralo con paciencia y con resignacion; padezca con sumision y con accion de gracias. Entonces los trabajos no solo serán meritorios, sino que le servirán de consuelo: el cáliz no será amargo, y solamente se encontrará en él dulzura y suavidad. Así lo experimentó dichosamente santa Francisca.

¡Ah, Señor! ¡y cuánto siento no haberme sabido aprovechar hasta ahora de este tesoro escondido! Muchas veces he bebido el cáliz sin saber que era vuestro. Yo prometo, Señor, con toda la confianza que me inspira vuestra divina gracia, mirar en adelante con respeto las adversidades. Dignaos darme aliento para ello.

Jaculatorias.—Bueno es, Señor, para mí que me hayais humillado, porque así aprenderé á guardar vuestros mandamientos. (*Psalm.* CXVIII).

Sí, mi Dios, en los golpes que descargais sobre mí encuentro yo mi mayor consuelo. (*Psalm.* XXII).

PROPÓSITOS.

1 Tenemos un gran pontífice, dice san Pablo, que sabe compadecerse de nuestros males, y para sentirlos mas, quiso primero experimentarlos en su persona. Compadecióse de su pueblo en el desierto; enterneciose al ver el luto de la viuda de Naim; lloró sobre el sepulcro de Lázaro. Pero si se lastima tanto de nuestros trabajos, ¿en qué consiste que guste de ver metidos en ellos á lo que mas quiere? Aquí hay sin duda misterio. Es que los trabajos, las humillaciones, las aflicciones nos son útiles, nos son necesarias. Toda prosperidad es sospechosa, y por lo menos arriesgada. Pocas virtudes dejan de bastardear en medio de una larga prosperidad. Corrige un modo de hablar muy comun, pero poco cristiano que se estila hoy en el mundo: guárdate bien de llamar desgraciados á los que padecen trabajos. Las cruces, ya sean castigo, ya sean prueba, siempre son respetables en comenzando á ser cruces. ¿Tienes parientes pobres? ¿Ha sucedido algun trabajo á alguno de tus amigos? ¿Conoces alguna familia llena de necesidad y de miseria? Pues mira á todas esas personas como almas privilegiadas: visítalas, consuélalas,

ofrécelas tus buenos oficios, y tente á tí mismo por infeliz cuando todo te se rie. Es cosa disonante, es vergonzosa, y aun en cierta manera escandalosa, que los Cristianos miren con horror las cruces. No desmintamos nuestras máximas con nuestras obras, y acordémonos que no son los mas dichosos los dias mas serenos, los mas tranquilos, los mas risueños del mundo. Discurre, habla y obra de aquí adelante segun esta filosofía moral.

2 Imponte una como ley de dar siempre gracias á Dios así en la prosperidad como en la adversidad: *Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare non suscipiamus?* (*Job*, II). Si recibimos como venidas de la mano de Dios las prosperidades, ¿por qué no recibirémos como venidas de la misma mano las adversidades? Bien se puede recurrir á los Santos para conseguir de Dios por su intercesion que nos preserve de ciertos contratiempos, que nos libre de ciertas enfermedades; pero siempre ha de ser con el correctivo de si conviniere para mayor gloria de Dios, y bien de nuestras almas. Con este mismo espíritu debes pedir al Señor por intercesion de san Francisco Javier aquellas gracias que juzgas necesarias. Sin la virtud de la paciencia no puede pasar el cristiano.

Oracion para el sexto dia de la Novena.

Glorioso san Francisco Javier, que destituido de todo humano consuelo, consumido de trabajos, reducido á la última extremidad, y cargado de injurias por Jesucristo, conservaste siempre una paciencia inalterable; suplícote me alcances esta magnánima virtud con la gracia de saber aprovecharme bien de los trabajos de esta vida, y al mismo tiempo la que en particular te pido en esta Novena; pero siempre con perfecta sumision á la voluntad de mi Dios, no queriendo cosa alguna, sino á su mayor gloria. Amen.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

Los cuarenta santos Mártires, en Sebaste de Armenia. *(Véase su historia en las de este dia).*

El tránsito de los santos mártires Cayo y Alejandro, en Apamea de Frigia, los cuales, segun refiere Apolinar, obispo de Hierápolis, en el libro que escribió contra los herejes Catafrigas, fueron coronados con glorioso martirio en la persecucion de Marco Antonio y de Lucio Vero.

El triunfo de cuarenta y dos santos Mártires, en Persia.

Los santos mártires Codrato, Dionisio, Cipriano, Anecto, Pablo y

Crescente, en Corinto, los cuales fueron degollados en la persecucion de Decio y de Valeriano por órden del presidente Jason.

San Víctor, mártir, en el África, en cuya festividad predicó san Agustin un sermon al pueblo.

San Macario, obispo y confesor, en Jerusalen, á cuya instancia Constantino y Elena mandaron expurgar los santos lugares, y construir en ellos iglesias de cristianos.

La dichosa muerte de san Drotoveo, abad, en Paris, discípulo de san German, obispo.

San Atalo, abad, en el monasterio de Boby, esclarecido en milagros.

SAN MELITON Y COMPAÑEROS MÁRTIRES, Ó SEAN LOS CUARENTA SANTOS MÁRTIRES EN SABASTE.

Al mismo tiempo que el emperador Constantino hacia triunfar la Iglesia de Jesucristo en su imperio de Occidente, su cuñado Licinio perseguia en todo el Oriente con bárbara crueldad á los Cristianos. Vencido por Constantino en el año de 314, y obligado á cederle la Iliria y la Grecia, entró en tanto furor, que no pudiendo explicar su venganza en el vencedor, descargó toda la cólera sobre los Cristianos, á quienes en todas partes protegia el piadoso Constantino, y les hizo una cruel guerra.

Al principio procedió con algun reparo, y para perseguirlos buscaba algun pretexto político fundado en razon de estado; pero después se declaró abiertamente contra la Religion, y para ofender mas á Constantino resolvió exterminar de todo su imperio á los Cristianos.

Fue horrible y sangrienta la persecucion en todo el Oriente. Inventáronse nuevos tormentos; hubo pocos ministros de Jesucristo que no rubricasen la fe con su sangre; pocos cristianos que no fuesen ó sepultados en espantosos calabozos, ó desterrados á países bárbaros é incultos, ó coronados del martirio.

Los mártires mas ilustres que debe la Iglesia á esta sangrienta persecucion fueron los cuarenta soldados de Sebaste. San Gregorio Niseno los llama defensores de la fe, y torreones de la ciudad de Dios, siendo pocos los santos Padres que no les consagren tambien semejantes ó mayores elogios.

Hácia el fin del año 319, quitándose la máscara Licinio, y declarándose enemigo capital de los Cristianos, expidió un decreto mandando á sus gobernadores que obligasen á rendir sacrificios á los ídolos á todos los vasallos de su imperio.

Uno de los que se mostraron mas celosos en dar puntual cumpli-

miento á las órdenes del Emperador fue Agrícola, gobernador de Capadocia y de la menor Armenia, que tenia su residencia en la ciudad de Sebaste. Apenas se publicó en la ciudad el decreto de Licinio, cuando cuarenta soldados de la guarnicion, todos jóvenes, todos bien dispuestos, todos de valor, y todos distinguidos en la tropa por sus señalados servicios, fueron á presentarse al Gobernador, y le declararon intrépidamente que eran cristianos, y que estuviese cierto, que ningunos suplicios serian capaces de moverlos á abandonar la religion que profesaban. Llegó á este tiempo Lysias, general de la frontera, y pareciéndole que su autoridad y sus razones podrian bastar á reducirlos, les representó que habiendo merecido por sus bellas acciones los elogios, y aun el favor del Soberano, no solo perderian su fortuna desobedeciendo á sus órdenes, sino que seguramente se precipitarian en las mayores desdichas, padeciendo por fin de ellas una muerte ignominiosa.

Pero la pronta y generosa respuesta de los héroes de Jesucristo convenció desde luego así al General como al Gobernador, que primero perderian la vida que la fe. No espereis respondieron á una voz, ni deslumbrarnos con vanas promesas, ni intimidarnos con grandes amenazas. No queremos honras á que está aneja una eterna ignominia, ni nos apacentamos con fantásticas quimeras. Toda nuestra fortuna, toda nuestra dicha, y toda nuestra gloria es morir por Jesucristo, único y verdadero Dios; porque esos vuestros ídolos son un pedazo inanimado de metal ó piedra, tan distantes de ser dioses, que ni aun por hombres los puede reconocer quien fuere racional.

El Gobernador, que era naturalmente feroz, colérico y cruel, mandó que al instante los desarmasen, que los cargasen de hierro, y que habiéndoles despedazado á azotes, fuesen aplicados á la tortura. Fue asombro hasta de los mismos paganos la alegría con que padecieron estos tormentos; pero eran mas que preludio del cruel martirio que les esperaba. Siete dias estuvieron los santos Mártires cargados de prisiones en un oscuro calabozo, aumentándose cada dia su aliento y su fervor. Al cabo de este tiempo desesperando el Gobernador y el General de poderlos reducir, los condenaron todos á muerte. Era hácia el fin del invierno, que en aquel país es rigorosísimo, y se aumentaba entonces el rigor con un frigidísimo Norte que soplaba á la sazon. Sentenciólos el juez á que muriesen todos al rigor del frio, exponiéndolos desnudos á la inclemencia del hielo.

Luego que los santos Mártires tuvieron noticia de la inicua sentencia que se habia fulminado contra ellos, se hincaron todos de ro-

dillas, y rindieron gracias al Señor por la merced que les hacia de derramar su sangre, y dar su vida por su gloria. Después de esto esforzándose unos á otros se decian mutuamente: ¡Cuántas veces hemos despreciado la muerte en medio de los combates! ¡en cuántas funciones hemos expuesto atolondradamente nuestra vida en servicio del Emperador! ¡Qué gloria, qué dicha, amados compañeros, padecer ahora en defensa de la justicia y de la verdad; y poder morir por aquel Señor, que por redimirnos á nosotros ofreció su vida, y derramó su sangre hasta la última gota! Levantando después todos las manos y los ojos hácia el cielo exclamaron fervorosos: *Cuarenta entramos en el combate; número misterioso: haced, Señor, que todos cuarenta seamos coronados.*

Acabada esta oracion, los sacaron de la cárcel cargados de prisiones, y los condujeron al lugar del suplicio. Era este una laguna fuera de la ciudad; pero tan inmediata á las murallas, que cási las bañaba. Un frio de los mas agudos, y de los mas violentos que jamás se habian conocido, tenia tan helada esta laguna, que pasaban por encima del hielo los caballos, y los carros con toda seguridad. En ella habian sido condenados los santos Mártires á pasar la noche; mas porque la tentacion hiciese mayor guerra á la constancia, habia mandado el tirano que enfrente de la laguna se encendiese una grande hoguera, y que estuviese prevenido un baño de agua caliente, con órden de pasar á él inmediatamente á los que cediendo al rigor del frio quisiesen renunciar la fe por salvar la vida.

Apenas llegaron á la orilla de la laguna, cuando ellos mismos se desnudaron con apresurada alegria, y corrieron al suplicio con tanta intrepidez, que asombró á los asistentes; pero turbose este gozo con un funesto accidente.

Ya el rigor del frio habia hendido los cuerpos de los santos Mártires en espantosas grietas, causando horror el mirarlos, y siendo el dolor que les afligia el mas vivo y el mas agudo, que apenas se puede discurrir. Los guardas se habian quedado dormidos al amor de la hoguera: solo velaba el carcelero junto al baño caliente, cuando á media noche vió con mucho espanto suyo iluminado todo el espacio de la laguna que ocupaban los santos Mártires, descubriéndose tan claro y tan resplandeciente como la luz del mediodia. Levantó los ojos para examinar de dónde podia venir aquel resplandor brillante, y advirtió una tropa de Ángeles, contando hasta treinta y nueve, que cada uno traia en la mano una corona. Ya no se le ofrecia razon de dudar de que el Dios de los Cristianos era el único verdadero Dios,

y que enviaba aquella tropa celestial para coronar la constancia y la fidelidad de sus generosos siervos. Pero ¿qué es esto? se decia él á sí mismo: los que han combatido tan generosamente por la fe son cuarenta, y las coronas no son mas que treinta y nueve. Así discurria el carcelero, cuando reparó que un infeliz apóstata, vencido del frio habia renegado de la fe, y arrastrando por el hielo hácia la orilla de la laguna, venia haciendo señas con la mano para que le sacasen, y le metiesen en el baño, declarando con esta demostracion que estaba pronto á rendir adoracion á los ídolos.

Alargóle la mano el carcelero; pero apenas entró en el baño el infeliz cuando espiró miserablemente, pasando desde el agua caliente á las eternas llamas del infierno. Mas la bondad del Señor, que no queria fuese sin efecto la oracion que le habian hecho los santos Mártires, ni que el demonio triunfase insolente por mas tiempo de su conquista, se dignó reemplazar prontamente al que se habia perdido; porque movido el carcelero de las maravillas que acababa de ver, y convertido de repente, se apresuró á ocupar la plaza que estaba vacante. Despierta á los compañeros, declárales con valerosa intrepidez que ya es cristiano; protesta que renuncia con todo el corazon y con toda el alma las supersticiones gentílicas; despójase él mismo de sus vestidos; pide en alta voz á los santos Mártires que rueguen á Jesucristo le conceda la gracia de morir en su compañía; corre esforzadamente á la laguna, y ocupa el lugar del soldado reprobado, mereciendo recibir aun visiblemente su corona. Fue universal, fue indecible la alegría de los santos campeones al ver accion tan generosa; y la fe viva, la magnanimidad del nuevo compañero, consoló luego el dolor de que estaban penetrados por la perdicion del apóstata infeliz.

Aun daban señas de vida los santos Mártires cuando amaneció el dia siguiente; de lo que informado el Gobernador, mandó que todos fuesen quemados para que acabasen de espirar con nueva especie de agudísimos dolores. Sácanlos de la laguna, y arrójanlos á todos en diferentes carros para conducirlos á la hoguera. Solo reservaron á Meliton, que como el mas jóven era tambien el mas robusto de todos, y habiendo resistido mas á la violencia del frio, conservaba todavía bastantes espíritus vitales. Parecióles á los guardas, que separado de sus compañeros seria mas fácil el vencerle. Pero su madre, que siendo cristiana no le habia perdido de vista en los tormentos, elevándose sobre los movimientos de la naturaleza, y superior á la flaqueza del sexo, le cogió ella misma entre sus brazos; y conociendo en la dulce

halagüeña alegría de sus ojos, ya medio apagados, el gusto que le daba en no apartarle de sus ilustres compañeros: *Anda, hijo mio*, le dijo; *vé á dar fin á tu sacrificio con la vida, para dar principio á otra dichosa, que no se acabará por toda la eternidad;* y diciendo esto le arrojó en uno de los carros.

Fueron echados los santos Mártires en una grande hoguera, y aunque el Gobernador dió órden para que sus cenizas fuesen arrojadas en el rio, los Cristianos, ya á fuerza de dinero, ya con otros arbitrios, tuvieron modo para recogerlas, extendiéndose tanto estas preciosas reliquias, dice san Gregorio Niseno, que apenas hay país en la cristiandad que no esté enriquecido con este tesoro, y donde no se profese singular veneracion á los cuarenta Mártires. Sus nombres, segun se hallan en las actas más antiguas, son los siguientes: Quirion, Cándido, Domno, Meliton, Domiciano, Eunoico, Sisino, Heraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Heliano, Ecdicio, Acacio, Vibiano, Elio, Teódulo, Cirilo, Flavio, Severiano, Valerio, Cudion, Sacerdon, Prico, Eutiquio, Eutiques, Smoragdo, Filoctémon, Aecio, Nicolás, Lisímaco, Teófilo, Xanteas, Angeas, Leoncio, Hesiquio, Cayo y Gorgonio.

La Misa es en honra de estos Santos, y la Oracion de la Misa es la siguiente:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que experimentemos benignos para favorecernos á los gloriosos mártires, que veneramos, tan firmes para confesaros. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XI *del apóstol san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper, et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt,

Hermanos: Los Santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y

tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus, in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terrae. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt: in Christo Jesu Domino nostro.

además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: hombres que no los merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

No solamente vive el justo por la fe, sino que en cierta manera se puede decir que la fe es el móvil principal, ó á lo menos uno de los principales de las mayores acciones del justo. La fe es la que le infunde aquel gran valor, la que le da aquel claro discernimiento, la que quita la máscara á los objetos mas engañosos, la que descubre lo aparente de su brillantez: la fe sola, por oscura que sea, es la que produce en el alma verdaderas luces.

Tenemos poco amor de Dios, poca confianza en Dios, poca virtud y poco valor, porque tenemos poca fe. Se obra con desidia, cuando se cree con tibieza. No digamos ya que el camino del cielo es escabroso; que el yugo del Señor es pesado; que los frutos de la cruz son desabridos; que los mandamientos de la ley de Dios son arduos; que la misma ley es austera: digamos que nuestra fe está medio apagada, está agonizando, está cási muerta. Una fe viva todo lo halla fácil.

Discurramos á proporcion de la fe divina, como discurrimos sobre la eficacia de la fe natural y humana. Por los efectos se ha de juzgar propiamente de la calidad de la fe.

¿Por qué aquel hombre mundano se dedica con tan continua, con tan mortal fatiga al trabajo? ¿Por qué aquella intolerable servidumbre á las obligaciones mas menudas del empleo? ¿Por qué aquella servil dependencia del negocio, de la corte, del ejército? Solo porque se cree ser medio seguro para adelantar, ó cási el único para hacer fortuna.

Es duro, y muy duro arrancarse de la dulce compañía de los padres; separarse de todo lo que mas se estima, y mas se ama en el mundo; ir á exponer la vida á mil peligros, á la inconstancia de las ondas, á la violencia de los vientos, al furor de las tempestades. Con todo eso, ¿se cree que este viaje es necesario para el negocio, para

la familia, para el interés? Pues no se consulta ni á placeres, ni á inclinacion, ni á delicadeza. Aquel jóven, heredero quizá de grandes mayorazgos, en quien están colocadas las esperanzas todas de su ilustre familia, ¿seria bien escuchado, si al tiempo de ir á asaltar una brecha, ó de embestir al enemigo, se excusase diciendo: No puedo exponerme á ese peligro, porque soy jóven, porque soy heredero, porque soy noble? Dura es la condicion, pero no importa: desde que plugo al mundo hacer de ella punto de honra, desde que se juzga necesaria para hacer fortuna, para hacer su corte, para conseguir la gracia del príncipe, no se delibera, es menester sujetarse á la ley por dura que sea. No es necesaria la aplicacion de estas verdades prácticas, y seria cosa vergonzosa descender á un menudo cotejo de ellas con nuestra fe.

Aquellos grandes del mundo, aquellos afortunados del siglo, aquellos hombres vanos que se apacientan de grandezas, que solo sirven á sus pasiones, que idolatran en su concupiscencia, que gastan los dias enteros en delicias y en pasatiempos: todas estas personas ¿creen por ventura en un Dios crucificado? ¿Creen las verdades terribles de nuestra Religion? ¿Entran á la parte en el objeto de su fe las máximas de Jesucristo? ¿Creen que el Evangelio debe ser la única regla de su conducta?

Aquella mujer mundana, únicamente ocupada en sus entretenimientos; aquella á quien la han nacido las canas y las rugas en el juego, en las fiestas y en los espectáculos, ¿cree que para ser discípula de Cristo es menester renunciarse, negarse á sí misma? ¿que la vida cristiana es una vida humilde y mortificada? ¿que las diversiones del mundo están por la mayor parte emponzoñadas, que en él todo es lazos, todo es escollos, todo es peligros? Viviendo como se vive hoy en el mundo comunmente, ¿habrá quien tenga valor para ser responsable de su fe?

El Evangelio es del capítulo VI *de san Lucas, pág.* 55.

MEDITACION.

De la falta de perseverancia.

PUNTO PRIMERO. — Considera los muchos que de todas partes concurrieron á oir y á seguir al Salvador del mundo, y los pocos entre toda aquella inmensa muchedumbre que perseveraron.

Mas de cinco mil personas lo abandonaron todo, olvidándose hasta de su misma comida, por seguirle en el desierto; pero esto no duro

mas que tres dias. Cuando entró triunfante en Jerusalen salió á recibirle fuera de la ciudad una prodigiosa multitud de pueblo, llenándole de aclamaciones; pero se acabó todo en pocas horas. De toda la Judea, y hasta de las partes mas remotas de Tiro y de Sidon, concurria á enjambres todo género de gentes, así para escuchar sus divinas palabras, como para ser curados los enfermos de sus molestas dolencias. No hay quien no reciba algun beneficio de su poderosa mano: no hay quien no sea ó materia ó testigo de algun milagro: pero ¡cuántos réprobos se hallaron en aquella muchedumbre! Y de esto ¿quién tendria la culpa? El Salvador á ninguno excluye de su liberalidad benéfica: á nadie niega su gracia. Aquella preciosa sangre derramada no solamente por nosotros, como dice el evangelista san Juan, sino universalmente por todos; aquella redencion superabundante; aquellos amorosos solícitos convites; aquellos ejemplos concluyentes; aquellas divinas parábolas; todo esto prueba, que á la verdad, la perseverancia es efecto de la bondad de Dios; pero que la falta de ella es puramente obra de nuestra malicia. Es cierto que es menester pedir á Dios incesantemente el don de la perseverancia; pero no es menos cierto que ningun réprobo dejará de echarse á sí mismo la culpa por toda la eternidad de no haber perseverado.

Ninguno de los convidados al festin concurrió á él. Por lo que toca al rey ya habia hecho todo el gasto: en mano estaba de los convidados ocupar cada uno su lugar. ¿Quién tendria la culpa de que ninguno le ocupase? ¡Oh Señor, y qué mal usamos á cada paso de nuestra libertad! Pero Dios á ninguno quiere hacer violencia.

¡Con cuántas celestiales gracias nos previene! ¡Y quién podrá pensar sin admiracion, sin una especie de pasmo los señalados beneficios de que nos colma! Él mismo nos advierte que el festin está preparado; él nos convida; él nos insta; él en cierta manera nos obliga. ¡Qué no promete á los que se resuelven á seguirle! ¡Qué bondad, qué liberalidad no ejercita con los que quieren ser sus discípulos! Nada de esto ignoramos nosotros: todos estamos no solo instruidos, sino persuadidos á unas verdades tan llenas de consuelo: gustado hemos no pocas veces la dulzura, la suavidad que se experimenta en seguirle. Pero al fin se comienza á perder el gusto; se da oidos al amor propio; se concede demasiada licencia á los sentidos; se deja el alma engañar de los vanos atractivos del mundo: estos son los funestos escollos donde al cabo se estrella la perseverancia. ¡Oh mi Dios! ¡y qué medidas no debemos tomar desde luego para evitar la desgracia de estrellarnos!

Punto segundo.—Considera que no hay cosa en que mas se deba pensar, ni que con mayor instancia se deba pedir á Dios que el don de la perseverancia final, porque de ella depende nuestra eterna felicidad. Todo el secreto para conseguirla consiste en no aflojar jamás en el ejercicio de la virtud, en servir á Dios con fidelidad, y en que nuestra conducta no desmienta su servicio. Seamos fieles á Dios, que Dios será fiel en cumplirnos sus promesas. Dios quiere seriamente que todos nos salvemos: querámoslo todos con la misma seriedad, y seguramente, mediante su divina gracia, que nunca nos faltará; todos nos salvarémos.

¡Qué espantoso, qué terrible es el ejemplo del infeliz apóstata entre nuestros santos Mártires! Habia sufrido muchos tormentos con valerosa constancia: habia confesado la fe con generosidad: cási tocaba ya el fin de su gloriosa carrera. ¡Oh Dios mio! ¡y qué dichosos principios! Ea, que ya se ha vencido la mayor dificultad; una media hora no mas, pocos instantes de padecer le merecia una eternidad de descanso, de gozo, de delicias. Pero en el mismo punto en que iba á recibir la corona, se disgusta, retrocede y apostata: sus compañeros entrán en la gloria, y aquel infeliz en el mismo momento es precipitado en los infiernos. Y á vista de esto, ¡habrá quien afloje en el servicio de Dios sin asustarse! ¡habrá quien vuelva atrás sin estremecerse!

La caida fue espantosa, fue verdaderamente horrible; pero es muy verosímil que ya de antemano amenazaba ruina el edificio: y la oracion que los santos Mártires hicieron al entrar en el campo de batalla daba á entender bastantemente que no contaban igualmente con la virtud de todos.

Dichoso el hombre que perpetuamente desconfia de su propio corazon, y por consiguiente de su propia virtud: dichoso aquel que trabaja continuamente en el negocio de su propia salvacion con temor y con temblor. ¿Qué se ha de pensar, ni qué se debe esperar de ese tedio al servicio de Dios, de esa inconstancia en los fervores, de esos recursos á los consuelos, á las diversiones del mundo, y de esas detestables máximas? La falta de la perseverancia final pone el sello á la reprobacion. Pues ¿quién no temerá esa falta de perseverancia? Ella es una gracia que no podemos merecer; pero tambien es una gracia que si nos falta, siempre es por culpa nuestra. Pues ¡con qué vigilancia, con qué fidelidad no nos debemos aplicar al cumplimiento de nuestras obligaciones! Y aun en la misma devocion, ¡qué humilde desconfianza es necesario tener!

¿Se podrá contar con demasiada seguridad sobre los dones sobrenaturales que se han recibido de Dios, sobre los trabajos que se han padecido por su Majestad, sobre los servicios que se le han hecho? ¡Ah! que Salomon se pervirtió á pesar de los dones que habia recibido del cielo; Judas se perdió á los ojos del mismo Salvador, y el infeliz soldado de nuestra historia, después de padecidos tantos tormentos apostató. ¿Qué se ha de inferir de todo esto? Que es menester trabajar en el negocio de la salvacion con temor, pero con confianza; que es necesario pedir á Dios sin cesar el don de la perseverancia, y mirar con un santo horror la menor tibieza, la menor relajacion. Ninguna cosa afianza tanto la perseverancia como la continuacion en el fervor.

Divino Salvador mio, ¡cuántos motivos tengo yo para gemir y para temer á vista de mi infidelidad, y de mis frecuentes reincidencias! pero todo lo espero de vuestra misericordia, y confio me habeis de conceder por vuestra bondad y por la intercesion de la santísima Virgen y de estos santos Mártires, aquella perseverancia final que incesantemente os pido; como tambien la gracia de serviros en adelante con una inviolable fidelidad, y con un fervor inalterable.

Jaculatorias.—Vos, Señor, habeis de fijar mis pasos en el camino del cielo, para que no se tuerzan, ni aun titubeen. (*Psalm.* xvi).

No, mi Dios, no aflojaré por cuanto hay en el mundo en el ejercicio de la virtud, que comencé á practicar con vuestra divina gracia. (*Job,* xxvii).

PROPÓSITOS.

1 El que perseverare hasta el fin, dice el Salvador, ese se salvará. No basta perseverar, si no se persevera hasta el fin. Ni se da la corona mientras dura el combate, porque es fruto de la victoria; y toda la vida es tentacion y pelea. El medio de lograr esta perseverancia es conservar toda la vida una extrema delicadeza de conciencia, añadiendo á ella el ejercicio del profeta Rey, que cada dia renovaba su fervor, como si en aquel mismo dia comenzara. Comprende bien la utilidad de este ejercicio: nada te disimules, nada te perdones en punto de flojedad: el mas leve descuido en esta materia debe asustarte. Has de mirar las mas pequeñas imperfecciones como heridas ligeras, que pueden tener graves resultas, si no se hace caso de ellas; y segun el consejo de san Gregorio y de san Crisóstomo, has de temer mas en cierta manera las faltas leves, que los pecados gra-

ves. Cada dia debes hacer cuenta que es el primero de tu conversion: cada dia has de renovar tus propósitos, y decir con el Profeta: *Dixi, nunc coepi.* Repite estas palabras al acabar la oracion de la mañana: Hoy comienzo á servir á Dios, á amar á Dios, á declararme altamente por el partido de Dios, á domar mis pasiones, mi natural, mis inveteradas costumbres, como si fuera hoy el principio de mi carrera: *Dixi, nunc coepi.* Sí, mi Dios, desde este momento comienzo á serviros con fervor. No te olvides de repetir lo mismo en la misa, y muchas veces entre dia, haciendo á Dios todos los dias alguna oracion particular para conseguir de su Majestad el don de la perseverancia final, y podrá ser la siguiente:

«Dios mio y Salvador mio, que únicamente me criásteis para que «os amase, y que sinceramente quereis mi salvacion; haced que yo «corresponda eficazmente á una voluntad y á un fin que son tan ven«tajosos para mí. Mucho os costé, Redentor mio, y no habeis de per«mitir que yo me pierda. Suplícoos me concedais por los méritos de «vuestra santísima pasion y muerte todas las gracias que necesito; pe«ro sobre todas ellas la perseverancia final. Yo os la pido en nombre de «vuestro querido Hijo, objeto de toda vuestra complacencia. Virgen «santa, interceded por mí para con vuestro Hijo preciosísimo.»

2 No habiendo cosa mas importante que la perseverancia final, tampoco hay otra que se deba pedir á Dios con mayor instancia. Empeña á este fin los santos que son de tu mayor devocion y confianza, y no dejes de pedírsela á Dios durante esta Novena, por intercesion de su siervo san Francisco Javier, cuyo fervor, aunque fue tan extraordinario desde el primer instante de su conversion, creció siempre hasta el último momento de su vida. La salvacion pende de la buena muerte.

Oracion para el séptimo dia de la Novena.

Glorioso san Francisco Javier, que consumido de trabajos por la gloria de Jesucristo, después de haber convertido á la fe tantos reinos, después de haber levantado mas de seis mil iglesias al verdadero Dios, y después de haber bautizado mas de un millon de infieles, espirásteis sobre los peñascos de la isla de Sanchon, privado de todo humano consuelo, pero abundantemente colmado de los divinos; alcanzadme, os ruego, de mi Salvador Jesucristo la perseverancia final, y que muera santamente con la muerte de los Santos, juntamente con la gracia que os pido en esta Novena, si fuere conducente para que yo consiga esta dichosa muerte. Amen.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Heraclio y Zósimo, en Cartago.

El martirio de los santos Cándido, Piperion y otros veinte, en Alejandría.

Los santos mártires Trofimo y Talo, en Laodicea de Siria, los cuales en la persecucion de Diocleciano, después de crueles tormentos alcanzaron la corona de la gloria.

La conmemoracion de muchos santos Mártires, en Antioquía, de los cuales algunos por órden del emperador Maximiano fueron puestos sobre parrillas encendidas, y asados, no para matarlos presto, sino para mas largamente atormentarlos; otros padecieron diferentes y cruelísimos tormentos; consiguiendo todos la palma del martirio.

Los santos Gorgonio y Firmo, item.

San Eulogio, presbítero, en Córdoba, el cual en la persecucion de los sarracenos mereció ser compañero de los Mártires de aquella ciudad, cuyos combates padecidos por defender la fe católica habia escrito con sumo cuidado. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Eutimio, obispo, en Sardis, el cual por venerar las santas imágenes, primeramente fue desterrado por órden del emperador Miguel, destruidor de las imágenes, y después consumó el martirio siendo emperador Teófilo.

San Sofronio, obispo, en Jerusalen.

San Benito, obispo, en Milan.

San Fermin, abad, en territorio de Amiens.

San Constantino, confesor, en Cartago.

San Pedro, confesor, esclarecido en milagros, en Babuco en la campaña de Roma.

SANTA PERPETUA Y FELÍCITAS Ó FELICIDAD, MÁRTIRES.

La preciosa muerte de estas ilustrísimas Mártires sucedió en el dia 7 del presente mes *(véase el Martirologio romano en dicho dia)*; pero como en él celebra la santa Iglesia la fiesta de santo Tomás de Aquino, reservó al dia 11 la piadosa historia del martirio de estas dos insignes Santas, cuyos magníficos elogios repetia san Agustin con tanta frecuencia, que era ya costumbre suya el proponerlas á su pueblo como eficacísimo modelo para confundir á los cobardes y para animar á todos al ejercicio de la virtud.

Habiendo publicado el emperador Severo un edicto en que mandaba se quitase la vida á todos los cristianos que no quisiesen sacrificar á los dioses del imperio, Minucio Timiniano, procónsul en la provincia de África, excitó contra ellos una de las persecuciones mas crueles. Desde los principios de ella fueron presos en Cartago cinco

jóvenes catecúmenos, cuyos nombres eran Revocato, Saturnino, Secóndulo, Perpetua y Felícitas.

Era Perpetua una dama de veinte y dos años, de nobilísimo nacimiento, bellamente educada, de grande discrecion, pero de mayor piedad. Vivian todavía sus padres, aunque de edad muy avanzada, cuando la prendieron; y tenia una tia y dos hermanos, uno de los cuales era tambien catecúmeno. Habíase casado, y tenia un niño, á quien ella misma criaba á sus pechos. Créese que su marido era cristiano, y que se ocultó por miedo de la persecucion.

Felícitas, aun de menos años que Perpetua, era tambien casada, y estaba en cinta de siete á ocho meses; y aunque no era de clase tan distinguida como Perpetua, no eran menos nobles sus inclinaciones.

Luego que prendieron á las dos Santas, las llevaron á una casa particular, donde estaban guardadas con centinelas de vista. Á esta casa concurrió el padre de Perpetua, que era gentil, á persuadirla con ruegos, con lágrimas, y con cuantos medios pudo sugerirle el dolor y el amor paterno á que renunciase la fe. Pero habiendo escrito la misma Santa la historia de su martirio el dia antes de su preciosa muerte, no se puede desear testimonio mas verídico, ni mas auténtico; y así la referiré con las mismas palabras de la Santa, ni mas ni menos como se hallan en las actas mas antignas.

«Todavía estábamos con los perseguidores, cuando mi padre, por «el amor que me tenia, hizo cuanto pudo para obligarme á renunciar «á Jesucristo. Como él continuase, yo le dije: *Padre, ¿ves ese vaso «que está en el suelo, ó cualquiera otra cosa que te parezca?* Sí, me «respondió. *Yo añadí: ¿Á ese vaso se le puede dar otro nombre que «el suyo?* No, me dijo él. *Pues tampoco yo puedo ser otra cosa que lo «que soy; esto es cristiana.* Al oir esto, lleno todo de cólera mi padre, «se arrojó á mí para arrancarme los ojos: me maltrató, me cargó de «injurias, y se retiró tan vencido, como el demonio que se valió de «él para vencerme. Habiéndose pasado algunos dias sin ver á mi «padre, dí gracias á Dios, y me alegré mucho de que me dejase en «paz. En este medio tiempo tuvimos todos la dicha de recibir el Bau«tismo. Al salir del agua tuve una grande inspiracion de no pedir á «Dios otra cosa sino paciencia y valor para padecer animosamente «todos los tormentos que me quisiesen hacer sufrir.

«Pocos dias después nos metieron en la cárcel; al entrar en ella «me espanté, porque nunca habia visto aquellas tinieblas. ¡Oh buen «Dios, y qué dia aquel! El vaho caliente y desagradable que exha-

«laban los muchos que estaban encerrados en el calabozo; los malos «tratamientos que nos hacian los soldados; la inquietud en que es- «taba, no sabiendo qué se habia hecho de mi niño; todo esto me hizo «pasar malos ratos. No obstante, los diáconos Tercio y Pomponio «pudieron conseguir con dinero que nos permitiesen pasar algunas «horas del dia en un sitio menos desacomodado, donde respirásemos «aire mas libre y nos refrigerásemos.

«Salimos, pues, del calabozo, y cada uno atendia á sus cosas; yo «recobré á mi niño, y le dí de mamar, porque estaba muerto de ham- «bre. Encomendéselo á mi madre, animé á mi hermano, y me con- «sumia de dolor por la pena que les causaba. Muchos dias pasé en «estas amargas inquietudes. Habiendo, en fin, alcanzado licencia para «tener al niño en la cárcel conmigo, me hallé muy consolada, y el «Señor me comunicó nuevo aliento, haciéndoseme desde entonces «tan dulce la prision, que no la trocaria por otra alguna estancia.

«Vino entonces á verme mi hermano, y me dijo: Hermana, yo «sé que puedes mucho con Dios; pídele que te dé á entender por «medio de alguna vision, si esto ha de parar en martirio. Como ha- «bia mucho tiempo que el Señor me hacia grandes mercedes, y se «dignaba permitirme que le hablase con simplicidad y confianza, «respondí á mi hermano sin detenerme, que el dia siguiente le daria «noticias ciertas. Hice oracion, y ve aquí lo que me fue mostrado.

«Ví una escala de oro maravillosamente alta, que se elevaba des- «de la tierra hasta el cielo; pero tan estrecha, que solo podia subir «de una vez una persona. Á los dos lados de la escala estaban clava- «das de abajo arriba navajas, garfios, puntas de espadas, lancetas, «planchas de puas aceradas, y otros instrumentos de hierro, de ma- «nera que el que subiese descuidado, y sin mirar atentamente á lo «alto, seria herido y despedazado en todo su cuerpo. Al pié de la «escala estaba echado un espantoso dragon de enorme grandeza, en «ademan de arrojarse sobre los que pretendian subir, el cual hacia «huir á todos por el terror que les causaba. El primero que subió fue «Saturo, que habia sido preso despues que nosotros. Cuando llegó «á lo alto de la escala, se volvió hácia mí, y me dijo: Perpetua, «aquí te espero; pero mira no te muerda ese dragon. Yo le respon- «dí: en nombre de mi Señor Jesucristo no me hará mal. Levantó el «dragon mansamente la cabeza como que tenia miedo de mí; y ha- «biéndose puesto sobre el primer paso de la escala, como que iba á «subir por ella, yo puse el pié sobre la cabeza del dragon. Subí, y «ví un jardin de una inmensa dilatacion, y en medio de él un hom-

«bre grande, que estaba sentado en traje de pastor, con los cabellos «blancos, y estaba ordeñando á sus ovejas, rodeado de muchos mi- «llares de personas, todas vestidas de blanco. El pastor levantó la «cabeza, me miró, y me dijo : Hija, seas bien venida : después me «llamó, y me dió como un bocado de queso hecho de la leche que «ordeñaba : recibíle con las manos juntas, comíle, y todos los que «estaban al rededor de él respondieron : *Amen*. Á este ruido disper- «té, y hallé que todavía estaba mascando una cosa dulce. Luego que «conté esta vision á mi hermano, conocimos ambos por este miste- «rioso sueño, que estábamos destinados para el martirio; y que el «bocado delicioso significaba la Eucaristía, que se acostumbraba dar «á los mártires para disponerlos á la pelea ; y desde entonces nos «consideramos entrambos como si ya no fuéramos de este mundo.

«Pocos dias después habiendo corrido la voz de que nos habian de «tomar nuestra confesion, vino mi padre de la ciudad á la cárcel «ahogado de tristeza, y todo bañado en lágrimas me dijo : Ten, hija «mia, lástima de mis canas; ten compasion de tu anciano padre: si «te crié hasta la edad en que estás, costándome tantos trabajos; si «te preferí á tus hermanos, porque siempre te quise mas que á ellos, «no me hagas hoy el oprobio de las gentes. Mira á tu afligida ma- «dre y á tu desconsolada tia : atiende á tus hermanos, y por lo me- «nos débate algun cariño ese hijo de tus entrañas, que no podrá vivir «sin tí. Deja esa fiereza, que te hace despreciar la muerte, y no te «quieras perder por tu obstinacion.

«Así me hablaba mi padre por el amor que me tenia, besándome «las manos, arrojándose á mis piés, deshaciéndose en amargo llanto, «y ya no tratándome de hija, sino de señora. Enternecíme algo, es- «pecialmente considerando que él seria el único de mi familia que «no celebrase mi dichosa muerte. Solamente le dije para consolarle, «que cuando estuviese en el tribunal seria de mí lo que Dios fuese «servido : con esto se retiró todo afligido.

«El dia siguiente, cuando estábamos comiendo, fuimos citados de «repente para ser preguntados. Lleváronnos á la audiencia : el con- «curso era infinito; subimos á los estrados, y preguntados todos los «confesores, respondieron todos animosamente que eran cristianos. «Hacia oficio de juez, por muerte del procónsul Timiniano, el inten- «dente Hilarion. Llamáronme, y al punto se me puso delante mi pa- «dre con su nieto en los brazos, y me dijo : Ten lástima de tu hijo, «ya que no la tengas de tu padre. Entonces me dijo el juez : Perpe- «tua, compadécete de la ancianidad de tu padre y de la tierna niñez

«de tu hijo: sacrifica por la prosperidad de los Emperadores, y no «te pierdas á tí y á tu familia.

«Nada de eso haré, le respondí yo. ¿Eres cristiana? me preguntó «el juez. Yo le respondí: Soy cristiana. Como mi padre, durante este «interrogatorio, se esforzase á sacarme de los estrados, Hilarion man- «dó que le quitasen, y le dieron un golpe con una vara. Sentílo yo «como si me lo hubieran dado á mi propia, no pudiendo ver sin do- «lor que mi padre fuese maltratado por mi causa. En este tiempo, «viendo el juez que estábamos inmobles en la fe, pronunció senten- «cia de muerte contra nosotros, y nos condenó á ser echados á las «fieras. No se puede explicar el gozo que tuvimos oyendo la senten- «cia. Volviéronnos á la cárcel, y como mi niño acostumbraba á to- «mar el pecho, se le envié á pedir á mi padre por el diácono Pom- «ponio, y él no se le quiso dar; pero Dios permitió que desde enton- «ces no se acordase el niño de mamar, ni que á mí me incomodase «la leche.

«Algunos dias después, estando todos en oracion, se me escapó el «nombrar á Dinócrato (uno de mis hermanos, que habia muerto muy «jóven de un cáncer en el rostro); yo me admiré, y entendí luego, «que Dios queria que hiciese oracion por él. Hícelo con fervor, y «aquella misma noche tuve esta vision:

«Ví á mi hermano Dinócrato, que salia de un lugar oscuro donde «habia otras muchas personas. Parecíame que tenia mucho calor, y «una gran sed; la cara hinchada, el color pálido, y me hacia lásti- «ma: pero estaba al parecer muy léjos de mí para poder socorrerle. «Cerca de él habia una fuente de agua; pero la taza estaba tan alta, «que no podia alcanzar á ella un niño; y aunque Dinócrato se estira- «ba todo lo posible para beber, no podia conseguirlo, y esto me afli- «gia. Disperté entonces, y conocí que mi hermano estaba padecien- «do algunas penas, y que tenia necesidad de oraciones. Tuve gran- «de confianza de que podria conseguir su alivio de la misericordia «de Dios: pedíselo con lágrimas dia y noche, hasta que fuimos trans- «portados á la cárcel del campo, donde habíamos de ser echados á las «fieras. Estando ya en el cepo tuve otra vision: Ví á mi hermano en «el mismo lugar donde antes le habia visto; pero en estado muy di- «ferente, porque el cuerpo estaba limpio, bien vestido; el semblante «hermoso y risueño, y que se refrescaba á gusto. Disperté, y reco- «nocí que ya habia salido de las penas.

«Pocos dias después el carcelero, que se llamaba Pudente, admi- «rando nuestra constancia, tuvo lástima de nosotros, y dejó entrar

«á todos los que venian á vernos. Como se iba acercando el dia del «espectáculo, vino mi padre á buscarme penetrado de dolor: luego «que me vió, comenzó á arrancarse las barbas y los cabellos, y arro- «jándose en el suelo, dando golpes con el rostro contra él, se que- «jaba de haber vivido tanto tiempo, y maldecia sus años. Compade- «cióme un poco; pero gracias al Señor, no titubeó mi constancia.» Hasta aquí son palabras de la Santa, de las que todas las actas ha- cen fe.

Saturo, santo y celoso cristiano, que habia instruido á los Márti- res en la fe y en la piedad, tuvo la dicha de morir con ellos por Je- sucristo. Estando en la cárcel tuvo tambien una vision, que fue una pintura de la gloria del paraíso, donde habian de entrar después del martirio. Secóndulo habia muerto en la cárcel de pura miseria.

Mientras tanto se iba acercando el dia del triunfo de nuestros San- tos; pero templaba un poco su alegría la inquietud que les causaba el preñado de santa Felicitas, que se hallaba de ocho meses: y ella estaba mas afligida que los demás; porque prohibia la ley que en nin- guna mujer embarazada se ejecutase la sentencia de muerte hasta cumplido el término de su parto. Hicieron todos juntos oracion á Dios, y el mismo dia parió felizmente una niña, que tomó á su cargo una mujer cristiana, ofreciendo criarla como si fuera hija suya. Pero co- mo en el parto padeciese recios dolores, y no se pudiese contener sin gritar, uno de los criados del carcelero la dijo: ¿Si ahora te quejas tanto, qué será cuando te veas despedazar por las fieras? A lo que le respondió la Santa: *Ahora soy yo la que padezco; entonces habrá otro que padezca en mí, quiero decir, Jesucristo por su gracia, que padecerá por mí, puesto que yo padezco por él.*

Llegado el dia del combate, que fue el que se celebraban los años de Gera, hijo del Emperador, salieron los Mártires de la cárcel para el anfiteatro, como que salian para el cielo. Llevaban pintada la ale- gría en sus semblantes, con especialidad santa Perpetua y santa Fe- licitas, que marchaban inmediatas á los santos Revocato, Saturnino y Saturo. Luego que llegaron á la puerta los quisieron precisar á que se vistiesen el traje que se acostumbraba poner á los que compare- cian en los espectáculos; pero ellos se resistieron constantemente á estas ceremonias gentílicas, y salieron al anfiteatro con sus vestidos ordinarios.

Santa Perpetua cantaba alegres himnos, como quien ya celebraba su triunfo; Revocato, Saturnino y Saturo reprendian al pueblo su cie- ga obstinacion. Al pasar por delante de los cazadores fueron todos

azotados con varas, concediendo Dios á cada uno el consuelo de morir con el género de muerte que habia deseado.

A las santas Perpetua y Felícitas las enredaron en un género de red, para exponerlas á una furiosa vaca que soltaron contra ellas. Recibió santa Perpetua el primer golpe, á cuya violencia cayó de espaldas; y reparando que la fiera la habia rasgado el vestido por un lado, le juntó prontamente para cubrirse con honestidad y con decencia. Levantáronla del suelo, y ella misma se volvió á atar el esparcido cabello, por no parecer ni afligida ni descompuesta. Viendo á su amada compañera Felícitas toda revuelta y maltratada, la dió la mano, y la ayudó á levantar. Dejóse ablandar algo la dureza del pueblo á vista de lo que las dos Santas acababan de padecer, y no exponiéndolas mas al insulto de otras fieras, las condujeron á la puerta de Sanovivir ó Sanavida, para recibir el golpe de la muerte á impulso del acero de los gladiadores. Dispertando entonces santa Perpetua como de un profundo sueño, volvió en sí de un dulcísimo dilatado éxtasis en que habia estado embelasada todo el tiempo del combate. Volvia los ojos hácia todas partes como una persona que no sabe dónde está, y preguntaba cuándo la habian de exponer á las puntas de la vaca: quedó admirada al oir todo lo que habia pasado, y cuando la hicieron reparar en ella misma los estragos de la fiera. Entonces hizo llamar á su hermano, y mirándole á él, aunque dirigiendo á todos los fieles la palabra, les dijo: *Perseverad firmes en la fe, amaos los unos á los otros, y no os escandalicéis de lo que nos veis padecer.*

En este tiempo el pueblo habia clamado, pidiendo que fuesen traidos los Mártires en medio del anfiteatro para lograr la diversion de verlos recibir el golpe de la muerte. Levantáronse los Santos, y fueron todos por su pié, después de haberse dado el ósculo de paz. Fueron degollados los primeros Saturo, Revocato y Felícitas. A Perpetua la tocó un gladiador poco diestro, que habiendo ladeado la espada, descargó el golpe sobre el hueso, y la obligó á dar un grito; pero conduciendo después ella misma la trémula mano del gladiador á su garganta, acabó con muerte tan preciosa su glorioso martirio, y fué á recibir en el cielo la corona debida á su magnánima y constante fidelidad el dia 7 de marzo del año 203.

Aunque la santa Iglesia junta en una misma solemnidad la fiesta de estos seis ilustres Mártires, con todo eso solo hace mencion de las dos insignes mujeres Perpetua y Felícitas, por haberse distinguido tan admirablemente en su martirio, siendo su memoria de singular

veneracion en todo el universo desde el principio del tercer siglo. San Agustin compuso tres panegíricos en honra de las dos Santas, y cita las actas que hemos copiado como las mas auténticas, contando á Perpetua y Felícitas con san Esteban, san Cipriano y san Lorenzo, entre los mas ilustres mártires, y los mas grandes héroes del cristianismo. Tertuliano, san Fulgencio y otros muchos Padres antiguos hacen magníficos elogios de nuestras Santas, y la Iglesia ha insertado sus nombres en el sagrado cánon de la Misa.

Sus preciosas reliquias fueron trasladadas de África á Roma; y tambien se veneran algunas en Francia en el monasterio de Devre cerca de Bourges, á donde las trajo de Roma san Raoult, ó san Roaldo.

SAN EULOGIO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR, LLAMADO POR ALGUNOS SAN ELOY, DE CÓRDOBA.

San Eulogio, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de España, uno de los mas célebres doctores ortodoxos, y uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo, nació en la ciudad de Córdoba en tiempo que los árabes eran dueños de ella. Sus padres, descendientes de la primera nobleza de los romanos, y que hacian profesion de la religion cristiana, educaron al niño con el mayor cuidado en las máximas del Evangelio, é impresas firmemente en el corazon desde sus primeros años, arreglaron después sus costumbres, conformándolas en todo con la ley santa de Dios. Dedicado el jóven Eulogio al servicio del Señor en la iglesia de San Zoilo de aquella ciudad, é incorporado en el seminario, ó sea colegio eclesiástico de aquel templo, emprendió con el mayor fervor la vida clerical y la carrera de las letras. Como se hallaba dotado de un ingenio naturalmente vivo y de grande comprension, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Su deseo de instruirse y adelantarse en los conocimientos sabios era tan grande, que no satisfecho con la enseñanza de los maestros ordinarios, á cuyo gobierno estaba fiado, buscaba otros por quienes la fama y opinion de hombres excelentes y de superiores luces estaba declarada. Este espíritu lo llevó á la escuela del abad llamado *Espera en Dios,* quien por aquel tiempo era mas admirado, y tenido como por un oráculo de ciencia y santidad, que á manera de rio celestial fertilizaba todas las provincias de Andalucía: aquí se adelantó Eulogio considerablemente, y se hicieron bastantemente sensibles sus bellos talentos. Álvaro de Córdoba, su íntimo amigo y su cronista, que era alumno de la misma escuela, hablando de los progresos

de nuestro Santo, dice: Con esta ocasion le conocí, y era tanta la dulzura y suavidad de su condicion, que mi mayor delicia era tratarlo. Fue estrechísimo el vínculo de amor, y pia afeccion con que uní mi voluntad á la suya, y quedamos tan semejantes y conformes en los deseos, que con la misma inseparable uniformidad y sagrada correspondencia, proseguimos los estudios bajo los preceptos é instruccion de aquel célebre maestro. Nuestros mutuos cuidados eran inquirir las verdades, y con mayor celo y ardor las mas recónditas y elevadas de la santas Escrituras. Tanta era y tan vehemente nuestra pasion por alcanzarlas, que aun no sabiendo manejar los remos de los primeros principios de la facultad, ya nos engolfábamos en el profundo piélago de sus misterios: de esto tratábamos á boca cuando nos veíamos; de esto nos escribíamos estando ausentes; estos eran los entretenimientos de nuestra juventud y nuestra recreacion, y en ellos teníamos librado todo el gusto de nuestra vida. Las disputas pacíficas eran nuestra diversion, las escuelas nuestros paseos, y la sagrada Escritura nuestros jardines.

Particularizándose después de esto con Eulogio añade: consagróse desde sus mas tiernos años á las letras eclesiásticas, y creciendo cada dia mas y mas, tanto en el estudio de las ciencias, como en el de las virtudes, consiguió la perfeccion de estas, y alcanzó el realce de aquellas; descollando sobre sus contemporáneos, lució con tal sabiduría y brilló con tal erudicion, que era aclamado por doctor de los maestros, á los que sobrepujaba sino en edad, ciertamente en sabiduría: siendo un solícito investigador de las santas Escrituras, y del espíritu é inteligencia de sus sentencias, era todo su fuerte meditar de dia y de noche en la ley del Señor. ¿Quién podrá (sigue el mismo historiador) declarar bastantemente la grandeza de su ingenio? la gracia de su estilo? la afluencia y nervio de su elocuencia? ¿Qué libro hubo que no leyese? ¿qué escrito ingenioso de excelente católico, ó filósofo gentil que no recorriese con deleite? En descubrir obras exquisitas, en leerlas y aprovecharse de lo mejor de sus máximas, fue diligentísimo é incomparable. Siempre procuraba imitar á los antiguos Padres, á los que profesaba un amor y veneracion singular; y así representaba la gravedad de un Gerónimo, la modestia de Agustino, la mansedumbre de Ambrosio, y la firmeza de un Gregorio; pero lo mas admirable todavía es, que aun siendo un varon versado en todas las facultades, y que á todos precedia y se aventajaba en saber, parecia el mas humilde de todos, no queriendo saber solo para sí, sino para comunicar su doctrina á todos.

No conspiraban los deseos de Eulogio á solo fecundar su entendimiento con conocimientos especulativos: el torrente de luz que estos despedian, servia de fuego para encender su voluntad; y el Señor, que ilustraba con tan visibles gracias su espíritu, inflamaba su corazon llenándole de un amor casto y entrañable por las cosas celestiales, de cuyo ardor santo vivamente movido corria, si no volaba, en el camino de la perfeccion. Ocupado en estas sublimes é inmortales ideas, jamás dió lúgar ni entrada en su pecho á las fantásticas é ilusorias afecciones de la tierra, concretando su trato únicamente con aquellos amigos en quienes advertia las mismas inclinaciones á la virtud, y los mismos sentimientos de piedad.

Como á los conocimientos que se adquieren con la verdadera sabiduría son consiguientes los deseos de aspirar á un estado mas perfecto; apenas llegó Eulogio á la edad competente, cuando abrazó el sacerdocio, habiendo ya dado pruebas de merecerlo por la exactitud y celo con que se habia ejercitado en las órdenes precedentes. Constituido en este ministerio, dice su cronista, se consagró con mayor desvelo al estudio de las santas Escrituras, á los saludables ejercicios de la penitencia, ayunos y vigilias; á frecuentar devotamente los monasterios; de suerte que hermanando ambas vidas de sacerdote secular, y de solitario contemplativo, conversando con los clérigos, parecia profesar el instituto regular de los monjes; y cuando con estos, la regla clerical de los sacerdotes: con unos y con otros se manifestaba profesor de ambos estados, de forma que asistiendo en el de la soledad, no faltaba al del siglo; y estando en este, no se apartaba de la Religion. Iba muchas veces á las sagradas juntas de los monasterios, y porque no pareciese menospreciar su estado, volvia con los sacerdotes; y después de haber conversado con ellos algun tiempo, porque no se debilitase la virtud de su espíritu con los cuidados del siglo, se restituia al claustro, buscando en este retiro al Amado de su alma. En la iglesia esparcia su doctrina; en el monasterio perfeccionaba su vida, y abrasado en el amor de la perfeccion, pasaba por la peregrinacion del mundo con angustia de su alma, anhelando por verse libre de todo lo humano para volar al cielo, donde gozase de todo lo divino.

Encendido en vivos deseos de visitar personalmente los santos lugares de la capital del orbe cristiano, regados con la sangre de tantos mártires como allí habian padecido por la fe de Jesucristo, á los que tuvo siempre particularísima devocion, resolvió pasar á Roma en traje de peregrino á fin de macerar su carne con la aspereza del

saco, y los trabajos é incomodidades de tan penoso viaje: pero reconvenido de sus amigos sobre la falta que hacia su recomendable personal asistencia á los Cristianos en las deplorables circunstancias en que se hallaban, como era religiosísimo para con Dios, compasivo y misericordioso para los prójimos, y sentia sus males como propios, defirió á los ruegos, y cedió de sus intentos por no defraudar á sus hermanos de los auxilios que pudiera prestarles su noble caridad.

Si no tuvo efecto esta santa expedicion, poco tiempo después emprendió otra, que lo tuvo en provincias menos distantes, bajo el pretexto de visitar á sus íntimos Álvaro é Isidoro, desterrados de Córdoba á los confines de Francia. Hizo su viaje con este fin; pero no pudiendo entrar en aquel reino desde Navarra á causa de estar interceptados los caminos con la guerra que á la sazon hacia el duque Guillermo al rey Ludovico, habiendo visitado el monasterio de San Zacarías, que estaba al pié de los Pirineos, volvió á Pamplona, donde hospedado por Wilisendo, obispo de la ciudad, con las demostraciones de la mayor estimacion, dióle sugetos prácticos en la tierra á fin de que saciase su devocion viendo todos los monasterios de la provincia, con cuyo motivo contrajo amistad con muchos insignes Padres, que admirados de su portentoso saber y de su eminente virtud, sintieron en el alma su ausencia. En esta expedicion descubrió muchos libros, hasta entonces desconocidos, como fueron: los de la Ciudad de Dios de san Agustin, la Eneida de Virgilio, las Sátiras de Juvenal, las Obras retóricas de Porfirio, los versos sobre virginidad de san Adelelmo, las fábulas métricas de Rufo Festo Albino, y los Poemas sagrados de Prudencio, y otros españoles. Al mismo tiempo adquirió noticia de no pocos varones ilustres, honra de nuestra patria, y gloria de la nacion, cuya memoria quedaria acaso sepultada en un perpetuo olvido, si no la hubiera resucitado nuestro Santo. Desde Navarra pasó á Zaragoza, Sigüenza, Alcalá de Henares, y llegó hasta Toledo; dejando en todas partes recuerdos inmortales de su heróica piedad. Detenido en esta última ciudad por su arzobispo Witrismiro, no cesaba de admirar las relevantes cualidades de un jóven tan sobresaliente en sabiduría y santidad. Conocido su mérito personalmente con este motivo en aquella capital, habiendo muerto después Witrismiro, congregados los obispos de la provincia, el clero y pueblo, para elegir sucesor de aquel insigne Prelado, lo hicieron en Eulogio, que se respetaba y era considerado como el primer hombre de la Iglesia de España, tanto por su doctrina, capacidad y virtud,

como por la gloriosa confesion que ya habia hecho de la fe de Jesucristo. Bien que no llegó el caso de consagrarse en la dignidad, porque como la divina Providencia le reservaba para la corona del martirio, dispuso que algunos obstáculos suspendiesen la promocion.

Volvió Eulogio á Córdoba, concluida su famosa expedicion, con nuevo y mas esforzado ardimiento para trabajar en la viña del Señor: visitó las iglesias y monasterios, levantó á los caidos, ilustró á los ignorantes, y consoló á los afligidos; observando en todo sus ejemplares costumbres, y tenor de vida anterior.

Suscitó Abderramen en el año 850 de Jesucristo una cruel persecucion contra los Cristianos, mas fomentada si cabe en el de 852 por su hijo Mahomet; y tomando Eulogio como diestro piloto el timon de aquella Iglesia, expuesta á peligrar entre los furiosos vientos de la tempestad, empleó toda su actividad y su celo en sostener á los que sacrificaban sus vidas por Jesucristo, y daban con su sangre un heróico testimonio de las verdades infalibles de nuestra santa fe. El los alentaba para los combates, los instruia en el modo de manejar la palabra de Dios, y vencer á los enemigos de la Religion, exponiendo su vida cada dia que les acompañaba á los cadalsos para infundirles valor y constancia. Celebró sus triunfos en tres libros que compuso con el título de Memorial de los Santos; debiéndose á su cuidado lo que hoy sabemos de sus hechos, y lo que de su vida y su muerte leemos en sus historias. Defendió el partido de los mártires contra los que á pretexto de paz reprobaban el heroismo de su voluntaria presentacion en el libro que intituló *Apologético*, con tan vivas y eficaces razones, con tanta piedad y doctrina, con tanta y tan cordial devocion, que mereció ser recibido en el número de ellos por el Señor. Es excusado ponderar el celo de su cristiano pecho, el tierno afecto de su alma para con Dios, su humilde reverencia para con los Santos, la sencillez y verdad con que escribió sus actas, pues sus palabras dulcísimas, devotísimas y dignas ciertamente de ser leidas, encienden en el corazon aquel amor divino, que ardia en el suyo y en su lengua.

Conociendo los árabes el ningun efecto que producian los horrorosos estragos de la persecucion para contener el valor de los Cristianos, antes bien servian de alentarlos mas, y encenderlos á que saliesen cada dia al campo de batalla nuevos esforzados militares de Jesucristo á triunfar de su furor, de lo que admirados los mismos moros, no pocos se convertian á la Religion; para atajar este daño, tuvieron por mas poderoso medio quitar el ejemplo, que hacer es-

carmiento en los que le podian dar. En fin, Mahomet, hijo y sucesor de Abderramen, rey tirano y bárbaro, si cabe todavía mas cruel que su padre, introduciéndose en lo sagrado, hizo llamar á Recafredo, obispo metropolitano, segun parece, á efecto de que con su autoridad quebrantase el orgullo de los que se ofrecian continuamente al martirio. Recibió este indigno Prelado el encargo, y con él el mismo espíritu de ira de Mahomad, constituyéndose ministro de sus atrocidades. Entró por las iglesias no ya como pastor, sino como un lobo carnicero, á devorar rabiosamente el rebaño inocente de Jesucristo: descargó su impetuosa cólera sobre el clero, y puso en dura prision al obispo de la ciudad con los sacerdotes que pudo haber por entonces, esmerándose su saña principalmente contra Eulogio, de quien sabia que era el jefe y caudillo de los Cristianos. En tanto que los demás sacerdotes pensaban en el modo de recobrar su libertad, nuestro Santo se ocupaba todo é infatigablemente en la oracion, meditacion, lecciones sagradas, y en consolar y esforzar á sus compañeros para que se mantuvieran fieles á Dios. En la misma cárcel compuso aquel admirable tratado con el título de *Documento del martirio*, el cual por mano de su amigo Álvaro dirigió á las santas vírgenes Flora y María, presas por la fe, para fortificarlas y alentarlas á sufrir con valor la muerte por amor de Jesucristo, manifestándoles que por sus méritos á los cinco dias después de su glorioso triunfo conseguirian su libertad los que se hallaban en prision, cuya profecía se cumplió á la letra el año siguiente.

Puso en libertad Recafredo á los sacerdotes bajo cierta fianza; y no satisfecho con esta seguridad, les tomó juramento sobre la santa cruz, y el libro de los Evangelios, de que en adelante no se ofrecerian voluntariamente á la muerte, ni condenarian en público la secta del falso profeta Mahoma; ceremonia infame que hizo observar aquel lobo en hábito y con nombre de pastor por complacer al rey infiel. Muchos de los que antes se mostraban constantes en la fe, y enteramente contrarios á la opinion de este odioso Obispo, que tan en oprobio de su dignidad prestaba su ministerio á los mahometanos, ó quebrantados del tormento de su áspera y dilatada prision, ó acobardados con las rigorosas amenazas que contenian las nuevas leyes, hacian buena cara al tirano, y disimulaban en lo exterior el sagrado aborrecimiento que le tenian en su corazon. Desamparado el rebaño de Jesucristo, sin auxilio ni proteccion, se vieron las iglesias cubiertas de luto, afligidos los ministros del santuario, y marchitas las vírgenes, clamando en el secreto de su alma al cielo; pero Eulogio mas

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

que todos sensible á esta desgracia, y penetrado del mas vivo dolor, como no se miraba con poder para resistir al tirano, deshecho en sentidas lágrimas se arrojaba en la presencia de Dios, pidiéndole el remedio de aquella extrema necesidad. Abstúvose de celebrar, y de toda otra funcion eclesiástica para no comunicar en lo sagrado con el perverso pastor; pero no siéndole lícito excusar su trato por no darle motivo á que descargase su enojo contra los fiadores, solo esperaba ocasion de manifestarle cuán odiosa le era su compañía. Dispúsolo así la divina Providencia, pues leyéndose en la iglesia en el curso ordinario de la liturgia una carta de san Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, escrita á Juan de Jerusalen, en la que entre otras cosas se referia, que san Gerónimo y san Vicencio se habian abstenido de celebrar por cierta causa muy justa, arrebatado Eulogio de un impulso superior, le dijo á Recafredo: *Si las antorchas y columnas de la Iglesia hicieron esto, conozca vuestra paternidad las dignas y fundadas razones que he tenido para abstenerme de la licencia de sacrificar y ofrecer todos los dias el venerable misterio de la justicia, y de la paz.*

Este celo ardentísimo que ostentaba nuestro Santo por la defensa de la fe, y el valor insuperable con que se oponia á los enemigos de la Religion, le hicieron acreedor á la gloria del martirio, cuya corona consiguió en efecto en premio de sus trabajos. Habia en Córdoba una doncella, hija de padres mahometanos, llamada Lucrecia ó Leocricia, á quien una parienta suya, dicha Lyciosa, habia educado secretamente en la religion cristiana; y siendo ya bien jóven no tuvo inconveniente en manifestarla á aquellos que la profesaban. Sintieron los padres la resolucion de haber abandonado su secta, y con ella los dictámenes de su profeta Mahoma, á los que la creian adicta á semejanza de ellos: y para obligarla á que apostatara de la fe, se valieron de todos los medios, aun los mas crueles, que pudo sugerirles el enemigo de la salvacion. En este apuro recurrió Lucrecia á san Eulogio, conocido por padre y protector de los Cristianos, quien la refugió en su casa, cuidando cautelosamente de su seguridad, y mandándola con secreto de una en otra casa de sus amigos, sin cesar de instruirla en las verdades infalibles de nuestra santa fe, fortificándola en su creencia, y esforzándola á padecer por amor de Jesucristo. Las diligencias que los terribles padres de esta inocente vírgen hicieron para hallarla fueron tales, que en fin la encontraron, y ella y Eulogio fueron presos, y presentados al juez.

Acusado nuestro Santo sobre la seduccion y robo de la doncella, respondió á estos cargos que se le hicieron por el magistrado, abo-

minando la criminalidad que en sí contenian, de los cuales jamás podia él ser el autor: y demostrando admirablemente que por la dignidad y obligaciones de sacerdote de Jesucristo estaba en la indispensable precision de favorecer á todos los que se acogian bajo su amparo por causa de la fe: hízole ver que segun sus propios principios, de que no podia separarse un mahometano, habia tenido razon en persuadir á la santa Vírgen, que prefiriese siempre á Dios y su salvacion al respeto de sus padres carnales, principalmente cuando querian pervertirla. En el mismo acto ofreció tambien al juez enseñarle la infalible verdad de la religion cristiana, y demostrarle las necedades y delirios de la secta de Mahoma; pero irritado el bárbaro, sin tener que responder á los nerviosos y concluyentes discursos con que habló Eulogio en defensa de su conducta para con Lucrecia, mandó traer varas con el fin de azotarle; mas despreciando el Santo la debilidad de aquel castigo, le provocaba con entereza á que ordenara afilar el cuchillo que de un golpe lo acabase, porque lo demás era perder el tiempo, y debia estar seguro á que jamás desistiria en la defensa de las verdades que le habia oido sostener, aunque le costara perder una y mil veces la vida.

Viendo el juez la constancia y fortaleza de Eulogio, y que nada aprovechaban sus crueles amenazas para intimidarle ó rendirle, le hizo conducir al palacio, y presentarle al Consejo del Rey, para que este supremo tribunal juzgara la causa de un hombre de su carácter. Pusiéronle á presencia de aquel formidable senado, y uno de los consejeros, afecto á nuestro Santo, tan lleno de compasion como de ignorancia, hablándole aparte, le quiso persuadir que cediese en el ardimiento con que se habia empeñado por la Religion, que renunciase solo de boca á Jesucristo delante del tribunal, aunque en su corazon reluviese constantemente la fe, esto precisamente por un instante; pues haciéndolo así, conseguiria la libertad, y permaneceria en el franco ejercicio de la religion. Oyó Eulogio con horror tan abominable propuesta, y despreciando el perverso consejo como tambien detestando al que se lo daba, con una santa intrepidez, se puso á la frente de aquel maligno senado, y habló en favor de la fe con mayor valor si cabe, y con mas impetuosidad que lo habia hecho á presencia del primer ministro; cuya confesion oida por los jueces, le condenaron á ser degollado. Cuando le conducian al suplicio, uno de los criados del Rey le descargó una terrible bofetada; pero el Santo lejos de quejarse de la injuria, le presentó su otra mejilla, que tuvo el infeliz la osadía de herirla igualmente. En fin, puesto de rodillas

en el lugar del martirio, armado con la señal de la cruz, y fijando sus ojos con el corazon en los cielos, prestó con un semblante dulce y risueño su inocente cuello al cuchillo del bárbaro ejecutor, que le cortó la cabeza, y pasó su dichosa alma á disfrutar los premios eternos el dia 11 de marzo de 859.

Apenas fue acabada esta cruel ejecucion cuando Dios quiso manifestar la gloria del santo Mártir con prodigios visibles, de que fueron testigos los mismos infieles. Habiendo arrojado el bendito cuerpo al rio, y quedándose á la orilla, una paloma de extraordinaria y asombrosa blancura se puso sobre él, y allí estaba inmoble, hasta que hostigada de los enemigos voló á una torre contigua, desde donde se observaba estar mirando el venerable cadáver; al rededor del cual un centinela vió en la misma noche, bajando á beber agua al rio, que muchos sacerdotes vestidos de blanco, y con hachas encendidas en las manos cantaban las divinas alabanzas. En el dia siguiente al de su martirio rescataron los Cristianos la cabeza, y á los dos despues pudieron haber el cuerpo, el que sepultaron en la iglesia de San Zoilo, donde habia sido sacerdote asignado hasta la muerte; y en 1.° de julio del año siguiente fue trasladado del primer lugar á otro mas decente. En el mismo templo permaneció hasta el año de 883, que fue transferido con el de santa Lucrecia á la ciudad de Oviedo, donde por intercesion de su siervo se dignó el Señor obrar muchos prodigios: y con motivo del que ejecutó con D. Rodrigo Gutierrez, arcediano de aquella santa iglesia, fue trasladado segunda vez el año 1300 á la cámara santa del mismo templo, siendo obispo de Oviedo D. Fernando Álvarez.

SANTA AURIA Ó AUREA, VÍRGEN.

Una de las vírgenes verdaderamente ilustres que han florecido en el jardin ameno de la Iglesia de España, fue santa Auria, natural de Villavelayo, pueblo distante seis leguas del monasterio de San Millan de la Cogulla. Vivian sus padres García Nuño, y Amuna, con la pena de no tener sucesion; y habiendo recurrido al cielo con fervorosas súplicas, con religiosos votos, y con promesas continuadas para que se dignase concedérsela, oidos sus humildes ruegos, les dió el Señor por fruto de sus dulces bendiciones á una preciosa niña, á quien pusieron en la pila del bautismo por nombre Auria: sin duda movidos de un superior impulso, como que fue oráculo del purísimo oro en que la convirtió el calor del Sol de justicia, que la

abrasó en divinos incendios todo el discurso de su prodigiosa vida. Dejóse ver Auria desde la cuna con un natural dócil y compasivo, con una inclinacion singular hácia todo lo bueno; y agregándose á estas nobles disposiciones el desvelo con que se aplicaron sus padres á cuidar de su educacion, conocieron muy presto que sus instrucciones solo servian de fomentar las inspiraciones que el Espíritu Santo habia producido en el noble corazon de Auria, tan lleno de sentimientos cristianos, que en su infancia parecia haber llegado á una eminente perfeccion. Penetrada la ilustre jóven de las verdades de nuestra Religion, y favorecida de gracias especiales con que la dotó el cielo, redujo en sus mas tiernos años todas sus diversiones á ocuparse en la oracion, antes de conocer el mérito de tan laudable ejercicio, en la leccion espiritual, que es el verdadero alimento que nutre al alma, y en obras de caridad: invirtiendo en socorro de los pobres necesitados parte de su alimento, además de las sumas que le daban sus padres para que hiciese limosna; llenándose estos de complacencia al ver en su hija tanta compasion aun en edad poco sensible de las miserias ajenas, y edificándose no menos del desprecio que hacia de las vanidades del mundo, satisfecha con vestirse de un paño grosero y despreciable, todo con el objeto de parecer mas bien á los ojos de Dios que á los de los hombres.

Adelantábase Auria en la virtud al paso que iba creciendo en edad; pero conociendo que en la casa de sus padres no podia practicar libremente todas aquellas mortificaciones que le dictaba su fervor, para hacerse víctima agradable al Esposo eterno, á quien tenia consagrada su virginidad, resolvió buscar algun lugar retirado, donde libre de los impedimentos de la carne y de la sangre pudiese satisfacer sus deseos, no otros que los de conservar intacta su pureza entre los rigores de la penitencia. Florecia por entonces en religion y en santidad el monasterio de San Millan de la Cogulla, cerca del cual habia un asceterio ó monasterio de ilustres vírgenes gobernadas por los monjes; las cuales hacian grandes progresos en la carrera de la perfeccion. Agradó á Auria aquel retiro tan proporcionado á sus inclinaciones: entró en él abrasada en divinos incendios, y soltando las riendas á su fervor, redujo todas sus ocupaciones á castigar su inocente cuerpo con las mas asombrosas penitencias, y á dedicarse á la mas alta contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, pasando en oracion los dias y las noches: llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion, y aun de la veneracion del asceterio.

Esparcióse por toda aquella region la fama de la eminente santidad de Auria, y de los milagros que el Señor obraba por medio de su fidelísima sierva; y aunque sus deseos eran vivir desconocida de todos los mortales, se vió rodeada de innumerables gentes que atraidas del buen olor de su virtud, deseaban ver y tratar aquel prodigio de la gracia.

Quiso Dios manifestar á su amada esposa lo agradable que le eran los santos ejercicios con que procuraba complacerle, y así la regaló con exquisitos favores. Púsose en oracion después de Maitines del tercer dia de Navidad, en el que se celebraba por entonces la fiesta de santa Eugenia; y habiéndose quedado dormida, se le aparecieron en el dulce sueño tres hermosísimas vírgenes, que le manifestaron eran santa Águeda, santa Cecilia, y santa Eulalia, las cuales después que la dieron muchas gracias por el gusto y por la complacencia que recibia en la lectura de sus vidas y de sus martirios, la dijeron: que el Señor la tenia preparado en el cielo el premio de sus rigurosos ayunos, de sus mortificaciones y de sus lágrimas. Mostráronla una escala por donde las almas subian al cielo; y elevándola por ella, la llevaron á unos lugares deliciosos, donde vió muchos coros de espíritus celestiales, que gozaban de la vision beatífica. Dispertó Auria toda llena de consuelo, y encendida en vivísimos deseos de disfrutar cuanto antes la dicha que en la vision le manifestaron las tres ilustres Santas, redobló el rigor de sus espantosas penitencias, y el fervor de sus oraciones: de suerte, que no viviendo desde entonces en sí, sino en Jesucristo, fue el resto de su vida una serie continua de admirables éxtasis, arrebatada á fuerza de las dulces violencias del amor divino en que se hallaba abrasada, ansiosa por instantes de verse libre de los vínculos carnales, para unirse con su Esposo eterno.

A los nueve meses de la vision dicha, estando Auria orando fervorosamente en la noche de la fiesta de san Saturnino, se le apareció la Reina de los Angeles entre coros de vírgenes con la majestad y con la gloria de su soberanía, y con la dulzura propia de su carácter la dijo: Hija, ya es justo que se temple el rigor de tu penitente vida, y que recibas el premio de que son acreedores tus trabajos, lo que se verificará dentro de breve tiempo. No tardó mucho en cumplirse el aviso de la santísima Vírgen; pero queriendo Dios acrisolar la virtud de su fidelísima sierva, la probó con una larga y penosa enfermedad; en la que al paso de los agudísimos dolores que toleró con indecible paciencia, crecieron los consuelos celestiales, hasta que abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, en-

tregó su espíritu en manos de su amado Esposo en el dia 11 de marzo del año 1070, hallándose presentes su madre Amuna, D. Pedro, abad del monasterio de San Millan, con Muño, monje que escribió la historia de esta gloriosa heroína. Dieron sepultura á su venerable cadáver en el de San Millan, en un sepulcro abierto en una peña viva, que está á la entrada de la iglesia, al que se baja por una escalera estrecha de treinta y cinco escalones: y en lo sucesivo se erigió en honor de la Santa una ermita en la casa propia en que nació, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

SAN VICENTE Y SAN RAMIRO, MÁRTIRES.

La preciosidad de los metales de que abunda España, y la fertilidad de su terreno movieron á muchas naciones bárbaras á solicitar posesionarse de esta apreciable península á fuerza de las mayores violencias y de las mas sangrientas guerras; como hicieron sucesivamente los cartagineses, los romanos, los alanos, los godos y los suevos. Estableciéronse estos en el reino de Galicia, y como estaban dominados de la herejía arriana, procedieron contra los Católicos con mayor furor, si cabe, que los paganos en las famosas persecuciones contra la Iglesia. Tuvieron un conciliábulo en Leon, ó bien de *motu proprio*, ó por órden de Riciliano su rey, segun escriben algunos, á la sazon que se hallaba san Vicente abad del monasterio de San Claudio, Lupercio y Victorico, sito en la misma ciudad. Era el Santo uno de los mas acérrimos defensores de la divinidad de Jesucristo, que era el punto cardinal de la reñida controversia entre los Católicos y Arrianos. Citáronle estos al conciliábulo con ánimo de obligarle á que suscribiese la impiedad de su secta; pero presentándose el insigne Prelado con aquel espíritu y con aquel valor que son propios de Padres ortodoxos, no satisfecho con haber declamado contra la execrable blasfemia, manifestó á los herejes, que no creia, ni confesaria jamás otra fe, que la definida en el santo concilio Niceno; por cuya defensa estaba pronto á dar la vida una y mil veces, si posible fuera.

No es fácil explicar la ira que concibieron los herejes al ver la generosa confesion de Vicente, á quien miraban como uno de los mas formidables enemigos de su secta; y arrebatados de un furor extraordinario, le desnudaron inmediatamente, y poniéndole en medio del conciliábulo, descargaron sobre su inocente cuerpo una espesa lluvia de cruelísimos azotes; pero horrorizados al ver los arroyos de

sangre que corrian por el suelo, de la que vertian las heridas del ilustre Prelado, determinaron encerrarle en un calabozo oscuro, resueltos á hacerle sufrir los mas exquisitos tormentos. Entró Vicente en la prision lleno de extraordinaria alegría, considerándose dichoso por la merced que le hacia Jesucristo, de que padeciese por la defensa de su divinidad; y queriendo el Señor premiar la heróica fortaleza de su fidelísimo siervo, hizo que bajase de repente una celestial luz, que disipó las tinieblas del calabozo, derramando al mismo tiempo sobre la dichosa alma de su ilustre Confesor una dulzura divina, y un consuelo de superior órden que le inundó de gozo. Tambien descendieron espíritus angélicos que le curaron perfectamente todas las heridas, dejándose percibir los celestiales cánticos con que alababan á Dios, de manera, que aquella horrorosa prision parecia haberse convertido en paraiso de delicias.

Mandaron los Arrianos que compareciese segunda vez al conciliábulo, y quedaron atónitos cuando le vieron sin la mas leve lesion de los azotes pasados; pero aunque esta prodigiosa maravilla les dió á conocer que le defendia alguna virtud sobrenatural, con todo, quisieron obligarle á que suscribiese la sacrílega blasfemia de su herejía. Valiéronse para reducirlo de las mas terribles amenazas; pero creciendo al compás de las conminaciones el valor y la fortaleza del insigne Abad en la confesion de la divinidad de Jesucristo, lo sentenciaron á muerte, con la prevencion de que se ejecutase á la puerta de su monasterio, para aterrar á los monjes con el castigo hecho en su venerable padre. Lleváronle los verdugos al lugar señalado con el tropel y con la ignominia que les dictó su impiedad, y descargando una herida mortal sobre la cabeza de san Vicente, la separaron de su cuerpo en el dia 11 de marzo al comedio del siglo VI. Dejaron al venerable cadáver envuelto en su propia sangre; pero valiéndose los monjes del silencio de la noche, le dieron sepultura cerca del sepulcro de los ilustres mártires Claudio, Lupercio y Victorico, patronos del monasterio.

No dudaron los monjes de la vision beatífica que gozaba san Vicente en premio de su glorioso martirio; y estando en oracion pidiendo al Señor que les concediese auxilios para poder pelear con fortaleza contra los herejes arrianos, por la intercesion de su santo padre, se les apareció este acompañado de muchos coros de Mártires, y les habló de esta forma: *Ya, hijos, llegó el tiempo de la inmolacion: si alguno de vosotros desea lavar su estola en la sangre del Cordero, prepárese, bajo el seguro de que será coronado el que peleare*

legítimamente; pero el que no se halle con fuerzas para el combate, busque otra mansion donde librarse: yo, como veis, gozo de la vida eterna en compañía de los Mártires, que derramaron su sangre en defensa de la fe ortodoxa.

No se tardó mucho tiempo en verificarse el aviso de san Vicente, pues no satisfechos los herejes con la muerte del insigne abad, resolvieron acabar enteramente con los monjes de San Claudio, para evitar que siguiesen los pasos de su ilustre padre. Habia quedado haciendo los oficios de superior en aquella casa Ramiro, de quien no nos consta con certeza su patria, sus padres, ni su primera educacion; solo sí sabemos, que era un varon esclarecido en todo género de virtudes, el cual se hallaba á la sazon prior del expresado monasterio. Supo la determinacion de los Arrianos; y encendido en vivísimos deseos de padecer martirio, dijo á sus compañeros: *Ya habeis oido, carísimos hermanos, lo que se ha dignado el Señor manifestarnos por medio de nuestro santo padre. Ya estais informados de lo que conviene hacer; bajo este supuesto, los que se hallan con fortaleza prepárense al sacrificio, y retírense los pusilánimes. Yo os ruego, que no perdais la corona que se nos presenta, ni os prive de la vista del Señor respeto alguno del mundo: antes bien digamos todos con el Apóstol llenos de firmeza: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿por ventura la tribulacion? la angustia? el hambre? la desnudez? el peligro? la persecucion? ó la misma muerte? Escrito está en las sagradas Letras, que por la caridad de Dios somos mortificados todos los dias, llevados á padecer como las ovejas que se conducen al matadero; pero por estos conflictos esperamos la vida eterna por aquel que nos amó. No os acobarde, hermanos, el furor de los herejes, ni os aterren las crueldades que ejecutan con los defensores de la divinidad de Jesucristo, puesto que está con nosotros el mismo Señor, que nos eligió para combatir contra los enemigos de la fe católica, para que triunfando de ellos con su divina asistencia, reinemos en la gloria eternamente.*

Hecha esta celosa exhortacion, despachó Ramiro inmediatamente á las montañas de Galicia á los monjes débiles, que no se hallaban con valor para entrar en la pelea; y bajando á la iglesia con doce ilustres religiosos, á quienes eligió el Espíritu Santo para combatir con los enemigos de la fe católica, puestos todos en oracion, esperaban de momento en momento ser víctimas del furor arriano. No tardaron estos en presentarse con mano armada al monasterio: llamaron á las puertas con extraordinario estrépito, salió á abrirlas el santo prior lleno de fortaleza; y entonando con él los doce monjes el símbolo Ni-

ceno, y con especial repeticion aquellas palabras que condenan la impía herejía arriana, acometiéndoles los herejes como perros rabiosos, los despedazaron á fuerza de mortales cuchilladas. Dejaron tirados por el suelo los venerables cadáveres, y recogiéndolos los Católicos, les dieron sepultura juntos en el mismo monasterio; excepto el cuerpo de san Ramiro, que depositaron con separacion en un sepulcro de piedra tosca, conforme ofreció por entonces la oportunidad. En él se mantuvo por incuria de los monjes, hasta que el Señor quiso que se elevase á lugar mas decente, por medio de un prodigio que recomendó la poderosa intercesion del insigne Mártir. Cayó gravemente enfermo Fr. Alonso del Corral, abad de San Claudio, y ofreciendo á san Ramiro, á quien profesaba una devocion particular, que trasladaria sus reliquias á sitio mas honorífico, si recuperaba la salud, la consiguió por su intercesion; pero olvidándose de cumplir su promesa con la ocupacion de otros negocios, volvió á recaer en igual peligro, y reiterando su primer voto, luego que logró el mismo beneficio, puso en ejecucion su oferta. Halló el cuerpo del Santo íntegro sin la mas leve corrupcion, é incluyéndolo en una preciosa arca, que hizo labrar á sus expensas, la colocó en la capilla que hoy llaman de san Ramiro, en el dia 26 de abril del año 1596: cuya traslacion se celebró con asistencia del obispo, del cabildo, del clero y del pueblo de Leon, que concurrieron á solemnizar el acto con las mas festivas demostraciones.

La Misa es del comun de muchas santas Mártires no vírgenes, y la Oracion de la Misa es la que se sigue:

Da nobis, quaesumus, Deus noster, sanctarum martyrum tuarum Perpetuae et Felicitatis palmas incessabili devotione venerari; ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, Señor Dios nuestro, la gracia de reverenciar con devocion constante las victorias de tus santas mártires, Perpetua y Felícitas: para que ya que no podamos solemnizar dignamente su triunfo, á lo menos las rindamos humildemente nuestros frecuentes respetos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LI *del Eclesiástico.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguae iniquae, et à labiis ope-

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector; glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de

rantium mendacium, et in conspectu astantium factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiae nominis tui à rugientibus praeparatis ad escam, de manibus quaerentium animam meam, et de portis tribulationum quae circumdederunt me: à pressura flammae, quae circumdedit me, et in medio ignis non sum aestuata: de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor: de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de las lenguas maldicientes: mi alma alabará hasta la muerte al Señor; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Es el reconocimiento una especie de tributo que se debe á los favores que nos hacen. ¿Quién tendrá mas derecho que Dios á exigir de nosotros este tributo. ¿De quién hemos recibido mas favores? ¿Quién nos ha hecho mejores oficios? Y en medio de eso, ¿cuánto, y cuál es nuestro reconocimiento? Traigamos á la memoria aquella mano benéfica que nos ha sacado de tantos peligros, que nos ha conducido por senderos tan seguros y tan trillados, que nos ha sostenido en tantos y tan peligrosos pasos: aquella mano liberal que no cesa tanto tiempo há de derramar sobre nosotros copiosa abundancia de favores. ¿Qué bien no hemos recibido de su beneficencia? Subamos con la consideracion hasta aquellos incomprensibles beneficios de la creacion, de la redencion, de la vocacion á tantas gracias particulares de que el Señor nos ha colmado. ¿Quién no tendrá justo título para decir que el Señor se ha declarado su defensor y protector? *Quoniam adjutor, et protector factus es mihi.* ¡Qué lazos ocultos hay en una region donde reina tan poco la buena fe! *A laqueo linguae iniquae, et à labiis operantium mendacium.* ¡Qué escollos en el mar borrascoso de este mundo! ¿Debemos acaso á nuestra industria el habernos librado hasta aquí de tantos peligros? ¿Podrá jamás ser obra de nuestras manos la salvacion? ¿Quién no sabe que las pasiones con que nacemos son otros tantos leones prontos para despedazarnos? *A rugientibus praeparatis ad escam.* ¿Quién no sabe que todo es tenta-

cion, todo peligro sobre la tierra? ¿Y quién nos ha sacado hasta aquí de tantos males? ¿Quién nos defiende? ¿quién nos protege? ¿quién saca la cara por nosotros? ¿Ignoramos que de todos estos beneficios somos únicamente deudores á la pura bondad de nuestro Dios? Ni son menores los que todavía esperamos de su amorosisima mano: ¡y, en medio de eso cada dia somos mas ingratos á nuestro insigne bienhechor, á nuestro Dios, á nuestro Salvador, á nuestro Padre! ¿Cuándo comprenderémos la enormidad, y las funestas consecuencias de esta ingratitud? ¡Y qué castigo la corresponderá!

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo, pág. 144.*

MEDITACION.

Del precio de la salvacion.

Punto primero.—Considera cuánto vale la preciosísima sangre de Jesucristo, y ese es justamente el precio de tu salvacion, eso es lo que vale tu alma. Pero ¿es esta la idea que tenemos de nuestra salvacion eterna?

Ella es un tesoro, pues encierra en sí, no solo todos los bienes, sino la fuente de todos en la posesion del mismo Dios. Pero bien se puede llamar tesoro escondido, pues son tan pocos los que conocen su precio; escondido, pues nada se quiere dar, y aun nada se quiere hacer para lograrle; escondido, pues se pierde sin dolor, y con todo eso todos convienen en que el perderle es la mayor de todas las desgracias. ¡Qué digna de compasion es nuestra conducta! ¿Se ha logrado la salvacion? pues consiguióse la suma felicidad, no hay mas que apetecer, no hay que temer en el mundo. ¿Se condenó el alma eternamente? pues mas que hubiese salido con todo cuanto emprendió durante la vida; mas que hubieses sido el hombre mas feliz, el únicamente feliz entre todos los mortales, todo se perdió para ti: nada hay de todo aquello: la suma desdicha, el cúmulo de todas las desdichas, y de todas las desdichas eternas, será en adelante tu herencia. ¿Qué te parece ahora? ¿Será de algun precio la salvacion? ¿Merecerá la salvacion nuestras atenciones? ¿Será razon sacrificar alguna cosa para salvarnos?

¡Mi Dios! ¿en qué consiste nuestra prudencia? ¿qué se ha hecho de nuestro entendimiento? ¿á dónde se ha ido nuestro buen juicio? ¿y á qué se reduce nuestra fe? Se consumen inmensos caudales, se gasta mas de lo que se tiene, se reduce un ambicioso á la última

miseria por conseguir un empleo, por comprar una hacienda, por adquirir no pocas veces un nuevo fondo de inquietudes, de sobresaltos, de pesadumbres; y por el cielo, por lograr aquel fondo inenajenable de felicidad, aquel inagotable manantial de los bienes eternos, muchas veces se rehusa dar aun lo superfluo; no se quiere dar á los pobres lo que se pierde en el juego; una abstinencia, un ayuno de Cuaresma nos parecen preceptos muy gravosos. ¿Á cuántos les parece que está demasiado subido el precio de la salvacion? Y con todo eso, buen Dios, ¿qué proporcion hay entre la bienaventuranza, la felicidad eterna, y todo cuanto podemos hacer y padecer en esta vida?

¡Ó Dios mio, y qué caros nos cuestan nuestros errores; y cuán lastimosamente desmiente nuestra conducta á nuestra fe! Saber qué cosa es la salvacion eterna; creer cuánto vale nuestra salvacion, y decir, que cuesta demasiado salvarse; ¡qué mas impía, qué mas indigna extravagancia!

Punto segundo. — Considera lo que hicieron, y lo que padecieron los Santos para salvarse. Unos, desesperando de poderlo conseguir en el mundo, buscaron asilo á su inocencia en los mas espantosos desiertos: otros, precisados por su estado á vivir en el siglo, envidiaron la suerte de los anacoretas, vivieron en continua vigilancia, se consideraron como hombres agitados de la tempestad, siempre en peligro de perderse. Estos sí que fueron hombres prudentes: estos sí que formaron concepto justo y cabal del precio y de la importancia de la salvacion eterna. ¿Somos nosotros, ó mas despejados, ó mas virtuosos que aquellas grandes almas? Una santa Perpetua, una santa Felícitas, tantos millones de mártires se persuadieron que el cielo se les daba por nada, aunque les costó toda su sangre: ¿y nosotros rehusamos una ligera mortificacion, y apenas queremos dar por él una lágrima? ¿De cuándo acá está el precio del cielo tan bajo para nosotros?

Es cierto que Dios no nos intimó precepto alguno de que dejásemos efectivamente todas las cosas por el cielo; pero nos le intimó muy positivo de que á todas ellas prefiriéramos nuestra salvacion. ¿Y pudiera, ni aun el mismo Dios, dispensarnos de este precepto? ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿Y qué trueque, qué equivalente podrá encontrar, que sea proporcionado á esta gran pérdida?

Estas grandes verdades fabricaron aquellos excelentes modelos de

santidad, aquellos insignes ejemplos de mortificacion, de desasimiento del mundo, de penitencia. Pero ¿qué impresion hacen hoy en mi corazon y en mi espíritu? Ellas están haciendo cada dia asombrosas conversiones: ¿por qué razon no seré yo del número de los que se convierten? ¿Pienso por ventura que ya he hecho bastante para salvarme? Y si me veo precisado á confesar que hasta ahora apenas he hecho algo; ¿por qué no comenzaré á trabajar desde luego? ¿Acaso espero que algun dia podré comprar la salvacion mas barata, ó que valgan mas con el tiempo mis merecimientos?

Pero Dios es infinitamente bueno; Jesucristo nos mereció á todos el cielo; su muerte por todos los hombres da á todos legítimo derecho para pretender la gloria. ¡Bellos principios! ¡saludables antecedentes! ¡nobles premisas, si sacáramos de ellas mas justas, y mas inmediatas consecuencias! Dios es bueno: pues ¿por qué somos nosotros tan perversos? Dios es bueno: pues ¿por qué razon le ofendemos? A Jesucristo le costó la vida nuestra salvacion: pues ¿por qué no trabajarémos nosotros para salvarnos? ¡Linda respuesta, por cierto, para dada al Hijo de Dios! Señor, demasiado padecísteis Vos por mí: pues ¿para qué habia yo de padecer mas? Vos moristeis por mí: pues dejadme que viva, que triunfe, y que me regale por Vos. ¿Tendrá vergüenza para apelar á la pasion el que fue enemigo declarado de la cruz? Apliquémonos sus méritos, como se los aplicaba el Apóstol, y digamos con él, pero digámoslo con verdad: *Yo cumplo en mi carne lo que faltó á la pasion de mi Señor Jesucristo.*

Sí, dulcísimo Salvador mio, desde este momento lo comenzaré á ejecutar, porque ya no daré lugar á que se diga que lo dilato, ni por un instante solo. Lo mucho que hicísteis Vos para que yo me salvase, me hace formar una idea cabal y justa de lo que vale mi salvacion, y me enseña perfectamente lo que yo debo hacer. Concededme, Señor, vuestra gracia, para que no sean estériles é inútiles todas estas resoluciones. Desde este mismo punto comienza todo á ceder al cuidado de mi salvacion.

Jaculatorias. — Dad, Señor, á entender á mi alma, y persuadídselo bien, que Vos sois mi salvacion. (*Psalm.* xxxiv).

¡Qué gozo, mi Dios, cuando considero que todas las aflicciones de esta vida, siendo tan ligeras y tan momentáneas, me producen un peso eterno de gloria! (*II Cor.* iv).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que no hay ni verdadera gloria, ni bien real y verdadero fuera de la salvacion, y que esta consiste en la posesion del mismo Dios; ¿podrá parecer demasiado, ó excesivo el precio de la salvacion? ¿Y qué concepto deberémos formar de lo mucho que vale? ¿Será mucho vender todas las cosas por comprar este tesoro? ¿Será mucho sacrificarlas todas por conseguir esta perla? ¿Qué bien podemos desear si poseemos á Dios? ¿Qué puede faltar á nuestra felicidad, si tenemos la dicha de salvarnos? ¿Puede haber objeto mas digno de nuestra ambicion? ¿Puede imaginarse mayor gloria? No se sabe si es falta de fe, ó de entendimiento, el no comprender esta verdad; pero bien se puede decir que es falta de uno y de otro. Deja desde este punto ó de ser poco cristiano, ó de ser poco entendido. Forma concepto cabal y justo de lo que vale la salvacion, y comienza desde luego á obrar en todo arreglado á este concepto. Nada emprendas sin consultar este plan. Pesa todas las cosas con el peso de la salvacion, mídelas todas con esta regla. Dependencias, empresas, negocios, tratos, viajes, estado, condicion, fortuna, cargos, empleos, todo se refiera á Dios; todo se haga con la mira á la salvacion; nada ejecutes, segun el consejo del Apóstol, que no te sirva para la otra vida. Di á tu concupiscencia, ó por mejor decir al tentador: Este deleite ilícito, este empleo mal adquirido, esta hacienda mal ganada; ¿todo esto vale tanto como mi salvacion? Su posesion, que á lo mas me durará hasta la muerte, ¿podrá desquitarme de la pérdida de mi alma? ¡Oh, qué pocas culpas se cometerian! ¡Oh, cuántos arrepentimientos se excusarian, si se discurriera siempre de esta manera! Ya te se ha dado otra semejante regla: ¿la has, por ventura, seguido? ¿Y te aprovecharás mejor de la que ahora se te repite?

2 Mira qué aprecio hicieron los Santos de su salvacion, y de todo lo que podia contribuir á esta verdadera felicidad. ¡Qué sacrificios, qué combates, qué victorias! Ellos fueron verdaderamente sabios: ¿y te parece que hicieron demasiado? Mira lo que hizo y lo que padeció san Francisco Javier, así por su propia perfeccion, como por la salvacion de las almas: pídele que te alcance de Dios semejante ardor por la salvacion de la tuya.

Oracion para el dia octavo de la Novena.

Grande Apóstol de tantos pueblos y naciones, que tuvísteis tan alta idea de la salvacion de mi alma; alcanzadme de mi Salvador Jesu-

cristo la gracia de cooperar fielmente á tantas como he recibido de su liberalísima mano, y la de que nunca pierda el precio de mi redencion. Y pues el favor que os pido en esta Novena es con respecto á mi eterna salvacion, conseguidmelo tambien, si fuere para mayor gloria de Dios.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

San Gregorio, papa, en Roma, doctor insigne de la Iglesia, el cual por las cosas memorables que hizo, y por haber convertido los ingleses á la fe de Jesucristo, es llamado el Magno y el Apóstol de Inglaterra. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Mamiliano, mártir, tambien en Roma.

El triunfo de san Pedro, mártir, en Nicomedia; el cual siendo camarero del emperador Diocleciano, y quejándose públicamente de los inauditos tormentos que se daban á los mártires, por órden del mismo Emperador fue conducido á su presencia, y primeramente habiéndolo colgado, le azotaron cruelmente, después le echaron en las llagas sal y vinagre; finalmente, puesto en unas parrillas, fue asado á fuego lento, haciéndose legítimo heredero de la fe, y del nombre de san Pedro, apóstol.

Los santos Egdunio, presbítero, y otros siete, tambien en Nicomedia, que fueron ahogados cada dia uno para aterrorizar á los demás.

San Teofanes, en Constantinopla, el cual siendo muy rico se hizo un pobre monje; por venerar las imágenes de los Santos estuvo preso dos años por órden del impío Leon Armenio; después lo desterraron á Samotracia, en donde consumido de miserias, y esclarecido en milagros, entregó su alma al Criador.

San Bernardo, obispo y confesor, en Capua.

SAN GREGORIO, PAPA Y CONFESOR.

San Gregorio, á quien con justicia se da el distinguido título de *Magno*, y es universalmente reconocido por uno de los mas santos pontífices, y de los mas célebres doctores de la Iglesia, nació en Roma hácia la mitad del siglo VI. Su padre Gordiano era persona de mucha distincion en aquella corte, así por su empleo de senador, como por su antigua nobleza; y su madre Silvia no lo era menos por su rara piedad. Habiendo nacido de una familia tan ilustre y tan santa, no podia echar menos la mas cuidadosa educacion, aunque su rica índole la dejó poco que hacer. El ingenio excelente, las inclinaciones todas nobles, todas cristianas, todas generosas, y un ardiente amor al estudio, le constituyeron en poco tiempo la admiracion del Senado. Señalóse tanto en él, así por su rara sabiduría, como por su

nerviosa elocuencia y prudencia extraordinaria, que el emperador Justino II, sin reparar en sus pocos años, le confirió el empleo de prefecto, esto es, de gobernador de Roma, atendiendo en esto mas á su mérito que á su calidad.

No se entibiaron, ni descaccieron en sus piadosísimos dictámenes con esta primera dignidad del imperio romano en Italia; pero aunque sus fines no podian ser mas sanos, ni sus motivos mas puros, ni mas irreprensible su conducta, conoció presto, que es sumamente dificultoso conservar la inocencia en medio de las grandezas mundanas, y aplicar bastantes defensivos para librarse de su contagioso veneno. Crecia con los honores el deseo de ponerse á cubierto de los peligros, y le parecia mas á propósito para la salvacion la vida particular. Facilitóle Dios el camino con la muerte de su padre Gordiano, que con una rica herencia le dejó entera libertad para disponer de su persona, especialmente después que su madre se retiró á la casa de Celanova, para vivir con el recogimiento correspondiente á una devota viuda. Fundó y dotó seis monasterios en Sicilia, donde tenia gran parte de su patrimonio, y otro séptimo en Roma en su casa paterna, dedicado á san Andrés, el cual subsiste hoy, y le ocupan los Padres Camaldulenses. Hecho esto, renunció el oficio de prefecto, vendió lo que restaba de su hacienda con todos sus preciosísimos muebles, repartió el precio entre los pobres, y dejando enteramente el mundo, tomó el hábito de monje en su monasterio de San Andrés, bajo la disciplina del santo abad Valencion.

Comenzó con tanto fervor, y entabló una vida tan estrecha, que arruinó su salud. Pero ni sus frecuentes enfermedades, ni sus habituales indisposiciones le impedian el orar cási continuamente, y el estar leyendo, dictando ó escribiendo.

Informado el papa Pelagio II de las grandes prendas de virtud y sabiduría de Gregorio, le ordenó diácono de la Iglesia de Roma, y le envió con carácter de nuncio á Constantinopla, para que negociase con el emperador Tiberio algun socorro contra los longobardos. Apenas llegó á la corte, cuando temiendo que sus aires sútiles no le disipasen el espíritu, hizo venir á Maximiano, abad de San Andrés, con algunos otros monjes, para vivir con ellos dentro del palacio del Emperador como pudiera en el monasterio.

En este viaje y estancia en Constantinopla conoció y trabó estrechísima amistad con san Leandro, arzobispo de Sevilla, á cuyas instancias compuso aquella excelente obra de los *Morales sobre Job*. Tuvo muchas conferencias con Eutiques, patriarca de Constantino-

pla, que estaba imbuido en el error de Orígenes, que después de la resurreccion no habian de ser palpables nuestros cuerpos. Convenció-le san Gregorio, y el Patriarca se desengañó tan de veras de su error, que estando para morir tomaba el pellejo de su brazo con la mano y decia: *Creo que todos hemos de resucitar en esta misma carne.*

Volvió san Gregorio á Roma á fin del año 585, y habiéndose retirado á su monasterio de San Andrés, le obligaron á encargarse de su gobierno, haciéndole abad, por haber sido promovido Maximiano al obispado de Siracusa. Hizo florecer en él la observancia religiosa con tanta perfeccion, que habiendo sabido que un monje tenia guardadas sin licencia tres monedas de oro, no solo mandó que ninguno del monasterio le visitase durante su última enfermedad, sino que no obstante haber muerto muy arrepentido de su pecado, no quiso que se le diese sepultura eclesiástica, ordenando le enterrasen en un muladar juntamente con las tres monedas de oro, y que en vez de responso cada monje cantase al rededor de la sepultura aquellas palabras que pronunció san Pedro contra Simon Mago: *Pecunia tua tecum sit in perditionem:* que tu dinero te sirva de perdicion: severidad que usó el Santo para escarmiento de los demás; aunque después mandó celebrar treinta misas por el alma de aquel monje, quien en la última de ellas se apareció glorioso al santo Abad, dándole las gracias por su caridad y por su rigor; siendo este el principicio de las treinta misas, que llaman de san Gregorio.

Murió de peste el papa Pelagio el año 590, y el clero, el senado, y todo el pueblo romano de unánime consentimiento pidieron al diácono Gregorio por su sucesor. Solo él desaprobó y se resistió á su eleccion. Pero en vano escribió al emperador Mauricio para que no la aprobase; en vano se escapó fugitivo y disfrazado, ocultándose en la gruta de un intrincado bosque: buscáronle, encontráronle, condujéronle á Roma, y fue consagrado el dia 3 de setiembre del mismo año con aplauso universal.

Hízose cargo de que aquella suprema dignidad era para él nueva obligacion de aspirar á mas elevado grado de virtud. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que vivia en aquel tiempo, llama á nuestro Santo *grandísimo en humildad.* Con efecto, fue asombrosa en este grande Pontífice. Todas las calamidades públicas las atribuia á sus pecados.

Quiso dar razon del motivo de su fuga, cuando le eligieron Papa, á Juan, obispo de Ravena, y le dirigió su excelente libro del *Cuidado pastoral.* Lleno del mismo espíritu que san Pablo, explica en él

las tremendas obligaciones del cargo episcopal, de que se tenia por indignísimo, siendo así que era el mas perfecto modelo de santísimos prelados.

No es fácil explicar el tierno y afectuoso cuidado con que este santo pastor miraba por todo su rebaño, ni la grande extension é infatigable solicitud con que se dilataba su vigilancia á todas las necesidades de la universal Iglesia. Extendióse su atencion hasta los últimos términos del reino de Jesucristo; nada se escapaba á la extension de su celo; y todo lo que podia contribuir á la gloria y servicio de Dios, y á la salvacion de las almas, todo lo reputaba por grande y por digno de sus atenciones. Lo mas asombroso es, que al ver las menudencias á que descendia en los reglamentos que continuamente publicaba para la reformacion de Roma, se pudiera pensar que estaba enteramente ocupado en componer las costumbres de aquella sola ciudad; y con todo eso, al mismo tiempo admiraba toda la Iglesia su solicitud, y experimentaba sus efectos.

Reprimió la audacia de los lombardos, contuvo sus correrías, trabajó con felicidad en su conversion, y restituyó la paz á toda Italia. Redujo los Donatistas y los demás cismáticos de África, á pesar de su obstinada pertinacia, y los puso en razon por medio de Gaudencio, gobernador de las siete provincias africanas. Destruyó en España y en toda la Europa las miserables reliquias del arrianismo. Tuvo el consuelo de ver los frutos de su ardiente celo por la conversion de los judíos, habiendo pedido el santo Bautismo la mayor parte de ellos en Sicilia y en Cerdeña. Pudo tanto con los griegos el elevado concepto que formaron de su eminente santidad y de su raro mérito, que logró ver extinguidos todos los cismas particulares, y todas las turbaciones que después de tanto tiempo afligian á las iglesias de Oriente, y detenian el curso á los progresos del Evangelio. Pero el empeño mas glorioso de su pontificado, y tambien el mas ventajoso para toda la Iglesia, fue la conversion de los ingleses, que con justa razon le mereció el título de *Apóstol de Inglaterra*.

Es verdad que la Gran Bretaña habia abrazado el cristianismo muchos años antes en tiempo de su rey Lucio; pero después que los ingleses y los sajones, pueblos idólatras y naciones bárbaras brotadas de la Germania, se habian apoderado de aquella isla, habia vuelto la idolatría á tomar posesion de toda ella, apagada casi del todo la luz del Evangelio. Siendo aun Gregorio monje, y habiendo visto en Roma á unos esclavos ingleses de pocos años, de hermoso aspecto y de bella disposicion, se lastimó mucho de la desgracia de

aquellas almas cuando supo que eran gentiles. Pidió y consiguió del papa Pelagio que le enviase por misionero de aquella nacion; y habia ya salido de Roma para predicar en Inglaterra á Jesucristo, cuando el Papa le mandó volver, por los clamores del pueblo romano, que embarazaron sus apostólicos intentos, mas no pudieron entibiar el ardor de su celo. Viéndose ya pastor universal de toda la Iglesia, envió á Inglaterra á san Agustin, prior de su monasterio de San Andrés, con algunos otros monjes, y escribió á los reyes de Francia, de Borgoña y de Austrasia, á los arzobispos de Arles, de Aix, de Viena, y al gobernador de la Provenza, exhortándoles á favorecer aquella santa empresa. Habiendo llegado los misioneros á Aix, casi desmayaron del todo á vista de la ferocidad con que les pintaron á los ingleses, y de las imaginarias dificultades del viaje que les abultaron. Pero san Gregorio les alentó con la carta que les escribió, protestándoles que él mismo iria á trabajar en aquella grande obra si pudiese, y prometiéndoles feliz suceso de sus trabajos. Con efecto, derramó el Señor tantas bendiciones sobre aquella mision, y fue la mies tan abundante, que aunque se juntaron á los misioneros muchos sacerdotes franceses, dentro de poco tiempo se vió el santo Papa precisado á enviar nuevos operarios; y en menos de tres años se convirtió toda la isla, siendo una de las mas floridas cristiandades de toda la santa Iglesia.

No se limitó el celo de nuestro Santo á la conversion de la Gran Bretaña. No hubo nacion en todo el mundo cristiano, no hubo apenas iglesia particular que no experimentase los efectos de la vigilancia, de la aplicacion y de la caridad de este gran Pontífice. Pero lo que es mas digno de nuestra admiracion y se puede tener como especie de milagro, es que este hombre verdaderamente grande pudiese hacer tantas maravillas estando cási continuamente postrado en una cama; porque se puede decir, que los cortos intervalos de su quebrantada salud no eran mas que tránsitos de una enfermedad á otra: y con todo eso jamás cesó de escribir, de instruir, de predicar, de velar, no solo sobre las necesidades espirituales, sino tambien sobre las temporales de los pueblos.

Pero todas estas vastas y laboriosas ocupaciones no le estorbaron vivir durante todo su pontificado con la misma regularidad, con la misma observancia, y con la misma abstinencia que si estuviera en el monasterio. Sus ayunos eran continuos, y sus rentas no parecian suyas, sino de los pobres.

Todos los dias tenia por convidados en su misma mesa á muchos

de ellos, y el Señor le dió á entender con repetidos milagros cuán grata le era esta caridad. Iba un dia á lavar los piés á un pobre peregrino, segun su santa costumbre, y el pobre de repente desapareció. Aquella misma noche se le apareció el Señor, y le dijo: *Gregorio, otros dias me recibes en mis miembros, pero ayer me recibiste en mi persona.* Tenia escritos en un libro los nombres de todos los pobres de la ciudad de Roma, de los arrabales y lugares circunvecinos, á quienes señalaba una limosna diaria segun su necesidad. Y habiendo sabido que en cierta aldea se habia encontrado muerto á un pobre, se afligió tanto, temiendo que aquel pobre hubiese muerto de hambre por culpa suya, que en tres dias se interdijo el ejercicio de todas Órdenes en penitencia de su imaginada culpa.

Sustentaba en Roma á tres mil religiosas; y solia decir, que estaba muy obligado á las lágrimas y á las oraciones de aquellas santas vírgenes, porque con el mucho poder que tenian con Dios habian divertido á otra parte las armas de los lombardos, y habian restituido la paz á la Italia. Á cierto obispo de un exterior muy compuesto, pero poco liberal con los pobres, le escribió: que las rentas del prelado eran de los menesterosos; que importaba poco vivir con gran retiro, y tener mucha oracion, si no se hacian muchas limosnas; y que el obispo debia mirar á los pobres como si fueran hijos suyos.

Constituido por Dios como padre comun de todos los fieles, extendia su vigilancia á todas sus necesidades.

Reprendió á Januario, obispo de Caller, por haberse valido del poder que Dios le habia dado para vengar una injuria particular. Escribió á Desiderio, arzobispo de Viena, que no perdiese el tiempo, alhaja preciosísima, en leer libros inútiles y profanos; y dió una severa reprension á Natal, obispo de Salona en Dalmacia, porque desatendiendo al cuidado de su iglesia, pasaba los dias en convites y en ostentosas profanidades. Á Pimenio, obispo de Amalfi, le envió á decir que no le habia Dios hecho obispo para que estuviese continuamente fuera de su obispado; y así, ó que le renunciase, ó que tratase de guardar la debida residencia.

Era exactísimo su celo, pero nunca amargo, siendo la suavidad parte de su carácter: y como era extremamente humilde, fue siempre apacible, dulce y sumamente sufrido.

Promulgó una ley el emperador Mauricio, prohibiendo que ningun soldado tomase el hábito de monje. San Gregorio tomó la pluma, y le escribió en estos términos: *Seria hacerse reo delante de Dios el no hablar con sinceridad á los príncipes. La ley que prohibe á los soldados*

abrazar el estado religioso, confieso, señor, que me estremece por lo que toca á vos; porque es cerrar á muchos el camino del cielo... Pero ¿quién soy yo que hablo así á un grande Emperador, sino un vil gusano de la tierra? Con todo eso no puedo dejar de hablarle de esta manera, viendo que el Emperador se opone á Dios... Ves aquí lo que Jesucristo te dice por mi boca. De secretario te hice capitan de guardias; despues César, después Emperador y padre de otro Emperador: ¿y tú desvias á tus soldados de mi servicio? ¿Qué tendréis que responder cuando el soberano Dueño os pida cuenta de vuestra administracion?

Hizo poco fruto en el Emperador esta prudente representacion; y Juan, patriarca de Constantinopla, llamado el *Ayunador*, contribuyó mucho á enconarle contra nuestro Santo. Habia sido monje el Patriarca, y habia ascendido á aquella silla por la recomendacion que le daba un exterior modesto y mortificado; pero á espaldas de este exterior afectado y penitente ocultaba un insoportable orgullo, á cuya persuasion tomó el título de *Patriarca universal*, mientras san Gregorio, que verdaderamente lo era único, como vicario de Jesucristo, no usaba otro en sus cartas que el de *siervo de los siervos de Dios*.

Tuvo mucho que padecer el santo Pontífice así por parte del Emperador, como de los que eran enemigos de la Iglesia; pero siempre se mostró mas grande en medio de las contradicciones. Oprimido de enfermedades, ejercitado con persecuciones, consumido de cuidados que le causaba la solicitud de la Iglesia universal, no por eso cesaba de escribir y de predicar. Á vista del gran número de cartas que escribió á todo género de personas, llenas todas de aquel espíritu de Dios que animaba todas sus acciones; y al considerar la multitud prodigiosa de sus admirables obras, llenas de una elocuencia varonil, nerviosa y celestialmente pegadiza, pudiera parecer que san Gregorio habia vivido ochenta años en un desierto, ocupado únicamente en meditar, en leer y en escribir.

Fuera de los *Morales sobre Job*, de que ya hemos hablado, y están divididos en treinta y cinco libros, compuso los *Diálogos sobre la vida y milagros de los Santos de Italia*. Trabajó esta obra á instancias de sus hermanos, como el mismo Santo lo dice, esto es, de Pedro, su amigo antiguo, y de algunos otros monjes de su monasterio de San Andrés, que vivian familiarmente con él. Las demás obras de san Gregorio son el *Pastoral; veinte y dos Homilías sobre Ezequiel; cuarenta Homilías sobre los Evangelios; el Antifonario, el Sacramentario, y ochocientas cuarenta cartas*, divididas en doce libros.

Esta multitud asombrosa de ocupaciones, á cual mas pesada cada una, no le embarazó para aplicar su atencion á otras cosas menores. Fundó un seminario de músicos ó cantores, y se dedicó á reformar el canto de la Iglesia, componiendo el que ahora se llama *canto llano, ó canto Gregoriano.* Su celo, siempre industrioso por la salvacion de las almas, inventó é introdujo las letanías y procesiones, que instituyó para aplacar la ira de Dios, que afligia á la ciudad de Roma con una cruel peste. Reformó la profanidad, desterró los abusos, y restituyó á su antiguo esplendor la disciplina eclesiástica, secular y regular. Tantos y tan apostólicos trabajos acabaron, en fin, con aquella debilísima salud; y el dia 12 de marzo del año 604, cerca de los sesenta de su edad, á los trece, seis meses y tres dias de pontificado, fué este gran Santo á recibir en el cielo el premio debido á sus gloriosas fatigas. Fue enterrado su cuerpo con los honores correspondientes á espaldas de la sacristía antigua de la basílica de San Pedro. Los papas Clemente VIII y Paulo V hicieron trasladar sus reliquias á la nueva iglesia de San Pedro del Vaticano. El monasterio de San Medardo de Soisons se gloría de tener algunas de san Gregorio desde el año 826: y la ciudad de Sens juzga estar en posesion de su santa cabeza. Todo el universo rinde solemne culto á san Gregorio. Hasta los mismos griegos, aunque tan poco devotos de los Santos de la Iglesia latina, le han hecho lugar en su liturgia; y en el año 747 se estableció en la Gran Bretaña la fiesta de san Gregorio, como principal Apóstol de Inglaterra, desde que los ingleses y los sajones entraron á ocupar el lugar de los bretones.

La Misa es en honra de nuestro Santo, y la Oracion de la Misa es la siguiente:

Deus, qui animae famuli tui Gregorii aeternae beatitudinis praemia contulisti: concede propitius; ut qui peccatorum nostrorum pondere praemimur, ejus apud te precibus sublevemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que premiaste con la eterna bienaventuranza á la alma de tu siervo san Gregorio; concédenos misericordiosamente, que pues estamos oprimidos con el peso de nuestros pecados, seamos aliviados de él por la eficacia de sus oraciones. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos, et mortuos per adventum ip-

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y

sius, et regnum ejus: praedica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

por su reino, que prediques la palabra: que instes á tiempo y fuera de tiempo: que reprendas, supliques y amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conforme á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, como justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt: Vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la doctrina sana. Demasiado ha llegado ya este tiempo de relajacion y de indocilidad. ¿En qué otro tiempo mas que en nuestro infeliz siglo gustan menos de la doctrina de Jesucristo los hombres que se precian de cristianos? ¿Cuando se ha buscado con mayor empeño una moral amiga de los sentidos, una doctrina sociable y acomodada?

¿Se predica al pueblo y á la muchedumbre? ¡Cuántos cobardes temperamentos se aplican! ¡Cuántas benignas interpretaciones de la ley! Parece que se teme revolver ó asustar las conciencias. ¡Pernicioso miedo! ¡cruel compasion!

¿Se predica á presencia de los grandes? ¡Buen Dios! ¡con qué circunspeccion, con qué tiento se habla de los mas terribles, de los mas importantes misterios de la Religion! ¡Qué atencion, qué cuidado se pone en no especificar, en no caracterizar demasiado la licencia de las costumbres, por no irritar la indevocion de los cortesanos, por no lastimar la delicadeza de los afortunados del siglo! Desagrada por lo comun el que aprieta demasiado; pero está bien hallado con el desórden el que teme que le toquen. ¡Oh gran Dios! ¡y qué trastornamiento no solo del juicio, sino del propio interés! Á la verdad se encuentran todavía algunos hombres apostólicos, que no saben adu-

lar, y tienen valor para predicar la palabra de Dios, y no la suya. Los mayores príncipes los oyen con respetuosa, con religiosa docilidad, y autorizan la doctrina con su ejemplar, con su cristiana vida. Pero esos jóvenes disolutos, que muchas veces no tienen mas mérito que el de su distinguido apellido, y el contar muchos hombres honrados entre sus abuelos; esas damas del gran mundo, esas mujeres vanas y sin reputacion; esos esclavos de las diversiones y de los entretenimientos, que imaginan haber nacido solo para divertirse y para holgarse; esas infelices víctimas de los deleites, que hacen vanidad, y poco las falta por hacer mérito de la irreligion; esas almas tan poco cristianas, que pasan los dias en cierta refinada ociosidad y regalo; todas estas personas de distincion y de carácter ¿toman el gusto á la doctrina, á la moral del Evangelio? ¿Con qué docilidad oyen aquellos oráculos de Jesucristo, que es menester sujetar las pasiones, mortificar los sentidos, llevar la cruz, cumplir con las obligaciones de la justicia y de la ley para ser sus discípulos? ¿Con qué disposicion leen un libro espiritual, oyen un sermon, y se presentan al sagrado tribunal de la penitencia? Juzguémoslo por sus costumbres.

¿Estarán endurecidos en el desórden hasta llegar á perder todo vital movimiento de Religion? No; pero se ajusta la Religion á los deseos; se la hace dependiente de las pasiones; se cierran, ó se desvian los oidos para no oir la verdad: *à veritate quidem auditum avertent;* se forja un sistema de moral y de religion, segun la idea de cada uno, y se dedica toda la atencion á las fábulas, á la mentira y al embuste: *Ad fabulas autem convertentur.* Es menester confesar que son bien dignos de compasion los Cristianos, cuando llegan á cegarse tanto. Pero mucho mas lo son aquellos indignos y cobardes ministros, aquellos directores lisonjeros y aduladores, aquellos falsos profetas que nutren á los fieles en la relajacion y en el error, ó por su ignorancia, ó por su cruel condescendencia: *Ipse impius in iniquitate sua morietur; sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* (*Ezech.* III). El impío morirá en su iniquidad; pero á tí te he de pedir cuenta de su sangre.

El Evangelio es del capítulo V *de san Mateo, pág. 106.*

MEDITACION.

De la fidelidad en las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la fidelidad en las cosas pequeñas nunca se tuvo por pequeña cosa, ni por mediana. No parece pue-

de haber prueba mas visible de lo mucho que se ama á Dios, que el cuidado de no disgustarle en la cosa mas mínima.

Las acciones de mayor estrépito y de mayor honra, no siempre son las que mas cuestan, ni aun las que mas valen: las mas menudas, las mas oscuras en materia de devocion, especialmente cuando se ofrecen frecuentes ocasiones de repetirlas, son por lo comun las que mortifican mas, y para las cuales es menester mayor vencimiento. Algunas veces con un mediano amor de Dios se pueden hacer cosas grandes; pero no parece posible ser constantemente fiel en las pequeñas sin un grande amor de Dios.

El mismo Jesucristo parece que atiende únicamente á esta singular fidelidad, cuando se trata de premiar á los que le sirvieron. *Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque lo fuiste en pocas cosas, yo te colocaré sobre muchas.* Lastimoso error el de aquellos que solo aspiran á ser devotos y á ser fieles en cosas de entidad. ¿Se deberá creer que hacen por amor de Dios lo mas dificultoso, cuando no quieren ejecutar lo mas fácil?

La razon, el bien parecer, el pundonor, un poco de la buena crianza, los respetos humanos, y hasta la misma vanidad pueden contribuir mucho á cumplir con aquellas obligaciones esenciales á que no se puede faltar sin nota y sin descrédito; pero ser exacto en cien menudas observancias, en que se pudiera uno dispensar sin parecer menos bueno, menos cristiano, menos religioso, ciertamente una fidelidad tan desinteresada no puede dejar de ser, ó efecto, ó causa de una eminente virtud.

Aquellas victorias plausibles, aquellos sacrificios heróicos, aquellas obras de virtud que hacen tanto ruido, edifican mucho á la verdad; pero son raras: mas al contrario, estas otras victorias del genio, del natural, del humor, de las pasiones, son victorias de todos los dias, y muchas veces de todas las horas. ¡Qué tesoro de merecimientos en esta multitud de triunfos! ¡Mi Dios! ¿puede haber mayor ilusion, ó tentacion mas perniciosa, que la de imaginar que la virtud no depende de esta puntual y menuda fidelidad?

Pero ilusion, pero error tanto mas digno de temerse, cuanto es mas comun, y cuanto es menos temido. ¡Oh Señor! ¡y qué dolor es el mio por haber yo incurrido tambien en un error tan grosero! Haced, Señor, que de aquí adelante sea mi conducta la prueba mas visible de mi arrepentimiento.

Punto segundo.—Considera que es tan agradable á Dios esta

exacta fidelidad en las cosas mas menudas, que de ella, por decirlo así, quiso hacer pendientes las mayores maravillas.

¿Qué ceremonia mas ligera, que la de tener las manos levantadas hácia el cielo? Pues con todo eso, de esta postura pendió la victoria de Israel contra los amalecitas.

Para vencer á los madianitas escogió Dios á solos trescientos soldados, que por ser menos regalones, ó mas mortificados que los otros, no se echaron de bruces para beber en el rio con mayor comodidad. Circunstancia harto ligera: y en medio de eso esta menudencia fue la que dió la victoria al pueblo de Israel.

Herir la tierra dos ó tres veces mas, ó dos ó tres veces menos, era una ceremonia bien menuda. Sin embargo de eso, ¿qué has hecho Joás? grita el profeta Eliseo, ¿no has herido la tierra mas que tres veces? Pues sábete, que si la hubieras herido cinco ó seis: *Si percussisses quinquies, aut sexies*, te hubieras hecho dueño de toda la Siria.

¿Por ventura se baten y se arruinan las fortificaciones de una plaza sonando una trompeta? ¿Por ventura se desmantelan las murallas de una ciudad, dando procesionalmente una vuelta al rededor de ella? Y no obstante no quiere el Señor que se empleen otras armas para derribar los soberbios muros de Jericó. Toda la fuerza de Sanson está aligada a sus cabellos. ¿Qué virtud no comunicó Dios á la débil vara de Moisés? ¡Buen Dios! ¡qué instrucciones tan importantes nos dan estas figuras! ¡qué misterios encierran! Á cuántos tibios y cobardes en el servicio de Dios se les pudiera decir: *Si percussisses quinquies, aut sexies*. Gimiendo estás todavía bajo el tirano poder de esta pasion dominante: todavía te dejas arrastrar de ella, después de haber hecho tantos esfuerzos para vencerla: con razon te estremeces al verte tan imperfecto después de haber recibido tantas gracias. ¡Ah! que no faltó mas que un poco de mayor fidelidad en cumplir con las menudas obligaciones; un poco de mayor exactitud en la observancia de las reglas que parecian de menos monta: *Si percussisses quinquies, aut sexies*. Tiénense por menudencias las obligaciones menudas, y se reputa aun por mayor menudencia la poca fidelidad en desempeñarlas, por una omision de cási ninguna consecuencia. De aquí nacen tantos Sansones fatalmente sepultados entre las ruinas, tantas victorias perdidas.

Aquel magnífico elogio que hace el Espíritu Santo de la mujer fuerte, ¿á qué se reduce? ¿sobre qué recae? Declara que su virtud no tiene precio: que para encontrar una mujer de iguales prendas

es menester andar muchas tierras, buscarla en los países mas remotos: *Procul, et de ultimis finibus pretium ejus.* Y esto ¿por qué? Porque se dedica á dar gusto á su marido; porque cuida de sus hijos y de su familia; porque paga á los oficiales con puntualidad; todas obligaciones comunes, en la apariencia poco esenciales: devocion de poco ruido. Con todo eso á esto se reduce todo el mérito y todo el elogio de esta mujer extraordinaria; pero ¿cuántas personas miran todas esas menudencias como cosas indiferentes?

¡Mi Dios! ¡qué dolor se sentirá á la hora de la muerte, cuando se piense en lo que puede ser ponga á peligro la salvacion! Si para tener mucha virtud fuera menester hacer grandes cosas, ni aun por eso seríamos excusables en no haberlo pretendido; pero cuando veamos que la virtud mas eminente pendia en cierta manera de la fidelidad en cosas pequeñas; ¡qué dolor! ¡qué desesperacion! ¿Y qué será de mí, Señor, si no me aprovecho de esta meditacion? Todo lo espero de vuestra divina gracia; en virtud de ella me atrevo á prometer que de hoy en adelante estaréis contento de mi fidelidad.

Jaculatorias. — Muchas veces dije al Señor: Vos sois mi Dios, y no teneis necesidad de mis bienes. (*Psalm.* xv).

Entended bien esto los que vivís olvidados de Dios, especialmente en materias ligeras. (*Psalm.* xlix).

PROPÓSITOS.

1 Nunca olvides la parábola de los talentos, y las expresiones de que se vale Dios para hacernos apreciar la fidelidad en cosas pequeñas: *Quia super pauca fuisti fidelis.* Este solo oráculo vale por todas las reflexiones, por todos los mandamientos juntos. En otro tiempo, allá en los primeros dias de tu conversion, en los primeros años de fervor, tenias ciertas devociones, ciertos puntos de observancia, á que jamás faltabas sin remordimiento, haciendo escrúpulo de ser menos exacto en ellos. ¿Qué se hizo de aquella puntualidad, de aquella exactitud en el cumplimiento de la ley? ¿Qué se hizo de aquella fidelidad en las cosas mas pequeñas? Pues la doctrina de Jesucristo no se muda. Cuanto mas te vas alejando del dia de tu conversion, debieras ser mas regular, mas exacto, mas mortificado, mas fiel. Examina aquí tu corazon, y oye lo que te dice tu conciencia; pero no dejes pasar este dia sin poner eficaz remedio á tu tibieza. Nota desde luego los puntos en que te sientes relajado: la oracion, las devociones, las penitencias, las mortificaciones, todo lo que comen-

zaste á hacer, y después has omitido. Si eres religioso, apunta las reglas en cuya observancia te dispensas, las órdenes de los superiores de que haces poco aprecio: y en cualquiera estado en que te halles, nota todo aquello que necesita de remedio pronto. No te contentes con decir: *Ya me acuerdo de ello, todo lo tengo muy presente;* no puede sufrir el enemigo de nuestra salvacion que se escriban los propósitos, porque sabe bien que es admirable remedio para que sean más eficaces. Escríbelos, vuelvo á decir, y entrega á tu director el papel donde notares los puntos de tu reforma, suplicándole que en todas las confesiones te pida estrecha cuenta de ellos. Con estos medios, y con semejantes piadosas industrias, se recobra presto el fervor, y se anda mucho camino en poco tiempo.

2 Cuando leas las vidas de los Santos, repara cuidadosamente la exactitud con que fueron fieles en las cosas mas pequeñas. Ninguno dejó de ser muy sobresaliente en este particular, porque no hay medio mas seguro para conservar la inocencia. Hacia de ellas tanto caso san Francisco Javier, que en medio de las mas importantes y mas trabajosas ocupaciones, era tan exacto en cumplir con sus devociones, como pudiera el novicio mas fervoroso. Profesaba tierna devocion á las cinco llagas de Cristo, y á la Concepcion de la santísima Vírgen, haciendo todos los dias á las primeras la corta oracion con que se acabará esta Novena.

Oracion para el último dia de ella.

Glorioso san Francisco Javier, que tuvísteis siempre tan grande fidelidad en las cosas mas pequeñas, tan afectuosa devocion á las sagradas llagas de Cristo Nuestro Señor, y tan tierno amor á la santísima Vírgen: suplícote que me alcances de Dios estas mismas virtudes; que de aquí adelante sea siervo fiel en las cosas mas menudas de que hace tanto caso el soberano Dueño; que en vida y en muerte halle abrigo en las sagradas llagas de mi Salvador, y que en todo tiempo encuentre en la santísima Vírgen todos los oficios de una buena madre. No permitais que acabe esta Novena sin conseguir la gracia que tantas veces os he pedido en ella, si ha de ser para mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amen.

Oracion de san Francisco Javier á las cinco llagas.

Ó Jesús, Dios de mi corazon, súplícote por aquellas cinco llagas que el amor á los hombres te abrió en la cruz, favorezcas á tus siervos, que rescataste á costa de tu preciosa sangre. Amen.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los santos mártires Macedonio y Patricia su mujer, y Modesta su hija, en Nicomedia.

Los santos mártires Teusetas y Horres su hijo, Teodora, Ninfodora, Marcos y Arabia, en Nicea, los cuales todos fueron quemados por confesar á Jesucristo.

San Sabino, mártir, en Hermópolis de Egipto, el cual después de muchos tormentos consumó el martirio, habiéndole ahogado en un rio.

Santa Cristina, vírgen y mártir, en Persia.

Los santos Rodrigo, presbítero, y Salomon, mártires, en Córdoba. *(Véase su historia en las de este dia).*

San Niceforo, obispo, en Constantinopla, el cual defendiendo acérrimamente la tradicion de los santos Padres, y oponiéndose á Leon el Armenio, emperador iconoclasta, en defensa del culto de las santas imágenes, fue desterrado por dicho Emperador, y al cabo de catorce años de martirio en el destierro, murió en el Señor. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Ansovino, obispo y confesor, en Camerino.

La gloriosa muerte de santa Eufrasia, vírgen, en la Tebaida. *(Véase su historia en las de este dia).*

SAN NICEFORO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA, CONFESOR.

Teodoro, padre de nuestro Santo, fue secretario del emperador Constantino Copronimo; pero cuando el tirano se declaró perseguidor de la Iglesia católica, este ministro fiel, reflexionando cuán obligados estamos á obedecer á Dios antes que á los hombres, mantuvo el honor debido á las imágenes santas con tanto celo, que fue despojado de todos sus honores, azotado, afligido con torturas, y últimamente desterrado. El ejemplo doméstico de su padre animó desde su infancia á nuestro jóven Niceforo á la práctica de todas las virtudes: y en su educacion fueron tan considerables los progresos, como grandes habian sido sus deseos de aprovechar, y bellísimas las instrucciones que habia recibido, hasta que la madurez de su edad y los adelantamientos de su estudio le permitieron presentarse en el teatro del mundo. Cuando fueron elevados al trono imperial Constantino, é Irene, y restituida la religion católica, recibieron grandes noticias de nuestro Santo, y por sus méritos llegó á granjear un partido grande en sus favores. Fue por estos príncipes elevado á la dignidad de su padre; y el lustre de su santidad le hizo mirar como el mas precioso ornamento de la corte, y ser la columna de todo el Es-

tado. Distinguióse por su celo contra los Iconoclastas: fue secretario del segundo concilio de Nicea, y por muerte de san Tarasio, patriarca de Constantinopla, en el año de 806, no se halló otro mas digno de sucederle que nuestro Santo. Para dar un testimonio auténtico de su fe, tuvo en la mano durante su consagracion un Tratado que él mismo habia escrito en defensa de las imágenes, y concluida la ceremonia le puso debajo del altar, como en muestra de que siempre sostendria la tradicion constante de la Iglesia. Apenas se vió sentado en la cátedra patriarcal, cuando principió á considerar cómo disponer una mudanza y reforma total de costumbres, y sus preceptos desde el púlpito recibian doble fuerza del ejemplo que á todos daba su conducta, y la práctica uniforme y constante de una piedad eminente. Aplicóse con una diligencia infatigable á todas las obligaciones de su cargo y ministerio, y con sus celosas tareas, mansedumbre, y paciencia invencibles, sostuvo su virtud sin otro apoyo, y se opuso al ímpetu de la iniquidad. Pero estos sucesos gloriosos no le hicieron tan ilustre como la fortaleza con que despreció las amenazas de los tiranos, y sufrió persecuciones por la justicia.

Habiendo mudado de mano el Gobierno, el patricio Leon, el *Armenio*, gobernador de Natolia, fue proclamado emperador en el año de 813, y siendo hereje iconoclasta, procuró con artificios y con violencias restablecer en el imperio su herejía. En primer lugar pensó en ganar con malignas sugestiones la voluntad del santo Patriarca, para que favoreciese sus designios; pero Niceforo le respondió: *Nosotros no podemos mudar las antiguas tradiciones: respetamos las imágenes santas como lo hacemos con la cruz, y con los libros de los Evangelios.* Porque es necesario advertir que los antiguos Iconómacos veneraban los libros de los Evangelios, y la figura de la cruz, aunque por una inconsecuencia muy comun en los errores, condenaban igual honor relativo á las imágenes de los Santos. Niceforo demostró, que léjos de derogar por esto cosa alguna al honor supremo que tributamos á Dios, y se le debe, le honramos á él mismo, cuando reconocemos un respeto subalterno á sus Ángeles, Santos, Profetas y ministros: y tambien cuando damos un honor inferior relativo a las cosas inanimadas pertenecientes á su servicio, como son los vasos sagrados, las iglesias y las imágenes. Pero el tirano estaba encaprichado en su error, que al principio pretendió extender con estratagemas: y en consecuencia de esto animó secretamente á unos soldados para que tratasen con desprecio una imágen de Cristo que estaba

en una gran cruz colocada sobre las puertas de la ciudad, de cuyo hecho tomó ocasion para mandar que la dicha imágen fuese quitada de la cruz, pretextando hacerlo para evitar otra profanacion semejante. San Niceforo conoció la borrasca que se iba fraguando, y estuvo largo tiempo en oracion en compañia de varios obispos y abades santos. A poco tiempo el Emperador, que habia juntado algunos prelados iconoclastas, envió por el Patriarca y por los demás obispos que le acompañaban y seguian. Obedecieron puntualmente la citacion; pero suplicaron á S. M. dejase libre el gobierno de la Iglesia á sus pastores. Emiliano, obispo de Cyzici, uno de los que componian el cuerpo de aquellos, dijo: *Si este es negocio eclesiástico, trátese en la iglesia segun costumbre, y no en palacio.* Eutimio, obispo de Sardes, dijo: *Ochocientos años hace, desde la venida de Jesucristo, que ha habido siempre pinturas de él, y que ha sido honrado en ellas. ¿Quién, pues, será tan osado que se atreva á abolir una costumbre tan antigua, y una tradicion tan constante?* San Teodoro el Studita habló después de los obispos, y dijo al Emperador: *Señor, no turbeis el órden de la Iglesia. Dios ha puesto en ella apóstoles, profetas, pastores y maestros. Él os ha fiado el cargo del Estado; pero dejad la Iglesia á sus pastores.* Airado entonces el Emperador les echó de su presencia: pero algun tiempo después los Iconoclastas tuvieron un pretendido concilio en el palacio imperial; y citaron al Patriarca á comparecer ante ellos: á cuyas mociones volvió el Santo esta respuesta: *¿Quién os ha dado esa autoridad? ¿Ha sido el Papa ó alguno de los patriarcas? En mi diócesis no teneis jurisdiccion:* y entonces leyó el cánon que declara descomulgados á aquellos que presuman ejercer algun acto de jurisdiccion en la diócesis de otro obispo. Ellos no obstante procedieron á pronunciar contra él una sentencia ridícula de deposicion; en cuya consecuencia el santo Pastor, después de varias diligencias hechas insidiosamente contra su vida inocente, fue enviado por el Emperador á un destierro injusto. Miguel el *Balbuciente*, que en el año de 820 habia sucedido á Leon el Armenio, estaba imbuido en la misma herejía, y fue tambien perseguidor de nuestro Santo, que murió en su destierro á 2 de junio, en el monasterio de San Teodoro, que él habia edificado, en el año de 828, el catorce de su destierro, y el setenta de su edad. Por órden de la emperatriz Teodora fue llevado su cuerpo á Constantinopla con gran pompa y acompañamiento en el año de 846, á los 13 de marzo, en cuyo dia hace de él conmemoracion el Martirologio romano.

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

San Leandro, ilustrísimo por su real sangre, celebérrimo por su celo y piedad, apóstol de los godos, uno de los mas brillantes ornamentos de la dignidad episcopal, y uno de los mayores Santos de la Iglesia, nació por los años 534 en la ciudad de Cartagena, llamada Bigastro en la antigüedad.

Sus padres Severiano, capitan de la milicia correspondiente al departamento de Cartagena, y Turtura, señora de grandes prendas, mas distinguidos por su piedad que por la nobleza de su ascendencia, nada menos que de los reyes godos y visigodos, siendo profesores de la fe católica en medio de un reino infecto con la peste arriana, dieron á Leandro, primer fruto de la bendicion de su dichoso matrimonio, una educacion conforme al espíritu de la religion cristiana, cuyas máximas procuraron imprimir desde luego en su corazon. Sus inclinaciones todas nobles, generosas y cristianas, contribuyeron no poco para que ya en su juventud fuese la admiracion de las gentes, que advirtiendo en él reducida su complacencia á santos ejercicios y caritativas obras, y que huia de las ocasiones peligrosas, brillando en su rostro el pudor y la modestia, le ponian como ejemplar y modelo de todos los jóvenes de su edad.

Aplicado á los estudios, hizo en las ciencias maravillosos progresos correspondientes á los de su virtud. Era de un ingenio vivo, sólido y penetrante, naturalmente culto y despejado, y poseia una elocuencia nada comun; y ayudados estos principios con una incesante aplicacion, le hicieron después uno de los mas santos y sabios Padres de la Iglesia.

Aunque Leandro tenia grandes talentos y nobilísimas disposiciones para adelantarse cada dia mas y mas en las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro y soledad. En vano le lisonjeaba la fortuna con los adelantamientos que pudiera lograr en el mundo, debidos á su mérito y calidad, pues el deseo de trabajar únicamente en el negocio de su salvacion era para él el mayor atractivo. En efecto, siguiendo tan acertado impulso, determinó buscar asilo á la inocencia en el monasterio del Órden Benedictino, sito en la ciudad de Sevilla, floreciente por entonces en la primitiva observancia regular, donde vivió algunos años dedicado al servicio del Señor, y ocupado en los mas rígidos ejercicios de penitencia, en el estudio de las santas Escrituras, y en el de la disciplina eclesiástica; siendo la admi-

racion de todos los religiosos por el esplendor de su virtud, por la luz de su sabiduría, por la grandeza de su doctrina, por el fervor de su observancia, que le hacia brillar entre los monjes como el sol entre los demás astros.

Cuando se hallaba Leandro con el mayor reposo y quietud, gozando de las delicias del retiro, hecho dueño de los corazones de todos por su eminente santidad, ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla (bien fuese Esteban, ó David, sobre que varian los escritores); y persuadidos los electores de que en el reino no habia persona mas digna para ocupar aquella cátedra, una de las mas principales sillas metropolitanas de España, por aclamacion comun fue colocado en ella á pesar de su humilde resistencia.

Constituido en el ministerio episcopal, le dispensó con vigilante circunspeccion, dirigió su rebaño con sabio y prudente consejo, y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á satisfacer completamente el cargo impuesto por Dios sobre sus hombros. De dia y noche trabajaba infatigablemente con un celo, una vigilancia, y una aplicacion tan exacta, que manifestaba sin equivocacion estar su espíritu lleno de Espíritu Santo, mostrándose con una prudencia consumada, liberal en las limosnas, equitativo en los juicios, moderado en las sentencias, continuo en la oracion, admirable en las divinas alabanzas, infatigable en los oficios eclesiásticos, abundante en la piedad, y en la caridad sin límite.

Prevalecia en su tiempo en España la herejía arriana, protegida de los visigodos, causando los mas lastimosos estragos en los Católicos, defensores del sacrosanto dogma de la divinidad de Jesucristo: y persuadido Leandro que la destruccion de este monstruo infernal debia ser el objeto principal de los deberes de su ministerio, empleó para sepultarle su grande sabiduría, su mucha reputacion, y toda su autoridad, atacando al enemigo hasta en sus mismas trincheras. En prosecucion de tan laudable empresa, de continuo confirmaba á los Católicos con sus sabias predicaciones é instrucciones en la infalible verdad del artículo controvertido, refutaba á los herejes con sus doctos discursos y nerviosa elocuencia, y procurando atraerles á verdadero conocimiento, sacó á no pocos arrianos del error, aumentando por estos medios el rebaño de Jesucristo considerablemente.

Cuando prosperaba Leandro en las conquistas á virtud de sus grandes talentos y de su ingeniosa industria, se retiró á Sevilla, capital de sus Estados, su sobrino el príncipe Hermenegildo con su esposa Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Francia, princesa no menos

distinguida por su rara virtud que por su alto nacimiento, la cual aprovechándose de esta ocasion, trabajó en la conversion de su esposo, educado en el arrianismo, á la religion católica. Logrólo en fin, auxiliada de su tio san Leandro, autor principal de tan laudable empresa, y por quien instruido perfectamente en el dogma católico, abjuró la herejía, recibió el Bautismo, y con el sagrado crisma del sacramento de la Confimacion aquel valor y aquella constancia, en que se forman los héroes del cristianismo. Deseando con vivas ansias dar pruebas de la firmeza de su fe, no tardó mucho tiempo en que se le ofreciese ocasion para ello. Apenas supo su padre, acérrimo defensor de la herejía arriana, su mudanza de religion, no dando oidos mas que á su pasion y á los violentos consejos de su mujer Gosvinda, que habia sido la causa del retiro de los dos príncipes á Sevilla por los malos tratamientos que hacia á Ingunda, siempre firme en la religion católica, entró en tan furiosa cólera, que despojó á Hermenegildo del título de rey, que le concedió sobre toda la Andalucía, resuelto á quitarle la vida si no renunciaba de la fe que habia abrazado; y aun para hacer mas ruidosa su venganza, al mismo tiempo que discurria medios para dar muerte á su propio hijo, excitó una cruel persecucion contra los Católicos.

Noticioso Hermenegildo de las precipitadas medidas que tomaba su padre para perderle, creyó deberse defender en la guerra injusta que le movió aquel por causa de religion, bien convencido de la preferencia de su salvacion á las obligaciones con un progenitor que queria someterle de nuevo al error. Pero no hallándose este Príncipe con fuerzas suficientes para resistir las superiores de Leovigildo, se vió en la precision de recurrir á la proteccion del Emperador; cuya resolucion fue sin duda la causa de que pasase su tio Leandro á Constantinopla á solicitar de Tiberio, sucesor de Justino el Jóven, auxilios en favor de los católicos de España, capaces de reprimir la insolencia de los Arrianos. Con este motivo conoció en aquella corte á san Gregorio el Grande, diácono á la sazon de la Iglesia romana, y nuncio del papa Pelagio II cerca del Emperador. La uniformidad de sentimientos, de costumbres y de virtudes, hizo bien presto entre ambos una union tan estrecha, que solo pudo disolverla la muerte. Retardó el fallecimiento de Tiberio las primeras negociaciones de Leandro, y así le fue preciso reiterarlas con su sucesor Mauricio; pero hallándose ocupado este soberano en la guerra contra los persas, y en otros negocios gravísimos del Oriente, que no le permitian dividir sus fuerzas, ni pensar en expediciones del Occidente, se vol-

vió Leandro á España sin haber conseguido el fin de su embajada para quietud de los Católicos, y seguridad del príncipe Hermenegildo.

A su arribo encontró la guerra entre padre é hijo mas encendida, si cabe, que antes de su partida. Tenaz Leovigildo en perseguir á Hermenegildo hasta la muerte, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á este depravado fin. Para acalorar tan impío pensamiento, tomó el pretexto político, de que intentaba rebelarse contra el trono, y aun cometió la bastardía de corromper con dinero á los soldados que defendian al Príncipe: últimamente, preso y encarcelado Hermenegildo, terminó la cuestion con mandar Leovigildo quitar la vida á su propio hijo, acriminándole como su mayor delito el no haber querido recibir la comunion pascual de mano de su obispo arriano.

Parecia deberse dar por satisfecho Leovigildo con el enorme atentado; pero como un abismo provoca á otro abismo, léjos de serenarse, continuó la persecucion contra los Católicos como un leon enfurecido: desterró á los santos obispos defensores de la fe ortodoxa: dejó á las iglesias sin pastores: saqueó sus bienes; y se vieron los fieles en la mayor consternacion. Los vínculos de la sangre, y respetos que tenia con Leandro no bastaron para librarle de su furor, antes bien considerándole como el apoyo de Hermenegildo, descargó sobre él toda su cólera, haciéndole participante de la infeliz suerte de los demás prelados, y aun con mas rigor, desterrándole á Cartagena sin mas menaje que el pobre hábito que vestia.

No se acobardó el Santo con tan injusto castigo, antes bien animado su valor de aquel fervoroso celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, continuó desde el destierro la guerra contra los enemigos de la fe. Ya que no podia alentar á los Católicos con la voz viva, compuso dos libros doctísimos enriquecidos de inmensa erudicion sagrada contra los dogmas arrianos, en los que confundió su error con vehemente estilo, y nerviosa elocuencia; y además escribió un admirable opúsculo contra los institutos de los mismos herejes, en el que presupuestos sus principios los rebatió con concluyentes respuestas. No satisfecho su celo con estos monumentos de gloria eterna, considerando á los Católicos afligidos por un rey cruel, enemigo capital de la Religion, les animaba por medio de cartas llenas de aquel espíritu de que se hallaba poseido su corazon, persuadiéndoles á resistir con valor cristiano tan injusta persecucion, ilustrándoles por ellas en la infalible verdad de la divinidad del Hijo eterno, y consustancialidad con el Padre. En fin, tal fue su constan-

cia en proteger la fe ortodoxa, que dándole á sentir la justicia divina á Leovigildo los mayores y mas dolorosos sobresaltos, que le llevaban por todas partes con insufrible inquietud, sin poder resistir á los remordimientos de su mala conciencia, que le reprendia incesantemente la efusion de su propia sangre en la muerte de un hijo inocente, cuya santidad tenia acreditada el cielo con repetidos prodigios; en esta triste situacion cercano á la muerte, si no arrepentido con verdadera contricion, hizo llamar á Leandro, y le entregó á su hijo Recaredo, sucesor en el reino, encargando á este siguiese en todo las instrucciones y consejos de su tio, y mandándole asimismo que alzase el destierro á todos los obispos católicos.

Serenada tan furiosa tempestad con la muerte de Leovigildo, volvieron los prelados desterrados á sus respectivas iglesias; y al entrar Leandro en Sevilla no es posible explicar el gozo que tuvieron los fieles á la vista de su santo Pastor, á quien recibieron con los vivas y demostraciones de aplauso que pudieran tributar al mas célebre vencedor. Entregado totalmente Recaredo, príncipe de las mas excelentes cualidades, á la direccion de su tio; instruido por este perfectamente en la infalible verdad del dogma controvertido, siguió los pasos de su hermano Hermenegildo con no menor celo y esfuerzo; y habiendo ascendido al trono, dió á gustar á la Iglesia los frutos que Leandro plantó en su corazon. No satisfecho con procurar la paz, y abrazar la comunion de los fieles por la solemne abjuracion que hizo de la herejía arriana, trabajó eficacísimamente, bajo la conducta de nuestro Santo, en la conversion de los godos y suevos á la religion católica, á cuyo fin dispuso á todos sus vasallos con su ejemplo, con el acierto de su gobierno, por las victorias que consiguió de los rebeldes, y con la exactitud de la justicia con que supo castigar á los que habian conspirado contra él en odio al restablecimiento de la fe ortodoxa.

Luego que este Príncipe se vió en estado de hacer prosperar una tan gloriosa empresa, convocó por consejo de su tio el tercer concilio Toletano, donde después de haberse leido y confirmado la fe en todo conforme á la definida en Nicea, por consentimiento universal de la nacion, se abolió enteramente el arrianismo, que tantos años la inficionó con su contagio. Leandro, que fue el director, ó mas bien el alma de este célebre Concilio, uno de los mas importantes á la Iglesia después de los generales, hizo al fin de él una docta y elocuente homilía, que fue el panegírico de accion de gracias á Dios por tan feliz éxito; la cual sirvió para arreglar los sentimientos y la conducta

de los prelados eclesiásticos, testificando todos y cada uno, que después de Dios á él se debia tan completa gloria, que le mereció el renombre de Apóstol de los godos, en lo que habia trabajado infatigablemente toda su vida.

Concluida la asemblea notició inmediatamente los felices progresos de la religion católica en España á su íntimo amigo san Gregorio, manifestándole individualmente todo lo ocurrido en el Concilio, y lo que el rey Recaredo habia ejecutado; atribuyendo á este Príncipe por su humildad todo el triunfo. El gozo que con este aviso recibió el santo Papa fue tan sensible, que le templó mucho la afliccion que le causaba el triste estado de la Iglesia romana á los principios de su pontificado. Respondióle con una carta llena de elogios para darle gracias, y mas bien á Dios por tan grandes sucesos, y reiterándole su antigua amistad, le manifestó cuánto seria del agrado de Dios el que reuniesen sus fuerzas para dilatar el reino de Jesucristo.

Retirado á su iglesia, habiendo dejado en Toledo un monumento eterno de su memoria, después que limpió el campo de España de la zizaña del arrianismo, se aplicó todo en el resto de su vida en sembrar las verdades evangélicas necesarias para la salvacion de su pueblo; en edificar y reedificar templos al Espíritu Santo; en celar sobre el culto divino; contribuyendo no poco para el logro de estos fines laudables los grandes ejemplos de sus virtudes, sus sabias instrucciones, máximas prudentes, frecuentes exhortaciones, y sólida doctrina. Igualmente que con sus palabras sirvió á la Iglesia con su pluma. Además de las obras dogmáticas contra los Arrianos, dignas del mayor aprecio por la sutileza, penetracion é ingenio con que convenció el error de esta herejía, compuso un tratado para su hermana Florentina, que se habia retirado del mundo al monasterio de Écija, el cual es una instruccion utilísima para las vírgenes consagradas á Jesucristo, sobre el menosprecio del mundo, concebido en estilo conciso y sentencioso. Tambien trabajó con el mayor cuidado en los oficios eclesiásticos, y compuso cánticos agradables sobre las Preces y Salmos; de lo que han tomado algunos fundamento para juzgar que nuestro Santo pueda ser el autor de la liturgia gótica, llamada después mozárabe, esto es, la que usaban los cristianos mezclados con los árabes, cuando fueron dueños de España.

Los testimonios de pia afeccion que dió á nuestro Santo un pontífice tan insigne como san Gregorio el Grande, y los elogios que hizo de su eminente virtud y sabiduría, son las pruebas mas auténticas que relevan su mérito. Deseoso de honrarle aquel célebre Pas-

tor, le envió el palio, insignia de los metropolitanos, manifestándole al tiempo de su remision, que no tenia necesidad de exhortarle, segun el estilo acostumbrado en semejantes casos, porque era notorio que llenaba todas las obligaciones de su ministerio tan exacta y perfectamente, que prevenia con sus laudables acciones todas las advertencias que se le pudieran hacer. Tambien le envió sus Pastorales ó Morales sobre Job, los que le dedicó como á primer autor del pensamiento, mediante á que estando ambos en Constantinopla, á ruegos de Leandro compuso san Gregorio esta obra utilísima, digna de estar siempre entre las manos de los fieles.

Basta referir una de las muchas cartas escritas por san Gregorio á Leandro, para que se forme idea del aprecio y veneracion que hizo de este eminentísimo y nunca bien ponderado Prelado. *Recibí la de vuestra Santidad,* le dice, *escrita con la pluma de vuestra caridad: del corazon tomó la lengua lo que escribió la pluma: presentes estaban cuando se leyó algunos varones virtuosos y sabios, los cuales principiaron luego á enternecerse y compungirse con solo oirla. Cada uno con su amor y afecto os ponia en su corazon, pareciéndoles no oir, sino ver la dulzura del vuestro. Todos se encendian y maravillaban, mostrándose muy bien, en el fuego que se prendió en los oyentes, las llamas que ardian en el pecho del que hablaba, pues ninguno puede inflamar á otro, si no arde en sí primero. De aquí inferimos lo grande de vuestra caridad, supuesto que pudo imprimir en otros tanto incendio. No conocen vuestra vida, de la que yo siempre me acuerdo con grande veneracion; pero la grandeza de vuestro corazon bien se echa de ver en la humildad de vuestras palabras:* y sigue encomendándose en sus oraciones.

Finalmente, después de haber gobernado este Pastor incomparable su iglesia por espacio de cuarenta años, murió en el Señor en el dia 13 de marzo, á fines del siglo VI, bien que otros señalan su fallecimiento en el de 601. Su cuerpo fue sepultado con la posible magnificencia en la iglesia de Santa Justa y Rufina, de donde fue trasladado á la catedral en el dia 6 de abril, en la cual se renueva todos los años la memoria de esta traslacion.

SANTA EUFRASIA, LLAMADA TAMBIEN EUFROSINA, VÍRGEN.

Santa Eufrasia, mas ilustre por su eminente virtud que por su esclarecida nobleza, nació en Constantinopla hácia el fin del cuarto siglo, siendo emperador Teodosio el Grande, con quien estaba emparentada. Su padre Antígono, gobernador de la Lycia y del órden

senatorio, era el señor mas estimado y mas virtuoso de Constantinopla; su madre Eufrasia, siendo el ejemplo de todas las señoras cristianas, era al mismo tiempo la que mas brillaba en la corte.

Habiendo ofrecido á Dios á Eufrasia su hija, único fruto de su matrimonio, convinieron los dos de comun acuerdo en vivir lo restante de sus dias en continencia, para dedicarse á la virtud con mayor desembarazo.

El principal objeto de las atenciones de la virtuosa madre fue la educacion de su hija. Persuadida de que su mayor y mas esencial obligacion era criar aquella tierna niña en el temor santo del Señor, no aguardó á que con la edad se le despejase la razon para hablarla siempre de Dios; siendo esta su continua conversacion desde que la niña pudo oirla, aunque no fuese capaz de entenderla. El ordinario asunto de las lecciones que la daba eran el temor de Dios, las verdades de la Religion, la salvacion eterna, el horror al pecado, y el amor de Jesucristo; y la niña Eufrasia, que estaba dotada de ingenio vivo y de un excelente natural, se supo aprovechar tan bien de lo que oia, que en la edad de cinco años era ya la admiracion de la corte, y la miraban todos como un pequeño prodigio.

En esta tierna edad perdió á su padre Antígono, que habiendo sido la edificacion de la corte y de todo el imperio por su bondad natural, y por la excelencia de sus cristianas virtudes, fué á recibir la recompensa en el cielo, dejando cubierta de luto á la corte y al palacio, y quedando inconsolables el Emperador y la Emperatriz por pérdida tan sensible. Tomaron SS. MM. debajo de su imperial proteccion á la niña Eufrasia, y se encargaron con singular gusto de su tutela.

Era natural que á una heredera tan rica, y de tan elevado nacimiento, no la faltasen pretendientes; y así aunque contaba solo cinco años, se declararon por tales los mayores señores de la corte. Queriendo el Emperador preferir á un jóven senador, que tambien era muy rico, se lo propuso á su madre, aconsejándola que le prometiese á su hija. Admitió la proposicion aquella señora; firmáronse los contratos, y se convino en esperar á que la niña tuviese la edad correspondiente para desposarse.

Pero como la misma madre era celebrada por la mayor hermosura de la corte, tan jóven que no pasaba de veinte y dos años, de la primera calidad, y no menos rica que su hija, aun era mas pretendida que ella. Apurábanla todos para que volviese á casarse, y hasta el mismo Emperador se lo aconsejaba. Pero Eufrasia, que aun durante

el matrimonio habia hecho voto de castidad, conoció que era menester retirarse de la corte para poner á cubierto su viudez. Poseia en Egipto cuantiosos bienes, y con pretexto de visitarlos emprendió un viaje á aquella provincia, llevándose consigo á su hija; pero el verdadero motivo era buscar en ella algun retiro donde pudiese dedicarse únicamente á Dios lo restante de su vida.

Apenas llegó á Egipto cuando todos los monasterios vecinos y los pobres de la comarca experimentaron los efectos de su ardiente caridad. Sirviéronla sus grandes riquezas para hacer grandes limosnas; y todo su estudio fue aprovecharse bien de los grandes ejemplos de virtud que encontró en aquellos desiertos.

Habia en una ciudad de Egipto un convento muy numeroso de religiosas, que profesaban perpetua clausura y una vida muy estrecha: no comian carne ni pescado; no bebian vino, ni aun usaban de aceite; sustentábanse de solas legumbres; no probaban fruta; dormian en la desnuda tierra; comian una sola vez al dia, y muchas pasaban dos dias enteros sin comer; huyendo todas de cuanto podia tener visos de delicadeza ó de regalo.

Cautivó á la virtuosa viuda la extraordinaria virtud de aquellas santas vírgenes, sobre todo, después de haber hecho experiencias y tenido pruebas concluyentes de su gran desinterés; porque deseando que las tocase mucha parte en sus cuantiosas limosnas, jamás pudo reducirlas á que admitiesen una gran cantidad de dinero que las envió, alegando ellas constantemente que las bastaba el trabajo de sus manos para sustentarse. Lo mas que pudo conseguir, y eso por complacerla, fue que aceptasen una corta porcion de aceite para la lámpara, y algunos perfumes aromáticos para quemar en la iglesia.

Como continuase en hacer frecuentes visitas á aquella santa casa, un dia entró en ella con su hija á la sazon de solos siete años. La prelada del convento, que no acababa de admirar la anticipada cordura y la extraordinaria devocion de la niña, la preguntó por entretenimiento á quién queria mas, ¿á las monjas, ó al caballero que estaba prometida? Respondió la niña: *Ni yo le conozco á él, ni él me conoce á mí; pero las monjas todas me conocen, y yo las conozco á todas, y tambien las quiero á todas. Ahora*, añadió la Santa, *tambien quiero yo hacer otra pregunta: Y las monjas á quien quieren mas: ¿al caballero á quien estoy prometida, ó á mí?* Sonrióse la prelada, y la respondió: *Hija mia, á tí todas te queremos mucho, y tambien te quiere mucho Nuestro Señor Jesucristo. Pues, tambien yo quiero mucho*, replicó Eufrasia, *á todas las monjas y á Jesucristo Nuestro Señor*. La santa madre, que

estaba oyendo la conversacion de su hija, llena de gozo, y apenas pudiendo reprimir las lágrimas, la dijo disimulando su alegría: *Vamos, hija, que ya se hace tarde, y la madre abadesa tiene que hacer.* Aquí la niña: *Usted, madre, si se quiere ir, puede hacerlo cuando fuere servida; que yo, con su licencia, quiero quedarme con estas monjas que me quieren mucho.* Dijo la prelada: *Hija mia, es menester que te vayas con tu señora madre; porque dentro del convento no puede quedar ninguna que no esté consagrada á Jesucristo. ¿Y dónde está Jesucristo?* preguntó la niña. *Ves allí su imágen,* respondió la prelada, enseñándola un Crucifijo. Corrió la niña hácia él; hincóse de rodillas, abrazóle tiernamente, y exclamó diciendo: *Vos sois mi Señor, yo me consagro á Vos para siempre, dulce Jesús mio; no saldré de este convento, porque no quiero otro esposo que á Vos.* Asombrada la superiora, sin acertar á contener la admiracion ni las lágrimas, la replicó: *Hija mia, no te puedes quedar con nosotras, porque no tenemos dónde ponerte. Eso no importa, madre,* respondió la fervorosa niña: *yo estaré donde están todas las demás.* No fue posible ni á la superiora ni á la madre reducirla á otra cosa, y se vieron precisadas á dejarla en el convento, esperando que presto se disgustaria de aquella vida. No obstante, aun hizo otra tentativa la prelada; díjola en presencia de su madre que si queria quedarse dentro de la casa era menester que aprendiese el Salterio de memoria, que ayunase todos los dias, y en fin, que habia de cargar con todas las penitencias y observancia de la regla. A todo se ofreció la niña Eufrasia con una intrepidez y con un aliento que pareció cosa sobrenatural. La buena madre, deshecha toda en lágrimas de consuelo, la abrazó con gran ternura, tomóla de la mano, llevóla delante de un Crucifijo, y ella misma ofreció á Dios aquella inocente víctima que el mismo Señor habia escogido; entrególa después á la prelada, y se retiró á su casa, desprendida ya enteramente de todo lo terreno, y viviendo desde entonces mas únicamente para el cielo.

Pocos dias después recibió la niña Eufrasia el hábito y velo de religiosa, siendo admiracion de las mas ancianas su devocion, su fervor y su espirituoso aliento. Ni se tardó mucho tiempo en recoger los frutos de tan extraordinaria vocacion.

La madre Eufrasia, excitada cada dia mas con el ejemplo de su santa hija, se entregó con mayor fervor que nunca al ejercicio de todas las virtudes. Luego que vió á su hija consagrada á Dios, consideró que no tenia mas hijos que los pobres. El ejercicio continuo de oracion y la vida penitente que hacia, debilitándola la salud, adelantaron el premio de sus merecimientos. Díjola un dia la prelada

del monasterio que habia visto á su marido Antígono rodeado de resplandores, que convidaba á su esposa para que le fuese á hacer compañía en la gloria. Desde aquel punto se dispuso para la muerte redoblando su fervor, y pocos dias después, llena de merecimientos, descansó en el Señor, siendo enterrada en el mismo convento; y la Iglesia griega celebra su memoria, juntamente con la de Antígono su marido, el dia 11 de enero.

Luego que el Emperador tuvo noticia de su muerte, se la hizo saber al jóven senador á quien estaba prometida su hija, y al mismo tiempo le hizo tambien saber la profesion religiosa de esta: el senador suplicó á S. M. I. se dignase de escribir á Eufrasia acordándola la palabra que su madre y parientes le tenian dada, y así lo hizo. Pero la Santa, luego que recibió la carta del Emperador, le respondió con estos precisos términos, siendo ella misma la que notó la respuesta:

«Señor Emperador: V. M. aconseja á su sierva que prefiera un «hombre mortal á Jesucristo, el cual se dignó escogerme para espo«sa suya, y me tiene preparada una felicidad eterna en la mansion «de los bienaventurados. No quiera Dios que vuestra humildísima «sierva tenga jamás tan injusto y tan impío pensamiento. Yo soy ya «de Jesucristo, y no puedo ser de otro alguno: todo mi deseo es que «el mundo no se acuerde mas de Eufrasia. Suplico humildemente á «V. M. que mande distribuir á los pobres, á los huérfanos y á las «iglesias todos los bienes que mis padres me dejaron en Constanti«nopla y en sus cercanías; que se dé libertad á todos los esclavos de «mi casa, y que se perdone á los administradores y renteros mios «todo cuanto me debieren después de la muerte de mis padres.»

Enternecióse tanto el Emperador con esta carta, que la hizo leer en senado pleno, y mandó se ejecutase exactísimamente todo lo que la Santa prevenia.

Si fue admirable su desasimiento de todas las cosas del mundo, no fueron menos asombrosos los progresos que hizo en el camino de la perfeccion. Desde edad de doce años se habia acostumbrado á comer una sola vez al dia, y esa al anochecer; después solo tomaba alimento de segundo, y algunas veces de tercer en tercer dia. La abnegacion y la humillacion de sí misma no podia subir mas de punto. No habia oficio tan bajo que no pretendiese con ansia; ninguno tan vil en que no se emplease con el mayor gusto; y el que la viese en lo que se ocupaba y el esmero con que lo hacia, creeria sin duda que habia nacido esclava, y que jamás se habia empleado en otra cosa.

Con todo eso, aquella inocentísima, aquella purísima vida no se eximió de las mas molestas y de las mas enfadosas tentaciones; pero la sinceridad y la humildad con que las descubria y declaraba al que tenia en lugar de Dios, condujo mucho para que siempre saliese victoriosa; y todos los artificios del enemigo de la salvacion solo sirvieron para hacerla mas humilde, mas mortificada, y para que adelantase su abstinencia al extremo de no comer mas que una sola vez cada semana; pero sin que por eso se debilitase su naturaleza, conservándose tan vigorosa, que era la mas robusta de todo el convento.

Por mas cuidado que ponia en olvidarse ella misma, y en hacer que las demas se olvidasen de lo que habia sido, considerándose como la última de toda la casa, y deseando que todas la tratasen como á tal; con todo eso hacia todas las cosas, aun las mas bajas, con una especie de natural dignidad, que no era posible dejarse de conocer que habia nacido princesa.

El extraordinario mérito de la jóven Eufrasia, y la singular estimacion que todos la tributaban, excitaron, como ordinariamente sucede, los celos y las enviduelas de otras religiosas de mas humilde nacimiento, y de no tanta virtud. La que mas sobresalio entre todas fue cierta monja imperfecta, llamada Germania, que trató á nuestra Santa de hipócrita y embustera, diciéndola que todos sus actos de humildad y todas sus penitencias eran pura hazañería, solo por singularizarse, y para que algun dia la hiciesen abadesa. Sorprendida la humildísima Virgen al oir semejante discurso, se arrojó á los piés de aquella inconsiderada religiosa, y con la mayor humildad la pidió perdon, suplicándola que rogase á Dios por ella.

Dió luego á conocer el Señor cuán grata le habia sido la paciencia y la humildad de su fiel sierva, por las gracias extraordinarias y por el don de los milagros con que la favoreció. Pero no poseyó por mucho tiempo la tierra este precioso tesoro. Acabó presto Eufrasia una vida tan santa con una preciosísima muerte. Sucedió esta el dia 13 de marzo por los años de 410, teniendo treinta de edad, y habiendo pasado los veinte y tres en el convento.

SAN RODRIGO Y SALOMON, MÁRTIRES.

El Padre san Eulogio, que escribió el triunfo de estos dos ilustres Mártires de Jesucristo, en el libro que intituló Apologético de los Mártires, nos dice que san Rodrigo fue natural de la villa de Cabra, sita en el obispado de Córdoba, hijo de padres cristianos, los cuales

le educaron segun las piadosas máximas de nuestra santa Religion; y aplicado al estudio luego que tuvo edad competente, hizo en las ciencias eclesiásticas tan conocidos progresos, y dió tan calificadas pruebas de su eminente virtud, que ascendió por sus méritos á la dignidad del sacerdocio: en cuyo sagrado ministerio fue su irreprensible conducta el mayor testimonio de su justificacion, distinguiéndose desde luego en el nuevo estado por su singular piedad y por la arreglada circunspeccion de sus costumbres.

Quiso Dios ejercitar la eminente virtud de su fidelísimo siervo por medio de una guerra continua, que si bien fue causa del mas vivo dolor, lo fue de su mayor merecimiento. Tenia Rodrigo dos hermanos tan diferentes en la religion como unidos con el vínculo de la sangre. Uno de ellos era cristiano, y otro profesor de la secta de Mahoma, que era la predominante por entonces en España, con motivo de hallarse en poder de los africanos, hecha por lo mismo la nacion un teatro lastimoso de diferentes sectas, como hoy sucede en los países donde viven mezclados los herejes con los Católicos. Pasaron las continuas riñas que tenian los dos hermanos un dia tan adelante, que no contentos con las palabras, vinieron á las manos, lastimándose recíprocamente. Procuró el Santo pacificarlos; pero las resultas fueron, herirle tan gravemente, que llegó á perder todos los sentidos. Creyóle muerto el hermano mahometano, y cuando debia condolerse de aquella desgracia, procedió como bárbaro, haciendo que le pusiesen en un ataud, en el que fijó un rótulo que decia: *Este á quien conocísteis sacerdote de los Cristianos, estando en la hora de la muerte, ha sido ilustrado por nuestro profeta Mahoma; en virtud de lo cual ha renegado de Jesucristo, ha reconocido su error, y ha pasado á nuestra herencia.*

Volvió Rodrigo del letargo; pero habiendo sabido la enorme traicion que contra su fe cometió el pérfido hermano, penetrado su corazon del mas vivo dolor, procuró desacreditar la impostura por cuantos medios le dictó su prudencia. Conoció la impresion que habia hecho la calumnia en el vulgo, siempre fácil á creer lo peor; y persuadiéndose que no le seria fácil disuadir al pueblo, resolvió ausentarse de su patria. Llegó á Córdoba en tiempo que se hallaban consternados todos los Cristianos á causa de la cruel persecucion que movió contra ellos el rey Mahomet, hijo de Abderramen, uno de los mas fieros enemigos del nombre y religion de Jesucristo, con cuyo motivo se retiró á la sierra de Córdoba, donde le pareció que podria con mas quietud dedicarse al servicio del Señor.

Bajó un dia el siervo de Dios al mercado de Córdoba á comprar cosas precisas para alimentarse, y viéndole su pérfido hermano, que por casualidad, ó por disposicion divina habia concurrido al mismo mercado, no contento con llenarle de injurias, le delató al juez árabe, con la falsa acusacion de que habia renegado de Jesucristo. Quedó sorprendido Rodrigo con tan inesperada novedad; pero conociendo que aquella era disposicion de la divina Providencia, para que diese pruebas públicas que fuesen acreedoras de la gloria del martirio, negó á presencia del juez la imputacion del pérfido delator, diciendo: *Testigos son cuantos me conocen, que mi fe y mi vida han sido siempre cristianas, lo que se confirma por mi trato con los de esta Religion, y se apoya sin la menor duda por mi estado sacerdotal. ¿Quién oió jamás que mi conducta degenerase de mi profesion, ni quién lo oyó sino de la boca de un hermano traidor, que valiéndose de la casualidad de un letargo, cometió la vileza de fingir esta calumnia?* Creyó el juez que para rendir á un hombre del carácter de Rodrigo tendria mas eficacia la blandura y la urbanidad que la severidad, ni el rigor; y siguiendo esta idea, le ofreció los partidos mas honrosos, siempre que se separase de la religion cristiana, y confesase por verdadero profeta á Mahoma; pero despreciando el Santo con valerosa generosidad todos los ofrecimientos, le hizo entender las patrañas y los embustes de su secta, y que solo habia justificacion, verdad y santidad en la ley de Jesucristo.

No es fácil explicar el enojo que concibió el bárbaro luego que oyó al ilustre Sacerdote, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó ponerle en una oscura mazmorra, expresando su furor con estas voces: *Cubran las tinieblas la desvergüenza del renegado, quebranten los hierros los brios del atrevido, y viva en compañía de los ladrones el que menosprecie nuestra ley.* No acongojó á Rodrigo el horror del calabozo, ni el estrépito de las prisiones; antes bien comenzó con nuevo aliento á insultar á los infieles á que hiciesen uso de todos los tormentos que pudiera discurrir su bárbara crueldad, asegurándoles que primero se cansarian, que desfalleciese su constancia.

Cuando entró Rodrigo en la mazmorra, encontró en ella á Salomon preso por la misma causa. Comunicáronse ambos los piadosos sentimientos del corazon, y hallándose conformes en los mas vivos deseos de padecer martirio, pactaron emplearse en el servicio de Dios, hasta que llegase el tiempo de ofrecerle sus vidas en sacrificio. Con esta mira castigaban sus cuerpos con rigorosos ayunos y con

continuas vigilias, recreando sus almas con la meditacion de las eternas verdades, ansiosos ambos de disolverse de los vínculos carnales, para unirse con Jesucristo. Irritado el infierno de ver convertida en casa de oracion la morada de los malhechores, inspiró al juez que ordenase separar á los dos íntimos amigos, para que no tuviesen comunicacion. Sintieron ambos aquel divorcio; pero resignándose con la voluntad divina que así lo permitia, rogaban incesantemente á Dios, que no dilatase el triunfo que esperaban conseguir de sus enemigos asistidos con su gracia. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de sus siervos, y no tardó en concederles la dicha que apetecian.

Mandó el juez árabe comparecer á Rodrigo y á Salomon á su tribunal, y habidos en su presencia, se valió de las promesas mas ventajosas, y de las amenazas mas terribles para separarlos de su propósito; pero hallándoles cada vez mas firmes en la confesion de Jesucristo, y en el desprecio de su falso profeta, los sentenció á degüello. Llegaron los Santos á la orilla del rio, que era el lugar señalado para el suplicio, y volviendo el juez á probar la constancia de los dos ilustres Confesores, le respondió Rodrigo con generoso valor: En vano te cansas para extraernos del camino, cuando ya estamos al fin de la carrera; ya no es tiempo de gastar palabras, ejecuta luego tu crueldad, para que pasemos á gozar de la vista de Jesucristo, por cuya fe desafiamos hasta la misma muerte. Irritó al juez de tal suerte este último desprecio, que no pudiendo sufrir por mas tiempo la burla que de él hacian, mandó decapitarlos inmediatamente. Armáronse los dos Santos con la señal de la cruz, y puestos de rodillas, aprontaron llenos de alegría sus cuellos al verdugo, que con dos fieros golpes cortó las cabezas de ambos en el dia 13 de marzo del año 859. Llegó la nueva del glorioso triunfo que consiguieron Rodrigo y Salomon de los infieles á san Eulogio, á tiempo que acababa de celebrar el santo sacrificio de la misa, y queriendo certificarse con sus propios ojos de lo que después escribió con la pluma, pasó al lugar del suplicio sin algun temor.

No satisfecho el tirano con el castigo dicho, quiso vengarse en los venerables cadáveres, mandando que los clavasen por los piés en dos palos á la vista de la ciudad, y que después que estuviesen así todo el dia, los arrojasen al rio. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud; pero respetando las aguas aquellos depósitos que habian sido de las dos almas dichosísimas, los pusieron suavemente en la orilla del rio. Hallaron los vecinos del barrio, llamado por en-

tonces de los Tercios, la cabeza de san Rodrigo no léjos de su cuerpo; y sabiéndolo un sacerdote, extrajo de las aguas las santas reliquias, y las depositó en su casa, hasta que se condujesen á la iglesia de San Ginés con la debida solemnidad, como lo hicieron los Cristianos cantando himnos y salmos en la pompa funeral, sin temor de los Mahometanos.

Concluido el oficio de Rodrigo, se encendieron los fieles en vivísimos deseos de buscar las reliquias de Salomon, á pesar de la palabra que empeñó el juez moro de hacer un escarmiento con quien lo intentase. Apareciósele el ilustre Mártir á un sacerdote, y le indicó el paradero de su cuerpo en aquella parte del rio, que correspondia al barrio dicho de las Ninfas; y sacándole de él, se le dió sepultura con la misma solemnidad que á su compañero en la iglesia de San Cosme y san Damian, de cuyo templo, del de San Ginés, ni de los barrios dichos, no nos dejó el tiempo memoria alguna, sí solo la de los triunfos de estos gloriosos Santos, que enriquecieron á Córdoba con sus venerables reliquias.

La Misa en honra del Santo es de los Doctores: la Oracion la siguiente:

Deus, qui arianam pravitatem doctrina sancti confessoris tui atque pontificis Leandri ex Hispania propulisti: da plebi tuae, ut ejusdem meritis, et precibus ab omni errorum et vitiorum labe semper libera conservetur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que arrojaste de España la arriana pravedad con la doctrina de tu santo confesor y pontífice Leandro: concede á tu pueblo, por sus méritos é intercesion, que siempre se conserve libre de las tinieblas de los errores y de las manchas de los vicios: Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, pág. 194.*

REFLEXIONES.

Con dificultad se pueden dar unas expresiones mas patéticas y vivas que las que usa el apóstol san Pablo para hacer entender á Timoteo las obligaciones de un superior. *Te conjuro*, dice, *delante de Dios y de Jesucristo, el cual ha de juzgar los vivos y los muertos por su venida y su reino, que prediques en tiempo y fuera de tiempo, oportuna é importunamente, que reprendas, supliques, exhortes enseñando con toda paciencia.* Estas instrucciones, aunque están dichas principalmente por el Apóstol para un obispo, con todo eso, dice el gran Padre san Agustin en el libro I contra Cresconio, que se las deben apro-

piar los sacerdotes, los ministros, y cuantos tienen responsabilidad por las almas de sus hermanos. De consiguiente los padres de familias, á quienes Dios ha cargado de hijos y de criados, deben tener entendido, que son responsables de sus almas, y que para su buena direccion necesitan rumiar dia y noche las apostólicas sentencias.

Nada está por demás en el gobierno de una familia; la experiencia ha acreditado muchas veces, que son diferentes los caminos por donde se ganan para Dios los corazones. Por tanto, el Apóstol no dice que se exhorte solamente, ó que solamente se reprenda, sino que propone todos los medios que dicta la prudencia á un espíritu poseido de la humanidad y del amor á sus prójimos. Un padre, una madre de familias debe estudiar el carácter y la índole de sus hijos y de sus criados. Segun el genio y pasiones que dominen en cada uno, debe aplicarles el consejo, la correccion ó el castigo. Esta es una ciencia acaso la mas útil para la vida humana; pero acaso no habrá tampoco otra que menos ocupe los talentos. Todos se juzgan con la suficiente prudencia y sabiduría para el gobierno de una familia por grande que sea. Aquellos jóvenes que apenas han tenido mas instruccion que la necesaria para enamorarse, se cargan con la mayor facilidad con el yugo del matrimonio, y con la responsabilidad de las almas de sus criados y de sus hijos.

Los padres de familias ¿fijan acaso su consideracion cuando colocan á sus hijos en las estrechas obligaciones que van á cargar sobre su conciencia? ¿es parte de la instruccion con que se educan los hijos la declaracion de las obligaciones que tiene un padre de familias? ¿Se les enseña á discernir los genios, las necesidades, la diversidad de circunstancias, y el modo con que deberán portarse en todas ellas? Pero esta ciencia desconocida de los padres, ¿cómo se ha de propagar á los hijos que no tienen otros maestros? La juventud, por una parte, que es comunmente inconsiderada, y por otra la ignorancia, ¿qué efectos han de producir? Sin mas que fijar los ojos en pocas familias, enseñará la experiencia ejemplos bien lastimosos, discordias eternas, rencillas escandalosas, odios recíprocos, maldiciones execrables, desgobierno en los amos, infidelidad en los criados, abandono en los padres, falta de amor y respeto en los hijos; estos son los ordinarios efectos de la falta de instruccion en este punto.

Dos jóvenes que se casan, deben tener entendido ante todas cosas, que Dios los constituyó superiores de su casa y de su familia: que las almas de sus hijos y de sus criados las pone Dios en sus manos; que los excesos que cometan corren por cuenta suya, y les ha de ha-

cer Dios cargo de ellos; que á ellos les convienen no menos que á Timoteo las palabras de san Pablo; y finalmente, que nada es cuanta ciencia é instruccion puedan tener en órden á hacer un papel honorífico en el teatro del mundo, si les falta la instruccion que para gobernar bien su familia les da san Pablo. Hay casos en que el superior debe instruir á los inferiores: otros en que los debe reprender, ya con suavidad, y ya con aspereza: otros en que atendidas las circunstancias de un genio delicado, temeroso y cobarde, convendrá mas bien el ruego, la insinuacion y la súplica, que la conminacion y la dureza. El discernir estos casos, el conocimiento de los medios, la eleccion de los mejores y mas oportunos, la resolucion, talento, moderacion y arte para saber manejarlos, ¿qué atencion, qué reflexion no requieren en aquellos á quienes la Providencia ha constituido en la clase de superiores? Si este es tu estado, ¡cuánto no debes velar! y si no lo es, ¡cuánta lástima no deberás tener de tus superiores, y cuánto no deberás orar por ellos!

El Evangelio es del capítulo v *de San Mateo, pág. 106.*

MEDITACION.

Sobre la responsabilidad de los pecados ajenos.

Punto primero.—Considera que el juicio de Dios será tan terrible, que con razon le temia el Apóstol, sin embargo de que estaba seguro de la integridad de su conciencia. *Nada me remuerde*, decia, *mas no por eso me tengo por justificado, porque es Dios quien me ha de juzgar.* ¡Terribles palabras para todo cristiano; pero terribilísimas para aquellos que están encargados de responder de los delitos ajenos! Una vida arreglada, y nada revuelta con los negocios del siglo; la ley de Dios entendida en todo su vigor y pureza; los cargos diarios bien distribuidos y bien desempeñados; la frecuencia de Sacramentos y trato con personas virtuosas y devotas; apenas todo esto junto basta para dar tranquilidad á quien reflexione mucho las palabras de san Pablo. Al hacer un exámen escrupuloso de su conciencia encontrará mil resquicios por donde le entró la vanidad, la complacencia, la vana confianza, el ocio, la propia estimacion ú otros semejantes monstruos que asestan de continuo al cristiano para privarle del fruto de sus buenas acciones.

Pues ¿qué dirémos si se extiende la vista sobre las ocupaciones de la vida pasada? La mocedad llena de manchas, de liviandades y de

inconsideraciones: lo mas jugoso y florido de los años dedicado á la ostentacion, al lujo, á la ambicion, á los encantos de los sentidos: la vejez sumergida en la avaricia y en la impenitencia, presentan un plan de delitos que no bastan á expiarlos continuas lágrimas. Pues ahora: añade, prelado, superior, juez, padre de familias, sacerdote, amo, tú que de cualquiera manera te has hecho delante de Dios responsable de los delitos ajenos, añade á los tuyos propios los de tantos como están á tu cargo, y de que te se ha de tomar estrecha cuenta. Añade tantas almas perdidas por tu negligencia ó descuido, por no reprender, ó tal vez por reprender demasiado: por no velar, o acaso por velar importunamente: por dar un consejo temerario, ó tal vez por no haber dado ninguno: por haber usado de demasiado rigor, ó de excesiva condescendencia: por tantos motivos como son los que pueden causar la perdicion de las almas.

San Juan Crisóstomo se estremecia con esta consideracion. San Gregorio el Grande le representa con tanta vivacidad, y con palabras de tanta turbacion y desconsuelo, que no es descaminado el juicio del que atribuyó su falta de salud habitual á la meditacion continua que el Santo tenia de su peligro. Estos héroes, estos Santos que llenaban perfectamente las obligaciones de su estado, gemian acobardados del temor. Y yo, Dios mio, que apenas echo diariamente una ojeada sobre mi familia y mis hijos: yo que tengo fiadas mis mas sagradas obligaciones á un hombre venal que nada interesa en cumplirlas mas que sus sueldos: yo que vivo descuidado enteramente de la conducta de mi familia, que ignoro en qué se emplean mis hijos, mis criados, y acaso mi mujer, ¿cómo puedo vivir sabiendo que he de ser juzgado? ¿Qué sentencia puedo esperar á vista de mi descuido, de mi inaccion y de mi desidia? Si mis delitos personales bastarian, y aun sobrarian para hacer muy dudosa mi felicidad, ¿qué será cuando sobre los mios cargue el peso de tantos como tengo sobre mi conciencia?

Punto segundo.—Considera que el peso de los pecados ajenos es tan duro é insoportable, que en sentencia de muchos sabios, el contemplar su multitud y gravedad hizo tal impresion en nuestro Redentor Jesucristo, que le obligó á sudar gran copia de sangre. Dios por otra parte es tan celoso de las almas, después que le costó tanto el redimirlas, que es para causar un gran temor á cualquiera que está encargado de ellas. En el libro III de los Reyes, capítulo XX, encargó Dios á un profeta que cuidase de un varon, y que tuviese

entendido que si se perdia, no le costaria menos su pérdida que *el alma*. De manera, que tanto en el antiguo Testamento, como en el de la ley de gracia, no se hallan sino motivos de vigilancia, cuidado y temor en todos aquellos que se echaron sobre sí el peso durísimo de la salvacion ajena. Una consideracion que hace sudar sangre al hijo de Dios, ¿que efectos deberá producir en un mero hombre, débil, tibio, y acostumbrado á dejarse vencer de la rebelde concupiscencia?

Á estas consideraciones se deben añadir otras que hacen el negocio mas arduo, y la salvacion mas dificultosa. Los propios delitos te los dice tu conciencia: aunque hayas tenido la vileza de ser ingrato á tu Dios, y de volverle ofensas por sus inspiraciones; con todo eso, en este mismo conocimiento tienes un recurso para comenzar á solicitar el perdon. La gracia comienza sus operaciones por hacerte reconocer tus pecados. Su misma gravedad te hará que levantes al cielo tus plegarias, y que con lágrimas en los ojos solicites piedad y misericordia. Pero ¿será tan fácil dolerte de los delitos que ignoras, y que por haberse cometido por culpa tuya, te se pedirá cuenta y satisfaccion de todos ellos? ¿será fácil que viertas lágrimas por la disipacion de tu hijo, por el trato deshonesto de tus criados, por el tiempo mal empleado de tu mujer, por la educacion criminal y peligrosa que induce poco á poco á un verdadero ateismo, cuando nada de esto merece tu atencion, y todo ello es ajeno á tu noticia? ¿no es esta situacion una verdadera desventura? *Papae quantum periculum!* decia san Juan Crisóstomo.

No pienses que el ser superior es solamente recoger aquellas honras y servicios que tributan los inferiores. La sumision de una esposa amable y honesta; la tierna humillacion del hijo que llega á besarte la mano; la servidumbre con que viven pendientes de tu voluntad criados y criadas, te son dulces y sabrosas cuando tu altivez se embriaga con ellas, sin reflexionar que trascienden á mas. Pero, ¡ó Dios, qué caras te costarán en el dia del juicio sus terribles consecuencias! ¡qué amarguras de conciencia te esperan en las horas postrimeras de la vida, cuando trabaje y se afane el ministro de Dios en sosegar tus remordimientos, y tú mismo conozcas que se cansa en vano, porque está contra tí la justicia y la razon! ¡Ó Dios misericordioso! No permitais que llegue mi alma á aquellas horas sin haber antes hecho una verdadera penitencia de mis omisiones, y haber enmendado perfectamente las acciones de mi vida.

Jaculatorias.—Señor, mirad que han crecido y se han multiplicado las tribulaciones que oprimen mi corazon. (*Psalm.* XIV).

Libradme, Señor, y dadme vencimiento contra todas las necesidades de que me veo oprimido. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Por mucho que te afanes en atesorar riquezas para tus hijos, siempre será incierta la suerte de tus afanes, y además la de su correspondencia y agradecimiento. Por lo comun con el cadáver se sepulta tambien su memoria, y nada puede avivar la esperanza del hombre en órden á la otra vida mas que la misericordia de Dios y tus buenas obras. Una verdad tan auténtica debiera hacer tornar á los hombres en su acuerdo, y procurar mas bien dejar á su familia é hijos una buena educacion y un santo ejemplo, que los bienes temporales y transitorios.

Dificultosamente se puede conseguir lo primero sin oprimir al pobre y aprovecharse con iniquidad de su sudor y su trabajo. Lo segundo, es una obligacion indispensable de que ha de tomar Dios estrecha cuenta, y cuyo cumplimiento no es tan fácil como se imagina. Que estés velando, que estés durmiendo, que estés presente en tu casa, que estés fuera de ella, tú eres el superior. Tú debes cuidar de las obras de todos, pues de todos eres responsable. Al tomar estado te echaste sobre tí un yugo, un peso, una carga; no te engañes juzgando que emprendiste un estado de delicias.

2 Pero mis criados, mis dependientes, mis mayordomos, los maestros que tengo puestos á mis hijos, ¿no serán bastantes á relevarme esas obligaciones? No; de todos esos respectivamente en cuanto son inferiores tuyos, eres responsable. A tí te ha encargado Dios sus almas; pero á ellos no les ha encargado mutuamente las suyas. Si tú, que eres padre, descuidas de tus hijos, ¿te parece que no se juzgarán con mas razon excusados los maestros? Si á tí que te va la salvacion, te hacen las obligaciones de superior una impresion tan ligera, ¿que efecto han de producir en quien solo le mira como una ocupacion venal con que gana la comodidad de la vida? No nos engañemos: de aquí adelante es menester vivir de otro modo si piensas vivir eternamente feliz. Menos cuidado de los negocios del mundo, y mas atencion á aquellos de cuya responsabilidad te has cargado. *¿Qué le importa al hombre hacerse señor de todo el universo, si al fin pierde su alma?* Esta pregunta de san Pablo tiene difícil respuesta.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los cuarenta y siete santos Mártires, en Roma, que fueron bautizados por el apóstol san Pedro, mientras estuvo preso en la cárcel de Mamertino en compañía de su coapóstol san Pablo, en cuya prision estuvieron nueve meses; todos estos Santos perseverando en una devotísima confesion de la fe, fueron degollados por órden del emperador Neron.

Los santos mártires Pedro y Afrodisio, en África, los cuales fueron martirizados en la persecucion de los vándalos.

San Eutiquio, Patricio y sus compañeros, en Carras de Mesopotamia, á los cuales mandó martirizar Evelid, rey de los árabes, por defender la fe católica.

Los dos santos Monjes, en la provincia Valeriana, que fueron ahorcados en un árbol por los longobardos, en donde después que habian muerto, los oyeron sus mismos enemigos cantar salmos. En la misma persecucion fue tambien degollado un diácono de la iglesia de Marsique por confesar la fe católica.

La dichosa muerte de santa Matilde, reina y madre de Oton I, emperador, en Halbertat en Alemania, célebre por su gran humildad y paciencia. *(Véase su vida en las de este dia).*

FESTIVIDAD DE LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

En todo el reino de España se celebra la festividad de los Dolores de la santísima Vírgen en la feria sexta después de la Dominica de Pasion por concesion de Clemente X, á peticion de la augusta señora D.ª Mariana de Austria, quien por la singularísima devocion que siempre profesó á la Reina de los Ángeles, solicitó el aumento de su culto con nuevas festividades, contribuyendo en esto con el espíritu que anima á los españoles á fomentar las glorias de su Patrona, Reina y Señora la Vírgen María. (*Véase en las Dominicas el viernes de la semana de Pasion*).

SANTA FLORENTINA, VÍRGEN.

Santa Florentina, cuya memoria es y ha sido célebre en España, fue hija de Severiano, capitan de la milicia correspondiente á la provincia de Cartagena, y de Turtura, señora de grande mérito, originarios ambos de las reales familias de los godos: hermana de los ilustres santos doctores Leandro, Fulgencio é Isidoro, héroes de inmortal gloria en la nacion. Crióse la niña con aquel desvelo que se pudo esperar de unos padres tan piadosos como católicos, cuya fe tenian

bien acreditada en medio de un pueblo inficionado con la herejía arriana. Las santas inclinaciones de Florentina, su devocion anticipada, su docilidad y modestia hicieron conocer presto á sus padres que el cielo la habia como depositado en su poder por algun tiempo, y que ciertamente la tenia elegida Jesucristo para esposa suya. Acreditólo así con efecto muy desde luego, declarándose enemiga de aquellos pueriles entretenimientos y diversiones inocentes que son connaturales á la niñez, no habiendo para ella otro gusto que la oracion, los ejercicios de piedad, y el oir con docilidad las prudentes y saludables instrucciones de sus virtuosos padres.

Adelantándose cada dia nuestra Santa en la virtud conforme iba creciendo en edad, era tenida por una de las doncellas de mas mérito de su siglo. La nobleza de su cuna, y las recomendables cualidades que brillaban en su persona, hicieron ser pretendida de los señores mas principales del reino, apenas llegó á la competente edad; pero mucho antes renunciando de las lisonjeras esperanzas del siglo, se habia consagrado á Dios desde su infancia con voto de perpetua castidad.

Aunque Florentina era de un ingenio vivo, brillante é inteligente, cuyas cualidades parecian como hereditarias en su familia, de un natural dulce, de un aire despejado y majestuoso, capaz de arrebatarse la admiracion de todos, para ella no tenian el mas mínimo atractivo las vanidades del siglo: mirábalas con indiferencia, y aun con desprecio. Habíansele quedado altamente impresos en el alma los saludables consejos de sus padres, y admirables ejemplos de sus santos hermanos, y no dudaba que los adornos postizos, por mas ricos y pomposos que fuesen, no daban solo un grado de mérito, y que el mayor y mas apreciable elogio de una doncella cristiana era el poderse decir de ella, que era modesta y piadosa.

Considerando el rumbo que tomaron sus hermanos, que fue el de dedicarse con desprecio del mundo al servicio del Señor enteramente, creyéndose no menos interesada en trabajar eficazmente en el negocio importante de su salvacion, siguiendo vocacion tan acertada, eligió el estado religioso, y para ello se retiró al monasterio del Órden Benedictino, sito en la ciudad de Écija, donde fue obispo su hermano Fulgencio, floreciente por entonces en el primitivo fervor de la observancia, donde entabló un modo de vivir tan asombroso, que fue la admiracion del claustro, y de cuantos pudieron entenderlo. Elegida superiora muy contra su voluntad, solo se valió de su autoridad para aumentar su fervor, oracion y penitencia: y persuadida que la

leccion mas eficaz de todas es el ejemplo, y que una prelada debe ser tan superior en las virtudes, como lo es en la dignidad, se dedicó á que en sus acciones viesen sus hijas practicar lo mismo á que las exhortaba.

La fama de la eminente virtud de nuestra Santa atrajo un gran número de doncellas, que desengañadas de la farsa del mundo, y solícitas de buscar en el retiro del claustro asilo á su inocencia, se entregaron á su voluntad, obligándose á guardar la misma regla: puede hacerse juicio del fervor y religiosidad de esta ilustre colonia de esposas de Jesucristo bajo la direccion de tal maestra, auxiliada para el acierto de su gobierno de preceptores tan insignes como sus dos hermanos Fulgencio y Leandro. Todas vivian ocupadas únicamente en el servicio de Dios, fervorosas en cuantos ejercicios se recomiendan en la clausura. Veíanse venir ilustres personas á sepultar bajo la oscuridad de un velo los esplendores del mundo, y concurrir cada dia nobilísimas doncellas, distinguidas por su cuna y por el conjunto de otras singulares prendas, á seguir el ejemplo de Florentina, despidiéndose gustosas del engañoso fausto de este mundo, y de los halagüeños deleites de esta vida. Todo el empeño de nuestra Santa fue observar con la posible exactitud y rigor la regla que profesó, solicitando con el mayor empeño adquirir las mas sabias instrucciones que pudiesen contribuir á fomentar en sí misma y en sus discípulas la mas alta idea del estado religioso. Así lo comprueba el tratado que le dirigió su hermano Leandro sobre las prerogativas y elogios de la virginidad y desprecio del mundo, concebido sabiamente en un estilo conciso y sentencioso, cuyo escrito es el que se llama comunmente la Regla de san Leandro para las religiosas; y en efecto se halla en la tercera parte del Código de la regla de san Benito compilada por Aniano.

Encendida en el fuego del amor de su esposo Jesucristo, sentia en el alma que hubiese en el mundo criaturas tan ciegas que no conociesen á su Redentor, ni estimasen el infinito precio de su preciosa sangre derramada para rescatar al hombre de la dura esclavitud en que gimió tantos siglos; y movida de esta pena, rogó á su hermano Isidoro compusiese para desengaño de los judíos aquellos nunca bien ponderados dos libros, que con efecto escribió, llenos de erudicion, sabiduría y doctrina contra la obstinacion de ellos; los mismos en que probó la venida del Mesías, manifestando en Jesucristo el literal cumplimiento de todas las profecías del antiguo Testamento; queriendo hacer á su santa hermana este obsequio en reconocimiento de

cuanto la debia por el esmero que tuvo en su educacion. Finalmente, continuando Florentina con el tenor de su santa vida hasta una edad muy avanzada, siendo la admiracion de su siglo, llena de merecimientos pasó á disfrutar los premios eternos.

Su cuerpo fue sepultado en el monasterio de Écija, y trasladado después á la iglesia de Santa Justa y Rufina de Sevilla al sepulcro de sus hermanos, donde se mantuvo hasta la irrupcion de los árabes en España, en la que temerosos los fieles de que cayese tan precioso tesoro en las manos de los bárbaros, le transportaron con el de san Fulgencio á las montañas de Guadalupe, donde á fines del siglo XIII en el reinado de Alfonso XI fueron halladas las reliquias de ambos héroes y transferidas á Berzocana, pueblo del obispado de Plasencia. Después en el año 1595, en tiempo del rey Felipe II, á peticion de los de Cartagena, se trasladaron parte de ellas á la iglesia de Murcia, y parte al Escorial, donde se conservan.

Yepes en su Crónica Benedictina escribe: Se cree por constante tradicion haber vivido la Santa en el monasterio de Écija á la ribera del rio Genil, donde existe el de Nuestra Señora del Valle, del Órden de san Gerónimo; lo que confirma con varios fragmentos que se conservan de la antigüedad, como son la torre de Santa Florentina, el hospital y cofradía antiquísima de su advocacion, de cuyo principio no hay memoria. Lo mismo acredita la veneracion del camino que guia desde el referido monasterio hasta la iglesia de Santa Cruz, dedicado al *Via Crucis*, el cual se notó por mucho tiempo regado de sangre de la que derramaron allí las vírgenes consagradas á Dios, atormentadas y muertas por los árabes á su entrada en España.

Recuperada Écija de los moros, solicitaron algunas mujeres devotas conservar la memoria de santa Florentina en un beaterio de su advocacion, en el que vivian de comun sin regla fija. De ellas, á una hebrea convertida, estando en oracion, se le apareció la Santa, y manifestó que era la voluntad de Dios viviesen bajo el instituto del patriarca santo Domingo. Entendido este aviso por los ciudadanos, contribuyeron á la ereccion de un célebre monasterio de esta Órden en el año 1460, tiempo en que por no observarse clausura comunmente por las religiosas, habiendo ocurrido una peste fatal en la ciudad, interesadas aquellas monjas en súplicas y oraciones para que el Señor se dignase imponer fin al contagio, valiéndose de la intercesion de santa Florentina, las reveló cesaria la plaga, siempre que hiciesen voto de clausura; y con efecto hecho, se consiguió el beneficio.

SANTA MATILDE, REINA DE ALEMANIA.

Esta Princesa fue hija de Teodorico, poderoso conde sajon. Conociendo sus padres que la única y verdadera grandeza es la piedad, la pusieron desde muy niña en el monasterio de Erford, de que era á la sazon abadesa su abuela Matilde, que habia renunciado del mundo desde su viudedad. En él adquirió nuestra Santa un gusto extraordinario á la oracion y á la lectura espiritual: aprendió á trabajar labores de punto, y á emplear todos los preciosos momentos de la vida en cosas serias, y dignas del fin para que habia sido criada. Allí permaneció siendo un modelo completo de todas las virtudes, hasta que sus padres la casaron con Enrique, hijo de Oton, duque de Sajonia, en el año de 913. Su marido, por sobrenombre el Cazador, por su amor á la diversion de los halcones, que estaba en aquel tiempo en mucho auge, vino á ser duque de Sajonia en el año de 916, por muerte de su padre: y en el de 919 por la de Conrado, electo rey de Alemania. Fue un príncipe pio, victorioso y muy amante de sus vasallos. Su solicitud en aliviarles de las cargas y tributos les tenia propicios, y dispuestos á sostener las guerras de su príncipe á sus propias expensas, aunque él recompensaba el celo de estos con gran generosidad despues de sus expediciones, que siempre fueron dichosas. Mientras él con sus armas reprimia las insolencias de húngaros y danos, y extendia sus vastos dominios, añadiendo á ellos la Baviera, Matilde ganaba victorias domésticas sobre sus enemigos espirituales, mas dignas de un cristiano, y agradables á los ojos del cielo. Fomentaba las preciosas semillas de devocion y humildad dentro de su corazon con continua oracion y meditacion; y no contenta con el tiempo que el dia le daba para estos ejercicios, empleaba tambien en ellos mucha parte de la noche. Cuanto mas cerca de su vista tenia las vanidades del mundo, con tanta mayor claridad descubria su caducidad y sus peligros, lamentando que los hombres fuesen secuaces de unas fruslerías tales en perjuicio y perdicion de sus almas; porque bajo el velo de un semblante hermoso y halagüeño nada contenian mas que ponzoña y amargura.

Toda su delicia era visitar, fortalecer y exhortar á los enfermos y afligidos, servir é instruir á los pobres, enseñándoles las ventajas que su estado sacaba de las bendiciones y del ejemplo de Cristo, y llevar sus socorros caritativos á los presos, procurándoles la libertad, cuando lo permitian las circunstancias de la justicia; ó á lo menos

aliviando con limosnas el peso de sus cadenas, siendo siempre su empeño principal purificarlos de sus crímenes por medio de la penitencia. Edificado con su ejemplo su marido concurria con ella á todas las piadosas empresas que esta Princesa proyectaba : y después de veinte y tres años de matrimonio se dignó Dios de llamar para sí al piadoso Rey, con un accidente apoplético que le acometió en el año de 936. Matilde durante la enfermedad de aquel, frecuentaba la iglesia, exhalando en ayes y oraciones su alma por él, arrojada á los piés de los altares; pero inmediatamente que las lágrimas y los gritos de sus vasallos la dieron á entender que habia espirado, hizo venir á un sacerdote ayuno para que ofreciese por su alma el santo sacrificio : y al mismo tiempo quitándose las joyas que llevaba, se las entregó al mismo en señal de que desde aquel momento renunciaba á la pompa vana del mundo. Tenia esta Reina tres hijos: Oton, emperador que fue en adelante; Enrique, duque de Baviera, y san Bruno, arzobispo de Colonia. Oton fue coronado rey de Alemania en el año de 937, y emperador de Roma en 962, después de sus victorias sobre los bohemos y lombardos. Matilde en la competencia que hubo á la corona entre los dos hermanos, por ser aquella electiva, favoreció á Enrique que era el menor; falta que expió con severas aflicciones y penitencias grandes. Estos dos hijos conspiraron contra ella para privarla de la viudedad, con el pretexto injusto de que habia distribuido pródigamente á los pobres las rentas del Estado. La persecucion fue larga y cruel, especialmente por nacer de lo que ella queria mas en este mundo. Al fin los desnaturalizados Príncipes se arrepintieron de su injusticia, se reconciliaron con su madre, y la restituyeron cuanto la habian quitado. Entonces ella principió á ser aun mas liberal en dar limosnas que habia sido antes, y fundó muchas iglesias y cinco monasterios, de los cuales el principal fue el de Polden en el ducado de Brunswick, en que mantenia tres mil monjes, y el de Quedlimburgo en el ducado de Sajonia. En este lugar enterró el cuerpo de su difunto esposo, y luego que concluyó toda la obra hizo tambien esta casa su principal habitacion y ordinario retiro. Dedicóse enteramente á sus devociones y á las obras de misericordia, y era su mayor deleite enseñar al pobre y al ignorante el modo de orar, como lo habia hecho anteriormente con sus criados. En su última enfermedad se confesó con su nieto Guillermo, arzobispo de Mentz, el cual no obstante murió doce dias antes que ella, yendo de camino á su casa. Segunda vez hizo aquella Princesa su confesion, pero en público ante los sacerdotes y monjes de aquel lu-

gar; recibió los últimos Sacramentos, y recostándose en un saco cubierta de ceniza su cabeza, espiró en 14 de marzo del año 968. Su cuerpo se conserva en Quedlimburgo, y de su nombre se hace mencion en este dia en el Martirologio romano.

La Misa es en honor de santa Florentina, y la Oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatae Florentinae virginis tuae festivitate gaudemus, ita piae devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios; que sois nuestra salud, oid benignamente nuestras oraciones, para que, así como celebramos con gozo la festividad de nuestra bienaventurada vírgen Florentina, así tambien merezcamos ser instruidos en el fervoroso afecto de una devocion verdadera. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios, pág. 90.*

REFLEXIONES.

¡Qué trastornamiento tan lastimoso de entendimiento y de buen juicio! Todos se glorian el dia de hoy de todo aquello que no es gloriarse en el Señor; y todo lo que es gloriarse en el Señor se reputa entre los mundanos por bajeza de ánimo, por despecho, por melancolía. Todo el mundo alaba á un hombre que está lleno de ambicion: el orgullo es el que se lleva en todo la primacía: la soberbia es la pasion de moda: la mas simple vanidad se deja atender, y si es atrevida, descarada y fiera, se hace respetar. En medio de eso todos convienen en que no hay cosa mas baja, mas odiosa, ni mas despreciable que el orgullo.

Con efecto, siempre es hijo de un ánimo apocado, y prueba de un pobre y corto entendimiento. Los tontos y los mentecatos siempre están pensando en cómo podrán hacerse estimar. Mírase con risa, ó á lo menos con lástima á un mendigo infeliz, que habiendo perdido el juicio, se imagina príncipe. Entre quien adolece de este achaque y un orgulloso, no hay otra diferencia que la de mas ó menos.

Un hombre de buen entendimiento no se deja deslumbrar de sus prendas: adelántase su penetracion á conocer lo mucho que le falta; pero un entendimiento limitado apenas sale de sí mismo; y como sus escasas luces no se extienden mas allá de su esfera, todo lo que hacen los otros le parece cosa mas comun, y solo halla que admirar en lo que él hace.

Ciertamente no hay hombre mas despreciable, ni con efecto mas despreciado que un orgulloso; y sin embargo no hay hombres mas hidrópicos de honras, mas ansiosos de distinciones que estos animales de gloria. Revientan por ser estimados; y en esto mismo acreditan que no merecen serlo. No hay pasion mas opuesta al fin á que aspira, ni á los bienes imaginarios con que se alimenta que el orgullo. Se afana por brillar, por distinguirse, por sobresalir entre todos los demás; pero ¡oh! ¡qué vanos esfuerzos! ¡oh! ¡qué proyectos tan frívolos! Busca en todo la distincion el orgulloso, y todo conspira á humillarle y á confundirle. Fatigándose por introducir en el pueblo un alto concepto de sí mismo, se hace la fábula del lugar, y singularmente la risa de toda la gente cuerda. Pero ¡si á lo menos escarmentara á costa de su propia experiencia! Nada menos. El orgulloso es ciego: bien puede estar á los piés de todos; mas ni por esas se dará por vencido. Las mayores humillaciones le irritan, pero no le curan. ¡Cosa extraña! no pocas veces se quiere combatir contra el orgullo con el orgullo mismo. Ni los que mas gritan, y mejor escriben contra esta pasion, son siempre los que menos adolecen de ella: comunícase su veneno hasta á lo que podia servirla de remedio: aun en la misma humillacion se sabe introducir el orgullo. Esta misma generalidad es la que nos le ha hecho tan casero; pero las enfermedades epidémicas y populares no son menos peligrosas, porque sean mas comunes. La verdadera gloria, dice el Sabio, siempre huye de los que la siguen, siempre sigue á los que van huyendo de ella. Así se complace Dios en llenar de ignominia á los corazones soberbios. El mismo orgullo es castigo y suplicio de los orgullosos. ¡Cuántos disgustos se ahorrarian, si cada uno se hiciera mas justicia á sí mismo! ¡Feliz, Señor, aquel que coloca toda su gloria en agradaros! ¿Quiénes son mas dignos de estimacion y de respeto que aquellos que os sirven?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 91.*

MEDITACION.

Del pecado de omision.

PUNTO PRIMERO.—Considera que aquellas vírgenes necias, desgraciadas, repudiadas del Esposo, al fin eran vírgenes, eran de costumbres irreprensibles, eran respetables por su conducta: mas para agradar á Dios es preciso llenar todos los deberes de justicia. No basta

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

no hacer mal; es necesario hacer todo el bien que quiere Dios hagamos: omitir el menor de estos deberes, ya es falta. Aquellas vírgenes estaban aguardando al Esposo; habian hecho algunos gastos para hacerle un honrado recibimiento; mostrábanse bastantemente ansiosas y solícitas de su venida; pero se descuidaron en hacer las provisiones á tiempo; tenian lámparas, mas las faltaba el aceite. ¡Buen Dios! ¡cuántas almas están ardiendo en el infierno por pecados de omision! ¡Cuántos padres, cuántas madres están condenadas por haberse descuidado en la educacion de sus hijos, por no haberlos reprendido y castigado, dejándose llevar de una blanda y culpable condescendencia! ¡Cuántas personas constituidas en dignidad arden y arderán eternamente por no haber velado sobre sus súbditos y dependientes! Á la verdad, ellos no cometieron los pecados, pero no los impidieron: ellos fueron íntegros, rectos, desinteresados, pero no lo fueron sus subalternos; supiéronlo, y no lo remediaron; pudiéronlo saber, y quisieron ignorarlo. Aquella matrona es modesta, es virtuosa, es ejemplar; pero si da demasiada libertad á su hija, si la disimula aquel modo de vestir demasiadamente profano, aquel excesivo desembarazo, aquel desahogo que ya pasa de alegría; si la permite asistir á la comedia, al sarao nocturno, al juego, al baile, ¿no se hará rea de todos los pecados que cometa la hija, y del pecado que hay en el peligro en que ella misma la mete? ¡Buen Dios! ¡cuántos aparecerán en vuestra divina presencia cargados de deudas ajenas!

Los príncipes y los soberanos tienen grandes y estrechas cuentas que dar. ¡Cuántos bienes debieron hacer! ¡cuántas virtudes practicar! ¡con cuántas obligaciones debieron cumplir! ¡cuántos vicios enmendar! ¡cuántos desórdenes corregir! Si es gran pecado faltar á lo primero, ¿será menor descuidarse en lo segundo?

Los prelados deben grandes ejemplos á su pueblo y á toda la Iglesia. Cuanto mas los eleva su carácter, mas elevados deben ser, y mas deben brillar por sus virtudes. La solicitud pastoral debe ser única y total ocupacion. ¡Qué cuenta tienen que dar de su rebaño! ¡qué vigilancia en guardar de los lobos á sus ovejas! ¡qué aplicacion, qué desvelo en desviarlas de pastos nocivos! El menor descuido, la menor omision en estos puntos es de terribles consecuencias: y omisiones que son de tan grandes consecuencias, ¿serán pecados veniales?

¡Mi Dios! ¡cuántos que se imaginaban inocentes, se hallarán condenados por estos pecados de omision! Es cierto que no cometieron

aquello que les estaba prohibido cometer; pero tampoco practicaron aquello que les estaba mandado practicar. Aquel siervo, de quien habla el Evangelio, no perdió su talento; pero enterróle y escondióle: en esto estuvo su delito. ¡Oh qué documento tan importante para muchos!

Punto segundo.—Considera que no siempre se despide á un criado por delitos grandes y atroces; antes por lo comun solo se le despide, y con mucha razon, por perezoso, por haragan, por descuidado, por omiso en el cumplimiento de sus obligaciones. Toda la filosofía moral del cristianismo se funda en estos dos principios, huir el mal, y hacer el bien. Á la verdad no te condenará Dios por haber usurpado los bienes ajenos, ni por haber cometido enormes crímenes si no los cometiste; pero ¿díste mucha limosna? ¿Socorriste á los pobres en sus necesidades? ¿Qué devociones tuviste? ¿En qué buenas obras te ejercitaste? Mientras haya pobres enfermos en los hospitales, vergonzantes en las casas, y presos en las cárceles, siempre tendrás obras de misericordia en que poderte ejercitar.

Redde rationem villicationis tuae: Dame cuenta de lo que puse á tu cargo. Habiéndote llamado al estado religioso, ó á la sublime dignidad del sacerdocio, ¿qué grandes, qué terribles obligaciones contrajiste? ¿Cuántos consejos evangélicos comenzaron desde entonces á ser preceptos para tí? ¿Bastaráte por ventura haber guardado los mandamientos? Eres sal de la tierra y luz del mundo: ¿bastará que la sal no corrompa el alimento, cuando ella misma debiera preservarle de la corrupcion? ¿bastará que no esté apagada la luz, si está escondida debajo del celemin? ¿Y quién tendrá la culpa de los tropiezos de aquel, y de los descaminos del otro? ¡Oh pecados de omision! ¡y á cuántas almas condenaréis!

Ocupas un grande empleo. ¡Y qué! ¿te parece que solo te pusieron en él para que descollases sobre los demás? Á quien hicieron superior en dignidad, ¿no es para que sea superior en las virtudes? ¿no es para que haga observar las leyes y las reglas? ¿Serán excusables en este punto la inaccion y la pereza? Á un superior ¿no se le pide con razon que vaya adelante con el ejemplo? Llámanse las dignidades *cargos*, porque en realidad son cargas que imponen grandes obligaciones.

Pero ¿cuáles son mas formidables que las de un magistrado? Árbitro de la fortuna y de la vida de los hombres, ¿se contentará con estar no mas que medianamente instruido en las leyes? ¿Podrá en-

contrar tiempo para dedicarse á sus indispensables estudios, sin faltar á sus diversiones? ¿Bastarále una leve tintura de doctrina? Si por su ignorancia, ó por no haber estudiado bien el derecho; si por su falta de penetracion y poca capacidad, este pierde el pleito y aquel la vida; ¿quién será responsable de estos daños? ¿Servirále de excusa el dinero con que acaso compró un oficio que pide tantos talentos y tanta sabiduría?

¡Oh Señor, y qué manantial tan copioso de reflexiones! Pero no menos abundante de sobresaltos, de temores y de remordimientos. El que es mas distinguido por su nacimiento, por su carácter y por sus empleos, ese es el que tiene mas que temer en pecados de omision. ¿Cuántos hay de una suma delicadeza de conciencia en todo lo que trae consigo sobrescrito de pecado, que no hacen caso de los pecados de omision, y ni aun se examinan acerca de ellos? ¿Y no seré yo quizá del número de estos mismos? ¿No tendré de qué acusarme en este particular?

¡Ah, Señor! conozco que tengo demasiado; y si no colocara toda mi confianza en vuestra misericordia, desconfiaria de mi salvacion. Pero confio tanto en la asistencia de vuestra gracia, que me atrevo á prometeros una inviolable fidelidad en el cumplimiento de todas mis obligaciones: resuelto á no omitir cosa alguna que sea de vuestro agrado, y lleno de confianza de que me perdonaréis todo lo que hasta aquí he omitido.

Jaculatorias. —Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos, y perdonadme los ajenos que se han cometido por mi culpa. (*Psalmus* XVIII).

No os acordeis, Señor, de mis culpables ignorancias. (*Psalmus* XXIV).

PROPÓSITOS.

1 Aquellas deudas que se llaman mudas, y se van acumulando, arruinan las casas. El que debe mucho, y nada paga, es digno de que le tengan lástima. Acaso hace mas daño á la salud la demasiada quietud y la inaccion, que el ejercicio mas violento. Es cierto que el veneno ha quitado la vida á muchos; pero muchos mas la han perdido por no haber querido tomar ciertos remedios. No pocas veces se siente tanto una falta de atencion, como una injuria. Consiste la virtud en no omitir nada de lo que se debe hacer, y en no hacer nada de lo que se debe omitir. Gran desconsuelo es aparecer en el tri-

bunal de Dios, cargado de innumerables deudas, todas á cual mas esenciales (cuya satisfaccion se omitió, se despreció con pleno conocimiento) sin fondos para pagarlas. Considera á un pobre deudor delante de un juez, y rodeado de acreedores, que todos prueban con buenos documentos lo mucho que les está debiendo. El mismo oficio hace la conciencia en la hora de la muerte; pero ¡con qué severidad trata de prevenir su acusacion! A muchos les parece que esto de ser buenos consiste en no cometer pecados; pero ¿cumplen estos exactamente con todas sus obligaciones? Tiéneslas tú de todas especies: tu estado, tus empleos, tu condicion, tu cargo. Convengo en que no haces excesos, en que no cometes injusticias, en que es prudente y moderada tu conducta; pero ¿no es omisa? Examina si te descuidas en algo: ¿haces la limosna que puedes á proporcion de tu renta? ¿Te aplicas con el desvelo que debes á la buena educacion de tus hijos? ¿Velas como tienes obligacion, sobre el porte de tus súbditos y de tus criados? ¿Es posible que no eres omiso en cosa alguna de las que corresponden á tu empleo? ya sabes que pide estudio, aplicacion y capacidad. ¿No te fias acaso de otros mas de lo que fuera justo? Tienes á la verdad personas á quienes has encargado la educacion de tus hijos, y el cuidado de tu familia; pero ¿puso Dios sobre tus hombros esta carga para que enteramente la echaras sobre los de otro? ¡Ó mi Dios! ¡cuántos y cuántos se condenarán por pecados de omision! Nunca dejes de tomarte estrecha cuenta de estos pecados en tu exámen de conciencia.

2 Las personas consagradas á Dios tienen infinitas obligaciones que cumplir, de las cuales se dispensan con demasiada frecuencia, y nunca sin detrimento. Hay reglas, hay constituciones: ¿cuántas omisiones, cuántas negligencias se cometen? Pero las reglas, dicen, no obligan debajo de pecado: es verdad; mas ¿será por eso indiferente para un religioso la observancia ó el quebrantamiento de sus reglas? No se obligó Dios indiferentemente á dispensarle sus mayores gracias. Fuera de que hay pocas reglas que no tengan alguna conexion con la exacta observancia de los votos. Uno de los lazos que arma el demonio á los religiosos imperfectos es hacerlos descuidar con el concepto en que están, de que no es pecado la inobservancia de las reglas: rara vez deja de estar acompañada de menosprecio esta negligencia habitual. Examínate bien sobre este punto: teme las omisiones, porque sino, ellas te harán llorar mucho algun dia.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Longinos, soldado, en Cesarea de Capadocia, el cual, segun se dice, abrió con una lanza el costado de Jesucristo. *(Véase su historia en las de este dia).*

El tránsito de san Aristóbulo, en el mismo dia, discípulo de los Apóstoles, que fue martirizado después de haber acabado la carrera de su predicacion.

Santa Matrona *(ó Madrona)*, en Tesalónica, esclava de una mujer judía, la cual adorando ocultamente á Jesucristo, y frecuentando la iglesia diariamente, á escondidas de su ama, con el tiempo se llegó á descubrir, y fue atormentada con diversos tormentos; y manteniéndose ella constante en confesar á Jesucristo, la molieron á palos hasta que entregó á Dios su espíritu. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Menigno, en el mismo dia, de oficio batanero, el cual fue martirizado en tiempo de Decio, emperador.

San Nicandro, mártir, en Egipto, el cual recogiendo cuidadosamente las reliquias de los santos Mártires, mereció tambien la corona del martirio siendo emperador Diocleciano.

Santa Leocricia *(ó Lucrecia)*, vírgen y mártir, en Córdoba. *(Véase su vida en las de este dia).*

El tránsito de san Zacarías, papa, en Roma, el cual gobernó la Iglesia de Dios con suma vigilancia; y esclarecido en méritos, murió en paz.

San Probo, obispo, en Rieti, á quien asistieron en la agonía los santos mártires Juvenal y Eleuterio.

San Especioso, monje, en Roma, cuya alma vió un hermano suyo volar al cielo.

SAN RAIMUNDO, FUNDADOR DEL ÓRDEN DE CALATRAVA.

El venerable abad Raimundo, honor de España, gloria de la reforma del Cister, y esclarecido fundador del Órden militar de Calatrava, nació en la ciudad de Tarazona, sita en el reino de Aragon, segun la opinion mas autorizada, aunque algunos le creen originario de San Gaudencio, en el condado de Combena en Francia, y otros de Tarragona en Cataluña; todos con el santo deseo de honrar su patria, haciendo suyo un héroe tan recomendable y visible en la historia de la Iglesia. Dios, que en los profundos secretos de su providencia le habia elegido para cosas grandes, le adornó á proporcion con las singulares disposiciones de naturaleza y gracia, que mas conducian á ejecutar tan altos designios. Criáronle sus nobles padres con el mayor cuidado en la piedad y religion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á la virtud les dejó poco que hacer para

ver cumplidas sus santas intenciones. Ya en la puericia era Raimundo ejemplar en las costumbres, moderado en el hablar, grave en las palabras, modesto en las acciones, y extremado en todos los ejercicios de piedad.

Aplicado al estudio de las letras, como estaba dotado de un ingenio sólido y perspicaz, hizo conocidos progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Concluida esta carrera fue provisto en uno de los canonicatos de la santa iglesia de Tarazona, en cuyo empleo se hizo admirar de todos por su vida ejemplar, inocencia de costumbres, puntual asistencia á los divinos oficios, y por el extremado amor que profesaba al retiro. Pero como Dios le llamaba á un estado de perfeccion mas sublime, siguiendo nuestro Santo este superior impulso, se ausentó, como otro Abrahan, de su patria, padres y parientes, y se fué al desierto con el único fin de atender precisamente al negocio importante de su salvacion. Oyó hablar con grande elogio de la reforma del Cister, que habia fundado el venerable Roberto, abad de Molesme, la cual brillaba como estrella matutina en el firmamento de la Iglesia, iluminando al orbe con los vivísimos rayos de su santidad: inmediatamente se resolvió á abrazar este partido, como mas conforme á sus ideas, y se acogió á él como á ciudad de refugio, y torre de fortaleza, en el célebre monasterio llamado Escala Dei, situado en la Gascuña. Aquí profesó el nuevo instituto con tanto fervor, que la severidad de las mortificaciones, el desinterés del mundo, el espíritu de recogimiento, su ciega obediencia, su tierna devocion y su profunda humildad le llevaron muy en breve á la cumbre de la perfeccion religiosa.

Solicitaban los venerables religiosos maestros de la reforma del Cister ampliar el célebre instituto cuanto fuese posible, y llevarlo por toda la tierra, á fin de que hasta en los yermos y soledades mas apartadas del comercio humano se tributasen á Dios sacrificios de alabanza con cánticos é himnos espirituales. El abad del monasterio de Escala Dei, varon ciertamente esclarecido en religion y piedad, quiso darle valor al excelente proyecto, haciendo que tuviera una muy pronta y diligentísima expedicion; y para ella envió al reino de Navarra á cierto monje de conocida virtud, llamado Durando, en clase de superior, ó sea abad, con nuestro Santo, íntimo amigo suyo, y otros religiosos de aquella comunidad, que diesen principio á la santa empresa. Entró esta agraciada ejemplar comitiva en aquel reino, é internándose por sus ásperos desiertos llegó hasta el monte *Verga*, donde con permiso de Alfonso el VII, llamado comunmente el Em-

perador de España, comenzaron á levantar edificio para establecerse, aprovechándose de una pequeña ermita formada en la cumbre, y dedicada á la santísima Virgen, desde la que se veia una prodigiosa imágen muy venerada en toda aquella comarca, para oratorio é iglesia. No se tardó mucho tiempo en experimentar que lo fragoso del terreno, y otras incomodidades que presentaba su desproporcionada situacion, no eran convenientes para fijar allí el establecimiento; y cediendo el celo con que aquellos pisimos varones estaban determinados á sufrir todas las penalidades de una vida laboriosa y solitaria, á la prudencia, que exigia de ellos que la eleccion de sitio fuese conveniente á la subsistencia propia, para hacer durable y permanente la fundacion, dejando allí vestigios ciertos de su primer pensamiento, que hasta el dia de hoy se conservan, manteniendo tan laudable memoria dos monjes de la comunidad de Fitero que lo habitan, se transfirieron á un valle inmediato cerca de *Vienzabas*, poblacion cási destruida por los árabes, de la que tambien les hizo donacion el mismo emperador Alfonso en el año de 1140, en prueba del singular afecto que tenia á la reforma.

Fundaron aquí un monasterio; y muerto Durando, después de haber ejercido por algun tiempo el oficio de superior, los monjes, que sintieron este suceso cuanto es creible por la extrema afeccion con que lo respetaban, para mitigar el dolor de esta pérdida, y darle por sucesor en el gobierno una persona de igual probidad y merecimiento, eligieron á Raimundo; persuadidos sobre todo, de que con su eminente virtud y consumada prudencia, no solo se conservaria la estrecha regular observancia de la nueva reforma, sino que sostendria con constancia y celo el santo proyecto, y le haria extenderse y dilatarse. Sucedió así con efecto, pues habiendo permanecido en aquel valle cerca de ocho años, á pesar de las grandes incomodidades que causaba la desigualdad de su temperamento, atento á la salud de sus religiosos, mudó de lugar, y se pasó con ellos en el año de 1148 á Castejon, cuatro leguas de Tudela de Navarra, y tres de la villa de Alfaro. Dos años después, el de 1150, por mayor comodidad se transfirió á otro terreno, que le cedió D. Pedro Tizon, abuelo del arzobispo de Toledo D. Rodrigo, con cuyo auxilio edificó el magnífico monasterio de Santa María de Fitero, así llamado del nombre de la heredad cedida; el cual enriquecieron profusamente con cuantiosas donaciones los reyes y próceres del reino, atraidos del buen olor, y notorios ejemplos de virtud y santidad con que en breve tiempo le hicieron brillar los de Raimundo. Su elevado

extraordinario espíritu, y su ardor y celo apostólico no podian estrecharse dentro de los reducidos muros del monasterio; y habiéndole dotado Dios de una singular rara elocuencia, y de extraordinarios talentos para la predicacion de la palabra divina, salia frecuentemente á ilustrar con la luz de su saludable doctrina á toda aquella region, en la que hizo prodigiosas conversiones, y separó á no pocos de los peligros del siglo llevándolos á servir á Dios en el retiro del claustro; de los cuales muchos fueron el consuelo del santo Abad, y recomendaron con la heroicidad de su piadosa vida y costumbres la santidad del Instituto.

Murió por entonces el emperador Alfonso, señalado héroe del cristianismo, que peleando siempre en las batallas del Señor habia abatido el orgullo de los agarenos en España. Ganóles este magnánimo Rey la villa y fortaleza de Calatrava en el año de 1147; y para defenderla y conservarla, como plaza de mucha consecuencia é importancia, la cedió á los caballeros Templarios, que la sostuvieron intrépidamente el espacio de diez años con su acostumbrado valor y brio. Pero como los sarracenos auxiliados de Miramamolin, que pasó del África á estas partes con un poderoso ejército, hicieron varias correrías y estragos por el campo de Calatrava, atacando las murallas de esta fortaleza con porfiada osadía, empeñados en reconquistarla, y ganarse en ella el fácil paso para sus nuevas entradas en Castilla; los Templarios, que consultando con sus fuerzas veian no poder resistir á las superiores del enemigo, hicieron dimision de la plaza al rey D. Sancho el Deseado, hijo de Alfonso, que á la sazon se hallaba en Cortes en Toledo. Sintió el esforzado Sancho en su alma la intempestiva é inesperada renuncia de aquel presidio que los caballeros le hacian en un tiempo tan apurado, como el de no hallarse en capacidad de hacer guerra á los moros, estando precisamente con las armas en la mano para mantenerla contra su hermano Fernando de Leon, y además ocupada toda su atencion en sosegar los tumultos del reino. En tal conflicto hizo publicar que si alguna persona poderosa quisiese defender la plaza de Calatrava, se la cederia con todos sus términos, castillos y fortalezas. Mas como una confederacion tan sensiblemente valerosa, cual era la de los caballeros Templarios, se habia retirado de sostenerla á causa del inminente peligro en que se veian de poderla conservar, ninguno se atrevió á encargarse de tan difícil empresa.

Hallábase por este tiempo en Toledo el venerable abad Raimundo en solicitud de la confirmacion de los privilegios concedidos á su

monasterio. Para prosperar en su comision, habia traido consigo á uno de sus monjes, llamado D. Diego Velazquez, natural de Burcba, cerca de Burgos, muy estimado del Rey por haberlo sido del Emperador su padre, á quien sirvió con distincion en el ejército, haciendo prodigios de valor, y con quien antes y después de monje consultaba muchos negocios de gravedad é importancia, bajo el concepto de su conocida virtud, acreditada experiencia, y prudencia consumada.

Este valeroso héroe, acostumbrado tantas veces á vencer el orgullo de los enemigos de la Religion, no pudo sufrir el nuevo ponderado insulto, que tanto intimidaba á la nobleza de España; y renovando su antiguo aliento, igualmente que encendido en un santo celo, persuadió al abad Raimundo, que pidiese al Rey la fortaleza de Calatrava para defenderla, ofreciéndose animoso á estar siempre á su lado en todo trance, y asistirle con su consejo y con sus fuerzas: oyó no ingratamente el venerable Prelado la proposicion, y retirándose á consultar con el Señor de los ejércitos el suceso de ella, por medio de la oracion, que era el recurso ordinario en todas sus expediciones y empresas, se levantó después de largo rato tan lleno del espíritu, de valentía, é intrepidez sagrada, que inmediatamente pasó con Velazquez, y le hizo la súplica al Rey. Oida la propuesta no es fácil explicar el gozo que concibió Sancho al ver la ardorosa resolucion de ambos; y como no dudaba de la virtud y valimiento del abad de Fitero, aunque no faltaron algunos cobardes aduladores que censuraron de temeraria y arrojada la oferta, con aprobacion general de las Cortes, le cedió á Calatrava segun su anterior promesa; cuya donacion se formalizó por escritura pública en Almazan, por el mes de enero de 1158.

La voz que generalmente se habia esparcido de que Raimundo mandaba y tenia á su cargo una expedicion tan importante, llenó de júbilo á todo el reino: recibiéronla con extremado contento los próceres y gente visible, tanto, que disponiéndose á la empresa el esforzado Abad, no quedó alguno que no le ayudase, contribuyendo con soldados, armas, caballos y dinero. El arzobispo D. Rodrigo, distinguiéndose entre todos, además de los crecidos caudales y refuerzos con que le surtió, hizo publicar repetidas indulgencias en favor de los que se alistasen en sus banderas. Con estos auxilios, y los eficaces arbitrios de que se valió en Fitero, juntó un ejército de veinte mil combatientes de grande valor, animosos y esforzados, que parecia, segun el alborozo y entereza de espíritu con que caminaban,

mucho mas ciertamente ir á cantar la victoria, que á arriesgarse á una batalla; y así lo esperaban bajo la conducta de un jefe, cuya santidad con tan visibles prodigios habia acreditado el cielo. Dirigióse á Calatrava á la frente de estas tropas, y luego que se presentó en la villa, mudaron de semblante todas las cosas: consoló á los afligidos habitantes; los alentó en su consternacion; fortaleció la plaza de todos modos, y rechazó á los árabes valerosamente, poniéndolos en tan precipitada fuga, que perdieron totalmente las esperanzas de conquistarla. No quedó satisfecho Raimundo con esta retirada de los moros: parecíale no ser triunfo, ó ser un triunfo muy pequeño contener la invasion sin escarmentar los invasores; y meditando mayores y mas ventajosos sucesos, aunque se miraba en una edad bastante avanzada, y debilitado de fuerzas naturales por su debilitado temperamento, vigorizado con la virtud divina sin temor alguno de la muerte, pensando solo en dilatar el reino de Jesucristo, empuñó el baston de general, se armó de todas armas con valeroso denuedo, púsose cota, morrion, y demás armaduras militares, y animando á los cabos y soldados de su ejército con la persuasion de esperar no ya en el propio ánimo, corazon y valentía, sino en la virtud del Altísimo, en cuyo nombre peleaban; dió principio á la persecucion de los enemigos, los atacó en sus mismas trincheras, los derrotó, los venció, y los arrojó hasta de sus mas inexpugnables fuertes.

Divulgada por toda España la fama de este esclarecido héroe, elegido de Dios para deshacer el oprobio de su pueblo; admirados universalmente de sus gloriosas hazañas, y de que un pobre monje fuese el terror de unos enemigos tan irreconciliables de la religion cristiana, como temibles por el número y por la ferocidad; siendo mas prodigioso todavía haber conseguido tan completas y circunstanciadas victorias mas por efecto de sus vigorosas oraciones, vigilias y penitencias, que por el crédito y poder de las armas; se encendieron no pocos personajes en vivísimos deseos de militar bajo la conducta de este nuevo caudillo del Señor, para participar de sus triunfos; y otros muchos excitados de su notoria virtud se consagraron á Dios en la milicia sagrada profesando su Instituto.

Creciendo prodigiosamente el número de estos concurrentes, y conociendo Raimundo la sana intencion y fervor de ellos, con cierto modo maravilloso estableció en Calatrava dos clases de cuerpos regulares, ó congregaciones religiosas; uno de la reforma del Cister, y otro de militares con las insignias del mismo hábito del Órden, llamados en los principios hermanos conversos, porque apartándose del

mundo, se habian convertido á Dios, y dedicado á su servicio todo el discurso de su vida. Unos para que alabasen é hiciesen sacrificios al Señor en el coro y en los altares, y otros para que siguiesen la guerra contra los infieles: los primeros para implorar el auxilio de Dios por medio de la oracion, de la penitencia y de los ejercicios de piedad; y los segundos para que con estos auxilios prevaleciesen contra los enemigos de la fe, y consiguiesen completas victorias de todos ellos.

Dió á los conversos para su direccion y gobierno los mas sabios y prudentes reglamentos en forma de estatutos y constituciones regulares, que merecieron despues ser aprobadas, y autorizadas por la Silla apostólica en Breve de Alejandro III del año de 1164, debiendole así á este como á otros muchos Pontífices y Reyes católicos innumerables gracias, privilegios y exenciones con que se dignaron honrar al nuevo religioso establecimiento, y á su santo Fundador, quien lo erigió gloriosamente sobre la piedra angular, Jesucristo, por el ministerio de sus piadosísimas acciones, sus virtudes heróicas, su exactísima observancia en la religion, su eminente y su incomparable celo por la honra de Dios. Tales fueron las primeras ideas y los dichosos principios, en que aquel grande espíritu, aquella dignísima alma apoyó, y sobre que levantó el inmortal edificio del sagrado y militar Órden de Caballería de Calatrava para honor, utilidad y seguridad del cristianismo en España, para distinguir y recompensar el heroismo de su nobleza, para realzar el decoro de la Iglesia de Jesucristo, y para dar esplendor y reputacion á los votos monásticos; monumentos inmortales, que representarán eternamente á la prosperidad la memoria de san Raimundo.

Sosegadas algun tanto las fatigas de la guerra con la retirada de los moros, que escarmentados huyeron léjos para no volver tan presto á probar su total derrota, en tanto que los combatia el venerable Abad, llorando este la ruina y desolacion en que habia quedado el campo, llanuras y términos de Calatrava con las anteriores incursiones y correrías de aquellos imprudentes y bárbaros enemigos, se aplicó todo á proveer de remedio, y restituirlos á su antigua fertilidad. Con estas miras hizo traer de varias provincias de España, y especialmente del reino de Navarra, colonos útiles que las cultivasen y cuidasen; y consiguió, en efecto, ver florecer, y volver á su primera gracia y bondad aquel pingüe amenísimo terreno, que en la continuacion de este cuidado y conducta sabia, que se extendia á proporcion de cuanto se adelantaba la aplicacion y el esmero, dió á

crecer inmensamente el dominio de aquel establecimiento, cuyos derechos útiles ocupaban el espacio de veinte y ocho leguas desde las Navas de Tolosa hasta la villa de Orgaz, comprendiéndose en él varias poblaciones y ciudades considerables.

Lleno ya de coronas, y de un sin número de triunfos que le habian dado á ganar todos estos felices sucesos, pensando solo en sí mismo, y en aprovechar el poco tiempo que le quedaba que vivir (segun sus muchos años, su extrema debilidad, y las gravísimas penosas tareas de su vida) quiso prepararse á la muerte, y prevenir el último juicio. Con este objeto, y dejando en Calatrava personas de su mayor confianza, capaces de seguir exactamente todas sus ideas, se retiró á un pueblo dentro de los límites de su dominio llamado *Ciruelos*, donde abstraido enteramente de las impresiones y negocios del siglo, solo atento á las verdades eternas, que meditaba de dia y noche sin intermision ni intervalo, pasó piadosa y devotamente el resto de sus dias en la oracion, en las vigilias, y en el recogimiento de espíritu, siendo la admiracion y la edificacion de toda aquella comarca, hasta que debilitada su naturaleza con el peso de los trabajos, con la rigidez de sus austeridades y asombrosa penitencia, pagó el comun tributo de todos los mortales, y pasó á gozar los premios eternos en el dia 15 de marzo del año de 1163. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia del mismo pueblo con la posible pompa y magnificencia: habiéndose Dios servido acreditar la gloria, á que le habian elevado sus grandes merecimientos, con muchos milagros que obró por la intercesion de su siervo, y en crédito de su valimiento, y de la veneracion debida á su memoria.

En este lugar de su sepultura se mantuvo el venerable cadáver por espacio de muchos años, no obstante las vivas instancias, ruegos y solicitudes, tanto de los monjes del Cister, como de los caballeros de Calatrava, interesados todos con el mayor empeño en trasladarlas á sus respectivos monasterios, resistiendo siempre los naturales con increible fuerza despojarse de aquel precioso tesoro, que parecia haberles concedido Dios con preferencia, llevándole á morir, y ser depositado entre ellos. Últimamente se decidió esta acalorada disputa á pesar de estos el año de 1468, en el que D. Luis Nuñez, canónigo de la santa iglesia de Toledo, y arcediano de Madrid, transfirió los sagrados huesos de san Raimundo al convento de Monte Sion de la misma ciudad de Toledo, en virtud de bula especial, que obtuvo para ello del papa Paulo II, y los colocó en una capilla propia suya, donde se conservaron con grande estima, culto y religion

todo el tiempo de ciento veinte y dos años, hasta el de 1590, en que Fr. Marcos de Villalba, general que fue del Órden, siendo abad de Fitero, por la grande devocion que profesaba al Santo (y sin duda con superior permiso y facultad) trasladó las venerables reliquias á un suntuoso sepulcro, que mandó labrar cerca del altar mayor al lado de la Epístola con la siguiente inscripcion: *Aquí yace el venerable Fr. Raimundo, monje de este Órden, primer abad de Fitero, por quien Dios ha hecho muchos milagros, el cual de licencia del rey D. Sancho el Deseado defendió á Calatrava de los moros, é instituyó el Orden militar de Calatrava: murió el año de 1163, trasladado aquí en 1590.*

SAN SISEBUTO, ABAD.

En el monasterio de San Pedro de Cardeña del Órden de san Benito, sito en el arzobispado de Burgos, se celebra en este dia la memoria de san Sisebuto, varon esclarecido en letras y en santidad. No nos consta cosa cierta de su patria, de sus padres, ni de su primera educacion, porque la injuria del tiempo privó á la posteridad de las importantes noticias de los gloriosos hechos, y de las eminentes virtudes de este y otros muchos héroes que ilustraron á la nacion; pero á pesar de estos motivos sabemos por algunos fragmentos de escrituras públicas, y por las inscripciones que se leen en los mármoles, que san Sisebuto abrazó la regla de san Benito, y que ascendió por sus méritos á la abadía del monasterio de San Pedro de Cardeña, y que se portó de tal suerte en el cumplimiento de la regla, en la direccion de los monjes, y en el cuidado del monasterio, que apenas hubo antes y despues del Santo quien le excediese en la observancia puntual del instituto Benedictino. Tambien se dice, que siendo tan conocido por sus eminentes virtudes y por su grande prudencia, concurrió con el conde Asures á la fundacion del monasterio de Santa María la Mayor de Valladolid, donde dió á los monjes que se establecieron en él la regla de san Benito, instruyéndoles en el modo de vivir segun su espíritu. Finalmente, habiendo consumado su carrera, murió en el Señor en el dia 15 de marzo del año 1082: y como la opinion de su santidad era tan notoria, depositaron los monjes su venerable cuerpo en la capilla de Santiago del mismo monasterio, en un sepulcro de piedra bajo de un arco de mármol, donde estuvo expuesto á la veneracion pública; haciendo de él conmemoracion todos los sábados despues del oficio vespertino, con oracion y antífona propia, cuyo nombre escribieron entre los de los confesores en las

letanías y en los sufragios. Quiso Dios acreditar la gloria de su siervo con repetidos prodigios, memorables entre ellos la milagrosa salud que por su poderosa intercesion consiguió doña María Francisca, privada del uso de sus miembros de un accidente paralítico: la que agradecida del beneficio, mandó construir á sus expensas un magnífico hospital para asistencia de los pobres peregrinos cerca de la misma capilla de Santiago. Tambien hizo pintar en un lienzo de la pared el milagro de su curacion, y bajo él dispuso en su testamento que se le diese sepultura, dotando una lámpara para que ardiese perpetuamente ante el sepulcro de san Sisebuto. Mantúvose el venerable cuerpo en el primer depósito algunos años; pero creciendo su devocion, á virtud de los muchos milagros que el Señor obraba cada dia por la mediacion de su fidelísimo siervo, en favor de las gentes que concurrian á visitarle, trasladaron los monjes las santas reliquias de la capilla de Santiago á la mayor, cerca del tabernáculo del sagrario, en una urna de primorosa escultura, donde se tienen en grande veneracion, y se les tributa el culto debido.

SAN LONGINOS.

El martirio del glorioso soldado de Cristo Longinos escribe Simeon Metafraste de esta manera: Fue Longinos judío, y centurion, ó capitan de cien soldados, cuando Cristo nuestro Salvador fue condenado á muerte de cruz, y uno de los soldados que asistian á la ejecucion de aquella impía y detestable sentencia: el cual, habiendo visto la paciencia y constancia con que Cristo Nuestro Señor habia padecido los tormentos y afrentas de su pasion, y que á la hora de espirar habia alzado la voz con gran clamor, encomendando su espíritu al Padre eterno, y que el cielo se oscureció, y la tierra tembló, las piedras se hicieron pedazos, y todo el mundo se vistió de luto por la muerte de su Señor; alumbrado con la luz del cielo, conoció que aquel Hombre que allí moria, era mas que hombre, y verdadero Hijo de Dios; y por tal le confesó. Después que fue sepultado el cuerpo del Salvador, mandaron á Longinos que le guardase con sus soldados: y habiendo el tercero dia resucitado el Señor, de la manera que se dice en el sagrado Evangelio, los soldados quedaron asombrados, y Longinos mas confirmado, y dió cuenta al sumo sacerdote, y á los escribas y fariseos, de las maravillas que Dios habia obrado, y él y sus soldados habian visto en la gloriosa resurreccion de Cristo. Tuvieron de esto grandísimo enojo y pena

los sacerdotes, y para oscurecer la gloria de Cristo, procuraron con dones y promesas pervertir á Longinos, y persuadirle que publicase, que estando durmiendo sus soldados, los discípulos de Cristo habian venido de noche al sepulcro, y hurtado su sagrado cuerpo: mas el santo soldado, como estaba ya trocado, y lleno de divina luz, nunca quiso consentir en la mentira, sino pregonar la verdad, y ser testigo fiel de la resurreccion del Señor. Vista su constancia, determinaron los judíos vengarse de él; y él, sabiendo su mala intencion, y lo que urdian contra él, dejando el oficio de soldado, y comprando alguna hacienda, se partió de Jerusalen para Capadocia, acompañado de dos soldados suyos, y allí comenzó á predicar lo que habia visto, y con sus palabras y obras convertir muchos á la fe de Cristo. Era extraordinario el fruto que Longinos hacia, y grande el número de los que, despedidas las tinieblas de su antigua ignorancia, abrian los ojos á los rayos de la luz divina; y crecia y florecia la fe de Cristo con grande ignominia de los judíos, que le habian crucificado: los cuales perseverando en su ceguedad, y no pudiendo llevar en paciencia que Longinos se hiciese pregonero de Cristo, procuraron con grande empeño que fuese condenado á muerte, como rebelde y traidor, y que el presidente Pilato enviase soldados á Capadocia para que le prendiesen y matasen. Fueron los soldados armados de impiedad y furor, y quiso Nuestro Señor que topasen con él sin conocerle: y familiarmente y en secreto, le dijeron á lo que venian; y el Santo muy alegre y gozoso los recibió en su casa, y los regaló, festejó, y les dijo que se sosegasen; porque él les daria á Longinos en manos: y envió á llamar á aquellos dos soldados que habian venido con él de Jerusalen, y estaban en otra estancia, para que fuesen partícipes de la misma corona del martirio, que él deseaba y esperaba: y entre tanto que venian, acariciaba y regalaba en gran manera á los soldados que tenia en su casa, y habian venido para darle la muerte. Llegaron los dos soldados de Longinos; y en llegando, dijo á los otros: Yo soy Longinos, á quien buscais: veisme aquí: dadme la muerte, y pagadme con ella el servicio que os he hecho estos dias en mi casa, que yo la tendré por singular beneficio. Asombráronse los soldados cuando esto oyeron, y no podian creer que aquel fuese el que ellos buscaban, por ver el regocijo y júbilo que mostraba, y con que hablaba de su muerte; pero cuando se certificaron que era él mismo, pareciéndoles que era grande descomedimiento é ingratitud maltratar á quien tan bien les habia tratado, y dar la muerte al que los habia hospedado y regalado con tan rara

humanidad y cortesía; le dijeron que antes perderian ellos la vida que quitársela á el: y en efecto, fue necesario que él los animase, y les diese á entender que el mayor bien que en esta vida le podian hacer era enviarle á reinar con Cristo; y mandó á un criado suyo que le trajese un vestido blanco y de fiesta para celebrar las bodas celestiales de aquel dia: y animando á sus soldados, y abrazándose con ellos, se hincó de rodillas, mostrando con la mano el lugar donde queria ser enterrado, y allí le degollaron, y con él á sus dos santos compañeros. Tomaron su cabeza los sayones que se la habian cortado, y llevároula á Pilato: el cual, por dar contento á los judíos la mandó poner en la puerta de la ciudad. Arrojáronla después en un muladar, y guardóla Dios de todo mal olor y corrupcion: y para honrar mas al santo soldado, que habia derramado la sangre por su amor, hizo muchos milagros por ella; entre los cuales se cuenta, que una mujer viuda, pobre y ciega, que tenia un solo hijo que la guiaba, determinó ir á Jerusalen, para suplicar á Nuestro Señor que la sanase, y la librase de las calamidades que padecia. Apenas habia entrado en la ciudad, cuando se le murió el hijo, y quedó del todo desamparada y en perpetuo llanto; mas estando durmiendo, se le apareció san Longinos, como quien la consolaba, y declaraba lo mucho que Cristo habia padecido por nuestros pecados, y que él habia peleado por él, y con su gracia vencido, y sido coronado de corona de martirio; y mandóle que buscase su cabeza, que estaba cubierta de estiércol y basura; porque en tocándola, cobraria la vista de los ojos: y mas le dijo, que él le traeria á su hijo, para que le viese, y alegraria y serenaria su corazon. Como lo dijo el Santo, así lo hizo; porque la mujer, en despertando, animada con la vision que habia tenido, se fué al lugar que el Santo le habia señalado, y sacó la sagrada cabeza del muladar en que estaba arrojada; y luego cobró la vista del cuerpo, y mucho mas la del alma: y la noche siguiente le apareció Longinos, que le traia á su hijo vestido de una maravillosa y celestial claridad, y díjole: Mira, que no llores, ni pienses que son desdichados y miserables los que están coronados de gloria, y perpetuamente alaban y glorifican al Señor. Toma mi cabeza, y entiérrala con el cuerpo de tu hijo en una misma arca, y alaba al Señor en sus Santos, porque esta es su voluntad: y dichas estas palabras, desapareció aquella vision; y la buena mujer tomando la sagrada cabeza con gran reverencia, y el cuerpo de su hijo, la colocó honoríficamente en una aldea, que se llama Sandial, y era el lugar donde Longinos habia nacido. De san Longinos hacen mencion el

Martirologio romano, y el de Isnardo á los 15 de marzo: y el romano dice, que fue el soldado que con la lanza abrió el costado del Salvador ya muerto, del cual salió sangre y agua: y comunmente se dice que este soldado se llamaba Longinos; y así lo dice san Agustin, en cuya iglesia en Roma se entiende que está el cuerpo de san Longinos, como lo dice el cardenal Baronio, en las Anotaciones del Martirologio romano, á 15 de marzo.

SANTA MADRONA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

La gloriosa santa Madrona fue griega de nacion, natural de Tesalónica, ciudad importante del reino de Macedonia. Siendo de tierna edad murieron sus padres, y recibióla bajo su tutela un tio suyo, muy rico y poderoso. Sabedor este de los gloriosos triunfos que los Cristianos alcanzaban en aquellas partes contra los infieles, tomó su hacienda, y fuese con su sobrina Madrona á Roma. En esta ciudad, aunque entonces era toda de gentiles, no faltaban con todo muchísimos cristianos ocultos, que vivian en diferentes cuevas apartadas por temor de los infieles, donde alababan el santísimo nombre de Cristo Nuestro Señor. Inspirada la santa doncella por el Espíritu Santo, y teniendo noticia de aquellos santos cristianos, sin temer las amenazas de su tio frecuentaba dichas cuevas, y se consolaba con ellos.

Aquellos siervos de Dios la instruyeron en la fe, explicándole las santas Escriuras y la gloriosa pasion y muerte que padeció por nosotros en la cruz. Escuchaba la Santa con mucha atencion aquellas lecciones, y encendida en el amor de Dios, pidióles con grande instancia una imágen de Cristo como la que ellos tenian, para llevarla siempre consigo con aquella devocion y amor que para semejante prenda se requeria. Condescendieron ellos á la devocion de la santa doncella, haciendo lo que les pedia; y así llevaba siempre consigo la santa imágen del Crucificado con mucha devocion, motivo por el cual la representan con un Crucifijo en la mano derecha.

Habiendo regresado á la ciudad de Tesalónica, entró á servir de criada á una señora viuda muy rica, llamada Plantilla, pero judía, que odiaba de muerte á los Cristianos. La santa doncella teniendo oportunidad, se iba á la iglesia, donde bendecia y alababa á Cristo Nuestro Señor. Entendiendo esto la viuda, mandó traerla á su casa, y atada á un banco la azotó cruelmente, dejándola así un dia y una noche sin desatarla. Pero vino un Ángel que la desató, y condujo á la iglesia sin abrir puerta alguna, por lo cual dió Madrona infinitas gracias á Dios.

Noticiosa de esto su señora volvióla á su casa, y atada otra vez al mismo banco, le dió mucho mayores azotes con inaudita crueldad, dejándola atada por espacio de tres dias sin comer. Acudió segunda vez el mismo Ángel, y librándola, y dejando las puertas cerradas como la vez primera, la llevó á su iglesia.

Viendo esto Plantilla, tornóla á su casa con una furia infernal, y repitió los azotes con fuerza tal, que le quitó la vida, dando la santa doncella el espíritu á su Criador.

Aconteció su martirio á 15 de marzo, y segun conjeturas cerca el año de 300, imperando Diocleciano y Maximiliano: los tesalonicenses sepultaron el santo cuerpo con mucha veneracion.

Pasados algunos centenares de años ciertos cristianos franceses solicitaron de los de Tesalónica que les diesen el cuerpo de santa Madrona, los cuales accedieron fácilmente á la demanda. Tomaron la santa prenda y la embarcaron; pero apenas comenzaron á navegar, cuando cubrióse luego el cielo de nubes muy negras, y con gran furia descargó truenos, relámpagos y piedra de tal suerte, que desconfiando los marineros del auxilio y favor humano, acudieron muy de veras á Dios, poniendo por intercesora á santa Madrona, cuyas preciosas reliquias llevaban. Seguia sin embargo la tempestad; hasta que por fin vino á parar la nave á las costas de Cataluña, frente de la montaña de Monjuich, junto á la ciudad de Barcelona; y como allí arreciase aun mas y mas la tormenta, se decidieron los marineros á dejar el cuerpo de santa Madrona en una iglesia que en la dicha montaña se descubria. En el mismo instante que hubieron esto determinado, cesó la borrasca y se apaciguó el mar; y sacando entonces el precioso cuerpo de la embarcacion, fue depositado por la misma tripulacion en la indicada iglesia, y en adelante ha sido santa Madrona la patrona de la comarca y de los barceloneses, y la intercesora á quien se acude especialmente en tiempo de seca.

Posteriormente, á causa de las guerras y diferentes vicisitudes políticas que sucesivamente han agitado nuestro suelo, veíase colocada en un rico nicho en el altar mayor de la nueva iglesia de Padres Capuchinos, concluida en el año de 1830, la preciosa urna que encierra el cuerpo de santa Madrona, y que al presente se venera en el templo de la antigua parroquia de San Miguel Arcángel de Barcelona, actualmente su Capilla Municipal.

SANTA LUCRECIA Ó LEOCRICIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Aquel gran Dios, que con su admirable providencia hace que nazca la hermosa rosa entre las punzantes espinas, sin que aquellas sufran lesion, hizo que naciese en Córdoba la ilustre vírgen Lucrecia entre los abrojos de la secta de Mahoma, sin que se ajase la hermosura de este primoroso fruto de la divina gracia. Eran sus padres agarenos, ciegos partidarios de la ley del falso profeta Mahoma, que fue causa de la perdicion de tanta multitud de gentes; y aunque pusieron el mayor cuidado en instruir á su hija en su error, ilustrado el entendimiento de Lucrecia superiormente luego que se dispertó en ella la luz de la razon, no se dejó preocupar de los clásicos embustes del Alcoran. Tenia la noble niña una parienta cristiana llamada Liciosa ó Eliciosa, á la que visitaba con mucha frecuencia, atraida del buen olor de sus virtudes: y advirtiendo esta las bellas disposiciones de Lucrecia, deseosa de que no se malograsen los singulares talentos con que la dotó el cielo, la instruyó en las infalibles verdades de nuestra santa fe, é hizo que se bautizase secretamente.

Supo Lucrecia ocultar en sus primeros años con ingeniosas industrias su fe; pero habiendo llegado á su juventud, creyó que no debia disimular por mas tiempo la religion que profesaba, y con efecto dió de ella pruebas auténticas. Sintieron sus padres en el alma tan inesperada novedad, y valiéndose de halagos, de caricias y de promesas para separarla de Jesucristo, viendo que de nada aprovechaban estos medios, echaron mano del rigor. Descargaron sobre la inocente vírgen un sin número de injurias, de fieros golpes, de cruelísimos azotes, y usaron con ella cuantos géneros de crueldades pudo discurrir la barbaridad mas obstinada. Sufrió Lucrecia con indecible paciencia todo este tropel de excesos, que apenas le dejaban un instante para respirar, y manteniéndose siempre constante en su fe, suplicaba al Señor bañada en tierno llanto, que le concediese algun alivio entre tantas penas como las que padecia por su amor. Oyó Dios con agrado los reverentes ruegos de su sierva, y le inspiró el pensamiento de que se valiese de san Eulogio, que era el padre y el protector de los Cristianos. Hízolo la ilustre Vírgen, dándole aviso del conflicto en que se hallaba, rogándole encarecidamente que la refugiase en algun lugar seguro, donde pudiera emplearse libremente en los santos ejercicios que prescribe nuestra santa Religion: y como el santo Doctor era tan diestro en esta clase de negocios, la dió el consejo.

que disimulase para con sus padres el ardor que manifestaba por la fe, hasta que tuviese proporcion de huir de tan crueles perseguidores. Fingió Lucrecia en el exterior que deseaba complacerles, en virtud de lo cual cesaron en molestarla. En este estado pretextó cierto dia, que tendria especial gusto de asistir á los desposorios de unos parientes, y dándola sus padres permiso para que concurriese á la funcion, se refugió en casa de san Eulogio, que cuidó de ocultarla entre los cristianos de su confianza.

Luego que los padres de Lucrecia la echaron menos, recelándose el motivo de su fuga, hicieron en busca suya las mas exquisitas diligencias, y aun obtuvieron facultad del juez árabe para afligir y para prender á todas aquellas personas, de quienes pudiesen tener sospecha que la ocultarian. Ejecutaron los bárbaros muchas tropelías con los Cristianos, y mientras tanto mudaba á la ilustre Vírgen san Eulogio de una á otra parte en el silencio de la noche, para que no cayese aquella inocente oveja en manos de los mas sangrientos lobos. Además de esto pasaba el santo Doctor las noches enteras en la iglesia de San Zoilo, pidiendo á Dios con fervorosas oraciones que diese fortaleza á Lucrecia para triunfar de sus enemigos: la cual entre tanto se ocupaba en rigorosos ayunos, en continuas vigilias, y en asombrosas penitencias, todo con el noble objeto de hacerse agradable víctima á los ojos del Señor.

Quiso Lucrecia en este tiempo ver á la hermana de san Eulogio, una de las ilustres vírgenes consagradas á Dios, que dieron mucho honor á Córdoba con sus eminentes virtudes; y condescendiendo en ello el santo Doctor, pasó á satisfacer sus deseos. Vino el guarda á la hora acostumbrada para trasladarla al lugar destinado; pero detenida con la hermana de su maestro hasta la noche siguiente, pasaron ambas los dos dias en santa conversacion, encendiéndose con ella en el amor de Jesucristo, ansiosas de que llegase la ocasion de manifestarlo así al mundo con públicas y ruidosas pruebas. Pudieron entender los exploradores puestos por sus padres donde se hallaba Lucrecia, aunque se ignora el conducto por donde se suministró la noticia: dieron parte al juez inmediatamente, y enviando este una tropa de soldados para que cercasen la habitacion, prendieron á Lucrecia y á san Eulogio. Reconvino el juez al santo Doctor sobre el rapto de aquella noble doncella; pero la concluyente satisfaccion que dió en defensa de su amparo á una señora atribulada y afligida, le mereció la corona del martirio. Quiso el árabe pervertir á Lucrecia, ponderándola las comodidades que podia disfrutar en lo mas florido

de sus años, rindiéndose á la voluntad de sus padres; mas conociendo el ningun efecto que producian todos los arbitrios de que se valió para separarla de la fe de Jesucristo, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho á vista de la constancia de la ilustre Vírgen, y del heróico desprecio que hacia de todas sus ofertas, mandó que la decapitasen inmediatamente, con la prevencion de que arrojasen su cuerpo al rio, para que los Cristianos no pudiesen tributarle la veneracion que acostumbraban á las reliquias de los Mártires. Fueron ejecutadas las órdenes del tirano con la mayor prontitud en el dia 15 de marzo del año 859; pero respetando las aguas al venerable cadáver, lo presentaron á la orilla: y recogiéndolo los fieles, le dieron sepultura en la iglesia de San Ginés, sita en el barrio llamado por entonces de los Tercios. Allí se mantuvo hasta el de 884, en el que fueron trasladadas sus reliquias con las de san Eulogio á la ciudad de Oviedo, donde se colocaron en la capilla de santa Leocadia: de la cual las transfirió en 9 de enero del año 1300 el ilustrísimo obispo de aquella ciudad D. Fernando Álvarez á la cámara santa de la misma santa iglesia, en la que se conservan en una arca de plata de grande estimacion, á excepcion de una reliquia suya que se venera en la de san Rafael de Córdoba. (*Véase lo que se dice acerca de dicha traslacion el dia 19 de enero, á continuacion del Martirologio*).

SAN MESITON, MÁRTIR.

En tal dia como hoy celebra la iglesia de Granada la fiesta de san Mesiton, mártir, como propio de aquel arzobispado. De la vida y martirio de este Santo no consta cosa alguna, y así todo el oficio de su festividad es del comun de un Mártir.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Puesto que la muerte no rompe del todo los lazos que unen entre sí á los verdaderos fieles, tampoco debe disminuir ni debilitar la caridad que debe reinar entre ellos. Siendo ciudadanos de una misma patria, miembros de un mismo cuerpo, hijos de una misma Iglesia; ¿qué auxilios, qué socorros es razon que recíprocamente se presten? y ¿qué no podrán esperar los fieles difuntos de los que quedaron vivos?

El ser escogidos de Dios, el ser ciudadanos de la corte celestial, el ser coherederos de Jesucristo, el ser predestinados á la gloria, los hace dignos de nuestra estimacion. Muchos de ellos son nuestros parientes: y la triste cárcel en que están aprisionados, el lamentable

estado á que se hallan reducidos, los terribles tormentos que padecen, todo esto merece bien nuestra compasion. En la mano tenemos con que aliviarlos, con que librarlos de aquellas penas, y con que granjearnos al mismo tiempo unos poderosos amigos para con Dios. ¡Qué crueldad será olvidarlos! ¡Qué insensibilidad mas contraria á nuestros propios intereses! ¡Qué insensibilidad mas irregular, mas asombrosa!

Habiendo recogido Judas Macabeo (dice la Escritura, *II Mach.* XII), *dos mil dracmas de una colecta que mandó hacer, las envió á Jerusalen para que se hiciese un sacrificio de expiacion por las almas de los difuntos, teniendo buenos y piadosos dictámenes acerca de la resurreccion. Porque si no tuviera esperanza* (añade el sagrado texto) *de que los que habian muerto habian de resucitar algun dia, tendria por cosa vana y superflua el hacer oracion por ellos; y así consideraba que estaba reservada una gran misericordia á los que habian muerto en piedad. Por lo cual* (concluye el Espíritu Santo) *es santo y saludable pensamiento rogar á Dios por los difuntos, para que los libre de las penas que padecen por sus pecados.* Eso es lo que quiere decir, *ut à peccatis solvantur;* porque en la sagrada Escritura se da frecuentemente el nombre de *pecado* á la pena que le corresponde.

Este lugar de la Escritura autoriza tan formalmente la doctrina de la Iglesia tocante á las oraciones que se hacen por los difuntos, que los herejes de estos últimos tiempos, no pudiendo eludir el sentido de un texto tan claro y tan concluyente, tomaron el partido de negarle la autoridad, no admitiendo entre los libros canónicos el Libro de los Macabeos, contra el comun sentir de los santos Padres griegos y latinos, y contra la autoridad de los Concilios. A tales extremos se ven reducidos los que una vez llegaron á perder la fe.

En todos tiempos, y en todos siglos acostumbró la Iglesia hacer oracion por aquellos hijos suyos que habian muerto en su comunion. Las oraciones que hacia en honor de los santos Mártires, y de los santos Confesores, eran de alabanzas y de accion de gracias al Señor en honra de aquellos que la habian edificado con su vida y con su muerte: las que ofrecia á Dios por los demás eran por modo de sufragio, sin excluir de este caritativo cuidado mas que á los excomulgados, como á separados de su gremio.

En la oracion fúnebre que san Gregorio Nacianceno pronunció por su hermano san Cesareo, dice que espera repetir todos los años aquellas honras, renovando en el altar la memoria del difunto, y ofreciendo por él el santo sacrificio. Después volviéndose al mismo

difunto, como si le tuviera presente, dirigiéndole la palabra, le dice: *Utinam coelos penetres, atque in Abrahae sinu quicumque tandem ille est conquiescas, et Angelorum choream, ac beatorum virorum gloriam et splendorem spectes.* ¡Oh, quiera Dios que penetres hasta la feliz mansion de los bienaventurados, y que tengas parte en aquella gloria de los Ángeles, que gozan dichosamente los Santos! ¡Qué eficazmente confunden estos piadosos deseos, estas ardientes palabras de un Santo tan grande los groseros errores, y los lastimosos descaminos de los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia en este artículo de nuestra fe!

Pero si el rogar á Dios por los difuntos es costumbre tan antigua en la Iglesia, que nació con ella; si esta oracion es tan provechosa á aquellos por quienes se hace, como á los mismos que la hacen; si no solamente es acto de religion, sino especie de justicia; si es una caridad tan racional, y en que tanto interesamos; ¿cómo se puede olvidar una obligacion tan justa? ¿Cómo es posible desentendernos de un acto de virtud de esta consecuencia?

¡Qué crueldad seria estar viendo á su padre en una hoguera, y estarle viendo sin compasion! ¡Qué inhumanidad reir y divertirse, mientras el hermano, mientras la hermana, mientras la madre están padeciendo horribles tormentos, de que con facilidad pudieras librarlos, ó á lo menos disminuírselos! ¡Qué barbaridad no querer solicitar á su favor un ligero alivio! Un ayuno, una limosna de esos mismos bienes que ellos te dejaron, y que estás disipando en tus diversiones, endulzarian aquellos tormentos, mitigarian aquellas llamas, romperian quizá aquellas prisiones, y pondrian en libertad aquellas almas, adquiriéndote á tí grandes amigos, y poderosos protectores en el cielo. Ciertamente la indiferencia, el olvido que se tiene de aquellas santas almas, no puede nacer sino, ó de una gran falta de fe, ó de una bárbara dureza.

Acuérdate que *con la medida con que midieres, con esa serás medido,* como dice el Salvador (*Luc.* VI); y que no solo permitirá Dios que tus hijos, que tus amigos, que tus herederos se olviden de tí después de tu muerte, sino que las misas, las oraciones, las limosnas que se ofrecieren por tí, acaso las aplicará su Majestad á otros que mientras vivieron tuvieron mas caridad que tú con las ánimas del purgatorio.

Porque ¿quién se podrá prometer que satisfará tan abundantemente á la justicia de Dios en este mundo, que nada le quede por satisfacer en el otro? No hay que lisonjearte, dice san Pedro Damia-

no, si después de haber pecado gravemente encuentras con un confesor demasiadamente blando, ó ignorante, que te impone una ligerísima penitencia, como si ya hubieras satisfecho enteramente por tus culpas; pues hasta las mas mínimas faltas es menester que queden perfectamente expiadas en aquel fuego que está destinado para purificar las almas: porque pidiendo el Señor no como quiera frutos, sino *frutos dignos de penitencia*, el que es deudor á su justicia, le ha de pagar hasta el último maravedí: *Nec tibi blandiaris, si graviter peccanti, levior poenitentia, vel à nesciente, vel à dissimulante indicetur; cum in purgatoriis ignibus perficiendum sit quidquid hic minus feceris, quia dignos poenitentiae fructus quaerit Altissimus.*

Por el extremo rigor del soberano Juez, que detiene en la cárcel al deudor mientras no pague hasta el último maravedí, entendemos, dice Tertuliano, la grande severidad de la justicia divina, que castiga rigurosamente en la otra vida todos los defectos que se escaparon en esta aun á la conciencia mas delicada y mas escrupulosa: *Novissimum quadrantem, modicum delictum illic luendum interpretamur, donec in nullo rea deprehendatur bona vita.* Esto obligaba á san Agustin á exclamar: Señor, purificadme en esta vida, de manera que no tenga necesidad de que el fuego me purifique en la otra: *Talem me reddas, cui jam emendatore igne non opus sit.*

Es medio muy eficaz para merecer algun dia la gracia y la misericordia de nuestro soberano Dueño el hacerla nosotros ahora con aquellas almas que están padeciendo tan graves penas, de las que tan fácilmente las podemos aliviar. ¿Tememos acaso que no agradezcan mas que medianamente nuestra caridad, ó que acaso nos olviden cuando las hayamos menester? Entremos en el espíritu de la santa madre Iglesia, que tantas veces ofrece por los difuntos el sacrificio de la misa, y todos los dias hace alguna oracion por ellos. Acompañemos con alguna mortificacion, con alguna limosna todas las que nosotros hiciéremos, y acordémonos que si Jesucristo recibe, como si se hiciera á su misma persona, todo lo que se hace por el mas mínimo de sus siervos; ¡con qué ojos mirará lo que se haga por aquellas almas santas, que son esposas suyas, y que, por decirlo así, han de componer eternamente su corte!

La Misa es la cotidiana por los difuntos, y la Oracion es la siguiente:

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem	Ó Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision

cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de tí. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XIV *del Apocalipsi.*

In diebus illis: Audivi vocem de coelo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES.

Beati mortui qui in Domino moriuntur: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¡Qué poco conocida es en el mundo esta verdad! ¡qué poco practicado este lenguaje! Dichoso el que vive con esplendor y con abundancia; dichoso el que logra el favor del príncipe; dichoso aquel á quien el nacimiento ilustre, las prosperidades largas y no interrumpidas, la multitud de amigos poderosos, la abundancia de bienes y de riquezas, una fortuna siempre risueña, una robusta y prolongada salud crian en el regalo y en las delicias, haciéndole objeto de envidia á muchos, y siendo el modelo de la felicidad humana. Esto es lo que piensa, y de esta manera habla el espíritu del mundo. Segun este sistema, mira con una especie de lástima á la virtud y la modestia de los buenos: su muerte la parece deslucida y sin honor, y su vida una locura verdadera. Pero de muy diferente manera juzga y habla el Espíritu Santo. Dichosos los muertos que mueren en el Señor: dichosos los que no se dejaron deslumbrar de las falsas brillanteces del mundo, ni se embriagaron de sus perniciosos placeres. Dichosos los que gustando las máximas de Jesucristo, y colocando toda su gloria en servirle, no pensaron mas que en agradarle. Dichosos los que contando por poco ó reputando por nada todo lo que lisonjea, todo lo que encanta en el mundo, solo se dedicaron á fabricarse una fortuna mas sólida, mas estable; solo se aplicaron á atesorar riquezas para el cielo, donde no hay polilla que consuma, ni gusano que roa, ni ladron que robe. Dichoso, en fin, el que termina una vida inocente y cristiana con una santa muerte. Pregunto: ¿Hay algun sofisma en este discurso? ¿Hay mas brillantez que solidez en estos pensamientos? ¿Es por ventura una felicidad imaginaria, ó á lo menos poco apetecible, poco sólida, la de

morir en el Señor con la muerte de los Santos? Conócese que toda otra fortuna, que toda otra felicidad es quimérica. Pero ¿qué se concluye de todas estas verdades? ¿Qué fruto se saca de estas reflexiones? Se alaba la prudencia de los Santos; se exalta la dicha de los Santos; se envidia la dicha de los Santos. Á esto se reduce todo; y los que leyeren esto, ¿se contentarán con discurrir especulativamente de esta manera?

El Evangelio es del capítulo VI *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis Judaeorum: Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judaei ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De los remordimientos del pecador á la hora de la muerte.

Punto primero. — Considera que aunque son crueles los espantos, y aunque sean agudísimos los dolores que se sienten á la hora de la muerte, ninguna cosa atormenta tanto al pecador como los vivísimos remordimientos que despedazan su conciencia en aquella hora.

Durante la vida está la fe medio apagada en la mayor parte de los cristianos, especialmente en los disolutos. Créese, esto es, no se incurre en errores de manera que se merezca el nombre de infiel; pero se cree tan débil, tan lánguidamente, que apenas se merece el nombre de cristiano.

En la muerte todas las falsas preocupaciones se disipan; todas las vehementes pasiones se amortiguan; avívase la fe, y hace que se vean las verdades mas terribles con tanta claridad que no es posible dudar de ellas. ¡Mas, ó Dios, qué remordimientos, qué espantos nacen de estas clarísimas luces!

Entonces se conoce, se palpa sensiblemente para qué fin nos crió Dios en este mundo. Dios solo, sí, solo Dios debia ser el objeto de mi amor y de mi culto. ¡Qué dolor haber servido á todos los demas amos, haber amado todos los demás objetos, haber seguido todas las demás guias!

No me faltaron impulsos, no me faltaron motivos para cumplir con mi obligacion: mi misma razon me estaba dictando con la mayor claridad lo que debia hacer: hallaba la paz en mi buena conciencia: encontraba la quietud y mi propio interés en el cumplimiento de mis obligaciones. ¡Qué consuelo seria ahora el mio si hubiera pasado la vida en servicio de tan buen amo! ¡Ah! ¡y cuántos eficaces movimientos! ¡cuántas vivísimas inspiraciones tuve para hacerlo! pero no me dió la gana de servirle. Miré muy á sangre fria á mi Dios espirando por mi amor en una afrentosa cruz: todos sus beneficios no fueron bastantes á vencer mi indiferencia: no me dió gana de amarle: *Et ecce morior,* y yo me muero.

¿Habia en el mundo cosa que pudiese entrar en competencia con un Dios? ¿Tenia yo por ventura dos amos a quien servir? Y dado caso que los tuviese, ¿á cuál de los dos debia dar la preferencia? Muy desdichado es aquel á quien no basta todo un Dios. Yo soy este desdichado, porque se me antojó serlo: *Et ecce morior,* y yo me muero.

Pero ¿en servicio de quién pasé los dias de mi vida? ¿Qué provecho saqué de haber servido al mundo? Pesadumbres infinitas, penas continuas, sudores inútiles, servidumbre cruel, yugo insoportable, vida gastada y perdida en amargura. Y de todo esto ¿qué recompensa? Remordimientos desesperados, muerte espantosa, eternidad infeliz. ¡Ah mi Dios! todo eso es verdad: ¡y hay pecadores en el mundo!

Punto segundo.—Considera qué dolor se sentirá cuando se conozca que todo lo que nos espantó, todo lo que nos digusto en servicio de Dios fue un fantasma: fueron los respetos humanos, cuya vanidad, cuya ridiculez se verán entonces clarísimamente: fue la aprehension del trabajo. Pero ¿ignoraba yo que Jesucristo asegura que su yugo es suave, y que es ligera su carga? Ahora conozco que he padecido mucho mas viviendo licenciosamente, que lo que jamás hubiera padecido viviendo cristiana y ajustadamente. Veo mi brutalidad, me seco de dolor; mas ya no es tiempo de enmendar mi yerro: *Ecce morior,* yo me muero.

Descuidé totalmente de mi salvacion. Los negocios temporales, las partidas de diversion, el juego, los espectáculos se sorbieron todo mi tiempo. Amontoné grandes riquezas; mas ¿para quién? Yo me divertí: yo pequé: *Et ecce morior,* yo me muero, y me muero sin haber hecho penitencia: me muero, y voy á ser condenado al fuego eterno; condenado á padecer por toda la eternidad todos los tormentos unidos. ¡Oh qué dolor! ¡oh qué desesperacion!

Movido de la leccion de aquel libro espiritual, atemorizado con aquel accidente funesto, convencido y desengañado con estas reflexiones tan verdaderas y tan concluyentes, estimulado aun mucho mas por la divina gracia, habia resuelto convertirme, y aun tenia ya formado el plan de mi conversion. ¿Quién me estorbó ejecutarle? Aquel amigo, aquellos compañeros disolutos, el mal ejemplo, el vano temor de que me tuviesen por devoto. ¡Y por amor de aquel amigo, de aquel disoluto, de aquel aturdido, yo me he condenado! ¿Quién podrá comprender el rigor de esta amargura, de esta desesperacion, de esta rabia?

Desdichadas honras, que tanto me deslumbrásteis; infelices adornos, que me costásteis tanto; amargos placeres, que tanto me hicísteis gemir; alegrías mundanas, seguidas de tantas lágrimas; ¿cuántas veces os condené yo? ¿Y por qué no procederia segun mis propios sentimientos?

¡Oh si hubiera yo seguido el ejemplo de aquel virtuoso conocido mio, que no aguardó á la muerte para convertirse! ¡Oh si á lo menos me hubiera convertido un año há, seis meses há, cuando tanto me espanté leyendo estas verdades terribles! Pude hacerlo; nada era entonces mas fácil para mí: no me dió la gana: *Et ecce morior,* y ahora me muero con este dolor.

¡Mi Dios! ¡qué arrepentimiento tan desesperado es un arrepentimiento inútil! ¡qué tormento tan terrible hallarse cargado de culpas, cuando se va á comparecer delante de Vos! Si á lo menos se tuviera el consuelo de poder atribuir su desgracia, sus desaciertos á alguna persona extraña, á alguna causa forastera; pero se ve, se palpa sensiblemente que cada uno es el único artífice de su perdicion; se ve, y eternamente se verá, que cada uno se perdió por haber preferido una miserable libertad y desahogo de pocos dias á una felicidad llena, eterna y que sacia el alma sin fastidio.

Dulce Jesús mio, que me dais gracia para hacer todas estas reflexiones, no permitais que algun dia me sirvan de materia á nuevos remordimientos. Bien sé que el modo de cegar el manantial de ellos

es convertirme al instante: asistidme, Señor, con vuestra divina gracia, para que lo ejecute sin diferirlo ni un solo momento.

JACULATORIAS. —Conservad, Señor, mi corazon en una santa inocencia por la inviolable observancia de vuestros divinos preceptos, para que nunca me falte la esperanza que tengo colocada en Vos. (*Psalm.* CXVIII).

Vos, Señor, sois toda mi fortaleza, todo mi consuelo, todo mi refugio, especialmente en el dia de la tribulacion. (*Jerem.* XVI).

PROPÓSITOS.

1 Es santo y saludable pensamiento, dice el Espíritu Santo, hacer oracion por los difuntos, para alcanzar de Dios que los libre de las penas del purgatorio, que padecen por sus pecados. Mira si puede haber devocion mas cristiana, ni mas racional. Tu padre, tu madre son los que se ven atormentados en aquellas penas, y quizá únicamente las padecen por el demasiado amor que te tuvieron; por el ansia de dejarte muchos bienes; por haber atendido á tus intereses con mas calor que el que fuera justo, y acaso á expensas de su propia conciencia. Es un pariente, es un amigo tuyo á quien por ventura indujiste tú con tus palabras, ó con tus malos ejemplos, á cometer las faltas, ó las culpas por las cuales está penando en el purgatorio. En tu mano tienes los medios para aliviarlos: misas, oraciones, limosnas, buenas obras, todo puede servir para satisfacer por ellos á la divina justicia: tus mismos actos de virtud, cien mortificaciones pequeñas pueden ser á un mismo tiempo meritorias para tí, y satisfactorias para ellas. ¡Qué crueldad será no compadecerte de sus penas, y negarte con dureza á solicitarlas el alivio! Encuéntrase nuestro propio interés en esta obra de caridad; porque ¿qué no podrá esperar de aquellas santas almas una persona que por haber mandado decir una misa, por haber dado una limosna á un pobre vergonzante, por haber visitado á los encarcelados ó á los enfermos con esta intencion, hubiere adelantado su libertad un solo dia, algunas pocas horas? ¿Olvidarán ellas jamás en la presencia de Dios á su caritativo bienhechor? No se te pase dia alguno sin haber hecho alguna cosa por aquellas santas almas. El sufragio mas poderoso de todos es el santo sacrificio de la misa. Reza hoy el oficio de difuntos, haz algunas obras de caridad, alguna limosna; y examina con diligencia si has cumplido los legados pios, ó si has hecho todas las restituciones que dejaron encargadas en su testamento aquellos á quienes has he-

redado. ¡Qué impiedad será alargar su prision y sus tormentos por una injusticia tan torpe!

2 Haz oracion por tus parientes; pero no te olvides de aquellas almas desamparadas, que acaso estarán sepultadas mucho tiempo há en un profundo olvido. Ofrece por ellas en particular algunas oraciones, algunas buenas obras; y repite algunas veces esta oracion de que usa la santa Iglesia: *Hostias et preces tibi, Domine, laudis offerimus: tu suscipe pro animabus illis, quarum hodie memoriam facimus: fac eas, Domine, de morte transire ad vitam, quam olim Abrahae promisisti, et semini ejus.* Aplica por las ánimas del purgatorio todas las oraciones y buenas obras que hoy hicieres; y si no pudieres rezar el oficio de difuntos, haz por ellas alguna otra cosa. El oficio parvo de Nuestra Señora, los salmos penitenciales, el rosario, un ayuno, una limosna extraordinaria, todo esto te puede servir á tí de mucho mérito, y á las benditas ánimas de gran sufragio.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Ciriaco, diácono, en Roma, al cual después de sufrir largo tiempo el rigor de la prision, bañado con pez derretida, y extendido en el potro, le descoyuntaron sus miembros, y le golpearon con palos; y por último en compañía de Largo y Esmaragdo, y de otros veinte, fue degollado por órden de Maximiano: la festividad de estos Santos se celebra el dia 8 de agosto, en cuyo dia por disposicion de san Marcelo, papa, fueron recogidos sus cuerpos, y sepultados con gran veneracion.

El tránsito de san Hilario, obispo, y de Taciano, diácono, en Aquileya, los cuales en tiempo del emperador Numeriano, y del presidente Beronio, después de haber sufrido el potro y otros tormentos, fueron martirizados juntamente con Felix, Largo y Dionisio.

San Papas, mártir, en Licaonia, el cual por confesar la fe de Cristo fue azotado y descarnado con uñas de hierro, y calzándole zapatos sembrados de puntas de hierro, con ellos le hacian caminar, y últimamente atado á un árbol dió el alma al Señor; y siendo el árbol estéril, dió fruto de allí adelante.

San Julian, mártir, en Anazarbo en Cilicia, el cual habiendo sido cruelmente atormentado en tiempo del presidente Marciano, lo metieron en un costal lleno de serpientes, y lo echaron en el mar. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Agapito, obispo y confesor, en Ravena.

San Heriberto, obispo, en Colonia, ilustre en santidad. *(Véanse las vidas de este dia).*

El tránsito de san Patricio, obispo, en Auvergne de Francia.

San Abrahan, ermitaño, en Siria, cuyos memorables hechos escribió san Efren, diácono. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN JULIÁN, MÁRTIR.

San Julian, uno de los ilustres Mártires de Jesucristo, nació en Anazarbo, ciudad de la segunda provincia de Cilicia, hijo de un senador gentil, y de una madre cristiana. Educado por esta en la religion católica, hacia en ella maravillosos progresos en tiempo que los emperadores gentiles suscitaron una de sus crueles persecuciones contra la Iglesia. Ofendidos los paganos de su profesion, y mucho mas de que Julian hiciese ostentacion públicamente de su fe, fue conducido á Egea, ciudad de la misma provincia, y presentado al gobernador idólatra, uno de los mas bárbaros perseguidores del cristianismo, que bajo la autoridad de juez ejercitaba contra los fieles las inhumanidades que solo podian cometer las fieras. Entró el Santo en el combate con firme resolucion de testificar su fe á costa de la sangre; y habiendo resistido con valor extraordinario las primeras tentativas, cometieron los infieles la temeridad de abrirle por fuerza la boca, é introducirle en ella del pan y vino de los ofrecidos en los sacrificios de los ídolos.

Propúsose el gobernador probar la constancia de Julian con diferentes géneros de suplicios; pero no pudiendo vencerle con la violencia de los muchos tormentos que le hizo padecer, creyó poder conseguirlo haciendo que estos males fuesen continuos, y de mucha duracion. Con esta intencion perversa le hacia venir con mucha frecuencia á su tribunal, y afligiéndole con varias torturas, le volvia á remitir á la prision. Otras veces suspendia la cuestion, y se valia de las lisonjas y dulzuras. No satisfecho con semejantes tentativas, en las que continuó por el discurso de un año entero, ordenó conducirle de pueblo en pueblo, y de ciudad en ciudad de toda la provincia, á fin de exponerle á la irrision y burla del populacho gentil; pero Julian, siempre invencible, dió en todas partes de la carrera un admirable ejemplo de su constancia: y por su medio esparció Dios en ella el buen olor del conocimiento de su santo nombre. No solamente fue un ilustre confesor de Jesucristo, sino tambien un apóstol y predicador en todos los lugares de su tránsito, convirtiendo así en gloria del Redentor, lo que sus enemigos discurrieron para hacerle infame á los ojos de los hombres. El solo espectáculo de su cuerpo, cubierto de heridas, era un testimonio innegable de que en él obraba la virtud divina, moviendo con un modo mas vivo y mas elocuente, que el órgano de la voz, á las criaturas al conocimiento de su Criador.

Después de esta dolorosa expedicion le volvieron á Egea, lugar de la residencia del juez, á quien irritó tanto la desesperacion del ningun fruto que produjo su atrocidad, que mandó á los verdugos destrozasen el cuerpo del santo Mártir con garfios de hierro hasta despojar sus huesos, y que apareciesen sus entrañas. Ejecutóse así; pero sostenido Julian con la gracia de aquel Señor por quien padecia, no se le oyó la mas mínima queja, ni suspiro, abriendo solo la boca para alabar á Dios, y confesar en alta voz su santo nombre. En fin, no pudiendo el juez resistir por mas tiempo la confusion y vergüenza de verse vencido, resolvió acabar la lucha con la muerte del Santo; pero con un modo bárbaro é inhumano, que fue introducirle en un saco de arena con víboras y escorpiones, y arrojarle al mar después de cosido.

Bien presto manifestó el Señor la gloria de su siervo, pues transportado su cuerpo á la ciudad de Antioquía por disposicion divina, hizo por su intercesion muchos milagros, que se repetian todavía en tiempo de san Juan Crisóstomo, quien se hizo historiador y panegirista de sus triunfos en una elegantísima homilía. El mismo Santo asegura, que no pudiendo sostener los demonios que atormentaban á los poseidos la presencia de sus reliquias cuando los llevaban á su túmulo, huian precipitadamente de los cuerpos que tiranizaban; y aun compara el lugar de sus reliquias con la nobleza de las existentes en Jerusalen.

SAN HERIBERTO, OBISPO Y CONFESOR.

Fue natural este Santo de Wormes en Alemania y de ilustre cuna; pero brilló mas en el mundo por sus virtudes y su ciencia que por la nobleza de su linaje. Habiéndose dedicado desde sus tiernos años al estudio de las sagradas Escrituras y en el de las graves controversias de su tiempo, adquirió gran celebridad como doctor de la Iglesia en Alemania, siendo consultado siempre como un oráculo. Mereció la confianza de los sumos Pontífices de su época, y no pocas veces fue nombrado árbitro de paz entre el Emperador y la Santa Sede. Elevado á la silla arzobispal de Colonia fue modelo de todas las virtudes, y pastor incansable en el arreglo de su rebaño y de las costumbres públicas del imperio, tan relajadas en aquel siglo. Después de una laboriosa vida consagrada al bien de la Religion y de la humanidad murió Heriberto en Colonia en tal dia como hoy.

SAN ABRAHAN, SOLITARIO, Y SU SOBRINA SANTA MARÍA, PENITENTE.

San Abrahan, no menos ilustre por su grande inocencia que por su eminente virtud, nació al mundo hácia el fin del IV siglo. La estrecha amistad que profesó con san Efren, que nos dejó escrita su vida, persuade verisímilmente que los dos santos vivieron en un mismo país; esto es, en las cercanías de Edesa, capital de Osrhoéne en la Mesopotamia.

Tuvo por padres á dos personas muy ricas que le amaban tiernísimamente, pero que solo pensaban en adelantarle en el mundo. No obstante, la tierna piedad de nuestro Santo, y los religiosísimos sentimientos de devocion que se le notaron desde su primera juventud, dan á entender que fue muy cristiana su educacion. Ignoraba aun el nombre del vicio, y toda su inclinacion era al retiro, á la oracion y á los ejercicios devotos. Aunque se alegraban mucho sus padres de verle tan buen cristiano, temian por lo mismo que se disgustase del mundo, y con este recelo se dieron priesa á casarle; viéndose precisado el santo mozo, no obstante su repugnancia al matrimonio, á desposarse con una doncellita algunos años antes que tuviese edad para contraerle.

Llegado el tiempo competente para poderle celebrar, por mas instancias que hizo á sus padres para que le librasen de aquellos lazos, fue preciso ceder á su autoridad. Casóse en fin, y se celebraron las bodas con el mayor aparato; pero aquella misma noche, luego que todos se retiraron, impelido de un ardentísimo deseo de que solo Dios fuese el único dueño de su corazon, y fortalecido con especial gracia del cielo, dejó á su esposa sin hablarla palabra; y saliéndose secretamente de casa, no pensando mas que en esconderse de la vista de sus padres, se fué á encerrar en una gruta, que distaba tres cuartos de legua del lugar, con resolucion de pasar allí, si le fuese posible, los dias de su vida quieto, sosegado y desconocido.

Esta repentina y nunca esperada fuga sorprendió y afligió sobremanera á sus padres y parientes. Despacháronse al punto propios á todas partes para adquirir alguna noticia de él; finalmente, al cabo de diez y siete dias le vinieron á encontrar en su cueva con no poca admiracion de unos y de otros. El padre, la madre, la esposa y todos los parientes, deshaciéndose en lágrimas, pusieron en práctica todos los medios que les sugirió la ternura para retirarle de aquella

soledad; razones, ruegos, caricias, amenazas, llantos, de todo se valieron para hacerle mudar de resolucion; pero el siervo de Dios, inmoble siempre á tan violentos asaltos, les habló con tanta eficacia, con tanta energía de la vanidad del mundo, de la desdichada suerte de los mundanos, y de la felicidad de la vida solitaria, que al cabo persuadió á su esposa á que consintiese en una perpetua separacion, y desarmó la ternura de sus padres, que vencidos de sus razones, y movidos de tan grande ejemplo, se rindieron á sus deseos. La única gracia que les pidió fue que no volviesen á interrumpirle mas con sus visitas; y ellos se lo prometieron, temerosos de que no se fuese á sepultar en algun otro desierto mas retirado. Apenas se apartaron de él, cuando se encerró en su celdilla, tapió la puerta, y solamente dejó una ventanilla por donde le alargaban la comida en ciertos dias determinados.

Un principio tan heróico prometia una santidad eminente, á la que llegó en muy poco tiempo. No tenia mas que veinte años cuando se retiró á la soledad, en la que perseveró hasta la muerte; esto es, hasta que cumplió los setenta. Fue asombrosa su penitencia; desde el primer dia se prohibió el uso del pan, y duró su ayuno mientras le duró la vida. No interrumpia la oracion por el trabajo, ni aun por el sueño, pues pasaba cási toda la noche orando ó cantando salmos.

Enterrado en su celdilla como en una sepultura, pasó cincuenta años en una extremada pobreza. Todo cuanto poseia en la tierra se reducia á una túnica de pelo de cabra, á un manto, una escudilla de madera, que le servia para beber y para comer, y á una esterilla de juncos para acostarse.

A los doce años de este género de vida murieron sus padres, y le dejaron heredero de una rica sucesion; pero él encargó á un amigo suyo que vendiese todos sus bienes y los repartiese entre los pobres.

Libre ya de este postrero lazo por este nuevo sacrificio, no se ocupaba mas que en solo su Dios; y acorde siempre su memoria y su entendimiento con su corazon, perdió aun la idea de este mundo transitorio. Cada dia le miraba como si fuera el de su muerte; y pasó todos los de su dilatada vida sin aflojar un punto en los rigores de la penitencia.

En medio de una vida tan penitente y tan austera, conservaba siempre un semblante apacible, un aire risueño, y un agrado tal que á todos enamoraba. En la conservacion de su vestido intervenia al parecer una especie de milagro, y parecia tambien que la gracia suplia la falta de alimento.

No podia estar mucho tiempo escondida una luz tan resplandeciente. Divulgada por todas partes la fama de su virtud, quiso el Señor valerse de ella para su gloria.

Á distancia de algunas leguas de la gruta de nuestro Santo habia una poblacion bastantemente numerosa, cuyos habitadores eran todos paganos; pero tan encaprichados en sus supersticiones, que todas cuantas diligencias habian hecho muchas personas celosas para sacarles de su error, solo habian servido para obstinarlos mas y mas. Reflexionando un dia el obispo de Edesa sobre el eminente grado de santidad á que habia llegado el solitario Abrahan, le parecio que si este santo hombre tomaba de su cuenta la conversion de aquel pueblo, el Señor echaria la bendicion á su celo. Todos aplaudieron el pensamiento del Obispo, y él se determinó á ordenarle de sacerdote antes de encomendarle aquella mision. Fuéle á buscar á su celdilla acompañado de los principales del clero, y le mandó que se dispusiese para recibir el Órden de presbítero.

Quedó atónito el siervo de Dios al oir semejante proposicion. No podia creer que quisiese el Señor elevar á una dignidad tan sublime al mas vil y al mas indigno de todos los mortales, segun él se reputaba; pero fueron inútiles todos cuantos esfuerzos hizo su humildad para resistirse, porque al fin le fue preciso obedecer. Recibió primero los demás Ordenes sagrados, y ordenado después de sacerdote, luego que se le encomendó la mision partió para aquel pueblo á trabajar en la viña del Señor.

Fue recibido con tanta incivilidad y con tanto desprecio, que esto solo bastaria para acobardar, y aun para hacer retirar a cualquiera otro que tuviese menos celo y menos deseo de padecer por Jesucristo. Acudió nuestro Santo á la oracion, y aumentó las penitencias. Teniendo noticia de que aun habia quedado alguna porcion de dinero de su patrimonio, que su amigo no habia distribuido, le escribio que se lo enviase, y compró con él un sitio, donde edificó una iglesia ricamente adornada. Venian muchos gentiles á verla, atraidos de la curiosidad; pero la aversion que tenian á los Cristianos les impelia á hacer cada dia nuevos insultos á su santo misionero. Acabada la iglesia, pasaba en ella los dias y las noches en continua oracion, pidiendo al Padre de las misericordias se compadeciese de aquel pueblo ciego que habia rescatado con su preciosa sangre, y el demonio se le habia usurpado después de tantos siglos.

Hasta entonces habia pasado muchas veces por medio de los ídolos de que estaba llena toda la villa sin hablar palabra, contentándose

con gemir y con lamentar en la presencia de Dios la ceguera de aquellos pobres idólatras; pero sintiéndose entonces inflamado de nuevo celo, movido del espíritu de Dios, y autorizado tambien con las leyes del grande Constantino para la abolicion del gentilismo, que ya se habia promulgado; sale de la iglesia, entra en el templo de los gentiles, arroja al suelo las estatuas de los ídolos, trastorna los altares, y pone debajo de los piés, pisándolos y atropellándolos, todos los trofeos de la supersticion pagana. Enfurecido el pueblo, se echa rabioso sobre él, y moliéndole á golpes y á palos, le arrojaron ignominiosamente de la villa; pero él tuvo forma de volverse inmediatamente á ella, y metiéndose á escondidas en su iglesia, pasó toda la noche en oracion por aquellos pobres ciegos. Quedaron pasmados cuando por la mañana del dia siguiente le hallaron en su oracion; y queriendo el Santo valerse de esta ocasion para hablarles, ellos, en lugar de darle oidos, le apalearon tan cruelmente, que viéndole en términos de espirar, le sacaron fuera del lugar arrastrándole por los piés con una cuerda; y cargándole allí de piedras, teniéndole por muerto, le dejaron cási sin vida; pero el Señor se la conservó, porque queria servirse de él para la salvacion de aquel pueblo. Luego que Abrahan volvió en sí, volvió tambien á entrarse de noche en la villa, y á meterse en su iglesia. No se puede ponderar la admiracion de los gentiles, cuando por la mañana le encontraron cantando salmos en pié, y con la mayor serenidad: mas enfurecidos que nunca le volvieron á arrastrar, y á echarle fuera con mas crueles ultrajes.

Tres años enteros duró esta alternativa de paciencia y de malos tratamientos, hasta que al fin se valió la divina gracia de la dulzura inalterable y de la perseverancia del Santo para vencer la obstinacion de los idólatras. Abrieron finalmente los ojos, y en cierta ocasion en que estaban todos juntos, comenzaron á manifestarse unos á otros la admiracion que les causaba la paciencia y la caridad del siervo de Dios. Convinieron todos en un mismo pensamiento; y resolviendo ir á buscarle para que los catequizase, se fueron de tropa á la iglesia.

Apenas les explicó el Santo los misterios de la fe, cuando deshaciéndose todos en lágrimas, le pidieron perdon de lo que le habian maltratado, y le suplicaron que les administrase el sacramento del Bautismo. Viéndoles suficientemente instruidos, les bautizó á todos, hasta el número de mil personas. Detúvose un año entero con ellos, cultivando con infinito cuidado aquella nueva viña del Señor; y pareciéndole que estaban todos bien arraigados en la fe, se persuadió que las vehementes ansias que sentia siempre por la soledad, eran inspi-

racion de Dios que le llamaba á ella; y después de haber encomendado al Señor aquel nuevo rebaño, haciendo tres veces la señal de la cruz sobre el lugar, se escapó secretamente de él una noche, y se fué á esconder en un desierto, donde no fue posible hallarle por mas diligencias que se hicieron. Noticioso el Obispo de lo que pasaba, fué en persona á consolar á aquel afligido pueblo; y habiendo escogido entre los nuevamente convertidos á los mas capaces, y á los que mas se distinguian, los ordenó de presbíteros, de diáconos y de lectores, y les encomendó el cuidado de aquella floreciente iglesia. Sabiéndolo san Abrahan, salió del desierto, y se volvió á encerrar en su antigua celdilla, donde perseveró hasta la muerte, sin dispensarse jamás en la mas mínima de sus rigurosas penitencias.

Envidioso y colérico el demonio á vista de tanta virtud y de tantas maravillas, no hubo artificio, no hubo tentacion, no hubo malicia, que no pusiese en ejecucion para vencerle, ó para atemorizarle. Unas veces le pretendia espantar con horrorosos fantasmas, otras procuraba engañarle con capciosas estratagemas, ó á lo menos fatigarle con la continuacion y variedad de molestos artificios; pero el siervo de Dios, lleno de desconfianza de sí mismo y de confianza en el Señor, triunfó de todo el infierno, y jamás se apartó un punto de su método ordinario. Pero aunque era tan grande el amor que profesaba á la soledad, sabia dejarla por algun tiempo siempre que lo pedia la caridad y el celo de la salvacion de las almas.

Tenia el Santo una sobrina llamada María, que habia quedado huérfana á los siete años de su edad. No habiendo querido encargarse de ella sus parientes, la llevaron á san Abrahan, que habiendo hecho repartir entre los pobres los grandes bienes que sus padres la habian dejado, dispuso que la pusiesen en una celda inmediata á la suya, y allí por una ventanilla la instruia, y la enseñaba los salmos y otras oraciones. Hizo tan grandes progresos, dice san Efren, bajo la disciplina de su tio, que fue perfecta imitadora de sus virtudes: pero el demonio, que no habia podido conseguir cosa alguna del santo tio, no halló la misma resistencia en la sobrina. Al cabo de veinte años se dejó miserablemente engañar de un mal monje que la habia visto por la ventanilla, con el motivo ó con el pretexto de venir á visitar á nuestro Santo. Este pecado la indujo á tal desesperacion, que en lugar de descubrirle á su santo director, y de borrarle con la confesion y con la penitencia, se huyó de la celda, y pasándose á una ciudad cercana, se precipitó en las mas torpes y mas escandalosas disoluciones.

Luego que el enemigo de la salvacion triunfó de su presa, vió san Abrahan en sueños que un espantoso dragon se estaba tragando á una inocente palomita cerca de su celda. Creyendo que esto significaba alguna grande persecucion que amenazaba á la Iglesia, pasó todo el dia siguiente en oracion y en gemidos. La noche inmediata se le volvió á representar en sueños el mismo dragon, que viniendo á reventar á sus piés, arrojaba del vientre la misma palomita, pero todavía con vida. No tardó mucho en comprender el verdadero sentido de la vision; porque reparando que habia dos dias que no oia cantar á María los salmos que acostumbraba, y habiéndola llamado inútilmente, conoció que ella era la paloma que el dragon se habia tragado. No se pueden explicar las lágrimas que derramó, las nuevas penitencias que hizo por espacio de dos años para alcanzar de Dios la conversion de aquella pobre oveja descarriada.

Al cabo de ellos, teniendo noticia del lugar y del lastimoso estado en que se hallaba, se disfrazó en traje de caballero, montó á caballo, y se fué á apear en casa de la cortesana. Mandó disponer una gran cena, y luego que se vió á solas con ella, se dió á conocer, y la habló con tanta dulzura, la mostró tanto amor, la aseguró con tanta eficacia de la misericordia de Dios, y la prometió con tanta caridad hacer penitencia y satisfacer á la divina Justicia por sus pecados, que cubierta de confusion, penetrada del mas vivo dolor, y movida de tan asombrosa caridad, se arrojó á sus piés, y solamente le respondió con sus sollozos y lágrimas.

Consolóla y alentóla el Santo caritativamente, habiéndola mandado dejar todo el dinero, alhajas y muebles que habia ganado con sus culpas; la hizo montar á caballo, y marchando san Abrahan á pié, la condujo á su primera celda, donde después de haberse reconciliado con Dios por medio de una dolorosa confesion, pasó lo restante de sus dias en llantos y en gemidos, viviendo otros quince años en el continuo ejercicio de rigurosísimas penitencias; y quiso el Señor manifestar la santidad de aquella ilustre arrepentida con muchos milagros que obró así en vida como después de su muerte.

Vivió san Abrahan diez años después de esta gloriosa conquista, al cabo de los cuales quiso Dios premiar sus heróicos trabajos después de haberle hecho célebre por una gran multitud de prodigios. Colmado de merecimientos entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Criador el dia 16 de marzo del año de 376, cerca de los setenta y cinco de su edad, habiendo pasado mas de cincuenta en el desierto.

La Misa es del comun de Confesor no pontífice, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Abrahae confessoris tui annua solemnitate laetificas: concede propitius; ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que cada año nos renuevas la alegría con el motivo de la fiesta del bienaventurado Abrahan tu confesor; danos gracia para que celebrando la nueva vida de que goza en la gloria, imitemos las acciones que ejecutó en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del apóstol san Pablo á los Filipenses, capítulo IV.

Fratres: Pax Dei, quae exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu. De cetero, fratres, quaecumque sunt vera, quaecumque pudica, quaecumque justa, quaecumque sancta, quaecumque amabilia, quaecumque bonae famae, si qua virtus, si qua laus disciplinae, haec cogitate. Quae et didicistis et accepistis, et audistis, et vidistis in me, haec agite: et Deus pacis erit vobiscum.

Hermanos: La paz de Dios, que rebosa sobre todos los sentidos, guarde vuestros corazones é inteligencias en Jesucristo. En adelante, hermanos, pensad solo en aquellas cosas que son verdaderas, púdicas, justas, santas, amables, de buena fama, en la que hay virtud y elogio de la disciplina que profesais. Haced las que habeis aprendido, recibido, oido y visto en mí: y así será con vosotros el Dios de la paz.

REFLEXIONES.

La paz de Dios es la paz que el mismo Dios nos concede: la paz de la buena conciencia, la cual solo está contenta cuando Dios lo está de ella, es la paz que gozan las almas puras en la tierra, y la herencia de los bienaventurados en el cielo. ¿Quién puede comprender las indecibles dulzuras de este don del Espíritu Santo? Es paz del corazon; y por eso solo el corazon puede hacer concepto cabal de su delicia. *Gustate et videte:* gustad, y ved.

Toda esta ciencia, digámoslo así, consiste en el gusto. La falsa paz del mundo solo se halla en la boca del impío: no llega ni puede llegar al corazon: *Pax, pax, et non erat pax.* Jerem. VI. ¿Ni cómo pudiera encontrarse esta divina paz en una alma donde todo es turbacion, todo desórden; donde reina el tumulto, donde triunfa la sedicion de las pasiones? Acumula en buen hora tesoros sobre tesoros: mas que seas el ídolo de los lisonjeros y de los cortesanos; mas que te dejes embriagar de los placeres y de tu próspera fortuna; ni por eso podrá lograr tu agitado corazon un solo momento de paz llena y pura. Siénteste si como amodorrado, como aturdido, como atolon-

drado por algunos breves instantes; y está la alma como embelesada entre el ruido de la confusion y de la bulla. Breves, vanos y fugaces embelesos, á vosotros se reduce toda la paz de que se precian tanto los disolutos y los impíos. ¿Cuándo lograrán estos infelices algun intervalo de sosiego y buen sentido para conocer su desgracia, y para descubrir sus descaminos?

¡Qué tranquilidad mas deliciosa, qué placer mas lleno, mas exquisito, qué mas dulce calma, mi Dios, que la que gusta en tu servicio una conciencia pura, una alma santa! ¡Qué insípida, que desabrida parece cualquiera otra dulzura á quien ha gustado una vez esta dulzura interior! ¡Qué eficazmente pierde el gusto de cualquier otro placer! ¡Qué oportuna, qué eficaz es para conservar el corazon en la inocencia! Ella le defiende fácilmente de toda sorpresa; solamente los corazones bisoños, los poco experimentados, se dejan deslumbrar, se dejan engañar de las falsas promesas del mundo. Quien ha gustado una vez las delicias de esta paz, *quae exuperat omnem sensum*, superior á cuanto se puede decir, ni aun pensar, poco se tienta de todas estas vanas apariencias, de todos estos fugaces trampantojos.

¡Qué hermoso y qué cabal retrato hace san Pablo de una alma verdaderamente cristiana! Seria muy conveniente que le tuviésemos siempre á la vista para copiarle. No hay que buscar la verdad fuera de la religion cristiana: hablando con propiedad, solamente se halla dentro de ella; fuera de su gremio todo es error, todo ilusion. *Quaecumque sunt vera, quaecumque pudica, quaecumque justa, quaecumque sancta... haec cogitate.* La pureza de costumbres, la santidad, la justicia son el carácter de la religion verdadera: donde no hay esta, todo es simulacion, todo disolucion disfrazada, todo mala fe, todo hipocresía. Podráse representar con habilidad el papel de cristiano; será una comedia estudiada para divertir al público; pero si el corazon lo desmiente, solo durará esa falsa devocion mientras dure la comedia. No hay cosa mas despreciable, ni cosa mas impía, que la ficcion y el remedo en punto de religion.

El Evangelio es del capítulo v *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis Judaeorum: Sicut Pater suscitat mortuos, et vivificat: sic et Filius, quos vult, vivificat. Neque enim Pater judicat quemquam: sed omne judicium dedit Filio, ut omnes honorificent Filium, sicut honorificant Patrem: Qui

En tiempo que Jesucristo reprendia la incredulidad de los judíos, les dijo: Así como el Padre resucita á los muertos, y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. El Padre, pues, á ninguno juzga, sino que dió todo el poder de juzgar al Hijo, á

non honorificat Filium, non honorificat Patrem, qui misit illum.

fin de que todos le honren, como honran al Padre: el que no da honor al Hijo, no le da al Padre que le envió (al mundo).

MEDITACION.

De lo que sentirán los justos y los pecadores en el dia del juicio.

Punto primero. — Considera cuál será la diferencia de afectos entre los justos y los pecadores en el dia terrible del juicio final: qué ideas, qué pasiones, qué pensamientos tan distintos.

Cuando resuene la espantosa voz de la trompeta, que convocará á los muertos para que comparezcan ante el tribunal de Dios, unos se darán prisa á levantarse de los sepulcros para salir al encuentro á su libertador; otros gritarán á los montes, que desgajados los sepulten para librarlos de la terrible vista de su juez. ¡Buen Dios! ¡qué dulces movimientos de amor, de gozo, y de consuelo en los primeros! ¡Qué confusion, qué odio, qué desesperacion en los segundos! ¿Cuál de estas dos clases me tocará á mí en aquel terrible dia?

¡Qué honra, qué alegría la de los buenos al verse separados de la muchedumbre, y colocados á la diestra de su amante Redentor! ¡Qué complacencia tendrán entonces de haberle amado, de haberle servido, de haber obedecido sus preceptos, y seguido sus consejos! Pero ¡qué vergüenza, qué rabia, qué furor será el de los que se hallen entre el monton de los réprobos á la mano siniestra del juez! ¡Qué dolor, qué arrepentimiento de haberle menospreciado, de haberle maltratado tanto en vida! ¡Qué íntimo, qué profundo sentimiento de haberle tan gravemente ofendido!

¿En qué paraje, en qué lugar de aquel congreso universal de los Ángeles y de los hombres se dejarán ver tan aturdidos los grandes del mundo que fueron poco cristianos; aquellos disolutos que hacian chacota de las verdades mas terribles de la Religion; aquellas mujeres mundanas criadas en la delicadeza y en el regalo; aquellos falsos dichosos del mundo, que se verán confundidos con las heces de todo el género humano, destinados con el resto de los facinerosos á arder en las eternas llamas? ¿Qué pensarán entonces? ¿Y qué pensaré yo mismo? ¿Estarán á la diestra de Jesucristo todos los que hubieren hecho esta meditacion? ¿Se podrán gloriar de haber abrazado con tiempo el buen partido, de haber sido tan cuerdos, tan prudentes, que no cayeron en el lazo? ¿Cuántos habrá quizá, que desesperados rabiarán por no haber sacado fruto de estas reflexiones, y

no haberse aprovechado de la gracia? ¿Y no seré yo acaso de este número?

¡Qué, dulcísimo Jesús mio, nunca os he de ver yo sino para temeros y para aborreceros! ¡Nunca os he de ver glorioso sino para sentir y llorar la infelicidad de mi eterna suerte! ¡Ó única esperanza mia! en el dia de la tribulacion no os mire jamas como á objeto de terror.

Punto segundo. —Considera el efecto que producirá en el corazon de los justos y de los réprobos la sentencia definitiva de su eterna suerte.

Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está aparejado desde la creacion del mundo. ¡Qué sentencia tan colmada de consuelos! *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el demonio y para sus ángeles.* ¡Qué terrible, qué formidable sentencia! ¿Comprendes bien todo el rigor de este espantoso decreto? Si el fuego eterno estaba preparado para el demonio y para sus ángeles, luego no estaba dispuesto para mí: luego yo me le merecí por pura malicia mia: luego mi condenacion es obra de mis manos. ¡Que arrepentimiento mas cruel!

¿Con qué ojos mirarán los bienaventurados á los réprobos, que en otro tiempo se veian tan estimados, tan opulentos, tan orgullosos con su suerte, tan embriagados con su soñada fortuna? Veslos ahí, que ya son el oprobio de todo el universo, y tristes víctimas del furor de un Dios airado.

¿Con qué ojos mirarán los desdichados réprobos á los escogidos, en otro tiempo tan pobres, tan viles, tan menospreciados, pasando los dias en la amargura, en el llanto, en la oscuridad, y hechos ya felices moradores de la corte celestial, príncipes del reino de los cielos, herederos del mismo Dios, y de su eterna felicidad? ¡Buen Dios! ¡qué mudanza de teatro!

Venid, benditos de mi Padre; vosotros os salvásteis. (*Matth.* xxv). *Id, malditos, al fuego eterno;* vosotros os condenásteis. El que habla es todo un Dios: á quienes pronuncia estas sentencias son los hombres: ¿cuál de las dos hablará conmigo? Consultemos nuestras costumbres; preguntémoselo á nuestra conducta.

¡Ah! y con cuánta razon, pero que tarde exclamarán los réprobos al ver que se elevan los predestinados hácia el cielo: *Nos insensati.* ¡Insensatos de nosotros, necios de nosotros! que tuvimos su vida por locura, y su muerte por afrentosa: pero veislos ahora como son en-

cumbrados á la dignidad de hijos de Dios, y como su herencia es entre los santos. *Ergo erravimus à via veritatis.* Luego nosotros fuimos los necios y los locos, los que anduvimos errados, y apartados del camino de la verdad, porque no quisimos enderezar por él. Pero ¿será entonces tiempo de conocerlo? ¡Qué cosa tan horrible es no conocer, no confesar el descamino hasta verse ya en el precipicio! Con tiempo se les habia prevenido; pero no lo quisieron creer hasta que se vieron ya despeñados. ¡Qué sentimiento! ¡qué rabia! ¡qué furor!

Pero, dulce Jesús mio, Vos no me redimísteis para perderme; pues no permitais que me suceda tal desdicha. Todavía puedo con el socorro de vuestra gracia prevenir este triste acontecimiento, y sus funestas consecuencias. Resuelto estoy, Señor, á hacerlo desde esta misma hora. ¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia, mi Dios, seria la mia, si estas reflexiones solo sirviesen para hacerme mas culpado!

Jaculatorias. — Verá el pecador la gloria del justo, y centellearà de dolor; bramará de rabia, y se secará de desesperacion. (*Psalmus* CXI).

Vosotros los que teneis á Dios tan olvidado, comprended bien lo que os espera en el tremendo dia de su juicio. (*Psalm.* XLIX).

PROPÓSITOS.

Si nos juzgáramos á nosotros mismos, dice el Apóstol (*I Cor.* I), *no seriamos despues juzgados; pero al mismo tiempo que de esta manera nos juzgamos, nos castiga Dios aquí para no condenarnos despues de este mundo.* No puede ser mas amorosa ni mas fácil la condicion; dásenos á escoger, ó juzgarnos nosotros á nosotros mismos sin piedad, dignándose Dios de deferir á nuestro juicio, ó ser juzgados después por el supremo Juez con todo el rigor de la ley, y sin misericordia. Es indispensable comparecer ante uno de los dos tribunales: mira tú en cuál de los dos quieres que sea juzgada y sentenciada tu causa. Pero, ¡quién lo creyera! La mayor parte de los hombres se recusan á sí mismos. ¿Será virtud, será modestia, ó será exceso de confianza en la divina misericordia preferir el juicio de Dios al juicio propio? Nada menos, ninguna cosa se teme tanto como tenerle por juez. Es porque no se quiere tomar el trabajo de juzgarse á sí mismo en vida; es porque se desprecian las devociones mas fáciles, los actos de religion mas ordinarios; es porque se mira el exámen de conciencia como cosa de novicios. No lo hagas tú así: mira y aprecia todos es-

tos medios como muy oportunos y seguros para llegar á ser perfecto. Hay muchos exámenes de conciencia, ó muchos modos de examinarla, todos utilísimos: ninguno de ellos desprecies. Considéralos como otros tantos tribunales en que Dios te constituye para que á un tiempo seas parte y juez en tu propia causa: mira la obligacion que tienes á sentarte en ellos de buena fe, y á no dejarte llevar de una nimia indulgencia. El exámen para la confesion debe ser exacto, severo, preciso: la memoria de cada pecado ha de ir acompañada de nuevo dolor y de nuevo arrepentimiento. No te contentes con aquellos exámenes secos y descarnados, que hablando en propiedad, no son exámenes, sino cálculos ó cuentas. Haz que en tu exámen tenga tanta parte el corazon contrito como la memoria: tráense á esta los pecados, sin excitar á aquel al dolor de ellos: defecto muy comun en muchos, que debes evitar tú cuidadosamente.

A proporcion del tiempo que pasa de una confesion á otra debe ser el que se gasta en el exámen. Hácense exámenes muy breves para confesiones que debieran ser muy largas; y tambien se suelen hacer exámenes muy prolijos, pero muy inútiles, ya por falta de sinceridad, ya por sobra de confusion, ya por flojedad y negligencia. ¿Quieres evitar estos defectos? Pues examínate como si te juzgaras. Pero júzgate con todo rigor, si no quieres que tu conciencia apele á otro tribunal donde seas juzgado sin misericordia. Guárdate mucho de dejar á la penetracion y al celo del confesor el conocimiento y la indagacion de los hechos, y de las circunstancias. Antes bien hay casos en que es muy conveniente prevenir el juicio del confesor, como en restituciones, enemistades, pecados de costumbre y ocasiones próximas. En estas materias, antes de ponerte á los piés del confesor, debieras cumplir con tu obligacion; de manera que cuando te llegases á confesar pudieses decir: Padre, ya he dado principio á restituir lo mal ganado: ya he buscado, ya he hablado á la persona que me tenia tan ofendido: tantos dias há que me he abstenido de este pecado á que me arrastraba la costumbre: ya se rompió aquella mala amistad, y estoy apartado del peligro: ya se quitó la ocasion, ó á lo menos ya no es próxima. Cuando una persona se confiesa con tan santas disposiciones, su exámen es un verdadero juicio: el confesor le absuelve sin detenerse, y Dios confirma siempre la sentencia. Es bueno hacer el exámen la víspera de confesion, y no esperar á estar á los piés del confesor para instruir el proceso.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Patricio, obispo y confesor, en Hibernia *(Irlanda)*, el primero que predicó la fe católica en aquel país, donde resplandeció en grandes milagros y virtudes. *(Véase su vida en este dia).*

San José de Arimatea, en Jerusalen, noble decurion, discípulo del Señor, el cual habiendo bajado de la cruz el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, lo sepultó en su nuevo sepulcro. «(Era miembro del Sanhedrin, ó concejo judáico, «pero discípulo fiel de Jesucristo. No fue pequeña prueba de su grande piedad, «cuando teniendo riquezas y honores que perder, no temió la malicia de los «hombres, pues al mismo tiempo que los Apóstoles temblaban, se declaró ani«mosamente discípulo de Cristo, que habia sido ya crucificado; y con una de«vocion ejemplarísima embalsamó y sepultó su sagrado cuerpo).»

Los santos mártires Teodoro y Alejandro, en Roma.

La conmemoracion de un gran número de santos Mártires, en Alejandría, los cuales siendo presos por los adoradores de Serapis, y no queriendo de ninguna manera adorar aquel ídolo, fueron cruelmente atormentados en tiempo del emperador Teodosio, quien después que lo supo, en un edicto mandó destruir el templo de Serapis.

San Pablo, mártir, en Constantinopla, el cual fue quemado en tiempo de Constantino Copronimo por defender el culto de las santas imágenes.

El triunfo de san Agrícola, obispo, en Chalon de Borgoña.

Santa Gertrudis, vírgen, en Nivela en Brabante, la cual siendo hija de muy nobles padres, despreciando al mundo, y ejercitándose toda su vida en los oficios de todas las virtudes, mereció tener á Jesucristo por esposo en el cielo.

SAN PATRICIO, CONFESOR, OBISPO Y APÓSTOL DE IRLANDA.

San Patricio, apóstol de Irlanda, nació en Escocia en el territorio de la ciudad de Aclud, hoy Dumbriton, hácia el año 377 del nacimiento de Cristo. Llamábase su padre Calfurnio, y su madre Conquesa, parienta de san Martin, arzobispo de Tours, los cuales le criaron con tanta piedad, y le imbuyeron tan desde luego en los principios de la Religion, así con su doctrina, como con sus ejemplos, que el niño Patricio en nada hallaba gusto sino en la oracion. Asegura el monje Jocelin en la vida que escribió del Santo, que Dios le comunicó el don de milagros desde la misma cuna. Con todo eso la divina Providencia, que queria irle disponiendo muy de antemano para el apostolado, permitió que fuese esclavo en aquel mismo país de donde con el tiempo habia de ser apóstol.

A los diez y seis años de su edad le cogieron unos salteadores de caminos, irlandeses, juntamente con una hermana suya llamada Lu-

pita, y le llevaron cautivo á Irlanda. Vendiéronle á un ciudadano, y en los cinco ó seis años que duró su cautiverio aprendió la lengua y las costumbres del país.

Encargóle el patron á quien servia la guarda del inmundo ganado de cerda, y en medio de los montes hacia vida de un perfecto solitario. Adoraba á Dios postrado en tierra cien veces de dia, y otras tantas de noche, sirviéndole de lecho la dura tierra, y de sustento unas insípidas raíces.

Habia cerca de seis años que Patricio santificaba su esclavitud con estos piadosos ejercicios de penitencia, cuando se le apareció un Ángel en figura de un gallardo mancebo, y mandándole cavar en un lugar que le señaló, encontró una cantidad de dinero con que compró su libertad. Vuelto á Escocia, pasó otros cuatro años en casa de su padre. Por las muchas visiones que tuvo en este tiempo conoció que le llamaba Dios á trabajar en la conversion de los pueblos de Irlanda, y desde luego hizo ánimo de dedicarse á ella. Habiéndose embarcado con sus padres para ir á la Bretaña, fue cogido por unos piratas que le vendieron á los pictos, paisanos suyos, los cuales le pusieron presto en libertad. En fin, tercera vez fue hecho esclavo y conducido á Burdeos, donde le compró un amo tan benigno, que compadecido de su desgracia, y prendado de su apacibilidad y de su paciencia, le envió libre á su país, donde no se detuvo mucho tiempo.

Resuelto á consagrarse todo á Dios, pasó á Francia, y se retiró al monasterio de Marmontier, que habia fundado san Martin. Allí recibió la tonsura eclesiástica y monacal, hizo la profesion, y en tres años que vivió en el monasterio fue modelo de la perfeccion religiosa.

Creciendo su celo al paso que crecia su piedad, volvió á la Gran Bretaña, suspirando siempre por la conversion de los irlandeses. Habiendo ocurrido varios embarazos, que le estorbaron el viaje de Irlanda, volvió á Francia, pasó á Italia, y ocupó siete años en visitar los santuarios y monasterios de las islas comarcanas. Tres años le detuvo en su compañía san Senior, obispo de Pisa; y cautivado así de su ardiente celo por la conversion de los gentiles, como de su eminente santidad, le ordenó de sacerdote. El nuevo carácter le inspiro nuevo deseo de ir cuanto antes á trabajar en la conversion de los irlandeses; volvió á pasar el mar sin otra legítima mision que la de su celo, y así no la bendijo el Señor. No quisieron oirle aquellos pueblos, y se vió precisado á volver á Francia tercera vez. Paró en Auxerre en casa de su obispo san Amador, bajo cuya disciplina se conser-

vó hasta su muerte, que sucedió tres años después; y continuó otros tres años bajo la del célebre san German, su sucesor, y en la escuela de este gran Prelado aprendió nuestro Santo las lecciones que después practicó de insigne pastor, y de grande apóstol.

No dudando san German que Dios habia escogido á Patricio por apóstol de Irlanda, le aconsejó que se fuese á echar á los piés del papa Celestino I para recibir de su mano el destino de aquella mision. Recibióle el Pontífice con mucha benignidad, alabó su celo, aprobó su ánimo; pero como acababa de enviar á san Paladio á aquel país, le pareció conveniente suspender la ejecucion, y así le mandó que esperase. Mientras tanto se volvió Patricio á Auxerre á gozar de la compañía de san German, que teniendo noticia de la muerte de Paladio, le volvió á enviar á Roma con cartas de recomendacion. Fue recibido del Papa con mayores muestras de estimacion que la primera vez; y habiéndole consagrado él mismo por obispo de Irlanda, le despachó á aquella isla colmado de bendiciones y con poderes de legado apostólico.

Volvió por Auxerre el nuevo apóstol, y recibiendo allí las saludables instrucciones que le dió san German para desempeñar felizmente su mision, pasó á Irlanda el año 432. Las milagrosas conversiones que hizo desde luego en el país de Cambria y Cornuaille, le determinaron á entrarse en la provincia de Lagenia, donde san Paladio no habia hecho fruto alguno. Apenas prédicó en ella la fe, cuando tuvo el consuelo de ver convertidas en menos de un año mas de las dos terceras partes de la provincia; y habiendo dejado en ella algunos misioneros compañeros suyos para cultivar aquella nueva viña, pasó el nuevo Apóstol á la provincia de Ultonia, donde fue la miés tan abundante y tan feliz, que fundó el monasterio de Saball, cerca de la ciudad de Duna, nombrando por primer abad á su discípulo Dunio. Este monasterio, tan célebre desde entonces por tanto número de santos monjes, fue presto famoso seminario de hombres apostólicos.

Aumentándose la miés, fue preciso que se aumentasen los obreros. Jamás ha habido nacion que mostrase mayor ardor para abrazar la fe de Jesucristo. Apenas se dejaba Patricio ver en alguna ciudad ó en algun pueblo, cuando los mismos gentiles se daban priesa á echar por tierra los templos que ellos mismos habian levantado, compitiéndose á porfía en hacer pedazos los ídolos.

Leogar, el príncipe mas poderoso del país, y el mas encaprichado en las supersticiones paganas, empleó todas sus fuerzas, y se valió de todos los artificios de los magos para detener los rápidos progre-

sos de la fe, y para poner límites á las victorias que nuestro Santo conseguia cada dia del paganismo; pero todos sus artificios no sirvieron mas que para hacer mas floreciente la religion cristiana, y mas célebre el nombre de san Patricio. Un numeroso ejército de gentiles, que venia á echarse sobre los Cristianos congregados por el Santo en una espaciosa llanura, fue enteramente disipado por los truenos y por los rayos que cayeron sobre él, estando el cielo muy sereno. Deshizo todos los embustes y prestigios de los hechiceros; el principal de ellos, llamado Locho, que con artificios semejantes á los de Simon Mago se levantaba por los aires á presencia del Rey, bajó precipitado, y cayó redondo muerto á los piés de san Patricio. Convirtióse á la fe Conallo, hijo de Leogar, siendo el hijo mas prudente que el padre, y con el tiempo fue un héroe del cristianismo: imitaron su ejemplo dos hermanas suyas; y lo que acaso no le tendria antes, los magos ó hechiceros, que eran en gran número, y muy poderosos en la corte, abrieron los ojos á la luz de la fe, fueron bautizados, y con el tiempo se acreditaron de fervorosos cristianos.

Hecha ya cristiana toda la Ultonia, pasó Patricio á las provincias de Media, de Connacia y de Momonia; corrió con increibles fatigas toda la Irlanda, y no dejó rincon de aquella tan vasta como bien poblada isla, que no alumbrase con las luces de la fe, y donde no levantase muchas iglesias.

No podia hacerse sin grandes milagros la conversion de tantos pueblos duros, poco tratables y groseros. Con efecto, los hizo nuestro Santo. Obedecian á su voz los vientos y las tempestades; desvanecíanse las dolencias en haciendo sobre los enfermos la señal de la cruz, y sus discípulos gozaban el mismo don: para Patricio no habia cosa secreta; y hasta la misma muerte soltaba la presa á la voz de su oracion.

Pero creciendo cada dia inmensamente el número de los fieles, era menester proveer de nuevos pastores al nuevo rebaño; lo que obligó al Santo á hacer otro viaje á Roma el año 444. Recibióle el gran pontífice san Leon como lo merecia un apóstol. Y habiendo arreglado con el Papa todo lo concerniente á la recien nacida iglesia, dió la vuelta á su querido rebaño; y como si la Irlanda sola fuese poco teatro para el ardor inmenso de su celo, se detuvo en la costa occidental de la Gran Bretaña, donde predicó la fe con el mismo feliz suceso, y fundó tambien algunos monasterios.

Vuelto á Irlanda con la recluta de nuevos operarios, los distribuyó en las provincias de Lagenia, de Media, de Connacia, de Mo-

monia, y ordenó gran número de obispos para las nuevas diócesis de Laghlin, de Fernes, de Douna, de Kilmor, de Galloway, de Limerick, de Media, de Cashel, de Thoam, de Wateford; y restituyéndose á Ultonia, levantó la célebre iglesia de Armargh, erigiéndola en silla metropolitana y primada de toda Irlanda. Pasó después á las islas adyacentes, y todas las conquistó para Jesucristo. Hizo cuarto viaje á Roma para obtener de la Silla apostólica la confirmacion y repartimiento de los obispos que habia erigido, los títulos y privilegios de las iglesias como los habia arreglado, y á su vuelta de este viaje celebró en Armargh el primer concilio.

Apenas fuera creible que nuestro Santo pudiese obrar tantas maravillas, ó no rendirse al peso de tantos trabajos, si no se supiera que para los hombres apostólicos están reservadas gracias muy particulares y auxilios muy extraordinarios. Pero lo que se hace mas inverísimil, siendo con todo eso muy verdadero, es que tantas y tan portentosas fatigas no bastaron á saciar el ardiente deseo que tenia de padecer por Jesucristo, ni pudieron satisfacer la amorosa ansia que tenia por la penitencia.

Traia siempre un áspero cilicio, ayunaba rigurosamente todo el año, hacia á pié todos los viajes; y aunque oprimido de la solicitud pastoral y del gobierno de todas las iglesias de Irlanda, todos los dias rezaba el Salterio entero con mas de doscientas oraciones, y se postraba trescientas veces cada dia para adorar á Dios, haciendo cien veces la señal de la cruz en cada hora canónica. Tenia distribuida la noche en tres tiempos diferentes; el primero le empleaba en rezar cien salmos, y en hacer doscientas genuflexiones. El segundo le ocupaba en rezar cincuenta salmos metido en un estanque de agua helada hasta la garganta; y lo restante estaba destinado para tomar un poco de reposo sobre una dura piedra. Estos fueron los principales medios de que se valió san Patricio para ganar á Jesucristo tantos pueblos, y para convertir los pecadores y los idólatras.

Pero no solo convirtió á la fe á aquellos pueblos, sino que tambien los cultivó, los pulió, los civilizó. Halló Patricio en aquella isla unos pueblos tan bozales, tan groseros, que apenas sabian hablar, y ninguno de ellos sabia escribir; el Santo los enseñó, los industrió, y en poco tiempo los hizo capaces de aprender no solamente las mas bellas artes sino tambien las mas elevadas ciencias.

En fin, colmado de merecimientos, respetado aun de los mismos gentiles, y lleno de alegría, viendo el florecciente estado en que dejaba en Irlanda el reino de Jesucristo, á los ochenta y cuatro años

de su edad (aunque algunos historiadores le dan ciento y treinta) pasó á recibir en el cielo la corona de sus trabajos el año 460 ó 461. Murió en su monasterio de Saball, habiendo edificado trescientas y sesenta y cinco iglesias; consagrado otros tantos obispos en los veinte y cinco ó treinta años que él lo fue, y ordenado cási tres mil presbíteros. Fue sepultado en la iglesia de la ciudad de Douna, donde fue honrado de los pueblos que concurrian en tropas á venerar su sepulcro, haciéndole muy célebre el Señor con innumerables milagros: hasta que en tiempo de Enrique VIII, rey de Inglaterra, fue destruida la iglesia de Douna por Leonardo Crey, marqués de Dorset, y virey de Irlanda, el cual pagó el delito de su sacrilegio sobre un cadalso, en que le cortaron la cabeza el año 1541.

En la provincia de Ultonia se ve hasta el dia de hoy una pequeña isla hácia la mitad de un lago que forma el Liffer, donde se coloca el célebre purgatorio de san Patricio. (*Boll. 17 Mart. pág. 589*). Es una cueva donde se dice que el Santo pasó toda una Cuaresma en el ejercicio de las mayores penitencias, y donde padeció inimaginables tormentos por parte de los demonios, que hicieron todos los posibles esfuerzos para espantarle, y para retraerle de su celosa resolucion y propósito de trabajar en la conversion de aquellos isleños. Hízose muy célebre esta cueva, así por haber estado en ella san Patricio, como por lo que en ella habia padecido: y muchos santos varones, movidos de devocion, se retiraban á ella algunos dias para dedicarse á ejercicios de oracion y penitencia; lo que precisó á edificar al rededor de ella algunas celdas, que se llamaban las celdas de los santos. Créese que para dar alguna idea de las penas y de los premios de la otra vida á aquella gente extremadamente grosera, que no acertaba á concebir lo que no la entraba por los sentidos, alcanzó de Dios nuestro Santo que en aquella cueva experimentasen algunos sensiblemente lo que no podian comprender; y como todos los penosos ejercicios de penitencia que allí se hacian, se dirigian á purificar las almas de sus culpas, se dió á la cueva el nombre de *Purgatorio de san Patricio*. Hubo antiguamente en aquella isleta un célebre monasterio de Canónigos reglares de san Agustin, cuyo prior tenia la llave de la cueva, hasta que el año de 1494, el papa Alejandro VI, teniendo noticia de los muchos abusos que se habian mezclado en las mortificaciones arbitrarias, ordenó por breve expreso que se cerrase y se cegase la cueva, y que se destruyese todo aquel sitio, sin que jamás se volviese á admitir á ninguna persona á aquel género de pruebas.

La Misa es en honra de san Patricio, y la Oracion es la que sigue:

Deus, qui ad praedicandum gentibus gloriam tuam, beatum Patricium, confessorem tuum atque pontificem mittere dignatus es: ejus meritis et intercessione concede; ut quae nobis agenda praecipis, te miserante, adimplere possimus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que te dignaste enviar al bienaventurado Patricio, tu confesor y pontífice, para que anunciase tu gloria á los gentiles; concédenos que con tu gracia y por su intercesion y merecimientos cumplamos fielmente todo lo que tú nos mandas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, pág. 20.*

REFLEXIONES.

Ecce sacerdos magnus: Hé aquí un gran sacerdote. Ni los grandes títulos, ni las gruesas rentas forman los grandes prelados. La grandeza de los ministros de Jesucristo tiene orígen mas noble, y nace de otros principios. *In diebus suis placuit Deo, et inventus est justus: non est inventus similis illi, qui conservaret legem Excelsi:* Agradó á Dios mientras vivió: fue justo, y ninguno observó con mayor exactitud la ley del Altísimo. Esta es la basa, este es el cimiento de la verdadera grandeza: agradar á Dios sin interrupcion: llenar dignamente todas las obligaciones de la justicia: obedecer con la mas exacta fidelidad los preceptos del Altísimo: busca otros títulos ni mas completos ni mas antiguos de una nobleza mas sólida y mas real. Esta es la única nobleza que pasa en la otra vida. Ostentoso aparato de títulos y de grandes nombres, puestos elevados, dignidades eminentes, vosotras brillais, no hay duda. Pero ¿cómo? como relámpagos fugitivos que apenas lucen cuando desaparecen. La muerte pone de nivel á todos los hombres. Todo se entierra con nosotros menos la santidad. Las mas bellas prendas de cuerpo y alma sin virtud, son nombres vacios: las que solo se fundan en fortuna estruendosa y en rentas crecidas, son poco respetables: muchas veces solo sirven de hacer mas visible la pobreza de la persona. Sola la virtud vale mas que todos los títulos: y ¿qué son todos los títulos sin la virtud? ¡Cosa extraña! Hácense grandes gastos por meter un poco de ruido. ¡Mi Dios! ¿hubo jamás ni gloria mas vana, ni estruendo mas superficial, ni grandeza mas pequeña? Cuando llega el caso de disponer alguna oracion fúnebre, pone en tortura á su ingenio un orador cristiano para salvar la mentira. ¿Piensa por ventura entonces en alabar mucho la suntuosidad del difunto, su mesa, sus muebles, su juego y

aquellos locos gastos, que acaso tienen sobresaltados á tantos acreedores? Ándase arañando todo lo que puede alabarse con decencia, todo lo que puede ser interpretado con piedad. Entonces, ó se calla ó se disimula, ó se disfraza con arte todo aquello que mas lisonjeó, que mas ocupó el corazon de los grandes. ¡Ah Señor, y qué copioso manantial de elogios no brotaria de una caridad cristiana, de una liberalidad noble y benéfica! No hay cosa mas grande, ninguna otra da mayor superioridad sobre el resto de los demás hombres, que aliviar á los que padecen, que sacar de miseria á los infelices.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregere proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos el modo de hacer uso de sus dones, les habló con la siguiente parábola: Cierto hombre que determinó partirse léjos de su casa, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes para que los administrasen. A uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno: á cada cual segun su propia capacidad; y se ausentó al instante. El que recibió cinco talentos, comerció con ellos, y granjeó otros cinco. Lo mismo hizo el que recibió dos, lucrando otros dos. Pero el que recibió uno, retirándose, cavó en la tierra, y escondió en ella el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el dueño de aquellos siervos, y les pidió cuenta de su administracion; y presentándose el que habia recibido los cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, tú me entregaste cinco talentos, vé aquí otros cinco que con ellos he adquirido. Está bien, siervo bueno y fiel, le respondió su dueño: porque fuiste fiel en corta cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu señor. Llegóse el que recibió dos, y dijo: Señor, tú me entregaste dos talentos, vé aquí otros dos que he granjeado. Está bien, siervo bueno y fiel, le dijo su dueño: porque lo fuiste en poca cantidad, yo te confiaré otras mayores; entra al goce de tu Señor.

MEDITACION.

De los medios que tenemos para salvarnos.

Punto primero.—Considera que uno de los mas crueles, de los mas desesperados tormentos de los condenados es la viva y eterna memoria, es la clara, la menuda representacion de los medios fáciles y seguros que tuvieron para salvarse. Pude ser santo: Dios lo queria; pero á mí no me dió gana de serlo. Comprende bien toda la fuerza de esta reflexion; pero considera tambien todo el acíbar de su amargura.

No hay ni una sola criatura, que mirada en sí misma, no nos presente, no nos sirva de medio para conocer á Dios, y para amarle: si alguna nos sirve de estorbo, es precisamente porque nosotros abusamos de ella. Los bienes y males de esta vida, hasta los mismos trabajos de que se vale Dios para castigar nuestras culpas, todo puede servir para nuestra salvacion.

Las riquezas son como la moneda con que se compra el cielo por medio de las limosnas: la pobreza es carta de recomendacion para salvarnos. Las honras y las prosperidades pueden ofrecer grandes ocasiones para hacer grandes sacrificios: las desgracias y las adversidades abren el camino real para la gloria. Si la salud es don de Dios, no lo es menos la enfermedad; padecer mucho por Dios, aun es de mayor mérito que hacer mucho por él. Si el ingenio es un talento, la simplicidad es una virtud; porque Dios tiene gusto especial en comunicarse á las almas simples y sencillas. En una palabra, se puede decir que no hay cosa que no se pueda mirar como talento. Hasta de nuestras mismas faltas, una vez cometidas, se puede y se debe sacar mucho provecho. No hay mayor enemigo de nuestra salvacion que el demonio; y con todo eso sus mismos artificios, sus mismas tentaciones pueden conducir para conseguirla. ¡Qué abundancia de medios! ¡qué multitud de santas industrias! *Todas las cosas,* dice el Apóstol, *cooperan al mayor bien de los que aman á Dios.*

Es menester necesariamente la gracia para salvarnos: sin ella serian inútiles nuestros mayores esfuerzos. Pero si nosotros podemos faltar á la gracia, tambien estamos seguros de que la gracia no nos puede faltar á nosotros. Ni un solo condenado hay que no lo hubiese sido por su culpa, que no se hubiese condenado porque no se quiso aprovechar de los medios que tuvo para salvarse. ¡Qué dolor! ¡qué desesperacion!

Somos flacos, es verdad; los peligros son frecuentes; las tentaciones violentas: mas para eso encontramos una fuerza, una virtud singular en los Sacramentos: en ellos se nos aplican los méritos de Nuestro Señor Jesucristo; en ellos, digámoslo así, se nos tiene preparado un baño de su preciosísima sangre, en el cual halla el alma una virtud general para todas sus necesidades: ellos son medicina universal de todo género de dolencias, y manantial inagotable de gracias. Seais eternamente bendito, glorificado y alabado, amable Salvador mio, por haberme proporcionado tantos y tan poderosos medios para salvarme. Pero ¡qué dolor es el mio por haberlos malogrado hasta aquí! No permitais que este conocimiento y esta misma confesion me sirva de nuevo motivo para mayor arrepentimiento.

Punto segundo. —Considera que además de los medios comunes á todos los cristianos, cada cual encuentra en su propio estado, y en su misma condicion medios particulares para ser santo. Ha dispuesto de tal manera todas las cosas la divina Providencia, y tiene arregladas todas las condiciones con tal economía, que todas son caminos derechos para llegar con seguridad á nuestro último fin.

No hay que envidiar ni el retiro de los unos, ni la tranquilidad de los otros: cada uno de nosotros dentro de su propio estado puede coger los mismos frutos, ó á lo menos otros equivalentes y tan buenos. No seamos siervos inútiles, ni obreros ociosos; y pocas tierras habrá que no puedan rendir ciento por uno; pocos talentos que no puedan duplicarse y multiplicarse, como se sepa emplearlos y manejarlos bien.

No hay estado, no hay condicion en el mundo, no hay edad en la vida, de la cual no haya habido grandes Santos; y estos Santos de nuestra misma edad, y de nuestro mismo estado, no fueron á buscar otros medios para serlo, que aquellos que nos ofrece á nosotros nuestro estado y nuestra edad. Y aun nosotros tenemos mas medios que ellos; porque al fin logramos el de los buenos ejemplos que ellos mismos nos dejaron. ¡Será posible, Dios mio, que todas las cosas me prediquen y me faciliten mi salvacion, y que al mismo tiempo todas ellas me reprendan mi irresolucion, y aun mi insensibilidad! Pues qué, divino Salvador mio, ¿solo yo he de despreciar mi salvacion; solo yo no he de quererla, y he de poner los mas grandes obstáculos para conseguirla! ¿Me he aprovechado mucho hasta ahora de los medios que he tenido para ser santo? ¿Qué es lo que he hecho para serlo? ó por mejor decir, ¿qué he dejado de hacer para no serlo?

Mi Dios, ¿quién podrá sufrir estos remordimientos á la hora de la muerte; y mas al considerar lo que hicieron para ser santos tantos hombres ilustres y eminentes?

¡Con qué fervor trabajó en su propia perfeccion un san Patricio, y con qué celo se dedicó á la salvacion de los otros! ¡Qué vida mas laboriosa, mas penitente, mas santa! ¡Qué confusion para muchos son estos grandes ejemplos!

¡Qué poco me he aprovechado yo, dulce Jesús mio, de los medios que he tenido para ser santo, y qué mal he correspondido á vuestras gracias! Cada dia estoy admirando lo que hicieron los Santos para serlo; y con todo eso no acabo de aprovecharme de sus ejemplos. Continuadme, Señor, el socorro de vuestra gracia, y desde este mismo punto voy á poner fin á mis ingratitudes.

Jaculatorias. — Ya no viviré, Señor, sino para emplearme en tus alabanzas, porque hallo mi fuerza y mi socorro en todo lo que has hecho por mí. (*Psalm.* cxviii).

Siempre estás cerca de mí; y todos los estados de la vida pueden ser caminos seguros que me conduzcan á tí. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Todos los estados son otros tantos caminos diferentes que, segun el órden de la divina Providencia, nos guian á nuestro último fin. Es tentacion imaginar que se viviria mejor en otro estado que en el que cada uno profesa. Pernicioso error ocupar el pensamiento en lo que se haria en otra profesion, y no pensar en cumplir con las obligaciones de aquella en que se está. Pocos artificios hay que le salgan mejor al enemigo de nuestra salvacion que el de esta engañosa inquietud. Por ahora solo te quiere Dios en el estado de vida en que te hallas; con qué solo has de pensar en desempeñar bien sus obligaciones. Desprecia como ilusion perniciosísima todas esas inconstancias del corazon y del ánimo, que consumen inútilmente el alma con vanos arrepentimientos y con frívolos deseos. Una vez que ya abrazaste un estado, aplicate únicamente á dar el debido cumplimiento á sus obligaciones, examinando hoy en particular cuáles son estas, y cuáles son tambien aquellas en que tú te descuidas mas. ¿Te aprovechas bien de todos los medios que tienes en tu estado para santificarte? No hay estado sin cruz, como no hay rosa sin espinas. Los gustos de una fortuna risueña y floreciente, y las amarguras de una familia pobre y angustiada; los embarazos de un empleo

de mucho ruido y tumulto, y los cuidados domésticos de una casa particular; las alegrías y los llantos de esta vida; todo puede conducir igualmente para nuestra salvacion: examina cómo has usado hasta aquí de todo esto.

2 Es devocion utilísima la de rezar todas las mañanas alguna oracion particular, pidiendo á Dios gracia para cumplir con las obligaciones del estado de cada uno; y es admirable para este efecto la oracion siguiente, que decia santo Tomás:

Concede mihi, misericors Deus, quae tibi placita sunt ardenter concupiscere, prudenter investigare, veraciter agnoscere, perfecte adimplere ad laudem et gloriam nominis tui. Ordina statum meum, et quod à me requiris ut faciam, tribue ut sciam, et da exequi sicut oportet, et expedit animae meae. Da mihi, Domine Deus meus, inter prospera et adversa non deficere, ut in illis non deprimar, de nullo gaudeam vel doleam, nisi quod ducat ad te, vel abducat à te. Nulli placere appetam, vel displicere timeam, nisi tibi. Vilescant mihi, Domine, omnia transitoria; et chara mihi sint omnia tua propter te, et tu, Deus, praeter omnia. Taedeat me gaudii quod est sine te, nec aliquid cupiam quod est extra te. Largire tandem mihi, Domine Deus meus, ita tuis beneficiis uti in via per gratiam, ut tandem tuis gaudiis in patria perfruar per gloriam. Per Dominum nostrum Jesum Christum, etc.

«Ó Dios lleno de misericordia, dame gracia para que examine diligentemente, conozca verdaderamente, desee ardientemente, y cumpla perfectamente todo lo que á tí te agrada, y que todo sea para mayor honra y gloria tuya. Dispon todas las cosas en el estado en que me has puesto, y dame á conocer aquello que quieres que yo haga, ayudándome á cumplirlo como conviene para el mayor bien de mi alma. Concédeme, Dios y Señor mio, que ni las prosperidades me envanezcan, ni las adversidades me acobarden; y que ni unas ni otras me atropellen, no alegrándome sino de lo que me acerca á tí, no entristeciéndome sino de lo que de tí me aparta. No permitas que aspire á complacer, ni que tema desagradar á otro que á tí solo. Sean despreciables para mí todas las cosas caducas, y solamente las ame todas por tí; pero á tí sobre todas. Cáuseme tedio toda alegría que sea sin tí, y fuera de tí nada apetezca. Finalmente, Dios y Señor mio, concédeme que de tal manera me aproveche en esta vida de tus beneficios por tu gracia, que merezca gozar en la patria celestial las delicias de la gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.»

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Alejandro, obispo, en Cesarea de Palestina, el cual habiendo venido de Capadocia, de cuya ciudad era obispo, á Jerusalen á visitar los Santos Lugares; y siendo entonces obispo de Jerusalen Narciso, de edad muy avanzada, por revelacion de Dios se quedó Alejandro gobernando aquella iglesia; después siendo ya tambien muy anciano y muy venerable por sus canas, en la persecucion de Decio fue preso y llevado á Cesarea, en donde encerrado en una prision consumó el martirio por la confesion de Jesucristo.

San Narciso, obispo, en Augsburgo, el primero que predicó el Evangelio á los grisones; después habiendo pasado á España, convirtió á muchos infieles á la fe católica en la ciudad de Gerona; y en esta ciudad, en la persecucion de Diocleciano, consiguió la palma del martirio en compañía de Felix, diácono. *(Véase su vida y la de san Felix, su diácono, en las de este dia).*

Diez mil santos Mártires, en Nicomedia, los cuales fueron degollados por confesar á Cristo.

Los santos mártires Trofimo y Eucarpio, en el mismo dia.

San Eduardo, rey, en Inglaterra, el cual fue muerto por traicion de su madrastra, y resplandeció en muchos milagros. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Cirilo, obispo, en Jerusalen, el cual por defender la fe católica padeció muchas injurias de parte de los arrianos, y fue desterrado diferentes veces de su iglesia; por último, esclarecido en santidad murió en paz: de la pureza de su fe dió buen testimonio un Concilio general escribiendo al papa Dámaso.

El tránsito de san Frigdiano, obispo, en Luca, ciudad de Toscana, esclarecido en milagros: su fiesta principal se celebra el dia 18 de noviembre, cuando fue trasladado su santo cuerpo.

San Anselmo, obispo y confesor, en Mantua.

SAN GABRIEL, ARCÁNGEL.

Por particular concesion de la Silla apostólica se celebra en los reinos de España la festividad del gloriosísimo arcángel san Gabriel, como á quien debemos el singularísimo beneficio de haber anunciado á la santísima Vírgen y Señora nuestra la encarnacion del divino Verbo, y haber traido al mundo la noticia de su mayor gozo y consuelo, que por tantos años habia sido el objeto de las esperanzas de los justos, el blanco de sus suspiros y oraciones, y el fin á que se dirigian las magníficas promesas que el Omnipotente habia hecho á su pueblo, sacándole de Egipto, y trayéndole á la tierra de promision; señal manifiesta de que algun dia habia de sacarle de la esclavitud del demonio en que vivia desde la primera culpa, y habia de traerle al conocimiento perfecto de su santa ley, por medio de un li-

bertador que destruyese el imperio de la muerte, y fuese el redentor de todo Israel. Estas grandes y verdaderas promesas las conocieron particularmente los justos del antiguo Testamento; y como observa el Padre san Agustin, á proporcion que se iba acercando el tiempo de su cumplimiento, fue tambien haciéndose mas pública y mas notoria esta certísima esperanza en toda la nacion hebrea, de la cual habia de nacer el Redentor deseado.

Habiendo leido Daniel en el profeta Jeremías el misterio de la desolacion de la ciudad santa, entró en vivísimos deseos de entenderlo, y para ello comenzó á afligirse con ayunos, oraciones, cilicios y otras penitencias, confesando al mismo tiempo sus pecados y los de su pueblo de Israel; y perseverando en tan santos ejercicios, mereció que el Señor enviase al glorioso arcángel san Gabriel para que le declarase aquel misterio, y le manifestase todas sus particularidades, movido sin duda de los fervorosos deseos y humildes oraciones que habia dirigido al Todopoderoso.

De este mismo medio se valió el santo Zacarías, de quien nos dice san Lucas que viviendo en la observancia de todos los mandamientos y justificaciones del Señor, mereció que se le apareciese en el templo el mismo glorioso Arcángel, y le dijese: *No temas, Zacarías, porque han sido oidas tus oraciones en presencia del Señor; y sabe que tendrás un hijo, que será tu gozo y alegría, y ha de ser grande delante del Altísimo.* Así se verificó, naciendo al tiempo señalado por el Arcángel el precursor san Juan Bautista, que fue grande en la presencia de Dios y de los hombres.

La santísima Virgen María se empleaba igualmente en estos ejercicios, y aunque con un espíritu nada semejante á los de su nacion, que esperaban al Mesías revestido de majestad y grandeza, se creia, como en efecto lo era, una pobre y desconocida doncella, una mujer nada recomendable en el mundo por sus gloriosas acciones, como Débora, Esther, Judith y otras semejantes; nada ilustre por sus crecidos patrimonios ó ricos intereses: una doncella que aunque desposada en medio de su pueblo, no habia anhelado el matrimonio con la esperanza de lograr por este medio una numerosa generacion que perpetuase su memoria, sino que sin haber tenido ejemplo que imitar en los tiempos anteriores, habia consagrado á Dios su virginidad perpetua, formando el heróico proyecto de permanecer vírgen todo el tiempo de su vida: sin pensar que se hubiese de verificar en ella el misterio de la Encarnacion del Verbo, y viviendo en la fe de los Patriarcas y Profetas, dirigia al cielo incesantemente sus suspiros y

oraciones, solicitando la venida del Redentor. De lo íntimo de su corazon purísimo clamaba á Dios con el Profeta: *Ven, Señor, á visitarnos en paz; ven, y perdona los pecados de tu pueblo de Israel.* Una súplica tan fervorosa penetra los cielos, abre sus puertas, y consigue que se comuniquen sus bienes á la tierra.

En efecto, aquel Padre celestial, cuyas misericordias son sobre todas sus obras, envia uno de aquellos soberanos espíritus que asisten á su trono, para que certificase á la santísima Virgen haber sido oidas y despachadas felizmente sus oraciones. El glorioso san Gabriel es el que destina Dios para traer la embajada mas interesante que jamás pudo hacerse de los cielos á la tierra; siendo tambien el primero entre todas las criaturas á quien se comunicó el secreto del supremo consejo de la Trinidad beatísima. Rompe, pues, las celestiales esferas, y en alas del deseo de nuestra reparacion, entra en Nazareth de Galilea, y en traje de un jóven tan gallardo como honesto, entra al retrete, donde á la sazon se hallaba la santísima Vírgen empleada en sus acostumbradas oraciones; y puesto en su presencia, la saluda de esta suerte: *Ave María, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres.* Turbóse la Vírgen al oir estas palabras, y pensaba qué nueva salutacion seria esta de parte de un Ángel; pero san Gabriel la aseguró, añadiendo: *No temas, María, porque hallaste gracia en la presencia de Dios: sabe que has de concebir y parir un hijo, á quien llamarás Jesús, y será tambien hijo del Altísimo. Este hijo reinará eternamente, y su reino no tendrá fin.* Oye la dificultad que la Vírgen le propone, diciéndole: *¿Y cómo ha de ser esto cuando no he conocido ni conozco varon?* Si he consagrado á Dios mi pureza virginal, ¿cómo puedo concebir y dar á luz el hijo que me anuncias? Pero san Gabriel la manifiesta que permanecerá incorrupto su virginal candor; que todo se ejecutará por obra del Espíritu Santo, y por virtud del Altísimo. Tambien la da otra alegre nueva, y es el feliz preñado de santa Isabel su prima, que habiendo permanecido estéril en su juventud, vino á ser madre en su vejez, y estaba ya en el sexto mes de su preñado, cosa que parecia imposible; pero nada hay imposible para Dios.

Tales han sido los honoríficos encargos que ha hecho Dios al arcángel san Gabriel, como vemos en las santas Escrituras: señal manifiesta de que es el principal ó el sumo entre los Ángeles, como le llama san Gregorio, pues tratándose de la mas suprema embajada que jamás se hizo, ó se ha de hacer en el mundo, convenia que fuese destinado para ella uno de los primeros personajes del empíreo. Tam-

bien nos manifiesta el gran poder y valimiento que tiene con Dios este glorioso Arcángel, y lo mucho que en su intercesion podemos confiar si le tenemos una verdadera devocion.

EL BEATO SALVADOR DE HORTA.

Admirable Dios en sus Santos quiso serlo de muchos modos en el beato Salvador de Horta, cuya vida fue una serie continuada de prodigios: fueron sus padres unos labradores ricos de la parroquia de Bruñola, perteneciente al obispado de Gerona en el principado de Cataluña; los que reducidos á una suma pobreza, se vieron en la indispensable necesidad de pasar al hospital de Santa Coloma de Farnés, no léjos de su labor, á curarse una enfermedad que les sobrevino: donde fue tal el porte pacífico, y el particular agradecimiento que manifestaron los honrados labradores en todo el tiempo de su curacion, que movieron á los jurados ó capitulares de Santa Coloma á suplicarles que se quedasen en la misma casa de misericordia para cuidar de los enfermos. Admitieron gustosos este partido en fuerza de su miseria; y fueron tan grandes los servicios que hicieron al Señor en aquel ministerio de caridad, que queriendo Dios remunerarlos, les concedió al beato Salvador, fruto de sus bendiciones, que nació en 1520, y en quien acreditó desde luego la divina Providencia el particular cuidado que tenia de aquella dichosa alma, elegida para que manifestase al mundo una multitud de maravillosos portentos, capaces á ennoblecer al soberano Autor, que se complace en hacer uso de su omnipotencia por medio de las mas humildes criaturas.

Criaron sus padres á Salvador en el mismo hospital donde nació, y cuando tenia seis años poco mas ó menos, le destinaron á que guardase unas ovejuelas. Llevólas á beber cierto dia á un canal que suministraba el agua á un molino harinero, y habiendo caido en el cubo inopinadamente, corrieron al instante á favorecer al niño unos hombres que estaban inmediatos; pero cuando creian que hubiese sucedido con él una fatal desgracia, le hallaron jugueteando sobre las aguas. Quedáronse admirados en vista del prodigio, y tuvieron por cierto que el Señor le conservaba para cosas grandes, como lo acredita la experiencia.

Siendo de mas edad fue llevado á Barcelona, con una hermanita suya llamada Blasia, y fue colocado de aprendiz con un maestro zapatero en la calle llamada de la Boria. Concluido el aprendizaje, y creciendo Salvador en la virtud conforme iba creciendo en edad, ena-

morado de la pobreza y de la penitente vida de los religiosos de San Francisco, se encendió en vivísimos deseos de abrazar el seráfico Instituto. Pidió el santo hábito con la mayor sumision en el convento de Santa María de Jesús, extramuros de Barcelona; y persuadiéndose los religiosos que un hombre de aquel carácter daria mucho honor á la Religion, le admitieron gustosos para fraile lego, en el año 1540, estado muy conforme á la inclinacion del Beato, que solo deseaba el emplearse en los oficios mas ínfimos y penosos, y santificarse en las humillaciones.

Ningun novicio entró en la religion con deseos mas eficaces de aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion que Salvador: su humildad, su obediencia, su austeridad, su devocion, su ingenioso estudio de la virtud, y sobre todo su inocente simplicidad, siempre acompañada de cierto aire de santidad que se dejaba ver en sus acciones y movimientos, llenaron de admiracion á los mas ancianos religiosos, que confirmándose en la idea que concibieron al tiempo de su admision, esperaban ver cumplido el vaticinio dentro de muy breve tiempo. Hizo Horta su solemne profesion, y viéndose ya ligado con los votos esenciales que prometió á Dios en aquel acto, todo su pensamiento y toda su ocupacion en adelante fue buscar la perfeccion á que era llamado. No se entibió en el Beato aquel ardiente deseo de mortificarse que concibió cuando novicio: antes bien, si cabe, se aumentó en el discurso de su carrera religiosa; en fuerza de lo cual siempre anduvo descalzo dentro y fuera del convento, castigando su inocente carne con rigorosos cilicios, con sangrientas disciplinas y con asombrosas penitencias; pero como estaba tan abrasado en el amor divino, que era el que le impelia á semejantes excesos, se valia del silencio de la noche para desahogar en el templo sus amorosos afectos para con el Redentor del mundo y para con su santísima Madre, á quien profesaba una devocion singularísima.

Dióle la obediencia á un mismo tiempo los oficios de portero y limosnero; y fue tanta la liberalidad con que socorria á los pobres el caritativo lego, mirando en cada uno la imágen de Jesucristo, que se vió en la precision el guardian de mandar cerrar todas las oficinas del convento, receloso de que daria el Beato todas las provisiones que habia en ellas á los necesitados que se las pidiesen por amor de Dios. Súpose en Barcelona la providencia que tomó el prelado para contener los piadosos excesos de Salvador, y como todos le amaban entrañablemente, le enviaban cargas enteras de pan para que pudiese socorrer á los pobres, creyendo que sus limosnas tendrian

mayor mérito distribuidas por el siervo de Dios. Díjole un dia el guardian, que mirase que eran tambien los frailes pobres, á quienes debia socorrer primero que á los extraños; á lo que respondió el Beato con su acostumbrada sinceridad: *Padre guardian, á mí no me dan los bienhechores las limosnas sino para que las distribuya con los pobres: Dios ya cuida de los hijos de nuestro padre san Francisco segun su promesa, la que hasta ahora no ha faltado; pues no se sabe ni se ha oido decir que ninguno de ellos se haya muerto por falta de sustento.*

Quiso Dios manifestar con innumerables prodigios lo agradable que le era la ardiente caridad de su amado siervo, los cuales hicieron célebre su nombre en todo el reino de España, y en el de Francia. Concurrian á buscarle innumerables enfermos para que les curase de sus dolencias, y haciendo sobre ellos el Beato la señal de la cruz los sanaba milagrosamente. Parecia regular que venerasen los hermanos á un hombre tan portentoso, en quien brillaba el don especial de milagros visibles á cada paso, y á cada momento: pero como el Señor queria acrisolar la eminente virtud de Salvador con las pruebas que acostumbra, permitió que la misma gracia que recomendaba su santidad, sirviese de motivo para sus mayores persecuciones. Vino el provincial al convento de Horta donde vivia el Beato, y quejándose de él los religiosos porque los inquietaba continuamente con la multitud de enfermos, que venian en su busca para que les sanase de los males que padecian, pidieron al prelado que le echase del convento. Oyó el provincial la delacion; y como si fuese delito el mérito, mandó á Salvador que dijese la culpa en el Capítulo. Trató le de hombre alborotador é inquieto, y ordenó que en adelante se le llamase Fr. Alonso, para ver si con mudarle el nombre dejaria de ser conocido, y cesaria el concurso de gente. Y al mismo tiempo le dió obediencia para el convento de Reus, donde habia un guardian de áspera condicion, previniéndole que marchase antes de amanecer. Sufrió el siervo de Dios con inalterable paciencia todo aquel tropel de injurias, y retirándose á la iglesia á dar al Señor gracias, y á despedirse de la santísima Virgen, se mantuvo en fervorosa oracion hasta la media noche, en cuya hora partió, para no ser visto, á cumplir la obediencia.

Llegó al convento de Reus, y como el guardian ya tenia noticia de los portentos del siervo de Dios, le dijo en tono muy desabrido: *¿Vienes á inquietar este convento, como lo has hecho en todos los que has estado?* Leyó la carta del provincial en que mandaba que no le llamase alguno Fr. Salvador sino Fr. Alonso, para desvanecer por

este medio la concurrencia de los enfermos; y queriendo contribuir por su parte al mismo fin, le destinó á la cocina, con precepto expreso de que allí rezase y orase, sin salir al público á hacer ningun milagro; y para que no anduviese ni aun por el convento, lo encerró en la misma oficina; pero ¿de qué sirven las prevenciones humanas cuando intentan oponerse á las divinas disposiciones? No pasó mucho tiempo de estar el Beato en la cocina, cuando se llegaron á la iglesia y á la portería del convento un gran número de enfermos, así de la misma villa como de otras partes, clamando por el siervo de Dios para que los curase de sus dolencias. Creyó el guardian que en esto tuviese el Beato alguna oculta inteligencia, y bajando á la cocina lo llenó de improperios. Sufrió Salvador la reprension con un sumo silencio, sin hablar palabra en su defensa; pero creciendo las voces y los clamores de los enfermos, se vió en la precision de salir á la iglesia. Estaba esta llena de cojos, tullidos, mancos, quebrados, etc., y mandándoles rezar la oracion del *Padre nuestro* y *Ave María*, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, sanaron todos perfectamente. Quedaron en el templo una multitud de muletas, de cintas, de vendas de las que usaban los enfermos; y cuando debiera el guardian conmoverse á veneracion á la vista de aquellas insignias, que acreditaban tanto número de portentos, prorumpió irritado: *Aquí no ha venido este fraile sino á ensuciar el templo.*

Pero entre tantas persecuciones, se levantó una de las mas sensibles, pues fue acusado al tribunal de la Inquisicion por sus portentosas maravillas, creyendo que estas nacian de otro principio, que de la gracia especial con que quiso Dios recomendar la santidad de su siervo; pero conociendo el santo tribunal que la causa que motivaba la acusacion era mas para recomendar su mérito, estuvo tan léjos de darle la mas leve reprension, que todos los señores del Santo Oficio le suplicaron que rogase por ellos á Dios, bien persuadidos del valimiento de sus poderosas oraciones. No cesaron por esto las persecuciones; mas como Dios cuidaba de la defensa de su fiel siervo, cuanto mas se empeñaban los hombres en perseguirle, tanto mas hacia el Señor que resplandeciese su eminente santidad con maravillosos prodigios.

Finalmente, las repetidas instancias del guardian de Reus consiguieron del provincial que enviase obediencia al siervo de Dios, destinándole otra vez al convento de Jesús de Barcelona, y en él halló un prelado bondadoso, el cual lo recibió con mucha caridad, y jamás le impidió dispensar á los enfermos la gracia que Dios le habia co-

municado. Apenas llegado allí Fr. Salvador, se esparció por Barcelona la nueva de su llegada, cuando se vió llena la iglesia de Jesús y la gran plaza que habia delante, de enfermos de todas clases, á los cuales sanaba Fr. Salvador con la bendicion, segun su costumbre, y luego les ordenaba rendir las gracias á la santísima Vírgen, por cuya intercesion habian conseguido la salud.

Llegó á la corte la fama de santidad y milagros que obraba fray Salvador, en términos de excitar vivos deseos de verle á los reyes Felipe II, y su esposa Isabel. Mediante una órden del general de la Órden, Fr. Salvador tomó el camino de la corte, y llegado á ella, fué inmediatamente á besar la mano á los Monarcas. Pero no estudió frases para hablar; y puesto ya en su presencia, les dijo en catalan, con su natural sencillez: *Dios que os ha criado, os bendiga. Jesus, María; ¿para qué me habeis hecho venir? ¿Qué sacaréis de un pobre cocinero de san Francisco?*

Deseando el Rey honrar á quien tanto ensalzaba Dios, y considerando que precisamente habia de estar atropellado por la fatiga de un largo viaje hecho á pié y descalzo, mandó traer una almohada para sentarse el Santo. El humilde siervo de Dios, poco acostumbrado á tales obsequios, rehusó el honor que se le concedia; sin embargo, queriendo manifestar que no lo despreciaba, subió de piés sobre la almohada y dejó impresas en ella sus plantas lodosas, accion propia de su sencillez y candor; pero que no la hizo sino movido de un impulso superior. Otro monarca menos religioso hubiera tratado de grosería intolerable la accion del Beato; pero Felipe II mandó retirar la almohada con aprecio de lo que habia servido de trono y sitial á un Santo; y muy luego experimentó en su augusta esposa cuánta virtud le habia comunicado el contacto de los piés de Fr. Salvador, pues padeciendo esta de calenturas, sin hallar remedio humano, por un superior impulso mandó traer dicha almohada, y con gran confianza reclinó la cabeza sobre ella, y encomendándose al Santo, desde luego recobró la salud, con admiracion de todos los cortesanos.

Satisfechos los Monarcas volvió Fr. Salvador á su convento de Jesús, extramuros de Barcelona. Pero Dios, que no queria que muriese en su país, le reveló su voluntad; lo cual significó á otros religiosos una noche que fué con ellos á una cueva donde solia retirarse á orar, diciéndoles: *Puesto que aquí no me quieren, he de morir fuera de la provincia.* Tomáronlo á burla los religiosos; pero llegó á Barcelona el P. Vicente Ferro, valenciano, instituido Comisario provincial para la de Cerdeña; y poniendo los ojos en Fr. Salvador, rogóle fuese

en su compañía; y como al siervo de Dios le constaba la voluntad divina, fácilmente defirió á la insinuacion del Padre Comisario. El dia de la partida se dirigieron á Barcelona, y dieron la vela en el año de 1565, siendo general entonces el sentimiento de los religiosos, y mayor el de los seglares, que perdian el médico de sus dolencias, y un ejemplar de santidad. Cuando emprendieron la navegacion el tiempo prometia bonanza duradera; mas apenas estuvieron en alta mar, se desencadenó una tempestad deshecha. Sabiendo el varon de Dios que aquella borrasca no era mas que una estratagema del demonio que le perseguia, no se intimidó, antes con grande confianza, subió á la popa, hizo la señal de la cruz, y se sosegó la tormenta. Empezó á soplar nuevamente el viento favorable, y con él aportaron á Pulla, puerto de Cerdeña, distante treinta millas de Caller, su capital. Á su llegada al convento de Jesús de esta ciudad, conmovióse toda ella, y aun todo el reino, congratulándose sus habitantes por haberles llegado el remedio universal para todos sus males. En efecto, comenzó á hacer uso del don especial de milagros que le concedió el Señor; y como los sardos viesen tantos portentos, estimándole como á un hombre venido de los cielos para beneficiar á su region, le tributaron aquel honor y aquella veneracion que no pudo tener en Cataluña. Vivió algun tiempo el siervo de Dios en Cerdeña siendo el objeto de los mas altos elogios de toda la isla, hasta que conociendo por la debilidad de su naturaleza, que se llegaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Murió, en fin, con la muerte de los Santos en el dia 18 de marzo del año 1567, reinando en España el serenísimo rey Felipe II, y se le dió sepultura en el expresado convento con asistencia del cabildo, nobleza y pueblo, pareciendo mas un triunfo que funeral. Celebró de pontifical el arzobispo, y dijo la oracion fúnebre el P. Peña, de la Compañía de Jesús. Quiso Dios manifestar la gloria del beato con innumerables prodigios, de los que hizo una informacion auténtica D. Fr. Francisco Gonzaga, arzobispo de Mantua, religioso que habia sido del Órden de San Francisco, y presentada al papa Sixto V, aprobó y confirmó todo lo contenido en la misma sumaria en el dia 3 de setiembre del año 1586, segundo de su pontificado. Nombró el papa Clemente VIII visitadores apostólicos regulares para la isla de Cerdeña, y noticiosos estos de los muchos milagros del siervo de Dios, dieron comision á Fr. Dimas Serpi, varon de muchas prendas, para que hiciese justificacion de ellos, así en Caller, como en el principado de Cataluña. Presentóse

á este efecto al obispo de Barcelona, que á la sazon era D. Alonso de Coloma, el que nombro á D. Francisco Olibon, para que acompañase á Fr. Dimas en la comision: formaron ambos el correspondiente proceso, en el que resultaron justificados plenamente muchos y muy singulares milagros del Beato, los cuales mandó su Ilustrísima por decreto de 30 de agosto del año 1600, que se publicasen, se leyesen y se imprimiesen, si se considerase oportuno, en todo su obispado, á fin de que constase á todos los portentos hechos por el siervo de Dios en el nombre de la Santa Cruz.

Con la informacion de los milagros del siervo de Dios, y con la justificacion de su culto inmemorial se recurrió á Roma en solicitud de su beatificacion, y confirmada por la sagrada Congregacion de Ritos en 13 de setiembre de 1710 la sentencia del eminentísimo cardenal Clemente, vicario de la ciudad en que declaró, que constaba de inmemorial el culto del Beato exceptuado de los decretos de Urbano VIII, lo aprobó así el papa Clemente XI en el dia 29 de enero de 1711. Suplicó después Fr. Bernardino de Nicea, procurador de todas las causas de beatificacion y canonizacion del Órden de los Menores, á la sagrada Congregacion, que concediese permiso para que se celebrase el oficio del Beato con rito doble en el dia 18 de marzo, que fue el de su dichoso tránsito, no solo en todo el Órden, sino en la ciudad de Caller, donde se venera su cuerpo, en el lugar de Santa Coloma donde nació, y en Horta de donde tomó el sobrenombre por el mucho tiempo que moró en aquel convento: y se concedió así por el papa Benedicto XIII, en el dia 15 de julio del año 1724.

SAN EDUARDO, REY DE INGLATERRA.

No hay reino en toda la cristiandad que haya adorado tantos Santos en su trono como el de Inglaterra, contando ya muchos san Eduardo en su real casa, cuando nació á ser él mismo uno de los mas esclarecidos ornamentos de ella.

Fue nieto de santa Elgivia, hermano de santa Edita, tio paterno de san Eduardo, confesor, y vió la primera luz hácia el año de 962. Su padre el rey Edgar, apellidado el Pacífico, aunque con mayor propiedad se le pudiera llamar el Conquistador, quiso se diese al Príncipe una educacion en todo correspondiente, así á su religion, como á su real nacimiento. Fue bautizado por san Dunstano, arzobispo de Cantorbery, que no contento con haberle alcanzado del cielo aquella abundancia de bendiciones de dulzura con que le previno la

divina gracia desde la misma cuna, quiso encargarse de su cristiana educacion.

La nobilísima índole del Príncipe, y la feliz inclinacion que descubrió hácia la virtud desde sus primeros años, le ganaron desde luego el corazon de todos los ingleses. Y un aire majestuoso, un espíritu vivo, brillante, superior, unos modales apacibles, sosegados, siempre nobles, un corazon generoso y verdaderamente real, con una sólida virtud muy sobre la expectacion de su edad, le hicieron objeto de veneracion á toda la corte, y de admiracion á la Europa toda.

Admirábase principalmente en un Príncipe tan jóven tanto amor á la Religion; y en una edad que solo se gobierna por los ímpetus del natural, tanta prudencia, sobre todo en medio de una floreciente corte donde reinaban la diversion y el placer. Pero Eduardo no solamente conservó en ella la inocencia, sino que practicó las virtudes mas penitentes, sabiendo hallar el recogimiento y la soledad interior entre los ejercicios de mayor tumulto, y entre las halagüeñas distracciones de la mayor disipacion.

Tuvo el dolor de perder á la Reina su madre, siendo de cinco á seis años. Llamábase Egelfleda, hija del duque de Ormer, uno de los mas poderosos príncipes de Inglaterra, y fue de las mas virtuosas princesas de su tiempo; siendo ilustres monumentos de su esclarecida piedad los monasterios que fundó, y las limosnas que hizo á los pobres. Tuvo gran cuidado de inspirar muy anticipadamente á su hijo aquellos grandes dictámenes de Religion que desde luego se le entraparon en el alma; y logró el consuelo de ver los mas dulces frutos de esta piadosa simiente en el tierno príncipe Eduardo, cuando el Señor la retiró de este mundo.

Sintió vivamente Eduardo la pérdida de tan buena madre, llorándola con tanta amargura, que solo pudo consolar y reprimir sus lágrimas la consideracion de que en cierta manera parecian oponerse á las soberanas disposiciones de la divina Providencia. Pasó el Rey su padre á celebrar terceras nupcias con Alfrida; y el príncipe Eduardo se portó tan cuerda y respetuosamente con la Reina su madrastra, que no pudo resistirse á estimarle, aunque jamás se resolvió á quererle, por no poder tolerar su ambicion que se le considerase ya como á heredero presuntivo de la corona. Tuvo el Rey en esta tercera mujer un hijo llamado Ethelredo; y admirando cada dia mas y mas la pureza de vida, la solidez del juicio y la extraordinaria prudencia de Eduardo, para prevenir las inquietudes que podrian so-

brevenir á su fallecimiento, resolvió declararle sucesor suyo, y le hizo reconocer como tal por todos los grandes del reino.

Murió el Rey el año de 975, y ascendió al trono nuestro Santo. Desde luego le reconocieron por su legítimo soberano los principales señores del reino, y se inundó de alegría la nacion inglesa, considerando que adoraba por Monarca á un Santo.

Quisiera Alfrida ver en el trono á su hijo Ethelredo, y con este ambicioso deseo indujo á algunos señores á que protestasen, y se opusiesen á la consagracion de Eduardo; pero san Dunstano, primado del reino, á quien tocaba esta ceremonia, auxiliado de san Oswaldo, arzobispo de Yorck, supo contenerlos y ponerlos en razon. Tomó en su mano la cruz arzobispal que solia llevar delante de él; metióse intrépidamente en medio de los señores parciales de la reina madre; presentóles á Eduardo como á primogénito de su legítimo Rey; trájoles á la memoria la declaracion del Monarca difunto; acordóles el solemne reconocimiento que ellos mismos habian hecho del derecho indisputable de aquel jóven Príncipe; y á vista de toda la asamblea le consagró solemnemente, saliendo él mismo por fiador del acierto de su conducta; con cuya vigorosa accion sosegó los ánimos, y unió dichosamente los espíritus.

No tenia Eduardo á la sazon mas que doce años; pero suplia con ventajas la falta de edad la reputacion de su elevada virtud. Quizá hasta entonces no habia visto el mundo en un Monarca tan niño, ni devocion mas ejemplar, ni modestia mas majestuosa, ni madurez de prudencia mas constante; sirviendo el trono para añadir mas brillante esplendor á su heróica santidad. Contribuyeron mucho los desvelos de san Dunstano á formar aquel entendimiento naturalmente recto y culto, y á perfeccinar aquel purísimo corazon, que á solo Dios habia dado lugar desde que pudo conocerle.

Apenas se sentó en el trono cuando se aplicó enteramente á hacer que reinasen en toda su monarquía la justicia, las leyes y la Religion. Amable á los buenos, y terrible á los malos, corrigio valerosamente los abusos que se habian introducido en todos los estados, presumiendo de costumbre por una cobarde perniciosa tolerancia. Fue ardiente defensor de los privilegios y de las inmunidades de la Iglesia; y el clero anglicano encontró en el Monarca jóven un verdadero padre.

El respeto que profesaba á todas las personas consagradas á Dios, pasaba de respeto, y se acercaba á veneracion. Su caridad, su ternura con los pobres era extrema. Acostumbraba decir, *que la mayor*

gloria de un príncipe era hacer felices á todos sus vasallos. Todos los dias daba de comer en su palacio á un gran número de pobres; y considerando en ellos al mismo Jesucristo, no solamente les servia por su real persona, sino que los respetaba.

Nunca habia encontrado gusto en las diversiones, y así no le hallaba en otra cosa que en dedicarse á desempeñar las obligaciones de cristiano y de rey. Empleaba en la leccion de libros espirituales todo el tiempo que no estaba destinado á los negocios. No contento con observar escrupulosamente los ayunos de la Iglesia, mortificaba su delicado inocente cuerpo con penitencias tan crueles, que pudieran poner terror á los mas pecadores y mas robustos; siendo su devocion tan ejemplar, que en todo su reino nunca se le nombraba sino con el venerable distintivo de *nuestro santo Rey.*

Habia dos años y medio que ocupaba Eduardo el trono de Inglaterra; florecia en sus Estados la paz y la abundancia; sus vasallos rendian mil bendiciones al cielo por haberles concedido un Monarca tan prudente y tan santo; y logrando la dulzura de su gobierno, se prometian una larga serie de prosperidades, cuando la ambicion de una mujer logró infelizmente cortarlas en sus mismos principios.

Cada dia se le hacia mas insoportable á Alfrida, madrastra de Eduardo, que este ocupase el trono real, en que deseaba con impaciente ansiosa vehemencia ver colocado á su hijo Ethelredo. Á vista de la general estimacion que hacian todos de su santo Rey, y del tierno amor que le profesaban, así los grandes del reino, como todo el pueblo, conocia bien que nada tenia que esperar por el camino de la rebelion. Y resuelta en todo trance la ambiciosísima Princesa á desembarazarse del Rey, determinó hacerlo por el mas enorme de todos los delitos, aprovechando para eso la primera ocasion, que por desgracia se la presentó presto.

Salia un dia á caza Eduardo, y descubriendo desde léjos el castillo de Corfe en el condado de Dorset, donde á la sazon se hallaba la Reina madre, se apartó disimuladamente de los que le acompañaban, y metiendo espuelas al caballo, corrió derecho á saludar á su madrastra, y dar un abrazo á su hermano Ethelredo, á quien amaba tiernamente. Supo la alevosa Princesa que el Rey venia solo; salióle á recibir, y al mismo tiempo que le estaba hablando, uno de sus guardias ó de sus cortesanos le envainó un puñal en el pecho. Luego que se sintió herido el piadosísimo Monarca, picó al caballo; pero á pocos pasos cayó en tierra, y levantando al cielo los ojos, dulcemente espiró. Cuando Alfrida vió muerto al Rey, para ocultar, si

pudiese, su delito, hizo meter el cadáver en una casa de campo que estaba allí cerca; mas apenas entró en ella el santo cuerpo, cuando recobró la vista repentinamente una mujer ciega desde su nacimiento. No podia encubrirse un milagro tan público y tan patente; por lo que atemorizada Alfrida, inventando nuevos artificios, mandó conducir y arrojar el cadáver en una laguna pantanosa, sin que en un año entero se pudiese dar con él, hasta que se descubrió á favor de una milagrosa luz. Concurrió desde luego una prodigiosa multitud de pueblo á venerarle; y Alfer, príncipe de los marcianos, devotísimo del santo Rey, convidó á un gran número de obispos, abades y señores del reino para asistir á la traslacion del santo cuerpo, rogando principalmente á santa Vilfrida, abadesa de Vincester, en cuyo monasterio estaba religiosa santa Edita, hermana de nuestro Santo, que no dejase de asistir á la solemne funcion con todas sus hijas. Hízose la traslacion con extraordinaria pompa, habiéndose encontrado el cuerpo del santo Rey entero y fresco, y se colocó en el célebre monasterio de Schaftebury, fundado por el rey Elfredo, bisabuelo del Santo. Dos pobres hombres impedidos de todos sus miembros se hallaron perfecta y repentinamente sanos, habiendo tocado el féretro en que iba el santo cadáver; cuya noticia trajo á su sepulcro inmensa multitud de pueblo, no reconociéndosele desde entonces por otro nombre que por el de *el santo Mártir*. Su hermano y sucesor Ethelredo estuvo inconsolable por su muerte, sin acertar á dejar de llorarla, sino para venerarle como á Santo; y mandó edificar en honra suya una suntuosa iglesia y un monasterio de religiosas, que quiso se llamase el monasterio de Bredford. Todos los obispos del reino le dieron el título de Mártir, por haber padecido muerte tan violenta, y por haberla honrado Dios desde luego con tantas maravillas. Elevaron de la tierra el santo cuerpo el año de 1001, para exponerle á la pública veneracion, fijando su fiesta el dia 18 de marzo, que fue el de su dichosa muerte. Se asegura tambien que Alfrida reconoció su pecado, llorándole amargamente todos los dias de su vida, y no perdonando á limosnas, oraciones y penitencias para dar plena satisfaccion á la divina Justicia.

SAN NARCISO, OBISPO Y MÁRTIR, DE GERONA.

Son varias las opiniones sobre la patria de san Narciso, uno de los mas célebres prelados que florecieron en la Iglesia de España. El Breviario de Augusta (Augsburgo) en el principio de las leccio-

nes de la festividad de este Santo, afirma expresamente que era natural de Gerona. Tales fueron y tan grandes sus prendas, que faltando prelado en Gerona, los Católicos que entonces vivian en ella lo eligieron obispo de aquella ciudad. Suscitándose á poco la persecucion del emperador Diocleciano contra los Cristianos, huyó san Narciso de la persecucion del tirano, acompañándole un diácono suyo llamado Felix; y guiado del Señor se fué á Alemania, con el deseo de predicar allí el Evangelio. Habiendo llegado á Augusta, que es Augsburgo, perturbado de la persecucion que allí padecia tambien la Iglesia, acertó á entrar con su diácono en casa de una mujer ramera llamada Afra. Creyó esta que los siervos de Dios eran hombres deshonestos y lascivos que habian ido allí para pecar; pero como les oyese rezar salmos y hacer oracion á Dios, extrañando estas cosas que nunca habia visto, les preguntó qué era aquello; y luego que lo supo, y tambien como Narciso era obispo de los Cristianos, se postró á sus piés, y le dijo: Gran pecadora soy, señor; no hay en toda la ciudad mujer peor que yo. Respondióle Narciso: Mi Salvador tocado por una mujer deshonesta, no recibió la mas leve mancha; antes bien su santidad la lavó y purificó de todos sus pecados. Las manchas de la pecadora no pudieron oscurecer el resplandor de Cristo, así como los rayos del sol sin daño ni menoscabo entran en los cenagales y muladares, puros vienen del cielo, y puros vuelven á él. Por tanto, hija, abre las puertas del corazon á la luz de la fe, para que limpia de todo pecado puedas gozarte para siempre de mi venida. Replicóle Afra: Yo que he cometido mas pecados que cabellos tengo en la cabeza, ¿cómo podré ser de ellos purificada? Díjole Narciso: Ten fe, y recibe el Bautismo, y serás salva. Entonces Afra reunió tres mujeres que con ella estaban, Digna, Eunomia y Eutropia, y les preguntó su parecer acerca de lo que decia el Obispo. Respondieron ellas: Señora nuestra eres tú; te hemos seguido en la maldad, ¿qué razon habrá para que no te sigamos en pedir perdon? Con estas y otras pláticas santas llegó la noche, y el Obispo y su diácono comenzaron á cantar y á hacer oracion, y fueron acompañados en estos ejercicios de Afra y sus compañeras. Al dia siguiente luego que rastrearon los perseguidores que Narciso se habia refugiado en aquella casa, fueron allá, y preguntaron á Afra: ¿Dónde están los que entraron aquí anoche? Ella les dijo, que se habian ido á ofrecer sacrificio. Creyeron ellos que estarian en el Capitolio ó en otro templo, y se fueron de allí. Pero quedóse uno de la comitiva y dijo: Yo conocí que los que vinieron aquí anoche eran cristianos, porque á

cada instante hacian una señal de la cruz, donde murió Cristo, á quien ellos adoran. Respondió Afra: ¿Á mi casa vendrian siendo cristianos? Á mi casa solo vienen los que son como yo. Quedó este sosegado con la respuesta de Afra, y ella buscó á Hilaria su madre, y le contó lo que le habia pasado con el santo Obispo, y como á él y á su compañero tenia escondidos entre unos haces de lino para que no cayesen en manos de sus perseguidores. Añadió tambien la promesa que le habia hecho de que si abrazaba la fe, serian perdonadas todas sus culpas. Hilaria llena de gozo convino en que los llevase á su casa, y aun se lo rogó. Luego que fué allá Narciso, se le postró Hilaria á los piés, y estuvo asida de ellos tres horas, y decia: Ruégote, señor, que me alcances el perdon de mis pecados. Díjole Narciso: Dichosa es tu fe, que antes que aprendieres la palabra de la verdad, ya tenias arraigada en tu corazon la misma verdad, que apenas pueden entender los hombres por medio de la palabra. Y luego mandó que ayunasen siete dias, prometiéndolas que al octavo serian libres de todo pecado. Entre tanto estando Narciso en oracion para alcanzar de Dios la santificacion de aquella familia, se le apareció el demonio, y habló con él, y fue vencido por él y ahuyentado. Luego bautizó á Hilaria y á Afra su hija, y á todos sus domésticos y amigos, é hizo la casa de Hilaria templo de Cristianos, y les dejó consagrado obispo á Zozimo, deudo de Afra; y al cabo de nueve meses volvió á Gerona su patria para hacer en ella lo que por especial disposicion de la Providencia habia hecho en Augusta. Tres años estuvo en Gerona ejercitando su caridad y edificando al pueblo con su santa vida, y alumbrándole con su doctrina, y ganando innumerables almas para Dios, con grande aprovechamiento y gozo de los Cristianos, y pesar y rabia de los gentiles; los cuales finalmente le mataron, juntamente con su diácono san Felix, estando diciendo misa en la misma iglesia ahora llamada San Felix, que entonces era catedral, y en el mismo lugar donde ahora tiene su sagrado cuerpo, á fuerza de tres mortales heridas que le dieron en la garganta, en el hombro y en la cara. Tuvo lugar este martirio tal dia como hoy á principios del siglo IV.

Dieron los fieles sepultura al venerable cadáver de su ilustre Obispo en la iglesia de Gerona; pero habiéndose perdido la memoria de la estancia de aquel precioso tesoro, con motivo de las guerras continuas que asolaban el país, ocupado tambien por los árabes, se halló después de muchos siglos íntegro é incorrupto el cuerpo del santo Prelado, vestido de cilicio con un color natural, y las tres heridas

dichas, como si estuvieran recientes, puesta la mano derecha en ademan de bendecir al pueblo: conforme hoy permanece depositado en un sepulcro magnífico.

La ciudad de Gerona tiene y reverencia como especial patrono á san Narciso, por cuyos méritos é intercesion ha hecho Nuestro Señor muchos y muy grandes milagros, y entre otros es memorable el que sucedió cuando Felipe, rey de Francia, hizo guerra á D. Pedro, rey de Aragon, y tomó la ciudad de Gerona; porque habiendo su gente robado el sepulcro de san Narciso, salieron del mismo sepulcro innumerables enjambres de moscas y tábanos de color azul y verde con algunas listas rojas, que embistieron con la gente y caballos del Rey francés, y los emponzoñaron de manera, que á cuantos hombres y caballos mordian espiraban al momento: siendo tan considerable el estrago que hicieron en el ejército, que apenas quedó de él una tercera parte, que huyó precipitadamente á Francia temerosa de su muerte: prodigio estupendo que aconteció en el mes de setiembre del año 1286, segun consta en el libro intitulado: *Crónica de los reyes de Aragon*, que se conserva en el archivo de Barcelona; y quedaron en proverbio: *Las moscas de san Narciso.*

El papa Inocencio XI á instancia del rey Carlos II hizo extension del rezo del glorioso san Narciso para todos los reinos de España. Y el concilio Tarraconense determinó se guardase como fiesta principal el dia 29 de octubre, que es el del bendito Santo, para memoria eterna de su continua proteccion en todo el principado de Cataluña.

El Martirologio romano hace conmemoracion en dicho dia 29 de octubre de otro san Narciso, obispo de Jerusalen, los cuales algunos confunden haciendo de los dos Narcisos uno solo. Indudablemente da motivo á esta equivocacion la circunstancia de celebrarse la fiesta del glorioso san Narciso, obispo y mártir de Gerona, en el mismo dia 29 de octubre, aunque hace mencion de él el Martirologio romano en tal dia como hoy, en que cae tambien la de san Narciso, obispo de Jerusalen; pero la verdad es, que fueron dos: y no obsta el celebrarse la festividad de ambos en un mismo dia, como tampoco es argumento bastante, para creer que son diversos, el celebrarse en Augusta de nuestro san Narciso á los 29 de octubre, y en Gerona á los 18 de marzo, y por nuevo decreto el mismo dia 29; pues que puede haber muchas causas de esta diversidad. (*Véase la vida del otro san Narciso, obispo de Jerusalen, el dia 29 de octubre*).

SAN FELIX, DIÁCONO DE SAN NARCISO DE GERONA, MÁRTIR.

No se sabe de dónde fue natural este glorioso Mártir, aunque de creer es que fue de la misma patria del glorioso obispo san Narciso, ó á lo menos que era catalan. Solo sabemos lo que se ha dicho en la historia de san Narciso, esto es, que el santo Obispo le eligió por su diácono y compañero de sus trabajos apostólicos, y que le acompañó igualmente en el martirio, siendo muerto á cuchilladas por los mismos gentiles que acuchillaron á san Narciso, en tal dia como hoy.

Este san Felix, diácono de san Narciso, suele confundirse tambien por algunos con el otro san Felix de Gerona, cuya historia puede verse el dia 1.° de agosto.

La Misa es la propia del arcángel san Gabriel: la Oracion la que sigue:

Deus, qui inter caeteros angelos, ad annuntiandum Incarnationis tuae mysterium Gabrielem archangelum elegisti; concede propitius, ut qui festum ejus celebramus in terris, ipsius patrocinium sentiamus in coelis: Qui vivis et regnas...

Ó Dios, que elegiste al arcángel Gabriel entre todos los ángeles para que viniese á anunciar el misterio inefable de tu Encarnacion; concédenos, piadosísimo Señor, que los que celebramos su festividad en la tierra, experimentemos que nos patrocina desde el cielo. Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo IX *del profeta Daniel.*

In diebus illis: Ecce vir Gabriel quem videram in visione à principio, cito volans tetigit me in tempore sacrificii vespertini. Et docuit me, et locutus est mihi, dixitque: Daniel, nunc egressus sum ut docerem te, et intelligeres. Ab exordio precum tuarum egressus est sermo: ego autem veni ut indicarem tibi, quia vir desideriorum es: tu ergo animadverte sermonem, et intellige visionem. Septuaginta hebdomades abbreviatae sunt super populum tuum, et super urbem sanctam tuam, ut consummetur praevaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna, et impleatur visio, et prophetia, et ungatur Sanctus sanctorum. Scito ergo, et animadverte: Ab exitu sermonis, ut iterum aedi-

En aquellos dias: Hé aquí que el varon Gabriel, al cual desde el principio habia visto en la vision, volando súbitamente me tocó al tiempo del sacrificio vespertino. Y me enseñó, y me habló, y dijo: Daniel, ahora he venido para enseñarte, y para que entiendas. Desde el principio de tus plegarias salió la determinacion: Yo, pues, vine para manifestarte que eres varon de deseos: advierte, pues, mis palabras, y entiende la vision: Se han fijado setenta semanas para tu pueblo, y para tu ciudad santa, para que se finalice la prevaricacion, y tenga término el pecado, y se borre la iniquidad, y venga la justicia sempiterna, y tenga cumplimiento la vision y la profecía, y sea ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y está atento: Desde que salga

ficetur Jerusalem, usque ad Christum ducem hebdomades septem, et hebdomades sexaginta duae erunt: et rursum aedificabitur platea, et muri in angustia temporum. Et post hebdomades sexaginta duas occidetur Christus: et non erit ejus populus, qui eum negaturus est. Et civitatem, et sanctuarium dissipabit populus cum duce venturo: et finis ejus vastitas, et post finem belli statuta desolatio.

el edicto para que Jerusalen vuelva á reedificarse, hasta Cristo príncipe habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas: y la plaza se edificará otra vez, y tambien los muros en tiempo de angustia. Y después de sesenta y dos semanas se matará al Cristo: y no será ya mas pueblo suyo, el que le negará. Y destruirá la ciudad, y el santuario un pueblo con un capitan que vendrá, y su fin será la devastacion, y después que se acabe la guerra, será establecida la desolacion.

REFLEXIONES.

Cuando aun oraba y confesaba los pecados de mi pueblo. Aun perseveraba Daniel en sus oraciones y súplicas al Señor, cuando para hacerle saber por medio de un Ángel que habian sido oidas y felizmente despachadas, se le dice que por ser un *varon de deseos*, que quiere decir, un hombre que pide, que solicita con instancia, que clama continuamente por el remedio de su pueblo, ha merecido ser oido, sin embargo de ser una cosa maravillosa y estupenda la que pedia. La fervorosa oracion y la humilde confesion de sus pecados alcanzaron del Señor que le manifestase el misterio escondido que tanto deseaba el Profeta; y es una presuncion muy funesta el persuadirnos que nuestras frias y breves oraciones hayan de conseguirnos lo que pedimos al Señor, cuando no van acompañadas de una viva fe, de mucha perseverancia, y de un corazon verdaderamente humilde y abatido. Pedir á Dios un beneficio que no nos debe de justicia, y que antes bien cuantos nos hace son un efecto de su gran misericordia, y pedirlo con un corazon que está respirando iras, venganzas y enemistades, es en cierto modo insultar á su Majestad, es hacernos mas indignos de lo mismo que suplicamos, y es querer que Dios condescienda con nosotros, cuando no se dirige ni á nuestro bien espiritual, ni á la mayor gloria de Dios lo que pedimos.

El mismo Espíritu Santo nos dice, que recibirémos cuanto pidiéremos al Señor, con tal que se lo pidamos como conviene; pero que tengamos tambien entendido, que si no se nos concede, es señal de que lo pedimos mal ó indebidamente. Pero en tal caso fácilmente nos persuadimos que Dios no quiere oirnos, si no nos concede al instante nuestras peticiones, y no reflexionamos que solo es culpa nuestra y demérito de nuestras tibias y poco devotas oraciones el que seamos

desatendidos del Padre de las misericordias: ni tampoco nos persuadimos que muchas veces es una gran misericordia del Señor el no condescender con lo que pedimos, pues nos seria efectivamente muy funesto lo mismo que suplicamos. Dios sabe mejor que nosotros lo que en todas ocasiones nos conviene; y el diferir tal vez la concesion de nuestras súplicas, ó el no concedernos lo que le pedimos, es solo para nuestro bien, y para que no nos contentemos con pedir como quiera, sino que aprendamos á pedir con instancia, con continuacion, y sobre todo, con una humildad verdadera y con un corazon humilde, el cual siempre le oye Dios, como nos asegura el real profeta David: pidiendo así, podemos esperar con fundamento que serémos oidos del Señor, y que es mucho mas lo que el Señor puede concedernos, que lo que nosotros sabrémos desear. Por lo cual todo nos es provechoso siendo conforme con la voluntad de Dios, y cuando no pensamos en modo alguno en que se haga nuestra voluntad, sino la de Dios. Esto es lo que puede animarnos en todos nuestros trabajos, y además en todas nuestras tribulaciones, cuales son todas las que podemos sufrir en esta vida. Es menester ignorar mucho para no conocer algo de lo que vale una felicidad eterna.

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Lucas.*

In illo tempore: Missus est angelus Gabriel à Deo in civitatem Galilaeae, cui nomen Nazareth, ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen virginis Maria. Et ingressus Angelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus. Quae cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait Angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et Filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus: et regnabit in domo Jacob in aeternum, et regni ejus non erit finis. Dixit autem Maria ad Angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? Et respondens Angelus, dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet

En aquel tiempo: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una vírgen desposada con un varon, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el Ángel á su presencia, la dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres. Lo cual oyéndolo ella, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese esta. Y el Ángel la dijo: No temas, María; porque has encontrado gracia delante de Dios: mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David: y reinará sobre la casa de Jacob eternamente. Y su reino no tendrá fin. Dijo María al Ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto, si yo no he conocido varon? Y respondiendo el

in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei. Et ecce, Elisabeth cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute sua: et hic mensis sextus est illi, quae vocatur sterilis: quia non erit impossibile apud Deum omne verbum. Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

Ángel, la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes, la que se decia estéril: Porque para Dios nada será imposible. Dijo, pues María: Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

De la penitencia corporal.

Punto primero. — Considera que la penitencia corporal, las mortificaciones del cuerpo no son una virtud precisamente de los desiertos, ni privativamente de los claustros: son frutos de penitencia, que brotan en todos los terrenos, y se dan en todas las estaciones. Todos traemos con nosotros mismos aquel cuerpo del pecado, que es menester destruir, crucificándole con Cristo. Nuestros sentidos todos están de inteligencia con el enemigo de nuestra salvacion: ni uno hay, digámoslo así, que no nos sirva de ocasion de pecado, que no nos esté armando lazos: *Introdújose la muerte en nuestras casas,* dice el Profeta, *porque entró por las ventanas.* Desengañémonos, que no es posible conservar la inocencia sin la mortificacion de los sentidos. Es menester macerar la carne con ayunos y con penitencias: es menester que la circunspeccion y la modestia refrenen la licencia de los ojos, por los cuales se cuela hasta el alma el mas sútil veneno. En tocando el contagio á los sentidos, presto inficiona al corazon.

Nuestras pasiones son muy dignas de temerse; pero toda la fuerza que tienen la deben á nuestra inmortificacion. Aliméntalas nuestra sensualidad, y nos hacen guerra con las mismas armas que las damos. Detestemos en buen hora sus perniciosos designios; hagamos mil propósitos y resoluciones: nada alcanza; el medio eficaz para debilitar este enemigo interior es domar la carne, mortificar los sentidos, hacer vida penitente. Si se derriba este cercado, ¿qué maravilla es que la viña esté expuesta á que la vendimien, la pisen, ó talen? *El que sustenta delicadamente á su esclavo,* dice el Sabio, *algun dia le verá levantarse contra su amo.* Siempre se comunican al alma las disposiciones del cuerpo: búscase en todo la comodidad;

tiénese una vida sensual y regalada; pásanse los mejores dias en ociosidad y entre delicias; nada se niega al antojo de los sentidos; se inventan refinamientos aun sobre la misma delicadeza; y después de todo esto se querrá que la concupiscencia no hable palabra; que las pasiones estén sujetas á la razon; que no se sienta ni aun el calor, al mismo tiempo que voluntariamente se irrita el fuego por todas partes; esto es, que se pueda pasar ileso entre las llamas del horno de Babilonia. Contar con semejantes milagros, ¿no es querer atolondrarse para perderse con menos remordimiento? ¡Y después de eso, Señor, me quejaré, me admiraré de mis flaquezas y de mis recaidas!

Punto segundo.—Considera si entre todos los Santos que son objeto de nuestra veneracion, proponiéndolos la Iglesia por ejemplar á nuestra imitacion, se halla siquiera uno que no hubiese mortificado sus sentidos, domado su carne, y hecho vida penitente. Los que nunca perdieron la inocencia, y los que fueron pecadores; los que vivian en medio del mundo, y los que estaban como sepultados en los desiertos; el humilde pastorcillo, y el pobre oficial, igualmente que los que mandaban y edificaban al mundo desde el trono; todos crucificaron su cuerpo, todos hicieron penitencia. El nombre solo de mortificacion nos estremece: asústanos el ayuno y la abstinencia de Cuaresma: ¡y no obstante eso pretendemos salvarnos! ¡Todos esperamos ser santos! ¿Puede haber confianza mas presuntuosa?

San Eduardo fue jóven, fue rey; su vida fue siempre pura, siempre inocente; con todo eso este jóven, este inocente rey mortifica su carne: hace vida rigurosa y penitente. Pero hoy son pocos los mundanos que no miren con horror todo lo que suena á penitencia. La edad, la dignidad, el estado, la conservacion de la salud, los empleos, los negocios, la delicadeza de complexion, todo clama, todo grita que es menester dispensarse de hacer penitencia. Pues en verdad que la Religion no se ha envejecido, ni el Evangelio de Jesucristo se ha mudado, ni los sentidos nos hacen menos guerra, ni el tentador se ha retirado, ni las pasiones están menos vivas. ¿Será quizá que nosotros serémos mas privilegiados? ¿ó acaso se habrá ensanchado un poco mas el camino del cielo? Digámoslo mejor: ¿á vista de esto, serán muchos los que se salven?

¡Cosa extraña! Va una tierna doncellita á sepultarse en vida entre las paredes de un claustro, llevando consigo su primera inocencia: consúmese á penitencias y á mortificaciones para merecer el

cielo; mientras otra hermana suya, entregada totalmente á los pasatiempos del mundo, pasa la vida en diversiones, en cortejos, en saraos, en fiestas, en profanidades, en regalos, y ni siquiera puede oir hablar de ayuno, de mortificacion de sentidos, de Cuaresma. Ello es cierto que una de las dos se engaña miserablemente. Pues consultemos al Evangelio, y sabremos cuál de las dos va perdida.

De suerte que aun estando dentro del puerto abrigadas de las tempestades, distantes de los escollos, con las pasiones cási apagadas, las almas religiosas y puras no esperan asegurar su salvacion sin el socorro de la penitencia; y aquellas otras almas atestadas de pecados, esclavas de sus pasiones, sitiadas de peligros, creen que pueden muy bien pasar sin esta sal que preserva de la corrupcion, sin este antídoto contra el veneno, sin estas armas contra el enemigo de la salvacion, sin estos frutos dignos de penitencia. ¡Qué ilusion! ¡qué extravagancia!

Conozco, Señor, la necesidad que tengo de estos poderosos medios; y cubriéndome de confusion mi pasada delicadeza, me hace sentir con mayor claridad cuán indispensable me es hacer penitencia. Desde este mismo punto declaro la guerra á mi amor propio, como tambien á mis sentidos; y lleno de confianza en vuestra misericordia, espero que ha de ser fruto de mis presentes propósitos una completa victoria.

Jaculatorias. —Sí, dulce Jesús mio, sí: crucificado estoy con Vos en la cruz, y jamás me apartaré de vuestro lado. (*Galat.* II).

Ninguno es verdadero discípulo de Cristo, que no crucifique su carne con sus vicios y pasiones. (*Ibid.* V).

PROPÓSITOS.

1 De todo lo que has leido, y de las reflexiones que acabas de hacer, has de concluir que la mortificacion del cuerpo te es absolutamente necesaria; y comprende bien en qué error, en qué peligro están los que solo piensan en regalarse, los que inventan cada dia nuevos primores á la delicadeza, los que se estremecen, se llenan de miedo solo con oir nombrar abstinencia, ayuno, mortificacion de sentidos, penitencia. Nunca olvides aquellas admirables palabras del Apóstol, que acabas de leer: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt.* Todos cuantos hasta aquí se han declarado por Cristo, todos crucificaron su carne. Pues los que la tratan con tanta blandura, con tanto regalo; los que no la crucifican, ¿por quién se declaran?

¿de quién serán discípulos? No hay que engañarse voluntariamente; puesto que las damas delicadas, puesto que los señores, que los grandes, que los cortesanos, que los constituidos en dignidad, profesan la misma religion que profesaron los Santos, es menester que tengan una vida crucificada como ellos la tuvieron. Examina qué penitencias, qué mortificaciones haces; y arregla desde luego con aprobacion de tu director las que has de hacer en adelante, resolviendo que no se pase dia sin hacer alguna.

2 Sobre todo han de tener el primer lugar los ayunos de la Iglesia, y las abstinencias de precepto. ¿No es grande irreligion dispensarse de ellas á título de poca edad, de complexion delicada, de salud débil, de condicion noble, cuando no obstante esa débil salud, esa delicada complexion, tienes fuerzas para estarte las tres y las seis horas en el juego, con una postura de cuerpo, y con una aplicacion de ánimo, capaces de rendir á la mayor robustez? ¡Oh! que el ayuno incomoda, y la Cuaresma enflaquece. Razon no solo miserable, sino ridícula en quien se llama cristiano. Pues qué, ¿la penitencia es parte de la sensualidad? Y el que hace penitencia ¿pretende lisonjear el gusto, ó fomentar la inclinacion al regalo? Jamás te dispenses, sin notoria y grande necesidad, de las abstinencias y ayunos de precepto: y aun entonces procura recompensar con limosnas y con otras buenas obras penales el ayuno y abstinencia de que te dispensan. No te contentes con las penitencias de obligacion: ponte de acuerdo con tu confesor acerca de las que has de hacer voluntariamente, y de supererogacion todos los años, todos los meses y todas las semanas. Si lo consultas con el amor propio, no hallarás mortificacion que te convenga, porque todas te las representará contrarias á tu salud. Reprímese, mortifícase uno tanto por el mundo y por su propio gusto; ¡y nada se ha de hacer, nada se ha de padecer por su eterna salvacion!

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san José, esposo de la santísima Vírgen María, en Judea. *(Véase su historia en este dia).*

Los santos mártires Quinto, Quintila, Quartila y Marco con otros nueve, en Sorrento.

San Pancario, romano, en Nicomedia, el cual habiendo sido degollado en tiempo de Diocleciano, consiguió la corona del martirio.

Los santos obispos Apolonio y Leoncio, en el mismo dia.

Los santos Landoaldo, presbítero romano, y Amancio, diácono, en Gante, los cuales fueron enviados á predicar el Evangelio por el papa san Martino; después de muertos obraron muchos milagros.

El tránsito de san Juan, en la ciudad de Pina, varon de gran santidad, el cual vino de Siria á Italia, y edificó allí un monasterio de muchos siervos de Dios, de los cuales fue prelado por espacio de cuarenta y cuatro años, y al cabo esclarecido en virtudes murió en paz.

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

San José, esposo de la santísima Vírgen (*Gers. serm. de Nativit. Virg.*), y en cierto sentido propio y verdadero padre del Salvador del mundo, nació en la Judea hácia los cuarenta ó cincuenta años antes del nacimiento de Cristo. No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento; pero es probable que fue Nazareth, poblacion corta de la Galilea inferior, donde tenia el Santo su habitacion. Era de la tribu de Judá, y de la casa real de David, que reinó hasta la cautividad de Babilonia. Y aunque estaba del todo oscurecido el esplendor de esta regia casa, se conservaba su nobleza en los descendientes de ella, todos de sangre real; bien que sin rentas y sin empleos que la hiciesen brillar en el mundo: nobleza, en fin, deslucida, que estaba como sepultada en la pobreza y en el estado humilde de los que la poseian.

Los dos evangelistas que escribieron la genealogía de san José, ambos prueban concluyentemente su descendencia del real tronco de David, aunque por diferentes ramos; tan necesaria era esta circunstancia para que en la persona del Salvador se reconociese indubitablemente al verdadero Mesías prometido. San Mateo prueba su descendencia de David por Salomon, y por los demás reyes de Judá; san Lucas la deriva por Natan, hijo de David; aquel le hace hijo de Jacob, este de Helí. Y la opinion mas antigua y la mas comun entre los santos Padres es la de Julio Africano, autor que vivió hácia el fin del segundo siglo. Este asegura haber sabido por tradicion, oida de boca de los mismos parientes del Salvador, que Jacob y Helí fueron hermanos uterinos; y que habiendo muerto Helí sin tener hijos, Jacob, segun lo prescribia la ley, se casó con la viuda de su hermano para suscitar en ella su sucesion, y que de este matrimonio nació san José.

Predicando el famoso Gerson de la Natividad de Nuestra Señora á presencia de los Padres del concilio de Constancia, dijo se podia creer piadosamente que san José habia sido santificado en el vientre de su madre: *Pia credulitate credi potest.* Habiéndole destinado la di-

vina Providencia para ser esposo de María, tutor y padre nutricio del Salvador, quiso que fuese de sangre real, pero pobre. Porque habiendo de nacer el Señor en la humildad de un establo, y pasar toda la vida con necesidad y pobreza; ¿cómo habia de escoger por padre á un hombre rico, que viviese con esplendidez y con abundancia?

Descubriéronse pocas ó ningunas señas de niñez en sus primeros años; porque prevenido desde la cuna con dulces bendiciones del cielo mas que ningun otro Santo, crecia en prudencia mas que adelantaba en edad. Como el Señor le habia hecho únicamente para sí, reinó perpetuamente él solo en su casto corazon. Nunca padeció quiebra ni alteracion su pureza, siendo la principal ocupacion de su juventud así la exacta observancia de la ley, como el ejercicio de todas las religiosas virtudes.

Era de profesion carpintero; pero aunque en el oficio fuese deslucido y humilde, jamás hubo en el mundo hombre ni mas noble, ni mas brillante á los ojos de Dios, dice san Epifanio (*Haer. 78*): ninguno se acercó ni con mucho al mérito y á la eminente santidad de este gran Patriarca.

Dios proporciona sus gracias á los empleos, en sentir de santo Tomás (*part. 3, q. 27, art. 4*); y los dones sobrenaturales corresponden siempre á la excelencia y á la santidad del estado á que nos destina. Pues habiendo escogido el Señor á san José para ser en la tierra, digámoslo así, el archivo de sus mayores secretos, agente y secretario del Altísimo en el misterio de la Encarnacion, esposo de María y protector de su virginidad, tutor y nutricio del mismo Jesucristo, y en este sentido padre suyo; comprended, dice san Bernardo, cuánto seria el resplandor de sus virtudes, cuánta la multitud de sus dones sobrenaturales con que el cielo le enriqueceria, y cuán sublime su elevacion y excelencia.

Habia llegado san José á aquel supremo grado de perfeccion, que declara el Evangelio en una sola palabra, llamándole varon justo: esto es, un hombre que posee todas las virtudes en grado eminente: cuando queriendo el Verbo tomar carne en las entrañas de una vírgen, escogió á María por madre, y á José por esposo suyo.

Como la santísima Vírgen se habia consagrado á Dios en el templo cási desde la misma cuna, tocaba aun mas á los sacerdotes que á sus padres buscarla un esposo que fuese digno de tal esposa; escogieron á José, que sobre ser de la misma casa de María estaba conceptuado por el hombre mas modesto, por el mas prudente, por el mas religioso de su tiempo.

Es constante que san José, prevenido de una gracia especial, cási desconocida en aquellos tiempos, habia resuelto guardar perpetua virginidad; y es probable que no habiendo ley alguna que obligase á casarse las mujeres solteras, nunca hubiera consentido la santísima Vírgen en el matrimonio con san José, si con luz superior no se la hubiera manifestado su eminente santidad, y el deseo que tenia de conservarse perpetuamente vírgen como ella. Y aun por eso no encuentra dificultad san Agustin en comparar la virginidad de san José con la de María (*Serm. 25 de Diversis*): *Habet Joseph cum Maria conjuge communem virginitatem.* Y el cardenal san Pedro Damiano está tan persuadido á que san José fue siempre vírgen, que quiere se cuente esta verdad en el número de aquellas de que no es lícito dudar: *Ecclesiae fides in eo est, ut non modo Deipara, sed etiam putativus pater atque nutritius virgo habeatur.* (*Epist. 2 ad Nic. Pap.*). Y á la verdad, reflexiona santo Tomás, si el Salvador no quiso encomendar á su Madre á un discípulo que no fuese vírgen, ¿cómo es verisímil que permitiese se desposase con ella un hombre que no lo fuese? Los que creyeron que san José habia sido dos veces casado, y que de su primera mujer habia tenido á Santiago, á Simon, y á los demás que en el Evangelio se llaman hermanos y hermanas del Salvador (*In cap. 1 Ep. ad Galat.*), no hicieron reflexion á que la madre de estos parientes de Cristo vivia todavía en tiempo de la pasion, y que esta se decia tambien hermana de la santísima Vírgen, por la costumbre tan sabida de los judíos, entre los cuales se trataban de hermanos los parientes mas inmediatos.

Celebróse en Jerusalen el purísimo desposorio, en el cual, como se explica el célebre Gerson, no tanto fueron dos esposos cuanto dos virginidades las que contrajeron matrimonio (*Opusc. de Conjug. Mariae et Jos.*): *Virginitas nupsit.* No hubo ni habrá en el mundo matrimonio mas feliz, porque ni le hubo ni le habrá mas santo; y si María recibió en José un custodio y un protector de su virginidad y de su honor, José recibió en María la dignidad mas augusta que puede imaginarse en la tierra siendo esposo suyo: *Virum Mariae: hoc est prorsus ineffabile, et nihil praeterea dici potest*, exclama san Juan Damasceno.

Santo Tomás es de sentir (*Orat. de Nativit. Virg. 3 part. quaest. 28, art. 4*) que inmediatamente después de los desposorios hicieron los dos santísimos esposos de comun consentimiento voto de perpetua castidad; pareciendole que dos personas tan santas no podian dispensarse en un acto de religion tan perfecto. A pocos dias de des-

posados se apareció el ángel san Gabriel á la Vírgen María en su humilde pobre casa de Nazareth, y habiéndola saludado en términos de profunda veneracion á la dignidad de madre de Dios, á que sabia el celestial paraninfo que dentro de un instante habia de ser elevada, la descubrió todo el misterio de la Encarnacion, intimándola que aquel Dios que queria hacerse hombre para redimir al género humano, la habia escogido para madre suya.

Vivia san José con la Vírgen mas como ángel que como hombre, y verisímilmente quiso el Señor que ignorase lo que pasaba, para que su misma duda fuese una sensible prueba de la concepcion del Salvador, y de la virginidad de la Madre. Esta se guardaba bien de descubrir á su casto Esposo el misterio que el Espíritu Santo queria estuviese reservado hasta su tiempo, cuando el mismo José advirtió el preñado de la purísima Esposa. El superior concepto que tenia de su elevada santidad no le permitia admitir ni aun la mas leve sospecha que manchase su reputacion, y antes se inclinó á creer que era sin duda aquella doncella de quien decia Isaías (*cap.* VII) que habia de nacer el Savador. Con efecto, lo creyó así, dice san Bernardo; y movido de aquella especie de humildad y de respeto, que andando el tiempo obligó á decir á san Pedro: *Señor, apartaos de mí, porque soy un gran pecador,* pensó José en dejar á su esposa María. (*Homil. 2 super Missus est*). *Accipe et in hoc, non meam, sed Patrum sententiam,* añade el Doctor melifluo; y esta no es sentencia particular mia, es la comun de los Padres.

No sabia el casto Esposo á qué partido determinarse: apartarse de ella era desacreditarla; y quedarse en su compañia era presumir mucho de sí, teniéndose por digno de merecerla. En esta perplejidad se le apareció un Angel en sueños, y le dijo: José, acuérdate que eres de la casa de David, y que de ella ha de nacer el Mesías prometido. No temas, ni pienses en dejar la compañía de tu Esposa: es cierto que está preñada; pero el hijo que tiene en sus entrañas fue concebido por obra del Espíritu Santo; porque es el Salvador del mundo, unigénito del eterno Padre, y el prometido Mesías. Dios te ha escogido para ser su tutor y su nutricio, y en este sentido padre suyo. No receles, pues, el quedarte con María; porque sobre estar destinado para guarda fiel de su virginidad y de su honor, si se quedara sin esposo, no podria ser madre sin detrimento de su reputacion. Pondrás el nombre de Jesús al infante que naciere, para dar á entender á los mortales que este es el que viene á redimirlos y á salvarlos, ofreciéndose en sacrificio por los pecados de los hombres.

Instruido ya José del mayor de todos los misterios, comenzó desde aquel punto á mirar á la Vírgen como á madre del Redentor, creciendo en él la respetuosa veneracion con la ternura. San Buenaventura es de sentir que la acompañó en la jornada que hizo para visitar á su prima santa Isabel; y á la verdad, no parece verisímil que hubiese dejado ir sola á la santísima Vírgen en un viaje tan dilatado y tan penoso.

Cerca de seis meses después se vió precisado san José á pasar á Belen con la santísima Vírgen en virtud del decreto que publicó el emperador César Augusto, mandando registrar los nombres de todos los vasallos de su imperio, para registrar el suyo en aquella ciudad, donde estaba el solar de la casa de David, cuyo descendiente era. Así sonaba en el designio de los hombres; pero en el intento del cielo iba á aquel lugar, para que María diese á luz en él al Verbo encarnado, y al Mesías prometido, como lo tenian vaticinado los Profetas. Padeció José en Belen todo el dolor y toda la amargura que podia padecer un corazon tan grande y tan tierno como el suyo; porque después de reconvenidas todas las posadas, y desechado con desprecio de ellas, no tuvo otro albergue donde recogerse con su adorada Esposa, y con la divina prenda que esta traia en sus entrañas, que las ruinas de una humilde casa, destinada únicamente para establo de bestias. Adoró los secretos de la divina Providencia, y se rindió con profundo silencio á sus soberanas disposiciones.

En este indecente lugar vió nacer en la mitad de la noche al Salvador del linaje humano. Pero ¡cuáles fueron los extraordinarios favores, cuáles las interiores dulzuras con que el divino Infante colmó el alma de san José, á quien miraba y amaba como á padre! No fue menos sensible el gozo de nuestro Santo cuando vió llegar aquella dichosa tropa de pastores, que enviaba el cielo á adorar al Salvador. Ni sirvió de menor motivo á su gozosa admiracion la venida de los Magos pocos dias después; viendo que se movian del Oriente tres monarcas para tributar rendimientos al que, desconocido en su misma patria, y desechado de los suyos, se habia visto reducido á nacer en un establo.

Cuarenta dias después del nacimiento del niño Jesús tuvo san José la dicha y el consuelo de conducirle al templo de Jerusalen, siendo testigo ocular de las maravillas que pasaron en él. Pero apenas dió la vuelta á Belen, cuando un Ángel le advirtió el impío intento que tenia Herodes de quitar la vida al divino Infante, ordenándole que se retirase á Egipto con el Hijo y con la Madre. No difirió un punto el

obedecer, en virtud de aquella perfecta sumision que profesaba á las disposiciones de la divina Providencia; y sin dar lugar á vanos discursos ni cavilaciones de la prudencia humana, partió al instante para Egipto, donde permaneció hasta que, muerto Herodes, volvió á aparecérsele el Ángel del Señor, y le ordenó que con el Hijo y con la Madre se restituyese á Palestina.

El Evangelio da bastante fundamento para creer que san José pensaba fijar su habitacion en Jerusalen ó en Belen, como en lugares oportunos para la educacion del Mesías; pero reparando que aquellas dos ciudades estaban sujetas á la dominacion de Arquelao, hijo de Herodes, y temiendo que el nuevo rey heredase la desconfianza y la crueldad de su padre, se retiró con aviso del cielo á Nazareth, donde habia hecho menos ruido el nacimiento del Salvador, y donde no habia tanto que temer, por ser el mismo san José mas conocido. En esta afortunada ciudad vivia aquella santa familia, la mas augusta y la mas respetable que hubo, ni ha de haber jamás en el mundo, en una condicion verdaderamente oscura y desconocida; sustentando san José y su Esposa al niño Jesús con el trabajo de sus manos, y obedeciendo el divino Niño á san José como á padre suyo.

Siendo san José religiosamente observante de la ley, inviolablemente iba todos los años á Jerusalen en compañía de la santísima Vírgen para celebrar la fiesta de la Pascua; y habiendo llevado consigo al niño Jesús, cuando ya habia cumplido doce años, al volverse á Nazareth, le echaron menos. Es indecible la afliccion y la inquietud de la Vírgen y de san José los tres dias que le anduvieron buscando. Habiéndole hallado finalmente en el templo en medio de los doctores, no se pudieron contener sin quejarse amorosamente del dolor y de la pesadumbre que les habia causado con su ausencia: *Hijo mio, tu padre y yo te hemos andado buscando*, le dijo la santísima Vírgen; pero con la respuesta del Salvador se les enjugaron las lágrimas, y comprendieron el misterio.

El Evangelio nada mas nos dice de san José, sino que vuelto á Nazareth, el niño Jesús le obedecia. Pero ¿qué cosa mas grande, ni que fuese capaz de hacernos concebir mayor idea del extraordinario mérito y de la eminente santidad de san José, nos pudiera decir, exclama el sabio Gerson (*Serm. de Nativ. Virg.*), que asegurarnos que el Hijo de Dios le obedeció, le amó, le estimó, y le honró como padre suyo? *Quae subjectio, sicut inaestimabilem notat humilitatem in Jesu, ita dignitatem incomparabilem signat in Joseph et Maria.*

Vivió después algunos años san José retirado y desconocido en

compañía de la Vírgen y del Salvador. Ninguna familia poseyó mas ricos tesoros. ¿Cuál otra cosa se puede imaginar mas santa, mas perfecta, ni mas digna de nuestro culto? No se sabe de fijo el año en que murió este santo Patriarca; pero se cree con bastante probabilidad, que ya habia muerto cuando el Salvador del mundo comenzó á predicar. Lo que parece seguro es, que si san José viviera cuando murió el Salvador, no hubiera este encomendado su Madre al evangelista san Juan poco antes de espirar.

Es fácil comprender cuán preciosa seria la muerte de este gran Santo, á quien el Hijo de Dios quiso excusar el dolor que le causaria la suya. ¡Qué muerte mas dulce, qué muerte mas preciosa en los ojos del Señor, qué muerte mas santa, que la de el que mereció tener á su cabecera al mismo Jesucristo! ¡Ser asistido por la santísima Vírgen hasta que espiró dulcemente en manos del Hijo y de la Madre! ¡Qué multitud de espíritus celestiales no acompañarian aquella bendita alma hasta dejarla depositada en el seno de los padres!

Es cierto que cuando Cristo resucitó resucitaron tambien muchos Santos; y no es verisímil que habiendo hecho el Señor tantos milagros para descubrir y para exponer al culto de los fieles las reliquias de tantos otros, hubiese querido privar de esta honra á las de san José, si su sagrado cuerpo hubiera quedado en la tierra.

Aunque la Iglesia profesó siempre singular veneracion á este gran Santo; con todo eso no fue tan público su culto en aquellos siglos llenos de tinieblas, y poco tranquilos, en que solo el nombre de padre de Jesucristo pudiera hacer en los gentiles alguna impresion menos ventajosa hácia el cristianismo, y servir de pretexto á los herejes que negaban su divinidad. Hasta que gozó de paz la Iglesia no comenzó á hacerse familiar á los fieles la devocion de san José. Hállase su nombre á los 19 de marzo en los Martirologios latinos escritos mas há de ochocientos años, y aun es mas antigua su fiesta en la Iglesia griega.

Los magníficos elogios que el sabio Gerson, cancelario de la universidad de Paris, hizo de san José en el concilio de Constancia, y lo que dice de la confianza que todos los fieles deben tener en la poderosa intercesion de este gran Santo, acreditan su devocion y su piedad. Escribió diferentes cartas para que se celebrase con mayor solemnidad la fiesta de san José. La primera fue dirigida al duque de Berry en el año de 1413; la segunda al chantre de la iglesia de Chartres, y la tercera á todas las iglesias. Gregorio XV y Urbano VII

la hicieron fiesta de precepto, prohibiendo en ella las obras serviles y las funciones públicas de los tribunales.

No hay religion alguna en la Iglesia de Dios que no profese particular devocion á san José; no hay cristiano que no tenga en este gran Patriarca una tierna y amorosa confianza. Los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion en toda la cristiandad, y los singulares favores que experimentan todos los que le invocan muestran visiblemente que nada niega el Salvador al que siempre amó como á padre, y al que quiere que nosotros honremos como á tal.

Pero lo que mas ha contribuido en estos últimos tiempos á promover la devocion de san José fue la singularísima que le profesó santa Teresa de Jesús, dejándosela como en herencia á sus hijos y á sus hijas, en quienes vive hoy con toda edificacion el espíritu y la piedad de su santa Madre. En el capítulo VI de su vida dice lo siguiente:

«Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme «mucho á él; ví claro que así de esta necesidad, como de otras ma«yores de honra, y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó «con mas bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora «haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que «espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de «este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así «de cuerpo como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor «gracia para socorrer en una necesidad; este glorioso Santo tengo «experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á «entender, que así como le fue sujeto en la tierra, y como tenia el «nombre de padre, siendo ayo, le podia mandar, así en el cielo hace «cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo «decia se encomendasen á él, tambien por experiencia, y hay mu«chas que le son devotas: de nuevo he experimentado esta verdad.

«Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia... «Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo «por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de «Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga «particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud, «porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomien«dan. Paréceme há algunos años que cada año en su dia le pido una «cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la peticion, él «la endereza para mas bien mio... Solo pido por amor de Dios, que

«lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia el gran bien «que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devocion; «con especialidad personas de oracion siempre le habian de ser afi- «cionadas... Quien no hallare maestro que le enseñe oracion, tome «este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino.» Hasta aquí son palabras de santa Teresa.

En muchas iglesias se celebra con grande solemnidad el dia 22 de enero la fiesta de los Desposorios de san José con la santísima Vírgen; y ya en el siglo XIV se celebraba en la Iglesia esta festividad. Hay en varias partes fundadas muchas congregaciones y cofradías con el título de san José para asistir á los agonizantes: ¿y qué Santo mas poderoso para ayudarnos en aquel crítico momento? En la santa capilla de Chambery se muestra un báculo ricamente engastado, que se dice por piadosa tradicion haber sido de san José, y en Perusa de Italia se venera el anillo de sus santos desposorios; acreditando al parecer la verdad de esta reliquia los favores que cada dia se reciben del cielo por la devocion á ella.

HIMNO.

Te, Joseph, celebrent agmina Coelitum,
Te cuncti resonent Christiadum Chori,
Qui clarus meritis, junctus es inclytae
Casto foedere Virgini.

Celébrente, ó José, los Escuadrones
Del celestial palacio cortesanos,
Y en festivos acentos tus blasones
Engrandezcan á coros los cristianos:
Pues ilustre en virtud logras dichoso
De la Vírgen mas pura ser Esposo.

Almo cum tumidam germine conjugem
Admirans, dubio tangeris anxius,
Afflatu superi Flaminis Angelus
Conceptum puerum docet.

Al ver la novedad de que tu Esposa
En tí albergaba al Hijo concebido,
Quedó tu corazon en la penosa
Afliccion de los celos sumergido;
Mas un Angel te afirma que el preñado
Es obra del divino Amor sagrado.

Tu natum Dominum stringis, ad exteras
Aegypti profugum tu sequeris plagas;
Amissum Solymis quaeris, et invenis,
Miscens gaudia fletibus.

Tú abrazas al Señor recien nacido;
Tú mereces seguirle, y le acompañas,
Cuando profugo huyendo, conducido
Es á tierras de Egipto tan extrañas;
Tú por Jerusalen con sentimiento
Andas en busca de él; le hallas contento.

Post mortem reliquos mors pia consecrat,
Palmamque emeritos gloria suscipit:
Tu vivens, superis par, frueris Deo,
Mira sorte beatior.

Una muerte piadosa hace dichosos
A los santos ya muertos y finados,
Y logrando la palma, en los gloriosos
Alcázares de Dios son colocados:
Pero tú mas feliz, logras la suerte
De ver á Dios aun antes de la muerte.

Nobis, summa Trias, parce precantibus,
Da Joseph meritis sidera scandere:
Ut tandem liceat nos tibi perpetim
Gratum promere canticum. Amen.

O suma Trinidad en una Esencia,
Perdona á los que humildes te rogamos:
Por José nos conceda tu clemencia
Que subir á los cielos merezcamos:
En donde por los siglos perdurables
Te rindamos aplausos agradables. Amen.

La Misa del dia es en honra de este gran Santo, y la Oracion la siguiente:

Sanctissimae Genitricis tuae Sponsi, quaesumus, Domine, meritis adjuvemur, ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur: Qui vivis et regnas...

Suplicámoste, Señor, que nos ayudes por los merecimientos del Esposo de tu santísima Madre, para que consigamos por su intercesion lo que no podemos por nosotros mismos. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico.*

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

La honra que se rinde á los Santos es una especie de feudo que se tributa á la virtud. Bien puede el mundo perseguir á los buenos; pero no puede dejar de respetar la inocencia, la rectitud, la bondad, conservando con veneracion la memoria del justo: *Cujus memoria in benedictione est.*

Las mayores dignidades desaparecen; no se hace larga mansion en los empleos mas elevados; ni la florida edad es la mas dilatada estacion de las cinco en que se distribuye la mas prolongada vida. Acábase con esta la nobleza, la elevacion, la preeminencia; el fausto cae, el tumulto pasa, el ruido cesa; y parece que toda la diversidad de condiciones se reduce á representar diversas escenas en el teatro

del mundo. No hay bienes sólidos, sino los que trae consigo la virtud cristiana; no hay felicidad, no hay alegría, no hay gloria permanente sino la de los Santos. ¿Por qué tanto fausto, tanto orgullo, tanto tren en los grandes del mundo? Porque todas sus grandezas son vacías, y para que brillen es menester mendigar postizos esplendores. La majestad de la virtud brilla por sí misma; la santidad no ha menester adornos forasteros; por eso son tan comunes en los Santos la dulzura, la mansedumbre, la afabilidad, la humildad, y hasta la misma simplicidad. Su memoria está llena de bendicion, aunque su vida se vea ordinariamente acompañada de contradicciones, de persecuciones y de reveses. No les perdona la calumnia, ni el mundo les puede sufrir, porque su rectitud, su prudencia, su ejemplar piedad, es una muda condenacion de la licencia y del desórden de los mundanos: *Gravis est nobis etiam ad videndum, quoniam dissimilis est aliis vita illius.* (*Sap.* II). No siempre se explica así; pero nunca discurre de otra manera. Los disolutos miran á los virtuosos como censores importunos; este es el orígen de aquel desabrimiento, de aquel enfado, de aquella hiel que sienten contra los que profesan una vida arreglada, pura, santa, ejemplar; de los cuales no es digno el mundo, y que son tan desemejantes á ellos; pero después de su muerte, cuando ya no los tienen presente, entra la memoria de su virtud á exigir el tributo que se les debe, y entonces se les paga. Bien puede la virtud ser maltratada por algun tiempo; pero nunca pierde sus derechos.

El Evangelio es del capítulo I *de san Mateo.*

Cum esset desponsata mater Jesu Maria Joseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto. Joseph autem vir ejus cum esset justus, et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam. Haec autem eo cogitante, ecce angelus Domini apparuit in somnis ei dicens: Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est. Pariet autem filium, et vocabis nomen ejus Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.

Estando desposada la madre de Jesús María con José, se halló preñada del Espíritu Santo antes de haber estado juntos. José su marido siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, hé aquí que un Ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar á María por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesús: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

De la verdadera devocion.

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas amable, ni mas digna de un corazon cristiano y aun racional, que la piedad verdadera. Sola ella puede serenarle; ella es la que hace al cielo sereno y el mar tranquilo, porque sus primeros golpes son á rendir al amor propio, y á sujetar las pasiones. El amor de Dios es su alma, y la perfeccion es su fruto.

La virtud comunica un resplandor que oscurece la falsa brillantez de este mundo. Ella sola basta para hacer frente á las desgracias. Es aquella piedra preciosa, que hace rico á quien tiene la dicha de encontrarla; es tesoro, pero tesoro escondido. ¡Ó mi Dios, y qué poco se conoce el precio de la verdadera virtud! ¡qué pocos retratos se hacen que se la parezcan!

La verdadera devocion no es ceñuda, enfadosa, agreste, ni inurbana; su aire no es austero, ni desabrido; no consiste en excesos de un celo arrebatado; aborrece el fausto y la ostentacion; no gasta escrúpulos, gestos, ni figurerías; ignora esos modales artificiosos, afectados, y enteramente mundanos. Su carácter es el de una noble simplicidad, siempre igual, y nunca contraria á sí misma. Esta es la verdadera devocion. ¿Es esta la mia?

Enemiga de todo disfraz, gana el entendimiento por su rectitud, y conquista el corazon por su dulzura majestuosa, patente á todos en su modestia y en su ingenuidad. Es mas respetable cuanto es mas humilde; y su mérito no depende ni del capricho, ni de las fantasías de los hombres; nada mas independiente del humor que la verdadera virtud.

Léjos de seguir aquellas sendas extraordinarias, que muchas veces descaminan, y distante de aquellas ideas presuntuosas, que siempre fomentan el orgullo, encuentra en las obligaciones mas comunes de su estado un camino seguro, firme y sólido para arribar á la mas elevada perfeccion.

Es grande injuria de la virtud imaginar que sea propia de ella la rusticidad, porque tal vez se encuentre en los que hacen profesion de devotos. La incivilidad es defecto: luego le condena la verdadera virtud. A la verdad, la devocion no afecta ciertos modales ceremoniosos de cortesanía; pero tampoco olvida las mas mínimas atenciones de la verdadera urbanidad. La devocion atenta cultiva y pule el

espíritu mas rústico y mas grosero. ¡Qué efectos no produce en un corazon cristiano y en una alma pura! ¡qué dulzura, qué paz se encuentra en un corazon donde reina Dios! ¿cuándo lo experimentaré yo, dulce Jesús mio?

Punto segundo. — Considera el retrato que hace san Pablo de la verdadera devocion, haciendo el de la perfecta caridad; y examina después si el tuyo concuerda con este original.

La caridad, dice el Apóstol, *es paciente, es dulce, es benéfica, no es envidiosa; nada hace contra razon, no es ambiciosa, no es hinchada, ni desdeñosa, no busca su propio interés: de ninguno piensa mal; anticípase á hacer todo bien; siempre humilde, siempre oficiosa; de nada presume, jamás se encoleriza; todo lo sufre con paciencia, y todo lo excusa con caridad.*

Esto quiere decir que una persona sólidamente virtuosa, un hombre verdaderamente devoto, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion; un hombre siempre severo consigo, que á sí mismo nada se perdona, al mismo tiempo que extremadamente dulce y apacible para los demás excusa todas sus faltas; bueno sin afectacion, condescendiente sin bajeza, oficioso sin interés, observante sin escrúpulo, y continuamente unido á Dios, sin que le cueste violencia; con bajo concepto de sí mismo, con grande estimacion de los demás, porque en los otros solo mira las virtudes que los adornan, y en sí solo considera las miserias á que está sujeto. Siempre contento, y siempre igual: porque como sola la voluntad de Dios es la medida de sus deseos, y la regla de su conducta, siempre hace lo que Dios quiere, y siempre quiere lo que Dios hace.

¿Te conoces á tí mismo en este retrato? Este es el de los devotos verdaderos. Mas ¿es por ventura el tuyo? Quisieras sin duda gustar los frutos de la verdadera devocion; pero ¿qué es lo que haces para recogerlos? En san José encuentras un gran protector, y un gran modelo de la verdadera virtud. Mira su amor á la castidad, y acuérdate que Dios gusta de las almas puras. Considera su humildad, su dulzura, su mortificacion, su recogimiento interior, su perfecta sujecion á la voluntad de Dios, su tierno amor á Cristo y á María. Todas estas virtudes son inseparables de la verdadera devocion.

¡Ah, Señor, y qué desproveido me hallo de ellas! ¡Y cómo siento, cómo conozco mi necesidad! pero todo lo espero de la poderosa proteccion de san José; en su nombre os pido aquella pureza, aquel recogimiento, aquella mortificacion, aquella humildad, basa de todas las virtudes. Os pido vuestro amor, pero un amor tierno y cons-

tante; os pido una gran ternura para con vuestra santísima Madre; os pido, en fin, la verdadera devocion, que es la herencia de vuestros escogidos.

Jaculatorias. — Habiendo buscado en todas partes mi paz y mi quietud, solamente la hallé cuando viví de asiento en la casa del Señor. (*Eccli.* xxiv).

Aquella paz de Dios, que es superior á todo cuanto se puede pensar, posea y guarde vuestro corazon y vuestro entendimiento en Nuestro Señor Jesucristo. (*Philipp.* iv).

PROPÓSITOS.

1 Siendo tan provechosa para nosotros la proteccion de los Santos, no es razon mirarla con indiferencia. Si tanto apreciamos y aun cultivamos la gracia de los que están cerca del príncipe, y le deben su confianza, ¡con qué afan debemos aspirar á merecer la proteccion de los que están mas elevados en la gloria, son mas validos, y tienen mayor poder con Dios! Infiere de aquí la devocion que debes profesar á san José. ¿Qué Santo mas poderoso con Cristo y con la Vírgen, que el que en cierto sentido verdadero fue padre del uno y esposo de la otra? Quien huyendo á Egipto salvó, por decirlo así, al mismo Salvador. Confia en la poderosa intercesion de este gran Santo, pero no omitas diligencia alguna para merecerla. Ningun año dejes de confesar y comulgar el dia de esta festividad; solemnízala con tu familia. Invócale cada dia con alguna oracion particular. Tómale por tu abogado para toda la vida; en las Horas encontrarás muchas oraciones en reverencia de san José; rézalas todos los dias, si puedes hacerlo buenamente; y cuando no, á lo menos no dejes de rezarlas los miércoles de cada semana, por ser este el dia que parece haber consagrado á san José la devocion de los fieles. Apenas habrá lugar donde no haya alguna iglesia, ó á lo menos alguna capilla dedicada á san José. Los Carmelitas y las Carmelitas descalzas, animados con el espíritu de su santa Madre, celebran en todas partes con mucha solemnidad la fiesta del santo Patriarca; procura asistir á ella y ganar las indulgencias concedidas á los que visitan sus iglesias. Ten en tu cuarto la imágen de san José, y escógele por particular protector de tu familia, inspirando continuamente á tus criados, á tus hijos, y á los que están á tu cargo, una entera confianza, tierna devocion y respeto singular á san José.

2 No hay en el mundo estado ni condicion que no pueda, y aun

deba tomarle por su protector. Los grandes, porque fue de sangre real; los casados, porque tambien lo fue con la santísima Vírgen; los pobres oficiales, porque fue un pobre carpintero. Los mendigos y despreciados hallarán en él un verdadero padre. Los caminantes experimentarán su proteccion en sus viajes, cuyas incomodidades y peligros experimentó el mismo Santo en los que hizo á Egipto y á Nazareth. Por lo que toca á la vida interior, á la verdadera devocion, y á la castidad, se puede decir que san José fue el modelo de los que la profesan. ¿Y qué devocion no deben tener á este gran Santo todas las personas religiosas? Finalmente, san José es abogado especial de la buena muerte; habiéndose fundado con autoridad apostólica debajo de su nombre y proteccion muchas piadosas congregaciones y cofradías para ayudar á los moribundos en aquel momento crítico. Procura alistarte en alguna de ellas, y cumplir exactamente con sus obligaciones. La buena muerte es la obra máxima de toda la vida. ¿En qué otra hora necesitamos mayores auxilios? ¡y qué consuelo haberlos merecido para entonces por medio de una tierna devocion con este gran Santo, cuando siempre se experimentan los efectos de su poderosa proteccion en aquella postrera hora! Pide á Dios todos los dias la gracia final, y pídesela por intercesion de san José.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

San Joaquin, padre de la santísima Vírgen María, Madre de Dios, en Judea, cuya festividad se celebra el domingo después de la Asuncion de la misma Vírgen. *(Véase la historia de su vida en las de este dia).*

San Arquipo, en Asia, compañero del apóstol san Pablo, de quien el mismo Apóstol hace mencion en la carta á Filemon y á los Colosenses.

Los santos mártires Pablo, Cirilo, Eugenio, y otros cuatro, en Siria.

Santa Fotina, samaritana, y sus dos hijos José y Víctor, en el mismo dia; y tambien san Sebastian, capitan, Anatolio, Fosio, Fotides, Parasceves y Ciriaca, hermanas, los cuales, confesando á Jesucristo, fueron martirizados.

Siete santas mujeres Alejandra, Claudia, Eufrasia, Matrona, Juliana, Eufemia y Teodosia, en Amid de Paflagonia, las cuales por la confesion de la fe fueron martirizadas. Siguiéronlas en el martirio Derfuta y una hermana suya.

San Nicetas, obispo, en Apolonia, el cual murió desterrado por defender el culto de las santas imágenes. *(Véase una noticia de su vida en las de este dia).*

San Wlfrau, obispo de Sens, en el monasterio de Fontanelle, el cual ha-

biendo renunciado el obispado murió en aquel monasterio esclarecido en milagros.

El dichoso tránsito de san Cutberto, obispo de Lindisfarne, en Inglaterra, el cual desde su niñez hasta la muerte resplandeció en milagros y santas obras.

San Ambrosio, en Siena de la Toscana, del Órden de Predicadores, esclarecido en la predicacion, santidad y milagros.

SAN JOAQUIN, PADRE DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Pudiera al parecer extrañarse que los evanglistas no hubiesen hablado del gran patriarca san Joaquin, si el Espíritu Santo no nos tuviera ya prevenidos por el Eclesiástico (*cap.* xi), que á los padres nunca mejor se les conoce que por los hijos, y que el mérito del hijo es la mayor gloria del padre. Por tanto, no parecia muy necesario que la sagrada Historia nos hiciese individual relacion de las grandes excelencias y de las eminentes virtudes de san Joaquin, cuando bastaba acordarnos que habia sido padre de la madre de Dios y abuelo del Salvador del mundo.

Es cierto que san Joaquin fue de sangre real, como lo fue san José, de quien era deudo inmediato. Su familia descendia originariamente de Judea; pero reducida al estado de pobreza, por particular providencia del Señor, que no quiso fuesen los parientes del Salvador de otra condicion que él, estaba como oscurecida; y habiéndose domiciliado en Nazareth después de algun tiempo, era comunmente reputado por de familia galilea. San José fue carpintero, y san Joaquin trataba en ganados y en lanas.

Parece que habia nacido con el Santo la piedad. Aun no se habia visto en el mundo hombre de vida mas ajustada: la rectitud, la modestia y el amor á la Religion, eran en él característicos, y mereció á todos el concepto de hombre extraordinariamente virtuoso. A impulso de este fondo de piedad y de religion, buscó cuidadosamente para esposa suya la doncella mas virtuosa y mas cabal de toda la nacion; siendo santa Ana la que el cielo le habia destinado, previniéndola desde la cuna con aquellas abundantes gracias que la hicieron digna abuela del Salvador; y dando con su mano toda la dicha y toda la felicidad á san Joaquin, fue el mas perfecto modelo de la elevada santidad en el estado del matrimonio.

El de los dos santos Esposos fue dichosísimo, no pudiendo ser mayor la conformidad de genios, de dictámenes y de inclinaciones. El único objeto de sus ansias era Dios; sus deseos, sus fervorosos sus-

piros eran por la venida del Mesías; y ocupado su corazon de este anhelo, pasaban en oracion y en retiro todo el tiempo que les permitian las indispensables atenciones del estado. Revelósele á santa Brígida, como ella misma lo asegura, que san Joaquin y santa Ana estaban tan inflamados en el fuego del divino amor, que ninguna cosa era capaz de mitigar sus ardores. Fueron, dice, dos astros brillantes, cuyo resplandor, aunque encubierto con la oscura nube de una condicion humilde, deslumbraba á los mismos Ángeles, embelesaba, por decirlo así, á todo el cielo con aquella inocencia, con aquella pureza de vida tan exacta como poco comun.

Habia muchos años que san Joaquin y santa Ana vivian en la dulce paz, union y ejercicio continuo de virtud, que tanto edificaban al pueblo, cuando quiso el Señor que saliese aquella misteriosa vara del tronco de Jesé, de que habla el profeta Isaías (*cap.* XI), y que se dejase finalmente ver la Aurora tan deseada, que habia de preceder al nacimiento del Sol.

Es opinion comun, que ya Joaquin y Ana iban declinando hácia la vejez, y todavía se hallaban sin sucesion; esterilidad, que (reputada entonces por una especie de maldicion del cielo, y por la desgracia mas afrentosa que podia caer sobre una familia, pues por ella perdia para siempre la esperanza de emparentar con el Mesías) tenia bastantemente humillados y desatendidos á los dos santos Esposos. Y aun hay quien asegure, que como en cierta ocasion quisiese san Joaquin acercarse al altar para presentar su ofrenda, uno de los sacerdotes le desvió de él con desprecio, como indigno de participar los privilegios que gozaban los que no estaban como señalados de la mano de Dios; mortificacion que humilló mucho á nuestro Santo. Y como la edad, y aun mas que ella, su género de vida, segun dice santa Brígida, los tenia mucho tiempo habia desesperanzados de tener hijos, se contentaban con gemir secretamente en la presencia del Señor, y rendidos á su voluntad, solamente le pedian lo que fuese de su mayor gloria.

Créese que el cielo consoló á los santos Esposos con la revelacion de que tendrian una hija, que seria bendita entre todas las de su sexo; y que Dios queria servirse de ella para la salvacion de Israel. Pero sea lo que fuere, es cierto que tuvieron por fruto de sus oraciones á la santísima Vírgen, que librándolos con su nacimiento de la ignominia de estériles, hizo á sus padres las dos personas mas felices, y las mas respetables del mundo.

«Fue David, dice san Epifanio (*de Laud. B. M. V.*) rama de la

«raíz de Jesé, como lo fue la Vírgen del tronco de David. Su padre «san Joaquin y su madre santa Ana, cuidando únicamente de agra- «dar á Dios con la pureza de su vida y con el ejercicio de todas las «virtudes, produjeron el precioso fruto de la santa Vírgen María, que «fue templo y Madre de Dios. *Joachim porro, Anna, et Maria, hi tres «Trinitati palam sacrificium offerebant.* ¡Qué sacrificio tan agradable «ofrecian cada dia á la santísima Trinidad estas tres santas personas, «Joaquin, Ana y la Vírgen! El nombre de Joaquin significa *prepa- «racion del Señor,* como el de Ana significa *gracia;* y á la verdad, «ninguna fue mas señalada que la de dar á luz á la madre del Sal- «vador.»

«¡Ó afortunados esposos Joaquin y Ana! exclama san Juan Da- «masceno (*in Nativ. B. M. V. orat.*) ¡cuánto os debe el género hu- «mano por haberle dado á la que algun dia le habia de dar al Re- «dentor del mundo! *Exulta, Joachim:* gózate, Joaquin dichoso, pues «te ha nacido una hija que ha de ser madre del prometido Mesías. «*O beatum par Joachim, et Anna! ac profecto ex ventris vestri fructu «immaculati agnoscimini.*» ¡Ó felicísimo par, Joaquin y Ana! Ningu- nas maravillas por extraordinarias que fuesen, ningunas acciones por grandes que se celebrasen, ningunos prodigios de virtud que de vosotros se refiriesen, nos harian formar idea mas superior de vues- tro mérito, que sola la cualidad augusta de padres de la Madre del mismo Dios. No hay grandeza, no hay dignidad en la tierra que no sea inferior á este glorioso título. Por la excelencia del fruto se co- noce la del árbol, y por la de la santísima Vírgen vuestra extraor- dinaria santidad.

Nada se sabe con certeza, ni del tiempo, ni de la edad en que mu- rió san Joaquin. Cedreno asegura que vivió hasta los ochenta años; pero lo que parece probable, puesto que no se hace mencion de él en el Evangelio, es que debió morir antes que la Vírgen se despo- sase con san José.

Andrés Cretense, arzobispo de Jerusalen, en el elogio que hace de san Joaquin y santa Ana, dice que luego que nació la santísima Vír- gen, la llevaron sus bienaventurados padres al templo, y en él la consagraron al servicio de Dios, como fruto de sus oraciones después de tan larga esterilidad; y que habiendo vivido después algunos años san Joaquin, terminó en fin su inocente vida con una muerte pre- ciosa en los ojos del Señor. Y como todo el consuelo y todo el tesoro que tenian era el de su querida hija, hallándose esta dedicada á Dios en el templo, se cree, que para estar mas cerca de ella, se vinieron

sus padres á residir á Jerusalen, en cuya ciudad rindió su dichoso espíritu san Joaquin entre los brazos de santa Ana y de la Vírgen. Era grande la devocion que le profesaban los cristianos del Oriente ya desde el cuarto siglo de la Iglesia; y si en el Occidente tardó algun tiempo mas en extenderse, no cede hoy á la Iglesia griega en la veneracion de este grande Patriarca; pues serán pocos los pueblos de la cristiandad donde no haya erigido aras á Joaquin la confianza de los fieles, y donde los singulares favores que por su intercesion dispensa el cielo cada dia, no acrediten lo mucho que importa acudir á él en todas las necesidades, y no dejar se pase dia alguno sin rendirle algun obsequio. Los que viven en el siglo deben profesarle particular devocion, y los religiosos le deben venerar como perfecto dechado y protector particular de la vida interior y retirada. Muéstrase en Colonia la cabeza de san Joaquin, y en Bolonia de Italia otras reliquias del Santo, las que se creen legítimas por una piadosa tradicion.

SAN MARTIN DUMIENSE, ARZOBISPO DE BRAGA.

San Martin, llamado *Dumiense* por el monasterio que gobernó como abad y como obispo, y *Bracarense* por la iglesia de Braga de que fue después prelado, es uno de los Santos extranjeros, que mas han trabajado por el bien y la gloria de la Iglesia de España. Fue natural de Panonia, que hoy es Hungría; sacólo Dios de entre su parentela para que alumbrase á otras gentes con la luz de la fe y de la buena doctrina. Peregrinó por la Palestina, visitando con gran devocion los santos lugares donde vivió y murió Cristo. En este viaje aprendió la lengua griega, y quedó tan instruido en las ciencias, que, como dice san Gregorio Turonense, llegó á ser el mas docto de su siglo. Desde aquellas tierras vino por inspiracion de Dios á nuestra Península, y en la Galicia trabajó en la conversion de los suevos de aquellas regiones, imbuidos en el arrianismo desde el año 465, poco mas ó menos, en que Ayax, sacerdote de los godos narbonenses, los pervirtió. Habia ya ofrecido convertirse á la fe católica el rey Charrarico con toda su casa, si por intercesion de san Martin Turonense curaba de la lepra su hijo Teodomiro. A este tiempo cuando ya habia obrado Dios tan señalada maravilla, llegó nuestro san Martin á Orense, donde es verosímil residiesen entonces los Reyes, y ayudó á la instruccion de la casa real y de todo el pueblo para que abrazasen la religion católica, lo cual se cumplió por los años 550.

Junto á Braga, que fue después corte de estos Reyes, edificó Martin un monasterio en el campo Dumiense. Así en este como en otros que fundó, se propuso nuestro Santo imitar la vida de los solitarios y monjes que habia visto en Oriente. El Rey y los prelados atendiendo al celo de este santo varon, deseando autorizarlo y honrarlo al mismo tiempo, erigieron la abadía del monasterio de Dume en cátedra episcopal hácia los años 555, y así lo gobernó Martin siendo abad y obispo juntamente, como lo fueron sus sucesores, mientras tuvo á su cargo aquella casa el cuidado de los individuos y dependientes de ella, y de la casa y de la familia real. Siendo nuestro Santo obispo Dumiense asistió al concilio I de Braga, celebrado contra los Priscilianistas en el año 561, cuando reinaba en Galicia Teodomiro, siendo arzobispo de Braga Lucrecio, el mismo que habia consagrado á san Martin obispo de Dume.

Muerto aquel metropolitano, fue promovido Martin al gobierno de la iglesia de Braga, dejando el Rey á su cuidado el del monasterio Dumiense, en cuya silla no fue colocado otro obispo mientras vivió nuestro Santo. El cual como se vió único metropolitano del reino de los suevos, y que á su cargo estaba además de Galicia y Asturias gran parte de la Lusitania; despreciando la mayor grandeza y autoridad de su persona por atender al bien espiritual de los pueblos, trató con el rey Teodomiro que se aumentase el número de los obispos, y que se erigiese una segunda metrópoli en Lugo, en donde mas fácilmente pudiesen congregarse los de aquel partido para tratar del bien de sus iglesias.

Hecha así la division de estas dos metrópolis, y señalados los límites de la una y de la otra, dispuso san Martin con acuerdo del rey Miro, hijo de Teodomiro, que de los obispos de entrambas se celebrase un segundo concilio en Braga por los años 572, á los once de haberse tenido el primero. En él firmó en primer lugar san Martin con los obispos pertenecientes á la metrópoli de Braga, los de Viseo, de Coimbra, Egitania, Lamego y Magneto. En clase aparte el metropolitano de Lugo Nitigisio con los suyos, los de Iria, Orense, Tuy, Astorga y Britonia.

Á estos trabajos propios del oficio pastoral, añadió Martin otros de que se ha seguido gran bien á toda la Iglesia. Hizo una nueva coleccion de los antiguos Cánones griegos, reduciéndolos por clases al método mas útil que hasta aquellos tiempos se habia conocido. Escribió *la regla de la fe y de la santa Religion*, que debe de ser la doctrina católica que enseñó á los suevos recien convertidos de la

impiedad arriana. Compuso otro tratado alabado por san Isidoro, *de la diferencia de las cuatro virtudes cardinales*, al cual llamó nuestro Santo, *Fórmula de la vida honesta*, y lo escribió, como él mismo dice, á instancias del rey Miro, á quien lo dedica.

De sus cartas parece haberse formado otro libro, el cual leyó san Isidoro con el título de *tomo de cartas*. De todas ellas no queda hoy dia sino la que escribió al obispo Bonifacio, sobre las tres inmersiones en el sacramento del Bautismo. Porque las que tenemos escritas al rey Miro, al obispo de Lugo Nitigisio, y á Witimiro, obispo de Orense, son dedicatorias que no pertenecen al libro que cita san Isidoro.

Tambien son de nuestro Santo el tratado elegantísimo de la *ira*, dedicado á Witimiro, un libro *sobre el ahuyentar de sí la jactancia*, otro *de la soberbia*, la *exhortacion á la humildad*, y un tratado *sobre la Pascua*: escribió además de esto una obra *sobre las costumbres*, otra acerca *de la correccion de la gente rústica*, que después de abrazar la fe conservaban los ídolos. Fue aventajado en la poesía latina, como se echa de ver en los versos suyos que se colocaron sobre la puerta meridional del templo de San Martin de Orense, y publicaron después Lirmondo y el P. Florez. Tradujo del griego *las sentencias de los Padres de Egipto*, y al diácono Pascasio mandó que tradujese tambien de la misma lengua *unas vidas de Padres griegos*, las cuales y algunas otras obras de nuestro Santo, convendria que para bien y consuelo de nuestros pueblos se pusiesen en lengua castellana.

En estos y otros trabajos dignos de su alto estado, ocupó Martin los dias de su preciosa vida, dejando agregados los suevos á la Iglesia católica, y restablecido en todos sus dominios el culto de Dios, la santidad de las costumbres, y una muy exacta disciplina. Fue su muerte por los años 580, á los treinta de su consagracion sobre poco mas ó menos. Dejó escrito en versos latinos el epitafio de su sepulcro, que en prosa castellana dice de esta manera: *En tu casa, ó confesor Martin, se ofrece el que ha nacido en Panonia, navegando por anchos mares, vino á parar, por disposicion de Dios, á lo interior de Galicia. Siendo obispo, restableció el culto y el órden de celebrar las cosas sagradas; y siguiéndote á tí, ó patrono, yo tu siervo Martin, igual en el nombre, desigual en los méritos, descanso aquí en la paz de Cristo.*

La fama de su santidad y de su doctrina excedia á cuanto puede decirse. San Gregorio Turonense dice que murió lleno de virtudes. El concilio X de Toledo le llamó *Santo*. San Isidoro *Santísimo*. Venancio Fortunato, aun cuando Martin vivia, le llamaba el nuevo san

Martin y el Apóstol de Galicia. Fue sepultado en la iglesia de su monasterio Dumiense, cuyos monjes lo ocultaron cuando la irrupcion de los sarracenos : abandonando aquel sitio poco defendido, huyeron á las cercanías de Mondoñedo, y allí fundaron otro monasterio con el mismo título. Después de recobrada Braga, fue hallado el sagrado cuerpo, y colocado en alto para consuelo de los fieles. Luego después le volvieron á quitar de aquel sitio, y llegó á perderse otra vez la memoria de su paradero, hasta el año 1591 en que se descubrió; y en el de 1606 fue trasladado solemnemente á la catedral, y colocado junto al cuerpo de san Pedro de Rates, en la capilla del lado del Evangelio.

SAN NICETO Ó NICETAS, OBISPO.

En este dia el Martirologio romano hace memoria de san Niceto, obispo de Apolonia, ciudad sita en los confines de Bitinia bajo la metrópoli de Nicomedia; donde, como en parte ninguna, encendieron los herejes iconoclastas su cruel persecucion contra los Católicos, en tiempo que florecia en ella este eminente Prelado, que fue hácia la mitad del siglo VIII; de quien nos dicen los escritores que fue un varon constante en la fe ortodoxa, acérrimo defensor de la religion cristiana, admirable en la piedad, liberal en favorecer á los pobres, esclarecido en el conocimiento de las cosas divinas, y de una elocuencia singular. Quisieron los herejes obligarle á negar el culto á las imágenes de Jesucristo, á las de su santísima Madre, Ángeles y Santos que veneraba la Iglesia; pero no habiendo podido vencer su fortaleza, le condenaron á varios destierros, en los que molestado con muchas injurias, trabajos é incomodidades, quebrantada su salud con tantos males, murió en el Señor por los años 735, segun la computacion de Baronio.

La Misa es en honra de san Joaquin, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui prae omnibus sanctis tuis beatum Joachim genitricis Filii tui patrem esse voluisti: concede, quaesumus; ut cujus festa veneramur, ejus quoque perpetuo patrocinia sentiemus: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre todos los santos escogiste al bienaventurado san Joaquin para padre de la Madre de tu Hijo; suplicámoste nos concedas que experimentemos perpetuamente la poderosa proteccion de aquel cuya fiesta hoy solemnizamos. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág. 58.*

REFLEXIONES.

Asombro es que sea tan gran maravilla encontrar un hombre rico que conserve la inocencia en medio de la abundancia, y que no ponga su confianza en los tesoros: *Qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia.* Siendo las riquezas liberal dádiva de la mano del Señor, ningunos debieran servirle con mayor reconocimiento ni con mayor fidelidad que los ricos. Siempre debia triunfar la virtud de la opulencia. El que tiene mas medios para ser bueno, ¿no tiene mas obligacion de ser santo?

No obstante sucede todo lo contrario. Los mas poderosos, los de mayores conveniencias no siempre son los mas cristianos; líbralos su opulencia de las miserias de la vida: pero ¿exímelos por ventura de las leyes del Evangelio? y el que tiene mas bienes de fortuna que otros, ¿adquiere acaso derecho para tener menos piedad y menos religion?

Amotínase la misma razon natural contra esta proposicion; pero ¿no hay sobrado motivo para hacerla? El licencioso desórden de costumbres; la disolucion del corazon y del espíritu; la poco religiosa conducta de la mayor parte de los que se llaman dichosos en el mundo; sus insulsas bufonadas en materia de religion; el menosprecio que hacen de puntos bien esenciales de la ley; su profanidad, su fausto, su fiero orgullo, todo esto no nos da derecho para preguntar, ¿si los nobles, si los ricos gozan algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana; y si la desigualdad de condiciones en el mundo supone alguna diversidad de obligacion en órden á guardar los mandamientos de la ley entre los que profesan una misma religion?

Pero á menos que se ignoren los principios del cristianismo, ¿se podrá dudar que sus leyes son universales, esto es, que obligan á todos, y en todos los estados? No hay mas que un Evangelio; luego no hay mas que una ley. Las máximas de Jesucristo son invariables; no hay condicion, no hay estado que á proporcion no esté sujeto á ellas; ninguno que esté absolutamente exento de guardarlas. Hay en el cielo muchas mansiones, es verdad; pero el camino que conduce á ellas sustancialmente es uno solo. El príncipe y el vasallo, el rico y el pobre están obligados á la misma pureza de costumbres, si profesan la misma fe, las mismas máximas, los mismos consejos y los mismos preceptos. Y si en esta variedad de estados se hace lugar

á alguna interpretacion mas benigna, ciertamente no es en favor de los ricos. Á los grandes necesariamente ha de costar mas el salvarse que á los humildes y miserables; porque donde hay mas estorbos que vencer, es preciso hacerse mayor violencia. Las riquezas no ensanchan el camino estrecho que conduce al cielo, antes le embarazan. La grande dificultad que un rico tiene de salvarse, nace de la grande facilidad que la abundancia le ofrece para perderse. Todo lo ha de temer el que lo puede hacer todo.

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Mateo.*

Liber generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham. Abraham genuit Isaac. Isaac autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Judam, et fratres ejus. Judas autem genuit Phares, et Zaram de Thamar. Phares autem genuit Esron. Esron autem genuit Aram. Aram autem genuit Aminadab. Aminadab autem genuit Naasson. Naasson autem genuit Salmon. Salmon autem genuit Booz de Rahab. Booz autem genuit Obed ex Ruth. Obed autem genuit Jesse. Jesse autem genuit David regem. David autem rex genuit Salomonem ex ea, quae fuit Uriae. Salomon autem genuit Roboam. Roboam autem genuit Abiam. Abias autem genuit Asa. Asa autem genuit Josaphat. Josaphat autem genuit Joram. Joram autem genuit Oziam. Ozias autem genuit Joatham. Joatham autem genuit Achaz. Achaz autem genuit Ezechiam. Ezechias autem genuit Manassen. Manasses autem genuit Amon. Amon autem genuit Josiam. Josias autem genuit Jechoniam, et fratres ejus in transmigratione Babylonis. Et post transmigrationem Babylonis, Jechonias genuit Salathiel. Salathiel autem genuit Zorobabel. Zorobabel autem genuit Abiud. Abiud autem genuit Eliacim. Eliacim autem genuit Azor. Azor autem genuit Sadoc. Sadoc autem genuit Achim. Achim autem genuit Eliud. Eliud genuit Eleazar. Eleazar autem

Libro de la generacion de Jesucristo hijo de David, hijo de Abrahan. Abrahan engendró á Isaac: Isaac engendró á Jacob: Jacob engendró á Judas y sus hermanos: Judas engendró de Tamar á Fares y Zara: Fares engendró á Esron: Esron engendró á Aran: Aran engendró á Aminadab: Aminadab engendró á Naason: Naason engendró á Salmon: Salmon engendró de Rahab á Booz: Booz engendró de Ruth á Obed: Obed engendró á Jessé: Jessé engendró á David rey: David rey engendró á Salomon de aquella que habia sido (mujer) de Urías: Salomon engendró á Roboam: Roboam engendró á Abías: Abías engendró á Asa: Asa engendró á Josafat: Josafat engendró á Joran: Joran engendró á Ozías: Ozías engendró á Joathás: Joathás engendró á Achaz: Achaz engendró á Ezequías: Ezequías engendró á Manassés: Manassés engendró á Amon: Amon engendró á Josías: Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos, en la transmigracion de Babilonia. Y después de la transmigracion de Babilonia Jeconías engendró á Salathiel: Salathiel engendró á Zorobabel: Zorobabel engendró á Abiud: Abiud engendró á Eliazin: Eliazin engendró á Azor: Azor engendró á Sadoc: Sadoc engendró á Achin: Achin engendró á Eliud: Eliud engendró á Eleazar: Eleazar engendró á Mathan: Mathan engendró á Jacob: Jacob engendró á José, esposo de María,

genuit Mathan. Mathan autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Joseph virum Mariae, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

de la cual nació Jesús que se llama Cristo.

MEDITACION.

De la devocion á los Santos.

Punto primero. — Considera que cuando se pretende alguna gracia de un príncipe, nunca sobran los amigos, y siempre se hace la corte á los que tienen mas crédito con el soberano.

No se puede dudar que los Santos son los validos de Dios, y que su intercesion es de gran provecho á los que la imploran. Siendo tan favorecidos del Señor, no puede dejar de oirlos; y siendo tan perfecta su caridad, no pueden mostrarse insensibles á nuestras necesidades, ni hacerse sordos á nuestras súplicas. Como tan poderosos con el Padre de las misericordias, han de tener mucha parte en la distribucion de sus gracias, y su intercesion no puede ser indiferente. Hallandose ya su corazon enteramente satisfecho, saciados sus deseos, colmados de todos los bienes, y herederos de la fuente de todos por la posesion del mismo Dios; todo el valimiento que logran con el Señor, lo han de emplear en favor nuestro; pues nos miran como á hermanos suyos, y como á futuros ciudadanos de la corte celestial. ¡Oh buen Dios, y qué grande debiera ser nuestra devocion con estos amigos vuestros! ¡qué frecuentes nuestras visitas, qué continuas nuestras instancias á estos favorecidos del supremo Juez! ¿Si temerémos cansarlos con nuestras súplicas? pero ¿no sabemos que muchas veces se hace mérito aun de la misma importunidad en implorar su proteccion? Á la verdad, todos los favores nos vienen de Jesucristo, que es el único manantial de todas las gracias; pero por la intercesion de los Santos, y sobre todo por la Reina de todos ellos, podemos esperar, no obstante nuestra indignidad, tener parte en sus misericordias.

Por la intercesion de la Vírgen hizo Cristo el primer milagro, y en atencion á los judíos que se lo rogaron, se dignó bajar á casa del centurion. Aun para dar salud á los enfermos parece que esperaba á que los Apóstoles se lo pidiesen y se lo rogasen mucho. ¡Y será posible que no cultivemos protectores tan poderosos, y amigos tan necesarios!

Punto segundo. — Considera que si Dios atendió tanto á la intercesion de los justos, que aun vivian en el mundo, ¿qué dejará de conceder á los que reinan con su Majestad en el cielo?

Aunque estaba tan irritado con aquellas cinco ciudades abominables que habian llegado al último punto de la maldad, está pronto á perdonarlas, con tal que se hallen en ellas solos diez justos. Pues ¡cuánta será, Dios mio, vuestra condescendencia con aquella bienaventurada muchedumbre de justos que hay en el cielo, con los cuales teneis vuestras delicias, y á cuya intercesion nada sabréis negar!

Pero no es solo el crédito que tienen con Dios lo que debe excitar nuestra devocion y animar nuestra confianza; su mérito, su celo, su caridad y el eminente puesto á que se hallan sublimados en la gloria, han de servir tambien de motivo á nuestra devocion, á nuestra ternura y á nuestro respeto.

Las alhajuelas mas despreciables, las mas viles que sirvieron á los Santos, se hacen preciosas y respetables por la santidad de los que las usaron. ¿Qué virtud mas purificada ni mas brillante que la suya? ¿qué mérito mas seguro ni mas cumplido, qué perfeccion mas eminente ni mas sublime, qué dignidad del mundo que no sea muy inferior á la que ellos gozan? Los mayores monarcas de la tierra se tienen por dichosos en adorar sus reliquias. Y en medio de títulos tan augustos, en la elevacion de aquel alto grado de gloria, ¡qué celo es el suyo por nuestra salvacion! ¡con qué compasion miran nuestras miserias! ¿y nosotros no tendrémos con los Santos mas que una devocion tibia, lánguida y desmayada; siendo por otra parte tan activos, y aun tan ardientes en procurar el favor de los grandes, y en merecer su benevolencia? ¿Serános de gran provecho la proteccion de los grandes del mundo después de nuestra muerte? ¿nos hará felices su gracia y su favor? ¿Acaso vale muchas veces lo que cuesta una mirada favorable de un ministro ó de un valido? Á mucha menos costa podemos merecer la benevolencia y la poderosa proteccion de los Santos. ¡Y cuánto nos importará conseguir la de un san José, la de un san Joaquin, la de la Madre del mismo Dios! ¿qué desvelos, qué diligencias no debiéramos aplicar para hacernos gratos á sus ojos, para merecer que nos mirasen con agrado? ¿quién podrá hacer por nosotros oficios mas importantes? ¿quién podrá con mas facilidad alcanzarnos mayores gracias?

Gloriosos Santos, confieso que hasta ahora he merecido muy poco vuestra proteccion, por lo poco que os he honrado, y por lo menos que me he aprovechado de vuestros ejemplos. Bien sé que para complaceros es menester imitaros; pero tambien sé que no os puedo imitar sin aquellos auxilios que espero conseguir del Señor por vuestra intercesion. Espero que no me la habeis de negar, y espero tambien

merecérosla por mi fiel correspondencia á la divina gracia, y por mi constante devocion á vosotros.

Jaculatorias.—¡Oh Señor, y cuántas honras, cuántos favores debo á vuestros amigos los Santos! (*Psalm.* cxxxviii).

¡Qué admirable es Dios en sus Santos! Por su intercesion llena de bendiciones á su pueblo el Señor Dios de Israel. (*Psalm.* lxvii).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa mas conforme al espíritu de nuestra Religion, ni de mayor provecho para nuestras almas, que la devocion con los Santos y la confianza en su intercesion para con el Padre de las misericordias. Creo y confieso, dice san Basilio escribiendo al emperador Juliano, que la santísima Vírgen María es madre de Dios; hónrola y venérola, como tambien á los santos Apóstoles, Profetas y Mártires, y reconozco que por su intercesion me mira el Señor con ojos benignos, y derrama sobre mí sus bendiciones. Por tanto, así á ellos como á sus imágenes las venero y las respeto como me lo enseña mi Religion: esto aprendimos de los santos Apóstoles, esto practican todas las iglesias, y esto nos enseña una constante tradicion: *Confiteor Dei genitricem sanctam Mariam: suscipio veros et sanctos Apostolos, Prophetas, et Martyres, et ad Deum deprecationem quae per eos mihi efficit misericordissimum Deum. Pro quo, et figuras imaginum eorum honoro. Specialiter hoc traditum est à sanctis Apostolis et non prohibitum, sed in omnibus ecclesiis nostris eorum designari vel historias.* Profesa toda la vida una tierna devocion á los Santos, con especialidad á la Reina de todos, la santísima Vírgen, y á la sacra Familia. No es dudable que la honra que logró san Joaquín de ser padre de la Madre de Dios le ha merecido en la gloria un lugar muy elevado, y que es grande su crédito y poder para con Dios; porque si el Hijo todo se lo concede á la Madre, parece que al Padre nada podrá negar la Hija. Hasta aquí para muchos ha sido un tesoro escondido la devocion de san Joaquín; y pues ahora le has descubierto tú, aprovéchate de él, y experimentarás cuánto vale. Honra á este gran Santo con especial culto, poniendo debajo de su poderosa proteccion á tu persona, á tu familia ó á tu comunidad; y rezándole todos los dias la oracion propia que se dice en la misa, con firme confianza que no habrá cosa que no alcances de Cristo y de María por intercesion de san Joaquín.

2 Es bien de extrañar que estando adornados los cuartos y las

salas de los Cristianos de pinturas profanas, y aun tal vez escandalosas, muchas veces no se vea en ellas el retrato de un Santo, ni una imágen de devocion. Y á vista de unas pinturas tan del genio de los gentiles y del estragado gusto de nuestro siglo, bien se pudiera dudar si los que hacen vanidad de semejantes adornos tienen el corazon y el espíritu de Cristianos. No haya en tu casa sala, cuarto, pieza ni aun rincon donde no se registren algunas señales de tu religion y de tu piedad; porque las pinturas sagradas, dice san Gregorio Niseno, son mudas exhortaciones que despiertan al alma, y la excitan al amor de la virtud: *Solet enim etiam pictura tacens in pariete loqui, maximeque prodesse.* El enemigo de la salvacion es el que ha persuadido á los herejes que retiren de la vista todo aquello que puede servir de reprension á sus desórdenes y á sus errores; por lo cual no te debes contentar tú con tener pinturas devotas, sino que has de profesar muy particular devocion á los Santos, con especialidad al que hubieres escogido, ó te hubiere tocado por protector tuyo de mes, á quien debes hacer cada dia algun obsequio, ó rezarle alguna breve oracion.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Benito, abad, en Monte Casino, el cual restableció y propagó maravillosamente en el Occidente la disciplina monástica, cási del todo relajada; su vida gloriosa en virtudes y milagros la escribió san Gregorio, papa. *(Véase la historia de su vida en las de este dia).*

La conmemoracion de los santos Mártires, en Alejandría, que en tiempo del emperador Constancio, y del prefecto Filagrio, fueron asesinados por los Arrianos y los gentiles, estando en la iglesia en un dia de Viernes santo.

Los santos mártires Filemon y san Domnino, en el mismo dia.

San Birilo, en Catania de Sicilia, ordenado obispo por san Pedro, el cual habiendo convertido muchos gentiles á la fe, en su última edad murió en el Señor.

San Serapion, anacoreta, en Alejandría, obispo de Tamne, varon de gran virtud, el cual fue desterrado por el furor de los Arrianos, y murió en el destierro.

San Lupicinio, abad, en el territorio de Leon de Francia, cuya vida fue memorable por su gran santidad y milagros.

SAN BENITO, ABAD Y PATRIARCA DE LAS RELIGIONES MONACALES DE OCCIDENTE.

San Benito, tan célebre en todo el orbe cristiano, luz del desierto, apóstol del Monte Casino, restaurador de la vida monástica en el

Occidente, uno de los mas ilustres y de los mayores Santos de la Iglesia, nació por los años de 480 en las cercanías de Nursia, del ducado de Espoleto. Su nobilísima casa, una de las mas distinguidas de Italia, se hacia respetar en toda ella, así por sus enlaces, como por su grande riqueza. El padre, que se llamaba Eupropio, se cree que fue de la casa de los Anicios, y su madre llamada Abundancia, era condesa de Nursia. San Gregorio, que escribió la vida nuestro Santo, dice que no sin misterio le llamaron *Benito*, por las grandes bendiciones con que le previno el Señor desde su nacimiento.

Nada hubo que hacer en inclinarle á la piedad, porque las primeras lecciones que se le dieron, hallaron ya un corazon formado para la virtud. Desde luego se descubrió en él un buen ingenio, nobles inclinaciones, un natural tan dócil, y tales señales de devocion, que á los siete años de su edad le enviaron sus padres á Roma para que se criase en aquella corte á vista del papa Felix II, que tambien se cree haber sido de la misma familia.

Hizo asombrosos progresos en las ciencias humanas por espacio de siete años que se dedicó á ellas; pero fueron mucho mas asombrosos los que hizo en la ciencia de la salvacion. Ya desde entonces se miraba como especie de prodigio su teson en la oracion, su inclinacion al retiro, su circunspeccion, y las penitencias que hacia en una edad que solo toma gusto á las diversiones y á los entretenimientos.

Pero sobre todo sobresalia en Benito la tierna devocion que profesaba á la Madre de Dios. Venérase todavía en el oratorio de san Benito de Roma la imágen de la santísima Vírgen, en cuya presencia pasaba muchas horas en oracion todos los dias; y asegura el beato Alano, que delante de ella recibió del cielo extraordinarios favores.

Habiendo observado las licenciosas costumbres de los jóvenes de su edad y de su esfera, y conociendo los grandes peligros á que estaba expuesta su salvacion quedándose en el mundo, resolvió buscar seguro asilo á su inocencia en el retiro del desierto; y lleno del espíritu de Dios que le guiaba, salió de Roma siendo de solos quince años: llegó cerca de una aldea llamada Afilo, donde habiendo hecho un milagro con la ama que le habia criado, y no habia querido apartarse de él, halló medio para escaparse secretamente de ella, y por sendas descaminadas se fué á esconder en el desierto de Sublago, á quince leguas de Roma.

Todo infundia horror en aquella soledad: los peñascos escarpados, cuyas puntas se escondian á la vista, los precipicios espantosos y un terreno seco, estéril é infecundo; pero el animoso Benito halló en

ella dulces atractivos. Habiéndole encontrado cierto monje llamado Romano, le preguntó qué buscaba por aquellos desiertos, y respondiéndole Benito, que un sitio donde sepultarse en vida para no pensar mas que en Dios, admirado Romano le enseñó cierta gruta abierta en una roca, parecida á una sepultura. En ella se enterró Benito, y Romano le trajo de su monasterio un hábito de monje, cuidando tambien de traerle algunos mendrugos de pan una vez á la semana.

No se pueden comprender las excesivas penitencias que hizo aquel esforzado jóven, héroe de la religion cristiana, desde los primeros pasos de su penosa carrera. Su ayuno era continuo, su oracion casi perpetua; y como si no bastase para mortificacion de aquel cuerpecito tierno y delicado no tener mas cama que la dura peña, ni apenas otro alimento que insípidas y agrestes raices, se echó á cuestas un áspero cilicio, de que no se desnudó en toda la vida.

Estremecióse el infierno al ver tantas virtudes en el jóven solitario, y desde luego empezó el enemigo comun á valerse de todo género de artificios para desalentarle. Dió principio á la batalla haciendo pedazos una campanilla pendiente de una cuerda larga con que Romano prevenia á Benito para que acudiese á recoger los mendrugos de pan que le descolgaba; pero la caridad, que es ingeniosa, halló arbitrio para continuar en su ejercicio. A esto se siguieron ruidos, fantasmas y otras cien estratagemas, que habiéndolas experimentado igualmente inútiles, acudió por último recurso á la tentacion mas vehemente y tambien mas peligrosa.

Burlábase Benito, lleno de confianza en Jesucristo, de todos los vanos esfuerzos del demonio, cuando la memoria ó la imágen de una doncella que habia visto en Roma se le imprimió tan vivamente en la imaginacion, le inquietó tanto, y le apuró con tal vehemencia, que para librarse de ella se desnudo el santo jóven con animoso denuedo, y corriendo á arrojarse entre una espinosa zarza, en ella se revolvió y se revolcó hasta que el extremo dolor que sentia mitigó del todo los ímpetus del deleite con que el tentador habia querido derribarle. Quedó para siempre vencido y avergonzado el espíritu impuro, y premió el cielo la generosa fidelidad de su siervo, concediéndole el singular privilegio de que no volviese á experimentar en adelante semejantes tentaciones.

Habia tres años que Benito vivia en el desierto mas como Ángel que como hombre, cuando quiso el Señor darle a conocer al mundo. A legua y media de su gruta ó de su cisterna, habitaba un santo clérigo, que en la víspera de Pascua habia hecho disponer comida algo

mas abundante para el dia siguiente en honor de tanta festividad. Aquella noche se le apareció el Señor en sueños, y le dijo que al otro dia buscase á su siervo en el desierto, y le llevase de comer; hízolo así el buen sacerdote, y quedó atónito cuando se halló con un mancebo tan delicado, y vió la espantosa penitencia que hacia; y sin poderse contener, publicó lo que habia visto: siendo esta la ocasion de que comenzase la fama de Benito á divulgarse, y hacer ruido en el mundo.

Murió por este tiempo el abad del monasterio de Vicovarre, entre Sublago y Tívoli; y habiendo nombrado los monjes á Benito por superior suyo, aunque se resistió cuanto pudo alegando muchas razones, no fue oido, y le obligaron á encargarse del gobierno del monasterio. Pero apenas comenzó el santo Abad á querer enderezarlos por el camino estrecho de su profesion, cuando se arrepintieron de la eleccion que habian hecho; negáronle la obediencia, y aun intentaron quitarle la vida con veneno que le echaron en la bebida; mas al tiempo de sentarse el Santo á la mesa echó la bendicion, como acostumbraba, y al punto se hizo pedazos el vaso que contenia el veneno.

Conociendo Benito la perversa intencion de aquellos monjes, y pidiendo á Dios los perdonase, renunció la abadía, y se volvió á retirar á su amada soledad, aunque no estuvo solo mucho tiempo; porque á la fama de su rara santidad concurrió de todas partes tan prodigioso número de gente con deseo de entregarse á su direccion y gobierno, que solo en el desierto de Sublago fundó doce monasterios, dándoles la regla que acababa de componer, dictada, digámoslo así, por el Espíritu Santo.

Creciendo cada dia la reputacion de su virtud, venian á verle y á consultarle los mas autorizados senadores de Roma, entre los cuales Tertulo trajo consigo á su hijo primogénito Plácido, de edad de siete años, y Equicio á Mauro, que tenia doce, rogando á Benito que se encargase de educarlos. Aplicóse á ello con tanto cuidado, que en poco tiempo de aquellos dos queridos discípulos suyos hizo dos grandes Santos, habiendo Plácido derramado su sangre por Jesucristo, y siendo Mauro como el segundo fundador de la religion benedictina en el reino de Francia.

No hay virtud sin persecucion. Gobernaba la parroquia inmediata al desierto de Sublago un mal sacerdote, llamado Florencio, que no pudiendo sufrir tan heróicos ejemplos de virtud, como muda reprension de los desórdenes secretos de su estragada vida, no contento con desacreditar cuanto podia el nuevo Instituto, ni con perseguir al pa-

dre y á los hijos, intentó con diabólicos artificios armar infames lazos á la pureza de los monjes. Juzgó el Santo que dictaba la prudencia ceder á la tempestad; y desamparando el desierto de Sublago, se fué al Monte Casino, donde el cielo le tenia prevenida una miés mas abundante, y donde al título de fundador de una religion tan célebre entre todas las que ilustran á la Iglesia del Señor, habia de añadir el de apóstol.

Habíanse como atrincherado entre las inaccesibles montañas del Casino algunas miserables reliquias del paganismo, adorando impune y públicamente al dios Apolo, en cuyo honor se conservaba un templo y algunos bosques sagrados á vista de la misma Roma cristiana. Encendido Benito de aquel espíritu que anima y forma los héroes del Evangelio, ataca á la idolatría en sus mismas trincheras, derriba el templo, hace pedazos el ídolo, abrasa los bosques consagrados á las mentidas deidades, levanta sobre las mismas ruinas del templo y del altar dos capillas, una en honra de san Juan Bautista, y otra en la de san Martin, y en pocos dias convierte á la fe á todos aquellos pueblos.

Armóse, dice san Gregorio, todo el infierno junto para detener las rápidas conquistas de nuestro Santo. Espectros horribles, aullidos espantosos, terremotos, amenazas, incendios, granizo, piedra, de todo se valió el enemigo de la salvacion; pero de todo inútilmente. Sobre la eminencia de aquella montaña fundó Benito el famoso monasterio de Monte Casino, venerado siempre como solar y centro de aquella célebre religion que brilla tanto en la Iglesia de Dios ha mil y doscientos años, habiendo dado á los altares mas de tres mil Santos, á las diócesis un número cási infinito de insignes prelados, al sacro Colegio mas de doscientos cardenales, á la Silla apostólica cuarenta sumos Pontífices: donde hasta el dia de hoy se admiran y se veneran en las célebres congregaciones de Cluni, de Monte Casino, de san Mauro, de san Vanes, de san Columbano (sin que á ninguna ceda la de España é Inglaterra) tan grandes ejemplos de virtud, y escritores tan hábiles, tan sobresalientes en todo género de letras.

Aun no se habia acabado el nuevo monasterio cuando fue menester levantar otros muchos; siendo este el tiempo en que san Benito compuso, ó á lo menos perfeccionó aquella santa regla, cuya prudencia, sabiduría y perfeccion alaba tanto san Gregorio, habiendo merecido no solo la aprobacion, sino el respeto de toda la Iglesia.

Movida santa Escolástica, hermana de san Benito, así de los grandes ejemplos de virtud, como de las maravillas que obraba el Señor

por medio de su santo hermano, determinó dejar el mundo; y encerrándose con otras doncellas en un monasterio distante algunas leguas de Monte Casino, fue tambien, con la direccion de nuestro Santo, fundadora de la vida monacal en el Occidente respecto de las mujeres.

No es fácil referir ni todo lo que hizo Benito los trece ó catorce años que vivió en Monte Casino, ni todos los prodigios que se dignó Dios obrar por su ministerio. No solo poseia el don de milagros, sino que le comunicaba á sus monjes; como lo experimentó Mauro, que se metió por una laguna, sin hundirse en ella, á sacar á san Plácido por órden de su maestro.

De todas partes concurrian tropas de gente á venerarle. Y deseando Totila, rey de los godos en Italia, conocer á un hombre de quién publicaba la fama tantas maravillas, vino á verle; pero al mismo tiempo para probar si estaba dotado del don de profecía, que tanto se celebraba, mandó á un caballerizo suyo que se vistiese de los adornos reales y de todas las insignias de la majestad; mas luego que Benito le vió con aquel equipaje, le dijo con dulzura: *Deja, hijo mio, esas insignias que no te convienen; y no te finjas el que no eres.* Asombrado Totila de la maravilla, corrió á arrojarse á los piés del Santo, á los que estuvo postrado hasta que Benito le levantó; y habiéndole reprendido respetuosamente los horribles estragos que habia hecho en Italia, le pronosticó cuanto le habia de suceder por espacio de nueve años, exhortándole á convertirse, y diciéndole que al décimo iria á dar cuenta á Dios de toda su vida. Verificó el suceso toda la profecía del Santo, y procediendo Totila en adelante con mayor moderacion y humanidad, no cesaba de publicar la virtud del siervo de Dios.

Siendo san Benito la admiracion de todo el mundo, y respetándole los sumos Pontífices, los Emperadores y los Reyes como el asombro de su siglo, vivia en el monasterio como si fuera el último de los monjes. Solo se valia de su autoridad para ejercitarse en los oficios mas humildes, y para exceder en mucho la austeridad de la regla. No obstante que el Señor parece habia puesto debajo de su dominio á todo el infierno, y que la misma muerte le obedecia, era con todo eso humildísimo, teniéndose por el mas mínimo de todos los monjes, y acreditando con su proceder que así lo creia. Pronosticó el dia de su muerte, y se dispuso para ella con nuevo fervor y ejercicios de penitencia. Seis dias antes mandó abrir la sepultura; y en fin, el sábado antes de la dominica *in Passione,* á los 21 de marzo del año

de 543, siendo de solos sesenta y tres años no cumplidos, pero consumido de los trabajos y mortificaciones, lleno de méritos, y logrando el consuelo de ver extendida su religion en Sicilia por san Plácido, en Francia por san Mauro, y en España, Portugal, Alemania, y hasta en el mismo Oriente por otros discípulos suyos, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador en la misma iglesia de Monte Casino, donde se habia hecho conducir para recibir el santo Viático.

En el mismo punto que espiró, dos monjes que vivian en dos monasterios muy distantes, vieron un camino muy resplandeciente, que daba principio en Monte Casino, y terminaba en el cielo; y al mismo tiempo oyeron una voz que decia: *Este es el camino por donde Benito, siervo amado de Dios, subió á la gloria.* El cuerpo del Santo estuvo por algunos dias expuesto á la veneracion de sus hijos y de todo el pueblo, y después fue enterrado en la sepultura que él mismo habia mandado abrir; donde se conservó hasta el año 580, en que fue destruido el monasterio de Monte Casino por los lombardos, como lo habia profetizado el mismo Santo, quedando sepultadas entre sus ruinas aquellas preciosas reliquias. Dícese que el año 660, habiendo pasado á visitar el Monte Casino san Aigulfo, por órden de san Momol, segundo abad del monasterio de Fleuri, llamado hoy *San Benito sobre el Loyra*, tuvo la dicha de desenterrar aquel tesoro, y trayéndole á Francia, le colocó en su monasterio, donde se adora con singular veneracion, honrando el Señor las sagradas reliquias con los innumerables milagros que hace cada dia.

La Misa es en honra del Santo, y la Oracion la que sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Benedicti abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de san Benito, abad, nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico, pág. 322.*

REFLEXIONES.

In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum: Hízole santo por su fe y su mansedumbre. Nunca es estéril una fe viva; es como el alma del justo; le hace obrar y le hace vivir; siempre acompañan á sus luces benignas influencias. Presto es santo el que tiene una viva fe. ¿De

dónde nace la flojedad en el servicio de Dios? ¿de dónde la poca fuerza que nos hacen las verdades mas terribles de la Religion? ¿de dónde el poco gusto á la penitencia? de que se cree con mucha tibieza. *Al que cree,* dice el Salvador (*Marc.* v), *todas las cosas son posibles;* y se pudiera añadir, que tambien fáciles. Pero que el amor propio se estremezca; mas que la razon se violente; mas que se asusten los sentidos: *Nolite timere, tantummodo crede.* No temas, cree, y será tuya la victoria. Ciertamente cuando la fe nos representa con viveza aquellas verdades eternas; cuando nos desenvuelve aquellos misterios sobrenaturales; cuando nos pone á la vista con la mayor claridad aquellos objetos superiores á las limitadas luces de todo entendimiento criado, las nieblas del espíritu humano se disipan, las ilusiones caen y se desvanecen. Entonces se conoce que las brillanteces del mundo son falsas, que sus flores son caducas, que cási todas son artificiales. Entonces se descubre como es la virtud, ó por mejor decir la santidad, aquella afortunada region, que léjos de devorar á sus habitadores, los sustenta, los enriquece, los colma de delicias; es una tierra por donde corren rios de leche y miel: *In fide ipsius sanctum fecit illum.* No es posible creer como se debe y no ser santo. Usa san Pablo de esta palabra cuando escribe á los fieles. Y á la verdad, ¿cómo es posible creer la encarnacion del Verbo, la vida y muerte del Salvador, todo lo que hizo y padeció por redimirnos, y tratarle con indiferencia? ¿Cómo es posible creer aquel infierno eterno, aquellas llamas inextinguibles, aquellos tormentos infinitos en severidad y en duracion, y encontrar amargura en la penitencia, y deleite en el pecado? *La fe,* dice san Juan, *es aquella victoria que triunfa del mundo.* Ella es la que sujeta las pasiones, y la que hace pedazos las mas dulces y las mas fuertes prisiones. A la claridad de sus rayos se descubren los lazos que arma el tentador á la virtud; se quita al mundo la mascarilla, quedando á cara descubierta sus capciosos artificios; y finalmente, se solicita un asilo á la inocencia, buscándole en los claustros y aun en los mismos desiertos. La fe hizo ingeniosos, hizo sabios á los Santos; sea nuestra fe tan viva como la suya, y con el auxilio de la divina gracia serémos tan dichosos y tan santos como ellos.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis?

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué

Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

premio, pues, recibirémos? Pero Jesús les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido en la regeneracion, cuando el Hijo del Hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre, ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la felicidad de los Santos en el cielo.

Punto primero.—Considera con qué energía promete el Salvador á los que le sirven magníficas recompensas; ciento por uno en esta vida, y gloria eterna en la otra. ¿Has formado alguna vez concepto cabal, ó á lo menos no desproporcionado, de lo que es esta felicidad eterna? De ningun modo.

Concibe, si es posible, la dicha de los bienaventurados en el cielo. Es tal, que nada de lo que se diga es bastante para explicarla, y nada de cuanto se haga es suficiente para merecerla.

No hay en el mundo cosa que nos pueda hacer comprender los bienes que gozan; pero hay demasiadas que nos hagan conocer los males de que están exentos. ¿Quieres comprender la felicidad de la otra vida? Pues sábete que está exenta de todas las miserias de esta. Dolores, tristezas, enfermedades, miedos, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está para siempre desterrado de aquella mansion feliz. Ninguna desazon, ninguna molestia tiene entrada en aquella santa ciudad. Reina en la Jerusalen celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, qué entendimiento humano podrá comprender las mas inefables dulzuras que gustan vuestros escogidos en el cielo!

No solo se logra allí todo cuanto se desea, sino todo lo que es menester para no tener mas que desear. El corazon está lleno; el alma satisfecha. Están como inundados los cortesanos del cielo en un torrente, en un océano de purísimas delicias. No son solamente todos los bienes juntos, es la fuente misma de todos los bienes, es la posesion del mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad inimaginable. Hablando en propiedad, no es la alegría del Señor la que entra

en el corazon de los Santos; ese seria espacio muy estrecho, lugar muy ahogado; el alma de los bienaventurados es la que entra, es la que se anega, es la que deliciosamente se pierde, digámoslo así, en la alegría del Señor; esto es, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios.

Ciertamente, si un consuelo interior, si un favor del cielo un poco sensible causa dulzuras tan inefables aun en esta region de lágrimas, que quita la amargura á los mayores trabajos, hace ligeras las mas pesadas cruces, y es causa de que los santos Mártires verdaderamente sientan gusto en medio de los mas crueles tormentos, ¿qué será en el cielo, donde los gustos, los consuelos, las delicias espirituales no se alambican gota á gota, sino que se dan á inundaciones; donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer al alma feliz, y esto en recompensa de lo poco, ó cási nada que se hizo por él? ¡Ó buen Dios, y qué liberalmente premiais á los que os sirven! ¡qué proporcion hay entre lo que hacemos, y lo que nos dais!

Punto segundo.—Considera qué alegría producirá aquella vista clara y distinta, aquella vista íntima de un Dios, y de un Dios amigo, y de un Dios padre.

La posesion de los bienes criados cansa, porque como todo cuanto hay en este mundo es limitado, apenas se posee, cuando ya fastidia; pero siendo Dios de perfeccion infinita, cuanto mas se posee, mas deleita. Los bienaventurados nunca se ven hartos; por una parte siempre satisfechos, y por otra siempre ansiosos; *semper avidi, et semper pleni* (*Aug.*), pero una ansia que no es congoja, porque la misma saciedad excita, estimula el apetito.

En fin, los ojos no han visto jamás cosa igual á lo que tiene preparado el Señor para sus escogidos; los oidos nunca oyeron semejantes maravillas; ni la imaginacion es capaz de penetrar tan allá, ni remontarse tan alto. Solo una grosera idea podemos formar de la eterna felicidad que nos cabrá para siempre. ¿Puede ni debe tener mas digno objeto mi ambicion? ¿puede ni debe ser de mi gusto cualquiera otro deleite? ¿puedo ni debo aspirar á mayor fortuna?

Imagina todo cuanto puede hacer á un hombre perfectamente feliz en este mundo. Junta todos los tesoros del universo; une todas las coronas de la tierra; la muerte echa un jarro de agua sobre esta idea de felicidad.

En el cielo es donde se logra la dicha de ser perfectamente feliz; allí es donde se asegura no dejar jamás de serlo. El mundo se aca-

bará, pasaránse millones de millones de siglos después que ya no haya memoria de él; y no habrá pasado ni un solo momento de aquella dichosa eternidad. ¡Ó mi Dios, y qué cosa tan dulce es poseeros sin miedo de perderos jamás! ¡qué recuerdo tan suave, qué pensamiento tan delicioso! Tengo todo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha; se anega mi corazon en una alegría pura, perfecta, y esta alegría jamás ha de tener fin; yo me he salvado al cabo, yo soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto es lo que ahora piensa, y esto es lo que ahora dice san Benito con aquel infinito número de Santos que ha dado al cielo su sagrada religion. ¿Hallarán ahora por su cuenta que el cielo les costó muy caro? ¿Se arrepentirán ahora de las penitencias, de las amarguras de su dichosa soledad?

Dios mio, ¿es posible que yo puedo ser todo esto; que puedo gustar todo esto; que yo puedo decir todo esto; y que no hago todo cuanto se puede hacer en el mundo para lograr algun dia la dicha de poder gustarlo, y de poder decirlo? Vuestra gracia imploro, dulcísimo Jesús mio, vuestra gracia; porque desde este mismo punto comienzo á trabajar en este negocio sin intermision y sin cobardía.

Jaculatorias. —¡O mi Dios, y cuántas dulzuras teneis reservadas á los que os temen y os aman con fidelidad! (*Psalm.* xxx).

¡Ó Señor, cuando llegará aquel dichoso dia en que la ceniza se convierta en corona, las lágrimas en óleo de alegría, y en vez de luto esté vestido de gloria! (*Isai.* lxi).

PROPÓSITOS.

1 Cuando la generosa madre de los siete hermanos Macabeos exhortaba al menor de sus hijos á dar la vida valerosamente por la Religion, á ejemplo de sus hermanos, le decia estas palabras: *Peto, nate, ut aspicias ad coelum... dignus fratribus tuis effectus particeps.* (*II Mach. cap.* vii). Ruégote, hijo mio, que pongas los ojos en el cielo, y te hagas digno de merecer la diadema que ya adorna las sienes de tus hermanos. Toma para tí este utilísimo consejo, sumamente provechoso en las diferentes disposiciones del cuerpo, del corazon y del ánimo. Es la vida fértil en espinas, fecunda en mortificaciones, las que al parecer crecen con el riego de nuestro llanto. Aun cuando nos perdonaran la calumnia, la envidia y la persecucion, nuestras mismas pasiones serian nuestros tiranos. En medio de esas adversidades, cuando estés mas sitiado de trabajos, represéntate al

mismo Salvador, que anima tu desaliento con la esperanza del premio: *Peto, nate, ut aspicias ad coelum.* Una ojeada hácia el cielo, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso, de aquella gloria brillante, embota á las espinas las puntas, disipa los enfados, calma las inquietudes, tranquiliza el corazon agitado, y hace dulce hasta la misma amargura. Si la memoria sola de la muerte es bastante para quitar el gusto á los deleites mas lisonjeros y mas exquisitos; la vista del cielo, la consideracion de la gloria que gozan en él los bienaventurados, no es menos propia para endulzar las aflicciones, para sobrellevar los contratiempos de esta vida. Haz la experiencia; y sírvete de este medio no solo para sufrir con resignacion tus trabajos, sino para consolar á los otros en los suyos.

2 Si quieres estar mas desprendido de la tierra, piensa frecuentemente en el cielo. Imita lo primero la piedad de aquel gran príncipe, que en los salones mas ostentosos de palacio, y en sus mas deliciosas magníficas casas de campo mandó poner esta inscripcion: *Non habemus hic manentem civitatem sed futuram inquirimus:* No tenemos en este mundo mansion que sea estable; y así aspiramos á fijar nuestra habitacion en el cielo. Discurre y habla, lo segundo, como aquel fervoroso misionero que trabajado de sus apostólicas fatigas, y del rigor de sus rigurosas penitencias, exhortándole á que por lo menos en la avanzada edad de ochenta años descansase ó moderase algo sus penosos ejercicios, respondia: *Trabajemos por el cielo mientras estamos en este mundo; mortifiquémonos mientras vivimos, que harto lugar tendrémos para descansar en la eternidad.* Lo tercero, nunca celebres la festividad de algun Santo ó Santa, sin hacer reflexion á la felicidad eterna que están gozando, y considera que te están diciendo: Nosotros fuimos lo que tú eres; en tu mano está con la divina gracia ser presto lo que nosotros somos; ten la misma fidelidad, y gozarás la misma suerte.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Pablo, obispo, discípulo de los Apóstoles, en Narbona de Francia, el cual se dice que fue aquel Pablo Sergio, procónsul, bautizado por el apóstol san Pablo; y que trayéndole consigo á España lo dejó en Narbona, consagrándole obispo; y habiendo desempeñado con gran diligencia el cargo de predicar, esclarecido en milagros voló al cielo.

San Epafrodito, en Tarracina, discípulo de los Apóstoles, el cual fue consagrado obispo de aquella ciudad por el apóstol san Pedro.

Los santos mártires Saturnino y otros nueve, en África.

El tránsito de las santas mártires Calinica y Basilisa, en el mismo dia.

San Basilio, presbítero y mártir, en Ancira, el cual en tiempo de Juliano Apóstata, atormentado con diferentes tormentos, entregó su alma á Dios.

San Octaviano, arcediano, y muchos millares de santos Mártires, en Cartago, los cuales porque defendian la fe católica fueron muertos por los vándalos.

San Deogracias, obispo de Cartago, allí mismo, el cual rescató á muchos fieles que los vándalos habian llevado cautivos de la ciudad, y esclarecido en otras santas obras murió en el Señor. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Bienvenido, obispo, en Osmo, en la marca de Ancona.

Santa Catalina, vírgen, en Suecia, hija de santa Brígida. *(Véase su vida el dia 24 de marzo).*

Santa Lea, viuda, en Roma, cuyas virtudes y dichoso tránsito escribe san Gerónimo.

Santa Catalina, viuda, en Ostia, ilustre por el desprecio con que trataba al mundo, y por el grande amor que tenia á Dios.

SAN DEOGRACIAS, OBISPO.

Habiendo salido los vándalos, pueblos feroces del Septentrion, conducidos por su rey Genserico con el injusto proyecto de arrojar de sus posesiones á los hombres en el ámbito de Europa, cayeron rápidamente sobre el África á manera de inundacion, y se hicieron dueños de esta vastísima parte del orbe, en tiempo del emperador Valentiniano III. Como toda esta gente añadia á la barbaridad de su temperamento la impía profesion del arrianismo, al mismo tiempo que hicieron á los africanos la violencia de robarles los bienes, exercitaron mayores crueldades contra los Católicos para extinguir la religion ortodoxa. Cayó la ciudad de Cartago, metrópoli de aquella provincia, en manos de estos impíos en el año 439, é hizo Genserico salir desterrados á los obispos de sus iglesias, y nobles del país, después de despojarles de sus riquezas: uno de los que expelió con mayor rigor fue *Quod vult Deus,* á quien expuso en el mar con la mayor parte de su clero en una nave derrotada, á fin de que pereciesen, entregando en presa ó saqueo á los Arrianos su iglesia, la cual permaneció sin pastor desolada cerca de catorce años, hasta que á ruegos del emperador Valentiniano permitió Genserico se le diese por obispo á un ejemplar sacerdote, llamado Deogracias, que fue consagrado en el año 453, hombre á la verdad de una vida admirable, de grande probidad, talento, prudencia y sabiduría, que atendiendo á la deplorable situacion en que se hallaba su iglesia, animado de aquel celo santo que constituye el carácter de varones apostólicos, consoló

á los Católicos en sus aflicciones, y no omitió medio alguno que pudiera contribuir al alivio de sus miserias. Dos años después de su elevacion á la cátedra episcopal permitió Dios que invadiese á Roma Genserico, y se apoderase de los grandes tesoros traidos á ella de tantos reinos, llevando cautiva la mayor parte del pueblo. Al llegar á África esta multitud de prisioneros divididos entre vándalos y mauritanos, obrando segun la costumbre de los bárbaros, separaron sin alguna compasion los hijos de sus padres, y de los maridos las mujeres. Llenó á todos de horror la inhumanidad del acto, y con especialidad al santo Obispo, que penetrado del mas vivo dolor y sentimiento, vendió todos los vasos de oro y plata dedicados al servicio del altar, y redimiendo á los cautivos con su precio, les volvió á sus respectivas sociedades; pero como no bastasen las habitaciones de Cartago para alojar á tanto número de gentes, eligió para ello las dos grandes iglesias de San Fausto y Vero, donde les proveyó de todo lo necesario.

Como enfermasen muchos de aquellos miserables, ó por la agitacion del mar, á que no estaban acostumbrados, ó por las penalidades de una tan cruel servidumbre, redoblando el santo Prelado su caridad, iba á visitarles incesantemente, les llevaba médicos y medicamentos, y á su presencia, y aun por si mismo, les suministraba los alimentos y remedios necesarios. Su incomparable y piísima caridad no se contentaba con emplearse de dia en estos recomendables ejercicios; por la noche iba visitando uno á uno á aquellos infelices, y preguntándoles con el mas tierno amor en qué estado se hallaban, les consolaba en sus fatigas, ofreciéndose gustoso á aliviarlos en cuanto pudiese, sin que la vejez y gran debilidad de su temperamento pudiesen retraerle de una misericordia tan asombrosa.

Cuando los Arrianos debian edificarse, y aun elogiar una tan inmensa caridad, por el contrario concibieron tal envidia y enojo, que se valieron de cuantos medios pudo inspirarles su malignidad para impedir el bien que Deogracias hacia á los Católicos, llegando su furor al extremo de maquinar contra su vida; pero Dios previno la mala voluntad de aquellos, y libró á su siervo de sus perversas ideas, retirándole del mundo á la patria celestial después de tres años y algunos meses que gobernó su obispado como un verdadero sucesor de los Apóstoles, en los que dió copiosas pruebas de un hombre nacido para las funciones pastorales, y se adelantó tanto en las acciones del ministerio, que llenó la carrera de muchos tiempos. Su muerte fue llorada por los infelices cautivos romanos con tantas y tan sen-

tidas lágrimas, que hicieron conocer que jamás se hallaron mas expuestos á la porfía de los bárbaros, que cuando quedaban privados de un pastor tan celoso. El pueblo de Cartago por otra parte le tenia tanto amor, veneracion y aprecio, que ni la fuerza ni otras precauciones hubieran bastado para impedir, que arrojándose al venerable cadáver deshiciesen sus miembros, á fin de conservar tan preciosas reliquias, si por un sabio consejo no se le hubiera enterrado secretamente.

EL BEATO NICOLÁS DE FLUE, Ó DE LA ROCA, SUIZO.

El beato Nicolás, cuyo apellido de *Flue* en aleman corresponde en castellano al de la Roca, ó de la Piedra, nació el dia 21 de marzo del año 1417 en un pueblo de Suiza llamado Sasler, perteneciente al canton de Underwal, uno de los siete católicos. Era su familia una de las mas nobles y de las mas antiguas del país, distinguida entre los suizos en el dilatado espacio de mas de cuatrocientos años, no solo por una especie de bondad, que era como hereditaria en ella, sino por los primeros cargos de la nacion, habiendo estado muchas veces en la casa el empleo de landaman ó gobernador de la provincia.

Dejó Nicolás tan presto de ser niño, que parecia haberse anticipado la piedad á la razon, así como la razon habia cogido las delanteras á la edad. Notóse desde luego en él un juicio tan maduro, un entendimiento tan claro, y una prudencia tan superior á sus años, que se creyó habia logrado el uso libre de la razon aun antes de salir de la cuna, contra las reglas ordinarias de la naturaleza.

A vista de tan felices disposiciones para la virtud, se dedicaron sus padres con particular cuidado á educarle en los piadosos principios de la Religion; pero su bella índole no habia menester muchos preceptos. La natural devota inclinacion á todo lo bueno se anticipaba en Nicolás á todas las instrucciones, sin que en aquella edad hallase gusto en otra diversion ni entretenimiento, que en retirarse á hacer oracion, y leer vidas de Santos. Eran bellos frutos de su inocencia la sinceridad, la modestia y el candor; rendido siempre á sus padres, no tenia mas voluntad que la suya. Aunque era de complexion débil, y de un ingenio extraordinariamente apacible para los demás, comenzó muy presto á ser duro y riguroso para consigo. Movido del ejemplo de san Nicolás, cuyo nombre tenia, ayunaba regularmente cuatro veces á la semana, y mortificaba su delicado cuerpecillo con otras muchas penitencias.

Todas las riquezas de Suiza consisten en ganados, granjas, pastos, dehesas; por lo que en aquellos tiempos los hijos de las mas nobles familias se ocupaban en el inocente oficio de pastores. El grande amor que nuestro Nicolás profesaba á la soledad y á la oracion, le hacia hallar todas sus delicias en este apacible oficio. La vista de los campos le inspiraba tanto amor al desierto, que desde luego se hubiera retirado á él, si la total subordinacion á la voluntad de sus padres no sirviese de estorbo á la ejecucion de un intento tan conforme á su inclinacion y genio; pero queria el Señor que Nicolás fuese modelo á mas de una clase de personas en diferentes estados.

No obstante el deseo que tenia de mantenerse en el del celibato, se vió precisado á sacrificar su natural repugnancia en obsequio de la obediencia, y por condescender con sus padres, consintió en contraer matrimonio con una virtuosa doncella llamada Dorotea; y como era Dios el autor de esta dichosa boda, ni la union pudo ser mas estrecha, ni el matrimonio mas feliz. Pegáronse presto á Dorotea todas las virtuosas inclinaciones y todos los devotos ejercicios de su esposo; y á vista del arreglo de las costumbres, de las obras de caridad, de la concordia de las voluntades, del buen régimen y de la modestia de la familia, parecia su casa una casa de religion. Nicolás no aflojó en sus penitencias ordinarias, y su devocion iba creciendo cada dia.

Levantábase regularmente á media noche, y pasaba en oracion mas de dos horas. Encendíase mas y mas por instantes la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, la que parecia ser en él como otra naturaleza, siendo muy rara la conversacion en que no hablaba, como hombre verdaderamente arrebatado, de las excelencias, del poder y de la bondad de esta ternísima Madre. Traia continuamente en la mano su rosario, que rezaba muchas veces cada dia, siendo esta la devocion de su cariño, y la que llenaba todos los espacios que le dejaban libres las demás ocupaciones. Era total su confianza en la soberana Reina de los Ángeles; y aun se dice que se le apareció visible muchas veces en el discurso de su vida.

Habiéndole favorecido el Señor con muchos hijos, dió á todos tan bella educacion, así con sus instrucciones como con sus ejemplos, que tuvo el consuelo de dejarlos herederos, aun mas de virtudes que de bienes. Juan, su primogénito, y Gauterio, el tercero de sus hijos, fueron sucesivamente gobernadores de la provincia, y desempeñaron con honor este empleo: Nicolás, el menor de todos, fue uno de los mas ejemplares sacerdotes de su tiempo; y toda aquella santa

familia acreditó la eminente virtud de su bienaventurado padre.

Por las leyes del país se vió obligado Nicolás á servir en la tropa por algun tiempo; y pareció que la divina Providencia le habia conducido al ejército para contener las licencias de los soldados, y dar á todos ejemplos raros de la perfeccion cristiana. Era naturalmente bravo, intrépido, y excelente oficial. Quisieron premiar sus virtudes y servicios elevándole á los primeros cargos y dignidades del país; pero fue en vano, porque nunca pudieron vencer su humildad y su modestia. Mas no por eso estuvo ocioso, ni fue hombre inútil para el público; porque además del atento desvelo con que su ardiente caridad cuidaba de los pobres, así en los hospitales como en las casas particulares, era el árbitro de todas las diferencias, el iris de todas las disensiones, por el admirable talento de que fue dotado para conciliar los ánimos, cortar quimeras y sosegar inquietudes.

Pero aunque la vida de Nicolás era tan ajustada, siempre le daba en rostro el estrépito del mundo; y suspirando continuamente por el desierto, no hallaba su inclinacion mas atractivo que el de la soledad. Resuelto, en fin, á romper los lazos que le aprisionaban, hizo á su esposa la proposicion; y esta, deseosa tambien por su parte de emprender vida mas perfecta y retirada, consintió gustosa en una separacion que los habia de unir mas estrechamente con el vínculo de un amor mas puro y mas acrisolado.

Libre ya nuestro Santo de los grillos que le detenian, al instante se desprendió de todo, y voló al desierto á donde Dios le llamaba. Salió secretamente de su país, atravesó el canton de Berna, y llegó á los horrorosos despoblados de Mont-Jou, que separa los suizos del Franco-Condado. Pero representándole un paisano que si se alejaba tanto de su tierra le tendrian por algun fugitivo, vagabundo ó delincuente, resolvió restituirse al canton de Underwal, donde le deparó un desierto la divina Providencia, y siendo extraordinariamente horrible, no podia dejar de ser muy de su gusto. Era una boca ó una oscura caverna abierta en una escarpada roca, cubierta toda de espinas, de piedras y de cascajo, que le servian de lecho, y al rededor brotaban algunas raíces y yerbas silvestres que producia aquella tierra inculta; y este era todo su alimento.

No pudo sufrir el demonio por mas dilatado tiempo el fervor y la mortificacion del nuevo anacoreta, que renovando la santidad de los antiguos solitarios, resucitaba en Suiza los milagros de penitencia que habian cesado en Egipto. No es fácil explicar las tentaciones, los artificios y los malos tratamientos con que el enemigo de la salva-

cion procuró desalentar á nuestro solitario; pero fue siempre con mucha confusion y vergüenza del mismo tentador.

Habia algun tiempo que nuestro Nicolás vivia escondido en el desierto mas como ángel que como hombre, pasando algunas veces ocho dias enteros sin comer, y empleando cási todo el dia y toda la noche en oracion, cuando unos cazadores descubrieron aquel tesoro encubierto. Extendida por los pueblos de la comarca la fama de su rara santidad, concurrian en tropas á su ermita. Espantó á todos su penitencia; juzgóse que era excesiva, y se le obligó á moderar algo aquella dura severidad con la que apenas se comprendia como pudiese vivir.

Pero creciendo cada dia el concurso y la devocion de los pueblos, se tomó la resolucion de edificar al santo ermitaño una celda y una capilla, á la que la piedad de los archiduques de Austria consignó suficientes fondos, así para su conservacion, como para la manutencion del capellan que la servia. La devocion de los fieles pudo mas que la humildad del siervo de Dios; y así no se pudo negar á hacerles algunas pláticas espirituales, que reformaron luego las costumbres, hicieron grandes conversiones, y fueron seguidas de muchas maravillas.

Estando para venir á las manos los tres cantones de Berna, de Lucerna y de Zurich, luego que medió nuestro Santo se terminaron las diferencias, y se firmó la paz. No era fácil resistirse á la voz de un hombre á quien Dios favorecia tan extraordinariamente, honrándole con el don de profecía y con el de milagros. Predijo con mucho dolor las calamidades que habian de suceder, y las herejías de Lutero, de Zuinglio y de Calvino, que habian de despedazar á los suizos y á toda la Alemania. Pronosticó muy de antemano el dia de su muerte, y se dispuso para ella con nuevos ejercicios de oracion y de penitencia. Finalmente, el año 1487, á los setenta de su edad, habiendo pasado veinte en el desierto, lleno de virtudes y colmado de merecimientos, rindió su dichoso espíritu en manos del Criador el dia 21 de marzo, en cuyo mismo dia habia tambien nacido. El siguiente á su felicísimo tránsito fue conducido el santo cadáver con extraordinaria pompa á la iglesia de Salex ó de Sachlem, dedicada á san Teodulo, donde se le dió sepultura. Los muchos milagros que desde luego comenzó á obrar el Señor en su sepulcro, le merecieron la veneracion pública de todos los cantones, haciéndole célebre en Alemania, en los Países Bajos y en Francia. El año de 1510 fue solemnemente levantado de la tierra su sagrado cuerpo por el obispo de Lausana, y

colocado en un magnífico sepulcro, creciendo cada dia el concurso de los pueblos, especialmente desde que la Silla apostólica aprobó y autorizó su culto. Hoy se guarda en el colegio de la Compañía de Lucerna como una preciosa reliquia su vestido, que en cierto dia se expone á la veneracion de los fieles.

La Misa es en honra de san Nicolás: la Oracion la que sigue:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Nicolai confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, Señor, benigno á las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Nicolás, confesor tuyo, para que consigamos por su intercesion lo que no nos atrevemos á esperar de nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo XIII.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene celos, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su propio interés, no se irrita.

REFLEXIONES.

La caridad es paciente, *charitas patiens est;* luego es inseparable de la verdadera devocion. Hemos menester soportar, no solo los defectos, sino hasta las mismas virtudes de aquellos con quien vivimos. Los defectos chocan á la razon y al amor propio: las virtudes irritan la envidia, y excitan la emulacion en un corazon donde no reina la caridad.

Es la envidia la pasion de las almas bajas, de los entendimientos limitados y de los corazones corrompidos. Todo esto es preciso que sea el que tiene pesar del bien ajeno. Tener virtud es ofender á un envidioso, especialmente si la virtud es aplaudida. Basta tener mérito para enfadarle; la prosperidad ajena le da en rostro. ¿Puede haber pasion mas injusta ni mas irracional? Las prendas de sus hermanos le irritan; su malignidad de ordinario solo se ensangrienta contra la virtud. Es un odio sombrío y enfadoso del mérito de los otros. No habria envidiosos en el mundo si el envidioso no conociera que habia otros de mas virtud y de mas mérito que él. ¿Puede haber pasion mas odiosa?

Mucho se engañará el que juzgare que podrá sosegar al envidioso

obrando y procediendo bien; ninguna cosa le encona ó le irrita mas. Hasta la misma moderacion en la prosperidad le enfurece, y le hace mas picante. Lo que cautiva á otros, á él le envenena; la modestia le choca, y la estimacion del otro es su mayor tormento. Basta no ser infeliz para ser delincuente en su injusto tribunal.

Sospechas injuriosas, interpretaciones malignas, negras detracciones, calumnias, supercherías, desprecios; todo lo que pueda denigrar, todo lo que sea capaz de deslucir, todo sirve al envidioso. Es la envidia tan antigua como el mundo. Abel fue la primer inocente víctima que se sacrificó á sus aras. No hay que cansarse en balde, porque jamás se reconciliará con los buenos. Pero á estos ¿se les deberá dar mucho de una pasion tan despreciable, sobre todo desde que no respetó ni perdonó al mismo Salvador del mundo? *Sciebat quod per invidiam tradidissent eum*, dice el sagrado historiador. (*Matth.* XXVII). La verdadera virtud es un enemigo irreconciliable; es siempre el escollo en quien se estrella.

El veneno con que procura emponzoñar las mas inocentes acciones, se forma siempre de la hinchazon de un corazon ulcerado: nunca se verá envidia sin orgullo; pero orgullo maligno y enemigo, que no tanto tira á engreirse él, como á abatir al otro. No le anima el amor de la gloria propia, sino el dolor y la rabia de la ajena. No hay, pues, que extrañar que la caridad destierre la envidia; lo asombroso es que haya envidiosos que juzguen tener caridad.

El Evangelio es del capítulo IX *de san Juan.*

In illo tempore: Praeteriens Jesus vidit hominem caecum à nativitate: et interrogaverunt eum discipuli ejus: Rabbi, quis peccavit, hic, aut parentes ejus, ut caecus nasceretur? Respondit Jesus: Neque hic peccavit, neque parentes ejus: sed ut manifestentur opera Dei in illo. Me oportet operari opera ejus, qui misit me, donec dies est: venit nox, quando nemo potest operari.

En aquel tiempo, pasando Jesús, vió un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿quién tuvo la culpa de que este naciese ciego, él, ó sus padres? Jesús respondió: Ni este tuvo la culpa, ni sus padres: sino para que en él se manifiesten las obras de Dios. Conviene que yo haga las obras de aquel que me envió, en tanto que es el dia: viene la noche cuando ninguno puede obrar.

MEDITACION.

Del buen uso del tiempo.

PUNTO PRIMERO. —Considera que esta vida es propiamente el dia en que debemos trabajar por el cielo, después del cual viene la no-

che en que no es posible trabajar: *Venit nox, quando nemo potest operari.* ¡Qué desgracia la de aquel que no empleó bien el dia!

No hay cosa tan preciosa como el tiempo de esta vida: no hay momento que no valga una eternidad; porque la dichosa eternidad es fruto de aquellas gracias que solo se nos dispensan en este presente tiempo. Aquella eterna felicidad, aquella gloria inefable que gozan los bienaventurados, aquel precio de la sangre del Redentor no es mas, digámoslo así, que recompensa del buen uso del tiempo.

Es tan precioso el tiempo, que todas las honras, todos los bienes del mundo no valen lo que vale un solo momento; y cuando se hubiera empleado no mas que un solo momento en pretender y en conseguir todos los bienes del mundo, si no se hubiera ganado mas, se pudiera decir con verdad que á los ojos de Dios, que juzga sanamente de las cosas, se habia perdido el tiempo.

No hay condenado en el infierno que si fuese dueño de todos los reinos del mundo no los diese todos al instante por lograr un solo momento de tantos como perdió en vanos pasatiempos, y de tantos como malogramos nosotros, usando de ellos tan mal. Por tanto, es mucha verdad que cada momento que no empleamos por Dios, hacemos mayor pérdida que si hubiéramos perdido todo el universo.

Lo que los Santos no podrán conseguir en toda la eternidad ejercitando los actos mas perfectos de las mayores virtudes, que es merecer un nuevo grado de gloria, eso es lo que puedo yo hacer en cada instante con un solo acto de amor de Dios.

Lo que no podrán conseguir los condenados por toda la eternidad con su llanto, con su rabioso dolor, con sus horribles tormentos, que es aplacar la ira de Dios, y obtener perdon del mas mínimo pecado, eso es lo que puedo hacer yo con un suspiro, con una lágrima, cada momento, cada instante: con un solo acto de contricion perfecta y verdadera puedo conseguir el perdon de todas mis graves culpas.

¡Y qué, Dios mio, es posible que la eternidad feliz ó desgraciada pende del buen ó del mal uso del tiempo! ¡es posible que nuestra salvacion solamente puede negociarse en este tiempo! ¡es posible que el número de nuestros dias está determinado, y que no hay cosa que corra con mayor velocidad que el tiempo! ¡y es posible que haya hombres que empleen este tiempo en bagatelas, que no sepan qué hacer del tiempo, que solo piensen en pasear, en gastar, en perder las horas! ¿Y seré yo de este número?

Ah Señor, ¿y cómo he usado yo de este mismo tiempo? Los mejores dias de mi vida se han pasado ya, y se han perdido; el dia va

ya en declinacion, la noche se acerca. ¡O qué multitud de reflexiones, mi Dios! ¡ó qué manantial de sustos, de temores y de arrepentimiento!

Punto segundo. — Considera que nuestra salvacion solo se puede negociar en el tiempo, y que todo el de nuestra vida únicamente se nos ha dado para que trabajemos en este grande negocio. ¡Con qué economía debemos gobernar este tiempo, cuyos momentos son tan preciosos, cuya pérdida es irreparable!

Con todo esto ¿nos causa gran dolor esta pérdida? ¿se mira como tal? ¡Ah, que el dia de hoy se llama diversion, partidas de gusto, negocios importantes, todo aquello que nos hace perder el tiempo! Examinemos cómo hemos usado del tiempo nosotros mismos. ¿Le hemos dedicado, le dedicamos enteramente á trabajar en nuestro gran negocio?

Tiempo vendrá en que todo lo daríamos por lograr uno de aquellos preciosos instantes que hemos perdido, y que todavía queremos perder. ¡Qué dolor, buen Dios, qué desesperacion al ver que todo este tiempo se ha pasado, y todo este tiempo se ha perdido!

¡Ah si yo me hallara ahora (dirémos á la hora de la muerte) como me hallaba tal y tal dia, en que meditaba sobre el buen uso del tiempo! ¡si gozara la misma salud, si me viera en la misma edad, mi Dios, qué no haria! Pero ¡desdichado de mí! porque pensando entonces en el dolor que algun dia me habia de causar el no haberme aprovechado del tiempo, no me aproveché de este pensamiento, ni de esta gracia, ni de este tiempo. La juventud, la calidad, el empleo, las riquezas, la abundancia, ¿eran por ventura suficientes títulos para pasar una vida ociosa, divertida, inútil? ¿eran títulos para malograr el tiempo?

¡Qué discretas, qué prudentes fueron aquellas almas fieles que vivieron dias llenos; aquellos siervos de Dios que pasaron tan santamente sus dias! Considera al beato Nicolás en su casa, entre su familia, en el ejército, en el desierto; ¡qué aplicacion á todas sus obligaciones, qué horror á toda ociosidad, á toda bagatela, qué santo uso del tiempo, qué vida tan arreglada, qué penitente!

Señor, yo me hago á mí mismo todos los cargos que estos fieles siervos vuestros, y Vos mismo me haréis en órden á haberme aprovechado tan mal de un tiempo tan precioso. Haced con vuestra gracia que sean inútiles, haciéndolos eficaces; y pues todavía os dignais concederme tiempo, voy desde este punto con vuestra misma gracia á emplear bien todos los instantes.

JACULATORIAS.—Obremos bien, mientras tenemos tiempo. (*Galat.* VI).

Mete en casa el buen dia, y no pierdas un momento del tiempo que Dios te da para trabajar en tu salvacion. (*Eccl.* XIV).

PROPÓSITOS.

1 Al ver la vida ociosa, regalona, inútil de las gentes del mundo, y tal vez de no pocos eclesiásticos, ¿no se pudiera creer que aquel decreto irrevocable, *comerás el pan con el sudor de tu rostro hasta que vuelvas á la tierra de donde fuiste formado*, no debe hablar con todos, y que sin duda hay algunos privilegiados? Sin embargo, el decreto es universal, á ninguno exceptúa. No todos están obligados á pasar una vida laboriosa y afanada; es así, pero ninguno hay que tenga derecho á pasarla ociosa é inútil; la ociosidad y la holgazanería igualmente están prohibidas al príncipe que al vasallo. Se pudiera decir que el dia de hoy basta á uno ser rico, ser hombre visible, ser persona de calidad, ocupar un puesto distinguido, para tener derecho de perder el tiempo; lo único en que de ordinario se emplea es en la inquietud congojosa de no saber en qué perderle. Se hace una como ley, y aun tal vez se quiere tambien hacer mérito de no saber hacer nada. Una pobre mujer á quien la fortuna del marido acaba de levantar del polvo de la tierra, creerá que se acreditaria de mujer ordinaria si la vieran trabajar. Evita un vicio que es orígen de otros muchos; pero advierte que se puede perder tiempo sin estar ocioso. La inutilidad de todo lo que no se hace por la salvacion es una ociosidad culpable. Sean tu principal ocupacion las obligaciones de tu estado. ¿Déjante algun lugar? pues no le dejes pasar ociosamente. Las obras de caridad, algun honesto ejercicio manual, la oracion, la leccion de libros devotos ó útiles son ocupaciones dignas de una persona cristiana. Hasta en las recreaciones, en los desahogos del ánimo y en las visitas has de huir la ociosidad. La labor siempre parece bien en las manos de una señora cristiana. En el lenguaje de la sagrada Escritura la rueca y el huso tuvieron lugar en el elogio de la mujer fuerte. Y no se alegue que esto se opone á la atencion y á la buena crianza, porque las leyes del siglo nunca pueden derogar las máximas de la Religion. Se han visto y se ven en el dia de hoy señoras de la primera grandeza, princesas soberanas de mérito muy distinguido que no saben estar sin alguna labor en las manos, en tiempo y circunstancias en que mujeres de esfera bien humilde creerian ser contra su estimacion que se las viese trabajar.

2 Pero dirás que en llegando á tal estado, en hallándose uno en tal constitucion, en arribando á tal edad, ya no sabe qué hacerse. Pues qué, ¿no tienes alguna obligacion á que atender, alguna buena obra en que ejercitarte, ni alguna devocion que cumplir? Ha pobres enfermos en los hospitales; pobres vergonzantes en esas casas; miserables en esas cárceles; ¡y es posible que está Jesucristo dia y noche en esos altares, y que hay cristianos que digan no saben qué hacerse! Y es bien digno de notarse que cuando tenemos mas tiempo para amar á Dios, y para servirle, entonces puntualmente es cuando decimos que no sabemos qué hacernos. Porque cuando uno está sitiado, y como sufocado de negocios temporales; cuando pasa dias enteros en el juego y en las diversiones; cuando solo trata de ofender á Dios, y de perder su alma, entonces jamás se cansa; siempre le falta tiempo. Mira con un santo horror la ociosidad, y haz que todos tus dias sean llenos. Procura que sean útiles hasta tus mismos inocentes desahogos, acompañándolos siempre con algun acto de virtud. ¿Vas á hacer visitas que juzgas necesarias ó convenientes? Pues comienza por la del santísimo Sacramento. La leccion espiritual nutre el alma, y las visitas de los pobres en las cárceles y en los hospitales nutren la caridad. Es ocupacion muy digna de una señora cristiana emplear el tiempo y las manos en trabajar por los pobres. Nunca está ocioso el que conoce lo que vale el tiempo; el que es verdaderamente cristiano.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Victoriano, procónsul de Cartago, y dos hermanos naturales de Aquaregia, y dos mercaderes, llamados ambos Frumencios, en África, los cuales en la persecucion de los vándalos, como escribe san Víctor, obispo africano, en tiempo de Hunerico, rey arriano, porque confesaron constantemente la fe católica, fueron cruelmente atormentados, y esclarecidamente coronados. *(Véase su noticia en las vidas de este dia).*

San Fidel, mártir, en el mismo país.

San Felix y otros veinte Mártires, allí mismo.

Los santos mártires Nicon y otros noventa y nueve, en Cesarea de Palestina.

La corona de los santos mártires Domicio, Pelagia, Aquila, Eparchio y Teodosia, item.

San Téodulo, presbítero, en Antioquía.

San Julian, confesor, en Cesarea.

San Benito, monje, en Campaña, al cual habiéndole encerrado los godos en un horno encendido, el dia siguiente le hallaron sin daño alguno.

Santo Toribio, arzobispo, en Lima en el Perú, el cual propagó en la América meridional la fe católica y la disciplina eclesiástica; su festividad se celebra el dia 27 de abril. *(Véase su vida en dicho dia).*

SAN VICTORIANO, PROCÓNSUL DE CARTAGO, Y OTROS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Hunerico, rey arriano de los vándalos en África, sucedió á su padre Genserico en el año 477. A los principios se condujo con moderacion hácia los Católicos, de tal suerte que estos principiaron á tener sus juntas en todos aquellos sitios, en que se les habia prohibido por su predecesor: pero en el de 480 principió tambien una nueva y cruel persecucion contra el clero, y las vírgenes consagradas á Dios, que en el año de 484 se hizo general, y fue ocasion de que perdiesen la vida innumerables católicos. Victoriano, ciudadano de Adrumeto, uno de los señores principales del reino, habia sido hecho por aquel Rey gobernador de Cartago con el título romano de procónsul. Era el vasallo mas rico del reino, en quien el Rey tenia puesta su confianza, y quien se habia portado siempre con la mayor fidelidad. El Rey después de haber publicado sus crueles edictos, envió un mensaje al Procónsul en los términos mas obligatorios, prometiéndole que si queria conformarse con su religion y ejecutar sus órdenes, le colmaria de bienes, y le revestiria de los honores mas altos que un príncipe podia dispensar á un buen vasallo. El Procónsul, que en medio de la brillante pompa del mundo conocia muy bien su caducidad, le dió en esta ocasion esta respuesta generosa: *Dile al Rey, que yo confio en Jesucristo: que si S. M. gusta puede condenarme á las llamas, ó á las fieras, ó á cualquier otro tormento: pero que jamás seré capaz de renunciar de la Iglesia católica en que he sido bautizado. Que aun cuando no hubiera otra vida mas que esta, no seria jamás ingrato y pérfido á Dios, que me ha concedido la dicha de conocerle, y que me ha regalado con los dones mas preciosos de su gracia.* Furioso quedó el tirano al oir esta respuesta; y no caben en nuestra idea los tormentos que mandó sufriese nuestro Santo. Victoriano los padeció con alegría, y acabó en ellos su glorioso martirio. El Martirologio romano junta con él en este dia otros cuatro que fueron coronados en la misma persecucion. Dos hermanos en la ciudad de Aquaregia en la provincia de Byzacena, fueron apresados por la fe, y conducidos á Tabaia en la misma provincia. Habíanse estos prometido morir juntos, si les era posible, y así pidieron á Dios por gran favor, que se dignase concederles el padecer en unos mismos tormentos.

Los perseguidores les colgaron en el aire con un peso muy grande á sus piés: y uno de ellos en el exceso de su pena suplicó que le diesen un poco de descanso; pero temiendo su hermano que este deseo fuese gradualmente causa de que negase su fe, le dijo á voces desde el palo en que estaba tambien colgado: *Dios prohibe, amado hermano, que supliqueis os concedan cosa semejante. ¿Es esto lo que prometísteis á Jesucristo? ¿No os acusaria yo ante su terrible tribunal? ¿Habeis olvidado cuántas veces hemos jurado sobre su cuerpo y su sangre, sufrir la muerte juntos por su santo nombre?* Tan animado quedó el otro con estas palabras, que exclamó: *No, no pido que me desaten: al contrario, añadid, si quereis, nuevo peso, aumentad mis tormentos, ejercitad todas vuestras crueldades hasta que las gasteis enteramente en mi cuerpo.* Oido esto fueron quemados con planchas de hierro ardiendo, y atormentados tanto tiempo, y con tan nuevos géneros de torturas, que al fin los mismos verdugos les dejaron diciendo: *Si todos siguen su ejemplo, no hay quien abrace nuestra religion.* Decian esto principalmente porque sin embargo de que habian sido tanto tiempo y de tantas maneras atormentados, no se encontraban señales, ni cicatrices en ellos. Dos mercaderes de Cartago, llamados ambos Frumencios, padecieron al mismo tiempo el martirio, y se juntan en los martirologios con san Victoriano.

EL BEATO JOSÉ ORIOL, PRESBÍTERO, DOCTOR Y CONFESOR.

El beato José Oriol, gloria del clero español, y ornamento de la Iglesia, nació de padres pobres en Barcelona, á 23 de noviembre de 1650, en la parroquia de San Pedro de las Puellas. Apenas contaba dos años de edad cuando murió su padre, y la madre pasó á segundas nupcias con un zapatero, varon no menos honrado que piadoso, quien se encargó de José con el cuidado mismo que si fuera su hijo propio.

A la edad de siete años fue admitido por monacillo en la iglesia de Santa María del Mar, empezando aquí á dar muestras de la santidad á que Dios le destinaba. No solo vivia separado de los juegos y diversiones pueriles, sí que tambien con una modestia y seriedad superior á sus años servia á sus compañeros de estímulo. El tiempo que le quedaba libre lo empleaba en la oracion, pasando horas enteras postrado delante del santísimo Sacramento.

Estaba estudiando la gramática cuando perdió el segundo padre, y con él el único apoyo con que pudiera contar para seguir los es-

tudios; pero aquel Señor cuyos designios eran de formar en José un sacerdote segun su corazon, le deparó recursos en el amor que le tenian los presbíteros beneficiados de la iglesia de Santa María del Mar.

Mas adelantado en edad tuvo que dejar el servicio de la iglesia, y pasó á vivir en casa de su ama de leche, Catalina Bruguera, que le amaba extremadamente. Una casualidad empezó á manifestar en la angosta esfera de esta casa la virtud de José. Estábase un dia en la cocina, ayudando á su ama en algunas ocupaciones domésticas, cuando llegó el marido de Catalina: al verlos solos, contra costumbre, concibió injustas sospechas, aunque no las manifestó. Conociólas el jóven sin embargo, inspirado sin duda de luz superior, y puso desde luego las manos en el fuego, que sacó ilesas después de un largo rato. Viendo el marido dos prodigios tan notables, el de su interior descubierto, y el de las manos de José sin lesion del fuego, no solo se corrió del juicio temerario, sino que reformó su vida de tal modo que no pensó mas que en obrar cristianamente.

Su adelantamiento en los estudios fue á la par de su aplicacion y de su talento; aventajándose de manera que mereció la borla de doctor en sagrada teología, con general aplauso de sus condiscípulos y catedráticos, viendo condecorado al estudiante mas estimado que entonces frecuentaba las aulas.

Antes de graduarse habia recibido ya los órdenes menores, y en el mismo dia en que cumplió los veinte y seis años de su edad se ordenó de sacerdote, diciendo su primera misa en el año 1676, con semblante mas de ángel que de hombre, en la iglesia de Santa María del Mar, la de sus primeros instructores y bienhechores, y la del primer noviciado de su santidad.

Con el deseo de ayudar y socorrer á su pobre madre aceptó la proposicion de entrar en calidad de ayo y preceptor de los niños en la distinguida casa de Gasneri, en cuyo desempeño se granjeó no solo la estimacion de los padres, sino aun la de los alumnos, siendo venerado en aquella casa como un hombre del cielo; y creció mas la veneracion desde el dia en que Dios le llamó milagrosamente á una vida mas austera y penitente. Era la mesa de los señores de Gasneri, como de caballeros distinguidos, copiosa y espléndida: quiso tomar José de un plato mas delicado que otros, y habiéndolo tanteado por tres veces consecutivas, otras tantas sintió una mano invisible que le retiraba el brazo á viva fuerza. Conociendo entonces lo que Dios queria de él, se retiró á su aposento, de donde no salió en adelante

para la mesa de sus amos, y dió principio desde aquel instante á un riguroso ayuno, que no dejó hasta la muerte.

Perseveró el siervo de Dios en la casa de Gasneri hasta la muerte de su madre, acaecida en 1686; y apenas se vió libre de las obligaciones de hijo, las únicas que le habian dado motivo para entrar en dicha casa, pidió y obtuvo permiso de sus amos para cumplir los deseos que tenia de visitar la capital del mundo cristiano, para donde partió á pié en traje de pobre peregrino y sin aparejo ninguno. Al salir las puertas de Barcelona entregó á un pobre todo el dinero que consigo llevaba, y continuó hasta Roma pidiendo limosna. Se ignora lo que hizo en Roma; y solo se sabe que informado el papa Inocencio XI de la vida ejemplar de José Oriol, le confirió un beneficio de residencia en la iglesia del Pino de Barcelona.

Recibida la gracia pontificia regresó á su patria; y no queriendo por su conocido espíritu de pobreza tomar casa propia, como pudiera hacerlo con su renta eclesiástica, aceptó un cuarto debajo tejado que le ofreció de balde el cirujano Padrós, para poder así atender á sus devociones y penitencias, sin que nadie le viera ni observara; aunque no le aprovechó esta cautela, porque quiso Dios por su gloria y por la de su siervo que muchas de sus acciones privadas se hiciesen públicas y patentes.

El verdadero camino de la oracion es difícil de conocerse: no obstante José Oriol llegó á ser maestro consumado en él, aprendiéndolo de los Loyolas, Neris y Teresas de Jesús; y conforme á lo que estos Santos enseñaron, sabia hallar objetos de meditacion en las criaturas todas del mundo. Pero fijaba especialmente sus consideraciones en el divino Redentor, guia segura de toda virtud, y ejemplar perfectísimo de la mas sublime santidad.

El amor de Dios y del prójimo fueron las guias perennes de toda su vida interior y exterior, de manera que nunca en toda su vida dió á nadie motivo de ofensa, de queja ó de sentimiento. Pero si en asuntos personales nadie le ganó en humillarse, en someterse y en despreciarse á sí mismo; tratándose de negocios de Dios no hubo quien le igualase en valor, en constancia, en intrepidez. Los desprecios, las chacotas y los ultrajes de hombres atrevidos no podian alterar su mansedumbre y tranquilidad, persuadido de que le trataban como merecia; mas tampoco se envanecia con las alabanzas que algunas veces se le prodigaban: podian decirle que era un santo, un apóstol, un profeta; recogíase dentro de sí mismo, reconociendo su vileza, su ineficacia, su indignidad.

Á esta profunda humildad reunia José Oriol una ciega obediencia á sus superiores; cuyos preceptos eran para él lo mismo que si lo mandara Dios. Prevenido en cierta ocasion el Obispo, siniestramente informado, de que por la sobrada aspereza del siervo de Dios, iban enfermizos y desmedrados algunos de sus penitentes, le hizo repetir por su vicario una severa reprension, y le quitó las licencias de confesar. Muy dura órden fue esta, y fácil hubiese sido á José sincerarse ante su prelado; pero prefirió sufrir tan injusta humillacion con paciencia, esperando con santa resignacion á que el sucesor del Obispo, el Ilmo. Sala, le hiciese justicia, devolviéndole las licencias y tomándole por su confesor.

La austeridad de su vida se revelaba en su rostro macilento, en su existencia delicada: él mismo por sí barria su habitacion, y lavaba su ropa: y su traje, aunque aseado, en verano y en invierno era siempre el mismo. Dormia las mas de las veces sentado en una silla y no mas de dos horas, que es cuanto le permitia una candelita encendida que tenia en la mano para que con su calor le dispertase: el resto de la noche lo destinaba á la oracion y á macerar su cuerpo con penitencias. Durante el dia sus desahogos y paseos eran enseñar el catecismo á los pobres, á los encarcelados, á los enfermos, y á cuantos por su estado y por sus particulares circunstancias eran dignos de su solicitud, acabando siempre sus instrucciones con alguna limosna á fin de que le escucharan con gusto. Las fábricas, los presidios, los hospitales y todos los asilos de la humanidad doliente le veian con frecuencia difundir en su seno las luces y los consuelos de la Religion. El confesonario y el púlpito fueron el principal teatro de sus triunfos; y á los que no querian ó no podian asistir, les salia al encuentro procurando ganar su corazon y su alma para Jesucristo. En suma, nada se escapaba á su celo, nada á su caridad: cuantos necesitaban el auxilio de manos caritativas lo hallaban en el venerable Oriol, el cual siempre estaba dispuesto á alargar las suyas mucho mas allá de lo que podia.

Un santo varon que con tanto empeño trabajaba en su propia santificacion y en la de los otros, debia de tener necesariamente en su alma quien le diese vigor para mostrarse tan superior á su propia naturaleza: este oculto animador de su espíritu era su ardiente caridad; y tan vivos eran sus deseos y tan vehementes sus impulsos, que puesto una tarde como fuera de sí, se salió de Barcelona, camino de Francia, sin haber hecho preparativo alguno para su viaje, ni traer consigo dineros, por haber dado en la puerta de la ciudad á los

pobres los pocos con que habia salido. Quiso Dios que estuviesen paseando fuera de la ciudad dos beneficiados compañeros suyos, y como le viesen estos á manera de hombre enajenado, le llamaron y pararon; y habiendo oido que se iba á Jerusalen, y de allí á donde Dios le llevase para convertir infieles y morir por la fe, procuraron y consiguieron disuadirle, diciéndole que debia volverse con ellos á Barcelona, y allí deliberar con madurez un negocio de tanta importancia.

Si Oriol retrocedió de su corrida, no así de su santa vocacion; pues intrépido y valeroso volvió á emprender su viaje el dia 2 de abril de 1698, en traje de pobre peregrino, sin mas dinero ni equipaje que unos tres reales de vellon que distribuyó de limosna, segun su costumbre, al salir de Barcelona. Le acompañó en la primera jornada un mozo á quien quiso Dios por testigo de la primera accion milagrosa con que se dignó indicar ante los hombres la santidad de su siervo. En el meson de *Font-freda*, distante dos horas de la ciudad, comió el mozo á su satisfaccion, confiando en el dinero de Oriol; mas como este tampoco lo tuviese, cortó inmediatamente un rábano á tajadas, y estas al punto se convirtieron en otros tantos reales cuantos fueron menester para pagar al mesonero.

Prosiguió el siervo de Dios su viaje siempre á pié, y pidiendo limosna hasta Marsella, donde se detuvo para descansar un poco sirviendo entre tanto á los enfermos de un hospital. Allí contrajo una enfermedad tan grave, que le puso en el último extremo de la vida. Entonces se le apareció la Reina de los cielos, de la cual habia sido siempre devotísimo, y le mandó desde luego volver á Barcelona, restituyéndole repentinamente la salud y las fuerzas. Embarcóse para Cataluña; y apenas estuvieron en alta mar, cuando se levantó una tempestad tan furiosa que en breve se vieron en el último apuro. El patron angustiado corre en busca del siervo de Dios, y encontrándole en la cámara que estaba rezando, le coge del brazo, y le obliga á subir sobre la cubierta de la nave. Nuestro Beato, al ver el mar tan embravecido, dióle la bendicion, y cedieron los vientos y las olas á la fuerza de su imperio con pasmo de todos los circunstantes. Pero no paró en esto el prodigio, pues quedándose allí mismo puesto en oracion el siervo de Dios, se le vió elevar arrebatado á mucha altura, sin perder la perpendicular sobre el mismo barco; y cuando volvió de su éxtasis volvió á bajar al mismo lugar de donde se habia levantado. Á vista de estas maravillas, condonóle el patron del barco el pago del flete ajustado, pago que posteriormente se le exigió y

satisfizo, obrando un segundo milagro. Hallábase en casa de una hija suya de confesion, cuando se le presentó el ingrato patron pidiendo el dinero que le habia condonado: mandó el Beato sin replicar que se abriese un escritorio, en el que nunca se habia puesto dinero alguno, y apareció dentro de él un doblon en oro, que era justamente el precio estipulado.

Sabido por la ciudad el arribo del siervo de Dios, fue universal el júbilo en toda clase de personas; y desde el dia siguiente dió principio su ministerio mostrándose al mundo con todo el resplandor de que rodea el Señor las virtudes de sus siervos. En efecto, la vida de José Oriol ya no debia ser mas que una continuada serie de prodigios obrados en virtud de la omnipotencia divina que se le comunicó como en premio de sus merecimientos. La capilla del santísimo Sacramento de Santa María del Pino fue testigo constante de innumerables milagros, por los cuales los enfermos sanaban de todas sus dolencias, con solo imponerles el siervo de Dios las manos después de santiguarles con agua bendita. Y tantas fueron las curaciones milagrosas, todas plenamente justificadas en los procesos formados para su beatificacion, que de ellas solas pudieran formarse gruesos volúmenes. La única recompensa que á todos pedia era que observasen la ley de Dios, y que fuesen devotos de María.

Después de cinco años empleados en el cotidiano trabajo de curar milagrosamente todo género de enfermedades y de una existencia consumida por el fuego de la caridad, debia llegar, como llegó, el premio que da el Señor á sus escogidos. Destituido José de fuerzas por sus tan extraordinarias fatigas, y por su austerísima vida; como que en toda su vida cási no probó otro alimento que pan y agua, era ya un milagro manifiesto que su cuerpo fatigado, débil y estropeado, que parecia un cadáver ambulante, pudiese manejarse.

Acometido, por fin, nuestro Beato de una enfermedad mortal, predijo el dia y la hora de su muerte, y empleó los dias de su detencion en la cama consolando y enfervorizando en el amor de Dios á los que le asistian. Pero corriendo al instante de boca en boca el mal estado de su salud, acudieron de todas partes al rededor de su casa los pobres y los enfermos que él habia sanado, y que lloraban la pérdida de su bienhechor, del taumaturgo barcelonés.

Los últimos instantes de su existencia fueron como lo habian sido los de toda su vida, los de un Santo. Confortado con los auxilios de la Religion, y alimentado con el pan de los Ángeles, pidió que le cantasen en voz baja el *Stabat Mater* cuatro infantillos acompañados con

el arpa; y el siervo de Dios, extático como si ya se hallase en el paraíso, dió suavemente su alma al Señor en la noche del 23 de marzo del año de 1702, teniendo cincuenta y uno de edad.

Al oir el clamoreo de las campanas, anunciando la muerte del siervo de Dios conmovióse toda la ciudad mas que si hubiera muerto el soberano; y tal fue el concurso de gentes que se agolpó al rededor de su féretro, que fue preciso poner guardias para evitar desgracias. Sus honores fúnebres fueron proporcionados á la fama de su santidad, siendo llevado procesionalmente y descubierto por expresa disposicion del obispo, con mas apariencias de triunfo que de entierro; y los oficios fueron tan suntuosos que no habia habido ejemplar de tanta magnificencia en la capital de Cataluña. Para darle sepultura fue preciso eludir la esperanza del pueblo de que no se le enterraria hasta el siguiente dia; y su sepulcro fue siempre glorioso, porque el Señor continuó en justificar por medio de repetidos milagros cuan agradables eran á sus ojos los méritos de su difunto siervo. No era aun colocado en los altares, y sin embargo todos le invocaban, así en las necesidades públicas como en las privadas, acreditando con su patrocinio la promesa que hizo de manifestar á los enfermos después de su muerte el mismo amor con que los habia mirado en vida. La santidad de Pio VII después de examinada detenidamente la vida, virtudes y milagros del que tan generalmente era ensalzado, expidió el decreto de su beatificacion el dia 15 de mayo de 1806, y el breve con la concesion de rezo y misa a la ciudad y diócesis de Barcelona á 5 de setiembre del mismo año. El cuerpo ó sean sus huesos estan en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Reyes, llamada vulgarmente del Pino, de la misma capital en un suntuoso altar dedicado al glorioso Beato.

SAN LIBERATO, MÉDICO, Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Á Gensérico, rey de los vándalos en África, uno de los mas crueles perseguidores de la religion cristiana, sucedió en la corona su hijo Gundérico, que dejó muy atrás la crueldad de su padre en la guerra que declaró á los Cristianos. Llegó á ser furor su caprichosa obstinacion en el arrianismo. Dió principio á la persecucion mandando desterrar á cuatro mil novecientos y sesenta y seis gloriosos confesores, consagrados todos al ministerio de los altares; hizo demoler ó profanar un prodigioso número de iglesias; quitó la vida con los mas horribles tormentos á mas de cuatrocientos mil Mártires, entre los cuales fue uno de los mas ilustres nuestro san Liberato.

Era natural de Cartago, médico hábil y de virtud tan ejemplar, que era tenido por padre de los pobres, y estimado entre los Católicos por celosísimo defensor de la pureza de la Religion. Publicóse un decreto del impío Rey en que mandaba que se sacase á los hijos de las casas de sus padres para ser educados en el arrianismo, y tuvo Liberato el dolor de ver arrancar de sí á dos hijos suyos, que amaba tiernamente, aunque al mismo tiempo logró el consuelo de verse él mismo desterrado por la religion católica con lo restante de su familia.

Sentia vivamente hallarse privado de sus dos hijos, no tanto por el grande amor que les profesaba, cuanto por el piadoso temor de que siendo tan tiernos se dejasen engañar de los halagos, ó cediesen al miedo de los tormentos del tirano. La consideracion de este peligro le penetró el corazon de manera que ya se asomaban las lágrimas, cuando su mujer, tan generosa cristiana como el marido, pero quizá mas varonil, advirtiendo la impresion que hacia en sus paternales entrañas esta durísima separacion de los hijos, le habló de esta manera: Pues qué Liberato, ¿quieres perder tu alma por el amor desordenado de tus hijos? No pienses en ellos mas que si jamás hubieran nacido en el mundo. Jesucristo, por cuyo amor nos los arrancan de nuestros brazos, tendrá cuidado de ellos, y no permitirá que se rindan á la malignidad del tirano. ¿No los oyes como ya gritan con todas sus fuerzas: *Nosotros somos cristianos?* Consolémonos, pues yo siento no sé qué firme confianza en el Señor de que ha de aceptar el sacrificio que le hacemos de estas inocentes víctimas.

Alentado Liberato con el espíritu que le infundió su mujer, quedó con el ánimo enteramente tranquilo, sin pensar mas que en disponerse á consumar su propio sacrificio, al que estaba destinado por la barbaridad de los herejes. Estos, que habian sido testigos de la magnanimidad de su heróica mujer, pusieron á los dos en cárceles separadas, y no perdonaron á tormentos ni sacrificios para derribar la constancia de uno y otro.

Desesperados de pervertir á aquellos generosos confesores de Jesucristo, acudieron como en triunfo á la cárcel de la mujer, y la dijeron que ya su marido se habia rendido en fin á las órdenes del Rey, y abjurando la fe católica, se habia declarado por arriano. Atónita la santa mujer al oir una noticia tan no esperada, la que revistió la artificiosa malignidad de los herejes con cuantas circunstancias podian hacerla menos inverosímil: *Permitidme,* dijo, *que le vea, y entonces veré yo tambien lo que he de hacer.* Sacáronla de la cárcel, y condu-

jéronla al tribunal donde habia de ser examinada. Apenas entró en la sala cuando vió en ella á su marido cargado de cadenas; corrió á él intrépida sin poderse contener, y preocupada de lo que habia oido: *¿Es posible*, le dijo, *miserable y desdichado apóstata, que tu impiedad ha sido tanta, y tanta tu cobardía, que al fin has renegado de tu Dios? ¡Qué! ¿por una momentánea satisfaccion temporal has querido perecer eternamente? ¿de qué te servirán, infeliz, tus riquezas? Los bienes que poseerás por pocos dias, esas honras sin sustancia con que te lisonjean, ¿te librarán por ventura de las llamas eternas? ¿Y qué equivalente encontrarás á la pérdida de tu alma?* Iba á proseguir en su bien sentida reprension, inundada toda en un mar amargo de fervorosas lágrimas, cuando Liberato, que desde luego penetró el artificio de los herejes, mirándola con serenidad, la respondió apaciblemente: *Bien conozco por lo que acabo de oir, que los enemigos de Jesucristo han sido tan malignos, que te han persuadido á que yo he abandonado la fe, y tú tan fácil ó tan simple que los has creido. Sosiégate, y haz reflexion á que estas cadenas que mas me honran que me abruman, son los mas abonados fiadores de lo que creo. Soy católico por la gracia de Dios, y con ella ninguna cosa será capaz de hacerme mudar de religion. Siendo tan naturales á todo hereje la impostura y la calumnia, no podian dejar de ser muy ordinarias á los Arrianos; pero todo lo hemos sacrificado por amor de Jesucristo, espero que este divino Salvador nos dispensará la gracia de que terminemos presto nuestra carrera por el martirio.*

Habiendo triunfado así la fe católica á vista del tirano en la gloriosa confesion de Liberato y de su santa mujer, fueron los dos sentenciados á perder la vida entre los mas crueles suplicios en compañía de otros generosos confesores de Cristo, que se la hacian tambien en la misma prision. Ejecutóse la sentencia; y los que no espiraron en públicos cadalsos, murieron en el destierro, á manos tanto mas crueles, cuanto mas lentas, del hambre y de la miseria.

San Víctor, obispo de Vite, historiador y testigo de aquella sangrienta persecucion, refiere el martirio de un niño de siete años, que arrancado de los brazos de la madre, á pesar de las violencias que le hacian aquellos bárbaros, gritaba sin cesar: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano.*

El mismo Santo añade, que un miserable arriano, llamado Toucar ó Teucario, lector que habia sido de la Iglesia, y maestro de capilla, pero entonces apóstata de la fe, viendo entre los muchos eclesiásticos que salian desterrados á doce niños de coro que habian sido sus discípulos, quiso detenerlos, lisonjeándose de que los haria apos-

tatar ya con amenazas, ya con caricias, que en aquella edad suelen ser mas peligrosas; pero ni uno ni otro fue bastante á hacerlos titubear en la fe. Mostraronse intrépidos á vista de los mas horribles tormentos; y ni los halagos, ni las engañosas promesas de los herejes pudieron jamás contrastar la valerosa constancia de aquellos tiernos, pero generosos confesores de Cristo. Por mas que los molieron á palos, cubriéndolos de lastimosas heridas, por mas que de cuando en cuando se las renovaban con nuevos y exquisitos tormentos, se conservaron inmobles en la fe; y siendo probable que espiraron al rigor de los suplicios, *la iglesia de Cartago*, continúa el mismo autor, *los honra con tierna devocion, y los respeta como doce apóstoles pequeños. Su feliz suerte es igual en el cielo; viven juntos en aquella dichosa vida que jamás ha de tener fin; y juntos cantan tambien las alabanzas del Señor, glorificándose en entonarlas por toda la eternidad.*

La Misa es del comun de los Mártires, y la Oracion es la siguiente:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos Martyres fortes in tua confessione cognovimus; pios in nostra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que experimentemos piadosos en nuestro patrocinio á aquellos gloriosos mártires que veneramos valientes en tu firme confesion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *del libro de la Sabiduría.*

Dixerunt impii: Opprimamus pauperem justum, et non parcamus viduae. Circumveniamus ergo justum, quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis, et diffamat in nos peccata disciplinae nostrae. Factus est nobis in traductionem cogitationum nostrarum.

Dijeron los impíos: Oprimamos al justo que es pobre, y no perdonemos á la viuda. Pongamos, pues, asechanzas al justo, porque para nosotros es inútil, y es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados contra la ley, y propala contra nosotros los defectos de nuestra doctrina. Se ha hecho para nosotros censor de nuestros pensamientos.

REFLEXIONES.

Oprimamos al justo, porque es un censor incómodo, importuno, hasta de nuestros mismos pensamientos, con la pureza de sus costumbres y con la arreglada conducta de su concertada vida: *Opprimamus justum... quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis.* Estos son todos los motivos de queja que dan los buenos á los impíos; esto lo que pone de tan mal

humor á los disolutos contra los devotos. La virtud se hace intolerable al que no la tiene.

Que una virtud fingida, superficial, afectada y aparente irrite los ánimos y mueva la indignacion de todo el mundo, cosa justísima: no la hay mas puesta en razon. Los hipócritas son la abominacion de Dios, y deben ser la execracion de todo hombre de bien. Pero que se haga la guerra á la verdadera piedad; que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo; es de aquellas cosas que solo la experiencia pudiera hacerlas creibles, y que igualmente se oponen á la Religion que á la razon.

Una dama jóven, por ejemplo, palpando la vanidad de los frívolos pasatiempos del mundo, alumbrada de luces superiores, y movida eficazmente de la divina gracia, se declara por el partido de la virtud. ¡Buen Dios, qué molestas quemazones tiene que sufrir, qué duras mortificaciones que padecer, qué insulsas, qué mordaces censuras que tolerar! Mucho cuesta la victoria de las pasiones; pero no siempre es esto lo que cuesta mas. Una virtud tierna y recien nacida nunca está mas á prueba que cuando se ve expuesta á las malignas, á las satíricas zumbas de los disolutos; y lo que se hace aun mas sensible, á los indiscretos reparos de los que pasan plaza de devotos.

Pero suceda por desdicha lo contrario. Otra dama moza de la misma edad y circunstancias, engañada miserablemente de las brillantes apariencias que embelesan, de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo alimenta vanamente á los que le sirven, entre por el camino ancho de la perdicion, y se entregue aturdidamente á las perniciosas máximas del mundo, nadie habla palabra; á poco ó nada que sobresalga en aquellas prendas sin sustancia, tan del gusto de los mundanos como peligrosas para la salvacion, se la aplaude y se la alaba. Sus padres son los mas ardientes en fomentar su pasion, mas que cueste lo que no hay el mantener su profanidad y aumentar su brillantez; la familia es la primera que celebra su resolucion. ¿Sobresale en el baile, en la contradanza? Todos á competencia la llenan de lisonjas; mientras una virtud ejemplar enfada, da en rostro, y no pocas veces es asunto de risa. ¿Brilla uno en el mundo? esto es, ¿se pierde con bizarría, y mete mucho ruido? Eso es tener entendimiento, discrecion, espíritu, habilidad y mérito. Pero suceden á esos modales orgullosos y desenfadados otros modales circunspectos, encogidos y modestos; es falta de espíritu; es obra de hipocondría; es bajeza de ánimo; es pusilanimidad; es cortedad de entendimiento. Si los gentiles discurrieran y obraran así, causarian lástima

á cualquiera hombre de razon; pero que los Cristianos, iluminados con las luces de la fe, instruidos en la escuela de Jesucristo, razonen y procedan de esta manera, es un misterio de iniquidad, en que se pierde el entendimiento; pero que ya se comprenderá demasiadamente bien á la hora de la muerte.

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Trademini à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis, et eritis odio omnibus propter nomen meum; et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Seréis entregados por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y á algunos de vosotros darán muerte: y seréis odiosos á todos por mi nombre; pero no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.

MEDITACION.

De las contradicciones que deben esperar los justos.

Punto primero.—Considera que aunque sean muy amargas las mortificaciones que se padecen desde que se toma la seria resolucion de dedicarse á la virtud sólidamente, ninguna cosa es mas útil á los virtuosos que esta multitud de contradicciones; ninguna les es mas saludable. Ellas sirven de antídoto contra el veneno del amor propio, y nada conduce mas para quitar las fuerzas, y para corregir la lozanía de las pasiones.

El remedio, á la verdad, es amargo; pero es eficaz. Cosa dura es ser el objeto de la malignidad, de la zumba y de la risa del corazon humano. Si entre todos los partidos que se pueden abrazar fuera el peor el de la virtud, ¿pudiéranse encontrar en él mas contradicciones ni tropiezos? Á excepcion de algunos pocos hombres de juicio que alaban tu resolucion, y aplauden secretamente tu buen gusto, ¡cuantos inicuos censores, cuántos críticos malignos interpretan siniestramente tus mejores acciones, atribuyendo á ligereza, á despique, á desaire de la fortuna, á vanidad, á despecho el motivo principal de tu reforma! Y lo que aun parece mas extraño, es que falta poco para que se atribuyan á la devocion todos los males de la vida. Así la mujer y los amigos de Job achacaban á su piedad una buena parte de las calamidades que le sucedian. Si una persona virtuosa padece algun quebranto en la salud, luego se echa la culpa á lo que madruga, al mucho tiempo que se está en la iglesia, á lo retirada

que vive, á lo que se mortifica; y estará un mundano gastando y arruinando las mejores fuerzas en la caza, en el baile, en los excesos, y en mil perniciosas fatigas capaces de destruir á un bronce, sin que nadie chiste, ni se le ofrezca á alguno prevenirle que echa á perder su salud. No hay que admirarse; el mundo solo ama á los suyos, y aborrece mortalmente á los que no son del mundo. Estas contradicciones son el mayor panegírico de los virtuosos. No es mas el siervo que su señor. Y si Jesucristo fue el blanco de las contradicciones, ¿qué siervo de Dios estará exento de ellas? ¡Oh mi Dios, y qué poco he comprendido, y aun menos he gustado este misterio!

Punto segundo.—Considera que la virtud de los buenos, no solo tiene mucho que padecer de la licencia de los disolutos; permite Dios para acrisolarla mas que la ejerciten tambien aquellos mismos que debieran admirarla mas, siendo sus defensores, y aun sus modelos. No se hicieron los privilegios para los mas fervorosos; las exenciones y los cariños se reservan ordinariamente para los imperfectos. ¡Cosa extraña! cada uno juzga que tiene derecho para ejercitar la virtud de los buenos; hasta el mas vil de esos hombres perdidos se atreve á tomarse la libertad de probar tu sufrimiento y tu espíritu.

Se pesan todas las palabras; se critican todas las acciones; se interpretan todas las intenciones; cada cual se hace juez hasta de los pensamientos; y al mismo tiempo que todo se les disimula á los imperfectos, todo se acrimina, nada se les perdona á los fervorosos. A la verdad, esta injusticia, esta iniquidad trastorna la razon; pero considera que ninguna cosa contribuye tanto á la perfeccion de una alma piadosa, como la solícita, la maligna vigilancia con que tantos la espian, resueltos á no perdonarla el mas mínimo descuido. Sin razon se miran estas persecuciones domésticas, estas contradicciones, como molestos estorbos, que hacen mas áspero el camino de la virtud: son espinas, no se puede negar; pero al mismo tiempo son cercados que embarazan la entrada á todo animal, á toda fiera enemiga que pudiera hacer daño en el sembrado.

Jamás hubiera llegado el patriarca José á ser la segunda persona de Egipto, si sus hermanos no le hubieran perseguido. Las virtudes brillantes y aplaudidas son de ordinario superficiales y poco sólidas. Los climas donde reina una perpetua primavera no suelen ser fecundos sino en flores y en hojas; á los inviernos mas dilatados y mas ásperos suelen ordinariamente corresponder unos otoños muy abundantes de frutos.

Si queremos comprender el valor y el mérito de esas pequeñas cruces, no perdamos de vista á los que fueron nuestros modelos. ¿Qué Santo hubo sin persecuciones? ¿qué alma fervorosa sin contradicciones? Aquellos héroes cristianos, de quienes no era digno el mundo, todos fueron maltratados. Regocijaos, dice el Salvador, cuando os tocare tan dichosa suerte; porque esas pruebas y esas cruces son prendas del premio que os aguarda.

¡Oh Dios mio, y qué poco he comprendido hasta aquí un misterio tan lleno de consuelo! ¡qué digno de compasion es el que es del gusto del mundo! No, Señor, ya no tendré por desgracia las adversidades ni las persecuciones. Asistidme con vuestra gracia, para que de hoy en adelante me aproveche de ellas como debo.

Jaculatorias. — Tan léjos estaré, mi Dios, de quejarme de las persecuciones que padeciere por serviros, que de hoy en adelante serán todo mi consuelo. (*II Cor.* xii).

Como yo esté, Señor, á vuestro lado, poco se me dará de que todo el mundo y todo el infierno se armen contra mí. (*Job,* xvii).

PROPÓSITOS.

1 *Hijo mio*, dice el Espíritu Santo, *cuando te resuelvas á servir á Dios, mantente firme en la justicia y en el temor, y dispónte para padecer muchas pruebas y muchas contradicciones.* No te quejes, pues, estando tan prevenido, si te trataren con desprecio y con desvío, luego que te declaras por el partido de la devocion. Toda virtud lisonjeada bastardea. Esas escarchas en el país de la virtud son mas útiles de lo que se piensa.

El frio y los vientos purifican el aire y matan los insectos, que en temperamento mas blando acabarian con todo. No dés motivo á los imperfectos para desacreditar la devocion con tus extravagancias, con tus indiscreciones, con tu inmortificacion, ni con tu rusticidad; pero cuando te tuvieren por importuno y por ridículo, porque eres regular; cuando te censuraren porque cumples con tu obligacion, porque eres circunspecto, reservado, religioso, y porque arreglas tus costumbres por la pauta del Evangelio, bendice al Señor, y guárdate bien de afligirte. Si yo fuera del gusto de los malos, decia san Pablo, no lo seria del de mi divino Maestro. *Si hominibus placerem, Christi servus non essem.* Fortalécete contra tu sensibilidad y contra tu delicadeza; y en adelante ten por insigne favor esas pequeñas amarguras, porque son excelente antídoto contra el veneno de las pasiones.

Resuélvete desde hoy á ser fiel en esto, y ten continuamente en la memoria aquellas palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati* (*I Petr.* III): Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.

2 La persecucion es útil á la virtud; pero los perseguidores son dignos de compasion. Guárdate tú de aumentar el número de ellos con tus zumbas poco cristianas, ó con tu desprecio de los virtuosos. Antes has de procurar se tenga entendido que tu estimacion y tu especial cariño se reserva únicamente para estos. ¿Tienes criados, hijos ó súbditos? ¿ocupas algun puesto, dignidad ó empleo sobresaliente? Sépase que en tus inferiores no aprecies ni el ingenio, ni los talentos, ni otras prendas brillantes, cuando no las sirve de basa la virtud. ¿Tienes que proveer algun cargo, que hacer alguna gracia, que dispensar alguna gratificacion? Pues sea siempre en favor de los mas virtuosos; y entiendan todos, que estos han de ser siempre los preferidos. Si se tuviera este debido cuidado, especialmente respecto de los hijos, de los domésticos y de los inferiores, no harian tantos progresos la indevocion y la licencia. En presencia de ellos habla siempre con particular elogio del mérito de la virtud, y sea tu misma conducta la prueba mas eficaz de lo mucho que la aprecias. Alaba en todas ocasiones á los virtuosos y á los ejemplares; y cuando estés delante de tus hijos haz estudio de celebrar la modestia, la devocion, la compostura de otros de su misma edad. Ninguna cosa es mas perjudicial á la perfeccion religiosa, que las particulares exenciones con que los superiores suelen atender á los mas imperfectos, al mismo tiempo que no hacen caso, y aun atropellan á los mas fervorosos.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Marco y Timoteo, en Roma, los cuales fueron martirizados en tiempo del emperador Antonino.

San Epigmenio, presbítero, en la misma ciudad, el cual alcanzó la palma del martirio, habiéndole degollado en la persecucion del emperador Diocleciano, siendo juez Turpio.

El martirio de san Pigmenio, presbítero, tambien en Roma, el cual en tiempo de Juliano apóstata, habiéndole arrojado en el Tiber, fue muerto por confesar la fe de Jesucristo.

El glorioso tránsito de los santos mártires Timolao, Dionisio, Pausides, Rómulo, dos Alejandros, Agapio y otro Dionisio, en Cesarea de

Palestina, los cuales en la persecucion de Diocleciano merecieron la corona de la vida, habiendo sido degollados por órden del presidente Urbano.

El triunfo de los santos hermanos Rómulo y Segundo, en Berbería, martirizados por confesar la fe de Jesucristo.

San Simon, niño, en Trento, que lo mataron cruelísimamente los judíos, y resplandeció después en muchos milagros. *(Véase su noticia en las de este dia).*

San Agapito, obispo, en Sinnada, en Frigia. *(Véase su noticia en las de este dia).*

San Latino, obispo, en Bressa.

San Seleuco, confesor, en Siria.

SANTA CATALINA DE SUECIA, VÍRGEN.

Santa Catalina, hija de Ulfon de Guthmarson, príncipe de Nericia, en Suecia, y de la célebre santa Brígida, nació al mundo por los años de 1330. Quiso su santa madre criarla á sus mismos pechos, y de esta manera la bendita niña mamó la devocion con la leche. Parece que se anticipó en ella á la edad el uso de la razon. Desde la cuna no tuvo otra inclinacion que á la virtud, habiéndosela notado un sumo horror á todo lo que podia lastimar aun levemente la modestia, y no pudiendo darla mayor gusto que enseñarla á tener oracion.

Apenas la destetaron, cuando su santa madre, observando en la niña tan bellas disposiciones hácia la piedad, la entregó á la ejemplar abadesa Risberg, para que á su vista se educase en su religioso monasterio. Siendo de siete años, como un dia se hubiese estado jugando con otras niñas, en tiempo que debiera estar haciendo labor, aquella noche recibió en sueños una reprension tan severa, que despertó atemorizada, y deshaciéndose en lágrimas para castigar aquel ligero gusto, prometió no volver jamás á divertirse en ningun género de juego, lo que cumplió exactamente toda la vida.

Fue Catalina una de las mas celebradas hermosuras de su tiempo; y su vivacidad, su modestia y su eminente virtud la merecieron el concepto universal de ser la mas cabal princesa de su siglo. Por eso luego que llegó á edad proporcionada se declararon pretendientes de su mano los mayores señores de todo el reino; y el príncipe su padre, sin consultar la inclinacion de la hija, ni tener atencion á la resuelta determinacion que habia tomado de consagrar á Dios su virginidad, la dió por mujer á Egardo, uno de los primeros próceres de Suecia.

En virtud del humilde rendimiento con que siempre habia estado sujeta á la voluntad de sus padres, se contentó Catalina con repre-

sentar el deseo que tenia de no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo; pero no fue atendida. Llena de confianza en la Reina de las Vírgenes, dió su consentimiento sin dar su corazon que habia consagrado á Dios; esperando que este Señor la guardaria, conservándola el soberano honor de esposa suya.

Con efecto, el mismo dia de la boda habló la Santa á su esposo con tanta elocuencia, con tanta energía y con tanta gracia sobre el valor y mérito de la castidad, y le supo ponderar tan vivamente la dicha de conservar esta preciosa virtud aun en el estado mismo del matrimonio, que prevenido Egardo de la divina gracia, se dejó persuadir, y desde aquel mismo punto hicieron ambos voto de perpetua castidad, y de vivir como ángeles en una santa union conyugal.

Premió el Señor aquel acto tan heróico con extraordinarios favores. Derramó desde luego en sus puros corazones aquella celestial uncion, que llenando de tedio todos los gustos del mundo, hizo suavísimo y ligero el yugo del Señor. El espíritu de los dos santos esposos era uno mismo, y á un mismo objeto anhelaba su corazon. Ejercitábanse como á competencia en la oracion, en la mortificacion y en obras de caridad. Catalina, por su parte, no pensando ya mas que en parecer bien á Jesucristo, desde el segundo dia de la boda desterró toda gala sobresaliente y todo adorno profano. Descontentó á muchos su modestia. No tuvo ojos el mundo para ver sin mucho enfado aquel ejemplo en una señora de aquella elevacion, de aquella hermosura y aquella edad. Un hermano suyo llamado Carlos, hombre vano y poco devoto, no perdonó á medio alguno para aburrirla y para hacerla retroceder; zumbas insulsas, gracias picantes, palabras ofensivas, interpretaciones malignas, risas, desprecios, de todo se valió para obligarla á mudar de conducta; pero toda la venganza que tomó Catalina fue inspirar el mismo espíritu de reforma á su cuñada, mujer del mismo Carlos.

Muerto el príncipe su padre, su santa madre Brígida determinó cumplir el deseo que años antes tenia de pasar á Roma para visitar aquellos santos lugares. Haciasele muy duro á Catalina vivir tan distante de su santa madre, no pudiendo carecer tan largo tiempo de su vista y de sus ejemplos. Por otra parte consideraba á Roma como el trono de la Religion y centro de la virtud, lo que avivaba en ella el deseo de ir cuanto antes á gozar de la amable compañía de su madre. Pidió licencia á su marido; y obtenida, se puso en camino sin dilacion, despreciando generosamente los peligros de tan prolongado viaje.

Cuando se vieron juntas madre é hija fue recíproco el gozo de las dos; pero no fueron menos mutuos sus ejemplos. Como una y otra aspiraban á un mismo objeto, una y otra se ocupaban en los mismos ejercicios. Pasaban el tiempo en hacer oracion ante los sepulcros de los santos Mártires, en visitar los enfermos, y en todo género de obras de misericordia.

Era á la sazon Catalina de solos diez y ocho años. Esta corta edad, junta con aquella rara hermosura, á quien daban no sé qué lustre de órden muy superior la virtud y la modestia, obligaron á Brígida á tener á su hija un poco mas encerrada, en un lugar lleno á la sazon de peligros para la gente jóven, habiéndose especialmente desenfrenado la licencia después que los Papas habian trasladado su silla y corte á Aviñon. Murió por entonces Egardo, marido de la Santa, y divulgada la noticia, los mayores señores de Italia pretendieron á competencia casarse con la bellísima viuda, cautivados de las prendas que admiraban en ella. Pero noticiosos de su firme resolucion, tomaron algunos la violenta de robarla por fuerza. A este fin apostaron gente armada, y dispusieron otros lazos para apoderarse de ella cuando iba á hacer sus devociones; mas la providencia de su divino Esposo la libró de todos los peligros á costa de repetidos milagros.

Viendo el enemigo de la salvacion que le salian mal sus artificios, se valió finalmente de uno que faltó poco para que le probase bien. La opresion con que tenian á la santa doncella dentro de su casa, y la poca libertad que la dejaban para visitar los santuarios de Roma, la hicieron tan tediosa la estancia en aquella ciudad, que solo pensaba ya en volverse cuanto antes á Suecia. Inútilmente se cansaron su madre y su confesor en representarla que aquel desamor al retiro era tentacion del enemigo. Llenóse de una profunda melancolía; cubrióse el hermosísimo rostro de un color pálido, macilento y amarillo; hundiéronsela los ojos, y su vivacidad tristemente amortiguada sobresaltó á todos, y se comenzaron á temer las mas funestas resultas, cuando santa Brígida, á quien el Señor habia revelado el peligro á que se exponia su hija si volvia tan presto á su país, y la necesidad que tenia de conservarse todavía en su compañía, la ordenó que doblase las devociones, que aumentase las penitencias, y que pidiese particularmente á la santísima Vírgen la alcanzase luz de su precioso Hijo para conocer cuál era su voluntad. Obedeció Catalina, y fue al punto premiado su dócil rendimiento. Parecióla ver en sueños á la Madre de las misericordias, que con semblante severo la

decia no tenia que esperar su proteccion una alma ingrata, que olvidada de lo que habia prometido á Dios, solo pensaba en su patria terrena; y preocupada del desordenado amor de sus parientes, no admitia en su corazon otros deseos ni otro afan que volver á verlos. Hizo efecto la correccion; porque en despertando Catalina, avergonzada de su inconstancia y cobardía, se arrojó á los piés de su santa madre, dándola palabra de obedecerla en todo y por todo, y de no acordarse mas de su viaje.

Desde entonces se condenó á un recogimiento mas estrecho. Su ayuno era continuo, y aumentó así el número como el rigor de sus penitencias. Tenia todos los dias cuatro horas de oracion; rezaba los salmos penitenciales con devotísima ternura, y añadia otras muchas devociones al oficio parvo de la santísima Vírgen, que desde su niñez rezaba indispensablemente cada dia. A la oracion sucedia la labor, que solo interrumpia para dar por su mano la limosna á los pobres peregrinos, para leer en un libro espiritual, ó para ejercitarse en otras muchas obras de misericordia.

Causábanla tanto fastidio las cosas del mundo, que perdió hasta la memoria de ellas. Sus ordinarias conversaciones con su santa madre eran de la pasion de Cristo, y era tal su ternura, que solo con ver á un Crucifijo se deshacia en lágrimas. Por satisfacer esta tierna devocion emprendió con su madre la peregrinacion á la Tierra Santa. Tuvieron mucho que padecer en tan penoso viaje, que hicieron únicamente por reverenciar aquellos lugares consagrados con el sudor y con los trabajos del Hijo de Dios. A vista de aquellos sagrados sitios que el Salvador habia regado con sus lágrimas y con su preciosa sangre, se conmovieron tanto las piadosas entrañas de nuestras dos peregrinas, que santa Brígida cayó gravemente enferma. El deseo de morir en Roma la obligó á embarcarse cuanto antes, acelerando su partida. Luego que llegó á Roma murió; y Catalina sintió vivísimamente la pérdida de tal madre, sin hallar otro consuelo que el de su heróica virtud. Fue depositado el santo cuerpo en la iglesia de San Lorenzo, convento de religiosas de santa Clara; y cinco semanas después partió Catalina para Suecia, llevando consigo las reliquias de su bienaventurada madre, que ya habia honrado el Señor con muchas maravillas. Fueron depositadas segunda vez en el monasterio de Wazsten, donde Catalina se encerró con las religiosas de aquella santa casa, y donde su fervor, su humildad y sus asombrosas penitencias dieron nuevo esplendor á su virtud. Obligáronla las monjas á tomar el cargo de prelada; y ella las dió la regla del Sal-

vador, que habia abrazado y observado en Roma por espacio de veinte y cuatro años bajo la conducta de su madre, derramando el Señor sus abundantes bendiciones sobre el nuevo instituto.

Pero como creciesen cada dia los milagros que obraba el mismo Señor en el sepulcro de santa Brígida, el rey de Suecia Alberto, los prelados y los grandes del reino, se movieron á solicitar su canonizacion, á cuyo fin rogaron á santa Catalina que volviese á Roma para promover este importante negocio. Fue recibida de Urbano VI con grandes muestras de distincion; mas el cisma que entonces afligia á la Iglesia obligó al Papa á suspender por algun tiempo las informaciones del proceso, y nuestra Santa se vió precisada á retirarse á su amado monasterio de Wazsten, donde quebrantada ya su salud con tantas penitencias, trabajos y viajes, se fué debilitando poco á poco, y se conoció que no estaba muy distante el dichoso fin de su gloriosa carrera.

Habia veinte y cinco años que nuestra Santa se confesaba todos los dias; pero en su última enfermedad lo hizo con particular fervor. No pudiendo recibir el Viático por los continuos vómitos que la molestaban, pidió que la trajesen á la celda la divina Eucaristía, y renovando en su presencia con devotísima ternura los actos de fe, de esperanza, de amor y de contricion, entregó el alma en manos de su Criador la víspera de la Anunciacion de la santísima Vírgen, siendo de edad de cuarenta y nueve años.

Era tan grande la fama de su santidad, que todos los prelados circunvecinos y hasta el mismo príncipe Enrico, hijo del rey, quisieron hallarse á su entierro. El Señor, que la habia favorecido en vida con el don de los milagros, quiso honrarla tambien en muerte con muchas maravillas. En el año de 1484, el papa Inocencio VIII permitió á las religiosas de San Salvador, por otro nombre de Santa Brígida, celebrar la fiesta de santa Catalina, como la segunda fundadora de la Órden después de su santa madre. (*El Martirologio romano hace conmemoracion el dia 22 de marzo*).

SAN AGAPITO, OBISPO.

De este Santo, de quien en este dia hace conmemoracion el Martirologio romano diciendo que fue obispo de la ciudad de Sinnada, metrópoli de la Frigia saludable, escribe Suidas, remitiéndose al testimonio de Eusebio de Panfilia, cuyo escritor le elogia en grande manera por la multitud de sus estupendos milagros, hasta de asom-

brosas traslaciones de montes y rios, y prodigiosas resurrecciones de difuntos. Y siendo estos prodigios causa de no pocas conversiones de los gentiles á la religion de Jesucristo, quiso, siendo soldado, darle muerte el emperador Máximo, porque oyó hablar con admiracion de sus portentosos hechos; cuya vida computa el cardenal Baronio por los años de 311; y en cuanto á la remision de Suidas es de opinion, que pudo tomarla de algunos de los comentarios de Eusebio, mediante á no hallarse en sus escritos originales.

EL INFANTE SAN SIMON, MÁRTIR.

Cuando en el año de 1472 los judíos de Trento (famosa por la celebracion del último concilio general), se juntaron en su sinagoga en el martes de la Semana Santa, para deliberar sobre las preparaciones para la próxima Pascua, que cayó en aquel año en el jueves siguiente, tomaron la resolucion de sacrificar á su odio inveterado contra el nombre cristiano, algun infante de esta religion en el viernes siguiente ó santo. Un médico judío fue el que se encargó de procurar un niño para el caso; y mientras los Cristianos estaban en sus oficios de *tinieblas* en el miércoles santo, halló uno llamado Simon, como de dos años de edad, á quien con caricias y enseñándole una moneda, le apartó de la puerta de su casa, cuyos dueños habian ido á los oficios de la Iglesia, y se lo llevó consigo. El jueves por la tarde se juntaron los principales judíos en un aposento próximo á la sinagoga, y á la media noche principiaron su cruel carnicería despedazando aquella víctima inocente. Habiéndole tapado la boca, para precaver sus gritos, hicieron varias incisiones en su tierno cuerpo, juntando en una vasija toda la sangre. Mientras tanto algunos tenian los brazos del niño estirados en forma de cruz; otros le tenian de las piernas. Estando ya el inocente medio muerto le levantaron en pié, y mientras dos de ellos le tenian por los brazos, los demás penetraban su cuerpo con lesnas y punzones. Luego que vieron haber ya espirado el tierno infante cantaron al rededor de él: *De la misma suerte tratamos en otro tiempo á Jesucristo, el Dios de los Cristianos: confúndanse nuestros enemigos para siempre.* Como los magistrados y padres del niño hacian unas pesquisas de él tan escrupulosas, los judíos le escondieron primeramente en un granero de heno, después en una bodega, y últimamente le arrojaron en el rio. Pero Dios confundio todas sus diligencias en precaver el descubrimiento del perdido infante, y del hecho criminoso; el cual probado plenamente con todas sus

circunstancias, fueron todos condenados á muerte; siendo sus principales reos despedazados en una rueda y después quemados. La sinagoga fue destruida, y erigida una capilla en el lugar en que habia sido el niño martirizado: cuya inocente víctima honró Dios con muchos milagros. Las reliquias se veneran y existen en la suntuosa tumba de san Pedro de Trento; y su nombre ocurre en el Martirologio romano. Véase la relacion auténtica de Tiberino el Médico, que reconoció el cuerpo del niño mártir; y las actas jurídicas en Surio y en Bollando, con las notas de Henschenio sobre este dia; á Martenne tambien, *Ampl. Collect. Vet. t. 2. p. 1516*, y Benedicto XIV, de *Canonizat. l. 1. c. 14. p. 105.*

La Misa es del comun de las Vírgenes, y la Oracion, como se lee de mano en un misal antiguo de Suecia, es la siguiente:

Domine Jesu Christe, qui ex abundantia charitatis, dilectam tibi Catharinam in exemplum fidelium, morum sanctimonia mirabiliter declarasti; ejus meritis et intercessione fac nos tibi devota conversatione et placitis moribus deservire: Qui vivis et regnas...

Señor Nuestro Jesucristo, que por el exceso de tu amor quisiste proponer á los fieles un ejemplo de virtud en tu amada Catalina, por la santidad de sus costumbres; concédenos por su intercesion y merecimientos, que igualmente te agrademos con nuestra piadosa conversacion y con nuestras buenas obras. Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es de los capítulos X *y* XI *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios, pág. 90.*

REFLEXIONES.

Qui gloriatur, in Domino glorietur: El que se gloriare, gloríese en el Señor. Cualquiera otro motivo de gloria es frívolo y vano. Solemos engreirnos de lo que debiera humillarnos. Búsquese el orígen de la vanagloria, y nos avergonzarémos de nuestra vanidad.

Engreirse, mirar á los demás con desden y con desprecio, porque un bisabuelo suyo fue hombre de mérito y de estimacion; porque sus armas y su apellido se encuentran en pergaminos viejos y en papeles roidos; ¿puede haber vanidad mas necia ni mas mentecata? Desengañémonos, el mérito es personal; las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dejar á su posteridad una nobleza que no se heredó, que heredarla de sus antepasados. No hay duda que la nobleza heredada goza sus prerogativas autorizadas por el mismo Dios; es muy justo respetarla, mas ¿será por eso motivo racional de ostentacion y de orgullo?

La elevacion de un cargo, que quizá compraste con tu dinero, ¿te da derecho para mirar con desprecio á los que están mas abajo que tú? En todos los estados parece bellamente la modestia; pero se hace mas respetable cuanto es mas visible en las personas de distincion. Al contrario, el orgullo en todos es odioso; con la diferencia, de que en sugeto mas elevado se ve desde mas léjos. ¿Qué mérito mas superficial, mas vano ni mas frívolo que el que se funda únicamente en tener mas posesiones, mejores alhajas, y mas rentas?

¿Puede haber vanidad mas ridícula, ni mas digna de compasion que la de aquellos que se muestran fieros, altivos, desdeñosos, porque tienen buena carroza, buenos caballos y buenas libreas? A la verdad, si en esto hay algun motivo de vanagloria, es preciso que se reparta entre muchos, y que toque la menor parte al que hace mas ostentacion de esta bobería.

Un vestido rico de moda, airosamente cortado, inspira altanería y orgullo; pero ¿lo puede haber mas mal fundado ni mas sin sustancia? Tiénese por mas que los otros el que se viste con mas profanidad y con mas ostentacion; pero valga la verdad: el que ha menester todo ese aparato de telas y de galones para hacerse estimar, ¿será por sí mismo muy estimable? En dando al sastre la alabanza que le toca, y á la tela el precio y la estimacion que la corresponde, ¿qué quedará para el pobre que la trae? *In vestitu ne glorieris unquam.* (*Eccl.* XI).

¡Mas oh, que es hombre de grande ingenio, de mucho entendimiento! Pues como eso sea así, tendrá poca vanidad. Rara vez se halla el orgullo en almas extraordinariamente capaces. Una virtud extraordinaria, un mérito sobresaliente, una persona de prendas muy singulares, por lo comun siempre es muy modesta. Los que merecen ser mas estimados, son de ordinario los que menos se estiman á sí mismos. Las almas vulgarísimas, los entendimientos cortos, los espíritus que arrastran por la tierra, y no saben levantarse del polvo, esos son los que están sujetos á esas hinchazones de corazon que inflaman al hombre, y le hacen pensar grandiosamente de sí. Ciertamente es preciso que valga bien poco aquel que se sustenta de humo y de viento. *Gloriantes ad quid valebimus?* Los que se alaban á sí mismos tanto, de ordinario sirven para nada. El despreciar á otros es prueba clara de pocos talentos y de corta capacidad. La estimacion de sí mismo es enfermedad de entendimiento, y achaque del corazon. Ámase la gloria, suspírase por la gloria, búscase la gloria; este es todo el objeto y todo el movil de esa fiera pasion. ¡Ah Señor! ¿y se

podrá hallar la verdadera gloria fuera de vuestro servicio? ¿No es aun en esta vida la legítima herencia de vuestros fieles siervos? A pesar de la envidia y de la malignidad de los disolutos, es la estimacion un tributo, digámoslo así, que la razon se ve precisada á pagar á la virtud cristiana. ¡Dichoso, Dios mio, el que solo sabe gloriarse en Vos! ¡dichoso el que solo sabe ocuparse en complaceros! ¿quién es mas digno del respeto y de la estimacion de los hombres que el que os agrada?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 91.*

MEDITACION.

Del pecado mortal.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el pecado mortal es el mayor de todos los males, y hablando propiamente, el único mal que se debe temer. Perdimiento de bienes, de honra, de salud, infortunios, accidentes desgraciados; ¡cuántos suspiros, cuántas lágrimas costais, cuántos malos ratos dais, de cuántas pesadumbres sois causa! En medio de eso, el que es justo, el que está en gracia, es digno del respeto de los Ángeles, es hombre feliz. Pero al contrario, logre uno cuanto pueda desear; sea el hombre mas dichoso del mundo; si está en pecado mortal, ¿qué es á los ojos de Dios, que es el único que sabe conocer perfectamente el mérito de todas las cosas? objeto de horror, de indignacion y de su sagrada ira. Comprende por aquí cuánta es la malicia del pecado mortal. Aunque un hombre muera pobre, menospreciado, desgraciado, es feliz si muere sin pecado mortal; pero ¿qué es la muerte del monarca mas poderoso de todo el universo, del hombre mas dichoso del mundo, si muere en pecado?

Considera que todas las desgracias que han sucedido desde el principio del mundo; aquel diluvio de males que inundó toda la tierra; las guerras, las pestes, los incendios, las enfermedades, y tantos otros azotes; la eterna condenacion de tantas almas; el infierno mismo; aquel centro donde se juntan todas las desdichas, todo es efecto funesto de una sola culpa mortal. Infiere de aquí la malignidad de este monstruo.

No se podian imaginar criaturas mas nobles ni mas perfectas que los ángeles; y con todo eso un solo pecado mortal, que se redujo únicamente á un pensamiento de orgullo consentido, y que solo duró un momento, precipitó en los abismos, y condenó á los eternos su-

plicios á un número de criaturas perfectísimas, que podian dar á Dios tanta gloria por toda la eternidad, á quienes Dios habia criado singularmente para su gloria. Concibamos ahora, si es posible, qué cosa es el pecado mortal; ese pecado que se comete con tanta facilidad, y cási sin remordimiento; ese pecado tan universal en todas las edades de la vida; ese pecado que se comete riendo, por diversion y por via de entretenimiento.

¡Mi Dios! ¿sabemos bien lo que nos enseña nuestra Religion? ¿tenemos siquiera una leve tintura de ella? ¡Es posible que se domestiquen los Cristianos con el pecado, siendo el menor pecado mortal el mayor de todos los males, siendo el único mal que hay en el mundo! ¡y que haya quien pueda vivir un solo instante en pecado!

Punto segundo. — Considera que por terrible que sea la pena con que Dios castiga el pecado, no obstante, jamás iguala á su malicia. Un solo pecado de desobediencia priva al primer hombre de la justicia original, privale de todos los dones sobrenaturales, y le acarrea á él y á toda su posteridad aquella cási infinita muchedumbre de males, que nos harán llorar hasta el fin de los siglos. Seis mil años há que Dios se está vengando, y hasta ahora no se ha dado por satisfecha su venganza; ella durará mientras dure el mundo; y el fuego del infierno, que encendió la ira de Dios, permanecerá encendido por toda la eternidad. Concibamos, si es posible, por efectos tan terribles la malicia de la causa que los produce.

¡Cuántas personas de conocida virtud, ricas en merecimientos, que habian arribado á un eminente grado de perfeccion, por un solo pecado mortal fueron infelizmente condenadas!

Háyase vivido sesenta, ochenta años en ejercicios de la mas rigurosa penitencia; háyanse practicado los actos mas heróicos de todas las virtudes; háyase convertido á todo el universo; háyanse hecho milagros; un solo pecado mortal destruye, aniquila, por decirlo así, todo este cúmulo de buenas obras. En un momento se incurre en la desgracia de Dios; en un momento se hace el pecador horrible á sus ojos; y si viene á morir en este pecado, eternamente es funesto objeto de su ira y de sus venganzas.

Luego es mucha verdad que el pecado no solamente es el único mal, sino que hablando propiamente, no hay ni puede haber otro mal en el mundo. Pero ¿se le considera como tal? ¡Ah que el pecado agrada, que el pecado tiene atractivos, y aun se puede decir que muchas personas no hallan gusto en los placeres, si no están sazo-

nados con la salsa del pecado! Y ¿no soy yo de este número? ¿hasta ahora he mirado al pecado con mucho horror? ¡Ah Señor! Si consulto mi grande facilidad en cometerlo, y mi ningun dolor de haberlo cometido, ¿qué puedo pensar, ni qué puedo decir?

Detesto, Dios mio, detesto mi ceguedad. Admiro, adoro vuestra bondad y vuestro sufrimiento. Perdonadme mis culpas pasadas, pues mi penitencia va á dar testimonio de mi arrepentimiento. El pecado es el único mal que debo temer, y tambien será el único que temeré en adelante.

JACULATORIAS. — Borrad, Señor, las manchas de mis culpas; y si tengo ya la dicha de estar lavado de ellas, purificadme cada dia mas y mas. (*Psalm.* L).

¿Como es posible, mi Dios, que pueda resolverme jamás á cometer la maldad de ofenderos y de injuriaros? (*Genes.* XXXIX).

PROPÓSITOS.

1 *Huye del pecado como de la serpiente*, dice el Sabio, *porque si te arrimas á él, te picará*. De hoy en adelante á nada tengas horror sino al pecado. Las enfermedades, la pérdida de los bienes, los contratiempos, los accidentes mas funestos de la vida apenas merecen el nombre de males, porque siempre nos pueden ser muy útiles. Nada deseos, nada emprendas que no vaya acompañado de este saludable temor; y repite muchas veces entre dia, ó por lo menos haz á Dios indispensablemente todas las mañanas, luego que despiertes, esta bella oracion de la santa Iglesia.

Domine Deus omnipotens, qui ad principium hujus diei nos perve-nire fecisti, tua nos hodie salva virtute; ut in hac die ad nullum declinemus peccatum, sed semper ad tuam justitiam faciendam nostra procedant eloquia, dirigantur cogitationes, et opera. Per Christum Dominum nostrum.

«O Dios y Señor omnipotente, que me has concedido la gracia «de traerme á la claridad de este dia, ruégote me defiendas con tu «virtud poderosa para que no cometa en él pecado alguno; antes bien «todos mis pensamientos, palabras y obras, se dirijan únicamente «a serviros y agradaros, siendo todos arreglados á vuestra santa ley. «Por Nuestro Señor Jesucristo. Amen.»

2 No basta tener horror al pecado, es menester procurar inspirar este mismo santo horror á todos los que están á nuestro cargo. Los mas de los hijos serian tan santos como san Luis, si todas las madres

fuesen tan cuidadosas de su educacion como la piadosa reina doña Blanca. No se pasaba dia en que esta devotísima Princesa no repitiese muchas veces al príncipe su hijo estas admirables palabras: *Hijo mio, aunque sabes bien lo mucho que te amo, mas quisiera verte muerto que con un solo pecado mortal en el alma.* Aprende tú esta leccion, imita este ejemplo, repite lo mismo á tus hijos cada dia, y procura que anticipe en ellos al uso de la razon este horror al pecado, este santo y saludable temor de Dios. ¡Ó cuántos se conservarian inocentes! ¡cuántas familias serian dichosísimas si se cuidase de inspirar con tiempo á los niños este santo horror al pecado!

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

LA ANUNCIACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA MADRE DE DIOS.

San Quirino, mártir, en Roma, el cual en tiempo del emperador Claudio, después de haber sido despojado de sus bienes, y encerrado en una asquerosa cárcel, y atormentado cruelmente á fuerza de azotes, fue degollado y echado en el Tíber; después habiéndole hallado los cristianos en la isla Licaonia, lo enterraron en el cementerio de Ponciano.

Doscientos sesenta y dos Mártires, tambien en Roma.

El triunfo de san Ireneo, obispo y mártir, en Sirmio, el cual en tiempo del emperador Maximiano, siendo presidente Probo, primeramente fue descoyuntado, y después atormentado por espacio de muchos dias en la cárcel; y por último, cortándole la cabeza, acabó su vida.

Santa Dula, en Nicomedia, esclava de un cierto soldado, la cual habiendo perdido la vida por conservar la castidad, mereció la corona del martirio.

La conmemoracion del Santo Ladron, en Jerusalen, que confesando á Jesucristo en la cruz, mereció oir de su boca: *Hoy estarás conmigo en el paraiso. (No se sabe ciertamente el nombre de este Santo, si bien está autorizado el de* san Dimas, *bajo el cual se le venera, por una tradicion de la Iglesia griega, que celebra su fiesta en tal dia como hoy).*

San Pelayo, obispo, en Laodicea, el cual habiendo padecido el destierro y otros trabajos por defender la fe católica, en tiempo de Valente, murió en el Señor.

Los santos confesores Baroncio y Desiderio, en Pistoya.

San Ermelandro, abad, en Andro, isla del rio Loira, cuya vida es recomendable por sus grandes virtudes y milagros.

LA ANUNCIACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

El misterio de la Encarnacion, que se cumplió en el mismo instante en que el Ángel le anunció á la santísima Vírgen, y esta Señora dió su consentimiento; debe considerarse como el principio de

todos nuestros misterios, como el fundamento de nuestra Religion, como la basa de nuestra fe, como el resto de la omnipotencia, como el orígen de nuestra dicha, y como el misterio por excelencia de la bondad y amor de Dios para con los hombres; autorizado por el Espíritu Santo, admirado de los Ángeles, predicado á los gentiles, creido en el mundo, y sublimado á la gloria: *Magnum pietatis sacramentum, quod manifestatum est in carne... creditum est in mundo, assumptum est in gloria.* (*I ad Timoth.* III). Y porque la felicísima embajada que el arcángel san Gabriel llevó á la santísima Vírgen del misterio de la Encarnacion, es en todo rigor la señal mas sensible, y la primera época de nuestra Religion, por eso explica la Iglesia con el título de la Anunciacion todos los misterios que se comprenden en ella.

Habiendo llegado en fin el dichoso momento destinado desde la eternidad para hacerse la reconciliacion de los hombres con Dios, aquel mismo arcángel Gabriel, que cuatrocientos años antes habia declarado al profeta Daniel el nacimiento y la muerte del Mesías, y aquel mismo tambien, que seis meses antes habia anunciado á Zacarías el nacimiento del que habia de ser el Precursor, fue enviado á una tierna doncella, llamada María, de la tribu de Judá y de sangre real, porque era descendiente de la casa de David.

Aquel Señor, que la habia escogido para madre del Mesías, la habia prevenido en el primer instante de su concepcion de todos los dones celestiales, y de una plenitud de gracia tan asombrosa, que era el pasmo del cielo; y como dicen los Padres, excedia en méritos y en santidad á las mas perfectas criaturas.

Aunque por una rara virtud, hasta entonces sin ejemplo, habia consagrado á Dios con voto su virginidad; con todo eso quiso la divina Sabiduría que se desposase con un varon justo llamado José, de la misma casa de David, para que fuese guarda de su honor, testigo y protector de su pureza, tutor y padre putativo del hijo que habia de nacer solo de ella.

Vivia esta doncellita en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea. Aquí fue donde el arcángel san Gabriel se la apareció á tiempo (dice san Bernardo) que, retirada de la vista y comercio de las criaturas, se dedicaba enteramente á su Dios en contemplacion muy elevada. Lleno de respeto y veneracion el celestial paraninfo á vista de la que consideraba ya como reina y soberana suya, la saludó de esta manera: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres:* salutacion que comprendia el mas pomposo

y mas magnífico elogio que podia darse á una pura criatura; porque la aseguraba que estaba llena de todos los dones del Espíritu Santo; que poseia todas las virtudes en supremo grado; que estaba colmada de bendiciones; y que era ella la criatura mas agradable á los ojos de Dios que habia en el cielo y en la tierra.

La repentina vista de un Ángel en figura de hombre causó al principio alguna turbacion á la purísima doncella. Llenóse su virginal rostro de un vergonzoso rubor, y su corazon de sobresalto; lo que advertido por el Ángel, la aseguró diciéndola: *No temas, María; porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Este Señor quiere que seas madre de un hijo; pero sin detrimento de tu virginal pureza. Concebirásle en tus entrañas, darásle á luz, y le llamarás Jesús. Será á todas luces grande; y las maravillas que obrará, le harán reconocer por hijo del Altísimo, y por hijo tuyo, por descendiente de David, puesto que tu eres de su sangre real. Pero no ascenderá al trono por el derecho de la sucesion; porque su soberanía se le deberá por otros títulos muy diferentes. Como hijo de David dominará sobre los pueblos de todo el universo, aunque su corona no será como la de los reyes de la tierra. Fundará una nueva monarquía. En la Iglesia de Dios vivo, en esta misteriosa casa de Jacob reinará sin sucesor, puesto que el imperio de este gran Monarca no reconocerá mas límites en su extension que los de todo el universo, ni mas términos en su duracion que los de la eternidad misma.*

Fáciles son de concebir los primeros movimientos de aquel corazon humildísimo, de aquella Vírgen la mas humilde de todas las criaturas. No podia comprender que Dios hubiese puesto los ojos en ella para cumplimiento de tan alto y tan asombroso misterio. Por otra parte la asustaba mucho el título de madre, apreciando tanto el puro estado de vírgen. Esto la obligó á preguntar, cómo podia ser lo que el Ángel la decia, no habiendo conocido hasta entonces á hombre alguno, y estando resuelta á no conocerle jamás. Pregunta, dice san Agustin, que no haria la purísima doncella, si no hubiera hecho voto de perpetua castidad: *Quod profecto non dicerci, nisi Virginem se ante vovisset.* (*Lib. de Virginit.*).

Para sosegarla y para satisfacerla el Ángel, la declaró que solo Dios seria padre del hijo de quien ella habia de ser madre; que concebiria por obra del Espíritu Santo, el cual siendo la virtud del Altísimo, formaria milagrosamente el fruto que habia de nacer de sus entrañas, haciendo mas pura su virginidad; y en fin, que el hijo que habia de dar á luz se llamaria, y seria verdaderamente hijo de

Dios, en quien residiria corporalmente toda la plenitud de la divinidad, todos los tesoros de la santidad y de la sabiduría divina. Y en testimonio de esta verdad, añadió el Ángel, pongo en tu noticia la maravilla que Dios acaba de obrar en favor de tu prima Isabel, la cual en su avanzada edad no podia ya esperar tener hijos naturalmente, y con todo eso está en cinta de seis meses, porque nada es imposible al Todopoderoso; y el que pudo dar un hijo á una anciana y á una estéril, tambien podrá hacer madre á una doncella sin que deje de ser vírgen.

Mientras hablaba el Ángel se sintió María interiormente iluminada de una clarísima luz sobrenatural, con la cual comprendió toda la economía, y todos los milagros de aquel inefable misterio, y aniquilándose delante de Dios: *Hé aquí*, dijo, *la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra*. Al decir esto desapareció el Ángel, y en aquel felicísimo momento formó el Espíritu Santo en las entrañas de la Vírgen un hermosísimo cuerpo de su misma purísima sangre, y criando al propio tiempo la mas perfecta alma que crió jamás, unió el cuerpo y el alma sustancialmente á la persona del Verbo: *Et verbum caro factum est* (*Joan.* 1), y el Verbo por medio de esta sustancial union se hizo carne. En el mismo punto todos los Ángeles adoraron á aquel Hombre Dios; en el mismo punto se convirtió en templo del Verbo encarnado el vientre de la mas pura entre todas las vírgenes; y en el mismo punto se cumplieron todas las profecías que anunciaban la venida del Mesías: *Hodie Davidicum est impletum oraculum*, dice san Gregorio de Neocesarea (*Hom.* 1): entonces se verificó el oráculo de David: *Gaudebunt campi, et exultabunt omnia ligna silvarum à facie Domini, quoniam venit:* saltará de gozo toda la naturaleza, porque el Hombre Dios se dejó ver en el mundo. *Hodie qui est, gignitur*, dice san Juan Crisóstomo (*De Divin. Gen.*): en este dia fue concebido en tiempo el que es ante todos los siglos; y aunque esencialmente inmutable, comenzó á ser lo que no era, haciéndose hombre; pero sin perder lo que antes era siendo Dios: *Qui est, fit id quod non erat. Nec cum Deitatis jactura factus est homo.* En este dia, dice el sabio y piadoso Gerson, fueron oidos los ardientes deseos de tantos santos patriarcas, que suspiraban por la venida del Mesías: *Hodie completa sunt omnia desideria*. Esta es la principal fiesta de la santísima Trinidad, no habiendo otro dia en que hubiese obrado iguales maravillas: *Hodie primum est et principale totius Trinitatis festum.* ¡Cuántos misterios se incluyen en uno solo, y cuántos prodigios en este solo misterio! En Jesucristo un Hombre Dios; en Ma-

ría una vírgen madre de Dios; y en nosotros, á cuyo beneficio se hicieron todas estas maravillas, unos hijos adoptivos de Dios.

Sí, carísimos hermanos, dice san Agustin: *Talis fuit ista susceptio, quae Deum hominem faceret, et hominem Deum* (*Serm. de Annunt. Mar.*): tal fue el efecto de la Encarnacion, que en virtud de ella, en la persona de Cristo, el hombre se elevó á ser Dios, y Dios se alzó hasta la forma de hombre. Un Dios verdadero hombre, y un hombre verdadero Dios. Las dos naturalezas divina y humana unidas en una misma persona; pero haciéndose esta union sin confusion de naturalezas. El Verbo se hizo carne; y por esta union real y sustancial del Verbo con la humanidad, hizo propias suyas todas las miserias naturales del hombre; comenzando tambien el hombre á ser participante de todas las grandezas de Dios. Misterio inefable, á cuya ejecucion se debe rendir todo entendimiento criado; porque, como dice san Juan Crisóstomo, no hay que preguntar con qué virtud, ni de qué manera pudo la naturaleza humana ser sublimada por el Verbo eterno á union tan noble, á estrechez tan inexplicable: *Neque hic quaeritur quomodo hoc factum sit aut fieri potuerit.* (*De Divin. Gener.*). Pues el órden de la naturaleza cede á todo lo que quiere Dios: *Ubi enim Deus vult, ibi naturae ordo cedit.* Quiso Dios hacerse hombre; pudo hacerlo, lo hizo y salvó á los hombres: *Voluit, potuit, descendit, salvavit.* ¡Ó qué inagotable fondo de piadosas reflexiones y de afectos de admiracion, de amor y de reconocimiento, se comprende en este inefable misterio!

Pero si el asombroso abatimiento del Verbo, dicen los Padres, es asunto grande de admiracion al mundo; la sublime elevacion de María á la dignidad augusta de madre de Dios, no incluye ni descubre inferiores maravillas. Una vírgen que concibe en tiempo á aquel mismo hijo que Dios engendró ante todos los siglos en la eternidad. María hecha madre de Dios en sentido propio, natural y riguroso; y por esta divina maternidad, María con autoridad sobre Dios, y Dios con subordinacion á María. *Utrinque miraculum;* dos grandes prodigios: un Dios con todas las obligaciones de un hijo para con su madre; y María en posesion, respecto de Dios, de todos los derechos de una madre para con su hijo, y de todos los bienes, por decirlo así, de este mismo hijo. Después de esto no hay que admirarnos diga san Agustin, que entre todas las puras criaturas, ninguna es igual á María. *Taceat, et contremiscat omnis creatura,* exclama el célebre san Pedro Damiano, *et vix audeat aspicere ad tantae dignitatis immensitatem.* (*Serm. de Nativ. Virg.*). Calle, poseida de un respetuoso te-

mor, toda pura criatura á vista de una inmensa dignidad que no puede comprender. Ni hay que tener miedo, añade el sabio cancelario de Paris, de exceder ó de decir demasiado cuando se ensalzan las grandezas de María; porque enriquecida con los bienes de su Hijo, y solo inferior á Dios, es superior á los elogios de los Ángeles y de los hombres: *Quidquid humanis potest dici verbis, minus est à laude Virginis.* (*Serm. de Concep.*).

No debe causarnos admiracion esta unánime conspiracion de los santos Padres en publicar las inefables prerogativas de la Madre de Dios en el dia de su Anunciacion gloriosa; porque la divina maternidad de que tomó posesion en este dia, incluye en sí todos los elogios. *Hoc solum de beata Virgine praedicare*, dice san Anselmo, *quod Dei Mater est, excedit omnem altitudinem quae post Deum dici et cogitari potest:* solo con decir que María es madre de Dios, se dice lo mas que después de Dios se puede decir, ni se puede pensar. Este es el orígen y como el título radical de todos los privilegios que goza. De aquí dimanó aquella concepcion sin mancha; aquella virginidad sin ejemplo; aquella plenitud de gracia sin medida; aquella elevacion, aquella universalidad de virtudes sin limitacion: de aquí los magníficos, los dulces títulos de Reina del cielo y de la tierra; de Madre de misericordia; de amparo de los pecadores. Tributad á María, escribe san Bernardo á los canónigos de Leon, tributad á María las alabanzas que de justicia se la deben. Decid que para sí, y para todos, halló la fuente de la gracia; publicad que es la mediadora de la salvacion, y la restauradora de los siglos; porque esto es lo que la Iglesia canta, y todos los Padres publican: *Magnifica gratiae inventricem, mediatricem salutis, restauratricem saeculorum: haec mihi de illa cantat Ecclesia.* (*Epist. 174*).

Luego que fue madre de Dios, dice san Lorenzo Justiniano, comenzó á ser escala del paraíso, puerta del cielo, abogada del mundo, y mediadora entre Dios y los hombres: *Paradisi scala, coeli janua, interventrix mundi, Dei atque hominum verissima mediatrix.* (*Serm. de Annunt.*).

Hay apóstoles, hay patriarcas, hay profetas, hay mártires, hay confesores, hay vírgenes. Todos estos son sin duda poderosos intercesores con Dios, y yo cuento en la realidad mucho con su poderosa intercesion; pero, Vírgen santa, exclama el devotísimo Anselmo, lo que todos estos pueden juntos contigo, tú sola lo puedes sin ellos: *Quod possunt omnes isti tecum, tu sola potes sine illis omnibus.* (*Oratio 45 ad Virg. Mar.*). Y ¿por qué puedes tú sola tanto, y mas que

todos juntos? *Quare hoc potes?* Porque eres Madre de Nuestro Salvador, Esposa del mismo Dios, Reina del cielo y de la tierra, y soberana Emperatriz de todo el universo: *Quia Mater es Salvatoris nostri, Sponsa Dei, Regina coeli et terrae, et omnium elementorum.* Mientras tú no hablas en mi favor, ninguno se atreve á abogar por mí: *Te tacente, nullus orabit, nullus juvabit.* Pero luego que tú te declaras por mi causa, tendré tantos abogados como cortesanos celestiales: *Te orante, omnes orabunt, omnes juvabunt.*

¡Cuántas veces (dice el famoso abad de Celles) debieron á la clemencia de la Madre la gracia de su conversion aquellos á quienes la justicia del Hijo estaba ya para condenar al fuego eterno! *Saepe quos justitia Filii potest damnare, Matris misericordia liberat.* Pues ¿qué confianza no debemos tener en aquella Señora, que por el mismo hecho de ser madre de Dios, fue declarada tesorera general de sus gracias, depositando, por decirlo así, en sus manos nuestra salvacion? *Thesauraria gratiarum ipsius; salus nostra in manu illius est.* (Rup. *Praef. contempl.*).

Este fue el dictámen general de todos los Padres en órden á la Madre de Dios; esta ha sido en todos tiempos la fe de la Iglesia. Solamente los herejes jamás han podido tolerar que se le rinda el religioso culto que se la debe. No ha tenido enemigo el Hijo que no lo haya sido de la Madre. Habiendo sido ella la que pisó la cabeza del dragon, no es de admirar haya sido siempre tan aborrecida de él; y siendo el misterio de la Encarnacion el fundamento de la fe, no hay blasfemia que no haya vomitado el infierno contra este divino misterio.

Los Arrianos negaban la divinidad del Verbo; los Nestorianos la union sustancial del Verbo con la carne, admitiendo en Cristo dos personas; los Eutiquianos reconocian en él una sola naturaleza; los Monotelitas una sola voluntad; y los Marcionitas un cuerpo fantástico. Todos estos rasgos emponzoñados iban de rebote á borrar en María el augusto título de verdadera Madre de Dios. Fulminó rayos la Iglesia en sus concilios contra estos impíos errores, y anatematizó á los herejes; entre los cuales ninguno se declaró con mayor furor contra la divina maternidad de la Vírgen que el impío Nestorio. Arrebatado del espíritu de orgullo este indigno patriarca de Constantinopla, se atrevió descaradamente á disputar á María el augusto título de Madre de Dios; mas para dorar de alguna manera, ó para endulzar la blasfemia de su error, concedió á la Señora los mas especiosos dictados que pudo discurrir, á excepcion del de *Teotocos*, ó

Madre de Dios, que es como el fundamento y la basa de todos los demás. Reconociendo la Iglesia que negar esta indisputable excelencia á la Vírgen, era echar por tierra el misterio de la Encarnacion, tomó la defensa de este esencialísimo punto con todo el ardor y con todo el empeño que correspondia á su celo. Convocó el célebre concilio Efesino el año 431, en que Nestorio fue excomulgado y degradado, sus errores condenados; quedando definido como uno de los principales artículos de fe, que María es verdadera Madre de Dios en sentido natural y riguroso, sin que este dogma, tan antiguo como la Iglesia misma, pudiese padecer interpretacion *maligna*, declarándose que el término *Teotocos* seria tan consagrado y tan característico contra la herejía de Nestorio, como lo era ya el de *Consustancial* contra los errores de Arrio. No se puede imaginar el aplauso y regocijo con que fue recibida esta definicion de la Iglesia universal en gloria de la santísima Vírgen, y es razon no omitir aquí las demostraciones que se hicieron en Éfeso el dia que se publicó.

Llegado, pues, el que se habia señalado para pronunciar definitivamente sobre la divina maternidad de María, todo el pueblo dejó las casas, ocupó las calles, llenó las plazas públicas, y concurrió á cercar la iglesia dedicada á Dios en honra de la Vírgen, donde estaban congregados los Padres del Concilio. Luego que se publicó la decision, llegándose á entender que María quedaba mantenida en la justa posesion del título de Madre de Dios, resonaron en toda la ciudad festivas aclamaciones y gritos extraordinarios de una devotísima alegría; siendo tan vivas y tan universales estas demostraciones del gozo, que al salir los Padres de la iglesia para retirarse á sus casas, todo el pueblo los condujo como en triunfo, colmándolos de bendiciones. Quemábanse pastillas y otros aromáticos perfumes en las calles por donde habian de pasar; brillaban en el aire festivas luminarias y variedad hermosa de fuegos artificiales, sin que faltase circunstancia alguna á la pompa del regocijo comun, ni al esplendor de la gloriosa victoria que María acababa de conseguir de sus enemigos, que no lo eran menos de su santísimo Hijo. Tanta verdad es, como dice san Buenaventura, que la devota ternura, el religioso culto de la Madre de Dios, en todos tiempos fueron comunes á todos los verdaderos cristianos. Nació con la Iglesia la devocion á María, y siempre fue reputada como señal visible de predestinacion: *Qui acquirunt gratiam Mariae, agnoscuntur à civibus paradisi; et qui habuerit hunc caracterem, annotabitur in libro vitae.* (*Bonav. in Psalmo* XCI). Ni es esta, añade san Bernardo, una confianza presuntuo-

sa, que fomente la relajacion; es un religioso culto; es una piadosa esperanza, fundada en la proteccion de la Madre de Dios, pero sostenida de una vida regular, timorata y cristiana. El desgraciado fin del impío Nestorio fue funesto anuncio del que deben esperar todos los que se declaran enemigos de la santísima Vírgen.

Créese comunmente que en este concilio Efesino, en que presidió san Cirilo en nombre de san Celestino, papa, compuso juntamente con los demás Padres aquella devota oracion á la Madre de Dios, que después adoptó la santa Iglesia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte. Amen Jesús.* (*Baron. ad ann. 431*).

En todos tiempos fue muy célebre en la misma Iglesia la fiesta de la Anunciacion. Cuando vivia san Agustin estaba ya señalado para ella el dia 25 de marzo, en el cual dice este Padre, se cree por antigua y venerable tradicion que fue concebido y murió nuestro divino Redentor: *Sicut à majoribus traditum suscipiens Ecclesiae custodit auctoritas, octavo kalendas aprilis conceptus creditur, quo et passus.*

El décimo concilio Toledano, celebrado en el año de 656, llama á la solemnidad de este dia *la fiesta de la Madre de Dios por excelencia, la gran fiesta de la Vírgen: Festum sanctae Virginis Genitricis Dei, festivitas Matris.* Porque, ¿qué otra fiesta mayor de la Madre de Dios, dicen los Padres, que la Encarnacion del Verbo? *Nam quod est festum Matris, nisi incarnatio Verbi?* Por ser incompatible el luto que arrastra la Iglesia en tiempo de pasion y de penitencia, en que por lo regular cae la Anunciacion, con la alegría y la solemnidad que convenia á este misterio, los Padres del referido Concilio trasladaron su fiesta al tiempo de Adviento, en que el oficio divino es cási todo de la Anunciacion y de la Encarnacion del Verbo. La santa Iglesia de Toledo la fijó al dia 18 de diciembre, y la de Milan al domingo que precede inmediatamente á la fiesta de Navidad. Pero habiéndola restituido la Iglesia romana á su propio dia hácia el noveno siglo, cási todas las demás iglesias se conformaron con ella; bien que no por eso dejó de celebrar la mayor parte de ellas una fiesta particular en honra de la santísima Vírgen el dia 18 de diciembre con título de la *Expectacion*.

Hasta en Inglaterra, no obstante el funesto cisma, se observa hoy la fiesta de la Anunciacion, siendo una de las de precepto, se celebra con ayuno, vigilia, oficio público, y una colecta particular, y comenzándose á contar el año eclesiástico por este dia.

Son muchas las Órdenes religiosas que se honran con el distintivo

de la Anunciacion de María. Los Servitas ó los siervos de la Vírgen, cuyo instituto tuvo principio en Florencia por los años de 1232, y que en el espacio de cinco siglos ha dado muchos Santos al cielo y grandes hombres á la Iglesia, se llama *de la Anunciada*, ó *de la Anunciacion;* no habiendo título mas oportuno para un órden singularmente dedicado á servir y honrar á la Vírgen, que el que está significando aquel feliz momento en que comenzó á ser Madre de Dios.

En Francia y en Italia hay religiosas con el mismo nombre, que se llaman *las Celestes*, ó *las monjas azules*, porque andan vestidas de este color. Y el total olvido del mundo, junto con el profundo silencio, retiro y soledad que profesan, contribuye mucho á fomentar en ellas aquel espíritu interior que reina en esta santa Órden, haciéndola muy digna del título de la Anunciada ó de la Anunciacion, con que se honra.

El año de 1460, el cardenal Juan de Torquemada fundó en Roma en la iglesia de la Minerva una piadosa congregacion ó cofradía con el título de la Anunciacion, para casar doncellas pobres, y para dar dotes á las que quieren ser religiosas; habiendo crecido tanto las rentas de esta archicofradía, así por la liberalidad de los Papas, como por muchos legados pios que la han dejado, que cada año da estado á cuatrocientas doncellas, yendo el mismo Papa en persona, con todo el aparato que se estila cuando sale de ceremonia, á distribuir las cédulas de dotes el dia 25 de marzo.

En el año de 1639 la ilustre madre Juana Chezard de Matel fundó en Aviñon, con aprobacion de la Sede apostólica, la religion del Verbo encarnado, cuyo principal fin es honrar continuamente con tierna devocion y caridad ardiente á este divino Verbo hecho carne en las entrañas de la mas pura y mas santa entre todas las vírgenes; disponiéndole castas esposas por medio de la piadosa y admirable educacion, que segun su instituto dan á las doncellitas tiernas á quienes llama Dios por el camino de la religion: pudiéndose asegurar que el fervor y el religioso porte con que edifican á todos, sostienen con esplendor el augusto título que las distingue, y las merecen el renombre de verdaderas hijas del divino Verbo encarnado.

Amadeo VIII, duque de Saboya, mudó en el año de 1435 el órden militar *del Lago de amor*, en *el de la Anunciada*, mandando que en lugar de la imágen de san Mauricio trajesen los caballeros la de la santísima Vírgen, y en vez de los lagos unos cordoncillos con las palabras de la salutacion angélica; lo que muestra bien no haber en el mundo cristiano Estado alguno que no profese singular venera-

cion á este misterio, que siendo el primero de todos, fue principio y orígen de nuestra dicha.

El mismo espíritu de devocion y de reconocimiento movió al papa Urbano II en el año de 1095, á ordenar en el concilio de Clermont, donde presidió en persona, que todos los clérigos rezasen el oficio parvo de Nuestra Señora, introducido ya entre los monjes por san Pedro Damiano; y que tres veces al dia, por la mañana, á mediodia, y por la noche se tocase á las oraciones, que vulgarmente se llama *á las Ave Marías*, y en otro tiempo se decia *tocar al perdon*, por las grandes indulgencias que concedieron á cuantos las rezasen tres veces al dia los papas Juan XXII, Calixto III, Paulo V, Alejandro VII, y Clemente X.

La Misa es de la fiesta, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui de beatae Mariae Virginis utero Verbum tuum, angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti: praesta supplicibus tuis; ut qui vere eam genitricem Dei credimus, ejus apud te intercessionibus adjuvemur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que quisiste que el Verbo tomase carne en las entrañas de la santísima Vírgen luego que el Ángel la anunció el misterio; concédenos por sus ruegos, que así como firmemente la creemos y confesamos por verdadera Madre de Dios, así tambien nos favorezca para contigo con su soberana intercesion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *del profeta Isaías.*

In diebus illis: Locutus est Dominus ad Achaz, dicens: Pete tibi signum à Domino Deo tuo in profundum inferni, sive in excelsum supra. Et dixit Achaz: Non petam, et non tentabo Dominum. Et dixit: Audite ergo, domus David: Numquid parum vobis est, molestos esse hominibus, quia molesti estis et Deo meo? Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Butyrum et mel comedet, ut sciat reprobare malum, et eligere bonum.

En aquellos dias habló el Señor á Achaz, diciendo: Pide al Señor tu Dios un portento del profundo del infierno, ó arriba en lo excelso. Y Achaz respondió: No le pediré, y no tentaré al Señor. Y dijo: Oid, pues, casa de David: ¿Por ventura es poco para vosotros el molestar á los hombres, sino que sois molestos tambien á mi Dios? Por esto el mismo Señor os dará un portento. Mirad, una vírgen concebirá: y parirá un hijo, y se llamará su nombre Manuel. Comerá manteca y miel, para que sepa reprobar lo malo, y elegir lo bueno.

REFLEXIONES.

Habló el Señor á Achaz: *Locutus est Dominus ad Achaz.* Bien pueden nuestras culpas encender la ira de Dios; pero no podrán apa-

gar su misericordia. Era Achaz un rey impío. Sus maldades habian acarreado á todo su reino grandes y rigurosos azotes. Veíanse desoladas todas sus provincias por sus enemigos: muertos á sus manos mas de ciento y veinte mil hombres, y hechos prisioneros mas de doscientos mil. Pero tantas calamidades no habian sido bastantes para convertir al Monarca: habíanle abatido, pero no le habian hecho ni mas humilde ni menos irreligioso. Reducido ya á las últimas extremidades, le exhorta el Profeta que recurra á Dios, y coloque en él toda su confianza. Resístese el desdichado Rey; y la misericordia de Dios toma ocasion, por decirlo así, de su poca fe para dar á su pueblo nuevas muestras de su bondad. Puntualmente en el tiempo en que todo era desolacion, y en que parecia haber olvidado y reprobado Dios á su pueblo, entonces le renovó la promesa que ya le tenia hecha de enviarle el Salvador, dándole la señal mas singular y mas clara que se podia pedir, ni se podia desear. ¡Ó cuánta verdad es que Dios no se olvida de que es padre, por mas que le irrite la rebeldía de sus hijos! ¡cuánta verdad es que se acuerda de su misericordia, aun cuando está mas encendida su ira! *Cum iratus fueris, misericordiae recordaberis.* (*Habac.* III). Concebirá una vírgen; y parirá un hijo, que se llamará Manuel, esto es, *Dios con nosotros*. Prodigio singular é inefable, pronosticado ochocientos años antes que sucediese. Sucedió en fin este prodigio. La respuesta de María al Ángel, la admiracion de José cuando advirtió el preñado de su Esposa, todo convence concluyentemente la virginidad de aquella Madre milagrosa. Concibió María, y parió á Dios hecho hombre. *In terris visus est, et cum hominibus conversatus est* (*Baruch* III): se dejó ver en la tierra, y conversó con los hombres. Pide ahora otro mayor milagro en el cielo ó en la tierra para confirmarte en la fe. Y ¿no seria mucho mayor milagro si faltases en la fe después de haber visto este gran prodigio? Son desdichados los infieles; no son menos dignos de compasion los judíos; pero los herejes ¿serán menos rigurosamente castigados? Mas los cristianos disolutos é impíos; los que profanan su fe con el desórden de sus costumbres; los que desacreditan su religion con sus obras, ¿serán por ventura menos infelices?

El Evangelio es del capítulo I *de san Lucas, pág. 308.*

MEDITACION.

Sobre el misterio de la Encarnacion.

Punto primero.—Considera si podia Dios dar mayores pruebas del amor que profesa á los hombres, que haciéndose hombre para acreditar con testimonio mas sensible el exceso de su amor.

Hablemos claros. Si Dios hubiera dejado á nuestra eleccion que le pidiésemos una prueba visible y convincente de lo mucho que nos amaba: *pete tibi signum* (*Isai.* VII); ¿nos hubiera pasado por el pensamiento pedirle otra semejante? ¿Hubiéramos soñado en pretender que Dios se hiciese hombre; y que haciéndose en todo semejante á los hombres, se echase á cuestas todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, para compadecerse despues mas de nuestras necesidades? Pues este prodigio, que jamás nos atreveríamos á pedir, ni aun á imaginar; esta maravilla, que el entendimiento humano calificaria de extravagancia; este milagro fue el que obró la Sabiduría divina para manifestarnos el exceso con que nos amaba. ¿Estamos bien convencidos de este exceso de su amor? ¿Y cuál es nuestro reconocimiento?

¿Qué interesaba al Señor en nuestra redencion? ¿qué iba á ganar en hacerse semejante á nosotros para que fuésemos participantes de su gloria? ¿Ignoraba por ventura que iba á desperdiciar sus inmensos beneficios en unos hombres ingratos? ¿No sabia bien que por mas que le costase, por mas amor que nos mostrase, por mas ejemplos que nos diese, el mundo siempre habia de ser su implacable enemigo, siempre habia de estar atestado de impíos y de disolutos? Y con todo eso ninguna cosa fue bastante á disgustarle, á entibiarle en el amor de un pueblo tan indigno de sus favores.

Videte qualem charitatem dedit nobis Pater (*I Joan.* III): Ved, hombres ingratos, ved el amor que el Padre celestial nos mostró en este adorable misterio, queriendo que nos llamásemos, y que efectivamente fuésemos hijos suyos, pueblo querido del *Hombre Dios*, sus coherederos y sus hermanos. No pudo el Verbo divino tomar carne humana sin contraer con los hombres la afinidad mas estrecha. ¡Un Dios que se humilla, por decirlo así, hasta aniquilarse haciéndose niño, sujetándose á todas las miserias naturales de los niños; y esto por amor de los hombres! ¿Creemos esta maravilla? ¿Y nos hace mucha impresion este inefable beneficio?

Ah Señor, no, no me admiran ya vuestros abatimientos, ni todas las maravillas que obrais en este inefable misterio. Aunque son in-

comprensibles al entendimiento humano, la misma razon me dicta que vuestros fines, que vuestras ideas son muy superiores á cuanto ella puede alcanzar. Lo que me asombra, lo que realmente trastorna á mi misma razon, es que los hombres crean este misterio, y no os amen. Pero, ¿y no entraré yo tambien en este número después de estas reflexiones?

Punto segundo. — Considera que si nuestro amor y nuestro reconocimiento á este Hombre Dios deben ser sumos, ¿cuál deberá ser nuestra confianza, nuestra veneracion y nuestra ternura á su santísima Madre? ¿Puede ser elevada á mas alta dignidad una pura criatura? ¿Hay cosa criada, hay celestiales inteligencias que no sean inferiores á la Reina de los hombres y de los Ángeles?

Pero en lo que mas interesamos todos es en que si su poder iguala á su dignidad, la ternura con que nos mira es igual á su poder. Comenzó á ser madre de misericordia desde que comenzó á ser Madre de Dios; pues ¡con qué caridad vuelve sus piadosos ojos hácia los pecadores! ¡qué liberal es para con todos los que la invocan! ¡Oh mi Dios, y cuánto debe consolarnos ésta verdad!

Sabemos que solamente Jesucristo redimió al mundo con su sangre; pero no podemos ignorar que aquella sangre preciosa que derramó, fue formada de la misma sustancia de María; y por consiguiente franqueó, ofreció, entregó por nosotros aquella sangre que sirvió para nuestro rescate. En esto se funda la Iglesia para darla el título de mediadora y reparadora de los hombres. Como María tiene tanto interés, tanta parte en la dicha de los que se salvan, no puede mirar á sangre fria la desgracia de los que se pierden. ¡Cuál debe ser nuestra devocion á aquella Señora, que siendo Madre de Dios, es al mismo tiempo madre nuestra! ¡Cuál nuestro religioso culto, cuál nuestra firme confianza en la que es *vita, dulcedo, et spes nostra!* fuente de vida en esta region de muerte; todo nuestro consuelo en este valle de lágrimas; toda nuestra esperanza en este tropel de escollos, en tanta confusion de peligros. Rabie y espume de coraje la herejía; que la Iglesia siempre aclamará, siempre saludará á esta Señora con estos augustos timbres, tan llenos de consuelo como de majestad. Y con semejante protectora, con tal madre, ¿será posible que vivamos pobres y necesitados de bienes espirituales? ¿será posible que desmayemos en el camino de la salvacion? ¿que tengamos la desgracia de descaminarnos y de perdernos? ¿Á quién se deberá echar la culpa?

Pues en este gran dia en que María es declarada por Madre de Dios, tributémosla los cultos que merece; arrojémonos á los piés de sus altares: y jurémosla una fidelidad inviolable, renovándola la protesta de la mas reverente, de la mas perfecta esclavitud.

Esto es lo que hago desde este mismo momento, ó Madre de mi Dios, ó Vírgen sacratísima. Cubierto de confusion, y partido el corazon de un vivo dolor, de un amargo arrepentimiento, por haber correspondido tan mal hasta aquí á vuestras excesivas misericordias, vengo lleno de nueva y mas animosa confianza á implorar vuestra poderosa proteccion para con vuestro amantísimo Hijo, y á ofrecerme para siempre por perpetuo esclavo vuestro. Sed, Señora, madre mia, y alcanzadme la gracia que he menester para adquirir las virtudes que caracterizan á los que son vuestros hijos verdaderos.

JACULATORIAS. — Ruega por nos, santa Madre de Dios.
Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra.

PROPÓSITOS.

1 De todas las oraciones que la Iglesia dirige á la santísima Vírgen, la mas agradable á esta Señora y la mas provechosa para nosotros es la salutacion angélica, que comunmente llamamos el *Ave, María*. El autor de esta oracion en todo rigor fue el Espíritu Santo; porque solo contiene las palabras que usó el Ángel cuando la anunció el misterio de la Encarnacion; las que dijo santa Isabel en el dia de la Visitacion, y la oracion que hizo toda la Iglesia, congregada en Éfeso en el dia de la triunfante Asuncion de la Vírgen. Es esta oracion un compendio de las maravillas que Dios obró en su favor, y de las grandes mercedes que esperamos de esta Madre de misericordia. Por eso ha sido siempre muy familiar á todos los Santos: y la Iglesia comienza y acaba con ella el oficio divino. Es el *Ave, María*, dice el devoto Tomás de Kempis, el terror de las tinieblas, y fue siempre la oracion mas estimada de todos los Santos. San Atanasio, en el sermon que hizo de la Madre de Dios, dice que todas las jerarquías celestiales repiten sin cesar en el cielo esta salutacion angélica. Por lo mismo la llama san Efren el cántico de los Ángeles; y san Juan Damasceno añade, que basta rezarla para llenarse el alma de consuelo. Los herejes no son de este parecer. Siendo la salutacion angélica tan gloriosa á la Madre de Dios, tan agradable al Señor, y tan provechosa á los fieles, no podia ser de su gusto. El infierno la mira con horror, y es formidable á los demonios: pues

¿cómo podian dejar de reprobarla los enemigos de la Iglesia? *Siempre que rezo el Ave, María*, (dice san Francisco en sus Opúsculos) *los Ángeles y los Santos se regocijan en el cielo, y los justos en la tierra; el infierno brama, y los demonios huyen. Así como la cera se derrite con el fuego, así los malignos espíritus se disipan á la invocacion del nombre de María.* Sea, pues, de hoy en adelante el *Ave, María*, la devocion que mas frecuentes, no solo todos los dias, sino todas las horas, rezándola siempre que oyeres el reloj; y aun las personas fervorosas, que de todo se aprovechan para caminar al cielo, acostumbran dar principio á todas las obras que hacen con el *Ave, María*. Al salir de casa, al volver á ella, al principio y al fin de todas sus oraciones, al comenzar algun negocio, al despertar por la mañana, al acostarse por la noche, antes de dormir, después de la señal de la cruz, en fin, dice san Bernardo, dar principio á todas las acciones, y sellarlas todas con el *Ave, María*, es una devocion que nos facilita mil bendiciones del cielo. Enséñala á tus hijos y á tus criados; porque después de las oraciones de precepto, ninguna es mas provechosa, ninguna mas necesaria que esta. El misterio de la Encarnacion, que nos recuerda; los auxilios necesarios para vivir una santa vida, y para lograr una santa muerte, que en ella se piden á Dios por intercesion de aquella que es como la dispensadora de sus gracias; todo acredita la excelencia de esta oracion, y todo convence su grande utilidad. Pero ten cuidado de rezarla con aquella atencion, con aquel respeto, con aquella devocion que se requieren. Comunmente se hacen sin fruto las oraciones que se repiten con frecuencia, porque se hace costumbre de rezarlas sin atencion y sin gusto. Corrige este defecto; y nunca reces el *Ave, María*, sin hacer reflexion á que con ella saludas á la Reina del cielo y de la tierra, y que imploras su proteccion como refugio de pecadores.

2 En Francia se toca regularmente tres veces á las *Aves, Marías*: al amanecer, á mediodía, y poco antes de la noche; costumbre piadosísima, que tambien se practica en muchas partes de España, haciendo señal la campana para advertir á los fieles que cumplan con este deber de gratitud y de religion. Es una de las devociones mas antiguas y mas indispensables de la Iglesia. Porque siendo el misterio de la Encarnacion el orígen de todos los demás, y el principio de nuestra salvacion, quiere que sus hijos unan sus voces y sus afectos tres veces al dia para dar gracias al Padre de las misericordias por este insigne beneficio; y en cada una de ellas se rezan tres *Aves, Marías*, en reverencia de las tres personas de la santísima Trinidad,

por haber concurrido todas tres con modo particular á este inefable misterio; y se dirigen las oraciones á la santísima Vírgen por haberse obrado el misterio en sus purísimas entrañas. Antes de la primera *Ave, María*, se dicen estas palabras de la Iglesia: *Angelus Domini nuntiavit Mariae, et concepit de Spiritu Sancto:* El Ángel del Señor anunció á María que seria madre de Dios, y concibió por obra del Espíritu Santo; en las cuales se comprende toda la economía del misterio de la Encarnacion, en el mismo punto que el Ángel se le anunció á la Vírgen. Antes de la segunda *Ave, María*, se dicen aquellas palabras de la misma Vírgen: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum:* Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra; con las cuales dió su consentimiento, que en el órden de la divina Providencia era condicion precisa para cumplimiento del misterio. Antes de la tercera *Ave, María*, se dicen aquellas palabras del Evangelio: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis:* Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; las cuales explican la Encarnacion del Verbo divino. Esta oracion no se puede llamar devocion puramente voluntaria; en cierta manera es obligatoria, pues por eso dispone la Iglesia que se toque á las *Ave, Marías*, para acordar á los fieles la obligacion que tienen de rezarlas. No es pecado, pero es una especie de irreligion el dispensarse de ella, y mucho mas el avergonzarse de cumplirla, como parece lo hacen muchos. Esto prueba la poca religion que se halla entre los hombres del mundo. Imponte desde hoy una severa ley de no faltar jamas á tan justa obligacion. Acaba siempre el ofrecimiento de obras por la mañana con las *Ave, Marías*. Si á mediodia no oyeres la campana, o en el lugar donde estás no se acostumbrare tocar á las oraciones en aquella hora, fija la santa costumbre de rezarlas ó al principio o al fin de la comida. Y en fin, si no las oyeres por la noche, rézalas despues de puesto el sol. Antiguamente se llamaba, y aun hoy se llama en algunas partes al toque de las oraciones *el perdon*, por las muchas indulgencias que están concedidas á los que las rezan. Sabiendo bien los sumos Pontífices cuán agradable es al Señor esta oracion, y qué provechosa á los fieles, han derramado abundantemente los tesoros de la Iglesia en favor de los que tienen costumbre de rezarla con devocion y con respeto. Urbano II, como ya se ha dicho, hallándose en el concilio de Clermont, al que presidió en persona el año de 1094, mandó que se tocase á las oraciones todos los dias. Juan XXII, estando en Aviñon, concedió veinte dias de indulgencia á los que las rezasen. Calixto III aumentó el número para aumentar la devocion.

Paulo III aun concedió mas amplias indulgencias. Alejandro VII concedió indulgencia plenaria á los misioneros de la Compañía de Jesús; y Clemente X, á instancia del rey Cristianísimo, para extender á toda la Iglesia esta gracia, concedió lo primero diez años de indulgencia todas las veces que se rezaren las *Ave, Marías;* lo segundo, indulgencia plenaria á los que por espacio de un mes las rezaren tres veces cada dia, confesando y comulgando en cualquiera dia que eligieren del mes siguiente; y lo tercero, el mismo Papa concedió indulgencia plenaria para la hora de la muerte á los que hubiesen tenido costumbre de practicar esta devocion en vida. ¿Serán necesarios mas motivos para observarla en adelante con la mayor exactitud? Pero guárdate bien de hacerlo con indevocion y con tibieza. Nunca reces las oraciones con precipitacion; rézalas siempre con atencion devota; y por un ridículo respeto humano, por una necia vergüenza, nunca dejes de ser y de parecer cristiano.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

San Castulo, mártir, en Roma, en la vía Lavicana, quien siendo camarero del palacio del Emperador, como hospedase á los fieles perseguidos, fue tres veces colgado en el potro por los perseguidores, y otras tantas examinado por el juez; y perseverando en confesar á Jesucristo, lo echaron en un hoyo, que cubrieron con una gran porcion de arena, y quedó allí ahogado, mereciendo así la corona del martirio. *(Véase una noticia de su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Pedro, Marciano, Jovino, Tecla, Casiano y otros, tambien en Roma.

El tránsito de los santos mártires Teodoro, obispo, Ireneo, diácono, Serapion y Ammonio, lectores, en Pentápolis, en la Libia.

Los santos mártires Montano, presbítero, y Máxima, en Sirmio (de la España bética), los cuales fueron ahogados en un rio por la fe de Cristo.

Los santos mártires Quadrato, Teodosio, Manuel y otros cuarenta, allí mismo.

Los santos mártires Eutiquio y otros, en Alejandría, los cuales en tiempo de Constancio, por órden de Jorge, obispo arriano, por defender la fe católica fueron pasados á cuchillo.

San Ludgero (ó *Ludgerio)*, obispo de Munster, en el mismo dia, que predicó el Evangelio á los sajones. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Braulio, obispo y confesor, en Zaragoza en España. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Felix, obispo, en Tréveris.

SAN BRAULIO, OBISPO DE ZARAGOZA.

Entre los prelados sobresalientes en virtud y letras que ha tenido la Iglesia de España, uno ha sido el glorioso san Braulio, obispo de Zaragoza, y honor inmortal de aquella respetable silla. Hay quien le hace hermano de san Hermenegildo y de Recaredo: hay quien le da la misma ascendencia que á los santos Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina; pero la verdad es, que se ignora quienes fuesen sus padres, y solo sabemos por san Ildefonso, que fue hermano de su predecesor Juan, que tanto brilló en el mismo obispado. Desde sus tiernos años dió muestras de la capacidad que tenia su corazon para dar asiento á las virtudes, y del talento particular que prometia feliz acogimiento á las ciencias. Uno y otro cultivó nuestro jóven, bajo la direccion de excelentes maestros, cuales fueron su mismo hermano y el glorioso san Isidoro, á quien oyó en compañía de san Ildefonso.

En tal escuela se deja conocer los admirables progresos que haria un jóven que en nada se disipaba, y que se aprovechaba con un ardor insaciable de las lecciones de piedad y de los ejemplos con que las veia practicadas. Las sagradas letras, los cánones eclesiásticos, la disciplina, y los santos Padres eran las fuentes cristalinas donde bebia aquella doctrina pura y sublime que se echa de ver en todas sus cartas, y con que ilustró después á los monarcas y á los concilios. Pero no quiso que esta ciencia fuese seca y desaliñada; sino que tuviese todos los adornos y atractivos que encantan á los menos cautos, y que logran á veces efectos maravillosos, que no consigue acaso el celo, si carece de elocuencia. Por tanto, estudió los autores profanos, tuvo conocimiento de las lenguas mas necesarias, y no despreció el furor y entusiasmo de los poetas; antes bien de todo hizo un caudal que empleó después con ganancias á beneficio de la Iglesia y de su esposo Jesucristo. Los himnos que compuso en alabanza de los que vencieron al mundo, y aquella carta dirigida al Papa, que tanto dió que admirar en Roma, son claros testimonios del alto grado en que poseyó este siervo de Dios las letras humanas y las sagradas ciencias.

Como á estos ornamentos añadia los de una virtud sólida, se hizo tan dulce y apetecible en el trato, y tan amable para todos, que se tenia por feliz el que disfrutaba su conversacion, ó aquel que lograba su correspondencia por cartas. Su mismo maestro el gran san Isi-

doro, le amaba con tal extremo, que para mitigar su ardor le escribia cartas amorosísimas y regaladas, y le enviaba donecillos. Aun siendo el Santo arcediano, le escribió una, en que le dice estas palabras: «Hijo mio carísimo, cuando recibas esta carta de tu amigo, «no te detengas en abrazarla como si fuese él mismo en persona. «Los que están ausentes no tienen otro consuelo que abrazar las car- «tas de su amado. Te he enviado un anillo y una capa: lo primero «en señal de la union de nuestros corazones, y lo segundo para que «cubra y resguarde nuestra amistad, que es lo que significó la an- «tigüedad en el vocablo de que usan los latinos. Ruega á Dios por «mí; y el Señor quiera moverte el corazon, de manera que merezca «yo volver á verte otra vez, para que sea mi alegría viéndote tanta, «como es el pesar que tengo desde que estás ausente.» Así significaba san Isidoro el encendido amor que tenia á san Braulio, lo que prueba con claridad el grado de amabilidad á que este bendito Santo habia llegado por su ciencia é integridad de vida.

Conocióronlo bien sus superiores, y advirtiendo el tesoro que en él tenia la Iglesia, determinaron honrarle con sus dignidades, bien satisfechos de que Braulio no las convertiria en motivo de vanidad y de soberbia, sino en la edificacion y provecho de las almas. En efecto, su hermano quiso depositar sobre los hombros de Braulio una gran parte de la pesada carga que tenia siendo obispo; y así llamándole á Zaragoza, le hizo arcediano de aquella iglesia, que es decir, le dió el oficio y cargo de mas cuidado y responsabilidad que tenia toda la diócesis. En este tiempo, deseando continuar su propia instruccion, y juntamente proporcionar á los fieles los escritos mas instructivos y piadosos, solicitó de su maestro san Isidoro que escribiese los libros de las Etimologías, obra, que como afirma el mismo san Braulio, basta por sí sola para formar el estudio de un hombre, y hacerle instruido tanto en las letras humanas, como en las divinas. Condescendió el santo Obispo á las súplicas de su discípulo, y así debe reconocerse deudora nuestra Iglesia y el mundo todo de una obra tan preciosa, á las reiteradas instancias de Braulio, que no pudo resistir su maestro por el sumo amor que le tenia.

Tambien le dirigió, siendo arcediano, aquel antídoto admirable contra los trabajos y tribulaciones que se padecen en esta vida; esto es, la obra de los Sinónimos, en que el santo Arzobispo de Sevilla introduce á la razon, dando los consejos que pueden tranquilizar sólidamente á un corazon agitado, y enseñando los medios seguros de conseguir la paz verdadera con que descansan las almas piadosas.

De todo lo cual sacó nuestro Santo tan colmados frutos, que habiendo el Señor llamado á mejor vida á su hermano Juan, no se encontró sugeto mas digno de sucederle en la silla de Zaragoza. Esta eleccion se refiere comunmente acompañada del prodigio de haber bajado del cielo un globo de fuego sobre la cabeza de san Braulio, á tiempo que en un concilio de Toledo se consultaba de dar sucesor á su hermano; oyéndose una voz que decia: *Este es mi siervo escogido sobre el cual puse mi espíritu*. Pero asi este como otros sucesos maravillosos que refieren algunos modernos, carecen del apoyo de la antigüedad, por cuya causa se omiten, en la firme persuasion de que los hechos no se adivinan, ni se pueden saber sino por el testimonio de documentos fidedignos.

Sentado nuestro Santo en la silla de Zaragoza comenzó á difundir tanta luz de sabiduría y celestiales virtudes, que era la admiracion de los mas provectos, al tiempo que sus ejemplos se permitian imitar de los mas flacos. Fiel ejecutor de las reglas que prescribe san Pablo á sus discípulos Tito y Timoteo, era sobrio, casto, humilde, prudente y caritativo, haciéndose todo para todos. Ofrecióselе buena ocasion para manifestar todas estas virtudes luego que le consagraron obispo, porque inmediatamente se vió su diócesis afligida de la guerra, de la hambre, de la esterilidad, y de su compañera inseparable la peste. Sufria todos estos males con indecible paciencia, adorando la mano invisible que con ellos castigaba los excesos de los mortales. Pero al mismo tiempo cuidaba como solícito pastor de acudir á todas partes con remedio y consuelo, para que entre tantos males ni se descarriasen ni se perdiesen sus ovejas. Alentaba á los flacos, consolaba á los afligidos, ayudaba á los menesterosos, alimentaba á los hambrientos, y cual amoroso padre se hallaba á la cabecera de los enfermos y moribundos, dándoles fortaleza con sus exhortaciones, y confortando sus almas con dulces y piadosas palabras. Faltábase á sí mismo por asistir a sus súbditos, siendo tanto el celo y la caridad con que los asistia, que no le quedaba tiempo para escribir siquiera una carta á su amigo y maestro san Isidoro.

Pero en medio de tantas borrascas y trabajos jamás desatendió el principal cuidado, que era el de su propia santificacion, por los varios y difíciles medios que le ofrecian las circunstancias. Cuidó ante todas cosas de ejercitarse en la humildad como basa y fundamento de todo el espiritual edificio. Pocos obispos ha tenido España que hayan logrado un concepto tan ventajoso, una admiracion tan universal, y unas alabanzas tan extraordinarias; y menos todavía los que

con tanta justicia hayan merecido tales alabanzas, admiraciones y concepto. Sin embargo, nada habia en la reputacion de Braulio mas despreciable que él mismo. *Siervo inútil de los Santos de Dios* era el nombre ordinario que usaba al firmar las cartas, y estaba tan persuadido de ello, que á un obispo que le escribió ensalzando sus prendas y merecimientos, parece que quiso persuadirle lo contrario, segun la eficacia con que le habla de su poquedad é insuficiencia. Si alguna vez erró, confesó llana y sencillamente su yerro, implorando el perdon y condescendencia, como se ve en una de sus cartas escrita al obispo Wiligildo, en que confiesa haber hecho mal en ordenar de diácono á un monje súbdito de este prelado, y le ruega con las expresiones mas humildes que le perdone este exceso.

A la verdad, pedia con justicia, porque una de las principales virtudes en que este Santo resplandeció, fue en el perdon de las injurias, y en la mansedumbre y sufrimiento de las persecuciones y trabajos. Todo su obispado fue una serie continua de amarguras. La reforma de los abusos introducidos, el órden y severidad con que mantenia la disciplina eclesiástica, y el teson con que se oponia como muro fuerte á los desórdenes y relajaciones que traen consigo unos tiempos turbados con guerras y con herejías, le ocasionaron disgustos tan pesados, que nunca escribe á san Isidoro, ni al rey Chindasvinto y Recesvinto, sin ponderar las angustias y amarguras en que estaba sumergida su alma. No obstante esto, nunca se queja de sugeto determinado; antes bien, siendo notorias las injurias que le escribió un cierto Tajon, presbítero, le responde con tal mansedumbre, con palabras tan llenas de caridad y dulzura, que manifiesta bien ser fiel discípulo de aquel que dió su sangre por los mismos que le crucificaron.

Ejercitado de este modo en sufrir las contradicciones del mundo, buscando su consuelo en Dios, y su tranquilidad en la oracion, en la meditacion de las santas Escrituras y en el cuidado de su rebaño, salió excelente maestro para dar consolacion y enjugar las lágrimas de los que las vertian por las ocasiones mas funestas. Consoló á su hermana Basila en la muerte de su marido: á Pomponia en las muertes de Basila y del bienaventurado Nonito, obispo de Gerona: á Hoyon y Eutrocia en la de Hugnan, grande amigo del Santo; y últimamente, á Ataulfo, Gundesvindo y Wistremiro, que estaban inconsolables por la muerte de estas prendas muy amadas. Y esto lo hacia con tanta ternura y piedad, que la carta que escribió á Wistremiro comienza con estas notables palabras: «Sin embargo de que

«no es consolador oportuno aquel que por sus propias penas está su-«mergido en llanto; con todo eso, quisiera yo solo padecer tu dolor «y el mio, á trueque de poder oir la gustosa nueva de que vivias «consolado.» Que es lo mismo que desear cargar con los trabajos y adversidades de sus prójimos, por tener la dulce satisfaccion de que la caridad para con ellos habia llegado al mas sublime grado.

Dos cosas le llenaban el corazon de esta tranquilidad admirable y de una superioridad decidida sobre sus angustias y las ajenas. Una era el ejercicio de la oracion, en que recibia del cielo no solamente consolaciones espirituales superiores á todo el rigor y amargura con que atormentan los trabajos del mundo; sino las luces suficientes para dar salida á los negocios mas arduos, y consejos sólidos y acertados á los que se hallaban en ocasion de necesitarlos. Otro era la santa compañía de un varon tan sabio y tan piadoso como lo era su discípulo el arcediano Eugenio, quien fastidiado de los engaños de la corte se habia retirado á hacer vida monacal en Zaragoza, dejándole á Toledo la inquietud de sus cortesanos, sus engaños y sus perfidias. Así lo confesó el mismo Santo en la carta primera que escribió al rey Chindasvinto, con ocasion de llamar este Soberano al referido Eugenio para que presidiese en la silla de Toledo. Este golpe le llenó el corazon de tanta amargura, que no dejó diligencia por hacer para que el soberano se apiadase de la tristeza en que le sumergiria esta separacion. Ponderó su incapacidad en el ministerio de la palabra, sus quebrantadas fuerzas, las muchas turbaciones que padecia su diócesis, la necesidad que tenia de su arcediano para conservar la grey del Señor segura de los acometimientos con que pretendian ensangrentarse en ella voraces y carniceros lobos, y últimamente le representó que estaba cási ciego, y que quitándole á Eugenio le robaban la mitad de su alma.

El piadoso Rey respondió cortesmente á su carta, ponderando su erudicion, su sabiduría, su elocuencia, y concluyendo con que Zaragoza estaba bien provista de pastor con su persona, y que la iglesia de Toledo tenia justicia para pretender otro tanto en la de Eugenio. Que reconociese aquella eleccion como dirigida por el Espíritu Santo, y esperase que el justo Juez premiaria en el maestro la doctrina y santas virtudes con que habia sabido enriquecer á su discípulo, haciéndole digno de gobernar la primera silla de España. No pudo Braulio resistirse á razones tan poderosas, que iban además revestidas de toda la autoridad y poder que las daba el haber sido dictadas desde el trono; y así envió á Eugenio con tanto dolor de su

alma, que se atrevió á pronosticar que seria otra vez restituido á la iglesia de Zaragoza. Pero la divina Providencia tenia dispuesto que Eugenio presidiese en la silla de Toledo, como se verificó siendo consagrado metropolitano en el año de 646, y quedando Braulio cubierto de amargura, aunque en todo resignado y conforme con las disposiciones divinas.

A proporcion de sus virtudes brillaba su sabiduría. La primera ocasion en que se dejó ver con admiracion de toda España fue el concilio IV de Toledo. Ya la fama habia publicado que era digno discípulo de san Isidoro; pero en este concilio se le ofrecieron ocasiones de testificar que las voces con que se habia extendido y celebrado su doctrina eran todavía muy inferiores á la verdad. En cuantos puntos se trataron habló como un oráculo, pues consta que muy de antemano se preparó con un estudio activo y prolijo de cuanto en el concilio se habia de resolver; y á este fin suplicó á su maestro que intercediese con el Rey para que le remitiese el códice de las actas del concilio que tuvo en Sevilla san Isidoro. Es de creer tambien, que hallándose este Santo sumamente débil, fatigado y enfermo, cargaria todo el peso del concilio sobre san Braulio, y de consiguiente que tendria este mucha parte en la disposicion de las actas y en la formacion de los cánones, ya porque su ciencia lo hacia mirar con respeto, y ya por aliviar de este modo á su amado maestro, que no tenia ya fuerzas para semejante trabajo.

Estando en este concilio le encargó san Isidoro que corrigiese y perfeccionase la obra de las Etimologías que poco antes le habia dirigido, bien satisfecho del Santo; ya por su sabiduría, y ya porque á instancias suyas habia compuesto la obra. En efecto, san Braulio condescendió con las insinuaciones de su maestro, dividiendo el códice en veinte libros, y purgándole de muchos defectos con que le habian corrompido los copiantes. El trabajo que empleó en esta correccion fue sin duda muy considerable, porque además de ser la obra de mucha erudicion y doctrina, tuvo san Braulio por entonces el ánimo ocupado de amarguísimos sentimientos. Causáronlos las muertes de algunas personas amadas del Santo que ilustraban la Iglesia con sus virtudes, y eran un vivo ejemplar de perfeccion para los fieles. Tales fueron entre otros el marido de Basila, hermana suya; la misma Basila; Nonito, obispo de Gerona; y lo que es mas que todo, el mismo san Isidoro, á quien amaba como á amigo, respetaba como á maestro, y veneraba como á santo.

Desde este tiempo comenzó Braulio á ser el único apoyo y oráculo

de los concilios, y el astro brillante con que se iluminaban todos los obispos de España para dar acertadas resoluciones en los casos arduos que se les ofrecian. Poco después de la muerte de san Isidoro se juntó en Toledo el concilio quinto en el año de 636, en el cual se presentó nuestro Santo como un sol que despedia resplandores para la ilustracion de todas las iglesias de España. Todos los Padres reconocian la superioridad de sus luces, y así ponian en sus manos las determinaciones, seguros del acierto. A él se le deben los sabios cánones y decretos con que se afirma el dogma y se corrobora la disciplina, por lo cual san Ildefonso le elogió llamándole *esclarecido e ilustre en la formacion de los cánones*, como atribuyéndole los que en este concilio y el siguiente se establecieron. Este fue el sexto Toledano famoso, porque en sus cánones se hace una sólida refutacion de cuantas herejías se habian condenado hasta aquel tiempo; y porque además se vindicó el honor de los obispos de España, falsamente calumniados en Roma de poco vigilantes en su ministerio.

Esta vindicacion la hizo san Braulio comisionado por todo el concilio, como sugeto en quien con la doctrina se juntaba la amenidad de las bellas letras, y el arte de hacer prevalecer la verdad, presentándola con todos los atractivos de la elocuencia. Al juntarse en el concilio recibieron los Padres una carta del papa Honorio, remitida por el diácono Turnino, en que los argüia ásperamente de no cumplir exactamente con su ministerio, resistiendo con esfuerzo y valor á los enemigos de la fe. Por tanto temia se cumpliese en ellos que de fieles custodias de la grey de Jesucristo, se cambiasen en unos perros mudos, que no tenian ánimo para ladrar siquiera contra los lobos carniceros. Sintiéron los Padres una reprension tan severa del Pastor de la Iglesia universal; y fue tanto mayor su sentimiento, cuanto estaban mas seguros en su conciencia de haber cumplido exactamente con su cargo, condenando los errores, oponiéndose vigorosamente á las novedades, y llenando completamente las obligaciones de obispos vigilantes y celosos. Su mucha virtud no pudo hacerse desentendida de los perjuicios que trae consigo una calumnia cuando llega á encontrar abrigo en el pecho de un superior. Determinaron, pues, prevenir las funestas consecuencias, desengañando al Santo Padre de las falsedades que le habian sugerido; y para este efecto le remitieron copia de las actas de los concilios anteriores, juntamente con una carta escrita por san Braulio, de la cual dice el arzobispo D. Rodrigo, que causó grande admiracion en Roma por la hermosura de su estilo y la gravedad de sus sentencias. En ella le hace ver

al Pontífice el celo y esmero con que tanto el rey Chintila como los obispos de la Península cuidaban de mantener en toda su pureza la doctrina de Jesucristo. Se hace cargo de que es propio de su oficio pastoral dirigir semejantes avisos á todas las iglesias; pero al mismo tiempo que lo es tambien no dar fácil entrada, ni creer con precipitacion las delaciones que se hacen contra un cuerpo de obispos tan respetable. Le propone el ejemplo de esta cautela en ellos mismos, quienes, aunque habian oido decir que el romano Pontífice permitia volver á sus ritos supersticiosos á los judíos que habian recibido el Bautismo, de ninguna manera habian dado asenso á semejante nueva, suponiéndola muy ajena de la firmeza y santidad de aquella piedra sobre que Cristo habia fundado su Iglesia. Y últimamente le ruega que ayude con sus oraciones, para que el Señor proteja la salud y buenos propósitos, tanto del rey piadoso, como de unos obispos que de acuerdo con él velaban sobre el depósito de la fe.

No brillaba menos su portentosa sabiduría fuera de los concilios, y así recurrian á Braulio los obispos, los reyes, presbíteros y todo género de personas, como á una fuente de doctrina y de prudencia en donde hallaban la solucion de sus dudas, y consejos acertados en los negocios mas arduos y difíciles. Luego que Eugenio fue promovido al arzobispado de Toledo se halló embarazado con algunos casos de tan difícil solucion, que no se atrevió á resolverlos por sí mismo, sino que pidió á nuestro Santo le aconsejase lo que debia hacer, contemplando que de su doctrina no se podia esperar otra cosa que el acierto. Habia encontrado un presbítero fingido que ejercia las funciones del sacerdocio sin haber recibido realmente este órden sagrado. Halló algunos diáconos que acostumbraban administrar el sacramento de la Confirmacion; y últimamente halló presbíteros, que no contentos con confirmar, se atrevian á consagrar el óleo y bálsamo para la Confirmacion. Sin embargo de los muchos cuidados, tristezas y amarguras que por entonces le oprimian, responde á todo con gran copia de doctrina, rogando al mismo tiempo á Eugenio humildemente, que si hallaba algun defecto en sus respuestas, le corrigiese y le avisase para enmendarle él mismo.

La grande obra de asegurar la tranquilidad del reino, haciendo que á Chindasvinto sucediese Recesvinto en la corona, fue tambien fruto de la sabiduría y alta consideracion que Braulio tenia en todas las jerarquías de la nacion, y en la estimacion del mismo Rey. Se habian experimentado varias turbaciones y excesos en las elecciones de monarca. Con prevision de la muerte de Chindasvinto se iban ya

fomentando facciones por personas tumultuarias y ambiciosas, que aspiraban al trono por medio de la tiranía. Los españoles fieles y sensatos previeron que costarian mucha guerra y sangre semejantes turbulentas intenciones; y así procuraron poner en tiempo el remedio á los males que amenazaban, solicitando que Chindasvinto, no solamente declarase á su hijo heredero de la corona, sino que le asociase en el reino, dándole el título y potestad de rey antes de su muerte. Pero un negocio tan arduo necesitaba para tratarse y conseguirse de una mano maestra, que supiese manejar todos los medios de la prudencia, de la política y de la razon. Pusiéronlo todo en las de Braulio, de cuya sabiduría, autoridad y santidad no dudaron que haria el Rey todo el aprecio que esperaban. En efecto, escribió el santo obispo á Chindasvinto una carta en que después de representarle el amor y fidelidad de sus vasallos, las calamidades y turbaciones á que quedarian expuestos si no se prevenian oportunamente los artificios de la ambicion, llega á proponerle temeroso y esperanzado el medio que los españoles deseaban. El efecto de esta carta fue nombrar á Recesvinto sucesor del reino, y rey juntamente con Chindasvinto mientras á este le durase la vida.

Después que Recesvinto subió al trono, encargó á san Braulio la correccion de un códice que estaba tan falto y mendoso, que aseguró el Santo que le hubiera sido de menos trabajo el escribirle de nuevo. Por tanto, después de haber hecho algunas correcciones, se le volvió al Rey, alegando que sus muchos años, sus enfermedades, la falta de vista, y las amarguras que le hacian padecer los espíritus díscolos é inquietos, le hacian tardar demasiado, y cási desconfiar de la conclusion de la obra. Pero el piadoso Monarca, conociendo cuánto valia el trabajo de un varon tan consumado en letras y virtudes, no quiso desistir de su empeño. Consolóle en sus trabajos; alentóle con la esperanza de que el Señor, por cuya causa trabajaba, le infundiria nuevo vigor y nuevas fuerzas; y últimamente, que solamente de su elocuencia y sabiduría esperaba la conclusion de aquella obra. Cedió el Santo á las honoríficas y piadosas insinuaciones del Monarca, y concluyó la obra, remitiéndola con las humildes expresiones de que «si algun yerro se encontraba en ella, debia atribuirse á la cortedad de sus luces; y por el contrario, todos los «aciertos debian atribuirse á la gracia particular de aquel Señor que «habia sabido desatar la lengua del animal mas rudo para que hablase cuando convenia.»

Unos trabajos tan pesados y tan continuos; las inquietudes y de-

tracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud; el celo y vigilancia con que miraba la salvacion de sus ovejas, y las muchas enfermedades que padeció pusieron término á su preciosa vida, cuyo fin le obligaban á mirar con gusto las amarguras con que la pasaba, como afirma en la primera carta que escribió á Chindasvinto. Sucedió su muerte por los años del Señor de 651; siendo llorada de todos los buenos, que conocian que en san Braulio habia perdido la Iglesia de España un ministro fiel, un obispo celoso, un doctor sapientísimo, un padre amoroso y un sacerdote santo. Su venerable cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santa María la Mayor, que hoy se llama del Pilar, en donde por la miseria de los tiempos siguientes llegó á estar sin veneracion y desconocido por mas de seiscientos años. Pero Dios, que quiere sean veneradas las reliquias ó sagrados despojos de sus siervos, reveló al obispo D. Pedro Garces de Januas el sitio donde reposaban las del Santo, desde donde con grande veneracion fueron trasladadas al altar mayor de la iglesia del Pilar, en donde los fieles las veneran. Escribió la vida de san Millan; un índice de las obras de su maestro san Isidoro; la vida de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta; y muchas epístolas llenas de uncion y sabiduría, que son un depósito de instruccion para los fieles, y un testimonio de los grandes trabajos que padeció san Braulio por el amor de Jesucristo y de su esposa la Iglesia.

SAN CASTULO, MÁRTIR.

Como los Emperadores gozan de todos los regalos y conveniencias de este mundo; así es forzoso tengan quien les sirva, asista y corteje. Diocleciano, que en nada cedió á los demás Emperadores, tuvo, entre otros muchos nobles de su familia, á Castulo, tan de su afecto y satisfaccion, que era de los que mas cerca asistian á su imperial persona, sirviéndole como su mas íntimo sumiller de corps ó camarero; que quien le fiaba su amistad, bien podia fiarle su persona dormida y sola. Era Castulo cristiano secretamente, y no se declaraba, por no perder la ocasion que viviendo oculto tenia de favorecer y amparar á los Cristianos: lo cual podia fácilmente por la mucha mano y amistad que tenia con su amo el Emperador.

Entre otros muchos cristianos, á quienes favoreció y amparó con amor y caridad cristiana, fueron de él con particular cuidado asistidos el santo pontífice Cayo, Marceliano y Marcos, diáconos, y su padre Tranquilino, presbítero. Pero como el tiempo sea voltario, y

las cosas, por ocultamente que se hagan, no pueden estarlo tanto que dejen de saberse algun dia, y mas viviendo en aquellos tiempos los idólatras con tanto cuidado y deseos de hallar cristianos en quienes emplear sus crueldades y rigores; vino al fin á descubrirse como Castulo era cristiano, y gran favorecedor y amparador de los Cristianos: por lo cual fue preso, sin que le valiese la inmunidad del imperial palacio en que vivia, ni el estimarle el Emperador como á fiel criado y amigo; porque con el nombre de cristiano todo se borraba para con aquellos tiranos. Fue examinado en tres audiencias públicas; pero hallado tambien tan constante y firme en la fe de Jesucristo y confesion de su santísimo nombre; furioso el juez, lo hizo bárbaramente poner en una hoya profunda, y que le llenasen de arena y argamasa: con que, quedando en ella sepultado su cuerpo vivo, fue su felicísima y bendita alma aposentada en el alcázar y palacio celestial del Emperador supremo, Cristo Jesús, donde fue recibida con festivos y angélicos cánticos, y coronada de eterna gloria. Fue su martirio y pasion gloriosa á los 26 de marzo, por los años del Señor de 286, imperando el ya nombrado Diocleciano. Escribieron su vida y martirio Beda, Usuardo, Adon, Pedro de Natalibus *in Cathalogo, lib. 3, cap. 251,* Sanoro, el Martirologio romano, Baronio en sus Anotaciones, y otros.

El silencio es virtud que tiene su aprobacion y canonizacion por el mismo Dios; pero el dejar de hablar á su tiempo tambien fuera vicio: uno y otro se ha de regular por la prudencia. Grande fue la que mostró el invicto mártir de Jesucristo san Castulo: pues con ella supo tener oculta su profesion de cristiano todo el tiempo que le pareció; mas después que vió que tambien convenia hablar, habló tanto y tan divinamente en la confesion de la fe, que siendo preso por su silencio, fue ahogado por su hablar, mereciendo por uno y otro la corona del martirio, y dejándonos enseñados á callar, y hablar á su tiempo; sabiendo, que, imitándole siempre, le tendrémos intercesor en la gloria, donde le veamos. Amen.

SAN LUDGERIO Ó LUDGERO, PRIMER OBISPO DE MUNSTER.

San Ludgerio, originario de Frisia, y de familia ilustre entre las mas distinguidas de todo aquel país, nació al mundo por los años de 743. Su padre Triadgrin y su madre Lifeburga, reconociendo en el niño Ludgerio particular inclinacion á la virtud, y bellas disposiciones para las letras, le enviaron á Utrech siendo de edad de trece

á catorce años, para ser educado en la escuela del misionero san Gregorio, discípulo de san Bonifacio, mártir.

Estaba dotado Ludgerio de excelente ingenio, natural dócil, de modales gratos, de un aire apacible, de un corazon noble, y como naturalmente inclinado á todo lo bueno. Con tan felices disposiciones, en poco tiempo hizo admirables progresos en la ciencia de los Santos, y en el estudio de las letras humanas. Acompañó á Aluberto cuando fué á consagrarse por obispo á Yorck, y recibió en aquella ciudad el órden de diácono. Empeñado ya mas particularmente en el servicio de la Iglesia, aspiró con mayor aliento á la perfeccion, y se aplicó con nuevo fervor á adquirir las virtudes eclesiásticas y religiosas propias de su estado. Consiguiólo con ventajas; y bien informado Alberico, sucesor de san Gregorio, del extraordinario mérito de nuestro Santo, le envió al país de Over-Isel á renovar la cristiandad de Deventer, que los sajones gentiles habian arruinado después de la muerte de su fundador y primer apóstol san Lebwin. Hizo en poco tiempo san Ludgerio cuanto se podia esperar del fervoroso celo de un apostólico misionero; y abolidas las miserables reliquias del paganismo, quedó reparada aquella iglesia.

Fue consagrado Alberico por obispo, y á pesar de la humilde resistencia de Ludgerio, á vista de una dignidad respetable á los mismos Ángeles, le ordenó de sacerdote. Envióle luego á Frisia, y apenas entró en ella, comenzó á ser su apóstol. Padeció cuantos trabajos suelen padecer los hombres apostólicos cuando se empeñan en desmontar una tierra inculta; pero Dios endulzó sus penosas fatigas con las abundantes bendiciones que derramó sobre ella. En menos de siete años convirtió á la fe de Cristo á aquella nacion idólatra; y apenas hubiera quedado gentil en ella, si Witikin, duque de Sajonia, y todavía pagano, no hubiera obligado á nuestro Santo á salir del país durante la cruel persecucion que movió contra la Iglesia.

Arrancado Ludgerio con indecible dolor de en medio de su rebaño, se fué á consolar en la soledad del santo Monte Casino, y allí desquitó en continuas oraciones y en rigurosas penitencias lo que no le permitia hacer el entredicho de su celo. Oyó el Señor sus apostólicos deseos; porque conquistada por Carlo Magno toda la Baja-Sajonia, y convertido el Duque á la religion cristiana, salió de su retiro nuestro Santo, animado de nuevo fervor; y cediendo todo, no menos á la eficacia de sus palabras, que á la fuerza de sus ejemplos, predicó el Evangelio hasta la embocadura del Weser, en todos los cinco cantones marítimos de Frisia. Triunfante ya en todo aquel país

la fe de Jesucristo, fundó un monasterio de monjes benedictinos, que á un mismo tiempo sirviese como de ciudadela y arsenal á la recien nacida Iglesia.

Extendida la fama del copioso fruto que hacia el nuevo apóstol en toda la Westfalia, deseó Hildebaldo, arzobispo de Colonia, elevarle á la dignidad episcopal. Asustóse Ludgerio al oir la proposicion que se le hizo. Representó, suplicó, se resistió, é hizo cuanto pudo para que en su lugar fuese sublimado á ella un discípulo suyo, cuyas prendas ensalzaba, y á su parecer sin encarecimiento. Pero no fue atendida su repugnancia. Obligósele á obedecer no menos á la eleccion del Arzobispo que á la órden del Emperador. Fue consagrado obispo de Mimigerneford, que significa *el vado del rio Mimigard,* nombre que después se mudó en el de Munster, que quiere decir *monasterio de canónigos reglares,* porque el Santo fundó en aquel paraje un célebre monasterio, cuya iglesia le sirvió de catedral. A esta nueva diócesis juntó después los cinco cantones de la Frisia oriental, que el mismo Santo habia convertido á la fe. Además de eso fundó otra abadía en la Baja Sajonia, que es la que hasta hoy se llama *Claustro de san Ludgerio,* en el ducado de Brunswick.

La nueva dignidad solo sirvió para aumentar la austeridad de su vida, y para añadir mayor lustre á su virtud. Escogido por pastor de aquellos pueblos, fue padre de todos. Con la dulzura de su genio, y con la afabilidad de su trato domesticó los ánimos mas intratables y mas duros. No hubo quien no se rindiese á sus palabras ó á sus ejemplos; y haciéndose todo á todos con una caridad universal, á todos los ganó para Dios.

Sus rentas eran de los pobres, su mesa era tambien la mesa de ellos. Llevaba siempre debajo del traje de prelado un áspero cilicio. Eran continuos sus ayunos; y su abstinencia, en medio de los caritativos convites, en que se renovaban los agapes antiguos, llegaba á ser excesiva.

Una virtud tan sobresaliente no podia estar á cubierto de la envidia y de la murmuracion. La frugalidad de su mesa; aquel trato continuo con los pobres; su humildad y su modestia desagradaban mucho á los que siendo muy inferiores á él en la dignidad, vivian con mayor suntuosidad y con mas fausto. Desacreditáronle con Carlo Magno, pintándole como á un hombre de cortos talentos, que hacia despreciable su carácter. Como aquel gran Príncipe ninguna cosa deseaba con mayor ansia que ver florecer la Religion; y como estaba persuadido de que el ejemplo de los prelados hacia grande im-

presion en el ánimo y en los corazones de los pueblos, sintió mucho las quejas que le daban de nuestro Santo. Vióse este obligado á pasar á la corte para justificarse. Hospedose cerca de palacio, y á la mañana siguiente un gentil hombre del Emperador fué á prevenirle que le estaba esperando S. M. I. Hallábase rezando el oficio divino cuando recibió el recado, y queriendo acabarle se hizo esperar mas. Aprovecháronse de este incidente sus émulos para esforzar, y aun para autorizar su acusacion. Preguntóle el Emperador cómo habia tardado tanto en ponerse en su presencia después de haberle enviado tres recados: *Señor*, respondió el Santo, *porque en esto mismo creí que obedecia á V. M. ¿Pues cómo?* le replicó el Emperador. *Señor, señor*, continuó Ludgerio sin turbarse, *porque cuando me dieron los recados de V. M. me hallaba rezando el oficio divino; y cuando V. M. me hizo la honra de nombrarme por obispo, me encargó ante todas cosas que prefiriese siempre el servicio de Dios al de los hombres, sin exceptuar la misma sagrada persona de V. M. I.* Agradó tanto al Emperador esta respuesta, que no quiso permitir se justificase de los demás cargos que le habian hecho; y volviendo á enviarle á su iglesia colmado de honras, le exhortó á que cuidase siempre con el mismo celo á sus ovejas, y prosiguiese con el mismo ardor en el servicio de Dios.

Fructificaron mas sus apostólicos trabajos por el don de milagros que le concedió la benignidad del cielo. Parecióle estrecho campo para contentar el afan de su celoso caritativo espíritu la Sajonia y la Westfalia; y viendo ya desde entonces con luz profética los estragos que algun dia habian de hacer en aquellas regiones los normandos de Dinamarca y de la Noruega, se estaba disponiendo para ir á prevenir á los enemigos de la fe, resuelto á emprender aquellas nuevas misiones, cuando el Señor, que le veia ya maduro y cargado de merecimientos, quiso premiárselos.

Fue larga y violenta su postrera enfermedad; pero ni por esto disminuyó un punto su fervor. Ningun dia dejó de rezar el oficio divino con otras muchas oraciones; y aunque consumido y penetrado de agudísimos dolores, todos los dias celebró el santo sacrificio de la misa. El último de su vida, que fue el domingo de Pasion á los 25 de marzo no le pasó ociosamente, ni fue el menos laborioso. Muy de mañana predicó en la iglesia de Coesfeld, y se despidió de su pueblo; desde allí pasó á Billerbeck, distante dos leguas de Coesfeld: dijo misa, y predicó segunda vez, sacrificando á Dios de esta manera las últimas reliquias de su voz y de sus fuerzas; y pronosticando

á los que le acompañaban que la noche siguiente moriria, ya no pensó mas que en consumar su sacrificio, redoblando el amor á Dios que le abrasaba, y aquella ardiente caridad con el prójimo que siempre le habia encendido. En tan santos ejercicios acabó su dichosa vida un poco después de la media noche del dia 26 de marzo, hácia el año de 809. Fue conducido su santo cuerpo con gran pompa al monasterio de San Salvador de Wérden, como él mismo lo habia dejado dispuesto; y el Señor continuó en hacerle célebre con muchos milagros.

SANTA EUGENIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Reinando en Córdoba el moro Abderramen III, cruel perseguidor de los Cristianos, murió en aquella ciudad en defensa de la fe una santa vírgen llamada Eugenia, cuya patria se ignora, y tambien el linaje de muerte por donde llegó al premio de su confesion. Aconteció su muerte en 26 de marzo del año 923. Se ha conservado la memoria de este triunfo por una inscripcion que se halló en una losa de mármol blanco cási de dos tercias de largo, y poco mas de una en ancho, enterrada en el barrio de Córdoba que llaman de los Marmolejos, junto al convento de San Pablo de la Órden de santo Domingo, y hallado en las excavaciones que se hicieron en el año 1544. Por esta inscripcion consta el nombre de esta Santa, y la verdad y el tiempo de su martirio. No se ha de confundir esta santa Eugenia con la hija de Filipo y de Claudia, que padeció en Roma en tiempo del emperador Galieno, cuya cabeza enviada por el Papa al rey D. García, se venera en el monasterio de Santa María de Nájera.

La Misa es en honra de san Ludgerio, y la Oracion la siguiente:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Ludgerii confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Ludgerio aumentes en nosotros el espíritu de piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Testimonium perhibeo illis quod aemulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. Ignorantes enim justitiam Dei, et suam

Hermanos: Yo les soy testigo de que tienen celo de Dios; pero no segun la ciencia. Porque no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer

quaerentes statuere, justitiae Dei non sunt subjecti. Finis enim legis Christus, ad justitiam omni credenti.

la suya, no se han sujetado á la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para dar la justicia á todo el que cree.

REFLEXIONES.

Testimonium perhibeo illis, quod æmulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. ¿De qué sirve el celo por la ley santa de Dios, si no es conforme al espíritu de Dios? No hay cosa mas perniciosa, ni tampoco la hay mas comun que el falso celo.

Se hallan algunas veces personas que hacen profesion de ejemplares, y aun de penitentes, cuyo celo siempre es enfadoso y amargo, sin conocer aquella dulzura de Jesucristo, que en parte caracteriza el verdadero celo. Engañaríase mucho el que concibiese la caridad como una virtud aduladora y lisonjera, que por no ofender á nadie todo lo celebrase, hasta las mismas imperfecciones. Debe condenarse, debe abominarse el vicio; pero la caridad cristiana pide que se perdone á la persona; que se mire con tierna compasion al pecador, siempre que esto se pueda hacer sin perdonar al pecado. La malignidad del corazon humano nos debe inclinar á desconfiar perpetuamente de nuestras máximas, siempre que se dirigen á censurar la conducta de los otros. Siéntese no sé qué secreto y maligno placer de descubrir bien en otro aquellos defectos de que uno se considera libre. Aquella especie de superioridad que se imagina lograr sobre el prójimo, lisonjea un corazon naturalmente orgulloso; y como en esta opinion de preferencia se mezcla siempre el especioso pretexto del celo y de la virtud, no se desconfia de esta complacencia maligna, y aun se vive en ella con grande serenidad.

Aun es mas grosera la ilusion cuando se reputa por celo la pasion, persuadiéndose que se hace servicio á Dios en aquello en que solamente se siguen los ímpetus de la emulacion, de la envidia ó de su propio interés.

Se ha recibido algun disgusto; encuéntrase en la pretension concurrentes de mayor mérito ó de mayor dicha; hácenos sombra la virtud ó la reputacion del otro; comiénzase á desviar voluntariamente los ojos del esplendor de sus prendas; solamente se aplica la atencion á descubrir lo que puede parecer en él defectuoso; célebrase con una risa maligna, óyese con una secreta complacencia todo aquello que los que son de nuestra misma opinion censuran en las personas que sirven de objeto á nuestra envidia; todo se escucha, todo

se aplaude con alegría. Si se las muerde, si se las satiriza, todo se recibe como oráculo. El aprecio y aun el amor con que se miran estas crueles censuras, igualan siempre á la maligna antipatía que se tiene con los concurrentes. Las pasiones que se forman no pueden contenerse por largo tiempo dentro de los límites de la moderacion. En vano se procura reprimirlas, ó á lo menos disimularlas; al cabo revientan con estruendo. Ya se miran con ojos enemigos aquellos cuya reputacion nos ofende. No solo se desaprueba, sino que positivamente se desprecia todo cuanto hacen; ni aun se quiere creer que sean capaces de hacer cosa digna de estimacion. Los que no son devotos llaman á esto aversion, vergüenza, emulacion, odio; pero los que hacen profesion de virtuosos, siempre lo llaman celo. Mas pregunto, ¿se mira únicamente á Jesucristo y á la salvacion de las almas en esta malignidad del humor que se desahoga en censuras mordaces, en invectivas y en murmuraciones? ¡Cosa extraña! Hasta la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia han de servir de pretexto á la pasion.

El Evangelio es del capítulo IX *de san Lucas.*

In illo tempore misit Jesus nuntios ante conspectum suum: et euntes intraverunt in civitatem samaritanorum ut pararent illi. Et non receperunt eum, quia facies ejus erat euntis in Jerusalem. Cum vidissent autem discipuli ejus Jacobus et Joannes, dixerunt: Domine, vis dicimus ut ignis descendat de coelo, et consumat illos? Et conversus increpavit illos, dicens: Nescitis cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare.

En aquel tiempo envió Jesús delante de sí nuncios; y yendo estos, entraron en una ciudad de samaritanos para prepararle el hospicio. Y no quisieron recibirle porque daba á entender que iba á Jerusalen. Habiendo visto esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que baje fuego del cielo, y que los devore? Pero el Señor, volviéndose á ellos, les respondió, diciendo: Vosotros no sabeis á qué espíritu seguís. El Hijo del Hombre no vino á perder á los hombres, sino á salvarlos.

MEDITACION.

Del falso celo.

Punto primero.—Considera que el falso celo tiene toda la malignidad, toda la hiel y todo el veneno de las mas violentas pasiones: pero todo cubierto con la máscara de una ardentísima caridad y de un abrasado amor de Dios. ¿Qué se puede esperar de tan sacrílega doblez?

El falso celo, hablando propiamente, no es mas que una violenta pasion, que el amor propio disfraza para que no se conozca, poniéndola en estado de ser tanto mas nociva, cuanto menos se desconfia de ella. Es el orgullo como su primer origen, porque no hay celo falso que no esté acompañado de un gran fondo de vanidad; de que nace aquel desprecio con que se mira á la persona contra quien se dirige la ciega pasion. Un odio maligno, una envidia amarga, una venganza aceda y siempre picante, son como los ocultos resortes ó máquinas que mueven la cólera de los llamados celosos, y los ponen de tal humor contra los defectos imaginarios ó reales de sus hermanos. Del mismo principio nace que todo hereje grite contra la relajacion, y acompañe sus gritos con injurias. Tendríase por muy grosero el error, si no se valiese del pretexto de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas para justificar hasta los mas furiosos excesos. Debajo de este especioso título, debajo de este bello nombre, feas calumnias, murmuraciones atroces, enormes injusticias, inhumanidades, persecuciones; todo pasa, todo se aplaude, todo se autoriza: *arbitratur obsequium se praestare Deo.* Cuando solo se obra por resentimiento, por pasion y por venganza, se cree que se hace servicio á Dios. ¡Oh cuántas pasiones, oh cuántas injusticias fomenta esta loca imaginacion! Pero ¿acaso nos ha de juzgar Dios segun nuestras frívolas imaginaciones? ¿y es posible que nada me acuse mi conciencia en este punto? El verdadero celo no es amargo ni parcial; ¿siéntese en el corazon amargura, acedia, menosprecio, y no sé qué especie de dureza? Señal evidente de que el celo es ilegítimo, es falso. Aquellos devotos celosos que quisieran bajase fuego del cielo para exterminar á los pecadores, estén ciertos que no los anima el espíritu de Jesucristo. ¿De qué principio nacen mis ímpetus arrebatados, mis movimientos coléricos? ¿Acaso es verdadero celo el que produce mis aversiones y mis arranques y vehemencias?

Ojéese bien en ese corazon; cávese profundamente hasta dar con el manantial de ese celo impetuoso, que solo acierta á explicarse en estruendos y en castigos; hallaráse sin duda que esa nube cargada de rayos y de piedra se formó de exhalaciones malignas. Unas prendas demasiadamente brillantes, y demasiadamente reales que nos hacen sombra; una razon de familia, de interés ó de partido; un disgusto que se nos dió, un desaire, un despique y una secreta envidia son el verdadero y primer móvil de tantas acciones enmascaradas con el especioso nombre de celo y de caridad. Pero ¿qué juicio hace de ellas aquel Dios que penetra el fondo de los corazones,

que desenvuelve y registra todos sus senos, y que hace tan poco caso de nuestras sutilezas y de nuestros sistemas? ¡O buen Dios, y cuanto tiempo, cuántas diligencias perdidas! ¡cuántos pecados graves bien disfrazados! ¡cuántos talentos mal empleados! ¡Y qué desdichada es una persona á quien anima el falso celo! ¡qué digna de compasion! ¡y qué rara es la que abre los ojos, y vuelve en sí de una ilusion tan lamentable!

Punto segundo.—Considera que hay todavía otro falso celo mas mitigado, pero mas sútil. Y no hay que cansarse, que este en todas partes se halla, y en todas las cosas se mezcla. Es rarísimo, es especie de prodigio un celo tan puro, tan desecado, que no envuelva dentro de sí algunas partículas térreas de nosotros mismos; muy rara vez sucederá que la inclinacion, el humor, el genio y el amor propio no sean como el alma de lo que se llama celo.

Persuádese uno á sí mismo, y aun quiere persuadirlo á los demás, que solo se busca la mayor gloria de Dios, y que sola ella es el móvil de nuestras acciones; pero si solo se pretende agradar á Dios, ¿en qué consistirá aquel desear mas unas ocupaciones que otras, aquella inclinacion, aquel gusto, y aun aquella vanidad de confesar mas á unas personas que á otras? ¿en qué consistirá no tener celo ni fervor sino para los ministerios sobresalientes, para aquellos que hacen ruido y se ejercitan con aparato? ¿Por qué no se atenderá mas que á la salvacion de ciertas almas, esto es, de cierta clase de gentes? ¿por qué se tendrá tanto dolor, se hará tanto sentimiento en dejar el empleo, la ocupacion, el lugar, cuando la voluntad de los superiores nos da á conocer bastantemente que no quiere Dios nos mantengamos allí? ¿Tememos por ventura que se disminuya ó padezca la gloria del mismo Dios si cedemos nuestro lugar a otro? ¡Ah, Señor, y qué misterios de iniquidad descubrirá á nuestros ojos la fatal hora de la muerte! Pero ¿será entonces tiempo de descubrir estos misterios?

El querer trabajar mucho suele ser señal de que se tiene mucho celo. Pero si en esa multitud laboriosa de ministerios se pretende únicamente la mayor gloria de Dios, es muy digno de reparo, y aun de grande admiracion, el gran cuidado que se tiene de dar á entender al público lo mucho que se trabaja, mendigando con vana ostentacion de sus fatigas y sudores un aplauso ó una inútil compasion. Muchas veces quiere uno hacerlo todo, pero quisiera ser él solo quien lo hiciese; y esto ¿no nacerá por ventura de temer que salga otro

concurrente con quien se repartan los aplausos y la gloria de las fatigas? ¡Ó mi Dios, y qué sútil es el amor propio! Mientras no tengamos un corazon puro y una intencion recta, siempre hará burla de nosotros. Es señal indubitable de un celo falso y postizo sentir el fruto que hacen los demás. ¿Y no hay algo de esto en nuestro corazon?

El primer fruto de la caridad es el celo verdadero, y no puede nacer de otro principio. Por eso el verdadero celo siempre es dulce, benéfico, humilde y compasivo. Y el primer objeto de nuestro celo debe ser corregir nuestros propios defectos; siendo la sólida virtud de un hombre celoso el primer artificio de que debe valerse para mover á los demás: *Aes sonans, aut cymbalum tinniens.* ¡Mi Dios, qué dolor, qué desesperacion se sentirá en la hora de la muerte, cuando se conozca que la vida de un hombre que pasó por celoso fue un metal vacío, y una campana hueca, sonido, estruendo y ruido, nada mas! *Nonne in nomine tuo prophetavimus?* Pues, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre? ¿no lanzamos los demonios en tu nombre? ¿no hicimos muchos milagros en tu nombre? Así es, responderá el Señor; pero les dirá claramente: ¡*Quia nunquam novi vos, discedite à me:* Apartaos de mí, porque nunca os reconocí por mios. ¡Qué sentencia, qué rayo fulminado para un predicador aplaudido, para un director de grande reputacion, para un superior rígido, para un padre de familias vigilante, para un gran prelado, que habiendo cumplido con su obligacion respecto de sus súbditos, no hubiese atendido á su propia salvacion!

No permitais, Señor, que yo entre en este número. Sea yo mismo el primer objeto de mi celo; y sea mi celo en órden á los demás animado por vuestro divino espíritu. No sea amargo ni riguroso sino contra mí mismo; sea la caridad su primer móvil, y sea vuestra gloria su único fin.

Jaculatorias. —Criad, Dios mio, en mí aquel corazon limpio, y aquella intencion recta sin la cual no es posible agradaros. (*Psalm.* L).

Mi celo me hizo secar de dolor á vista del desprecio de vuestra santa ley. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Ten celo, porque la falta de él es señal de una fe muerta, y de una caridad apagada; pero nunca sea amargo ni indiscreto. El verdadero celo siempre es prudente, humilde, compasivo y mode-

rado. Si tu indignacion se irrita contra el vicio, en tus propios defectos hallarás el mas digno objeto de su cólera. Debe sin duda llorarse con lágrimas de sangre la licenciosa relajacion de las costumbres. Pero á quien no se le ha cometido el cargo de corregir á los demás, ¿á qué propósito exclamar con tanto ruido? ¿á qué fin reprender con tanta acedia y amargura? Demos principio á la reforma, comenzando por nosotros mismos, y cuanto es de nuestra parte quedarán corregidas las costumbres. El que por su oficio no tiene obligacion de enmendar á los demás, el único medio de reformarlos es el ejemplo. Considera desde luego á qué cosas se ha de extender tu celo, y cuáles son sus propiedades. ¿Atiendes con desvelo á la buena crianza de tus hijos, al porte de tus criados, y al modo de vivir de todos aquellos que dependen de tí? ¿Eres tan cuidadoso y tan nimio en procurar que cumplan tan exactamente con las obligaciones de cristianos, como con los oficios de criados tuyos? No sufririas que te hablasen á tí con menos atencion, ó con poco respeto; ¿tienes el mismo celo en solicitar que traten á Dios de la misma manerá? Mira que has de ser responsable de la salvacion de los que están á tu cargo; y así no te fies demasiadamente de su buena fe, abandonándolos del todo á su propia conciencia. Sueles algunas veces decir que ya tienen edad para saber sus obligaciones. Pero pregunto: ¿sueles decir esto mismo cuando se trata de cosas tocantes á tu servicio? Ten celo, y no serás tan insensible en materia de costumbres. observando de hoy en adelante las reglas siguientes. Primera: Sea el buen ejemplo la primera leccion que dicte á todos tu celo; á esta especie de instruccion no hay natural, costumbre, ni genio, ni inclinacion que resista. Segunda: Desciende al individual y menudo exámen de la conducta de tus hijos y de tus criados; infórmate de cuando en cuando si sus conversaciones son licenciosas, y si es cristiana su vida. Procura averiguar si frecuentan los Sacramentos, por lo menos una vez al mes; si oyen misa con devocion, si están en la iglesia con respeto, si leen libros perniciosos, si frecuentan casas sospechosas, y si andan con malas compañías. En este género de faltas has de ser inexorable, sin perdonar ni disimular cosa alguna; y no te fies ni de preceptores, ni de maestros, ni de ayos.

Sé rígido, pero sin ser amargo ni austero. Nunca reprendas con términos injuriosos ó malsonantes; un poco de viveza y un mucho de teson caen bellamente en el verdadero celo; muéstrale siempre de manera que parezca celo cristiano, el cual es inseparable de la caridad.

2 Si te hallas al frente de alguna república, de algun gremio ó de alguna comunidad, atiende con celo al rigor de la observancia; no toleres la mas mínima relajacion; pero advierte con dulzura, corrige con moderacion, reprende con toda cortesanía, manda con tu ejemplo aun mas que con tus palabras. ¡Ó cuántos superiores serán horrendamente castigados en la otra vida por haber sido poco rígidos y menos ejemplares! ¿No tienes tú algo que reprenderte y enmendarte en este punto? Si eres particular, predica la reforma de toda la comunidad con la tuya. No te dispenses en la mas mínima distribucion ú observancia regular; sé puntual, sé en todo muy exacto, y solo con esto has dado principio á la reforma de la casa. Todo celo inquieto, bullicioso y mordaz es celo falso; el tuyo debe ser sosegado, suave, benéfico y caritativo. Mucho se engaña á sí mismo el que piensa tener celo de los demás cuando descuida de su propia perfeccion; porque es cierto que nunca amamos al prójimo mas que á nosotros mismos. Lo que entonces se llama celo, es intrepidez de genio, es viveza mal corregida, es orgullo mal disimulado, y no pocas veces es odio, envidia y emulacion.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

San Alejandro, soldado, en Dricipara en Panonia, el cual en tiempo del emperador Maximiano, después de haber padecido muchos tormentos por la fe de Jesucristo, y de haber hecho muchos milagros, habiéndole degollado, consumó el martirio.

Los santos Fileto, senador, Lilia, su mujer, Macedon y Teoprepides, sus hijos, en el mismo dia.

Los santos mártires Anfiloquio, capitan, y Cronidas, alcaide de la cárcel, los cuales fueron martirizados por confesar á Jesucristo, *item*.

Los santos mártires Zanita, Lázaro, Marotas, Narsetes, y otros cinco, en Persia, los cuales en tiempo de Sapor, rey de Persia, sufriendo una crueldísima muerte, alcanzaron la palma del martirio.

San Ruperto, obispo y confesor, en Salzbourg, el cual propagó maravillosamente el Evangelio en Baviera y en Austria. *(Véase su vida en las de este dia).*

San Juan, ermitaño, en Egipto, varon de gran santidad, el cual lleno de virtudes y de espíritu profético, predijo al emperador Teodosio las victorias que habia de conseguir contra los tiranos Máximo y Eugenio. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN RUPERTO, OBISPO Y CONFESOR.

San Ruperto, á quien otros llaman Rudverto, uno de los mas célebres obispos que ha tenido la Iglesia, fue hijo de un señor francés,

de antigua é ilustre prosapia entre los Francos. Consagrado á Dios desde su infancia, refieren de él varios autores, que fue un varon enteramente dotado de cuantas gracias naturales y morales distinguen á un hombre distinguido. Era de una gran bondad, de índole admirable, mucha dulzura y moderacion, de singular docilidad, corazon recto, de mucho amor por la justicia, y de una sabiduría y prudencia consumada; á todas estas bellas cualidades naturales daban mucho realce sus virtudes verdaderamente cristianas: su humildad, castidad, abstinencia, piedad, caridad, mortificacion y continuacion en las santas vigilias, le hicieron muy respetable, y tan digno de ser elevado á las dignidades eclesiásticas, que á pesar de su humilde resistencia, habiendo vacado el obispado de Wormes, por universal consentimiento de todos los electores fue promovido á aquella cátedra.

Cuando Ruperto se vió colocado en la silla episcopal, no se creyó dispensado de continuar los ayunos, mortificaciones, vigilias y penitencias que antes practicaba, ni menos de sacrificar su vida en beneficio de las almas. Era muy pequeño el rebaño que el Señor habia confiado á su cuidado, en medio de una ciudad, donde excedia sin comparacion el número de idólatras, que llenos de preocupacion, seguian engañados las necias supersticiones del gentilismo, á cuya vista empleó su celo y vigilancia en multiplicar el reino de Jesucristo por medio de su predicacion y continua enseñanza. Al logro de este fin contribuyó no poco el ejemplo de sus virtudes admirables; las que encontraron campo mas anchuroso con su promocion al obispado.

Creció tanto la fama de su eminente santidad, no solo en la provincia, sino en las mas distantes, que de todas concurrian ilustres personajes con el fin de disfrutar su santa conversacion, sus saludables consejos, el de instruirse en la verdadera Religion, y lograr consuelo en sus aflicciones.

Solo los infieles de su pueblo no se aprovecharon de una luz que parecia haberla puesto Dios entre ellos con mas particularidad, para que disipase las tinieblas de su idolatría. Como el partido de los paganos era mayor en número, apoyados del conde Bercario, no pudiendo sufrir la santidad de un hombre cuya inculpable vida era una continua reprension de sus desórdenes, después de ultrajarle y azotarle con impiedad, le arrojaron ignominiosamente de la ciudad. Dos años anduvo errante el venerable Obispo expulso de su amado rebaño, durante los cuales hizo viaje á Roma; donde recibido

por el sumo Pontífice con las mayores demostraciones de veneracion y honor, visitó los santuarios de aquella capital con el fervor y devocion propia de un corazon religiosísimo.

Supo Teodon, duque de Baviera, el ignominioso insulto que los gentiles de Wormes hicieron á su Prelado; y habiendo oido hablar de su santidad y milagros, le envió ciertos diputados, rogándole se dignase pasar á sus Estados á ilustrarles con la luz del Evangelio, mediante hallarse envueltos en las miserables sombras de la idolatría. Tuvó el Santo esta embajada por una vocacion de Dios que le llamaba para el cultivo de aquel país en la fe; mas para no hacer inútiles tan bellas disposiciones, envió delante á algunos de sus sacerdotes, á los que siguió poco después: y enterado el Duque de su venida, le salió á recibir con muchos señores de su corte á Ratisbona. En vista de sus deseos, conoció que Dios habia prevenido y preparado sus corazones con los auxilios de su gracia para que recibiesen la semilla del santo Evangelio, que las herejías y supersticiones sobrevenidas habian sofocado después que se predicó por los emisarios apostólicos en aquellas naciones, sirviéndose del instrumento de la princesa Ragintrude, hija del difunto duque Teodeberto, hermana de Teodon, á quien su padre habia educado en la religion cristiana. Y después que instruyó á la nobleza y pueblos del país en los rudimentos de la fe, tanto por sí mismo, como por buenos escogidos operarios, que llevó á esta amplísima mision, previno un ayuno general, bautizó á Teodon, á los señores de su corte, á los oficiales del ejército, y una multitud innumerable de bárbaros esclavones, y otros pueblos que siguieron el ejemplo de su señor.

Estos grandes sucesos le hicieron continuar con el mayor celo y ardimiento en semejantes funciones apostólicas; y confirmada su doctrina con muchos milagros, contribuyeron no poco á restituir enteramente la fe en aquellas provincias, cási enteramente muerta después de doscientos años que san Severino principió á plantarla en ellas: los mismos frutos cogió en Norca, Rethia, Lorch, Laursac, ciudad célebre en tiempo de los romanos, por entonces capital de la Baviera oriental, á la que llamamos hoy Austria, la cual en el dia es una pequeña poblacion sobre el Danubio.

Viendo ya tan crecido el número de los fieles, y tan extenso el terreno que ocupaban, pensó elegir lugar á propósito para establecer su silla episcopal, y con efecto lo hizo en la antigua ciudad de Zuvave, arruinada por entonces, y reedificada después bajo el nombre de Salzbourg, la cual en lo sucesivo fue metrópoli de la Baviera de

Austria y países hereditarios: dedicando la iglesia que construyó al Príncipe de los Apóstoles, ordenó en ella los oficios eclesiásticos, é hizo se celebrase con magnificencia el culto divino por ministros idóneos.

No satisfecho Teodon con apoyar aquel establecimiento y enriquecerle con cuantiosas donaciones, suministró á Ruperto los auxilios necesarios para que construyese otras iglesias y monasterios, entre los cuales fue célebre el que edificó en un yermo, donde refirieron personas verídicas haber visto repetidas veces luces celestiales por la noche, certificándolo así un presbítero de su confianza, enviado por el Santo para la inspeccion de aquel prodigio, indicio nada equívoco de ser voluntad de Dios se le tributasen alabanzas en aquel lugar.

Muerto el duque Teodon, dejó encargado á su hijo Teodeberto, que auxiliase las intenciones del nuevo Apóstol; y siendo este fidelísimo y religiosísimo príncipe heredero no solo de los Estados, sino tambien de la piedad y celo de su padre, empeñó toda su autoridad en adelantar sus conquistas: para lo cual, advirtiendo el Santo que además de sus discípulos eran necesarios otros operarios, pasó á buscarles Ruperto en su país, y trajo consigo doce excelentes misioneros de los cantones del Alto Rhin, con su sobrina santa Erentrude, consagrada á Dios, para la cual construyó un monasterio, en el que fue abadesa, donde gobernó con admirable prudencia y santidad un crecido número de religiosas.

Algunos escriben que despues de haber plantado la fe en todos los pueblos referidos, y desterrado de ellos las sombras de la gentilidad con el auxilio de los operarios apostólicos, dejó su cátedra en Lorch, de donde el papa Leon III, á solicitud del emperador Carlo Magno, la trasladó á Salzbourg en el año 798.

Finalmente rendido de tan penosas como laboriosas fatigas, habiendo sacrificado al servicio de Dios su vida, bienes, comodidades y reputacion; hizo saber á sus discípulos se acercaba la hora de su muerte, cuya noticia sintieron en el alma; pero les consoló con la promesa de que intercederia por ellos ante el tribunal de Dios, y habiendo nombrado por su sucesor á san Vidal, varon santo, principió á enfermar de una fiebre maligna en principio de Cuaresma. Toleró con admirable paciencia los dolores de la enfermedad hasta Pascua de Resurreccion; y alentándose á celebrar en ella, fortalecido con el Viático, entregó su espíritu al Criador entre los brazos de sus discípulos en el dia 27 de marzo por los años 647. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia que edificó en Salzbourg; quiso Dios demos-

trar desde luego la santidad de su siervo por medio de repetidos milagros que obró por su intercesion, los cuales hicieron célebre su memoria en toda la Baviera austríaca, y todo el orbe cristiano. San Virgilio, uno de los sucesores de nuestro Santo, hizo la traslacion solemne de su cuerpo en Salzbourg á una iglesia nueva que construyó en 24 de setiembre de 773; pero habiéndose quemado este suntuoso templo en el año 846, y renovado después de cuarenta años, se ejecutó igual traslacion que la primera en 24 de setiembre de 882, cuya festividad se celebra anualmente por toda la diócesis de Salzbourg con la misma pompa que el dia de su glorioso tránsito.

SAN JUAN, ERMITAÑO.

San Juan de Egipto, uno de los mayores ornamentos del desierto, tan célebre por el don de profecía y por el resplandor de sus virtudes, como venerable en toda la Iglesia, nació en Licópolis de Tebaida por los años del Señor de 330. Por la gran pobreza de sus padres se vió precisado á aprender el oficio de carpintero luego que tuvo edad para poder ganar la vida. Pero el Señor, que le destinaba para modelo de perfeccion de todos los solitarios, le inspiró tan gran deseo de pasar sus dias en el desierto, y de atender únicamente al cuidado de su salvacion por los santos ejercicios de oracion y de penitencia, que siendo de veinte y cinco años se despidió de su maestro, y se entregó á la disciplina de un santo anciano, que descubriendo en aquel mancebo una humildad extraordinaria y un singular espíritu de rendimiento, en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfeccion.

Halló un dia el santo director en su huertecillo la rama de un árbol medio podrida; y plantándola en la tierra, mandó á Juan que dos veces al dia la regase hasta que echase raíces y diese fruto. No se detuvo el obediente mancebo en discurrir sobre la extravagancia del precepto, ni sobre la imposibilidad de lo que se le mandaba, persuadido de que se obedece á Dios siempre que al superior se obedece. Era violento el ejercicio, por ser preciso conducir el agua á media legua de distancia. Mas no por eso se dispensó Juan ni un solo dia en hacer lo que se le habia ordenado, sin detenerle ni el rigor del tiempo, ni la incomodidad de regar dos veces al dia un palo seco, ni el procurar mover con todas sus fuerzas una gran peña ó peñasco que el buen viejo le habia mandado menear. Asegura Casiano que esta ciega obediencia hizo á Juan en pocos años uno de

los mas elevados contemplativos y de los mas santos solitarios de todo Egipto.

Muerto su santo director, pasó nuestro Juan cinco años en diversos monasterios dedicado á la mas exacta observancia de todo aquello que podia perfeccionar su virtud. Movido de Dios á vida mas retirada, se fué á una montaña desierta, á dos leguas de Licópolis, y en una peña muy escarpada abrió una celdilla, en la cual se encerró de tal manera, que por espacio de cuarenta años no fue visto de persona alguna sino por una ventanilla que abria muy raras veces.

En esta especie de sepultura vivió nuestro Santo hasta los noventa años de su edad mas como ángel que como hombre. Su comida por todo este tiempo eran las yerbecillas crudas y silvestres, con algunas raices que nacian dentro de la misma gruta; su bebida un poco de agua, y esa con mucha escasez. Apenas interrumpia el sueño su continua oracion, porque era muy poco lo que dormia; siendo tan sublime su contemplacion desde los primeros años, que gustaba anticipadamente de las delicias del cielo. La afabilidad y la dulzura con que un hombre de tan bajo nacimiento y de vida tan austera recibia á todos los que le buscaban, acreditaban bien que la rusticidad y la severidad importunas son muy ajenas de la verdadera virtud. No habia hombre mas apacible ni mas grato que nuestro santo Ermitaño; reservando para sí solo la austeridad y el rigor.

Jamás permitió que mujer alguna se acercase á su celdilla. Y á la verdad, habia hecho tan dificultosas y aun tan impracticables las sendas, que solamente podian alentarse á vencer tantos estorbos los que le buscaban con deseo ardiente de consultarle sus negocios. Hízose tan público el don de profecía de que el Señor le habia dotado, que desde las provincias mas distantes concurrian á consultarle como á un oráculo que habia colocado Dios en el monte para explicar su voluntad.

Arrojándose sobre las tierras del imperio romano los etíopes, pueblos bárbaros, y habiendo hecho grandes estragos en toda la Tebaida, el general del ejército romano, hallándose sin fuerzas para resistirles, vino á consultar con nuestro Santo lo que debia ejecutar. *Ten confianza en el Dios de los ejércitos*, le dijo Juan, *y no obstante la desigualdad de tus fuerzas, vé á atacar al enemigo, que tú vencerás.* La completa victoria que el general del Emperador alcanzó de aquellos bárbaros, acreditó bien la verdad de la profecía.

Consultóle el gran Teodosio sobre el éxito de la guerra que tenia declarada al tirano Máximo, que habia quitado la vida al empera-

dor Graciano. Pronosticóle Juan que conseguiria una gloriosa victoria; la que con efecto fue tan completa, y tan á poca costa de sangre, que el piadoso Emperador la atribuyó enteramente á las oraciones del bienaventurado Juan de Egipto.

Cuatro años después, estándose Teodosio disponiendo para vengar la muerte del jóven Valentiniano, á quien el conde Arbogasto habia hecho sufocar para colocar en el trono imperial á Eugenio, deseó mucho ver á nuestro Santo. Para este fin le despachó á Eutropio, su favorecido; pero por mas que hizo nunca le pudo persuadir á que pasase á la corte. Pronosticóle Juan que el Emperador quedaria victorioso; pero que sobreviviria poco á su victoria, como sucedió.

Movidos de la gran fama del Santo, Evagrio del Ponto y seis discípulos suyos desearon pasar á verle; pero aterrados de la escarpada senda que hacia cási impracticable la subida á su celdilla, Paladio como mas mozo y mas práctico se ofreció á trepar él solo á ella, para informarse por sí mismo si era tan grande la santidad de aquel hombre que mereciese vencer tantas dificultades por comunicarle. Subió, pues, y halló cerrada la celda, como lo estaba ordinariamente. Dijéronle que solo se dejaba ver el domingo, y algunas veces el sábado. Esperó todo este tiempo en el hospicio que se habia fabricado para los forasteros. Entró el sábado en una especie de claustro, donde vió á muchos solitarios juntos; y descubrió á Juan en su ventanilla, desde donde hablaba á los que se acercaban á ella. Reconoció nuestro Santo á Paladio por monje del monasterio de Evagrio en el desierto de Nitria; y comenzaba á saludarle, cuando interrumpió la conversacion por volverse á hablar con Alipo, gobernador de la Tebaida, que llegó á la sazon. Notó Paladio esta preferencia, y atribuyéndola á especie de acceptacion de personas, creyó que Juan no debia ser enemigo de las grandezas humanas. Conoció el Santo lo que pasaba por el pensamiento de aquel monje; y reprendiéndole con suavidad, fácilmente le hizo convenir en que tenia razon en portarse de aquella manera. Después de haberle alentado en sus trabajos, y fortalecido contra sus tentaciones, disuadiéndole sobre todo del pensamiento que tenia de hacer un viaje á su país, le preguntó como en tono de zumba, si querria ser obispo. Respondió Paladio en el mismo tono, que ya lo era; aludiendo al oficio que tenia en el monasterio de proveedor ó inspector del pan y de los víveres, lo que se llama *obispo* en lengua griega. *¿Y de qué iglesia eres obispo?* le replicó Juan. *De la panera de mi casa*, respondió Paladio. *Tú te zum-*

bas, continuó el Santo; *pero tú serás obispo, y no tendrás poco que padecer en el obispado. Si quieres evitarlo no salgas del desierto. Cuarenta y ocho años há que yo no pongo los piés fuera de mi celda; en todo este tiempo no he visto á mujer ni moneda alguna, y no he sentido el mas ligero disgusto.*

Despidióse Paladio de Juan, y bajó á contar á sus compañeros lo que habia visto y oido. Subieron todos al instante á ver al siervo de Dios, y á aprovecharse de su admirable doctrina. Fueron recibidos con aquella caridad siempre alegre y siempre urbanísima con que hechizaba á cuantos le visitaban. Conoció con luz superior que el mas mozo de todos era diácono, aunque él por su humildad se lo habia ocultado á sus compañeros; y allí mismo sanó á otro de ellos que estaba enfermo. Después de haber dado órden para que los agasajasen, los entretuvo largo tiempo sobre diferentes puntos de espíritu, especialmente sobre la necesidad que todo religioso tiene de ser humilde.

Refirióles la historia de un solitario, que después de una vida muy penitente, se rindió de tal manera á las ilusiones del demonio, que consintió en pecar con una fantasma que este le representó en figura de mujer; y en vez de levantarse por medio de la penitencia, se dejó llevar de la desesperacion; y abandonando el desierto, se entregó á todo género de disoluciones.

A otro conocí, añadió el Santo, que habiendo sido cási tan miserable como el primero, fue mas prudente. Consintió en algunos pensamientos de vanidad, después en otros de impureza; y dejó la celda con resolucion de volverse al siglo. Habiendo entrado en cierto monasterio de solitarios, le pidieron estos que les hiciese algunas pláticas espirituales. No pudo resistirse; y Dios por un efecto bien singular de su infinita misericordia, le movió á él mismo con la doctrina que daba á los otros. Restituyóse á su celda, donde pasó lo restante de su vida en amarga penitencia, y en llorar incesantemente sus culpas.

Poco tiempo sobrevivió Juan á esta visita. Era á la sazon de noventa años, de los cuales habia pasado setenta y cinco en el desierto; y sabiendo por divina revelacion el dia y hora de su muerte, pidió que en tres dias no se le llamase, porque de ninguno se dejaria ver. Pasó todo este tiempo en oracion, durante la cual rindió su bienaventurado espíritu en manos de su Criador el año de 394. Encontróse el santo cadáver de rodillas, y fue sepultado con la pompa y con la veneracion que acompañan á los santos hasta mas allá del sepulcro; llamándosele comunmente el profeta de Egipto. Su fiesta

se celebra en Braga de Portugal, y su memoria es de singular bendicion en toda la Iglesia.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion es la que sigue:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Joannis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, favorablemente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu siervo el bienaventurado Juan, para que los que no tenemos confianza en nuestros méritos, seamos ayudados por los de aquel que tuvo la dicha de agradarte. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo XIII.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene celos, no obra mal, no se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

REFLEXIONES.

Es cosa bien digna de admiracion que siendo tan claro y tan fiel el retrato de la verdadera devocion, que con nombre de caridad cristiana hace aquí el apóstol san Pablo, haya tantos que la equivoquen, y se la figuren muy contraria de lo que es en la realidad.

No hay cosa mas respetable ni mas amable que la verdadera virtud. No es enfadosa, ni rústica, ni desabrida; su aire no es desdeñoso, ni austero, ni chocante. No consiste ni en excesos imprudentes, ni en ímpetus de un fervor rígido, seco y displicente. Aborrece toda ostentacion y todo fausto. Nada tiene de escrupulosa ni de hazañera; ignora todo artificio mundano; y jamás se desmiente á sí misma.

Enemiga irreconciliable de todo engaño, gana el concepto por la rectitud, y el corazon por la dulzura. Siempre majestuosa en su noble simplicidad, nunca es mas respetable que cuando se muestra mas humilde. Su mérito no depende ni del capricho, ni de las extravagantes ideas de los hombres. Tiene por principio á la sólida piedad, por objeto y único fin á Dios.

Léjos de desviarse por sendas extraviadas que descaminan, o de dar en ideas presuntuosas que engrien y ensoberbecen, halla siempre en las obligaciones mas comunes del propio estado el camino seguro para arribar á la perfeccion.

Hácese notorio agravio á la virtud en pensar que es propia de ella la rusticidad; porque ciertas personas que hacen profesion de devotas, son agrestes, rústicas, poco políticas y medio salvajes. La grosería es vicio; luego es incompatible con la verdadera devocion. Es cierto que esta no afecta ciertos aires de cortesanía mundana, que desdicen mucho de su sinceridad; pero tampoco omite las mas menudas atenciones. Como siempre obra con circunspeccion y con exactitud, á nada falta que sea sustancial. No pueden convenir la melancolía y la tristeza á los siervos de un Señor que quiere que le sirvan con alegría.

El justo, dice el Profeta, *conserva en su corazon la ley de Dios, y la tiene siempre delante de los ojos*. La única regla de su conducta es la voluntad del Señor; el modelo que se propone es Cristo crucificado; el Evangelio es su ley; la vida de los Santos su escuela; el ejercicio de las virtudes cristianas todo su estudio; el pensamiento de la muerte su consuelo; el de la eternidad su empleo; y el del cielo el único objeto de su fervoroso anhelo.

Por este retrato, tan parecido al que hace san Pablo de la verdadera virtud, se puede conocer lo poco que la convienen aquellos rasgos sombríos con que muy de ordinario se la pinta, para representarla con no sé qué aire melancólico, ceñudo y enfadoso.

A la verdad, no pocas veces se echa mano para hacer el retrato de algunas personas que se llaman virtuosas, de ciertos modales duros é imperiosos, de cierta refinada quinta esencia de amor propio, de un corazon orgulloso, de un genio feroz, intratable y altanero; y otras se pintan como devotas á las que afectan una blandura, una suavidad de acciones y de palabras superficial y postiza; á las que saben mejor disfrazar sus pasiones con cierta máscara de moderacion aparente; pero ninguno de estos rasgos tiene lugar en el retrato de la verdadera virtud. ¿Cuándo querrán los mundanos acabar de desengañarse? ¿cuándo serán servidos de hacer justicia á la virtud verdadera, no cargándola con aquellos defectos que observan en los que solo son virtuosos de perspectiva? Entonces verán que no hay cosa mas noble ni mas racional; que ninguna hay mas digna del aprecio y de la veneracion de los hombres que una virtud pura, sólida, inseparable siempre de la perfecta caridad.

El Evangelio es del capítulo XX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ecce ascendimus Jerosolymam, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum, et scribis: et condemnabunt eum morte, et tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum, et tertia die resurget.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Hé aquí que subimos á Jerusalen y el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y le condenarán á muerte; y le entregarán á los gentiles para que le escarnezcan, y le azoten, y le crucifiquen, y al tercer dia resucitará.

MEDITACION.

De la fuga del mundo.

Punto primero.—Considera que hay entre los Cristianos un mundo enemigo del cristianismo; un mundo, que aunque cristiano en la apariencia, aborrece á Jesucristo y á su ley; un mundo cuyo espíritu es contrario al espíritu de Cristo, y sus máximas diametralmente opuestas á las máximas del Evangelio; un mundo contra el cual todos los Santos se han declarado; y un mundo que persiguió á todos los Santos. Luego ser de este mundo, y ser del número de los réprobos; amar á este mundo, y declararse enemigo de Dios; tener el espíritu, seguir las máximas de este mundo, y no ser discípulo de Cristo, es una misma cosa. *El que quiere ser amigo del siglo*, dice el apóstol Santiago, *por el mismo hecho se hace enemigo de Dios*. Pues ¿cómo es posible celebrar á este mundo, abandonarse ciegamente á este mundo, obedecer sus leyes, seguir sus caprichos sin arriesgar la inocencia y la salvacion?

No por eso se pretende que para salvarse sea menester abrazar el estado religioso, ó meterse á ermitaño. No todos son llamados á estado tan feliz; pero ninguno hay que no esté obligado á mirar con horror al espíritu del mundo, á renunciar sus perniciosas máximas, á huir de lo que Dios aborrece, y á escapar de aquellas concurrencias que están llenas de enemigos de Jesucristo.

A una simple sospecha de contagio quedan desiertas las ciudades mas populosas. Todo se deja, todo se abandona, todo el mundo se retira á la campaña, todos se destierran voluntariamente del comercio, y se van á sepultar en una soledad. El aire del mundo es contagioso; demasiadamente se sabe. Para preservarse de este contagio un san Juan y otros tantos Santos poblaron los desiertos, y buscaron entre los montes y las breñas asilo seguro á la inocencia. Pero ¿qué se hace el dia de hoy? Todos corren, todos se exhalan por aumentar

el gran número de los esclavos del mundo. Se gime, es verdad, bajo la dura opresion de su intolerable yugo; pero al mismo tiempo se ama: quéjanse muchos de la pesadez de sus grillos; pero al mismo tiempo los multiplican, y se tendrian por infelices, se desesperarian si los librasen de ellos. Pregunto: ¿tienen juicio los mundanos cuando hablan, cuando proceden así?

Punto segundo. — Considera que aquella figura del mundo, que consiste en aborrecer su espíritu, en renunciarle, y en no seguir sus máximas, no es puramente de consejo, sino de riguroso precepto. Todo cristiano se obligó solemnemente á eso delante de testigos en la sagrada ceremonia del Bautismo. Dijo públicamente que renunciaba la pompa, las vanidades, las máximas, el espíritu del mundo. Y ¿cómo se observa hoy esta sagrada promesa? Pero ello es cierto que con esta condicion entramos á ser cristianos. Ni la Iglesia nos hubiera recibido en el número de sus hijos, ni Cristo en el de sus discípulos, si no nos hubiéramos obligado, si no hubiéramos prometido huir del mundo, renunciar las pompas y las máximas del mundo, como incompatibles con las máximas de Jesucristo. Pero ¿se cumple esta promesa? ¿cumplímosla nosotros mismos? ¿es para nosotros como extraño y forastero el espíritu del mundo? ¡Ah, que hierve el cristianismo en mundanos! mas estos mundanos ¿serán reconocidos por cristianos verdaderos? ¡Qué dolor y qué amargura sentiré á la hora de la muerte, cuando se me represente con viveza lo que he sido, y lo que estaba obligado á ser!

Gimo, Señor, cuando reflexiono la tibieza y la frialdad con que os he servido, mientras sacrifiqué mi salud, mi vida, y aun mi eterna salvacion al servicio del mundo. Recibid, Padre de las misericordias, la palabra que este dia os doy de huir del mundo, y de renunciar sus máximas; y otorgadme la gracia de que la cumpla hasta el postrero aliento de mi vida.

Jaculatorias. — ¿De qué me sirve ser dueño de todo el mundo, si pierdo mi alma? (*Matth.* xvi).

A mí me sirve de cruz el mundo, y yo sirvo al mundo de cruz. (*Ad Galat.* vi).

PROPÓSITOS.

1 El mundo es enemigo de Cristo; luego debe serlo nuestro. ¡Cuántas razones tenemos para considerarle como tal! Húyese de un

enemigo de quien se sabe que trama perniciosos designios contra nosotros. Pues ¿con qué cuidado debemos huir del mundo, cuyos artificios tiran á perdernos? Toma hoy la generosa resolucion de declararte contra el espíritu y contra las máximas del mundo, así como él está abiertamente declarado contra las de Jesucristo.

2 No te contentes con una simple resolucion; ponla en práctica desde este mismo dia. No aparezcas mas en esas grandes funciones, en que el mundo sale á hacer ostentacion de toda su pompa y vanidad. Ponte un eterno entredicho á toda comedia y á toda ópera, despidiéndote tambien para siempre de todas las otras diversiones, que son el escollo ordinario de la inocencia. Sea tu traje conforme á tu condicion y á tu estado; pero ten entendido que la modestia cristiana es la gala mas preciosa. Renueva en la misa después de la consagracion las promesas que hiciste en el Bautismo. Haz pública profesion de ser cristiano, y haz una santa vanidad de no ser ya mundano.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de los santos mártires Prisco, Malco y Alejandro, en Cesarea de Palestina, los cuales en la persecucion de Valeriano, viviendo en un arrabal de aquella ciudad, y conociendo que en ella se proponian las coronas del martirio, encendidos de un ardiente celo de la fe, de su propio motivo se presentaron al juez, reprendiéndole valerosamente de la crueldad con que trataba á los Cristianos; por lo cual el juez mandó que inmediatamente los echasen á las fieras para que los devorasen.

Los santos mártires Castor y Doroteo, en Tarso de Cilicia. Sufrieron el martirio, al parecer, durante el siglo III del cristianismo, en Tarso, metrópoli nobilísima de Cilicia. Se ignora la naturalidad de estos Santos y géneros de tormentos que sufrieron).

Los santos mártires Rogato, Suceso, y otros diez y seis, en el África.

San Sixto III, papa y confesor, en Roma. *(Véase su vida en este dia).*

San Esperanza, abad, en Norsa, hombre de maravillosa paciencia, cuya alma, cuando él espiró, vieron todos los monjes subir al cielo en figura de paloma.

La muerte de san Gontran, rey de Francia, en Chalon de Borgoña en Francia, el cual se entregó con tal fervor á los ejercicios de piedad, que renunciando las pompas del siglo, distribuyó todos sus tesoros á la Iglesia y á los pobres.

SAN SIXTO, PAPA.

San Sixto, papa, tercero de este nombre, fue romano. Nació hácia el fin del siglo IV. El celo con que combatió las herejías de su

tiempo, aun cuando no era mas que presbítero, y la honra de ser elevado al sacerdocio en un tiempo en que solamente se ascendia á esta alta dignidad por los méritos de una notoria virtud, acreditan la que ya tenia cuando jóven, y los progresos que habia hecho en la ciencia de los Santos.

Conociendo los Pelagianos cuánta honra aumentaria á su partido el nombre solo del presbítero Sixto si llegase á publicar que seguia sus errores, osaron alabarse con aquella avilantez, ó aquel descaro en mentir que es tan comun en los sectarios, de que le tenian por protector y como por jefe de su doctrina. Entendiólo nuestro Santo, y desengañó luego al público. No solamente anatematizó el pelagianismo en presencia de todo el pueblo, sino que refutó sólidamente en sus epístolas los dogmas de aquellos herejes, y con el terror de las leyes imperiales que solicitó, estrechó á muchos de ellos á abjurar sus errores. Habiendo publicado el papa Zósimo su célebre epístola sobre la condenacion de Pelagio, la acompañó con otras dos de nuestro Sixto, una á Aurelio, obispo de Cartago, y otra á san Agustin, el cual le escribió otras dos sobre el mismo asunto, congratulándole por el celo que mostraba contra los Pelagianos.

No podemos explicaros, le dice en la primera, *el gozo que nos ha causado vuestra carta. No contento con leer la que escribisteis al santo obispo Aurelio, hice sacar muchas copias de ella, para que extendidas en el público, fuesen notorios á todos vuestros piadosos dictámenes sobre los perniciosos dogmas que tiran á aniquilar la divina gracia que concede Dios á los grandes y á los pequeños. Aun con mayor satisfaccion leí el excelente libro que compusisteis en defensa de la gracia de Jesucristo, y hago cuanto puedo para que le lea todo el mundo. Porque ¿puede haber lectura mas grata que una defensa tan pura y tan castiza de la gracia de Dios contra sus declarados enemigos, y esto por la misma boca de aquel á quien ellos proclamaban como á su protector y corifeo? Ex ore ejus, qui eorumdem inimicorum magni momenti patronus ante jactabatur.* En la segunda carta da san Agustin la enhorabuena á san Sixto de haber sido el primero que condenó públicamente los errores de Pelagio, cuando todavía no era mas que presbítero.

Muerto el papa san Celestino se creyó que no podia señalársele mas digno sucesor que á nuestro Sixto. Y así fue elevado al pontificado el dia 26 de abril del año 432 con aplauso tan general del clero y pueblo, que apenas habia memoria de otro igual.

Luego que se vió en la silla de san Pedro, dedicó todos sus desvelos á extirpar las perniciosas herejías, que no obstante estar

todavía como en la cuna, hacian gemir á toda la santa Iglesia.

El año de 430 habia sido condenado en Roma por san Celestino el impío heresiarca Nestorio, y el año 431 lo habia sido en Éfeso por el Concilio general, que deponiéndole de su silla abacial, le desterró al monasterio de San Eupropio en Antioquía. Compadecido san Sixto, como buen pastor, de aquella oveja enferma y descarriada, procuró curarla y reducirla al aprisco de la fe; pero tan inútilmente, que aquel infeliz heresiarca y sus parciales, abusando de la dulzura y de la benignidad con que el Santo le habia escrito, tuvieron aliento para publicar que no les era contrario. Presto se desengañó el público de esta grosera calumnia; porque después que Juan de Antioquía abandonó el partido de Nestorio, san Sixto escribió á este y á san Cirilo cartas de congratulacion, exhortándoles á trabajar en la conversion de los herejes, á recibir con caridad á los que de buena fe se redujesen al gremio de la Religion; pero á que se mostrasen severos é inexorables con los que perseverasen tercos en sus errores. Es verisímil que después de estas cartas del santo Pontífice, obstinándose el infeliz Nestorio en su impiedad, fue sacado de su monasterio, y conducido á su destierro, donde murió desgraciadamente sin seña alguna de arrepentimiento. Dícese que antes de morir se le llenó la lengua de asquerosísimos gusanos, los cuales se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que habia vomitado contra la santísima Vírgen, á la cual nunca quiso reconocer, ni llamar Madre de Dios.

Siendo nuestro Santo enemigo tan declarado de los herejes, no era posible que estuviese á cubierto de sus acostumbradas calumnias. Hasta entonces solamente se habian atrevido á desacreditar su doctrina; después osaron atacar la pureza de sus costumbres. Un miserable hombre, llamado Baso, persona de calidad, pero cási sin religion, acusó á Sixto de cierto delito enorme. Era la acusacion tan atroz, é hízose tan pública, y metió tanto ruido, que para atajar el escándalo creyó el emperador Valentiniano era necesario convocar un concilio, donde fuese jurídicamente declarada la inocencia del santo Pontífice, y se le restituyese solemnemente su honor. Juntóse un concilio compuesto de cincuenta y seis obispos, examinóse la causa, hízose patente la inocencia de Sixto, y convencido de calumnia el acusador, fue declarado como tal por sentencia definitiva, y canónicamente excomulgado. Indignáronse tanto contra él así el Emperador como su madre la emperatriz Plácida, que después de haberle desterrado, confiscaron todos sus bienes á beneficio de la Igle-

sia. Tres meses después murió Baso con señales de grande arrepentimiento; y el caritativo Sixto le asistió con grande amor en su última enfermedad, le absolvió de la excomunion, le administró el santo Viático, y con sus propias manos le dió eclesiástica sepultura.

No es fácil explicar el ardor y el activo celo con que el vigilante Pontífice se aplicó á sufocar en la cuna las perniciosas novedades que nacian cada dia, resucitando en la Iglesia el primitivo fervor, y renovando el vigor de la disciplina eclesiástica. La iglesia de Ravena le debe la dicha de haber logrado por obispo á san Pedro Crisólogo, cuya virtud conoció nuestro Santo por divina revelacion.

Deseando con ansia ambiciosa Juliano de Eclana, famoso pelagiano, ser restituido á la silla episcopal, de que habia sido justísimamente depuesto y despojado, fingiéndose convertido, se valió de todo género de artificios para persuadírselo á san Sixto; pero descubriendo el Santo entre aquellas aparentes exterioridades la malignidad de aquel hereje embustero y disimulado, se mantuvo siempre inflexible.

No contento con la solicitud pastoral con que atendia á las necesidades de todas las iglesias, y los inmensos afanes que le costaba el desvelo de socorrer á todas, halló fondos para enriquecer con prodigiosa magnificencia y liberalidad á las iglesias de Roma; prueba grande de su dilatado corazon y de su piedad eminente.

Por la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, se movió á reparar la antigua basílica de Liberio, que se llamó después Santa María la Mayor. Enriquecióla con un altar de plata maciza, con gran número de cálices, de candeleros, de incensarios, de coronas y de otros vasos de oro y plata de subidísimos precios, y la dotó con una renta perpetua de setecientos veinte y nueve sueldos de oro anuales, dándola en fin todos los vasos necesarios para el baptisterio, todos de plata. Á la iglesia de San Pedro regaló un ornamento de plata de peso de cuatrocientas libras. En la de San Lorenzo erigió columnas de pórfido y de plata, adornándola con una primorosa balaustrada, y con una estatua del Santo de mucho coste. En fin, son pocas las iglesias antiguas de Roma donde no se conserven grandes monumentos de la munificencia de este gran Pontífice; el cual, después de haber gobernado con prudencia consumada la silla de san Pedro cerca de ocho años, edificando á la Iglesia con sus heróicas virtudes, y con su vasto y fervoroso celo, siendo tan odiado de los herejes, como venerado y amado de los Católicos, murió en Roma el año de 440. Fue enterrado su santo cuerpo en la catacumba de san Lorenzo, sobre el camino de Tivoli, y tuvo por sucesor

en el pontificado á san Leon el Grande, que habia sido como discípulo suyo.

LA TRASLACION DE SAN INDALECIO.

A fines del siglo XI, reinando en Aragon y Pamplona el piadosísimo rey D. Sancho Ramirez, siendo D. Sancho abad del real monasterio de San Juan de la Peña del Órden de san Benito, que está junto á Jaca, fue trasladado á aquella casa el cuerpo de san Indalecio, obispo de Urci, y uno de los siete apostólicos de que varias veces hemos hablado. El caso pasó de esta manera: Este Prelado, persona muy noble, á quien los obispos de aquel tiempo llaman varon santísimo, recomendable tambien por la embajada que de parte del rey de Aragon hizo al papa Gregorio VII, entre otras prendas reunia la de gran veneracion á las santas reliquias, con las cuales deseaba enriquecer su monasterio. Habiendo sabido que el cuerpo de san Indalecio se hallaba junto á Almería, en tierra dominada de moros, sin acobardarse con la dificultad de la empresa, ardia en deseo de llevarlo á su casa. Andando el abad D. Sancho en estos pensamientos, pasó por San Juan de la Peña un deudo suyo, caballero muy principal, llamado D. García, que desde Murcia pasaba á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. Manifestóle sus deseos, y le rogó que ayudase á ellos; y D. García prometió hacer cuanto estuviese de su parte para satisfacer su piedad. Y á su vuelta de Santiago llevó consigo para este fin dos monjes de aquella casa, Evancio, que era sacristan, y García.

A su llegada á Murcia halló que los reyes moros de Sevilla y de Almería, que habia dejado en paz y confederados, andaban ya en pendencia muy trabada por cierto pueblo que el de Almería usurpó al de Sevilla. Y este rey para recobrarlo llamó á D. García en su ayuda; y los dos religiosos de San Juan de la Peña aprovechando tan buena ocasion, le acompañaron en esta jornada. Llegaron á Paschena ó Pechina, pueblo distante de Almería poco mas de una legua, en cuyo templo decian estar las reliquias de san Indalecio, trasladadas allí cuando los moros destruyeron la ciudad de Urci, ó sea cuando Abderramen movio su persecucion contra los cuerpos de los Santos el año 777. Los monjes iban y venian al templo rogando á Dios muy encarecidamente que les descubriese este rico tesoro. Y una noche estando durmiendo Evancio, se le apareció un gallardo mancebo, y levantando su mano derecha le dijo que mirase á la parte donde señalaba, que era detrás de un altar á la mano derecha, y en el sitio

donde se veia una llama, allí encontraria el sepulcro de san Indalecio. En el discurso de este misterioso sueño vió en la iglesia un viejo respetable, y preguntándole quién era, respondió que hasta entonces habia sido custodio de aquel templo de san Indalecio, y queriendo irse de aquel lugar con los monjes, él tambien le acompañaria.

Dispertando Evancio con sumo regocijo, contó la vision al otro monje y al caballero D. García, y con ellos dió gracias á Dios que así mostraba el buen suceso que habia de tener su viaje. Luego comenzaron á tratar de la cautela con que se habia de proceder en este negocio, y de los medios por donde se habia de llevar á cabo. Confiólo García á dos soldados suyos, hombres de valor y prudencia, y al parecer destinados de Dios para esta empresa; pues ambos confesaron que en aquella misma noche vieron en sueños á dos religiosos que del mismo templo cavando sacaban el cuerpo de un Santo, y que ellos les servian en esto como pajes de hacha. Pasmado estaba D. García oyendo esta relacion, cuando de repente oyeron como á voz de pregon era congregado el ejército para ir sobre Almería. Y aprovechándose de la soledad en que quedaba el pueblo con esta ocasion, resolvió que estos dos soldados se quedasen guardando la puerta del templo, y un capellan suyo con los dos monjes cavasen en el lugar señalado hasta encontrar las reliquias. Las hallaron en un sepulcro de alabastro, y quitando la losa que lo cubria, salió de él un olor muy suave, y luego repararon en la inscripcion latina que habia en la parte interior de la piedra, y decia de esta manera: *Aquí descansa Indalecio, primer obispo de la ciudad de Urci, ordenado en Roma por los santos Apóstoles.* Impidiéronles el proseguir su obra unos ladrones que en aquella noche se refugiaron en el templo; pero al otro dia la continuaron apoderándose de todas las reliquias que habia en el sepulcro, y retirándose con ellas á Murcia, cuando acabada la guerra acompañaron á esta ciudad á D. García. En ella se detuvieron algun tiempo, fuese por descansar de la jornada, ó por condescender con los ruegos de D. García, que hallaba gran regalo con tener aquel tesoro en su casa. Pero avisados por el mismo san Indalecio, emprendieron su viaje pasando por Denia, Valencia, Tortosa y Lérida, y llegaron al monasterio de San Juan de la Peña el dia 28 de marzo del año 1084, que fue Jueves santo. Salieron á recibir las santas reliquias toda aquella comunidad y el rey D. Sancho y su hijo D. Pedro Sanchez, que allí pasaban, segun su costumbre, el tiempo santo de la Cuaresma, de los cuales y del gran concurso de aquellos pueblos vecinos se formó una devota procesion, sanando repentina-

mente el abad D. Sancho con el contacto de las santas reliquias de una enfermedad incurable que padecia en el brazo izquierdo, y obrando Nuestro Señor por intercesion de san Indalecio otros muchos milagros.

Colocaron el cuerpo del Santo en una arca de plata adornada de piedras preciosas que mandó labrar el rey D. Sancho, la cual se puso en el cuerpo del retablo mayor, quedando descubierto en la parte superior de él á la vista de todos. Y aunque este sepulcro se fundió y se consumió con toda la plata y oro que habia en aquella casa en el grande incendio que padeció por los años 1495, las reliquias quedaron intactas sobre las brasas, con señales de que el fuego las acometió, y les tuvo respeto. Y las volvieron á colocar en otra arca en la parte superior del retablo sobre el altar de san Juan Bautista.

La santa iglesia de Almería, y la de Zaragoza y Granada tienen reliquias de san Indalecio. La de Burgos hace fiesta al Santo en el dia 30 de abril, porque en este dia recibió otra reliquia suya.

La Misa es en honra de san Sixto, y la Oracion la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Sixti confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Sixto, aumentes en nosotros el espíritu de la devocion y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VI *de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Nihil enim intulimus in hunc mundum, haud dubium quod nec auferre possumus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus. Nam qui volunt divites fieri incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli: et desideria multa inutilia, et nociva, quae mergunt homines in interitum, et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas.

Carísimo: Nada hemos traido á este mundo; y no hay duda tampoco en que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos, y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos que sumergen al hombre en la muerte y en la perdicion. Porque la raíz de todos los males es la avaricia.

REFLEXIONES.

Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus: en teniendo con que remediar nuestra necesidad, y con que cubrir nuestra desnudez, estamos contentos. ¡Qué poquitos son los que toman

el gusto á este lenguaje del Apóstol! ¡á qué poquitos acomoda esta doctrina! Mucho tiempo há que el codicioso anhelo de las riquezas llena al mundo de infelices; ¡de qué inquietudes, de cuántos trabajos es orígen la codicia! Todos quieren vivir ricos, pero con la seguridad de que todos han de morir pobres; porque ¿qué es lo que se lleva á la sepultura?

¡Cosa extraña! raros son los que están contentos con su suerte. El que está muy elevado, todavía quiere subir mas. No hay en el mundo condicion que tarde ó temprano no canse, no fastidie; la mediana no satisface, la opulenta desasosiega. Crecen con nosotros nuestros deseos; cuanto mas se les sustenta, se muestran mas hambrientos, mas insaciables. Es nuestra vida una interminable cadena de necias inquietudes; y por lo comun es nuestro corazon el mayor enemigo de nuestro sosiego. Esto convence claramente el vacío, la vanidad de los bienes criados. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que aprendamos á tener juicio, alicionados en nuestra propia experiencia?

Es innegable que los bienes terrenos solo se apetecen cuando no se poseen; en poseyéndose, luego fastidian. Hágase en el mundo la fortuna que se quisiere; solo se piensa en la que resta por hacer. Si salen desgraciadas las pretensiones, se irritan mas los deseos; si salen prósperas, se encienden. Tanta verdad es que nuestra ambicion es nuestro mayor tirano.

Quiérese hacer fortuna en el mundo, pero esto ¡cuántos desvelos, cuántas fatigas, cuántas pesadumbres cuesta! Es menester abrirse camino por medio de un monton de dificultades, de un tropel de envidiosos y de concurrentes. Preténdese ascender por la gloriosa carrera de las armas; mas para esto; ¡cuántos trabajos, cuántos peligros, cuántos sustos mortales se han de padecer! Y al fin, ¿cuál es el fruto de tantas fatigas? ¿corresponde el premio al trabajo? ¿esa fortuna vale por ventura lo que cuesta? Ascendiste al cabo á un grado en la milicia; es menester que descanses en él años y mas años antes de pasar á otro. El premio camina siempre con pasos perezosos; regularmente llega tarde; ¡y cuántas veces llega la muerte antes que él llegue!

Pero demos que sople tan favorablemente el viento de la fortuna, que lleguen presto los ascensos. ¿Estará por eso contento, se dará por satisfecho el corazon? ¡Ah, que la ambicion y la codicia crecen mas cuanto mas logran! El que se ve sobre un elevado monte descubre desde él mucho terreno; y olvidado de lo que anduvo y de lo que subió, solo piensa en el término á donde aspira llegar. ¡Ó buen Dios,

y qué caro cuesta en el mundo el mérito, el derecho á un triste premio! ¡Y cuántas veces todo el premio se queda puramente en el derecho y en el mérito! ¡Cuántos se ven arrojados fuera del camino de la fortuna apenas ponen el pié en él! Pero llégueseen buen hora al término; redúcese á un nuevo empleo, á un poco mas de renta, la que ya viene tan tarde, que apenas hay tiempo para gozarla.

¿Será recompensa muy sólida, será premio real, y que satisfaga, el que se lea su nombre en la *Gaceta*, el hacer ruido en el mundo por algunos dias, el ocupar honroso lugar en la historia de su tiempo? ¿Y qué otra cosa nos ha quedado de todos los héroes de los pasados siglos? *Periit memoria eorum cum sonitu.* Dignidades, empleos, distinciones, tesoros, grandezas mundanas, todo nos abandona al ir á tomar posesion de la sepultura. A la verdad, servir con fidelidad, con celo á su soberano, es mérito, ó puede serlo delante de Dios; puede uno ser santo en el ejército como en cualquiera otra parte; pero si ninguna tiene Dios en nuestros trabajos, ¿podemos esperar que nos lo premie? Siempre que se trabaja por la salvacion, se hace fortuna; pero nunca se hace cuando no se trabaja por ella. Tengamos continuamente en la memoria y en la consideracion este oráculo: *Nada trajimos á este mudo, y nada hemos de sacar de él.* Buen Dios, ¡qué remedio tan eficaz para curar la ambicion y la codicia seria esta verdad bien penetrada!

El Evangelio es del capítulo XX *de san Mateo, pág. 440.*

MEDITACION.

Del poco caso que se debe hacer de los desprecios del mundo.

Punto primero.—Considera que después que los secuaces del mundo trataron tan mal á Jesucristo, sus malos tratamientos son preciosos, y sirven de mucho honor á los buenos. Nada honra tanto á los discípulos de Cristo, como tener parte en los oprobios de su divino Maestro. *Sabed,* les decia el mismo Salvador, *que si el mundo os aborrece, primero me aborreció á mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaria lo que es suyo; mas porque yo os escogí de en medio de él, por eso os aborrece. Acordaos de lo que os dije: el siervo no es mayor que su amo; si me persiguieron á mí, tambien os perseguirán á vosotros.* Paréceme que esto es bastante, que es sobrado, no solo para consolar, sino para indemnizar, y aun para recompensar con ventajas á los que el mundo desprecia. Ninguna cosa debiera parecer mas in-

juriosa, mas ignominiosa á un cristiano que ser estimado, honrado y aplaudido por aquel mundo que aborreció, despreció y persiguió á Jesucristo; por aquel mundo que incesantemente se está oponiendo á su espíritu y á su doctrina. Y ¿qué habrá que temer de un mundo cuyas amenazas todas son vanas? Porque en suma, ¿qué daño nos puede hacer la mala voluntad que nos profesa? Pero aun son mucho mas frívolas sus promesas. ¿Será capaz de hacernos felices ni infelices un solo momento? ¿debera darse crédito alguno á aquellos parciales suyos, que al mismo tiempo son sus esclavos? ¿hay siquiera uno que no esté quejoso de este imaginado dueño, que no confiese que es gran locura servirle, gastando la salud y perdiendo la vida en servicio de un tirano, de quien al cabo solo se saca amargura, dolor y cruel arrepentimiento por haberle servido? Con todo eso se le teme, se le respeta, se le obedece, se condesciende con sus caprichos. ¡Puede haber mayor extravagancia, mayor locura de los hombres!

Punto segundo. — Considera qué es lo que podrá el mundo hallar que morder, que censurar en un hombre virtuoso, en un verdadero cristiano, sino que sea el que sirve á su Dios con puntualidad, y que antepone el servicio de Dios al servicio del mundo. Con efecto, le censura de que obedece ciegamente la ley del soberano Dueño del universo; de que huye de todas aquellas diversiones en que corre peligro de padecer funesto naufragio la inocencia. Censúrale de que se retira de todos los espectáculos profanos; de que se excusa de todo convite licencioso; de que es recto, sincero, regular, humilde, modesto, amigo fiel, pronto á perdonar por amor de Jesucristo las mas atroces injurias. Censúrale de que con mucho juicio y prudencia prefiere la doctrina de Cristo á las insensatas y perniciosas máximas del mundo. En suma, nótale y le murmura de que haga en vida lo que á la hora de la muerte le llenaria de desesperacion si no lo hubiera hecho. Esta es la materia de las quejas del mundo, y estos los motivos de sus imaginarias desgracias. Un hombre de juicio, un hombre de bien y un hombre cristiano, ¿deberá hacer mucho caso de tan injustos desprecios? Ninguna cosa honra tanto á un verdadero cristiano, ninguna acredita mas su rectitud, su bondad y su buen entendimiento, como el ridículo desprecio que hace el mundo del sólido y verdadero mérito. Y en vista de esto, ¿será razon temer lo que podrá decir el mundo? ¿será razon hacerse eternamente infeliz, y condenarse por el necio miedo de no merecer la aprobacion, y de perder la despreciable gracia del mundo?

¡Ah, Señor, demasiadamente he sido hasta aquí el juguete y la burla de mis vanas ilusiones en este importantísimo punto! Pero confio en vuestra misericordia infinita me haréis la gracia de que me ria en adelante del menosprecio de un fantasmon de amo imaginario, y que haga burla de él en lugar de que él la haga de mí.

JACULATORIAS.—Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad, y correr tras la mentira? (*Psalm.* IV).

Vanidad de vanidades, y todo vanidad. (*Eccl.* I).

PROPÓSITOS.

1 Es cosa bien extraña, que todos convienen en que el mundo es un embustero, y todos se fian de él. Tiénense continuas experiencias de que solo sabe hacer desdichados; y con todo eso todos se apresuran por entrar en su servicio. Acaba de desengañarte de una vez para siempre de este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion; pero no quede el desengaño en mera especulacion, redúcele á la práctica. Huye de las concurrencias grandes del mundo; y cuando la necesidad te obligue á asistir á ellas, sea siempre con precaucion, como quien entra en país enemigo. Retírate de los concursos mundanos, de aquellas peligrosas diversiones en que la profanidad hace ostentacion de lo mas engañoso que tiene. Por mas instancias que te hagan, no asistas á ellos mientras no estés bien persuadido á que no sentirias te cogiese la muerte en medio de esos espectáculos.

2 A ninguno faltan salidas y razones para excusarse de entrar en un negocio que prevé no le ha de tener cuenta. Pues válete de las mismas para negarte á los saraos, á los convites, á las fiestas profanas, en que la razon, la religion y la experiencia te enseñan que siempre padeces considerables pérdidas. No te dejes arrastrar hácia el precipicio por una mala vergüenza, por un ridículo respeto humano. No digas *yo estaré prevenido;* y ten presente en la memoria aquel oráculo infalible: *Quien ama el peligro perecerá en él.*

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES JONÁS Y BARACHISO, en Persia, en tiempo del rey Sapor; á Jonás le pusieron en una prensa en donde le apretaron hasta romperle todos los huesos, y partido en dos pedazos; á Barachiso le ahogaron echándole pez ardiendo por la garganta.

SAN CIRILO, diácono, y mártir en tiempo de Juliano apóstata, en Eliópolis,

junto al monte Líbano; á este Santo le abrieron el vientre los gentiles, le sacaron el hígado, y se lo comieron como bestias carniceras.

El martirio de los santos mártires Pastor, Victorino, y sus compañeros, en Nicomedia.

Los santos confesores Armogasto, conde, Mascula, maestro de los representantes, y Saturo, mayordomo del palacio real, en África, los cuales en la persecucion de los vándalos, siendo rey el arriano Genserico, después de padecer grandes tormentos y afrentas por confesar la fe católica, acabaron gloriosamente la carrera de sus combates.

San Segundo, mártir, en la ciudad de Ast.

San Eustasio, abad, en el monasterio de Luxeüil, discípulo de san Columbano; fue prelado de cerca de seiscientos monjes, esclarecido por la santidad de su vida y por sus milagros. *(Véase su vida en este dia).*

SAN EUSTASIO, ABAD DE LUXEUIL.

San Eustasio, discípulo de san Columbano, y su inmediato sucesor en la famosa abadía de Luxeüil, debió su ser á una de las casas mas nobles de Borgoña. Nació hácia el fin del siglo VI. Túvose gran cuidado de su educacion, y correspondió el fruto al cultivo. Encargóse de este san Miet, tio de Eustasio, y obispo de Langres, viendo la bella índole, el excelente ingenio y la natural inclinacion á la virtud del devoto niño. Hizo este grandes progresos, así en las letras humanas como en la importante ciencia de la salvacion, con el magisterio de tan insigne maestro. La piedad que mostraba en una edad en que apenas se conoce lo que es religion, dió á entender que no gozaria el mundo mucho tiempo de un jóven de quien no era digno. Descubriendo Eustasio cada dia mas y mas los peligros del siglo, resolvió buscar en el desierto lo que no hallaba en el tumulto del mundo; y mostrándose insensible á las engañosas esperanzas con que le lisonjeaba su noble nacimiento y sus extraordinarias prendas, solo pensaba en retirarse de tanto riesgo y embuste.

Habia dos ó tres años que Columbano, monje irlandés, habia pasado á Francia, buscando en aquel reino un desierto escondido, donde olvidándose de sus parientes y de su patria, pudiese contentar las fervorosas ansias de pasar la vida en rigurosa penitencia. Retirado, pues, á los desiertos del monte Vosga en aquella parte de la Borgoña, que hoy se llama el Franco-Condado, fundó el famoso monasterio de Luxeüil, que por muchos siglos fue seminario de Santos, y donde desde sus principios se contaron hasta seiscientos monjes, cuya mayor parte se hizo venerar por su eminente virtud, y muchos tambien por el don de los milagros.

Fue Eustasio uno de los primeros que se alistaron bajo la disciplina de san Columbano. Honró mucho el discípulo al maestro. El amor á la oracion, la inclinacion á la penitencia y el celo de la observancia, le hicieron desde luego respetar como acabado modelo de la perfeccion religiosa. Su ejemplo inspiraba fervor; y en poco tiempo se admiró vivamente copiada en el nuevo monasterio la santidad de los monjes del Oriente. No duró mucho la calma. Ofendida la reina Brunequilda, y su nieto Tierry, rey de Borgoña, del apostólico celo con que san Columbano reprendia sus escandalosos desórdenes, le echaron del monasterio de Luxeüil, y le quisieron obligar á que se volviese á Irlanda. Como Eustasio vió expuesto el monasterio á las violencias de los ministros de Tierry, se retiró con san Galo á los Estados de Teodoberto, rey de Austrasia, que los tomó debajo de su proteccion.

En este medio tiempo se habia ya embarcado en el puerto de Nantes san Columbano por obedecer á Tierry; pero una tempestad le volvió á arrojar á las costas de Bretaña. Conoció entonces no ser la voluntad de Dios que volviese á pasar el mar; y teniendo noticia de lo bien recibidos que habian sido de Teodoberto, hermano de Tierry, sus dos discípulos Eustasio y Galo, tomó el camino de Austrasia.

A la estimacion que el Rey hacia de los discípulos, correspondieron las demostraciones de amor con que recibió al maestro. Dióle á escoger el lugar que quisiese dentro de sus dominios. Aceptó el Santo la oferta; y llevándose consigo á Eustasio y á Galo, subió por la corriente del Rhin, bordeando el lago de Constanza hasta sus últimas márgenes; entró en el país de los suizos, que pertenecia á los dominios de Teodoberto, y predicando en todas partes la fe de Jesucristo, hizo alto en el territorio de Bregent, donde fundó un monasterio. Aquí tuvo noticia de que habiéndose apoderado de una parte del de Luxeüil algunos seglares, amenazaban echar de él á todos los monjes; aviso que le obligó á enviar á Eustasio á Luxeüil con el título de abad. Costó mucho al discípulo y al maestro esta separacion; pero al fin era indispensable el doloroso sacrificio. Llegando á Luxeüil nuestro Eustasio supo ganar de tal manera el corazon de los injustos usurpadores, que le dejaron dueño de todo el monasterio.

Dedicó desde luego el nuevo Abad toda su aplicacion á renovar la disciplina monástica, establecida por san Columbano; y como exhortaba con el ejemplo mas que con las palabras, en pocos dias reinó el fervor en toda la comunidad. Eran sus ayunos, sus vigilias y sus

rigurosas penitencias las lecciones mas eficaces con que instruia, y no era fácil resistirse á esta especie de exhortaciones. La extraordinaria caridad con que trataba á todos sus súbditos; la admirable vigilancia con que atendia á prevenir todas sus necesidades espirituales y corporales; la suavidad de su paternal gobierno; aquella afabilidad, y la urbanísima cortesanía con que recibia á todos sus hermanos, amándolos como á hijos, y honrándolos como si fueran superiores suyos; todo esto, acompañado de no sé qué aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hizo tan dueño de los corazones de todos, y granjeó tanta estimacion al monasterio de Luxeüil, que de todas partes concurrian á ponerse bajo la disciplina del santo Abad, que logró el consuelo de ver en su casa hasta seiscientos monjes, cuyos nombres casi todos se registran escritos en los fastos de la Iglesia.

Habiendo Clotario II unido en una sola monarquía la Borgoña, la Austrasia y la Francia por muerte de los reyes Teodoberto y Tierry, como tambien de sus hijos; y haciendo memoria que tres años antes le habia pronosticado esta dichosa union san Columbano, deseó tenerle dentro de su reino. Con este intento le envió por diputado á san Eustasio, convidándole á que se restituyese á su antiguo monasterio de Luxeüil; pero Columbano, que acababa de fundar el monasterio de Bobioil en el Milanés, por la piadosa liberalidad de Agilulfo, rey de los lombardos, creyó no ser voluntad de Dios que saliese de Italia; y bien informado de lo mucho que florecia en Luxeüil la disciplina monástica, mandó el santo Abad se restituyese al gobierno de su monasterio, dándole nuevas instrucciones, con nuevas señales de su particular estimacion y ternura.

El vasto y apostólico celo de Eustasio no podia estrecharse dentro de las paredes del monasterio; y habiéndole dotado el cielo de singular elocuencia y extraordinario talento para la predicacion, salió á anunciar la palabra de Dios á los varascos, y llevó la luz del Evangelio hasta los bávaros, haciendo en todas partes portentosas conversiones. Irritado el demonio de la guerra que Eustasio le hacia en Alemania, como para divertirle las fuerzas, quiso hacérsela á él en Luxeüil, y se valió de la ambicion de un mal monje para introducir la relajacion, y arruinar la disciplina del ejemplar monasterio.

Habia tomado el hábito en él Agreste, ó Agrestino, siendo secretario del rey Tierry; y llegando á su noticia las maravillas que obraba su santo Abad en el ejercicio de la predicacion apostólica, llevado de un espíritu orgulloso, y pareciéndole que él tambien podria hacer

ruido en el mundo por el mismo camino, dejó el desierto, de que ya estaba fastidiado, y sin mas legítima mision que la de su vanidad, salió á predicar á los gentiles. Pero como no correspondiese el fruto ni el aplauso á lo que á él se le habia figurado, lleno de confusion y de despecho se precipitó en el cisma de Aquileya. Intentó Eustasio hacerle entrar dentro de sí mismo; pero tropezó con un genio terco, inquieto y sedicioso, cuya pretension no era menos que hacer condenar por el concilio de Macon la regla de san Columbano, y que se extinguiese el monasterio de Luxeüil. Con efecto, presentó al concilio muchos capítulos de acusacion contra la nueva regla, notándola de diferentes singularidades; mas propias, decia él, para los irlandeses, que tolerables en los estilos y costumbres de la Iglesia galicana. Pasó al concilio san Eustasio, refutó vigorosamente las calumnias de Agrestino, defendió su santo instituto, desengañó á los Padres que por hallarse siniestramente instruidos estaban preocupados á favor de su adversario, procuró reducir al aprisco á esta oveja descarriada por todos los medios de blandura que le sugirió su amabilísimo celo; pero cerrando Agrestino los oidos á los amorosos consejos de su Abad, murió desgraciadamente. Lloróle Eustasio tiernamente, como tambien á otros cismáticos á quienes habia miserablemente engañado; pero el Señor le consoló abundantemente por la insigne virtud de otros discípulos suyos, entre los cuales se cuenta á san Cagnou, que fue después obispo de Laon; á san Omer, que lo fue de Terouena; á san Aichar, que lo fue de Noyon y de Tornay; á Ragnacario, que lo fue de Basilea, y á otros muchos, cuya eminente santidad fue el elogio mayor de nuestro Eustasio; el cual además de esto tuvo el consuelo de ver establecido en su monasterio de Luxeüil el coro perpetuo de dia y noche por el fervor de mas de seiscientos monjes, que sucediéndose continuamente los unos á los otros, cantaban sin cesar alabanzas al Señor, y conseguian con sus oraciones mil bendiciones á los pueblos.

Por este tiempo le dió á entender el Señor que estaba cercano el fin de su santa vida, y con este motivo dobló el rigor de sus penitencias con extraordinario fervor. En medio de estos ejercicios de mortificacion y de virtud le asaltó una violenta y dolorosa enfermedad. En lo mas vivo de sus agudísimos dolores oyó una voz que le daba á escoger, ó padecer por espacio de treinta dias sin el mas mínimo alivio, ó ser desde luego aliviado, pero no morir hasta despues de cuarenta. El ardentísimo deseo en que se abrasaba de poseer cuanto antes á su Dios en los descansos del cielo, le hizo mirar la dila-

cion que se le proponia como el mas cruel de todos los tormentos, y así escogió desde luego padecer mas, y morir cuanto antes. Habiendo, pues, pasado treinta dias con indecibles dolores, lleno de merecimientos, y dotado del don de milagros, murió en Luxeüil el año de 625, cerca de los sesenta de su edad, de los cuales habia pasado mas de treinta en el referido monasterio. Fue enterrado en él solemnemente, y después de muerto acreditó el Señor su santidad con gran número de prodigios. Con el tiempo fue trasladado su santo cuerpo á Vergavilla en Lorena, en la diócesis de Metz, abadía de religiosas Benedictinas, concurriendo á su sepulcro la devocion de innumerable pueblo.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion la que sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Eustasii abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga gratos á vuestra Majestad la poderosa intercesion del bienaventurado abad san Eustasio, para que consigamos por su patrocinio lo que no podemos esperar de nuestros méritos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v del apóstol san Pablo á los de Galacia.

Fratres: Manifesta sunt opera carnis, quae sunt fornicatio, immunditia, impudicitia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitiae, contentiones, aemulationes, irae, risae, dissentiones, sectae, invidiae, homicidia, ebrietates, comessationes, et his similia: quae praedico vobis, sicut praedixi: quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur.

Hermanos: Las obras de la carne son manifiestas, las cuales son el adulterio, la fornicacion, la impureza, la lujuria, la idolatría, los maleficios, las enemistades, los pleitos, las emulaciones, las iras, las riñas, las discordias, las sectas, las envidias, los homicidios, las borracheras, las comilonas, y cosas semejantes á estas, sobre las cuales os prevengo, como ya lo previne, que los que tales cosas hacen no conseguirán el reino de Dios.

REFLEXIONES.

Manifesta sunt opera carnis: quae sunt fornicatio, immunditia... aemulationes... et his similia... quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur. Vamos claros: ¿se reputa el dia de hoy á la emulacion por un gran pecado? No obstante eso san Pablo la agrega sin distincion al cúmulo de los pecados mas enormes, y declara indistintamente que todos los que fueren manchados de ellos, quedarán para siempre excluidos del reino de los cielos. Sin embargo, la emula-

cion reina en cási todos los corazones. Enmascarada, disfrazada, paliada, sabe introducirse hasta en los claustros mas religiosos, hasta en los hombres mas espirituales, hasta en las almas que parecen mas timoratas. Pero luego que se insinúa en un corazon ¡ó Dios, y qué estragos no hace!

Es la emulacion una envidia mitigada: no tiene toda la hiel, pero tiene cási toda la malignidad. Es un veneno; pero tan sútil, tan bien preparado, que apenas se conoce cuando obra. No se explica ni en aquellas aversiones á cara descubierta, ni en aquellas groseras murmuraciones, ni en aquellas invectivas impetuosas, ni en aquellas tristezas oscuras y picantes que no se pueden disimular: una taciturnidad fria y chocante, una risita falsa y maliciosa, un oculto menosprecio que se quiere esconder, y no se deja de traslucir, una interpretacion maligna aun de las acciones mas inocentes; todo esto da sobradamente á conocer lo poco que nos gusta, y lo mucho que nos desagrada el mérito y las prendas que se celebran en los otros.

Los que viven en comunidad ordinariamente están llenos de emulacion desde que comienzan á estar vacios de virtud. Los progresos de los demás hacen visibles ó la desaplicacion, ó la inferioridad de talentos de los que siguen la misma carrera con menos felicidad. La distincion mortifica á los que presumen de iguales. No se gusta de ver tan aplaudidos á aquellos con quienes se vive; lo sobresaliente de sus prendas nos da en rostro. A los que están retirados les inquieta cualquier ruido. Las sombras sirven para que resalten mas los colores; y en este sentido se teme servir de sombra, que haga brillar mas el esplendor de los otros. Por eso son tantos los que tiran á oscurecerle. En un ánimo generoso, en un corazon cristiano puede la emulacion servir de estímulo á la virtud; pero en una alma baja degenera en aversion, y produce encono y amargura.

No quisieras que el otro hiciese las cosas mejor que tú, porque conoces que no sabes hacerlas tan bien como él. Un espíritu apocado y envidioso nada encuentra que admirar; un corazon grande y noble quisiera imitar todo lo que admira. Cuando tenemos las mismas obligaciones que otros, y estos las desempeñan mejor, en este mismo desempeño nos dan una muda leccion muy molesta, que instruye mas de lo que se quisiera. Hállase en ella no sé qué reprension oculta, y en esta oculta reprension cierta verdad, que amarga y humilla. Esto es lo que pone de tan mal humor con los ajustados á los imperfectos.

Lo asombroso es, que aun aquellos que hacen profesion de vir-

tuosos no están exentos de este vicio. Una virtud superficial y poco sólida alimenta grandes defectos. En no reinando en un corazon la humildad, luego se apodera de él la emulacion. A la verdad, no siempre se introduce en él con este nombre, porque seria muy mal recibida; el amor propio, con quien siempre está de inteligencia, la presta mil disfraces para encubrirse.

Siéntese no sé qué secreta aversion á ciertas personas que por su ejemplar virtud se distinguen mas de lo que se quisiera. Disminúyese su mérito; y cuando se habla de él, se pretende reducirle no mas que á una medianía. Si se encuentran otros que sean de la misma opinion, ¡cuánto se les aplaude! Experiméntase cierta especie de complacencia cuando se conoce que su virtud no es del gusto ni de la aprobacion de todos. ¡Qué atencion en no mirarle jamás por lo que tiene de bueno! ¡qué viveza, qué ardor en exagerar hasta sus menores descuidos! ¡qué dureza, qué inflexibilidad en darle cuartel, en perdonarle la mas mínima cosa! Los que no hacen mucha vanidad de ser, ni de parecer devotos, dan á esto el nombre propio que le corresponde, llamándolo sin rebozo orgullo, emulacion, pasion maligna. Pero los que se precian de virtuosos lo bautizan á lo sumo con el nombre de indiferencia ó de antipatía. ¡Cosa extraña! se juzga con pasion, se acrimina con dureza, se condena con impiedad lo que muchísimas veces es muy loable; y esto se califica de celo, de caridad, de fervorosa devocion. *Non est ista sapientia desursum descendens: sed terrena, animalis, diabolica* (*Jac.* III), dice el apóstol Santiago. Esta no es prudencia que desciende del cielo, sino una prudencia terrestre, animal, diabólica; es una emulacion avinagrada y aceda, que pretende ocultarse á favor de una devocion aparente. Pero tened entendido, añade el Apóstol, que donde hay emulacion, no puede haber devocion verdadera, sino inconstancia, veneno y malignidad: *Ubi enim zelus, et contentio, ibi inconstantia, et omne opus pravum.* (*Jac.* III).

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo, pág. 347.*

MEDITACION.

De la oracion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la oracion, hablando propiamente, es una sagrada conversacion del alma con Dios; habla á Dios confidencialmente, y Dios con dignacion infinita habla confidencial-

mente con ella. A favor de una purísima y benéfica luz contempla el alma en la oracion las incomprensibles é infinitas perfecciones de su Dios; expónele sus necesidades como á su amoroso padre; declárale sus enfermedades espirituales como á su omnipotente médico; y Dios la ilumina, la alienta, la consuela, la fortalece y la cura. En este espiritual comercio el alma se sustenta de la palabra de Dios interior: en él halla armas para domar las pasiones, para triunfar de sus enemigos, para prevenir sus malignos artificios, para descubrir sus insidiosos lazos. En fin, en la oracion se nos hacen patentes nuestras obligaciones, y en este santo ejercicio se reciben de la misericordia de Dios las gracias oportunas para cumplir con ellas. El claro conocimiento que tuvieron los Santos de las grandes excelencias de la meditacion, les obligó á decir que era muy dificultoso ser verdaderamente cristiano sin la saludable práctica de la oracion; y que era mucho mas dificultoso ser santo sin este admirable ejercicio. ¡Qué error es el de aquellos (son verdaderamente muchos) que consideran la oracion como propia únicamente de los claustros! Algun dia conocerán que era un auxilio, una devocion, un ejercicio cási indispensable á todo cristiano.

Punto segundo.—Considera que el orígen mas comun del desórden de las costumbres en el mundo y de la relajacion en el estado religioso, es el desamor, el tedio con que se mira la meditacion. Hablar de oracion á un seglar, á una mujer del mundo, es algarabía, es hablar en griego. A sola la palabra *meditacion* se asusta y aun se inquieta una alma disipada, un corazon disoluto. De esta aversion á la oracion nace aquella lastimosa ceguedad en que se vive, aquel asombroso trastorno de costumbres, que á guisa de torrente, inunda toda la tierra. *Non est qui recogitet corde*, dice el Profeta. No hay en el mundo quien medite, quien haga reflexion á lo mismo que se cree. Las verdades mas importantes de la Religion, una muerte inevitable, un juicio terrible, el infierno, la gloria, son para la mayor parte de los mundanos objetos desconocidos; entienden estas verdades poco mas, poco menos, como los ignorantes y los groseros comprenden las proposiciones del álgebra. Pues ¿de qué nos admiramos, si faltando estos diques, es tan furiosa, es tan universal la inundacion? Desterrada una vez la reflexion de estas terribles verdades, corren sin freno las pasiones; y de aquí nace la corrupcion general en el mundo.

Lo mismo á proporcion se puede decir de la relajacion de las personas religiosas. En perdiendo el gusto á la oracion, señal de que

está achacosa el alma; si al disgusto se sigue la indiferencia, y á esta el abandono de aquel santo ejercicio; ¿qué medios, qué armas restan ya al pobre religioso contra tantos enemigos como le combaten? Un religioso que deja la oracion, comienza á cobrar tedio á su estado, hácesele su yugo insoportable, y al cabo paran muchos en la infelicidad de abandonarle.

¡Ó Señor, y qué dolor es el mio por haber hecho hasta aquí tan poco aprecio de una obligacion tan indispensable, y de un medio tan eficaz como necesario! Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á reparar en adelante lo mucho que he perdido por mi tibieza y por mi relajacion.

JACULATORIAS. — Se avivará mas y mas en la fragua de la meditacion el fuego de vuestro santo amor, ó Dios y Señor mio. (*Psalmus* XXXVIII).

Suba, Señor, á Vos el humo de mi oracion como incienso de buen olor. (*Psalm.* CXL).

PROPÓSITOS.

1 *El que sabe orar como se debe, sabe vivir como se debe,* dice san Agustin. Y nunca te olvides de lo que añade san Buenaventura, que sin la oracion toda devocion es árida, imperfecta, y está muy próxima á extinguirse. Disípase el fervor, desmáyase el aliento, cesa la perseverancia, y se precipita el alma en la última miseria. Forma desde luego una generosa resolucion de que no se pase dia alguno de tu vida sin cumplir fiel y exactamente con la indispensable obligacion de tan santo ejercicio; determina el tiempo y la hora que has de ocupar en él, sin cercenar jamás ni un solo momento.

2 Nunca te contentes con una meditacion puramente especulativa; toda buena oracion debe ser práctica, esto es, ha de consistir en consideracion y en accion. En la oracion has de contemplar las grandes verdades de nuestra Religion, las obligaciones de tu estado, de tu condicion, de tu empleo; pero no pares en mera contemplacion; aplica la mayor parte del tiempo á considerar como debes proceder conforme á estas reglas de conducta, y forma el plan de la que debes observar aquel dia en el mismo ejercicio de la oracion.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Quirino, tribuno y alcaide de la cárcel, en Roma, en la via Apia, el cual fue bautizado con toda su familia por el papa san Alejandro, á quien tenia en su custodia; y habiendo sido entregado al juez Aureliano en tiempo del emperador Adriano, como permaneciese firme en la confesion de la fe, después de haberle cortado la lengua, las manos y los piés, y de haberle puesto en el potro, por último habiéndole degollado, obtuvo la corona del martirio.

El tránsito de los santos mártires Domnino, Víctor y sus compañeros, en Tesalónica.

La conmemoracion de muchos santos Mártires de la comunion católica, en Constantinopla, á los cuales en tiempo de Constancio martirizó Macedonio, heresiarca, con inauditos géneros de tormentos; uno de ellos fue arrancar los pechos de las mujeres católicas, poniéndolos encima del borde de un cofre, y dejando caer la cubierta de golpe los hacian pedazos, y lo que quedaba lo quemaban con un hierro ardiendo.

La muerte de san Regulo, obispo de Arles, en el castillo de Senlis. (Habiendo con sus predicaciones convertido á la fe los pueblos dependientes del dicho castillo de Senlis, al propio tiempo que tambien predicaba en Francia san Dionisio, fue elegido primer obispo de aquel territorio, y murió en paz en el seno de su rebaño).

San Pastor, obispo, en Orleans, en Francia.

San Zosimo, obispo y confesor, en Zaragoza de Sicilia.

San Juan Clímaco, abad, en el monte Sinai. *(Véase su vida en este dia).*

San Clinio, confesor, en Aquino.

SAN JUAN CLÍMACO, ABAD.

San Juan Clímaco, llamado así por el excelente libro que compuso, é intituló *Escala del cielo ó de la perfeccion*, fue, segun se conjetura, de algun lugar de Palestina. Nació en tiempo del emperador Justiniano I, hácia el año de 525; y si la grande comprension que tuvo de las artes y de las buenas letras acredita su buena educacion, esta misma educacion es testimonio muy verisímil de su noble nacimiento.

La gran fama que desde jóven le adquirió su rara sabiduría, le mereció el título de *Escolástico*: nombre que en aquel tiempo solo se daba á los que siendo ingenios conocidos, acompañaban esta prenda de mucha elocuencia, de gran lectura de los antiguos, y de un profundo estudio en todas las ciencias. Pero nuestro Juan habia nacido para gloria mas sólida. Tentáronle muy poco todas las floridas carreras, todas las halagüeñas esperanzas con que el mundo le brin-

daba. A los diez y seis años de su edad las renunció todas; y siguiendo las impresiones de la Gracia, dedicó todo su estudio á la importante ciencia de la salvacion.

Resuelto á dejar el mundo, se retiró al monte Sínai bajo la disciplina de un venerable anciano llamado Martirio, que hallando en el nuevo discípulo toda la docilidad de un niño con toda la simplicidad de una alma inocente y pura, en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfeccion, y en menos de cuatro años sacó uno de los mas diestros maestros de la vida espiritual.

A la verdad, nuestro Juan no omitia cosa alguna de cuantas podian contribuir á facilitarle tan admirables progresos. Era por extremo humilde. Siendo tan hábil en muchas facultades, y mas sabio de lo que correspondia á su edad, apenas abrazó la vida monástica, cuando pareció no tener ni aun tintura de las letras. No solo dejó el mundo, sino que le olvidó. Era tan perfecto su rendimiento, y su obediencia tan ciega, como si no tuviera propia voluntad. Desde el primer dia sujetó tanto sus sentidos, y adquirió tanto dominio sobre sus pasiones, que parecia haber entrado ya perfecto en la religion.

Cuatro años empleó en instruirse, ó por mejor decir, en perfeccionarse en el ejercicio de las mayores virtudes. Muerto su santo maestro, quiso consagrarse á Dios mas perfectamente por medio de la profesion religiosa, cuyo sacrificio hizo con tan extraordinario fervor, que el abad Stratego, monje de gran virtud, que se halló presente, exclamó como con espíritu profético: *Estoy viendo que Juan ha de ser con el tiempo una antorcha resplandeciente en el mundo.*

Instruido ya plenamente el recien profeso en las obligaciones de su estado, solo pensó en desempeñarlas con la mayor perfeccion. El abad del monte Sínai era como el arquimandrita, ó el patriarca de todos los monjes que poblaban los desiertos de Arabia; y aunque habia un monasterio sobre la misma cima del monte, la mayor parte de los monjes vivian en celdillas, ó en ermitas separadas, de manera que todo el monte, hablando en propiedad, venia á ser un monasterio. Luego que nuestro Juan hizo la profesion, se retiró á una ermita llamada Tole, sita al pié de la montaña, á dos leguas de la iglesia que en honor de la santísima Vírgen habia hecho edificar el emperador Justiniano para comodidad de todos los monjes que vivian esparcidos entre las rocas y asperezas del Sínai. En esta ermita vivió Juan por espacio de cuarenta años con tan ejemplar retiro, y tan entregado á los santos ejercicios de una rigurosa penitencia, que no era llamado por otro nombre sino por el del Ángel del desierto.

No le dejó tranquilo mucho tiempo el enemigo de la salvacion. Apenas se vió en su retiro, cuando se sintió asaltado de las tentaciones mas violentas y mas peligrosas. Brotaron como de repente, y le dieron bien en que entender muchas pasiones hasta entonces desconocidas al santo mancebo. Amotináronse todas; pero Juan, lleno de confianza en Jesucristo, y recurriendo á la oracion, al ayuno, á las penitencias, y sobre todo, á la frecuencia de Sacramentos, hallaba siempre auxilios poderosos, que le sacaron victorioso de tan molesta como continuada guerra. Manteníase siempre sereno en medio de la tempestad, porque jamás perdia al cielo de vista; sirviéndole las tentaciones para que brillase mas su virtud, y se purificase mas y mas su corazon.

Conociendo bien la destreza con que el espíritu de vanidad sabe insinuarse hasta por las espinas de la penitencia, huia con el mayor cuidado de todo cuanto podia tener visos de singularidad. Comia indiferentemente, sin escrúpulo ni melindre, de todos los manjares que le permitia su profesion; pero en tan corta cantidad, que no se sabia cómo podia mantenerse. El sueño era correspondiente al alimento; pero su íntima y continua union con Dios, aquellos elevadísimos fines á donde dirigia todo cuanto obraba, aquella pureza de intencion, y aquel encendido amor de Dios en que se abrasaba su pecho, daba tal realce, tal precio á las acciones mas comunes de nuestro solitario, que no debemos admirarnos de que en tan poco tiempo hubiese ascendido á tan eminente grado de santidad.

Elevóle Dios al estado de la oracion continua; y parece que el Santo hizo retrato de sí mismo en la descripcion que en su libro *de la Escala* dejó escrita de esta gracia. *Esta oracion*, dice, *consiste en tener el alma por objeto á Dios en todos sus ejercicios, en todos sus pensamientos, en todas sus palabras, en todos sus movimientos, en todos sus pasos; en no hacer cosa que no sea con fervor interior, y como quien tiene á Dios presente.*

Este sublime don de oracion le infundió aquel grande amor que profesaba á la soledad. La íntima comunicacion con Dios le hacia intolerable el trato con los hombres. Viósele muchas veces levantado sobre la tierra á impulso de las sobrenaturales operaciones de la Gracia, y en estos éxtasis le comunicaba el Señor anticipadamente los gustos y las delicias del cielo.

Aunque se dedicaba mucho á la leccion de la sagrada Escritura y de los santos Padres; pero en la contemplacion de las cosas divinas y de los misterios de la Religion era donde principalmente bebia

aquellas superiores luces, que le merecieron la veneracion y el concepto, no ya precisamente de un mero contemplativo, sino de un gran Doctor, de un Padre de la Iglesia, y de una de las mas brillantes lumbreras de su siglo. Pero hizo su humildad que esta antorcha estuviese cuarenta años como escondida debajo del celemin de su celda.

No se pudo resistir á encargarse de la enseñanza de un jóven solitario llamado Moisés, que á fin de merecerle esta caridad, habia empeñado á todos los Padres ancianos del desierto. Aprovechóse bien el discípulo de la habilidad del maestro, y le valió mucho el gran poder que este tenia con Dios; porque habiéndose quedado dormido á pocos dias debajo de un corpulento peñasco, oyó entre sueños la voz de su maestro que le llamaba; despertó Moisés, salió prontamente de aquella concavidad, y apenas habia salido cuando se desgajó el peñasco. Otro solitario, por nombre Isaac, le declaró las molestísimas tentaciones de la carne que le tenian cási acabado, y al instante quedó libre de ellas por las oraciones de nuestro Santo.

Cuarenta años habia que vivia en el desierto mas como ángel que como hombre, cuando el Señor le sacó de la oscuridad de su ermita para hacerle superior general, abad y padre de los monjes del Sínai. Costóle mucho rendirse, no siendo este el menor de los sacrificios que hizo á Dios en su vida. Aunque su fama estaba bien acreditada, con todo eso le admiraron mucho mas cuando le trataron mas de cerca. Ganó los corazones de todos con su blandura y con su humildad. Su gran caridad, aun con los extraños, no pocas veces la acreditaba el cielo con singulares maravillas. Concurrieron á él los pueblos de Palestina para que con sus oraciones alcanzase del cielo el agua de que necesitaban los campos; y al punto los vieron abundantemente regados de una copiosísima lluvia. No se encerraba dentro de las provincias de Oriente la fama de su santidad. San Gregorio el Magno le escribió encomendándose en sus oraciones, y le envió algunos muebles para el hospital y hospedería que habia fabricado á la falda del monte Sínai.

A ruegos de Juan, abad de Raite, íntimo amigo de nuestro Santo, compuso el admirable libro de la *Escala del cielo*, dividida en treinta gradas ó escalones, que contienen todo el progreso de la vida espiritual, desde la primera conversion hasta la perfeccion mas elevada. A los principios se juzgó que esta obra era superior á la capacidad del comun por cierto aire sublime de expresiones, que es familiar á muy pocos; pero siempre se halló en ella un lleno y una solidez de espíritu tan útil como agradable. El estilo es conciso y figurado; con-

téntase con exponer la doctrina en ideas abreviadas, y así habla siempre por sentencias.

Tratando de la obediencia refiere admirables ejemplos que observó en un monasterio de Egipto, donde unos venerables ancianos obedecian con la simplicidad de niños, y donde se contaban trescientos y treinta monjes que solo tenian un alma y un corazon. A pocos pasos de este monasterio habia otro que se llamaba *la Cárcel*, donde se encerraban voluntariamente los que después de la profesion habian caido en alguna culpa grave. Las asombrosas penitencias que refiere el Santo de aquellos hombres verdaderamente arrepentidos, no se pueden leer sin lágrimas, y aun sin horror.

A esta obra añadió san Juan Clímaco un tratadillo, que se intitula *Carta al Pastor*, el cual era el mismo bienaventurado Juan de Raite á quien dirigió la *Escala del cielo*.

Pero era tan grande el amor que profesaba á la soledad, que continuamente estaba suspirando por su apetecida ermita; y así al cabo de cuarenta años renunció el oficio de superior, sin ser bastantes á hacerle mudar de resolucion los ruegos ni las lágrimas de sus súbditos, que solo tuvieron el consuelo de lograr por superior á Jorge, hermano mayor de nuestro Santo.

Sobrevivió poco tiempo á la renuncia. Restituido á su amado retiro, era toda su ocupacion pensar en aquel dichosísimo momento que habia de unirle indisolublemente con su Dios. Dispúsose para él con extraordinario fervor, y colmado de virtudes y de merecimientos murió el dia 30 de marzo de 605, cási á los ochenta de su edad, habiendo pasado sesenta y cuatro en el desierto. Cuando estaba para espirar, se acercó á él su hermano el nuevo abad, y deshaciéndose en lágrimas, le rogó que le alcanzase de Dios no le dejase por mucho tiempo en este mundo. *Serás oido,* le respondió Juan, *y morirás antes que se acabe el año;* como sucedió diez meses después.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion es la que se sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Juan nos haga recomendables á vuestra divina Majestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LXVI *del profeta Isaías.*

Qui recordatur thuris, quasi qui benedicat idolo. Haec omnia elegerunt in viis suis, et in abominationibus suis anima eorum delectata est. Unde et ego eligam illusiones eorum: et quae timebant, adducam eis: quia vocavi, et non erat qui responderet: locutus sum et non audierunt: feceruntque malum in oculis meis, et quae nolui elegerunt.

El que se acuerda del incienso, es como si bendijese al ídolo. Todas estas cosas eligieron en sus caminos, y su alma se deleitó en sus abominaciones. Por tanto tambien yo imitaré sus ilusiones, enviaré sobre ellos las cosas que temian: porque llamé y no hubo quien respondiese: hablé, y no dieron oidos: é hicieron el mal en mi presencia, y quisieron lo que yo no queria.

REFLEXIONES.

In abominationibus suis anima eorum delectata est. Nunca está sano el espíritu cuando está corrompido el corazon. La enfermedad de entrambos se comunica al entendimiento, y apágase la fe en un alma embrutecida. ¡Qué digno de compasion es aquel en quien solo reina la pasion! ¡qué ciego el que no tiene mas luz que la que esta le comunica!

Realmente no todos los errores son del entendimiento; tambien el corazon padece sus descaminos. Enfermedades son sus ilusiones; pocas dejan de ser incurables, ninguna deja de ser voluntaria, y sus consecuencias siempre son peligrosas. Nunca para el precipicio en la mitad cuando el que se despeña se precipita por inclinacion.

Es el amor propio fecundo manantial de estas ilusiones. Jamás se miran con desconfianza, porque siempre lisonjean. Apenas reinan en el alma, cuando la razon pierde su libertad. Entendimiento, genio, educacion, juicio, todo se va tras su impresion, todo se rinde á su impulso. Las conquistas que hacen las pasiones, los estragos que causan, siempre son á favor de la niebla que estas ilusiones levantan en el corazon. Ni aun los errores del entendimiento tienen otro principio. Es preciso curar primero el corazon para cegar el manantial mas ordinario de las preocupaciones, de las ilusiones del entendimiento. Pocos hay exentos de los prestigios, de los fantasmones de la voluntad; y son menos los que se defienden de ellos. ¡Qué condicion hay tan feliz, qué estado tan perfecto, que esté á cubierto de estos errores! Los grandes nacen por lo comun con ciertas preocupaciones á favor de su grandeza, de que rara vez se curan perfectamente. El pueblo se alimenta de todo lo que le lisonjea. La verdadera region de las ilusiones del corazon es el mundo; pocos mundanos hay que no estén

preocupados de ellas. ¡Y qué tiránico imperio no ejercen sobre el espíritu, que hace de ellas la regla de su devocion, de su religion y de su conducta! Son testigos los judíos de las maravillas que obra el Salvador para convencerlos de que es el Mesías prometido. Verifica visiblemente hasta las menores circunstancias de lo que vaticinaron los Profetas. Leen estas profecías, ven aquellos milagros, y no quieren creer. Es que su incredulidad mas nace de la voluntad que del entendimiento. Pero ¿de qué otro principio nace la obstinacion de los pecadores, y la terquedad de los herejes?

Aquella insaciabilidad de la ambicion y de la codicia; aquel sectario encaprichamiento de partido; aquel encono interminable; aquellos odios eternos, aquella hipocresía de profesion, ordinariamente todo es efecto de las ilusiones del corazon. No hay vicio que no adulen; pocos que no lisonjeen desde que ellas los adoptan; y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tenia sobrados motivos para estar inquieta y sobresaltada, es el fruto mas natural de estas voluntarias ilusiones. No solo se hace costumbre, sino que se hace diversion de la maldad, como dice el Profeta: *In abominationibus suis anima eorum delectata est.* Forma el alma sus delicias de sus abominaciones: entonces es cuando llama Dios, y nadie le responde; habla, y no hay quien le atienda: *Locutus sum, et non audierunt.* No hay cosa que meta tanto ruido para que no se oiga la voz de Dios como las ilusiones del corazon.

El Evangelio es del capítulo XXVII *de san Mateo.*

Ecce velum templi scissum es in duas partes à summo usque deorsum, et terra mota est, et petrae scissae sunt, et monumenta aperta sunt, et multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt. Exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis. Centurio autem, et qui cum eo erant, custodientes Jesum, viso terrae motu, et his quae fiebant, timuerunt valde, dicentes: Vere filius Dei erat iste.

Hé aquí que el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo, y la tierra tembló, y las piedras se despedazaron. Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurreccion (de Jesús) vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos. El centurion, pues, y los que estaban con él guardando á Jesús, viendo el terremoto, y las cosas que sucedian, temieron mucho, y decian: Verdaderamente este era hijo de Dios.

MEDITACION.

De la gloria de Cristo entre las ignominias de su muerte.

Punto primero.—Considera que durante la vida mortal de Jesucristo su divinidad solo se manifestó como por entre celajes; pero en su muerte toda ella se hizo patente á nuestros ojos. El cielo, la tierra, sus mismos enemigos, las profecías que precedieron, la fe de los pueblos que se siguió, la misma fuerza de la razon, los prodigios, los milagros; todo nos predica su divinidad; todo demuestra invenciblemente su omnipotencia; todo nos obliga á admirar su sabiduría; todo concurre á su gloria; todo convence su inocencia; todo hace demostracion de su santidad.

No habia cosa mas fácil para el Salvador que evitar su muerte. Sabia muy bien la malignidad de los judíos; penetraba sus perversas intenciones. *Quid me quaeritis interficere?* (*Joann.* VII). ¿Por qué me buscais para darme la muerte? Declaró á Judas su traicion; y en medio de eso muere, y muere después de haber prevenido él mismo todas las circunstancias de su muerte; después de haber hecho individual y menuda mencion de todo lo que habia de padecer; después de haber notado que todo esto habia de suceder, para que se cumpliese lo que estaba pronosticado por los Profetas.

Muere Cristo, y todo cuanto aconteció en su pasion y en su muerte, todo es divino, todo maravilloso: la majestad, la gravedad, la dulzura de su semblante, que en todo le acompaña; aquel silencio tan distante de todo desden, de toda fiereza; la malignidad, la rabia de sus enemigos, que no pueden acusarle sino de sus milagros, de sus beneficios, de su mansedumbre y de su paciencia.

Muere Cristo. ¿Y cuántos prodigios sucedieron en su muerte? Pero ¿qué mayor prodigio que la muerte misma? Eclípsase el sol sin que algun cuerpo opaco nos le encubra; tiembla la tierra; rómpense los peñascos, y toda la naturaleza se estremece en el mismo instante en que espira este hombre Dios. No muere porque le falten las fuerzas; si fuera por eso, ya le hubiera quitado naturalmente la vida la mucha sangre que derramó; muere porque quiere, y cuando quiere; lo que es propio de un hombre Dios, acreditando hasta en la misma muerte su independencia y su soberanía.

Muere Cristo; y hace escala de la misma infamia para subir á la mas encumbrada gloria. En medio de la ignominia de la muerte hace visible su divinidad. Los judíos, que no le reconocieron por hijo de

Dios viéndole hacer milagros, le aclaman por verdadero hijo de Dios cuando le ven espirar en un madero. *Vere filius Dei erat iste.* Muere en una cruz, y desde ella dispone del reino de los cielos; por ella triunfa del príncipe de este mundo; con ella doma el orgullo del mismo mundo; y á ella la coloca sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad. Ningun discípulo suyo se avergüenza de predicar su muerte á las naciones; ninguno trata de disimular, de disminuir su infamia: *Praedicamus Christum crucifixum.* Nunca se predica su divinidad, sino mostrándole enclavado en un madero, declarando el género de muerte que padeció, señalando con el dedo sus llagas, expresando sus afrentas. Y los griegos, aquel pueblo tan delicado y tan soberbio; los romanos, aquella gente tan orgullosa; y los bárbaros, aquellos que miraban con horror á un hombre crucificado, adoraron á Jesucristo en la cruz, le reconocieron por su Dios, por su Redentor, por su Juez. Después de esto, pide milagros para creer.

¡Ah, divino Salvador mio, y con cuánta razon dijísteis Vos que el milagro de los milagros érais Vos mismo espirando en una cruz! Si después de este milagro no os adoro con un corazon verdaderamente contrito y humillado; si no os amo con ternura y con ardor; si no me hace impresion vuestra muerte; si os niego hasta una lágrima; ¡qué especie de milagro, qué especie de portento no seré yo mismo!

Punto segundo.—Considera cuánto debe avivar nuestra fe, encender nuestra devocion, y alentar nuestra confianza la vista de Cristo crucificado. Pero ¿experimento en mí estos efectos?

Veo en esta cruz á mi Dios, á mi Redentor, á mi Padre. Un Dios en la cruz me descubre el precio, el mérito de las cruces; esto es, de las humillaciones, de los abatimientos y de los trabajos. Un Salvador en la cruz es remedio eficaz para todas mis enfermedades. Un Padre en la cruz es un objeto lastimoso de ternura, que debe arrebatarme el corazon, porque no puede acreditar mejor lo infinito que me ama. *Ecce quomodo amabat eum,* grita aquella cruz á todo el cielo y á toda la tierra. Ella publica hasta qué punto llegó el exceso del amor que Jesucristo me tuvo: todos convienen en ello, y quizá solo yo no entiendo este lenguaje.

Ecce. No solo en esta vida es la imágen de la santa cruz el mayor testimonio de la excesiva ternura con que Cristo nos amó, sino que será eterno este memorial de su amor y de su muerte. *Ecce,* dirá por toda una eternidad á un infeliz condenado: mira si podia subir mas de punto la tierna pasion con que tu Dios te miró. *Ecce:* mira si no

hizo bastante y sobrado Jesucristo para librarte de este fuego eterno, de este infierno en que ahora te ves por culpa tuya. ¡Oh Dios, y qué reconvencion tan dura! ¡oh qué cruel suplicio para un condenado la memoria de Cristo muriendo por él en una cruz, que jamás se le borrará!

Ecce, dice en esta imágen á los predestinados. Este es aquel á quien debeis vuestra felicidad eterna. Comprended bien el exceso de su amor, la inmensidad de su ternura. Ellos la comprenderán; y de este conocimiento nacerá aquel consuelo, aquella alegría, aquellos ímpetus de amor, aquellos filiales recursos, aquellos movimientos de gratitud, y de un profundo reconocimiento, de que estará continuamente penetrado su corazon.

¡Ay dulce Jesús mio! ¿qué efecto causará en mí, durante la eternidad, la memoria de tu muerte? ¿será para mí objeto de consuelo ó de desesperacion? Pero ¡ah, que para conocerlo no tengo mas que examinar los efectos que ahora me causa en vida! Espero en Vos, divino Salvador mio, que con vuestra gracia me servirá la cruz en vida de regla para vivir, en muerte de fundamento para confiar, y después de ella de motivo para alegrarme por toda la eternidad. Así sea.

Jaculatorias. —¿Con qué agradeceré á mi Dios los beneficios que he recibido de su infinita bondad? Abrazaré con gusto las cruces, los trabajos con que se dignare regalarme, y beberé gustoso el cáliz de su pasion. (*Psalm.* cxv).

Crucificado estoy en la cruz con mi Señor Jesucristo. (*Ad Galat.* ii).

PROPÓSITOS.

1 Estímase mucho la humildad; pero no se huye menos de la humillacion. La humildad es una virtud que tiene su mérito, su esplendor, y da tambien su honra. Por esta razon se precian muchos de humildes; pero sin querer ser humillados, porque las humillaciones son ásperas y oscuras. No solo no hay cosa en ellas que fomente el amor propio, sino que le anaquilan, y son ponzoña del orgullo; por eso se las mira con tanto horror. No hay devoto alguno que no juzgue de sí que es humilde; pero en llegando por su casa la humillacion, se altera, se inquieta, se alborota; á solo el nombre de humillacion se asusta, se sobresalta. ¡Qué ilusion, qué error si te lisonjeas vanamente de humilde, padeciendo este disgusto! Hu-

millóse, anonadóse á sí mismo Jesucristo, dice el Apóstol; pero se humilló entre los oprobios de que se vió harto, entre los azotes que le despedazaron las carnes, sobre el afrentoso madero donde espiró. No se llega á ser humilde porque se estime y se ame la humildad, sino porque se ama y se desea la humillacion. Esto es lo que nos quiere significar Jesucristo por humildad de corazon. Y esta importante leccion nos la enseña el Salvador desde la cátedra de la cruz. Nunca pongas los ojos en un Crucifijo sin acordarte de aquella muda leccion que da el Señor á sus discípulos: *Discite à me.* No te contentes con oirla; da todos los dias algunas pruebas de que la has aprendido; y si quieres algun ejercicio práctico, observa el siguiente. Primero: Nunca defiendas tu parecer con calor, con empeño, con aspereza, con vivacidad, sino cuando el asunto sea de tanta importancia, que no te permita ceder y ser indulgente. Segundo: Cuando te atribuyan alguna cosa que no has hecho, no te excuses ni te justifiques, menos que Dios ó la conciencia te dicten lo contrario. Tercero: Ofrece al Señor todas las mañanas á los piés de un Crucifijo todas las humillaciones que aquel dia fuere servido enviarte, aceptándolas de buena voluntad, y pidiéndole gracia para aprovecharte de ellas. Cuarto: Mira con ojos cristianos las cruces, los trabajos y los abatimientos; honrando singularmente á las personas afligidas y humilladas, y acreditando con las obras tu estimacion y tu cariño. Apenas hay señal de predestinacion menos dudosa ni menos equívoca que las humillaciones.

2 Ya se ha aconsejado en esta obra, que en el oratorio, ó en el cuarto se tenga un Crucifijo destinado para que nos auxilien con él en la hora de la muerte. Tómale muchas veces en la mano, y suplícale con las mayores veras que te hable desde luego al corazon lo que te ha de decir en aquella postrera hora. Piensa que ya te está haciendo los mismos cargos que entonces te ha de hacer. Ahora te hallas en tiempo y en paraje de remediar muchas cosas; no dilates la ejecucion. Este piadoso ejercicio, repetido algunas veces cada mes, es muy provechoso, y sirve maravillosamente para reformar las costumbres en vida, y para disponernos á una santa muerte.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

San Amós, profeta, en Tecua en Palestina, el cual fue muchas veces azotado por órden del sacerdote Amasías, y después Ozías, hijo de Amasías, le hizo

pasar por las sienes un baston puntiagudo; y habiéndolo enviado á su patria medio muerto, espiró, y fue sepultado junto á sus padres. *(Véase una noticia de su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Teódulo, Anesio, Felix, Cornelia, y sus compañeras, en África.

San Benjamin, diácono, en Persia, el cual no cesando de predicar la palabra de Dios, fue preso en tiempo del rey Isdegerdes, y cruelmente atormentado, metiéndole cañas aguzadas por entre las uñas; y por último, atravesándole el vientre con un palo espinoso, consumó el martirio.

Santa Balbina, vírgen, en Roma, hija de san Quirino, mártir; la cual habiendo sido bautizada por el papa san Alejandro, después de haber vencido á su siglo, fue sepultada en la via Apia junto á su padre. *(Véase su vida en las de este dia).*

SANTA BALBINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Balbina, cuya memoria siempre ha sido célebre en la Iglesia, nació en la ciudad de Roma, hija de Quirino antes gentil, y después ilustre mártir de Jesucristo. Tuvo la desgracia en sus primeros años de ser educada en los necios delirios de las supersticiones paganas; pero como Dios la tenia elegida para que en la capital del mundo confundiese el error del paganismo como uno de los mas esclarecidos héroes de la religion cristiana, dispuso su divina Providencia los medios que tuvo por convenientes á este fin. Enfermó Balbina en lo mas florido de sus años con tan graves accidentes, que la pusieron en estado de desesperar de todo remedio humano; sentian en el alma sus padres la deplorable constitucion de su hija, á quien amaban con extremo por sus recomendables cualidades; y habiendo apurado todos los recursos de la medicina, noticiosos de los muchos milagros que Dios obraba por medio del sumo pontífice Alejandro, el cual ya se hallaba en prision por la fe de Jesucristo, se dirigió Quirino á la cárcel, y postrado á sus piés bañado en lágrimas le rogó se dignase curar á Balbina, expuesta á morir de los habituales accidentes que padecia. Condolido el santo Papa de aquella pobre doncella, mandó al padre traerla á su presencia, y ejecutándolo así, consiguió la salud que deseaba con solo imponerla el Pontífice la bolsa de las reliquias que llevaba al cuello. Admirado Quirino de tan repentino prodigio, no dudando por él que era verdadero el Dios que adoraba Alejandro, se convirtió con toda su familia á la religion de Jesucristo. Aunque todos los individuos de la casa de aquel nuevo confesor quedaron convencidos de las verdades infalibles que enseñaba nuestra santa fe, mas obligada Balbina por el beneficio que acababa de recibir, quiso esmerarse en dar pruebas de su firme credulidad,

acreditándolo así con cuantas obras recomienda nuestra Religion. Conociendo Alejandro el celo y fervor que manifestó desde luego la santa vírgen en el servicio del Señor, le mandó buscase las cadenas con que fue preso san Pedro, las cuales halló á expensas de exquisitas diligencias por disposicion divina, y entregó á Teodora, doncella religiosísima, por órden del santo Papa.

Dió muerte en la cárcel de Roma Aureliano, uno de los mas fieros perseguidores de los Cristianos, á san Hermes ó Hermeto, prefecto de la ciudad, no por otra causa que la de haberse mantenido constante en la fe, inflexible á prestar sacrílegas adoraciones á los ídolos; y habiendo sabido que su hermana Teodora, con Balbina dieron sepultura á su venerable cuerpo, las mandó prender. Llamó á Balbina el dia siguiente á su tribunal, y preguntándola por su nombre, y por el Dios á quien adoraba, respondió sin alguna turbacion la Santa: *Yo me llamo Balbina, que adoro á Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que crió el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos. ¿De quien eres hija?* replicó el tirano. *De Quirino,* siguió la Santa, *á quien hace poco tiempo mandaste martirizar por el nombre de mi Señor Jesucristo. ¿Sabes,* continuó Aureliano, *por qué fue tu padre atormentado? dime la causa de su pasion. ¿Juzgas,* respondió Balbina, *que aterrada con la injusticia de aquel castigo no me atreveré á referirla por vergüenza, ó por temor? sabe que me sirve de grande honor y consuelo la dichosa muerte de mi padre, quien convencido de la infalible verdad de la religion cristiana, se convirtió á ella con toda su familia, á virtud del prodigio que conmigo obró el santo pontífice Alejandro, sanándome de los accidentes mortales que padecia con solo el contacto de las reliquias que llevaba al cuello, lo que no pude conseguir por todos los remedios humanos. Este fue el motivo porque tú, verdugo miserable, le mandaste quitar la vida: y en cuyo defecto quedando huérfana me acogí á la proteccion de Teodora, hermana de Hermes, nobilísimo senador, al que ordenaste degollar sin otra causa que la de adorar al verdadero Dios, por quien me presento en tu inicuo tribunal á padecer gustosa cuantos tormentos pueda discurrir tu bárbara crueldad.*

Cesa, le dijo Aureliano, *en tu necedad: porque si sigues tenaz los vestigios de aquellos que han sufrido una muerte tan indigna, yo haré que experimentes mayores penas, si no te conviertes al culto de nuestros dioses. ¿Por qué, ó miserable,* respondió la Santa, llena del Espíritu Santo, y de un valor excesivo á su sexo, *precisas á los fieles cristianos á que se separen del culto del verdadero Dios, y le tributen á los que no lo son? Porque nosotros,* siguió el tirano, *reverenciamos á aquellos*

á quienes dieron nuestros padres adoracion, no á los que nuevamente se han inventado. Tus padres erraron, dijo la Santa, *adoraron los ídolos. Y tu, miserable tirano, é impío, no tardarás en perecer, porque quieres obligar á los hombres á que, dejando al Criador, reverencien á los simulacros sordos y mudos. ¿Quién otro que Jove,* continuó Aureliano, *es el Criador, á quien los romanos damos culto? Si este,* replicó Balbina, *fue un fornicador, y pésimo adúltero, yo ignoro por qué le llamais Dios. El verdadero ha de ser santo, inocente y limpio de toda iniquidad, y el que le dé culto se salvará; pero tú, que á los que le adoran afliges, y das muerte; ¿cómo has de subsistir á su presencia? Entiende que cuando Jesucristo venga á juzgar á los vivos y á los muertos, y borre de la tierra á los impíos, é injustos, entonces se alegrarán en su presencia los justos, y los impíos serán castigados perpetuamente en el infierno; y con razon, pues el demonio cegó sus corazones y los vuestros para que no conocieseis al Criador ni al Salvador: pues si le conocierais, y creyerais en él, le adoraríais, y reverenciaríais con desprecio de los falsos dioses representados en las estatuas vanas que son obras de las manos de los hombres.*

Oyendo estos discursos el tirano, preguntó á Balbina: *¿De dónde te ha venido tanta elocuencia, ó quién te ha enseñado estas cosas? Cristo, Hijo de Dios,* respondió la Santa: *y el Espíritu Santo por su boca en su Evangelio tiene dicho á sus discípulos, que cuando estén ante los reyes y presidentes enemigos, no piensen en lo que han de hablar en aquel tiempo. Si el Espíritu Santo,* replicó el tirano, *es el que habla por ti, yo haré llevarte al lugar de prostitucion para que huya de ti. Yo creo, espero y tengo por cierto,* dijo entonces la Santa, *que por ninguna violenta ofensa que se haga á mi cuerpo, se separará de mí el Espíritu Santo, teniendo como tengo fijo en mi corazon su amor: de quien huye es de ti, y otros semejantes, porque no habita en los hombres dolosos, y pecadores; pero ¿para qué me canso en reconvenirte, estando endurecido, cuando no te aprovechan los conocimientos, sino acaso para que seas mas atormentado á la vista de Jesucristo, á quien persigues? Deja esa superfluidad de palabras,* le dijo el tirano, *adora á la diosa Diana, que con su sabiduría condimentará tu elocuencia; pues de lo contrario te daré muerte, porque no me es decoroso raciocinar mas tiempo con una jovenzuela. Deja tú, necio tirano,* le respondió Balbina, *de rebelarte contra el Criador, deja despues de tantas muertes de los inocentes Cristianos tu error, cree en Jesucristo, y confiesa tus delitos, para que puedas salvarte, lo que si no hicieres, sabe por cierto que en breve perecerás por toda una eternidad por la sangre de tantos mártires que has derramado*

injustamente: por último entiende que jamás me separarás de la fe de Jesucristo por cuantos tormentos puedas inventar.

Fuera de sí Aureliano, viéndose concluido con tan sabias reconvenciones, después de haber probado la constancia de la Santa con varios tormentos, pronunció la siguiente sentencia: *Muera Balbina habladora, no sea que seduzca al pueblo después de su error.* Ejecutóse la providencia en el dia 30 de marzo del año 120, y pasó la ilustre Mártir á gozar los premios de su ínclita confesion. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Prestato en el camino Apio, llamado después de Santa Balbina, con motivo de la iglesia que en su honor construyó en él san Marcelo, pontífice, donde por tradicion antigua se cree conservarse el cadáver de la Santa con el de san Quirino su padre, y otros cinco Santos desconocidos.

EL BEATO AMADEO, DUQUE DE SABOYA.

El beato Amadeo, duque de Saboya, noveno de este nombre, fue hijo de Luis II y de Ana, hija del rey de Chipre. Nació en Tournon, á 1.° de febrero de 1435. Parece que fue como presagio de su futura santidad la extraordinaria alegría que causó el nacimiento de este Príncipe; y los esponsales de futuro, que poco tiempo después de su nacimiento contrajo con Violante, hija del rey de Francia, fueron dichoso nudo de la paz que anhelaban con ansiosos suspiros todos los pueblos.

Quiso la Duquesa su madre tomar á su cargo la primera educacion del príncipe su hijo; y dejando al Duque su padre el cuidado de criarle segun la grandeza de su nacimiento, ella tomó al suyo el irle poco á poco formando segun la santidad de su religion. Los primeros principios en que le imbuyó, fueron las máximas del Evangelio; y el santo temor de Dios fue el primer fruto de estos principios. Sobre todo se dedicó la virtuosa Duquesa á inspirarle un santo horror á todo lo que podia ser ofensa de Dios; y previniéndole con tiempo de los peligrosos lazos que el mundo arma á la inocencia de los grandes; de las vanas ideas de grandeza con que los entretiene y lisonjea, y de las importantes máximas de la Religion de que el mismo mundo procura desviarlos; iba cultivando aquel entendimiento y aquel corazon que habia prevenido el cielo con dulces bendiciones, y que algun dia, mediante la divina gracia, habia de ser modelo de príncipes virtuosos.

Dejóse conocer su piedad cási desde la cuna, y desde el mismo

tiempo fue su virtud dominante la caridad con los pobres. Nunca mostró gusto á los entretenimientos ordinarios de los niños, y ninguno se le daba mayor que el que le enseñaba alguna nueva devocion. Mas le gustaba una misa que todas las diversiones del mundo; y para descansar de las tareas del estudio, tomaba un libro devoto, ó se retiraba á hacer oracion.

Entre el esplendor y las delicias de una de las mas brillantes cortes de Europa, conservó su corazon sin que los engaños le sorprendiesen, ni las delicias le estragasen. Alimentaba la virtud y la inocencia con la frecuencia de Sacramentos, y con penitencias ocultas, que servian de antídoto al contagioso inficionado aire del mundo.

La materia mas comun de su oracion era la pasion de Jesucristo. Enternecíase con solo ver un Crucifijo, y derramaban sus ojos dulces lágrimas á vista de este doloroso espectáculo. Cuando se paseaba por los jardines de palacio, se le veia unas veces de rodillas, otras con los ojos y las manos levantadas al cielo, y otras interrumpiendo el paseo con algunas genuflexiones, mezclando siempre la diversion con la devocion.

No hubo príncipe mas amado, ni que mas mereciese serlo; porque ninguno hubo que supiese unir mejor la afabilidad con la grandeza. Su semblante siempre risueño, sus ojos siempre apacibles, su aire siempre majestuoso, pero siempre humanísimo, le hacia dueño de todos los corazones, conciliándose al mismo tiempo el respeto de todos. A los diez y siete años de su edad se casó con Violante de Francia, hija de Carlos VII y hermana de Luis XI, á quien estaba prometido desde la cuna.

Fue matrimonio felicísimo. No pudieron estar mas unidos los corazones de los dos esposos, porque no podian ser mas parecidas sus inclinaciones. Era Violante una princesa dotada de un gran fondo de piedad; y en las virtudes del Duque halló cuanto podia desear para edificarse, para instruirse y para aprovecharse. A vista de ejemplos tan soberanos se reformó en poco tiempo toda la corte de Saboya. De nada se hacia tanto alarde como de ser y de parecer cristiano, teniendo delante un Príncipe tan religioso. Estar con menos compostura, con menos respeto en el templo; hablar de la Religion con poco aprecio; gastar conversaciones menos compuestas, ó no tan cristianas, era incurrir irremisiblemente en la desgracia del Príncipe. Solo reservaba la severidad, solo se mostraba inexorable, cuando se atravesaban los intereses de Dios.

Aunque fuese el ministro mas importante, el oficial mas necesa-

rio, el criado de su casa de mayor autoridad; si era disoluto, ó de escandalosas costumbres, bien podia darse por despedido de su servicio. Era máxima suya que ante todas cosas debia servirse á Dios, y que la Religion habia de ser la regla de la política. Sobre este principio se gobernaba á sí, y gobernaba sus Estados.

A la oracion de la mañana se seguia una hora de leccion espiritual; á esta la misa, oida con tanta atencion, con tan profunda reverencia, que era dictámen, y dicho muy comun en la corte, que bastaba ver al duque de Saboya oir una misa, para que el corazon mas tibio se encendiese en devocion. Concluidos estos ejercicios espirituales, entraba en el consejo, donde ante todas cosas se despachaban las causas de los pobres, de las viudas, y de los huérfanos. Allí se quitaba la máscara á la injusticia, que nunca se quedaba sin castigo. Allí entraba la inocencia con segura confianza de encontrar asilo á los piés de aquel justificado tribunal.

Pero su bella pasion dominante, ó por mejor decir, su virtud favorecida, era la caridad con los pobres. Parecia no tener otros cuidados ni otra ocupacion que la solicitud de aliviarlos y de socorrerlos. Su mayor gusto era distribuirles él mismo la limosna por su propia mano, persuadido de que lo que se hace con ellos, se hace con el mismo Cristo. Cada dia daba de comer á gran número de pobres en su palacio ducal; los mas andrajosos y los mas hediondos eran los de mayor atractivo para él, sirviéndoles á la mesa por su misma persona. Diéronle á entender algunos cortesanos que abatia con exceso su soberana autoridad; pero el santo Duque les preguntó: *¿Si creian al Evangelio? Pues acordaos*, añadió, *que Jesucristo asegura que lo que se hace con el mas mínimo de estos probrecitos, se hace con su divina persona.* Representáronle los ministros que sus excesivas limosnas tenian exhausto el erario, y que seria mejor emplear aquellas cantidades en fortificar las plazas y en mantener buen número de tropas, que en mantener vagabundos. *Alabo vuestro celo*, respondió el Duque; *pero tened entendido que los pobres sustentados por el príncipe, son las mejores tropas y las mejores fortificaciones de un Estado; no habiendo arbitrio mas eficaz ni mas seguro para que reine en él la abundancia, que hacer largas limosnas á los necesitados.*

Preguntóle en cierta ocasion un embajador si mantenia su alteza real numerosa trailla de perros, y si gustaba mucho de la caza. *Mucho me gusta*, respondió el discreto Príncipe: *pero la caza en que me divierto es muy especial, y quiero que el señor embajador vea sus equipajes.* Diciendo esto abrió una ventana que caia á un gran patio,

donde se daba limosna á quinientos ó seiscientos pobres, y mostrándoselos con la mano: *Mire allí el señor embajador*, añadió el caritativo Duque, *la caza que á mí me gusta.*

Oyendo un dia las quejas de un pobre oficial por cierta nueva contribucion que se habia impuesto, preguntó á sus ministros si se podia aliviar al pueblo de aquella carga; y como estos le hiciesen presentes las urgencias del Estado, el santo Duque se quitó prontamente el preciosísimo collar de la órden militar que traia puesto, y haciendo que se redujese á dinero para acudir á las necesidades mas urgentes, mandó que se aboliese aquella contribucion.

Llamábase á la Saboya el paraíso de los pobres, porque todos eran bien recibidos del caritativo Duque. Fuera de los muchos hospitales que fundó, y de otros á quienes consignó mayores rentas, aun se conservan hoy en el Piamonte y en la Saboya grandes monumentos de la magnificencia del religioso y santo Príncipe.

Hizo á Roma un viaje de incógnito para visitar aquellos santos lugares, y para satisfacer con mayor desembarazo su fervorosa devocion. Dejó grandes dones á la iglesia de San Pedro, y á otras; los que aun el dia de hoy son testimonio de la piadosa generosidad y de la grande alma de nuestro religioso Duque. Muchas veces fué á pié con la devota Duquesa á Chamberí para tributar sus reverentes cultos al santo Sudario, que se venera en aquella ciudad.

Creyóse á los principios que su valor no correspondia á su virtud; pero presto enseñó la experiencia que los príncipes mas santos no son los menos valerosos. Haciendo el Turco cada dia nuevas conquistas en tierra de Cristianos, se convocó en Mantua una dieta para deliberar sobre los medios de poner freno á su orgullo, y detener la rapidez de sus conquistas. Habló en ella Amadeo como gran príncipe, como príncipe generoso, y como príncipe cristiano. Ofreció sus tropas, sus tesoros, y su misma vida, admirando su determinacion y su celo á los que no tenian tanto valor, ni tanta virtud como él.

Teniendo noticia del peligro en que se hallaba su hermano el rey de Chipre de ser atacado de los bárbaros, tomó la cruz, levantó tropas, juntó un poderoso ejército, y contuvo los intentos del Sultan.

Era magnífico cuando lo pedia la ocasion, no obstante de ser enemigo de la profanidad; y quedó asombrada la corte de Francia de los suntuosos equipajes con que se dejó ver en ella. Pero nada prueba tanto su cristiana generosidad, como su facilidad no solo en perdonar injurias, sino en olvidarlas. Habia declarado la guerra al beato Amadeo, Galeazo Esforcia, duque de Milan, y pasando este Prínci-

pe por la Saboya disfrazado, fue reconocido y hecho prisionero. Luego que lo supo el santo Duque, despachó un correo, dando órden para que al punto se le pusiese en libertad. Esta accion hizo mas ingrato al duque de Milan, y fue ocasion de que pareciese mas generoso el duque de Saboya; porque en lugar de despojarle de sus Estados, como pudo hacerlo fácilmente, quiso concluir con él una paz estable, y para afianzarla mas le dió por mujer á su misma hermana.

Habiendo hecho algunas incursiones en las fronteras de Saboya el duque de Borbon y el marqués de Monferrato, experimentaron á la verdad la clemencia de nuestro Duque; pero fue después de haber probado muy á su costa que no está reñida la santidad con la valentía.

Tuvo el mayor cuidado de que los príncipes sus hijos fuesen criados segun su religion, y como convenia á su elevado nacimiento. No habia en la Europa corte mas brillante, ni mas bien arreglada; reinaba en ella la justicia con todos sus derechos, extendiéndose sus dominios á todos los Estados del vigilante Duque, y se llamaba el siglo de oro el siglo de Amadeo. No solo estaba desterrado el vicio de la corte del virtuoso Príncipe, pero ni aun hallaba abrigo en alguna de sus provincias; y la piedad cristiana, sostenida de tan gloriosos ejemplos, dominaba en todas partes con religioso esplendor.

No parecia fácil que pudiesen ser menos cristianos los vasallos de príncipe tan santo. Su aire, sus modales, sus conversaciones, su semblante, inspiraban respeto y amor á la Religion de que su espíritu estaba lleno. Continuamente estaba unido con Dios; todos los objetos que se le presentaban, los que mas golpe daban á los sentidos, esos eran los que mas le elevaban á la presencia de su Autor. Fuera de esta perpetua aplicacion á las cosas divinas, todos los dias tenia horas destinadas para dedicarse únicamente á mayor recogimiento. Su devocion á la santísima Vírgen era tierna y afectuosa; llamábala siempre su querida madre, y no omitia medio alguno para ser su digno hijo.

Pero ninguna cosa hace al parecer formar idea mas justa y mas cabal de la heróica virtud de este piadosísimo Príncipe, que el perfecto rendimiento con que se sujetó á las disposiciones de la divina Providencia. Toda la vida padeció accidentes de epilepsia; y siendo una enfermedad tan sensible como vergonzosa por los impropios movimientos que causan las contorsiones, solo sirvió para acendrar mas la virtud de nuestro Santo, que la recibia como particular beneficio

del cielo. *Nada aprovecha tanto á los grandes*, decia muchas veces, *como las enfermedades habituales, porque sirven de freno para reprimir el ardimiento de las pasiones. Las aflicciones personales*, añadia, *mezclan cierta saludable amargura en los gustos de la vida, que los hace poco apetecibles; y obligándonos á volver los ojos á Dios nos acercan mas á su Majestad.* Nunca perdió la paz de su corazon en medio de los mas rigurosos insultos de su penosa enfermedad; y como si esta no bastara para contentar las fervorosas ansias que tenia de padecer por amor de Dios, mortificaba su carne con abstinencias, con frecuentes ayunos y con rigurosas penitencias.

Consumido en fin á violencia de estos inocentes rigores, conoció que el Señor queria terminar el curso de sus dias, de los cuales se puede decir que ni uno solo dejó de hallarse lleno en sus divinos ojos. Previnose con extraordinario fervor para la última hora. A la primera noticia de su grave enfermedad se cubrieron de luto toda Saboya y todo el Piamonte; no se oian mas que sollozos, alaridos y lágrimas; no se veian mas que procesiones y rogativas, clamando á Dios por la salud del amadísimo Príncipe. Solo él se conservaba tranquilo; y habiendo declarado por regenta de sus Estados á la Duquesa su mujer, hizo llamar á su cuarto á los principales señores de la corte que se deshacian en llanto, y les dijo estas pocas palabras: *Mucho os recomiendo á los pobres; derramad sobre ellos liberalmente vuestras limosnas, y el Señor derramará abundantemente sobre vosotros sus bendiciones. Haced justicia á todos sin aceptacion de personas; aplicad todos vuestros esfuerzos á que florezca la Religion, y á que Dios sea servido.* Enternecido con las lágrimas de los circunstantes, no pudo proseguir; calló, y ya no habló mas que con su Dios. En fin, el dia 30 ó 31 de marzo de 1472, habiendo recibido el santo Viático y la Extremauncion con aquella devocion y con aquellos fervorosos actos con que terminan los Santos su gloriosa vida, murió en el palacio de Verceli á los treinta y siete años de su edad, y fue enterrado en la iglesia de San Eusebio, debajo de las gradas del altar mayor, como él mismo lo habia dejado dispuesto. Estaban todos tan persuadidos de su eminente santidad, que los prelados que asistieron á los funerales estuvieron por mucho tiempo indecisos sobre si dirian la misa de difuntos, y al fin tomaron este expediente. El arzobispo de Taransia, por conformarse con el rito de la Iglesia, cantó la misa de *Requiem*; pero el de Turin celebró misa votiva de la Vírgen, y el obispo de Verceli la del Espíritu Santo. Habiendo Dios manifestado las grandes virtudes de su siervo con grandes maravillas que obró por medio de él du-

rante su vida, declaró su eminente santidad con gran número de milagros que obró inmediatamente después de su muerte. El obispo de Verceli refiere ciento treinta y ocho, todos muy ilustres, especialmente en los que adolecian de accidentes epilépticos. San Francisco de Sales aseguró al papa Paulo V, que todos los dias obraba Dios nuevos milagros en el sepulcro del santo Duque. Esto movió con el tiempo al papa Inocencio XI á dar licencia para que se rezase el oficio, y se celebrase la misa en honra del beato Amadeo en todos los dominios del duque de Saboya; y dentro de Roma en la iglesia de la nacion. No se ha entibiado en el dilatado espacio de cási tres siglos la devocion de los pueblos al beato Amadeo, ni la gran confianza que tienen en su poderosa intercesion. Son muy contadas las ciudades, villas y lugares de Saboya y del Piamonte donde no se vean monumentos de la grande veneracion que todos profesan á este bienaventurado Príncipe, y donde no se experimenten visibles efectos del mucho valimiento que tiene con el Señor.

SAN AMÓS, PROFETA.

La Iglesia celebra la memoria de este santo Profeta como de un mártir. Amós, como él mismo dijo, fue uno de los pastores de Tecua, pueblo cercano á Belen. Dios le sacó de entre el ganado como á otro David, y llenándole de su espíritu, hizo que profetizase en Bethel, dos años antes del terremoto, cuando reinaba Jeroboam en Israel, y Ozías en Judá. Algunos fijan sus profecías en el año veinte y tres del reinado de Ozías, esto es, en el de 3216 del mundo; las cuales tienen grande conformidad con las de Oseas, tanto en el tiempo como en las personas á quienes iban dirigidas, que principalmente fueron las diez tribus, y asimismo en el argumento de ellas. Amós, pues, intima primeramente los juicios de Dios á diversas naciones profanas que molestaban á los israelitas, y eran los filisteos, los idumeos y los moabitas, declarando sus pecados, por los cuales tenian indignado á Dios: y después se vuelve contra el mismo Israel, amenazándole de un final y próximo exterminio, á causa de sus idolatrías, violencias, injusticias, disolucion y universal corrupcion de que estaba inficionado todo el pueblo: amenaza en particular á los magnates y gente poderosa de Samaria, llamándolos vacas gruesas, porque no solo pecaban idolatrando, sino afligiendo y maltratando á los flacos y pequeñuelos del pueblo: confirmando sus profecías con diversas visiones, y consolándole, por último, con la promesa de la

salud y restauracion eterna de los residuos que quedarian de los escogidos por la gracia del Mesías.

Mucho tuvo que sufrir Amós por las reprensiones, profecías y amenazas que pronunció. Amasías, sacerdote de Bethel, le acusó de rebelde, y le persiguió y afligió cruelísimamente; y Ozías, hijo de Amasías, le hizo por último quitar la vida. La Iglesia usa de la profecía de Amós en las lecciones de los Maitines de la feria quinta de la cuarta dominica de noviembre.

SAN PEDRO, SOLDADO Y ERMITAÑO.

Aunque no consta por qué tiempo floreció este santo Confesor español, podemos reducir su nacimiento á los últimos tiempos de la dominacion de los godos, ya cuando los moros estaban para apoderarse de España, hácia los fines del siglo VII. De sus actas consta que nació en aquella parte de España que riega el Betis. Por lo cual con fundamento creen algunos que su patria pertenecia al reino de Córdoba, porque el Betis es rio mas propiamente de Córdoba que de otra provincia. Sus padres fueron católicos, gente hidalga y rica. Educaron en el temor de Dios y en las letras á este hijo, cuyas inclinaciones y obras mostraban haber nacido para el cielo mas que para el mundo. Entre los regalos de la casa de su padre y los riesgos de la carrera militar á que le destinaron, se conservó sin mancha, velando y andando siempre con temor. Considerábase en tierra de enemigos, trataba las cosas del mundo como el que camina sobre ascuas. Por el oficio de tribuno que sirvió á la milicia, vestia ropas preciosas; en lo interior miraba estos atavíos como lo que son, como prueba de nuestra gran miseria, y efecto del pecado. Era benigno sobremanera, á los pobres trataba con grande amor, ardia en celo de la gloria de Dios, era larguísimo en gastar de lo suyo, y alentar á otros á que gastasen en sacar almas de pecado. Su ordinario ejercicio era meditar la sagrada pasion de Nuestro Señor. De la virginidad era amantísimo, la cual guardó hasta el fin de su vida, logrando en esto un triunfo muy señalado. El caso fue, que habiendo tratado sus padres de casarle con una doncella igual á él en la calidad y riqueza, el Santo por no darles pesar, ó porque era llamado de Dios á otra mayor victoria, consintió que la boda se tratase; y la noche del desposorio, encomendando al Señor á la santa doncella su esposa, como otro Alejo, desnudo de los bienes de la tierra, rico de los del cielo, desamparó la casa de su padre, y por sendas desconocidas pe-

regrinando llegó á la ciudad de Bauco en el Estado eclesiástico junto á Sora, que es el reino de Nápoles. Cerca de allí escogió para su habitacion una cueva oscura, donde vivió en carne vida de ángel. Dormia sobre el duro suelo; muchas veces descansaba de dia por padecer la intemperie de la noche; era gran velador, oraba mucho; su ropa cual fuese, ya se deja entender. Ceñia con hierros los brazos y pantorrillas; el saco militar era de cadenillas de hierro que le servian de molestia y de carga, y le dejaron abierta una llaga que le cubria todo el cuerpo. Estas nuevas trazas inventaba el soldado de Cristo para tratar su carne como lo que ella es, como esclava del espíritu. Nunca jamás encendió lumbre ni aun en invierno, con ser aquel sitio muy destemplado. Su ordinario alimento era yerba y bellota; de noche bajaba á beber al rio que va por junto á Bauco.

No quiso Dios que la gloria de su siervo estuviese escondida. Por toda aquella tierra se fué derramando el buen olor de su santidad y la fama de las maravillas que obraba: especialmente en una hambre general que padecieron aquellos pueblos, era Pedro el remedio y consuelo de todos. Entre otras cosas se cuenta que una buena mujer á quien el Santo pidió de limosna un pedazo de pan, como se excusase por temor de que le faltaria á ella lo necesario para su sustento, instada por el Santo fué á un arca que tenia vacía, y la encontró llena de pan como la leche blanco y muy tierno.

Después de este prodigio huyó nuevamente Pedro á su morada, donde vivió todavía algun tiempo, subiendo de cada dia á mayor perfeccion. En su rostro alegre y pacífico se traslucia la hermosura de su alma, especialmente cuando servia á algun enfermo, ejercicio que amaba mucho. Llegado el dia de su muerte se postró contra el suelo, y dió gracias á Nuestro Señor; luego clavó los ojos en el cielo, y en esta postura entregó á Dios su espíritu. Los milagros que después de muerto Pedro obró Dios por su intercesion, no lo cuenta el autor de su vida, aunque dice fueron muchos, y que de todos ellos se habia hecho proceso. Solo dice que de todo aquel contorno acudió mucha gente á la fama de su virtud, y que el admirable resplandor que salia de su rostro no parecia de hombre muerto sino de santo glorioso, en tanto grado, que muchos estando mirándolo fueron llamados de Dios á penitencia. Hubo un hipócrita que afectando piedad quiso llegar á besarle la mano, la cual retiró el sagrado cadáver, quedando aquel mal hombre espantado, y trocado su corazon de malo en bueno.

Las reliquias de san Pedro se conservan en la iglesia de Bauco, ó

en otra propia junto al monte donde vivió. Los naturales de aquella tierra lo veneran como á su especial protector.

La Misa es del comun de Confesor no pontífice, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Amadeum, confessorem tuum, de terreno principatu ad coelestem gloriam transtulisti; da nobis, quaesumus, ut ejus meritis et imitatione sic transeamus per bona temporalia, ut non amittamus aeterna: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que trasladaste á tu confesor el bienaventurado Amadeo del principado de la tierra al celestial reino de la gloria; suplicámoste nos concedas, que por sus merecimientos y á su ejemplo usemos de los bienes temporales, de tal modo que no perdamos los eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la Sabiduría.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Haec venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem aeternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Siempre es respetable la virtud; pero nunca se deja admirar mas que cuando reina en medio de la abundancia y entre los esplendores de la brillantez. ¡Cuánto edifica al mundo el ejemplo de un hombre poderoso! ¡qué impresion hace en todos la pública observacion de su piedad! La virtud notoria de los grandes honra siempre á la Religion, pero mas los honra á ellos. Erija en buen hora el mundo magníficos mausoleos á los príncipes y á los monarcas; en suma, no en-

cerrarán mas que cenizas frias, huesos áridos, calaveras secas, que causan horror y se miran con desprecio. Si alguna cosa se estima, es el mármol y la plata: se alaba el arte, el primor con que están trabajados; pero el primor, el arte y el mármol ¿dan por ventura estimacion á las cenizas? El respeto y la veneracion se reservan únicamente para la virtud. No es menester el bronce ni el oro para eternizar la memoria de un príncipe santo. *Dedit illi claritatem aeternam Dominus Deus noster*. Es eterno el mausoleo cuando le erigen la virtud y la Religion. ¡Cosa extraña! el deseo de la distincion y la gloria casi siempre consume las rentas, y es la causa principal de necios y enormes gastos. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de los mortales, un fugaz resplandor que á manera de cohete se desvanece en humo, y acaba reventando con un poco de ruido. Cuesta mucho regalar al mundo con escenas de teatro que le engañan, que le entretienen, y por un poco de tiempo le divierten y le alucinan; pero al cabo paran muy de ordinario en desprecio ó en sonrojo del que hizo toda la costa.

Por el contrario, ¡cuánta estimacion granjea á un hombre opulento una liberalidad verdaderamente cristiana! ¿qué cosa mas noble, qué accion mas gloriosa, que arrancar de entre los mismos brazos de la miseria, que sacar como de la sepultura á muchos infelices? ¿qué obra mas magnífica, aun á lo del mundo, que ser con sus limosnas el redentor de muchas familias honradas á quienes una secreta, muda y vergonzosa necesidad tenia reducidas á la desesperacion, y á las cuales por medio de oportunos socorros se restituye, por decirlo así, la salvacion y la vida? ¿No es mayor gloria dar el pan al mismo Jesucristo en la persona de sus pobres, que sustentar una docena de holgazanes, los cuales solo pretenden comer á costa ajena para vivir con mayor disolucion? No hay equipaje tan ostentoso, no hay tren tan magnífico, que honre tanto á un poderoso, como una multitud de pobres que le rodean, y aclaman por su salvador y por su padre. ¿Qué elogio mas glorioso á la memoria de un prelado, qué idea, qué concepto mas elevado de su nobleza, de su mérito y de su virtud, que poder decir que murió pobre por socorrer á los pobres, y que mientras vivió no supo expender sus rentas sino en limosnas? No hay que decir; porque en el fondo todo el mundo conoce que nada hace tanto honor á los ricos y á los grandes como esta caridad cristiana. Hay en esta santa liberalidad no sé que grandeza de alma, no sé qué rastro de nobleza, no sé qué elevacion de espíritu, muy superior á todos aquellos títulos secos, vacíos y fo-

rasteros, que se fundan en cuatro posesiones que dan dinero y dan vanidad, pero no dan mérito, ó en media docena de abuelos que hicieron ruido en el mundo; pero ya no son. Un corazon ruin, un mal corazon nunca fue muy caritativo, ni aun muy liberal; la liberalidad es virtud de las almas nobles; pero la liberalidad con los pobres es como el carácter de un corazon cristiano. ¡Cuánto bien harian dos ó tres mil pesetas distribuidas cada año entre los necesitados! ¡á cuántos infelices librarian de desesperarse! ¡á cuántas pobres doncellas apartarian del inminente peligro de perderse! ¡cuántas familias errantes y vagabundas se recogerian á sus casas, y saldrian de miseria! ¡Y cuántos hay que pudieran distribuir anualmente mucho mas, sin que para eso se empobreciesen! Es verdad que para eso era menester no sustentar tantos caballos, salir á la calle con menos tren, no tener mesa tan espléndida, jugar menos, y desperdiciar menos en gastos inútiles y frívolos; pero el que lo hiciera, ¿seria por eso menos grande, menos respetado, menos aplaudido? *Ad vos, reges, sunt hi sermones.* Grandes del mundo, ricos del mundo, dichosos á lo del mundo, con vosotros hablan estas reflexiones.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum: et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et factum est ut rediret, accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit, et ait illi: Euge, bone serve, quia in modico fuisti fidelis, eris potestatem habens super decem civitates. Et alter venit, dicens: Domine, mna tua fecit quinque mnas. Et huic ait: Et tu esto super quinque civitates. Et alter venit, dicens: Domine, ecce mna tua, quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo auste-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros. Y sucedió que volviendo después de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados á quienes habia dado el dinero, para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo: Alégrate, buen criado: porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dijo á este: Tú tambien serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, hé aquí tu mina que la tuve

rus es: tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quod ego homo austerus sum, tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam, ut ego veniens cum usuris, utique exegissem illam? Et astantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi, qui decem mnas habet, et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis, quia omni habenti dabitur, et abundabit: ab eo autem qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

guardada en un pañuelo, porque te temí, por cuanto eres un hombre austero: tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré: ¿pues, por qué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dijo á los que presentes estaban: Quitadle á este la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia; pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

Del amor de los trabajos.

Punto primero. — Considera que los Cristianos de ninguna cosa debieran gustar tanto como de los trabajos y de las aflicciones. Ninguna fruta debiera saberles mejor que la del árbol de la cruz, porque la sangre de Jesucristo la quitó toda la amargura. Es la cruz el árbol de la vida; y no gustar de la fruta de este árbol, es prueba de mala disposicion.

Si solamente se escucha á los sentidos materiales; si únicamente se consulta el parecer de los ojos; si no se oye mas que el dictámen de la razon humana y del amor propio, es cierto que las adversidades son objeto de horror. Pero en esta materia ¿será buen juez el hombre animal? ¿Qué nos enseña la fe? ¿qué nos dice el Evangelio? *Oportuit Christum pati, et ita intrare in gloriam suam.* Fue conveniente que Cristo padeciese, y que así entrase en su propia gloria. *Vae vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram.* Desdichados de vosotros, ricos, porque vivís en este mundo consolados. Desdichados de vosotros, felices del mundo, porque vivís alegres y opulentos. Desdichados de vosotros, grandes de la tierra, porque todo se os rie, todo conspira á daros gusto. Por el contrario, ¿quereis formar una idea cabal y justa de la felicidad? ¿quereis hallar un hombre dichoso? Pues buscadle en las adversidades, dice el mismo Salvador: *Beati qui lugent.* Ciertamente se sobresalta, se inquieta, se amotina, digámoslo así, toda nuestra religion, cuando á las cruces se las da el

nombre de desgracias. Pero sin embargo, ¿se consideran, se las llama hoy de otra manera en el mundo?

Que un gentil reputase por gran mal la pérdida de la hacienda, el desgraciado suceso de un pleito, un revés grande de fortuna; adelante, no habia de qué admirarse, porque al fin siente, habla y discurre segun sus principios. Pero que un cristiano, ilustrado con las luces de la fe, educado en la escuela de Jesucristo, instruido en su doctrina, ignore que los trabajos de esta vida son como arras de la eterna felicidad; que las adversidades son el contraveneno de las pasiones; que son remedio eficaz contra las inflamaciones del corazon, y contra las dolencias del alma; que todas son de gran precio, y que las tribulaciones de esta vida, como dice san Pablo, siendo momentáneas y ligeras, producen un peso eterno de gloria en alto grado de excelencia, superior á toda medida; ¡que ignore esto un cristiano! ¿Quién no se asombrará? Pues esto es lo que el Salvador del mundo nos propone como objeto digno de nuestra estimacion y de nuestro amor. Esto lo que buscaron con tanta ansia tantos hombres sabios, tantas almas prudentes, discretas, iluminadas. Esto lo que toda la Iglesia, lo que el mismo Dios estima, honra, y recompensa tan liberalmente en todos los fieles. Porque las cruces sean ingratas á los sentidos, ¿dejarán de ser estimables, ó serán menos preciosas? Por amarga que sea una medicina, se desea, se busca, se solicita, se compra, cueste lo que costare, no mas que por la aprehension en que se está de que puede alargarnos unos pocos dias mas esta miserable vida. Por la esperanza de mayor interés, por conseguir un empleo, expone el mercader su vida á los trabajos y á los peligros del mar, y el soldado la suya á los afanes, á los sustos y á los riesgos de la guerra. Es el cielo el premio seguro de las aflicciones padecidas con resignacion cristiana; es el mismo Dios su recompensa. No hay otro camino para el cielo; son la herencia de los escogidos; en las enfermedades y en las tribulaciones, así el beato Amadeo, como los demás Santos, fabricaron sus coronas. ¡Y será posible que las cruces nunca han de tener atractivo para mí! ¡será posible que siempre las he de mirar con aversion! Pues ¿sobre qué título podré fundar la esperanza de una recompensa eterna?

Punto segundo.—Considera que sucede en las cruces lo que en aquellos árboles, cuya fruta es de gusto delicado y exquisito, aunque la corteza sea rústica, desabrida y amarga. No siempre es verdad que son amargas las lágrimas, porque las hay muy dulces. Si

los que se tienen por dichosos segun el siglo no carecen de sus cruces interiores; ¿por qué no habrá tambien gustos invisibles mucho mas dulces que estos que meten tanto ruido? No son las menos exquisitas las dulzuras del espíritu. Es el corazon la casa propia de la alegría. Es menester que reine en él la serenidad y la calma para que sea feliz; los remordimientos y los sobresaltos de la conciencia turban todas las fiestas de los dichosos del mundo; hablando en rigor, toda su felicidad consiste en atolondrarse y en aturdirse; y de aquí nace que en las prosperidades y en las fiestas mundanas no hay mas que una alegría aparente. Las almas verdaderamente cristianas experimentan en sus cruces una alegría llena y tranquila, una suavidad pura y deliciosa. ¡Qué cosa mas dulce que estar una alma segura de que va derecha por el camino real del cielo! ¡qué mayor consuelo que hallar en su estado y en su suerte el verdadero carácter de los predestinados; aquello que siempre fue y siempre será el objeto de los cariños y de los ansiosos deseos de los Santos! ¡Oh qué cosa tan dulce no gloriarse mas que en la cruz de Jesucristo! Dulzura que pór toda la vida se siente allá en lo mas profundo del corazon, que se aumenta siempre á la hora de la muerte, y que después se extiende á toda la eternidad. Imagina, si puedes, otra materia de mas real, de mas sólido consuelo.

Son amargos los trabajos, es verdad; pero tambien eran amargas las aguas del Mará antes que Moisés metiese en ellas el madero que Dios le mostró; mas por la virtud de este misterioso madero se convirtieron en aguas dulcísimas para beber. Bien sabe Dios el secreto de endulzar las cruces. Antes que Cristo muriese en una de ellas, se decia en el mundo: *Maledictus homo qui pendet in ligno:* Es maldito, es desdichado el hombre que padece en una cruz; pero después que el Salvador la santificó con su muerte, la libró de la infamia, la quitó la maldicion, y comunicó á este tronco una virtud milagrosa.

De este principio nacieron aquellos ardientes deseos de padecer que se admiran en todos los Santos. De este manantial brotan aquellos torrentes de consuelos interiores, que no siendo capaces de concebirlos los sentidos, inundan las almas santas purificadas con los trabajos. ¡Ah mi Dios, y qué escondido está este tesoro, y qué poco estimado es este secreto de los prudentes del siglo! Pero en la muerte se conocerá y por toda la eternidad se sabrá cuán estimable era este secreto, y cuán precioso este tesoro. Dame acá un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, dame acá un corazon que ame á Dios verdaderamente, decia san Agustin, y él entenderá lo que le

digo, él conocerá esta verdad, y él percibirá maravillosamente esta doctrina.

Mi buen Jesús, ¿cuándo seré yo de este número? ¿Es posible que me he de contentar con asentir á estas verdades, con aplaudir estas reflexiones, y con hacer grandes elogios de los trabajos solo cuando los veo en otros? Pues qué, ¿no quiero yo ser contado entre vuestros discípulos? pero ¿cómo puedo serlo, si no llevo mi cruz, si no amo á la cruz, si no quiero estar toda la vida enclavado en la cruz? Dadme, Señor, este amor á la santa cruz; haced que sea para mí insulso y fastidioso todo otro gusto que el gusto de la cruz; dadme, Señor, vuestro amor, que yo amaré á la cruz.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, en nada me complazco tanto como en las enfermedades, en los desprecios, en las persecuciones, en las grandes pesadumbres que padezco por amor de Vos. (*II Cor.* XII).

Esté yo, mi buen Jesús, junto á tí al pié de tu dolorosa cruz, y conspiren contra mí todos los que quisieren. (*Job*, XVII).

PROPÓSITOS.

1 Ninguno hay que no tenga su cruz. En todas partes nacen las espinas; son frutas de todas estaciones; en todas las tierras crecen; nacen hasta entre las mismas piedras de la corona; brotan entre el oro y los brocados del trono. No hay condicion, no hay estado sin sus cruces; los grandes tienen las suyas, y no suelen ser las menos pesadas, aunque sean las menos visibles. Es necedad, es locura buscar abrigo contra todos los vientos, contra las tempestades. ¿Qué edad deja de tener sus disgustos? ¿qué fortuna no padece sus reveses? ¿qué condicion está exenta de cuidados? ¿qué empleo está libre de sobrecargas? Hay cruces de puertas adentro, y cruces de puertas afuera; cruces domésticas, y cruces extrañas. Cuando faltan unas y otras, nuestro genio, nuestro natural, nuestro humor, nuestra aprehension, nuestro mismo corazon son terrenos fertilísimos de innumerables cruces. Mira con reflexion la que mas te inquieta, la que mas te mortifica; y haz una generosa resolucion de que te sirva de mérito. ¿Quieres aligerarla? pues ámala. Cuantos mas esfuerzos hicieres para sacudirla, mas pesada se hará. Aunque hubieras hallado el secreto para librarte de esa, vendria otra que te abrumase mas. Si quieres hacerla suave, observa las reglas siguientes. Primera: Acepta con gusto las cruces que el Señor quisiere enviarte, y por la mañana al tiempo de ofrecer las obras, haz esta breve ora-

cion: *Divino Salvador mio, puesto que para ser discípulo vuestro es menester abrazarme con mi cruz, acepto de todo corazon la que habeis querido cargarme, y os suplico me deis gracia para aprovecharme de ella á mayor gloria y honra vuestra, y á mayor salvacion mia.* Segunda: Cuando se resista el amor propio, y su amargura se comunicare al corazon, vuélvete hácia él, y dile: *Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (*Joan.* XVIII). Pues qué ¿no quieres que beba el cáliz con que me brinda mi amoroso Padre celestial? Tercera: Cuando te suceda algun trabajo, alguna mortificacion, alguna pérdida; cuando recibas alguna mala noticia, repite con toda el alma estas bellas palabras de Job (cap. II): *Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipiamus?* Si hemos recibido de la mano del Señor las prosperidades, ¿por qué no recibirémos las adversidades de la misma amorosa mano?

2 Es un ejercicio no solo muy piadoso, sino provechosísimo, aceptar todos los trabajos que nos suceden en satisfaccion de nuestras culpas, y pedir al confesor que nos los aplique en penitencia; porque haciéndose de esta manera los trabajos parte del Sacramento, son de mas valor, y tambien de mayor mérito. No hay cosa que mas nos ayude á pagar á Dios nuestras deudas, que este género de satisfaccion, por ser no solo de su gusto sino de su eleccion. Es cosa cierta que esta es la moneda, digámoslo así, en que quiere ser pagado en esta vida. ¡Oh qué importantes servicios nos haria un poco de paciencia, de sumision, y aun de alegría en las inevitables adversidades de esta vida miserable! No por eso padeceríamos mas; antes padeceríamos menos, porque no padeceríamos con tanto disgusto, y el provecho nos desquitaria con ventajas del dolor. ¡Cosa extraña! siéntese todo el peso de la cruz; gústase toda la hiel de su amargura; y por no tener un poco de buena voluntad, un poco de industria, se pierde todo su fruto.

VIDAS DE ALGUNOS SANTOS

CORRESPONDIENTES Á ESTE MES DE MARZO,

CUYA CONTINUACION SE HA CONSIDERADO NECESARIA.

DIA IX.

SAN GREGORIO NISSENO.

San Gregorio, obispo de Nissa en la ciudad de Capadocia hácia la raya de la Armenia menor, nació en esta provincia por los años 331. Fue hermano de san Basilio el Grande, hijo de padres tambien santos, Basilio y Emelia. Primero estuvo casado con Troseabia, á la cual después de su muerte dió san Gregorio Nacianceno grandes alabanzas; pero se apartaron por comun consentimiento, y Gregorio recibió en la Iglesia el grado de lector. Entonces fue cuando nuestro Santo descuidando en el oficio de su órden, se dedicó á enseñar la elocuencia en que era aventajadísimo. Pero avisado y reprendido por el Nacianceno, volvió al estudio de la ciencia eclesiástica, y habiendo sido electo san Basilio para el gobierno de la iglesia de Cesarea por los años 370, le llamó para que le ayudase á llevar esta carga. Dos años después fue contra su voluntad ordenado obispo de Nissa, ciudad distante de Cesarea como unas treinta y cinco leguas. En los primeros tiempos de su obispado padeció grandes persecuciones de parte de los Arrianos. Calumniado por ellos, lo mandó prender Demóstenes, virey del Ponto; tratáronlo los soldados con gran crueldad, de cuyas manos escapó, y entre tanto fue gobernada su iglesia por un mal hombre, ignorante y de ruines costumbres. Restituyéronle á su silla por los años 378, en que por muerte del emperador Valente quedó solo Graciano en el imperio. En el año siguiente, á poco tiempo de haber muerto su hermano san Basilio, por comision del concilio de Antioquía á que asistió, anduvo por las provincias de Arabia y de Palestina, y visitó sus iglesias, restableciendo en ellas el culto de Dios, y reformando varios abusos, animando á los Católicos á que no se dejasen vencer de la impiedad arriana. No consta qué cosas hizo en particular nuestro Santo en aquel viaje, sino que de esta ocasion se aprovechó para ver si restableceria la paz y la unidad en la iglesia de Jerusalen, asolada y puesta en division por la malicia de los Arrianos, y para visitar en aquella ciudad y sus con-

tornos los lugares santificados con el nacimiento en carne, con la predicacion, y muerte y resurreccion de Cristo. Este consuelo de nuestro Santo lo turbó en gran parte la pena de ver en aquellos pueblos la corrupcion y libertad de costumbres que entonces habia. Observó tambien por las gentes que trató en aquella peregrinacion cuánto disipan el ánimo estas romerías, si no se hacen con grande aparato de piedad y de oracion, y guardándose mucho de los peligros que traen consigo los viajes. Por esta causa aunque el Santo no desaprueba este género de peregrinaciones á los santos lugares de Jerusalen, que entonces eran muy comunes en la Iglesia, y se tenian por una parte de la piedad cristiana, á nadie las aconseja: y á unos monjes que deseaban hacer esta romería, exhortó á que saliesen de sus cuerpos para subir á Cristo, mas no de su tierra para ir á Jerusalen. Fundo este consejo suyo en dos razones: la una, general á todos los fieles, es que las romerías no son de suyo necesarias, y para muchos son mas dañosas que provechosas; la otra, particular para los monjes, es que su vida retirada y separada del mundo no puede componerse con la disipacion que traen consigo los viajes. He puesto esta doctrina de nuestro Santo para aviso de los que ahora tienen por piedad el visitar ermitas, y otros santuarios apartados de sus pueblos, especialmente en tales ó cuales dias, esto es, cuando á ellos concurren gentes de muchas partes.

Dícese que de este viaje se aprovechó nuestro santo Obispo para visitar antes á santa Macrina, hermana suya mayor, religiosa de gran virtud, que en el Ponto era prelada de un monasterio de vírgenes; la cual murió entonces asistida de su hermano, y fue enterrada en la iglesia de los Cuarenta Mártires, con salmos y cánticos segun la antigua y santa costumbre de la Iglesia.

Después de su viaje asistió al concilio segundo general, que es el primero que se celebró en Constantinopla en el imperio de Teodosio por los años 381. En él predicó las honras de san Melecio, obispo de Antioquía, y mereció que los Padres lo escogiesen por uno de los prelados que en Oriente habian de ser centro de la comunion católica. En la division de las provincias que se hizo tambien en este concilio, cupo á nuestro Santo la de Ponto y Cesarea de Capadocia, que antes habia tenido su hermano san Basilio. Pudo ser esto no en este concilio general, sino en el otro que se celebró en la misma corte por los años 394 á que tambien asistió san Gregorio.

En medio de las cargas de su oficio hallaba tiempo para escribir. Las obras suyas de que tenemos noticia son el Tratado de la forma-

cion del hombre, en que muestra su semejanza con Dios, la inmortalidad del alma, la resurreccion de los cuerpos, y otras cosas que recomiendan nuestra gran dignidad. Tambien escribió un Suplemento á las homilías de san Basilio sobre la obra de los seis dias, un libro en que describiendo la vida de Moisés, propuso á Cesario un dechado cabal de todas las virtudes: algunas homilías sobre varios libros de la santa Escritura, sobre el Padre nuestro y sobre las ocho Bienaventuranzas. Tambien son suyos el tratado contra Apolinar, llamado *Antiretico*, los doce libros contra Eunomio, el tratado á Ablario, y otro sobre la fe, que es una armería de argumentos católicos contra la secta arriana. A este tenor escribió otras muchas obras elegantísimas en defensa de la Religion. Además de esto publicó un discurso sobre el amor de la pobreza, otro contra la usura, otro sobre la penitencia, otro contra la fornicacion, otro contra los que difieren el Bautismo, donde tambien prueba con razones clarísimas la necesidad que tienen de convertirse luego á Dios los que están en pecado. Publicó otros muchos discursos sobre los misterios de Cristo, las oraciones fúnebres de Pulqueria y de Placila, las vidas de san Efren, de san Gregorio Taumaturgo, de san Teodoro y de santa Macrina; obras estas y las demás que escribió, comparables en la pureza del estilo, en la alteza, en la claridad, en la gravedad, en la copia de sentencias, con las mejores de la antigüedad eclesiástica.

Finalmente habiendo llegado á muy avanzada edad, lleno de méritos murió en la paz del Señor á fines del siglo IV, el dia 10 de enero en que los griegos celebran su fiesta: varon señalado en sabiduría y en inocencia de costumbres, macerado con muchos y grandes trabajos, justamente alabado de san Basilio, de san Gregorio Nacianceno, de san Gerónimo y de otros Santos, llamado por el séptimo concilio general Padre de los Padres, con cuya doctrina estableció la verdad católica contra los desvarios del malvado Nestorio.

DIA XVIII.

SAN CIRILO JEROSOLIMITANO, OBISPO Y CONFESOR.

San Cirilo, patriarca de Jerusalen, llamado *Jerosolimitano*, por distinguirle de otro san Cirilo, patriarca de Alejandría, fue varon de grande integridad, letras y prudencia. Habiendo muerto Máximo, patriarca de Jerusalen, por sus excelentes partes fue puesto en aquella silla, siendo emperador Constancio, hijo del gran Constan-

tino. Gobernó santísimamente su iglesia, y entre otras alabanzas que le dan, es de gran caridad, y misericordia para con los pobres: porque habiendo Dios enviado en su tiempo una hambre grandísima para castigo de los mortales, y siendo innumerables los pobres que acudian al santo Prelado por remedio; y no teniendó él que darles, vendió los bienes, preseas, y otras joyas de la Iglesia, y con el precio de ellos socorrió aquella necesidad, despojando el templo material, por sustentar los vivos y espirituales templos de Dios, como lo hicieron san Ambrosio, san Agustin y otros santos prelados. Durante su pontificado le plugo al Señor ilustrarlo con una maravilla capaz de detener al emperador Constancio en el camino emprendido de favorecer á los herejes arrianos, y fue el siguiente: Un dia de Pentecostes, ó Pascua del Espíritu Santo, como á las tres horas después de salido el sol, apareció en el aire una cruz mas clara y resplandeciente que el mismo sol, la cual llegaba con sus brazos hasta el monte Olivete, y duró tanto tiempo, que fue vista de toda la ciudad: porque dejando cada uno todo lo que tenia entre manos, concurrió á ver este espectáculo y prodigio divino, y muchos judíos, que le vieron, fueron alumbrados del Señor, y le reconocieron por Dios, y se convirtieron á nuestra santa fe.

San Cirilo escribió á Constancio una grave y elegante carta, en que le da cuenta de este milagro, y le exhorta á seguir el estandarte de la Cruz; instituyéndose luego particular fiesta, para celebrar cada año á los 9 de mayo, que fue el dia en que apareció. Con esta señal del cielo estaban los pechos de la gente, blandos y bien dispuestos, y Cirilo con su santísima vida y admirable doctrina hacia grandísimo fruto, animando á los Católicos, y resistiendo á los herejes arrianos, los cuales llevaban á mal que el santo Prelado deshiciese con tanta claridad las tinieblas de sus errores é ignorancias: y como eran poderosos, y favorecidos del Emperador, determinaron echar á san Cirilo de su silla, y quitar á los Católicos un pastor tan valeroso, para que pudiesen ellos mas fácilmente, como lobos, despedazar y consumir el rebaño. Al intento se juntaron algunos obispos herejes, y encubriendo la verdadera causa que los movia (que era ser ellos arrianos, y Cirilo amparo y columna de la fe católica), y tomando por achaque, que habia vendido los ornamentos de la Iglesia para dar de comer á los pobres, y que un farsante habia salido á representar cierta comedia vestido de uno de ellos; le depusieron, y privaron de su silla patriarcal, y pusieron en ella á Heraclio, que era de su secta; y muerto Heraclio, sustituyeron á

Hilario en su lugar. De esta manera fue desterrado san Cirilo por los herejes, y padeció muchas y graves persecuciones y calamidades. Mas después, habiéndose juntado un concilio en la ciudad de Seleucia, fueron llamados Acacio, y sus secuaces, para que diesen razon de lo que habian hecho contra san Cirilo; pero nunca se atrevieron á comparecer: y en aquel concilio san Cirilo fue restituido á su dignidad, y Acacio privado de la suya, y sus compañeros excomulgados y condenados. Con esta sentencia volvió el santo Prelado á su iglesia, con gran gozo de los buenos, y rabia y pena de los malos. Y aun san Gerónimo hablando de san Cirilo, dice que no una, sino muchas veces fue echado de su iglesia por la fe católica, y otras tantas restituido á ella.

Demás de las otras excelencias que tuvo san Cirilo fue una el don de profecía: porque habiendo sucedido en el imperio Juliano, apóstata, á Constancio su primo hermano, y queriendo favorecer á los judíos contra los cristianos, mandó que se tornase á edificar el templo de Jerusalen. Comenzóse la obra con grande aparato, y echáronse los cimientos muy hondos y firmes; y san Cirilo dijo, que no quedaria piedra sobre piedra de aquel edificio, porque así lo habia dicho Cristo Nuestro Señor. La noche siguiente vino un temblor de la tierra, que arrancó las piedras que se habian echado en los fundamentos de aquel templo, y las esparció por diversas partes, y sobrevino un fuego del cielo, que quemó y consintió todos los instrumentos que tenian aparejados para aquel edificio. Y como concurriesen muchos judíos á ver este milagro, parecieron unas cruces resplandecientes, tan impresas sobre los vestidos de ellos, que por ningun arte ni industria se las podian quitar: y vióse cuán verdadera habia sido la profecía de san Cirilo; y el apóstata Juliano quedó confuso, y muchos de los judíos se convirtieron á Nuestro Señor Jesucristo.

Habiendo sucedido en el imperio el gran Teodosio, príncipe piadoso, Cirilo tuvo paz en la Iglesia por espacio de ocho años, y la gobernó admirablemente; y cargado de años, y merecimientos pasó de esta vida á la eterna, á los 18 de marzo del año del Señor de 386, que fue el octavo de Teodosio, segun el cardenal Baronio. De san Cirilo hacen mencion el Martirologio romano y el concilio Constantinopolitano en una epístola que escribe á san Dámaso, papa, y le llama *Reverendísimo y Santísimo obispo:* y los griegos le celebran en su Menologio, y los escritores eclesiásticos, Sozomeno, Sócrates, Teodoreto y Niceforo le alaban como á varon santísimo y doctísi-

mo, y martillo de los herejes. Escribió san Cirilo, siendo mozo, un libro de grande erudicion, que llamó *Cathecheses:* el cual traducido de griego en latin por el mismo Juan Grodecio, que escribió su vida, en nuestros dias ha salido á luz con gran beneficio de la santa Iglesia.

DIA XXII.

SAN AMBROSIO DE SENA.

San Ambrosio nació en Sena, ciudad de la Toscana, de la ilustre familia de Sansedoni en 16 de abril del año 1220, y vistió el hábito de santo Domingo á la edad de diez y siete años. Enviado á Paris á estudiar, consiguió un triunfo completo contra las asechanzas del demonio, que apareciéndosele bajo la venerable figura de un ermitaño, pretendió disuadirle de proseguir la carrera de las letras. Tuvo por condiscípulo á santo Tomás de Aquino, y tales fueron sus progresos en los estudios, y la reputacion que en ellos adquirió bajo la enseñanza del docto Alberto Magno, que después de haber enseñado la teología en Paris y en Colonia, fue llamado por el Santo Padre á Roma para restablecer esta ciencia que estaba allí en gran decadencia. Restituido á Sena, diputóle esta ciudad al papa Clemente IV para que la reconciliase con el sumo Pontífice, que la habia puesto en entredicho por haber abrazado el partido del emperador Federico. Y durante el pontificado de Gregorio X fue enviado segunda vez á Roma, y consiguió de nuevo la reconciliacion de su patria con la Santa Sede. De él se valieron tambien varias veces los soberanos Pontífices para resolver negocios gravísimos de la Iglesia cerca de las potestades temporales, los cuales desempeñó con admirable sabiduría, alcanzando siempre lo que se podia desear. Destruyó los planes de una secta nacida en la Bohemia, que contaba con muchos prosélitos en diferentes puntos de Alemania; y verdadero hijo de paz, apaciguó en cierta ocasion á Roma, que se hallaba dividida en bandos y facciones, obteniendo que se hiciese la eleccion del Pontífice con aquella libertad que exige un asunto tan importante. Tambien excitó el celo de diferentes príncipes de Europa para hacer la guerra contra los turcos con el objeto de recobrar la Tierra Santa.

Inspirado del espíritu y virtud de Elías, reprendió con libertad evangélica los vicios tanto de los nobles como de los plebeyos, y estuvo dotado de particular gracia para mover eficazmente á los peca-

dores al arrepentimiento. Viéronle los pueblos no pocas veces elevarse en éxtasis cuando predicaba, y con una paloma al oido. No fue menos admirable en la caridad con Dios y con el prójimo, á la cual se juntaba la mas profunda humildad, virtud que le obligó á rehusar y renunciar las insignias del doctorado, y el obispado de la iglesia de Sena su patria. Celebraba el santo sacrificio de la misa con un fervor tal, que temblando de piés á cabeza, y derramando abundantes lágrimas quedaba enteramente arrobado. Severo contra sí mismo con la frecuente maceracion de su cuerpo, constante en la oracion, y muy desvelado para conservar la castidad, se granjeo grandes méritos delante de Dios. Predicando una vez en Sena, encendióse de manera su celo en reprender el pecado de la usura, que rompiendósele una vena, murió de las resultas en el ósculo del Señor, después de recibir con singular afecto los divinos sacramentos. el dia 20 de marzo de 1286. El papa Clemente VIII hizo continuar su nombre en el Martirologio romano; y el papa Gregorio XV dispuso que se celebrase su festividad en todo el Órden de Predicadores.

FIN DEL MES DE MARZO.

Nota. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE MARZO.

	Pág.
Dia I. — Festividad de los Ángeles Custodios.	5
San Rosendo, obispo y confesor.	6
Santa Eudocia ó Eudoxia, penitente y mártir.	12
San Esichio ó Hiscio, obispo y mártir.	17
El Evangelio y Meditacion: De las obligaciones del estado de cada uno.	22
Dia II. — San Simplicio, papa.	27
San Lucio, obispo y mártir.	30
El Evangelio y Meditacion: De la Comunion.	33
Dia III. — San Hemeterio y Celedonio, mártires.	38
Santa Cunegunda ó Cunegundis, emperatriz, viuda y vírgen.	40
San Emeterio, mártir, llamado vulgarmente san Madí.	44
El Evangelio y Meditacion: Del martirio que cada uno puede hacer en sí mismo.	49
Dia IV. — San Casimiro, hijo del rey de Polonia, confesor.	53
El Evangelio y Meditacion: Del cuidado que tiene Dios de los que le sirven con fidelidad.	59
Dia V. — San Nicolás Factor.	65
De la novena de san Francisco Javier.	65.
San Eusebio Palatino, Pedro, Rustico, Herebo, Mario Palatino, otros mártires.	70
El Evangelio y Meditacion: De la invocacion de los Santos.	73
Dia VI. — La beata Coleta, vírgen.	78
San Olegario, obispo de Barcelona, y arzobispo de Tarragona: (llamado vulgarmente en Cataluña san Olaguer).	83
San Víctor y Victoriano, mártires.	89
El Evangelio y Meditacion: Que nada se debe omitir en punto de la salvacion.	92
Dia VII. — Santo Tomás de Aquino, confesor.	96
El Evangelio y Meditacion: De la perfecta observancia de la ley.	106
Dia VIII. — San Juan de Dios.	111
San Julian, arzobispo de Toledo.	118
San Beremundo, abad de Hirache.	123
El Evangelio y Meditacion: De las obras de misericordia.	130

Dia IX.—Santa Francisca, viuda. 133
San Paciano, obispo de Barcelona. 139
San Gregorio Nisseno. 493
El Evangelio y Meditacion: De las adversidades. 145
Dia X.—San Meliton y compañeros mártires, ó sean los cuarenta santos mártires en Sebaste. 149
El Evangelio y Meditacion: De la falta de perseverancia. 155
Dia XI.—Santa Perpetua y Felícitas ó Felicidad, mártires. 160
San Eulogio, presbítero y mártir, llamado por algunos san Eloy, de Córdoba. 167
Santa Auria ó Aurea, vírgen. 175
San Vicente y san Ramiro, mártires. 178
El Evangelio y Meditacion: Del precio de la salvacion. 183
Dia XII.—San Gregorio, papa y confesor. 187
El Evangelio y Meditacion: De la fidelidad en las cosas pequeñas. 196
Dia XIII.—San Niceforo, patriarca de Constantinopla, confesor. 201
San Leandro, arzobispo de Sevilla. 204
Santa Eufrasia, llamada tambien Eufrosina, vírgen. 210
San Rodrigo y Salomon, mártires. 215
El Evangelio y Meditacion: Sobre la responsabilidad de los pecados ajenos. 221
Dia XIV.—Festividad de los dolores de la santísima Vírgen. 225
Santa Florentina, vírgen. 225
Santa Matilde, reina de Alemania. 229
El Evangelio y Meditacion: Del pecado de omision. 232
Dia XV.—San Raimundo, fundador del Órden de Calatrava. 237
San Sisebuto, abád. 245
San Longinos. 246
Santa Madrona, vírgen y mártir. 249
Santa Lucrecia ó Leocricia, vírgen y mártir. 251
San Mesiton, mártir. 253
La Conmemoracion de los fieles difuntos. 253
El Evangelio y Meditacion: De los remordimientos del pecador en la hora de la muerte. 258
Dia XVI.—San Julian, mártir. 263
San Heriberto, obispo y confesor. 264
San Abrahan, solitario, y su sobrina santa María, penitente. 265
El Evangelio y Meditacion: De lo que sentirán los justos y los pecadores en el dia del juicio. 273
Dia XVII.—San Patricio, confesor, obispo y apóstol de Irlanda. 277
El Evangelio y Meditacion: De los medios que tenemos para salvarnos. 285
Dia XVIII.—San Gabriel, arcángel. 289
El beato Salvador de Horta. 292

San Eduardo, rey de Inglaterra. 298
San Narciso, obispo y mártir, de Gerona. 302
San Felix, diácono de san Narciso de Gerona, mártir. 306
San Cirilo Jerosolimitano, obispo y confesor. 495
El Evangelio y Meditacion: De la penitencia corporal. 309
Dia XIX.—San José, esposo de la santísima Vírgen. 313
Himno. 321
El Evangelio y Meditacion: De la verdadera devocion. 324
Dia XX.—San Joaquin, padre de la santísima Vírgen. 328
San Martin Dumiense, arzobispo de Braga. 331
San Niceto ó Nicetas, obispo. 334
El Evangelio y Meditacion: De la devocion á los Santos. 337
Dia XXI.—San Benito, abad y patriarca de las religiones monacales de Occidente. 340
El Evangelio y Meditacion: De la felicidad de los Santos en el cielo. 348
Dia XXII.—San Deogracias, obispo. 352
El beato Nicolás de Flue, ó de la Roca, suizo. 354
San Ambrosio de Sena. 498
El Evangelio y Meditacion: Del buen uso del tiempo. 359
Dia XXIII.—San Victoriano, procónsul de Cartago, y otros compañeros mártires. 364
El beato José Oriol, presbítero, doctor y confesor. 365
San Liberato, médico, y sus compañeros, mártires. 371
El Evangelio y Meditacion: De las contradicciones que deben esperar los justos. 376
Dia XXIV.—Santa Catalina de Suecia, vírgen. 380
San Agapito, obispo. 384
El infante san Simon, mártir. 385
El Evangelio y Meditacion: Del pecado mortal. 388
Dia XXV.—La Anunciacion de la santísima Vírgen. 391
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio de la Encarnacion. 403
Dia XXVI.—San Braulio, obispo de Zaragoza. 409
San Castulo, mártir. 418
San Ludgerio ó Ludgero, primer obispo de Munster. 419
Santa Eugenia, vírgen y mártir. 423
El Evangelio y Meditacion: Del falso celo. 425
Dia XXVII.—San Ruperto, obispo y confesor. 430
San Juan, ermitaño. 434
El Evangelio y Meditacion: De la fuga del mundo. 440
Dia XXVIII.—San Sixto, papa. 442
La Traslacion de san Indalecio. 446
El Evangelio y Meditacion: Del poco caso que se debe hacer de los desprecios del mundo. 450

Dia XXIX.—San Eustasio, abad de Luxeüil. 453
El Evangelio y Meditacion: De la oracion. 459
Dia XXX.—San Juan Clímaco, abad. 462
El Evangelio y Meditacion: De la gloria de Cristo entre las ignominias de su muerte. 469
Dia XXXI.—Santa Balbina, vírgen y mártir. 473
El beato Amadeo, duque de Saboya. 476
San Amós, profeta. 482
San Pedro, soldado y ermitaño. 483
El Evangelio y Meditacion: Del amor de los trabajos. 488

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Acc. 5408

248.3
C65

Croisset, P. S. J.
AUTHOR

Ano Cristiano (Vol. III)
TITLE